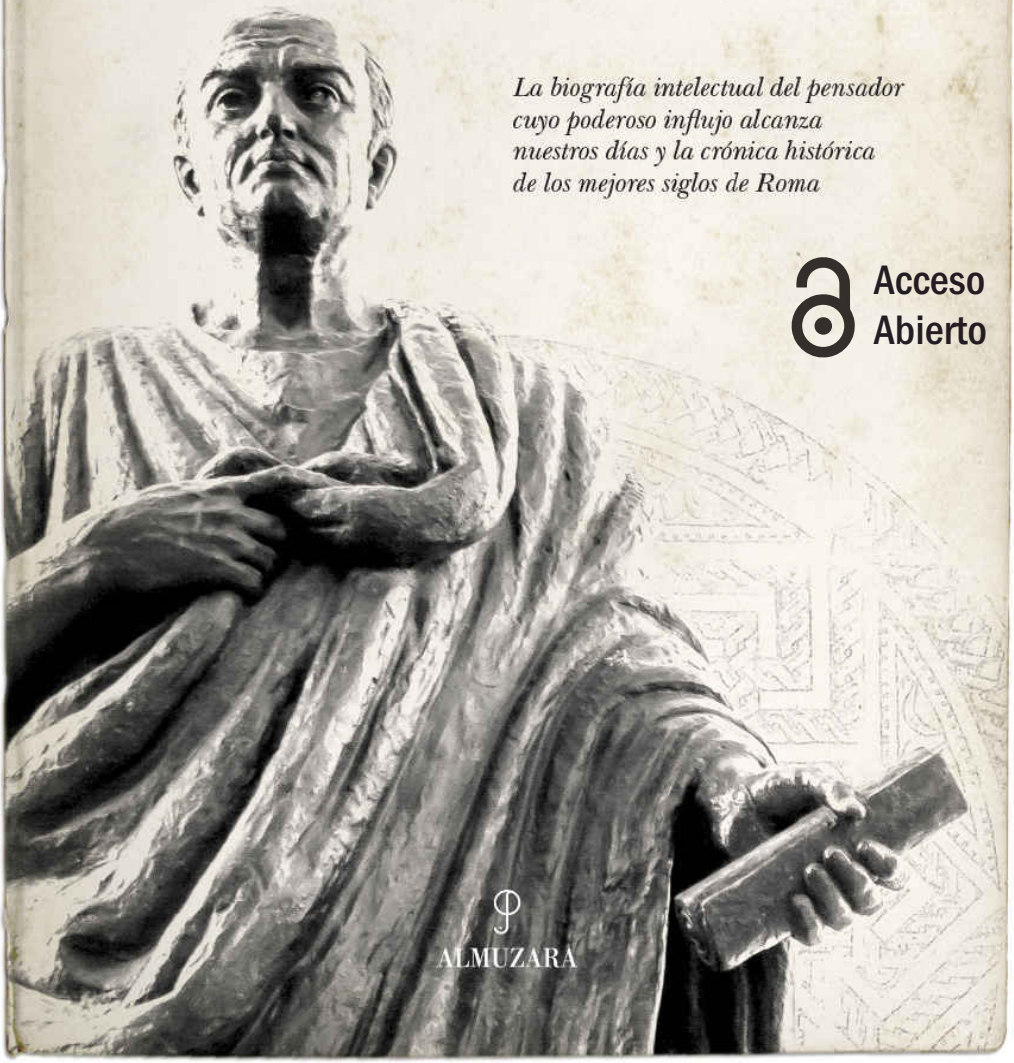
Alberto Monterroso

SÉNECA

LA · SABIDURÍA · DEL · IMPERIO



La biografía intelectual del pensador cuyo poderoso influjo alcanza nuestros días y la crónica histórica de los mejores siglos de Roma

Acceso Abierto

ALMUZARA

Alberto Monterroso

Séneca

La sabiduría del Imperio

© Alberto Monterroso, 2018

© Editorial Almuzara, s.l., 2018

Creative Commons

EDITORIAL ALMUZARA • COLECCIÓN HISTORIA

Director editorial: Antonio E. Cuesta López

Edición de Javier Ortega y Antonio de Egipto

Ebook: R. Joaquín Jiménez R.

www.editorialalmuzara.com

pedidos@almuzaralibros.com — info@almuzaralibros.com

ISBN: 978-84-17418-89-2

Hecho e impreso en España — *Made and printed in Spain*

Esta obra se encuentra disponible en Acceso Abierto para copiarse, distribuirse y transmitirse con propósitos no comerciales. Todas las formas de reproducción, adaptación y/o traducción por medios mecánicos o electrónicos deberán indicar como fuente de origen a la obra y su(s) autor(es).

Acceso Abierto

A Pilar, Alberto y Natalia:

tríada vívida de luz.

O magnos uiros, qui fortunae succumbere nesciunt et aduersas res suae uirtutis experimenta faciunt!

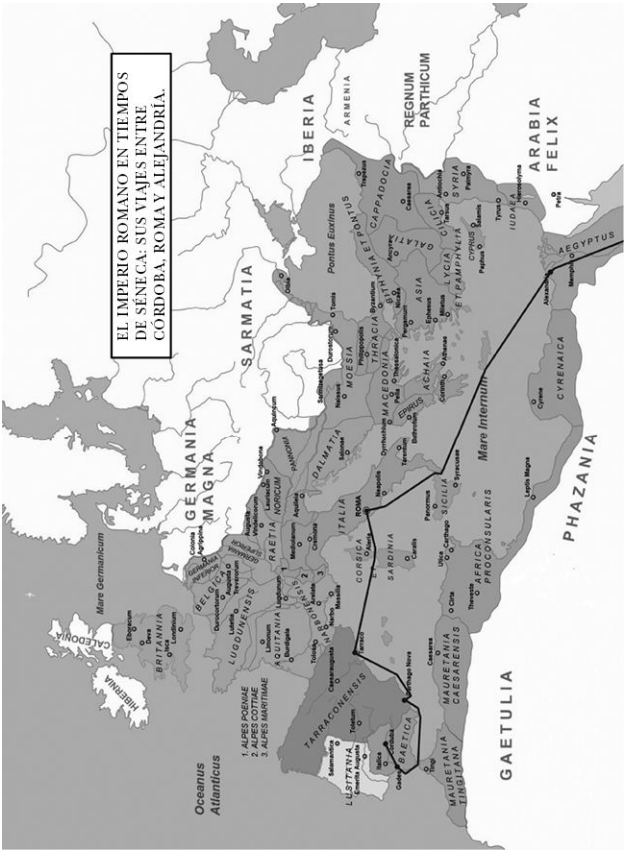
¡Grandes son los hombres que no saben sucumbir a la fortuna y se sirven de la adversidad para entrenar su valor!

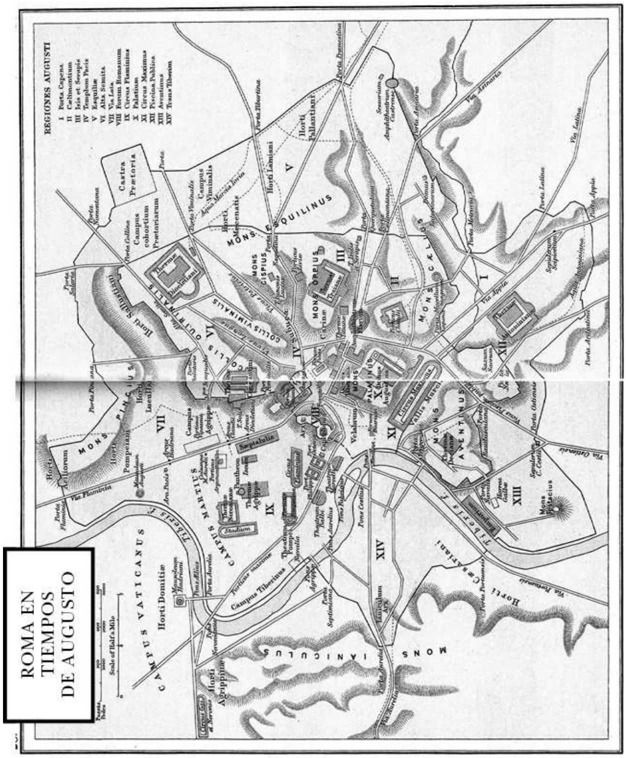
Séneca el Viejo, *Controversias* 4 *praef.*

Οἱ ἄνθρωποι γεγόνασιν ἀλλήλων ἕνεκεν· ἢ δίδασκε οὖν ἢ φέρε.

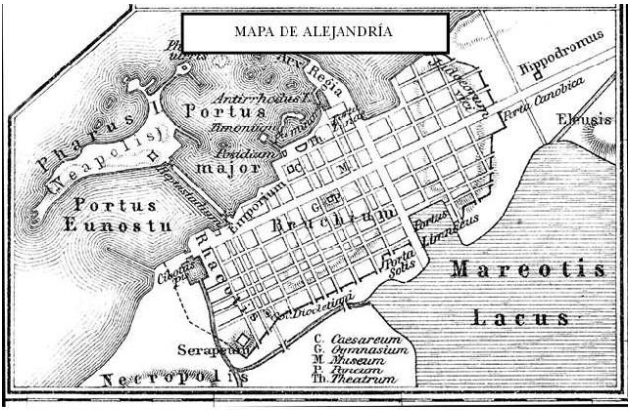
Los seres humanos han nacido los unos para los otros:
edúcalos o súfrelos.
Marco Aurelio, *Meditaciones* VIII,59

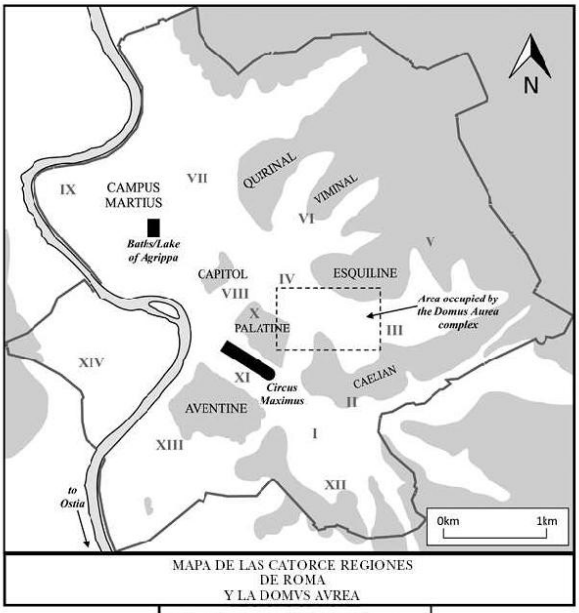
MAPAS


EL IMPERIO ROMANO EN TIEMPOS DE SÉNECA: SUS VIAJES ENTRE CÓRDOBA, ROMA Y ALEJANDRÍA.
Oceanus Atlanticus
Mare Germanicum
BRITANNIA
HIBERNIA
CALEDONIA
GERMANIA MAGNA
SARMATIA
IBERIA
ARMENIA
REGNUM PARTHICUM
ARABIA FELIX
AEGYPTUS
PHAZANIA
GAETULIA
Mare Internum
BELGICA
LUGDUNENSIS
AQUITANIA
1. ALPES POENINAE
2. ALPES COTTIAE
3. ALPES MARITIMAE
RAETIA
NORICUM
PANNONIA
DALMATIA
ITALIA
ROMA
CORSICA
SARDINIA
SICILIA
TARRACONENSIS
BAETICA
LUSITANIA
MAURETANIA TINGITANA
MAURETANIA CAESARIENSIS
AFRICA PROCONSULARIS
CYRENAICA
MOESIA
THRACIA
MACEDONIA
ACHAIA
CRETA
GALATIA
CAPPADOCIA
PONTUS
Pontus Euxinus
ASIA
LYCIA ET PAMPHYLIA
CILICIA
SYRIA
IUDAEA


ROMA EN
TIEMPOS
DE AUGUSTO

LA CÓRDVBA
ROMANA EN
TIEMPOS
DE SÉNECA





MAPA DE LAS CATORCE REGIONES
DE ROMA
Y LA DOMVS AVREA

I - Porta Capena	VIII - Forum Romanum
II - Caelimontium	IX - Circus Flaminius
III - Isis et Serapis	X - Palatium
IV - Templum Pacis	XI - Circus Maximus
V - Esquiliae	XII - Piscina Publica
VI - Alta Semita	XIII - Aventinus
VII - Via Lata	XIV - Trans Tiberim

PRÓLOGO

La mayoría de los historiadores de la Antigüedad, y también los modernos desde Indro Montanelli hasta Mary Beard, se han hecho la misma pregunta cuando se disponían a escribir la historia de Roma. ¿Cómo una pequeña aldea en el centro de Italia llegó a convertirse en el Imperio más grande que ha visto la historia? Del mismo modo podríamos empezar la biografía de Séneca planteándonos una pregunta similar. ¿Cómo fue posible que un hombre nacido en una de las ciudades más remotas del Imperio, la lejana Córdoba, se convirtiera en el político e intelectual más importante de Roma? ¿Cómo fue posible que ese hombre se alzara hasta la cumbre del Imperio y lo gobernara sabiamente en nombre del emperador? ¿Cómo es posible que su estela intelectual haya tenido implicaciones de primer nivel en el mundo de la política, de la religión, de la cultura y de la sociedad hasta pleno siglo XXI? ¿Qué tuvo y sigue teniendo de especial Lucio Anneo Séneca?

No es fácil responder a la pregunta. Durante siglos, generaciones de filólogos y filósofos han postulado y siguen postulando ideas diferentes sobre su figura. Argumentan y refutan cronologías, intenciones, mensajes políticos y literarios. Abundan la controversia y los puntos oscuros sobre su personalidad. Séneca ha gozado siempre, como los grandes personajes de la historia, de incondicionales admiradores y de obstinados detractores. La mayoría desconoce su tremenda trascendencia, no ya en su época sino, sobre todo, en los siglos posteriores. Algunos opinan que fue simplemente un ministro complaciente y hasta un filósofo hipócrita a las órdenes del emperador. Pero ignoran que Séneca

fue quien pudo frenar durante casi diez años las ambiciones de Agripina y la crueldad de Nerón. Los años en que el filósofo cordobés gobernó Roma fueron los mejores. Así lo afirmará Trajano, quien luego será considerado el mejor emperador y llevará los límites del Imperio a su máxima extensión.

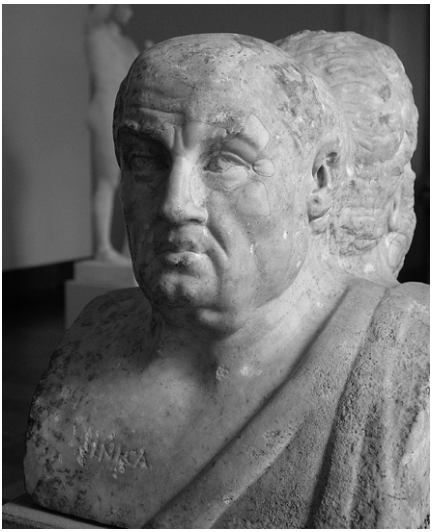
No solo se difiere en los juicios y valoraciones sobre la vida de Séneca. También en intenciones políticas, cronologías y pensamiento. Muchas veces se analiza el personaje fuera de su contexto social, político o cultural. Y también fuera de su contexto familiar. No se presta atención a la honda impronta emocional y moral que marcaron su madre, tía y hermanos. No se aprecia la extraordinaria influencia que ejerció el padre en su formación intelectual. ¡Y qué importancia tiene conocer bien al padre para juzgar el trabajo del hijo! Aquí con más urgencia que en otros casos. No se conoce bien la enorme trascendencia que tuvo la estancia en Egipto para su formación. No se relaciona suficientemente la vida y el pensamiento de Séneca con la historia de ese primer medio siglo de nuestra era, la de los primeros emperadores; época que ha hecho las delicias del cine y la literatura pero que, por contra, ha fijado una imagen distorsionada de la realidad histórica y cultural que tuvo que afrontar el personaje y en la que desarrolló su vida. Cuando Calígula nombra senador a su caballo no está sino mostrando desprecio hacia el Senado. Cuando Nerón toca la lira ante el incendio de Roma estamos viendo una película no la historia de Roma. Cuando Robert Graves presenta a un emperador inteligente no vemos al verdadero Claudio, ese hombre pusilánime y engreído, gobernado por sus mujeres, que firma el destierro de Séneca primero y luego su vuelta a Roma urgido por sus esposas, que eran las que quitaban y ponían los generales de sus ejércitos.

Los romanos no son esos civilizadores altruistas que quieren hacernos ver algunos y que ya Tácito desmintió: «Crean un desierto y lo llaman paz». Tampoco los bárbaros son esas civiliza-

ciones inofensivas, aplastadas por Roma, a las que ahora se quiere idealizar, mientras se olvida que muchas eran tan crueles y salvajes como el que más. Hay que conocer a fondo y con rigor esa época de la historia de Roma en que vivió Séneca, para apreciar los matices del personaje. Muchas veces no se entiende la ironía que emplea el filósofo cordobés y eso imposibilita a muchos alcanzar un juicio ajustado sobre su labor pública, impide juzgar adecuadamente su comportamiento político.

A Séneca se le tacha de filósofo poco ortodoxo, de estoico *sui generis*, de hipocresía moral, sin saber que la filosofía no es en esta época un estudio ni erudición sino una forma de vida, una manera de conducirse que está íntimamente ligada al mundo de los valores. La filosofía era entonces un modo de vivir que lo abarcaba todo, una guía espiritual que hoy posiblemente entraría más en la esfera de lo ideológico que de lo académico, un conjunto de valores que nuestro personaje intentará llevar también al mundo de la política. Se juzga sin pudor a Lucio Anneo Séneca pero no se conocen a fondo las maneras y usos sociales en la corte de Nerón, ni se conoce a fondo la historia de los personajes que lo condenaron a muerte, al destierro o a la calumnia. Toda esta información y, sobre todo, la lectura directa de sus obras son clave, para colocar en un justo lugar la figura de este gran personaje educador de Europa, que está en la base de la mejor tradición política y cultural de estos últimos dos mil años.

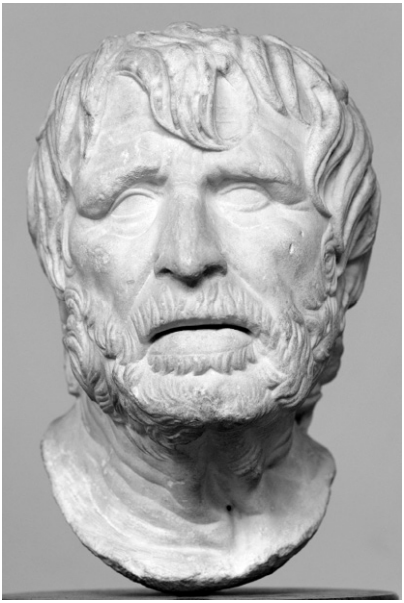
A Séneca se le conoce leyéndolo, no a partir de extractos o comentarios ajenos. No en sus versiones descafeinadas, senequistas o tergiversadas. De él se habla mucho pero se le conoce poco. Y el objetivo de este libro es mostrar el verdadero retrato moral e histórico de este gran personaje. Como símbolo de todo ello, empezaremos desmontando un error de siglos, que puede parecer anecdótico a primera vista pero que evidencia, como si de una curiosa metáfora se tratara, el desconocimiento que aún se tiene de Lucio Anneo Séneca. ¿Conocemos su verdadero rostro?



[1] Rostro auténtico de Séneca, en una escultura bifronte descubierta en Roma en 1813, hoy conservada en el museo de Pérgamo de Berlín.

El verdadero rostro de Séneca muestra una faz acorde con su pensamiento. No es un rostro airado ni desencajado sino ecuánime. Es un hombre de entre 66 y 68 años de edad, de cuello grueso y mirada serena. Sus ojos son grandes y vivaces, bajo cejas pobladas y arqueadas. La nariz, grande y recta, destaca sobre unos labios gruesos alrededor de una boca pequeña. Su barbilla es también pequeña y redondeada. La cara es proporcionada y lo primero que llama la atención en ella son esos enormes ojos, profundos y serenos, grandes y abiertos, que debían impresionar a sus interlocutores, como hoy el busto de piedra impresiona a quien lo contempla. Viendo su verdadero rostro, entendemos que el filósofo impusiera respeto no solo con sus palabras y pensamientos sino también con su silencio, con su porte y con la fuerza que debían transmitir esos ojos grandes y profundos, cuando miraran fijos. Observando atentamente ese busto que nos ha regalado la historia, podemos entender que Séneca no necesitó reprochar la conducta de Nerón con palabras. Bastó seguramente el silencio acompañado de esa mirada que es más elocuente que el habla. Su cabeza es regia, noble, solemne. Impone

respeto de por sí. Tiene una ancha y espaciosa frente con media calva, que hace que destaquen en el rostro sus ojos expresivos. Las orejas son proporcionadas y están pegadas a las sienes. Contribuyen también a resaltar la nobleza de su imagen y a destacar sus ojos, coronados por cejas amplias y bien curvadas. La nariz es larga y recta. Su boca pequeña de labios carnosos dibuja unas arrugas que descienden directas hasta la abultada papada. Si observamos el busto de perfil, el rostro de Séneca se nos antoja más señorial aún. Se aprecia mejor el gesto serio y adusto, la mirada solemne al frente. En realidad, la imagen que refleja ese perfil es la de un hombre serio que transmite sinceridad y honestidad.



[2] Falso rostro de Séneca, conocido como Pseudo-Séneca. A pesar de no ser su verdadero rostro es el más extendido hoy día.

Nada tiene que ver con el rostro falso que se divulgó en pleno siglo XVI. Fulvio Orsini, el bibliotecario de Alejandro Farnesio, parecía tener mucha prisa y pocos escrúpulos científicos a la hora de ponerle cara al filósofo. Descubrió un busto en Nápoles que enseguida identificó con Séneca. No sabemos por qué. Hoy conocemos que aquel busto era una copia romana de un original griego del s. II a.C., es decir, copia de una escultura que fue ta-

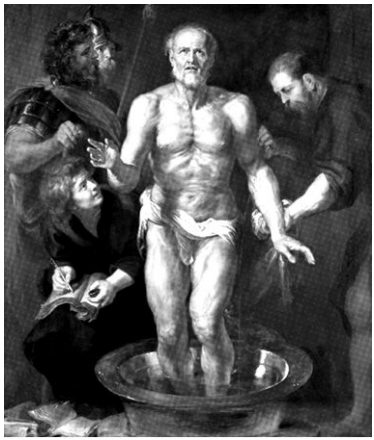
llada doscientos años antes del nacimiento del filósofo cordobés. Conclusión: no es Séneca. Actualmente se cree que pudo pertenecer al poeta Hesíodo.

No sabemos por qué Fulvio Orsini propagó este falso rostro, pero el éxito de su difusión fue inmediato. El motivo de aquella rápida aceptación pudo ser que el humanista Justo Lipsio preparaba entonces una edición de las obras de Séneca. Al encontrarse con un posible busto suyo, inmediatamente dio por buena la hipótesis de Orsini. Al fin tenía un rostro con que ilustrar los libros de aquel gran personaje de Roma. El pintor Rubens, amigo de Lipsio, contribuyó definitivamente a la difusión de la imagen falsa en un cuadro titulado *Los cuatro filósofos*.

[3] *Los cuatro filósofos*, de Rubens.

En la esquina superior derecha del cuadro aparece el falso busto de Séneca en una hornacina en la pared, frente a la mesa donde se reúnen cuatro hombres de letras que difundirán en el siglo XVI la imagen y el pensamiento de Séneca. Son Justo Lipsio y su alumno Jan van der Wouwere por un lado, el propio Rubens y su hermano Philipp por otro. Pero el cuadro de Rubens que más contribuyó a difundir la imagen falsa fue otro que pintó en 1615 titulado *La muerte de Séneca*, hoy conservado en la pinacote-

ca de Múnich, donde muestra al filósofo en el momento de su muerte con la mirada al cielo y los brazos abiertos como un crucificado, como si fuera un mártir pagano precristiano.



[4] *La muerte de Séneca*, de Rubens.

En este cuadro, el filósofo mira al cielo mientras su médico Estacio Anneo procede a la ejecución de la sentencia. Al otro lado, un discípulo anota las últimas palabras del filósofo; detrás de él, los pretorianos asisten a la escena para comprobar que se ejecuta la orden de Nerón.

Todas estas son imágenes de Séneca que tuvieron gran difusión pero que no se corresponden con la real. A partir del año 1813, sí se tuvo un conocimiento certero de cómo era el rostro del filósofo pero, a pesar de que han pasado más de doscientos años desde entonces, aún hoy día es más frecuente encontrar la iconografía falsa que la verdadera. Algo parecido ocurre también con su pensamiento. El desconocimiento y las manipulaciones de estos últimos dos mil años han desvirtuado la verdadera imagen del pensador, su figura histórica y su legado intelectual. Hay que distinguir aquí también lo falso de lo verdadero. Aún hoy se aborda el personaje con parcialidad. Aún hoy es preciso analizar la figura y el pensamiento de Séneca desde el rigor y no desde los falsos tópicos.

En todas las épocas ha habido firmes defensores y rabiosos acusadores de la figura de Séneca. Algunos lo tildan de hipócrita sin parangón, otros lo consideran el personaje más coherente de la historia de la humanidad. Ambos yerran: unos por exceso, otros por defecto. En nuestro caso presentaremos al personaje con sus luces y sombras. Intentaremos situarnos en una equidistancia objetiva pero tomaremos partido, no en función de nuestros gustos personales sino de nuestro criterio racional, después de la lectura de todas sus obras y del análisis minucioso del momento histórico que le tocó vivir. Tendremos en cuenta las grandes monografías que se han escrito sobre Séneca, en especial las de Grimal, Griffin, Veyne, Wilson y Socas. Pero valoraremos fundamentalmente a los autores antiguos que hablaron de él. Nos remitiremos a las fuentes clásicas como los *Anales* de Tácito, la tragedia *Octavia*, la *Historia romana* de Dion Casio, las obras de Suetonio, Plutarco, Josefo o Plinio el Viejo.

En pleno siglo XXI y ante los retos de nuestro tiempo, se hace imprescindible conocer al verdadero Séneca, al ser humano atravesado por sus conocimientos y valores, por la influencia de su familia, de su ciudad natal, de sus padres y profesores; hay que conocer al hombre moral y al hombre político; hay que leer al escritor de fama, poeta, trágico, filósofo, orador, profesor; hay que analizar al político y hombre de acción que ha influido y sigue influyendo tanto en la historia de Occidente. Lucio Anneo Séneca debe ser abordado desde todas estas perspectivas, mediante la amenidad y el rigor. Ese es el objetivo de esta biografía que será la descripción del hombre completo a través de su pensamiento, de sus escritos y de la época que le tocó vivir.

1.

LOS ORÍGENES: CÓRDOBA AÑO 1 A.C.

En ocasiones, el lugar de nacimiento supone un detalle irrelevante en la vida de muchas personas. En el caso de Lucio Anneo Séneca no fue así.

El hecho de que Séneca naciera en Córdoba en torno al año 1 a.C. no constituye un dato biográfico sin más ni es una afirmación que podamos reducir a la mera anécdota geográfica. Que Lucio Anneo Séneca nazca en Córdoba tendrá una importancia trascendental en su vida y en su pensamiento. Hablamos de *Colonia Patricia*, aquella gran ciudad capital de la Bética, situada en pleno centro del valle del Guadalquivir, en el sur de Hispania, la más antigua tierra de romanización del Imperio. Hablamos de aquella fundación de Marco Claudio Marcelo que Estrabón[1] explica con detalle, de aquella tierra de Turdetanos que era la más culta y rica de Hispania, aquella primera colonia que los Romanos envían a fundar desde la propia Roma a base de ciudadanos romanos e indígenas escogidos.

Tampoco es anecdótica su procedencia familiar: los Anneos son ejemplo paradigmático de aquellos nativos que adoptaron la civilización romana siglo y medio atrás en Córdoba, lugar de residencia de gobernadores, ciudad que se convertiría con el paso de los años en una pequeña Roma.

La urbe en la que nace Séneca va a ejercer una influencia extraordinaria en la Roma de principios de nuestra era. Ninguna ciudad aportó mayores beneficios intelectuales y económicos al orbe romano en estos tiempos en que acababa la República y comenzaba el Imperio. La cantidad y calidad de intelectuales procedentes de Córdoba que se incorporaron a la vida cultural activa de la Roma de entonces fue asombrosa, teniendo en cuenta

las circunstancias sociales y culturales de este momento histórico.

Los años de tránsito entre el siglo I antes y después de nuestra era son años decisivos para la historia de Roma. Es la época de las guerras civiles, de los triunviratos y la instauración del Imperio. Acaba la República romana y comienza un nuevo régimen político que hará que todo cambie en Roma y en la historia universal. Sus consecuencias serán definitivas. A partir de ahora Roma será gobernada por emperadores, por césares que seguirán la estela de ese Julio César cuyo nombre propio se convirtió en sinónimo de emperador y cuyos ecos llegan hasta la Edad Contemporánea, con sus variantes Káiser en alemán, Zar o Sah en la Rusia y Persia anteriores a la revolución. El de César es un nombre que tuvo éxito en la historia, igual que el régimen que derivó de él y que iniciará su heredero, Octavio Augusto, primer emperador de Roma.

Pues bien, en estos años trascendentales de la historia romana, desde la última mitad del siglo I a.C. en adelante, la ciudad de Córdoba toma un protagonismo hasta ahora inusitado. En estos tiempos, que corresponden a la generación anterior al nacimiento de Séneca, tenemos noticia de varios intelectuales cordobeses, industriales, senadores y personajes influyentes que se apoyarán en las riquezas y en la tradición cultural de la Bética para acabar creando un importante círculo de poder de hispanos en Roma. Este grupo estaba bien cohesionado y tenía muy buenas relaciones con la intelectualidad y el poder. El padre de Séneca era uno de sus miembros más activos. Estos cordobeses y béticos en general actuarán como punta de lanza en Roma y adquirirán cada vez más influencia al abrigo de ese potencial cultural y económico que detenta la tierra de la que son originarios. Con este apoyo, muchos hispanos consiguieron instalarse en la capital del Imperio y alcanzar puestos de prestigio. Varios de ellos ayudarán

decisivamente a catapultar a personajes tan valiosos como Lucio Anneo Séneca a la primacía de la política y cultura de su tiempo.

[5] Monte Testaccio. Roma. Grabado del siglo XVII.

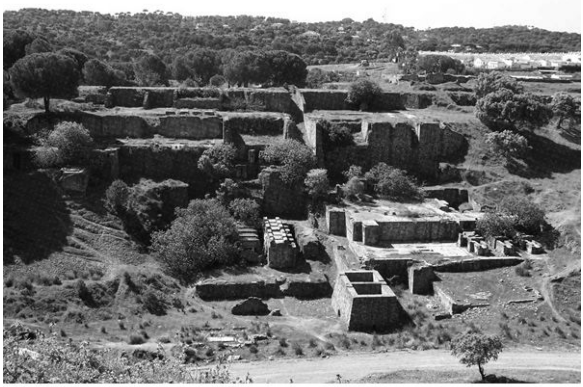
Hay en Roma una pequeña colina, a orillas del Tíber, llamada Monte Testaccio, es decir, monte de las vasijas rotas. La palabra Testaccio en italiano procede de testa en latín, con su variante tiesto en español, referida a maceta u objeto de barro cocido. El monte Testaccio no es una montaña natural sino que está formada a base de fragmentos de ánforas procedentes de la Bética acumulados durante un siglo. El aceite de oliva de la actual Andalucía viajaba en esos envases de arcilla desde el Guadalquivir hasta el Tíber a través del Mediterráneo. Las ánforas no podían ser reutilizadas y se arrojaban en lo que en principio fue un vertedero y al final acabó convirtiéndose en una montaña. Esto indica la cantidad de aceite de oliva que exportaba la Bética en los primeros siglos del Imperio, un producto que generaba grandes riquezas y que no solo servía de alimentación, también de cosmética, cuidado del cuerpo, limpieza y, especialmente, iluminación. En

estos tiempos, las casas se alumbraban de noche con candiles de aceite, llamados lucernas. El aceite de oliva era el combustible que empleaban, una función que actualmente desempeña la luz eléctrica y que, como hoy, generaba pingües beneficios. En el monte Testaccio hay fragmentos pertenecientes a más de 50 millones de recipientes de aceite de oliva con capacidad para 60 litros cada uno. Si hacemos un cálculo aproximado, la Bética podía aportar a Roma entre 20 y 30 millones de litros de aceite de oliva al año.

Haber nacido, pues, en Córdoba no es una simple anécdota ni un hecho por el que podamos pasar de puntillas en la biografía de Lucio Anneo Séneca. La urbe es capital de una de las más ricas provincias del Imperio y siempre fue un apoyo muy importante en la vida de este genial intelectual y político romano. Hablamos de una ciudad poderosa, que ya estaba consolidada como núcleo urbano desde antes de la época prerromana. Las fuentes arqueológicas confirman la presencia de habitantes en ella desde el II milenio a.C.

Córdoba es desde antiguo una ciudad que basa su economía en la agricultura, especialmente aceite, vid y cereal pero destaca, tanto o más aún, por la riqueza de su minería. Gracias a su situación privilegiada, en pleno centro del valle del Guadalquivir, la urbe se encargaba de la comercialización y distribución de los metales extraídos de Sierra Morena. En aquellos tiempos Córdoba era una ciudad muy activa económicamente, abierta a los circuitos comerciales de la época, lo que venía de antiguo. Sabemos de sus intercambios con Grecia porque se han encontrado restos de cerámica de tipo oriental desde el siglo VII a.C. y cerámica griega desde el IV a.C. Al llegar los romanos dejan escrito que en estas tierras había ciudades que existían desde hacía mucho y hombres a quienes llamaron turdetanos, nombre derivado de Turdetania, una zona geográfica que, según ellos, habitaba un pueblo civilizado y hospitalario, hombres y mujeres que cultiva-

ban el rico suelo y explotaban las fértiles minas. Así se deduce de la cita del romano Plinio cuando aclara que «*los turdetanos aventajan a todas las provincias por su rica cultura y por su peculiar y fecundo prestigio*»[2].



[6] Actual Cerro Muriano, antiguo *Mons Marianus*, a unos 16 km de Córdoba.

Las minas del norte de Córdoba y de Sierra Morena producían metales de excelente calidad. Estaban entre las mejores del Imperio. Aportaban oro, plata, cobre, estaño y plomo en gran cantidad y pureza. El cordobés Sexto Mario era el propietario de muchas de ellas. Fue el hombre más rico de Hispania y uno de los más ricos del Imperio en tiempos de Tiberio. El *Mons Marianus* llevaba su nombre; de ahí parece proceder el topónimo Cerro Muriano.

Pero los romanos no vinieron, en un principio, a Hispania buscando sus riquezas sino como consecuencia de la segunda guerra púnica. Las contundentes victorias de Aníbal en suelo italiano obligaron a Roma a cortar las poderosas fuentes de suministro que sus enemigos tenían en Hispania. Publio Cornelio Escipión, en un ataque por sorpresa, conquista la capital de los púnicos, *Cartago Nova*, la actual Cartagena, en el año 209 y desde allí se dirige al valle del Guadalquivir para enfrentarse con los cartagineses por el control de la península. Asdrúbal, hermano

de Aníbal, al conocer la caída de Cartago Nova se encontraba cerca de Córdoba y decide ir al encuentro de Escipión. La batalla tiene lugar en *Baecula* (Bailén). Los púnicos son derrotados, retroceden por el valle del Guadalquivir y se retiran hasta las cercanías de Écija, para plantar batalla de nuevo a los romanos en *Ilipa*, la actual Alcalá del Río, cerca de Sevilla. Los cartagineses abandonan Córdoba a su suerte y la ciudad espera la llegada de Escipión.

El famoso general Publio Cornelio Escipión, que luego será quien venza a Aníbal y salve Roma para la historia, llega a Córdoba en el año 206 a.C. y muestra desde el principio un talante pacífico y diplomático con la ciudad. En realidad no está poniendo en práctica otra estrategia que la que ya habían iniciado su padre y su tío, Publio y Gneo Escipión. ¿Por qué esa actitud amistosa cuando a Roma no le importó, en otras ocasiones, arrasar a sangre y fuego? Actitud inteligente y de buena estrategia, sin duda. Los romanos tienen a Aníbal a las puertas de Roma. Están perdiendo la guerra en suelo italiano y han recibido severas derrotas a manos del estratega cartaginés en Tesino, Trebia o Trasimeno. La derrota romana de Cannas ha sido un verdadero desastre nacional. Todavía siglos más tarde, recordarán aquellos años difíciles con terror, aquellos tiempos en que Roma estuvo a punto de sucumbir bajo el poder de Aníbal. Y el personaje quedará en la imaginación popular. Muchos años después de su muerte servirá para asustar a los niños rebeldes y desobedientes de las siguientes generaciones. Los romanos no atemorizaban a los niños diciéndoles que venía la bruja o el hombre del saco, como aún se hace hoy día en algunos ámbitos domésticos. Entonces los asustaban diciéndoles «*Hannibal ad portas*», Aníbal a las puertas, es decir, cuidado, que el terrible Aníbal está acechando justo a las mismas puertas de Roma.

Ese Escipión será quien derrote definitivamente a Aníbal en la batalla de Zama. Pero habrá de hacerlo con inteligencia y habili-

dad. Tiene al enemigo en Italia. El oriente arderá pronto en guerra. Él se encuentra en el extremo occidental de Europa, con el objetivo de cortar las vías de suministro cartaginesas, derrotar a Asdrúbal, expulsarlo de Hispania y poder aislar a Aníbal. Escipión continúa la estrategia exitosa de su padre y su tío, que han muerto en la guerra procurando siempre mostrar respeto y colaboración con los pueblos autóctonos. Por eso en Córdoba, cuando llegan los romanos, se presentan como libertadores, respetuosos y clementes. Es una actitud prudente con la que pretendían atraerse a los indígenas, agobiados por el poder cartaginés, un poder que llevaba años esquilmando sus minas para sostener la guerra contra Roma. La ciudad está situada en pleno centro neurálgico del valle del Guadalquivir, a ella afluyen los metales de Sierra Morena y eso la convierte en una posición estratégica de primer orden. Por eso Escipión actúa con prudencia y prefiere el entendimiento antes que la violencia.

[7] *La batalla de Zama*, pintada por Cornelis Cort, 1567.

Enfrente tiene a los indígenas de la antigua ciudad ibérica. ¿Cuál será la actitud de los nativos ante Escipión? Lo más probable es que quien luego será el vencedor de Aníbal encontrara una Córdoba satisfecha por haberse librado del yugo cartaginés e interesada en la actitud de colaboración y amistad que le ofrecen

los romanos. Hubo, por tanto, casi con toda seguridad, una situación de coexistencia, de intereses comunes, de colaboración, que se dio probablemente desde el principio de la conquista romana. En Córdoba las clases dirigentes indígenas de las que habla Estrabón debieron de apreciar las posibilidades de expansión y progreso que suponía la civilización romana. Por su parte a Roma no le pasó desapercibida la capacidad estratégica y logística de una ciudad que había desempeñado papeles muy importantes desde antes de la conquista cartaginesa. A ambas partes les interesaba el acuerdo. Córdoba supo incorporarse a la órbita romana. En ella llegó a ser capital de la Bética y Colonia Patricia, una de las ciudades más florecientes del Imperio.

Esa es la Córdoba en que nace Lucio Anneo Séneca casi dos siglos después de su fundación por Marco Claudio Marcelo, una fundación que también nació marcada por esa doble naturaleza que siempre caracterizó a la ciudad: por un lado la urbe posee una riqueza e importancia estratégica fuera de toda duda. Por otro, a ambas partes, a la indígena y a la romana, les interesa establecer un marco de colaboración que beneficiará a todos. Es evidente que esa atmósfera pacífica en que se produce la fundación de Córdoba obedece a claros intereses geoestratégicos romanos. Justo en esta época existe un gran peligro para Roma: Macedonia, en el extremo oriental del Mediterráneo, está en guerra. Aníbal la ha levantado contra Roma, porque el cartaginés había sido derrotado pero no muerto. Aníbal sigue siendo una amenaza muy seria para los romanos. Tras la derrota de Zama ha tenido que salir huyendo de su patria. Pero se ha afincado en Oriente y sus maniobras allí están forzando a los romanos a sostener una serie de guerras muy costosas en vidas y recursos. El conflicto se ha extendido por todo el norte de Grecia y no se calmará hasta la derrota del rey macedonio Perseo en el año 168 a.C., acontecimiento que se produce justo un año después de la fundación de la Córdoba romana.

Estos hechos tienen lugar en el otro extremo del Mediterráneo pero guardan una estrecha relación con la actitud de los romanos en la ciudad que vio nacer a Lucio Anneo Séneca. La situación por la que atraviesa Roma en Oriente obliga a un entendimiento en Occidente. Para cualquier potencia en guerra es insensato abrir dos frentes opuestos. Por eso Marcelo busca la colaboración y el acuerdo en el extremo occidental de Europa. Funda en el año 169 a.C. la Córdoba romana junto a la ciudad turdetana, que ya existía desde antiguo. Forma lo que se conoce como una dípolis, es decir, una ciudad doble formada por dos distritos, uno indígena y otro romano, una evidencia que ya ha sido documentada ampliamente por la arqueología. El encargado de fundar la ciudad romana fue un personaje de gran autoridad e importancia, porque la estrategia de Roma pasaba por hacer de Córdoba la capital de la Hispania Ulterior y convertirla en foco de romanización de toda Hispania.

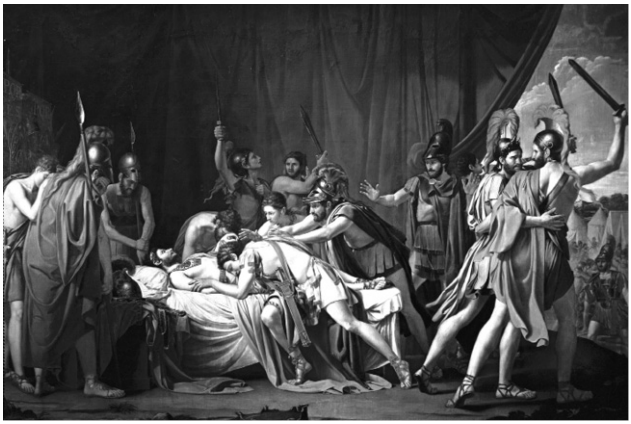
El fundador, Marco Claudio Marcelo, pertenecía a una de las familias más conocidas de Roma. Su abuelo, cinco veces cónsul, luchó contra Aníbal en Italia, donde perdió la vida en una emboscada que le tendió el genial estratega cartaginés. Su padre, también llamado Marco Claudio Marcelo, desempeñó varias magistraturas, entre ellas también el consulado. Tras su muerte en 177 a.C., su hijo ocupó el cargo de pontífice y ocho años después fue nombrado gobernador único (pretor) de Hispania. Fue probablemente entonces, en el 169 a.C., cuando fundó Córdoba. Tres años después obtuvo su primer consulado, venció a los galos en los Alpes y recibió un triunfo en Roma. Desempeñó el segundo consulado en 155 y el tercero en 152 a.C. Las fuentes hablan de él como de un hombre dialogante y prudente, buen estadista y político pragmático.

[8] Moneda del siglo I a.C. con la imagen de Marco Claudio Marcelo, abuelo del fundador de la Córdoba romana, en una acuñación conmemorativa de la conquista de Sicilia (212-210 a.C.).

En la ciudad siempre se mantendrá viva la imagen de Marcelo y de la República como una seña de identidad que, en la guerra civil romana, la hará alinearse con Pompeyo, representante de esa República aristocrática, antes que con César, que se opone a ella.

La guerra de Numancia (153 a.C.) fue el motivo de la segunda venida de Marco Claudio Marcelo a Hispania. Su misión fue sustituir a Quinto Fulvio Nobilior, que no había podido sofocar las revueltas de los celtíberos. Marcelo se hizo cargo de la situación, aplicó las medidas adecuadas y logró pacificar la región. Llegó a acuerdos con algunas tribus y a treguas con otras. Se sirvió de la ciudad que había fundado, Córdoba, como cuartel de invierno y centro de operaciones. Cuando entregó el mando a su sucesor, Roma encontró una provincia en completa paz.

Diez años después, entre el 143 y 141 a.C., los lusitanos, al mando de Viriato, desestabilizaron el dominio romano sobre la zona. En esta época los rebeldes llegan a convertirse en una amenaza constante para las prósperas ciudades del valle del Guadalquivir. Córdoba se vio hostigada en varias ocasiones por los lusitanos y sus habitantes se vieron forzados a defenderse tras las murallas. La ciudad sufrió guerra de guerrillas y razias que tenían como escenario los fértiles campos de la Bética.



[9] *La muerte de Viriato*, de José de Madrazo 1807, Museo del Prado.

El asesinato de Viriato supuso el fin de las revueltas lusitanas que atacaron la Córdoba romana en el siglo II a.C. Desde entonces la ciudad prosperará en el mundo romano y comerciará con sus productos por todo el Mediterráneo. Es antológica la anécdota de aquella traición. Sus compañeros de armas, que habían asesinado a Viriato para ganar la recompensa ofrecida por Roma, acudieron a cobrar la deuda. El cónsul romano respondió: «*Roma no paga traidores*».

Es poco después, en el año 112 a.C., cuando Córdoba aparece de nuevo en las fuentes históricas romanas, en esta ocasión con motivo de la llegada del pretor Lucio Calpurnio Pisón. El gobernador invernaba con sus tropas en la ciudad, que actuaba ya como capital de la Hispania Ulterior. En un entrenamiento militar se le rompió su anillo de oro. Llamó a un orífice para que se lo arreglara. El artesano cordobés acudió ante el tribunal de justicia y lo reparó a la vista de todos. La anécdota nos la aporta el propio Cicerón, que aprovecha la ocasión para alabar la honestidad del gobernador. Por lo visto, no quiso que el anillo llevara más cantidad de oro de la que tenía originalmente. Así, con este gesto, indicaba que los romanos no habían venido a Córdoba a llevarse su oro sino a tratarla con respeto. La cita[3] nos permite comprobar también que en esta época había en la ciudad técnicos

en orfebrería y, por tanto, una industria avanzada de joyería que se ha mantenido pujante hasta nuestros días. Esta anécdota que nos cuenta Cicerón demuestra además otros hechos de gran relevancia para conocer la urbe en la que habría de nacer Lucio Anneo Séneca un siglo después: se evidencia que ya existía en Córdoba en el año 112 a.C. un foro y en él una basílica donde el pretor administraba justicia. Esto quiere decir que la ciudad era sede judicial y de gobierno, es decir, que funcionaba ya como la capital de la Hispania Ulterior.

En este contexto se entiende la importancia que va cobrando la ciudad desde el último siglo de la República. Córdoba prospera día a día. Se llena de edificios y templos monumentales. Funciona ya, desde su fundación oficial, como capital de la Hispania Ulterior, y luego de la futura Bética. Ejerce desde el s. I una temprana y precoz hegemonía cultural sobre la Hispania romana y adquiere una creciente importancia que la llevará a jugar papeles clave en la historia de Roma. También hay fuentes arqueológicas que revelan la acuñación de moneda propia con la leyenda *CORDVBA* en torno al año 80 a.C.

[10] Las monedas que se acuñaron en Córdoba tenían la leyenda *Córduba* en las anteriores al Imperio y *Colonia Patricia* en las de tiempos de Augusto en adelante.

Pero no es la riqueza lo que en estos tiempos llama más la atención de la ciudad natal de Séneca sino la pronta relevancia en el mundo de la cultura. En uno de sus famosos discursos, Cicerón habla de la existencia de importantes poetas cordobeses que inmortalizan las hazañas de Quinto Cecilio Metelo Pío en la Córdoba del año 74 a.C.

La ciudad en la que habrá de nacer Séneca es una urbe que destaca tanto por su riqueza como por su cultura. La importancia militar y económica lleva aparejada una excelencia cultural que consagrará a Córdoba muy pronto como modelo de romanización para Hispania. Más de setenta años antes del nacimiento de Lucio Anneo Séneca la ciudad aparece en las fuentes gracias a sus poetas. Quien los cita es Cicerón, aquel gran estadista considerado el mejor orador de la historia, el último gran cónsul de la República, el padre de la patria que salvó a Roma del ambicioso Catilina.

En la Córdoba romana de entonces parece que dinero y cultura iban de la mano. La ciudad es opulenta, los datos arqueológicos demuestran la presencia de casas de peristilo de cierta importancia en esta época, son lujosas viviendas decoradas con estatuas y tapices helenísticos. Sin duda, esta exquisitez en lo urbanístico tuvo un correlato igualmente importante en el terreno cultural.

La fecha es también muy relevante, año 74 a.C. En la referencia que hace Cicerón en su libro *Pro Archia poeta*, habla de cualificados poetas cordobeses que escriben en latín las hazañas de un famoso general romano aproximadamente veinte años antes del nacimiento del padre de Séneca. Este dato es muy elocuente, porque explica que el hijo no es un personaje aislado, que nace en una lejana provincia del Imperio y que, partiendo de la nada, se convierte en el hombre más importante de la corte de Nerón. No fue así. Además de su extraordinaria capacidad y de su esfuerzo personal, Séneca el filósofo fue el resultado de un ambiente cultural exquisito que muestra su ciudad natal al menos desde los inicios del siglo I a.C. Los Anneos no son los únicos responsables de la excelencia intelectual de la Córdoba romana sino más bien una de las consecuencias del ambiente cultural que se preocupó por cultivar aquella ciudad, que tenía vocación de ser, desde el principio, una pequeña Roma, tanto desde el punto de vista urbanístico como intelectual.

Y para entender el alcance de aquella Córdoba en que va a nacer Lucio Anneo Séneca, se hace imprescindible conocer la vida y obra de su padre, Séneca el Viejo.

El patriarca de los Anneos viajó pronto a Roma y participó en los mejores círculos intelectuales de la Urbe. Es un personaje esencial para comprender el potencial económico y humano de aquella Córdoba en los años de tránsito entre la República y el Imperio. Nació en el año 55 a.C. y escribió un libro que nos transmite datos muy importantes para conocer la ciudad, el ambiente cultural de la época y la tremenda influencia que ejercerá el padre sobre Lucio Anneo Séneca. Gracias a la obra, tenemos noticia de algunos cordobeses que desempeñaron un papel muy relevante en el campo de la cultura, política y sociedad de aquellos tiempos anteriores al nacimiento de Séneca. La información de que disponemos sería muy escasa de no ser por las referencias que aparecen en el libro que escribió su padre, donde cita a algunos de sus coetáneos, de esos primeros cordobeses que en el siglo I a.C. acudieron a Roma para desarrollar su carrera intelectual o política. Habla de Sextilio Ena, el primer poeta conocido de la ciudad de Córdoba (y de Hispania); Porcio Latrón, el orador más importante del Imperio en la época inmediatamente posterior a Cicerón. Cita también a otros autores de gran importancia como Junio Galión, Estatorio Víctor, Clodio Turrino, Marulo, intelectuales cordobeses que marcharon a Roma una o dos generaciones antes que Lucio Anneo Séneca. La mayoría de ellos se asentaron en la capital del Imperio y allí trabaron amistad con lo mejor de la cultura romana. Las relaciones familiares que establecieron se mantendrán de padres a hijos. Encontraremos nietos de los amigos del patriarca de los Anneos que serán a su vez fieles compañeros de Séneca y Lucano. Por eso la importancia del padre, de sus relaciones y amigos, es máxima a la hora de conocer los precedentes de la carrera intelectual y política de Lucio Anneo Séneca.

Es poco lo que se sabe de la vida de su padre, y es gracias a un libro que escribió y que aún hoy se conserva: *Oratorum et rhetorum sententias, divisiones, colores*, una obra que podríamos traducir como *Enfoques, estructura y sentencias de oradores y profesores de retórica*, aunque se le conoce a través de un título más sencillo, *Controversias y suasorias*. El libro recoge precisamente esos ejercicios de retórica que se conocían como controversias, cuando se discutía a favor o en contra de un asunto determinado, o suasoria, cuando se pretendía persuadir, convencer al auditorio para que tomara una determinada decisión. Controversia y persuasión son palabras que aún reflejan hoy en la lengua española el carácter de aquellos entrenamientos con que los romanos aprendían a argumentar sus ideas. La obra de Séneca el Viejo está centrada en la elocuencia y la oratoria. Es una colección de discursos sobre temas diversos, declamados por los mejores intelectuales de su tiempo. El libro expone enseñanzas retóricas pero también reúne muchas anécdotas de algunos de los grandes oradores que vivieron en la época de Séneca el Viejo, un hombre que murió con más de 90 años en plena lucidez mental y que es testigo de los momentos más importantes desde el fin de la República hasta la muerte de Tiberio.

El libro está dirigido a sus hijos pero no es solo un acopio de sentencias que sirva para educar a sus vástagos en el terreno de la retórica. También hay a lo largo de la obra muchas alusiones políticas, sociales, de crítica literaria, comentarios de todo tipo que hacen de este libro una valiosa cantera de datos esenciales para el conocimiento de los últimos años de la República y primeros del Imperio.

La importancia y guía intelectual del padre no queda ahí. Además, Séneca el Viejo escribió una *Historia de Roma* que trataba el periodo entre las guerras civiles y la muerte de Tiberio, una obra que, desgraciadamente, hoy no se conserva pero que sus hijos y nietos conocieron y leyeron.

La figura del padre y la propia ciudad de Córdoba van a ejercer, por tanto, una influencia decisiva en la mentalidad política e intelectual de Lucio Anneo Séneca. Este gran hombre, que acabará por convertirse en el más importante intelectual de Roma, nace en una ciudad de hondas raíces republicanas y pertenece a una familia importante en el terreno cultural y político. Desde su juventud, Séneca se apasiona por la vida política. Se dedica a ella no por accidente, como dirá Grimal[4], ni como segunda opción, ni porque piense que de la política puede sacar provecho, ni porque su ambición le pidiera a gritos convertirse en una persona importante en el Imperio. Séneca no busca satisfacer una sed de poder o alimentar una vanidad que nunca sintió. Tiene una fuerte vocación política gracias a la influencia de su padre, a la clase social a la que pertenece y a sus orígenes familiares y provinciales. Habiendo nacido en Córdoba y precisamente en el difícil momento histórico que le tocó vivir, Séneca no podía desinteresarse de la vida pública, de las difíciles relaciones entre la intelectualidad y el poder.

Ya hemos visto que su ciudad natal posee ciertamente un ambiente cultural exquisito pero también una importancia económica nada desdeñable y una vocación política que ejerce desde su fundación. Ahora la impronta política se acentúa, especialmente en el transcurso de las guerras civiles, aquella lucha sangrienta que protagonizaron César y Pompeyo y que supuso el final de la República. Ambos personajes contaban con grandes amigos y encarnizados detractores en esa Córdoba republicana que será testigo y protagonista del último y decisivo episodio de la guerra civil romana.

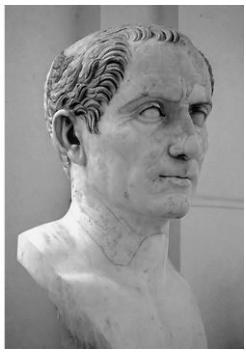
El furor de las guerras civiles, dice el padre de Séneca, le obligó a permanecer en Córdoba y le impidió ir a Roma para conocer en persona al propio Cicerón antes de su muerte. Para un estoico, como fue el padre y será el hijo, la guerra civil es el mayor de los males. En latín *furor* significa locura, y así define el padre

de Séneca la guerra civil, como locura colectiva y sangría indecente, lucha fratricida de ciudadanos contra ciudadanos. Córdoba fue precisamente el último y definitivo escenario de esa guerra civil entre César y Pompeyo después de la batalla de Farsalia.

Muerto Pompeyo, la guerra continuó entre César y los dos hijos de Pompeyo, Sexto y Gneo. En un principio parece que la ciudad de Córdoba quiso mantenerse neutral pero las circunstancias la obligarán a elegir bando. Entonces tomó partido por los pompeyanos, porque representaban mejor la tradición de aquella ciudad romana, fundada en tiempos de la República aristocrática.

Suele decirse que las tradiciones políticas y sociales se encuentran más puras en las ciudades periféricas que en la propia metrópoli. Córdoba siempre se enorgulleció de los tiempos de su fundación y de aquel espíritu aristocrático tradicional simbolizado por la antigua República romana. Y el partido de Pompeyo encarnaba ese ideal mucho mejor que el militarista y autoritario de Julio César. Por eso Córdoba, al final, se decanta por los pompeyanos y se alinea en contra de César. Elegirá bando perdedor y lo pagará caro.

Tras la victoria cesariana en Munda (45 a.C.) Sexto Pompeyo se refugiará en Córdoba, que acabó sufriendo el asedio, la destrucción y el incendio como venganza de Julio César por su apoyo al enemigo. El balance final será una ciudad incendiada y más de veintidós mil muertos solo dentro de las murallas.



[11] Pompeyo (izquierda) y César (derecha). Córdoba será triste escenario final de la guerra civil entre pompeyanos y cesarianos. César asedia e incendia la ciudad, que, a pesar de la catástrofe, resurgirá como un Ave Fénix en época de Augusto.

Pero pronto Córdoba encontró la prosperidad con Augusto, el heredero de César y primer emperador romano. Y del mismo modo que la ciudad fue primero pompeyana, luego fue augústea. ¿Cómo pudo ser que Córdoba luchara primero contra César y luego estuviera a favor de Octavio Augusto, el heredero de César? A pesar de lo que parece, no hay contradicción entre ambas posiciones ideológicas sino lógica evolución.

Los cordobeses, en la influyente capital de la Bética, siempre permanecieron fieles al principado que representó Augusto. La suya era una idea de Imperio que estaba más cerca de la República romana que de la monarquía militar de César. Octavio Augusto, una vez en el poder, supo desvincularse del autoritarismo de César, darle la espalda a las formas políticas de su padre adoptivo. Augusto supo respetar al Senado y con él las tradiciones de la antigua República romana. Fue una solución de consenso, respetuosa e inteligente. Y Córdoba, como casi todos en el Imperio, supo apreciar el gesto.

La capital de la Bética distinguía entre el primer Octavio, joven ambicioso, cuyas manos estaban manchadas de la sangre de la guerra civil, y aquel gran estadista en que se convirtió después, ese hombre de Estado, el *prínceps*, que supo aglutinar la nación respetando al Senado y manteniendo las formas republicanas. El sucesor de César supo hacerles un guiño a los partidarios

de la República. Incluso autores como Ronald Syme[5] llegan a decir que el dueño del mundo, en alusión a Augusto, se había convertido casi en un pompeyano.

Precisamente para entender la figura de Séneca y su ideología política hay que remontarse a ese momento, uno de los episodios más trascendentales de la historia de Roma: la época de Julio César, la del hundimiento de la República y la llegada del Imperio a manos de Augusto. Todo ha cambiado. La República ha desaparecido. Llega un nuevo régimen: el Imperio romano. Pero es un Imperio por construir políticamente. La conquista militar se ha producido; el principado de Augusto ha traído la *Pax romana*; pero ahora existe un nuevo régimen que hay que legitimar y edificar. Ese será el cometido del siglo en que nace Séneca y a esa tarea dedicará sus esfuerzos el filósofo de Córdoba, procurando ser útil a su tiempo y, sobre todo, a la humanidad.

Octavio Augusto era un adolescente cuando su tío abuelo Julio César cayó en el Senado, a los pies de la estatua de Pompeyo, cosido a 23 puñaladas. Los senadores que cometieron el magnicidio no sabían qué hacer después del crimen ni eran conscientes de la imposibilidad de volver a la antigua República romana, que el propio César se había encargado de liquidar. Los conjurados fueron derrotados por Marco Antonio y Octavio, que se aliaron para acabar con los republicanos. Una vez dueños de Roma, se enzarzaron poco más tarde en una segunda guerra civil que daría por vencedor a Octavio, conocido después como Augusto, el *prínceps*, como se hizo llamar, es decir, el primer ciudadano de Roma. Pero en realidad todos sabían que aquel apelativo era un sinónimo de emperador o rey, porque, el heredero de César siempre gozó del poder absoluto. Así pues, Augusto fue quien inauguró el Imperio después de haber derrotado a Marco Antonio, aquel amante de Cleopatra que fue la mano derecha de Julio César y aún hoy hace las delicias del cine y la novela histórica.

Pero la importancia real de aquellas guerras civiles que pusieron fin a la República romana la tiene Julio César, el personaje que sigue protagonizando gran parte de la historia de Roma veintiún siglos después de su muerte. La importancia la tiene no solo por los libros que escribió ni por el hecho de haber conquistado más de medio millón de kilómetros cuadrados para el Imperio romano con su anexión de las Galias. Tampoco es decisivo el hecho de que ganara la guerra civil o haya sido víctima del tiranicidio más famoso de la historia, cuando fue asesinado a los pies de la estatua de Pompeyo en el Senado. La importancia trascendental de Julio César para la historia de Roma está en su divinización. Porque a César se le rindieron honras fúnebres y se le concedió, a su muerte, la categoría de dios.

En nuestra mentalidad moderna resulta muy sorprendente que a un ser humano se le convierta en dios a su muerte o se le llegue a considerar divino en vida pero el fenómeno no es tan chocante en las sociedades antiguas. Las religiones politeístas no establecían una diferencia tan nítida entre lo divino y lo humano. Los antiguos veían las relaciones entre dioses y hombres de modo más flexible y difuminado. Podía haber ciertas zonas de intersección entre ambos planos. Reconocer en un ser humano atributos divinos era la forma de apreciar la valía de seres extraordinarios, de superhombres y héroes. Cuando Pompeyo, en plena República romana, ganó gran prestigio y sonoras victorias militares en oriente, los pueblos indígenas le rindieron honores que los romanos vieron siempre como algo exagerado y entre los que había protocolos similares a ciertas formas de culto religioso. Se sabe que en la isla griega de Delos hubo un grupo de «adoradores de Pompeyo». El gran general romano, a su paso por aquellos pueblos de oriente medio, era aclamado como «divino o igual a un dios» porque considerar divinos a los generales victoriosos entraba dentro de la costumbre que impusieron los diádo-

cos, aquellos generales de Alejandro Magno, convertidos luego en reyes de los reinos que el macedonio conquistó.

En Macedonia o en Egipto los reyes eran dioses o semejantes a dioses. Y esta costumbre, que estaba muy extendida fuera de Roma, también tenía cierto correlato en los triunfos militares que los generales romanos victoriosos celebraban en la capital del Imperio. Cuando iban en el desfile, pintada la cara de rojo, el color de la sangre y del dios Marte, el dios de la guerra, arrastrando a innumerables cautivos y reyes vencidos, orgullosos como si fueran superhombres o héroes, los generales victoriosos iban vestidos como la estatua del dios Júpiter. Detrás llevaban un esclavo que le repetía de vez en cuando la consabida frase *memento mori*, recuerda que eres mortal, es decir, un recordatorio de que en realidad eran hombres, aunque en esta ceremonia se les tratara como a un dios y se les vistiera como a un dios.

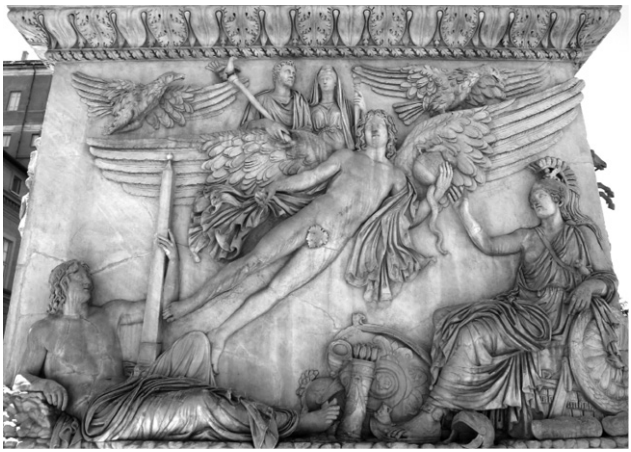
[12] *Julio César en el carro triunfal*, de Andrea Mantegna, 1490. César marcha en su carro triunfal mientras un esclavo sujeta la corona y le repite una y otra vez: «*Memento mori*».

Nadie como César supo aprovechar en su propio beneficio, pero sobre todo en beneficio de sus descendientes, ese potencial «divinizador». Tras su asesinato, el Senado le concedió la apoteo-

sis, la divinización, quizá por mala conciencia del crimen o por la presión de sus seguidores. Algunos pensarían que aquel honor era una justa compensación, otros que aquello calmaría las aguas. Lo cierto es que César consiguió, muerto, el sueño que tuvo en vida: el reconocimiento de su divinidad, es decir, de su superioridad por encima del resto, de su procedencia divina, de que los dioses lo protegían y auspiciaban, de que la sangre de los dioses corría por sus venas.

La divinización de César tras su asesinato será el origen de una ceremonia que se celebrará a la muerte de los emperadores romanos y se llamará apoteosis. Ese acto se convertirá en un rito de carácter político y religioso que encarnará la justificación del poder y dará legitimidad al sucesor.

La apoteosis consiste en que un emperador se convierte a su muerte en un dios. El ritual funerario es muy elaborado. Se creía que el espíritu del emperador volaba desde la pira funeraria hasta los cielos. Un águila que se liberaba en el momento de la incineración simbolizaba ese ascenso y una votación del Senado confirmaba legalmente la consagración como dios. El emperador siguiente podía ser considerado hijo de un dios y también tener otros familiares divinizados. En eso consistía la base de su poder y autoridad. La apoteosis comenzará con César y Augusto pero se intensificará en los siglos posteriores.



[13] En este relieve, perteneciente a la base de la columna Antonina (s. II), aparece la divinización de Antonino Pío y su esposa Faustina doscientos años después de la muerte de César.

César no dejó hijos pero sí un sobrino nieto, Octavio, que aunque era muy joven vio la oportunidad de su vida cuando se leyó el testamento de César y supo que lo nombraba su heredero e hijo adoptivo. Entendió desde ese momento que su mejor herencia era la divinización de su tío abuelo, porque él era ahora heredero de un dios y eso le garantizaba, en la mentalidad romana, la legitimidad suficiente como para poder aspirar al poder absoluto, el mismo que había querido ostentar César y la muerte no se lo permitió. Fue entonces cuando su heredero, Octavio Augusto, que se convertirá en el primer emperador de Roma, se encargó de potenciar aquel hecho y de difundir por todo el Imperio la leyenda de que la familia de los Julios provenía, según decían, de los primeros pobladores de Roma, de aquellos héroes míticos, como Eneas, que arribaron a las costas de Italia desde la lejana Troya destruida. Y Eneas era hijo de la diosa Venus, la hija de Júpiter, el rey de los dioses. El hijo de Eneas fue Julo, de donde procedía la familia Julia, a la que pertenecían Julio César y Augusto. De ahí nacía el linaje de los césares.

Octavio venció en una nueva guerra civil a Marco Antonio y fue nombrado Augusto por el Senado. Desde entonces llevará ese nombre. Y al igual que un mes del año recibió el nombre de

Julio en honor a Julio César, otro llevará el nombre de Agosto por Augusto ¿Pero qué significa exactamente la palabra «Augusto»? En realidad es un término religioso. Los augures son sacerdotes que interpretan el vuelo de las aves y a través de ellas la voluntad de los dioses, es decir, adivinan el futuro, el destino. Todavía hoy decimos que algo es un buen augurio, cuando parece que el destino será propicio. O asistimos a una inauguración, cuando se inicia algo y se desea que la suerte lo favorezca. Augusto es una palabra que significa en latín: venerable, digno de veneración; y este término está en relación con la divinización de César. El descendiente no es un dios pero es el heredero del linaje de un dios, de la estirpe del divino César. Y así se le conocerá como *divus Augustus*, el divino Augusto.

Con este halo de respetabilidad divina, Augusto inicia un nuevo régimen político, una nueva forma de gobierno que sustituirá a la República romana. No podrá llamarla dictadura, porque César quiso ser nombrado dictador perpetuo y fue asesinado. El Senado no toleraría esa denominación. Menos aún podría ponerse el nombre de Rey o llamar a su régimen monarquía. Aún sonaban los ecos de los primitivos reyes romanos, de aquel Tarquinio el soberbio de la época anterior a la República, aquel apelativo y aquel régimen que todo ciudadano romano asociaba al de la tiranía y falta de libertad. Augusto tenía que buscar otro nombre nuevo que no ofendiera a nadie. Y lo encontró: principado. Efectivamente la palabra debió de ser hallazgo suyo, porque el descendiente de César siempre supo ser prudente y guardar las formas. Esa fue la base de su éxito. Desde el principio tomó la postura más inteligente: no irritar al Senado e ir comprando voluntades desde la moderación y la hipocresía. Decidió llamar a su régimen principado, y él fue el *prínceps*, el príncipe, palabra que en latín significa el primero, el que ocupa el primer lugar. Porque él no era un tirano ni un rey, solo era el primer ciudadano de Roma, igual en dignidad y derechos que cualquier

otro senador, pero con más autoridad moral, con la autoridad que le garantizaba su ascendencia divina, el linaje de César. Y en base a eso fue legitimando su poder y transformando la República en Imperio.

Para imponer este nuevo régimen, Augusto no solo se sirvió de la diplomacia sino, sobre todo, de la propaganda. Lo hizo a todos los niveles y con una eficacia excepcional. Primero puso su imagen, su retrato, su rostro idealizado, a circular por todo el Imperio. No solo a través de las monedas, que le ofrecían la máxima difusión de la época al pasar de mano en mano, como hoy; también encargando estatuas de mármol y bronce que lo retrataban en todas sus facetas: vestido de militar como emperador, cubierta su cabeza con un velo como sacerdote o togado como un senador. Se erigieron bustos, estatuas de tamaño natural y gigantescas, ecuestres, sedentes. Se representó su imagen en todas las plazas públicas y templos. Su rostro circulaba por todo el Imperio grabado en anillos, camafeos, joyas y cubertería de plata. Y siempre aparecía joven, jovial, dinámico, revestido de poder, con atributos divinos, como ese Cupido que a los pies de Augusto recuerda su linaje: Augusto, emparentado con Venus, descendiente de la sangre de César.

La literatura también jugó un papel fundamental en el dominio absoluto de la propaganda por parte de Augusto. El *prínceps* se rodeó de los mejores escritores del momento y los puso a trabajar para él. Virgilio escribió *La Eneida*, una historia mítica de los orígenes de Roma que hablaba de Eneas, el héroe troyano, de quien ya hemos dicho que era hijo de Venus, que llegó a Italia, de quien descendían los Julios. A él debían su ascendencia divina y por tanto la legitimidad de su poder. *La Eneida* se convirtió pronto en la obra nacional romana por excelencia, como hoy en España puede ser nuestro *Quijote*. Pasó a ser muy pronto libro escolar y ha seguido siendo un manual empleado en colegios y universidades hasta hace relativamente poco tiempo.

[14] Tres imágenes de Augusto. A la izquierda, con imponente armadura, es un héroe semidivino que a sus pies tiene un pequeño dios Cupido. En el centro como sacerdote, con un velo, pues también era Pontífice Máximo, y a la derecha togado como cónsul. El emperador reúne en su persona todos los poderes: militar, religioso y civil.

En un mundo en el que no existían redes sociales, prensa, TV o Internet, Augusto supo difundir su imagen con los medios que aseguraban la máxima propaganda en la época: la literatura, los manuales de primera educación, las monedas, estatuas y objetos de uso cotidiano. Y mientras los romanos leían *La Eneida* y admiraban las monumentales estatuas del emperador en todas las ciudades del Imperio, Augusto siguió mimando al pueblo con donaciones de dinero y espectáculos públicos. Ese pan y circo abundante es el que luego criticará Juvenal, como instrumento, siempre a mano, que tuvieron los emperadores para contentar a la plebe. Pero Augusto no solo contentó a la plebe. También supo contentar al Senado, respetándolo y convirtiéndolo en una cámara de administración del Estado a su servicio. Todos salían ganando en aquella Roma que había vivido un siglo de guerras civiles, que se había desangrado en una ciega lucha por el poder a manos de ambiciosos generales, en esa Roma de ejércitos fieles a hombres que luego los utilizaban para acceder al poder absoluto. Augusto supo que en primer lugar debía controlar el ejército. Y lo consiguió. Se hizo con el dominio de las legiones con una sencilla medida: asegurarles la jubilación.

En Roma se trabajaba prácticamente hasta el final de la vida. Por supuesto no existía Seguridad Social ni pensiones de jubila-

ción. Pero Augusto instituyó una norma distinta para el ejército, por motivos obvios e intereses políticos evidentes. Después de los años de servicio prescriptivos, dieciséis primero y luego veinte, será el propio emperador quien les conceda el retiro y dé a los legionarios una pensión en dinero o tierras. Quedarán los ejércitos dirigidos por sus generales pero obedientes solo al emperador, que les asegura el retiro y la paga. Hubo tranquilidad dentro y fuera de las fronteras. El enemigo exterior fue controlado. El Estado encontró años de prosperidad y buen gobierno, una época memorable que los historiadores definen como *PAX AVGVSTA*.

El padre de Séneca ha vivido la época de las guerras civiles y el advenimiento de Augusto. Es un hombre de hondas raíces republicanas, como su amigo Polión, que en el 43 a.C. era gobernador en Córdoba, la patria de los Anneos, y mantenía correspondencia con Cicerón, aunque siempre fue enemigo de su memoria. Polión fue primero amigo de Marco Antonio y luego de Augusto. Supo mantenerse neutral entre ambos contendientes cuando se enzarzaron en la guerra civil y, antes de ese triste episodio, fue el personaje que propició la entrevista entre ambos, reunión que dará lugar al segundo triunvirato. Tanto Polión como los Sénecas aceptaron el principado como forma de gobierno, porque sabían que una vuelta a la República era inviable y que Augusto representaba un régimen mixto entre el emperador y el Senado. La solución política que proponía el *prínceps* no era, por tanto, la dictadura de César, el imperio absoluto, sino un gobierno más moderado, con más libertades, con un Senado que mantenía la mayoría de las funciones que tuvo en época de la República, regido, eso sí, no por cónsules sino por un emperador vitalicio. Era una monarquía que hoy llamaríamos pseudoconstitucional, un régimen que buscaba la colaboración del Senado pero donde el poder real residía en el emperador. Eso entrañaba un serio peligro de autoritarismo pero, a pesar de ello, el

invento funcionó y pareció satisfacer a la mayoría. Augusto supo desvincularse de la memoria y las formas de Julio César. Supo acercarse al Senado y, aunque siempre tuvo detractores, el resultado final fue valorado como una solución válida al siglo de guerras civiles que dieron fin a la República. Era un nuevo régimen que parecía contentar a la mayoría. Entre ellos a los Anneos de Córdoba, que siempre mirarán los años de gobierno de Augusto como modelo de régimen político y de buena gestión.

Esa es la situación política y el análisis que conocerá Lucio Anneo Séneca acerca del gobierno de Augusto. Cuando el joven nace en Córdoba, el emperador lleva ya más de veinte años gobernando el Imperio. Vivirá los quince primeros años de su vida aún bajo el gobierno de Augusto. Conocerá los primeros años del Imperio y el fin de la República a raíz de la información privilegiada que le aportará su padre y el extenso número de intelectuales, historiadores y oradores con los que se instruirá en su juventud. Pero también vivirá los últimos años de Augusto, mientras el joven Séneca va abandonando paulatinamente su adolescencia. Será testigo de ese régimen que nace con él y, precisamente por eso, sabrá por experiencia propia que el nuevo sistema necesita una formulación ideológica clara que evite la deriva autoritaria.

El poder de Augusto, su *auctoritas*, se basaba en la tradición romana, en la figura de César, en el poder militar y las conquistas, en su papel de protector del pueblo de Roma y del Senado, en su programa de construcción y en su gestión política, que aseguraba el progreso. Él mismo dijo, y lo repetirá Suetonio: «*Encontré una ciudad de ladrillo y la dejé de mármol*». La gran inteligencia de Augusto estuvo siempre en apoyarse en el Senado. Los necesitaba y lo que hizo fue comprar voluntades o convencer. Ofreció a los senadores los puestos políticos más altos. No le supuso ningún problema. De todas formas el Estado tenía que ser administrado. Augusto necesitaba hombres cualificados con que mandar

legiones, dirigir provincias, gobernar territorios, abastecer la ciudad de agua y pan. Había que nombrar funcionarios y procuradores, jueces y gobernadores, cargos militares y policiales. ¿Y quiénes había más preparados que los senadores para encargarse de estas gestiones? A ellos les ofreció los cargos y honores. En ellos hizo descansar la administración del Estado. El estatus de senador se convirtió en un honor hereditario durante tres generaciones. Y a cambio de todas esas prebendas el Senado permitía que el emperador monopolizara todo el poder. Era un acuerdo que satisfacía a ambas partes. La opinión pública pensó que la instauración de aquel gobierno mixto entre el emperador y el Senado podía resolver los tremendos problemas a que se había enfrentado Roma en los últimos decenios.

Los ciudadanos de Córdoba eran leales a este último Augusto, porque el *prínceps* quiso demostrar sus buenas intenciones desde el principio. La comprobación definitiva vino el mismo año 26 a.C., en que el emperador visita con Agripa y con Marcelo la capital de la Bética. La clave simbólica del nuevo gobierno es Marcelo, descendiente de aquel famoso cónsul de la República que en siglo II a.C. había fundado la ciudad de Córdoba. Marcelo es bisnieto del fundador. Se llama como su bisabuelo, Marco Claudio Marcelo. Pero además es sobrino de Augusto, único familiar varón que tiene el emperador y primero en la línea de sucesión. El mensaje es claro. Augusto está creando un régimen político que mantendrá lo mejor de la república aristocrática romana. El régimen se apoyará en las familias que hicieron grande a la República, solucionará los problemas de la guerra civil, traerá el progreso y la *Pax romana*. Augusto supo explicar al mundo romano que él representaba la mejor evolución posible de la extinta República, una República que pertenecía al pasado y cuya vuelta atrás la mayoría de los romanos reconocía ya inviable.

Podemos conjeturar que los Anneos y la opinión pública de Córdoba creían en este régimen que se llamó «el principado de

Augusto». Veían ese nuevo sistema político como el continuador más sensato de la tradición romana. El segundo emperador pudo haber sido ese Marco Claudio Marcelo, bisnieto del que había fundado Córdoba siglo y medio atrás. La ciudad veía el régimen de Augusto como continuador de la República romana, en formas y personas. Confiaba en él porque representaba las libertades y el progreso, un gobierno respetuoso entre el emperador, el Senado y el pueblo, *SPQR*, es decir, *Senatus Populusque Romanus*, el Senado y el Pueblo Romano[6].

Esta ideología política es la que Séneca plasmará y desarrollará en sus escritos. Esa idea de Imperio es la que defenderá en su actividad política durante toda su vida. Es la misma por la que luchará siempre su sobrino Lucano, educado en esta misma tradición. Es la que propugnó su propio padre cuando escribió *Historia de las guerras civiles*, obra que influyó, sin duda, tanto en Séneca como en Lucano. En ella Séneca el Viejo no defiende la República, como muchos afirman, sino el Imperio Augústeo, el Imperio «Pompeyano», una mezcla acompasada de las dos facciones que dieron paso a la guerra civil, una política de concordia basada en la razón y el respeto a la libertad.

Esta ideología está en la base de la tradición política familiar de los Anneos y también es la que prefiere la opinión pública de Córdoba: la idea de un Imperio aristocrático. Y, para representarlos en Roma, los cordobeses tenían a familias como las de Séneca, que eran vistas como quienes mejor defendían los intereses locales en Roma, cerca de los poderosos. Córdoba era una ciudad que estaba orgullosa de los Anneos. Lo sabemos por el epigrama que se atribuye a Séneca y que, de ser obra suya, escribió en el momento del destierro. En él se cuenta cómo toda la población de su ciudad natal compartía su dolor y su preocupación en aquel momento de desgracia, cuando Séneca es condenado al exilio.

Córdoba, deja sueltos tus cabellos

y vístete de rostros tristes;
hazme llegar tu llanto
como si fuera ofrenda a mis cenizas.
Llora a tu poeta, Córdoba,
tan lejana ahora,
Córdoba, en ningún otro día
más triste que hoy.
Ni siquiera cuando, con la violencia
de haber arrasado todo el orbe,
sobre ti se abalanzó
la destrucción completa de la guerra.
Ni siquiera cuando, cercada
por dos males contrarios,
a manos de ambos sucumbías,
pues era tu enemigo Pompeyo
y también lo era César.
Ni siquiera en aquellos tiempos, ¡ay!,
en que te dio trescientos funerales
una sola noche, que fue para ti la peor.
Ni cuando el ladrón lusitano golpeaba tus muros
y clavaba en tus puertas su torcida lanza.
Yo, aquel que un día fui tu gran ciudadano,
tu gloria, estoy ahora preso en un peñasco.
Córdoba, deja sueltos tus cabellos,
y agradece que la Naturaleza te alejara
al extremo confín del Occidente:
así te llegará más tarde
el dolor de esta noticia[7].

Córdoba lejana y Lucio Anneo Séneca solo, en el destierro, como en una muerte en vida, son el eco hermoso y triste de aquellos versos que escribirá otro andaluz universal veinte siglos después, para hablar de una Córdoba lejana y sola. El poema de Séneca tiene carácter elegíaco, muestra el dolor y la tristeza por su destierro. Tiene abundantes pronombres y adjetivos en primera y segunda personas: de ellos se sirve el poeta para enfatizar la cercana relación que existe entre él y su ciudad natal, cuyo adjetivo lejana no dejará nunca de evocar aquellos versos de Lorca.

El poema alude a los episodios más característicos de la historia de Córdoba hasta la época de Séneca: el ataque de Viriato (*el ladrón lusitano golpeaba tus muros*), el terremoto que sufrió la ciudad (*trescientas muertes en una sola noche*) o la terrible guerra civil entre César y Pompeyo (*la destrucción completa de la guerra… pues era tu enemigo Pompeyo y también lo era César*). La ciudad aparece in-

vocada por el poeta como si le hablara a una mujer que llora la desgracia de un ser querido.

Aunque este poema se atribuye a Séneca y se supone escrito en los años del destierro, no hay seguridad completa de que haya sido compuesto por él. En todo caso, independientemente de la autoría, cuestiones estilísticas confirman que estos versos se escribieron en su época y demuestran la ligazón que existe entre la figura del filósofo y su ciudad natal, porque el epigrama es a la vez una loa a Córdoba y un elogio a la figura de Séneca.

Todo esto demuestra que Lucio Anneo Séneca siempre estuvo apoyado por una parte muy importante de la opinión pública cordobesa. Pertenece a una de las grandes familias provinciales de la Bética, que muy pronto darán emperadores a Roma (Trajano, Adriano, Marco Aurelio). Los Anneos formaban parte de un entramado de linajes influyentes que apostaron desde el principio por el principado de Augusto. El poema es una muestra más de este hecho y confirma la vinculación del filósofo con la ciudad que lo vio nacer. Porque los Anneos, desde tiempos del padre, se establecieron en Roma sin romper nunca los vínculos con su tierra natal. Séneca el Viejo hacía continuos viajes entre Córdoba y Roma. Fue en Córdoba donde se casó con Helvia en torno al 4 a.C. Había regresado el año 15 a.C. y se quedó una larga temporada en la capital de la Bética. Viajó de nuevo a Roma y volvió a la ciudad en el 9 a.C. Es evidente que durante toda su vida hizo continuos viajes entre ambas urbes. Los Anneos debían de ser importantes representantes de Córdoba y de sus intereses en Roma. Nunca rompieron con su patrimonio, sus viviendas o sus parientes en la capital de la Bética. La madre de Séneca vivió casi toda su vida allí, administrando el patrimonio familiar. Casi todos sus miembros regresaron a casarse y tener los hijos en aquella ciudad. Incluso Lucano, el propio nieto de Séneca el Viejo, nació en Córdoba casi un siglo después de que lo hubiera hecho su abuelo.

Cuando se dice que Lucio Anneo Séneca marchó de niño a Roma y no volvió jamás a la ciudad que lo vio nacer, se hace una afirmación muy aventurada. No sabemos si volvió o no ni cuántas veces pudo hacerlo. Pero es muy improbable que no volviera nunca más a su ciudad natal. Séneca tenía la base de su riqueza y su patrimonio en Córdoba. Su familia era representante de la urbe en Roma. La opinión pública cordobesa, su influencia y su riqueza eran los pilares sobre los que se apoyaban. Es evidente que los hijos se hicieron cargo de las obligaciones del padre a su muerte. Puede que viajaran más a menudo, o menos, pero nunca rompieron sus lazos con la ciudad que los vio nacer. Y eso lo demuestra, en todo caso, el epigrama del destierro. Da igual que lo haya escrito Séneca o un autor de la época. El poema demuestra que el filósofo nunca rompió los vínculos con Córdoba. Todo lo contrario: mantuvo allí familia y patrimonio.

En los momentos difíciles Lucio Anneo Séneca se apoyó en la opinión pública cordobesa, en su influencia y su vigor económico, en los intelectuales, industriales y políticos que pertenecían a ese círculo de poder que giraba en torno a los Anneos (cordobeses, béticos, tarraconenses, narbonenses) y del que ya había sido protagonista indiscutido su propio padre, que llegó a la capital del Imperio en el año 42 a.C. y que conoció a todos los personajes importantes de la Roma de su época.

El círculo de las amistades de Séneca el Viejo abarcaba lo mejor de la cultura de su tiempo. Fue amigo íntimo de intelectuales cordobeses influyentes como Porcio Latrón, el mejor declamador de su época, que viajó con él y con el propio Asinio Polión desde Córdoba para completar su formación en la capital del Imperio. Latrón es el gran orador a quien el propio Augusto acudía a escuchar, cuyas declamaciones lo hicieron famoso. Lucio Anneo Séneca no llegaría a conocerlo en persona sino a través del testimonio de su padre. Pero sí conocerá y tratará a otros como Junio Galión, aquel importantísimo senador amigo de Tiberio

que luego adoptó a su hermano mayor para catapultarlo a la clase social de los senadores. El filósofo se servirá de todas estas amistades y de familiares influyentes como su propio tío Galerio, que fue durante dieciséis años gobernador de Egipto, uno de los puestos más importantes del Imperio.

Son algunos ejemplos de las relaciones de amistad que Lucio Anneo Séneca heredará de su progenitor y que sabrá cultivar y acrecentar. El padre estuvo muy bien relacionado en la Roma de su tiempo. Es evidente que el hijo continuó también su labor en ese aspecto y se sirvió de ese influyente grupo de poder que nunca dejó de mirar a Córdoba como si la capital de la Bética fuera uno de sus más importantes baluartes políticos y económicos. En realidad lo era.

La familia de los Anneos contó siempre con apoyos muy sólidos en los ámbitos político, cultural, social y económico, tanto en la Córdoba de la que eran originarios como en la Roma donde hicieron carrera. Eran amigos, por ejemplo, del abuelo de Clodio Turrino, ciudadano romano cordobés de origen indígena, de ilustre linaje y envidiable fortuna, que había hospedado a Julio César [8] en su ciudad natal, en el año 68 a.C. Los Anneos sabrán mantener y cultivar estas amistades familiares que se van heredando de padres a hijos, pues Séneca el filósofo fue amigo de dos buenos oradores que son precisamente el hijo y el nieto de este Clodio Turrino, en cuya casa se alojaba su amigo Julio César cuando visitaba Córdoba.

Al padre lo apoyó siempre Asinio Polión, aquel famoso gobernador que lo llevó a Roma. Polión no es un gobernador romano más. Es un personaje histórico de gran importancia. Ha sido legado de Hispania en el 46-45 a.C. Fue amigo y compañero de armas de César, a quien acompañó en el paso del Rubicón. Fue amigo también de Marco Antonio y Octavio Augusto, a quienes puso de acuerdo para crear el segundo triunvirato. Es además un hombre muy importante en el terreno de la cultura.

Es el primero que construye en Roma una biblioteca pública. Hombre de gran conocimiento y aficionado a la oratoria, no se limitó a llevar a su padre a Roma, también lo introdujo en su círculo cultural. Allí se instaló el patriarca de los Anneos y llegó a conocer a casi todos los intelectuales importantes de la Roma de su tiempo, dentro del círculo literario de Mesala y Polión. Allí conoció a Mecenas, el ministro de Augusto, el hombre que patrocinaba poetas y que ha dejado su nombre a la posteridad como sinónimo de aquel que con su dinero apoya y financia generosamente a artistas. El padre conoció y trató a los personajes más importantes del mundo de la política y la cultura en Roma. Este hecho no es tampoco anecdótico en una biografía de Lucio Anneo Séneca.

Esta es la trayectoria vital del padre. A través de ella se puede vislumbrar el tremendo legado intelectual y social que deja a su hijo Séneca. Por un lado le aporta las relaciones de más alto nivel con los principales intelectuales de la Roma de entonces. Por otro el conocimiento y la experiencia que el propio padre pudo transmitirle a través de sus conversaciones y de los libros que escribió. No solo la interesantísima obra que se conserva de él, *Controversias y suasorias*, un libro que muestra al hombre de gran talento y excelentes facultades, de prosa exquisita y fino olfato como crítico literario, experto en el mundo de la retórica. Séneca el Viejo también escribió —y su hijo leyó— esa *Historia*, hoy perdida, sobre las guerras civiles. Hay un fragmento que aparece en uno de los prólogos de sus libros de *Controversias* en que, en un estilo tan cercano como el que luego empleará magistralmente su hijo en las *Cartas a Lucilio*, explica que tuvo que permanecer en su Córdoba natal hasta que pasara el furor de las guerras civiles, que él vive en su adolescencia. El padre de Séneca es, por tanto, un testigo privilegiado de los convulsos años del final de la República y el principio del Imperio. Vive una época crucial. Conoce a quienes están en el centro del poder en un momento

clave de la historia de Roma. Es un gran intelectual, un hombre de vasta cultura que escribió una obra histórica de gran envergadura. Conoció y manejó los escritos de Polión, hoy también perdidos. Ha leído y cita la obra de los historiadores perseguidos por el poder, de aquellos Labieno, Casio Severo y Cremucio Cordo cuyos libros fueron condenados al fuego por revelar una verdad histórica incómoda para el nuevo régimen. Todo ese conocimiento y experiencias los transmite a su hijo. Igualmente debió de influir a través de sus libros en su nieto Lucano, que también nació en Córdoba, sobrino de Lucio Anneo Séneca y famoso poeta épico autor de *Bellum civile*, la guerra civil, una obra universal conocida con el nombre de *La Farsalia* y que trata, precisamente, el episodio histórico de la guerra civil entre César y Pompeyo.

Lucio Anneo Séneca tendrá a su disposición un gran conocimiento de los aspectos intelectuales y políticos del nuevo régimen. Su preparación será no solo teórica sino práctica y de primera mano. Hay personajes que solo conocerá a través de su padre. Hemos citado al cordobés Marco Porcio Latrón, el mejor orador de su época, la de la generación inmediatamente posterior a Cicerón. Es un gran intelectual muy poco conocido. También nació y murió en Córdoba (55 a.C.-3 a.C.) y fue el más destacado profesor de retórica de su tiempo. Otros personajes importantes los conocerá Séneca en persona, hombres poderosos e influyentes como Junio Galión, amigo de Tiberio y senador que sufrió el exilio, o el también cordobés Sexto Mario, dueño de minas de oro, plata y cobre en Sierra Morena que era el hombre más rico de toda Hispania en aquella época. Sexto Mario fue al principio amigo personal de Tiberio pero cayó más tarde en desgracia por culpa de la codicia del emperador. El tirano inventó una falsa acusación para condenarlo a muerte y quedarse con sus riquezas. Tácito nos da la clave: apunta que todo aquello se de-

bió a la avaricia de Tiberio, que no perdió tiempo en confiscar los cuantiosos bienes del condenado[9].

Lucio Anneo Séneca tiene ya más de treinta años cuando se producen este y otros crímenes de Tiberio. Vivirá estos acontecimientos en primera persona y desde cerca, porque ha iniciado su carrera política en Roma y aspira al cargo de cuestor. En esta época se apoyará también en Galión, ese prestigioso orador y declamador que llegó a convertirse en uno de los senadores más influyentes de la Curia. Hemos hablado de él pero conviene detenerse un poco más en el personaje. Fue gran amigo de Séneca el Viejo y también de sus tres hijos. El propio padre lo acogió cuando llegó adolescente a Roma y se hizo cargo de su tutoría. A su sombra y en su círculo intelectual se formó y prosperó. El joven Galión llegó a convertirse en un gran orador y esto le abrió las puertas a la participación política en el Senado. De hecho las fuentes lo sitúan entre los cuatro mejores declamadores del Imperio. Fue amigo personal de Tiberio y hombre de gran poder dentro de la Curia. No se dedicó, por tanto, a la retórica sino a la carrera política. Triunfó en este campo y, a la muerte de Séneca el Viejo, quiso beneficiar a su benefactor. De bien nacidos es ser agradecidos. Galión adoptó como hijo a Novato y, con este gesto, lo hizo heredero de su apellido y patrimonio. Con la adopción, el mayor de los Anneos entraba dentro de la categoría de los senadores, a la que ya pertenecía Galión.

Hemos comprobado que Lucio Anneo Séneca nace en un entorno social y familiar privilegiado. Eso le permitirá tener un conocimiento panorámico de la época más importante de Roma. Conoce la caída de la República gracias a su padre, que le aporta información abundante y de primera mano sobre el fin de aquel régimen y la «sangría indecente» de las guerras civiles. Durante su vida, Séneca vivirá en primera persona los reinados de todos los emperadores de la dinastía Julio-Claudia: Augusto, Tiberio, Calígula, Claudio y Nerón. Conocerá al detalle la política lleva-

da a cabo por cada uno de ellos, en especial la del último, de la que será protagonista.

[15] Emperadores de la primera dinastía del Imperio, la Julio-Claudia. Desde la izquierda y hacia abajo: Augusto, Tiberio, Calígula, Claudio y Nerón.

Ya hemos dicho que Séneca tiene 15 años cuando muere Augusto en el 14 d.C., después de más de cuarenta años en el poder. Hemos visto que el joven ha recibido también en su formación intelectual y moral el influjo de la ciudad que lo vio nacer, una capital de la Bética orgullosa de su fundación republicana, conservadora y senatorial, ampliamente beneficiada por Augusto, que la reviste de mármol, y a quien la ciudad apoya como *prínceps* respetuoso con el Senado. También ha recibido el influjo de sus orígenes familiares, la importancia de su padre y sus hermanos, la relevancia del clan. Veamos algo más en detalle su procedencia familiar.

La familia de los Sénecas ya estaba asentada en *Córduba* desde época republicana. Es cierto que el clan podía proceder de la gran colonización itálica de los siglos II-I a.C., pero lo más probable es que tuviera ascendencia indígena. Así lo piensa Fontán[10], pues el gentilicio Anneo no se encuentra en el s. I más que en los personajes de esta familia cordobesa o en quienes estaban relacionados con ella. Conocemos a su pariente *Annaeus Serenus*, que ocupó un cargo importante en el Imperio. También al filó-

sofo y maestro *Annaeus Cornutus* y el médico privado de Séneca, *Statius Annaeus*, posiblemente ambos libertos suyos. Quizás serían también libertos suyos o de su padre *Lucius Annaeus* y *Annaea Prima*, cuya lápida funeraria fue encontrada en los años 80 en la necrópolis del Brillante en Córdoba. Este hecho junto a la cercana relación que mantuvo la familia de los Anneos con cordobeses de procedencia indígena como Latrón, Galión o Turrino hace pensar que ellos fuesen también *hispani*, es decir autóctonos, o bien que se hubieran mezclado con indígenas, lo cual, para los contemporáneos era prácticamente lo mismo que ser *hispani*. En cualquier caso, estos matices carecían de importancia en la sociedad y mentalidad romanas de aquellos tiempos. La familia Annea podía proceder de veteranos establecidos en Hispania dos siglos atrás o bien de un linaje ibérico anterior a la llegada de los romanos. Sus raíces podían provenir de hombres que hubieran recibido la ciudadanía romana en los mismos tiempos en que se asentaban en Córdoba los veteranos de Marcelo o los de las guerras civiles romanas. Daba exactamente igual la procedencia. Para sus coetáneos, los Anneos cordobeses eran romanos, sin más. En esto la antigua Roma no establecía diferencias.

Los Anneos son romanos que proceden de la capital de la Bética, la actual Andalucía en el sur de Hispania. Esta tierra es la primera por donde se extiende la romanización fuera de Italia, medio siglo antes que las ciudades del sur de Francia y la actual Provenza, cuyo nombre deriva del que le pusieron los romanos: *Provincia*. La Bética recibe su nombre del río Betis, actual Guadalquivir. Es tierra de prestigio desde antiguo y eso les abrió a sus ciudadanos las puertas de una Roma deseosa de cultura. De este prestigio se aprovecharon los primeros cordobeses, entre ellos Séneca el Viejo, un hombre rico, perteneciente a la pequeña nobleza de los caballeros romanos, que supo acrecentar su patrimonio e influencias en la capital del Imperio.

En lo que respecta a las clases sociales en la antigua Roma, la sociedad estaba férreamente estratificada. El ciudadano podía ser plebeyo u ocupar la cúspide de la pirámide social. La familia de Séneca ocupaba esa cúspide. Podemos decir que en aquellos tiempos no había clase media. Se podía pertenecer a la plebe o a la nobleza. Lucio Anneo Séneca estaba adscrito por nacimiento al estamento nobiliario. Pero en la antigua Roma, la aristocracia estaba dividida en dos órdenes sociales, dos estratos dominantes conocidos como orden senatorial y orden ecuestre. Los Anneos pertenecían al menos influyente de los dos, a esa especie de nobleza menor conocida como clase de caballeros, ecuestre o de los *équites*. Era una aristocracia inferior a la de los senadores, más poderosa y opulenta, que acaparaban los cargos públicos. Frente a ella, los *équites* detentaban el poder económico. Aunque en Roma no existía la burguesía en sí, la clase ecuestre se caracterizaba por tener altos niveles de riqueza y dedicarse a las actividades económicas, judiciales, al comercio, al cobro de impuestos o a la contratación de obras públicas.

A eso se dedicó probablemente el padre de Séneca. Era un hombre muy rico e interesado por la cultura. Escribió un libro sobre retórica pero no se dedicó a la enseñanza. Sus ingresos debían de proceder de la explotación de sus fincas, de la contratación de obra pública, de servicios como funcionario del Imperio, de prestar dinero e incluso del comercio del riquísimo y muy rentable aceite de oliva bético.

El patriarca de los Anneos heredó un abundante patrimonio en Córdoba. Pero luego lo aumentó considerablemente con su matrimonio y con la inteligente administración de los bienes comunes. Su cuñada, la tía materna de Séneca, era una mujer muy rica y fue la que aportó la enorme cantidad de dinero que el joven necesitó para iniciar su carrera en Roma. Hacer política en aquellos tiempos estaba reservado solo a los ricos, porque entonces no se podía acceder al Senado sin un nivel altísimo de rentas.

Los Anneos llegaron a la cumbre de la política romana gracias al sacrificio personal del padre, pero también al esfuerzo colectivo de toda la familia y a la poderosa influencia de su círculo de poder. El trabajo fue constante y se extendió a lo largo de las siguientes generaciones. Las relaciones familiares y de amistad, el trabajo conjunto y solidario, ese espíritu de grupo que supo mantener siempre el círculo intelectual y político que comandaron los Anneos les permitió al final ocupar importantes esferas de influencia y cultura en la misma Roma.

La familia de los Anneos estaba emparentada con otros clanes hispanos y del sur de Francia que desde aquellos tiempos se prestaban ayuda y colaboración mutuas y que seguirán haciéndolo en el futuro. Algunas familias establecieron un juego de alianzas matrimoniales y adopciones que les permitió sumar esfuerzos y fortunas en aras de acaparar mayores cotas de poder político, social y económico.

El padre de Séneca supo crear en torno a sí y con el patrocinio de los políticos romanos más influyentes de la época un círculo de intelectuales y pensadores que influyeron grandemente en la sociedad romana de principios de nuestra era. Pero, al igual que el hijo, no se olvidó nunca de Córdoba, porque allí estaba su fuerza económica y política. Séneca el Viejo volvió a su ciudad natal para casarse con Helvia, en primeras y únicas nupcias. La esposa era una mujer rica perteneciente a la influyente familia de los Helvios de *Urgavo* (actual Arjona, Jaén). Con ella tuvo tres hijos: Novato, Séneca y Mela. El filósofo es, por tanto, el intermedio de esos tres hermanos.

La madre es una mujer que ejercerá una influencia decisiva sobre el filósofo. Capaz e inteligente, se encargará de gestionar el abundante patrimonio familiar en Córdoba mientras su marido se encuentre en Roma. Es huérfana de madre, que falleció en el momento del parto. Su padre se volvió a casar con una rica mujer de la Bética, posiblemente viuda, que aportó a la madre de

Séneca una hermanastra que traía de ese anterior matrimonio. Esa hermanastra ejercerá una influencia benéfica esencial en la vida del filósofo. Es la tía que lo llevó a Roma de niño y luego lo acogió en Egipto en su adolescencia. Tía rica y bien relacionada, casada con Gayo Galerio, gobernador de Egipto, uno de los cargos políticos más importantes del Imperio.

El hijo primogénito de Séneca el Viejo y Helvia se llamó Marco Anneo Novato. El praenomen Marco y el cognomen Novato los tomó de su abuelo materno Marco Helvio Novato. El hermano mayor del filósofo nació en Córdoba en torno al 4 a.C. Él fue quien, a la muerte de su padre biológico, se convirtió en hijo adoptivo del senador Lucio Junio Galión.

Séneca padre y Galión se conocían desde hacía muchos años. Sus familias estaban unidas por profundos lazos de amistad. Lucio Junio Galión, además de pertenecer al orden senatorial, fue un gran orador y un político muy influyente en el reinado de Tiberio. Son los tiempos en que los hijos de Séneca el Viejo comienzan su carrera política. Galión los ayudará. Cuando muere el padre de los Anneos en el año 39 d.C., el senador adoptó al primogénito, Novato, que pasó entonces a llamarse Lucio Junio Galión, de sobrenombre Anneano. El motivo de esta adopción es sencillo: el senador no tenía hijos. Adoptando a Anneo Novato aseguraba la descendencia de su familia a la vez que catapultaba al hijo mayor de su amigo y paisano Séneca al rango senatorial. Sabemos que Lucio Junio Galión Anneo estuvo casado pero que su esposa falleció a principios de la década de los cuarenta.

El hermano mayor de Séneca, es conocido especialmente porque en el año 51 d.C. debió dictaminar acerca de la acusación de Pablo de Tarso[11]. En estos tiempos ocupaba el cargo de procónsul (gobernador) de Acaya (Grecia). El juicio de San Pablo tuvo lugar doce años después de haber sido adoptado por el senador Junio Galión y haber ingresado en la clase senatorial. Desde su

adopción en el año 39, Anneo Novato aparecerá en los documentos oficiales como Lucio Junio Galión.

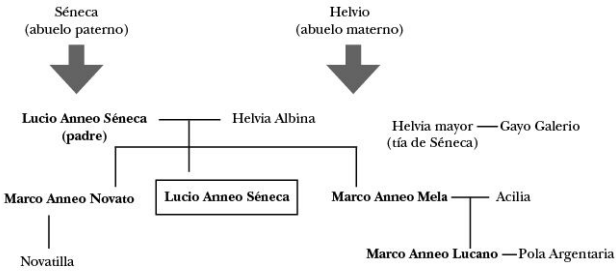
Lucio Anneo Séneca seguirá, como su hermano mayor, el camino de la política y llegará a ser senador, no por adopción sino por méritos propios. Se casó con Pompeya Paulina, de una familia de primer rango de la Galia Narbonense (su padre dirigió una de las principales prefecturas de Roma y su hermano fue cónsul e importante gobernador de Germania).

El único de los tres hermanos que siguió los pasos de su progenitor fue el menor, Marco Anneo Mela. Ha nacido también en Córdoba probablemente en el año 1 d.C. Marcha pronto, como sus hermanos, a Roma. Pero allí no se dedicó a la elocuencia, a la filosofía o a la política, sino que quiso emplear todo su talento en el mundo de los negocios, alejado de la corte y los centros de poder. A Mela, le fue bien y llegó a acumular una fortuna muy considerable. Regresó a su ciudad natal para casarse con Acilia, hija de Acilio Lucano, de donde su hijo tomó el cognomen y se llamó Marco Anneo Lucano. Este sobrino de Séneca se convertirá en uno de los mejores poetas latinos, un hombre que también nació en Córdoba, como todos los Anneos, y que llegó a ser una figura literaria de primer orden en la Roma de su época. Hoy es un clásico de la literatura universal. Lucano se casó con Argentaria Pola, nieta del famoso orador griego Argentario, que su abuelo cita muy a menudo en su obra.

A diferencia de sus dos hermanos, Marco Anneo Mela no se decidió a emprender una carrera senatorial. Se dedicó al mundo de los negocios y llegó a ser procurador imperial. Tácito cuenta[12] con su inconfundible estilo cómo siguió la vía de ciertos jóvenes que preferían hacer dinero antes que acceder al poder o los honores. Mela se quedó en el estrato social de los caballeros, al que pertenecía su padre, contento con el orden ecuestre, según palabras de Séneca el Viejo. El hijo prefirió la riqueza a los honores. En cambio, sus otros dos hermanos siguieron una carrera dife-

rente: la política. Novato y Séneca llegaron a entrar en el Senado. Consiguieron una promoción social y una importancia política que no sabemos si algún día en su juventud llegó a ambicionar para sí su padre. Lo cierto es que el patriarca de los Anneos no entró nunca en el Senado, aunque conoció y trató a los personajes más influyentes e ilustrados de la Roma de entonces. Su vida no la dedicó a intentar abrirse paso en el complicado mundo político de la Roma de aquellos tiempos. Más bien procuró ofrecer a sus hijos todas las posibilidades de promoción posibles. Apoyó con determinación la carrera política de los dos mayores y, a la vez, aplaude la decisión que toma el menor: permanecer en el orden ecuestre, lejos de los honores públicos pero también lejos de los peligros que entraña el desempeño de la política en unos tiempos en que el sistema amenazaba con degenerar en tiranía. El padre alabará esa prudencia que parece alejar del peligro a Mela, su hijo menor. Eso, al menos, creía él.

El trabajo del progenitor no fue baldío. Sus hijos serán herederos de este tremendo esfuerzo, no solo individual sino especialmente colectivo. Lucio Anneo Séneca sabrá aprovechar a la perfección las ventajas de que gozó. Sus excelentes resultados se vieron doce años después de la muerte de su padre. En torno a los años 50 de nuestra era, los Anneos se encuentran en la cumbre del poder. Lucio Anneo Séneca se convertirá en el personaje intelectual y político más importante de la Roma de su tiempo. Lo más sorprendente de su figura no será ese tremendo éxito. Su fama perdurará a través de los siglos. Se convertirá en un pensador de talla universal. Su impronta cultural y política será transversal a la historia de la humanidad y llegará hasta nuestros días.



[16] Árbol genealógico simplificado de los Anneos. En negrita el padre, los tres hijos y el nieto; en recuadro Lucio Anneo Séneca.

---

[1] Estrabón *Geografía* III,2,1.

[2] Plinio el Viejo *Historia natural* III.7.

[3] Cicerón *Verrinas* 4.56.

[4] Grimal: 1980.

[5] Syme: 2011.

[6] Más detalles en Beard: 2016.

[7] Séneca *Epigramas* Dingel: 2007, 56-58.

[8] Lo explica Séneca el Viejo en *Controversiae* 10. *praef.* 16.

[9] Tácito *Annales* VI.19.1.

[10] Fontán: 2001.

[11] Biblia *Hechos de los Apóstoles* 18.12-16.

[12] Tácito *Annales* XVI.17.3.

2.

INFANCIA EN CÓRDOBA: LA INFLUENCIA DE LA MADRE

Mater optima es el apelativo que otorga Séneca a Helvia Albina, y que podríamos traducir por la mejor madre. Ese epíteto no era un mero cumplido sino una forma de expresar la tremenda y decisiva importancia que tuvo esta mujer en la vida y carrera de su hijo Lucio Anneo Séneca.

Helvia es hija única del primer matrimonio de Marco Helvio Novato, un hombre que fue duunviro y pontífice del emperador Augusto en su ciudad natal. Las urbes romanas se administraban según las instituciones de la capital del Imperio. La antigua República nombraba cada año a dos cónsules como Jefes de Estado. De igual manera y a una escala menor, las ciudades del Imperio elegían también a dos hombres, *duumviri* en latín, que desempeñaban las labores de gobierno, funciones parecidas a las que hoy realizan nuestros alcaldes y gobernadores. El abuelo materno de Séneca fue uno de ellos. Pertenecía a una importante familia de rango ecuestre originaria de Urgavo (actualmente Arjona, Jaén).

Marco Helvio Novato, abuelo materno de Séneca, fue un hombre muy rico. Pertenecía al orden ecuestre, esa clase de caballeros que poseía cierta nobleza pero estaba situada después del orden senatorial, el más alto. Los caballeros o *équites* buscaban a menudo una promoción social que les permitiera ingresar en la clase de los senadores. Y ese salto a la clase social más alta solo podían hacerlo a través del *cursus honorum*, la carrera de honores y magistraturas propias de la política romana que, tras su desempeño, permitía adquirir el estatus de senador.

[17] Inscripción correspondiente al abuelo materno de Séneca.
M(arco) H[el]vio M(arci) f(ilio) Gal(eria) / Novato / IIv[ir(o) –]
pont(ifici) divi Aug(usti). Marco Helvio Novato, hijo de Marco, de la tribu Galeria, duunviro y pontífice del divino Augusto.

No era fácil conseguir ese ascenso social. Consistía en un privilegio reservado a muy pocos, porque para ello había que tener gran riqueza y talento. Ambos los tuvo el abuelo materno de Séneca. Fue un hombre de considerable influencia y poder pero Helvio Novato no ambicionó nunca desarrollar una carrera administrativa o política superior a su estatus, como sí hicieron otros personajes de su misma condición social.

Por lo que respecta al otro abuelo de Séneca, el abuelo paterno, parece que tampoco tenía interés en adentrarse en las actividades culturales o forenses de la propia Roma. Pero sí estuvo volcado en promover la carrera de sus hijos, como luego hará el padre del propio Séneca. En los tiempos finales de la República mantuvo la amistad con el gobernador de Hispania de entonces, Asinio Polión, uno de los hombres más importantes del espectro político romano de su tiempo. Como ya se ha comentado, Polión fue legado de Hispania y luego gobernador. Gozó de la amistad de César, mantuvo correspondencia con Cicerón, fue amigo primero de Marco Antonio y después de Octavio Augusto. Sirvió de enlace a estos últimos cuando se pusieron de acuerdo para constituir el segundo triunvirato. Se mantuvo neutral en la posterior guerra civil entre ambos. Creó en Roma la primera biblioteca pública y junto con Mesala dio forma a uno de los más importantes círculos literarios de la capital del Imperio. Polión

fue amigo del abuelo paterno de Séneca, un hombre que también parece haber estado satisfecho con desempeñar las funciones que como caballero romano provincial le estaban encomendadas. El abuelo se quedó en Córdoba y se dedicó a administrar su riquísimo patrimonio. Utilizó su dinero e influencia para abrirle una carrera y una preparación excelente en Roma a su hijo, el que luego sería padre de Lucio Anneo Séneca.

Apenas conocemos más datos sobre los abuelos del filósofo. Sabemos que formaban parte de ese grupo de *équites* provinciales satisfechos con la clase social a la que pertenecían, *paterno contentus ordine*, contento con el estatus paterno, según palabras de Séneca padre[13], que se convertirá en yerno de Marco Helvio Novato en virtud del matrimonio con su hija Helvia Albina.

Teniendo en cuenta la fecha de nacimiento de sus hijos, en torno al cambio de era, Helvia debió de nacer poco antes del 20 a.C. Su marido, Séneca el Viejo, tenía treinta años más que ella, algo que no era inusual en los hábitos matrimoniales del momento, a pesar de que los varones de la familia Annea mostraron cierta tendencia a casarse mayores, costumbre que entronca con las antiguas tradiciones republicanas de las que los cordobeses se enorgullecían. El matrimonio tuvo lugar en Córdoba probablemente entre los años 6 y 4 a.C. El padre de Séneca tiene casi 50 años y la esposa poco menos de veinte. Esa enorme diferencia de edad entre marido y mujer no era infrecuente en los usos de la época, como hemos apuntado. El hombre romano se casaba cerca de los 30 años o ya cumplidos, mientras que una primera boda para una mujer podía tener lugar en torno a los 15 o 16 años. Los compromisos matrimoniales incluso podían darse cuando la novia era aún una niña y estaban concertados por el padre, aunque es de suponer que en muchos hogares se tendría en cuenta la opinión de las hijas. En general, la mayoría de los matrimonios de las clases sociales altas eran de compromiso. No eran bodas por amor.

En el caso concreto de los padres de Séneca sabemos que los cónyuges se llevaron bien y el propio hijo nos informa de que la madre amó sinceramente a su marido. Un matrimonio feliz o, al menos, bien avenido es también una suerte en la antigua Roma, donde acabamos de comentar que la inmensa mayoría de las bodas entre la clase alta fueron de conveniencia y estuvieron planificadas por los padres según afinidades o intereses particulares. El objetivo del matrimonio era concebir hijos legítimos que heredaban el patrimonio, la ciudadanía, la clase social y las obligaciones inherentes a la familia. Si se nos permite el juego de palabras, podemos afirmar que en Roma el matrimonio estaba en función del patrimonio.

El papel de la mujer estaba subordinado al del hombre, aunque es evidente que las mujeres romanas dispusieron en esta época de mucha más libertad e independencia que las griegas de tiempos pasados. Las mujeres ricas de la Atenas clásica vivían recluidas en el gineceo, una estancia apartada de la casa, lejos de las miradas de los hombres. Su libertad de movimientos era escasa y su participación social, política o religiosa casi nula. Pero en Roma la situación de la mujer era mucho mejor. Desde el s. I a.C. conocemos el caso de muchas romanas de clase alta que gozaban de amplios márgenes de libertad, aunque la participación social y política siempre les estuvo vedada por ley.

Esa libertad estaba circunscrita solo a las mujeres de la clase social más alta, aristócratas que podían disponer de dinero y poder suficientes como para escapar a los límites que impone una sociedad androcéntrica como la romana. Pero ya desde finales de la República, la mujer empezó a hacer uso de privilegios hasta ahora inaccesibles, lo que ha movido a algunos estudiosos a hablar de esta época como la de la «emancipación femenina»[14] en Roma. En estos tiempos, las mujeres de las clases altas pueden recibir una cierta cultura, intervienen en el terreno intelectual y literario, luchan contra el dominio de sus maridos. No son espo-

sas complacientes y sumisas. La ley les permite un divorcio fácil y nuevas nupcias. Practican una libertad sexual hasta ahora sin precedentes en la sociedad romana. Conocen y emplean métodos anticonceptivos y el aborto. Algunas relaciones extramatrimoniales de mujeres de la élite con plebeyos y libertos son motivo de escándalo y sus ecos han llegado hasta hoy a través de la literatura y la historiografía. Los más puritanos se quejan del libertinaje sexual de algunas. Habrá mujeres que se dediquen a los negocios y a actividades económicas. Algunas poseerán en solitario grandes fortunas. La mayoría, las que acaparan más poder social y político, actuarán a la sombra de sus maridos. Algunas emperatrices llevarán *de facto* las riendas del Imperio, nombrarán y cesarán a generales y cargos políticos a su antojo. Muchas mujeres inteligentes y ambiciosas tendrán un poder inusitado hasta ahora, bastará citar a Livia, Mesalina, Agripina o Popea.

El emperador Augusto quiso restringir esta «emancipación femenina» volviendo a las viejas costumbres y potenciando el papel de la mujer como buena esposa, discreta y honesta. El emperador promulgó normas como que las mujeres ocuparan las últimas filas de los teatros y anfiteatros, apartadas de los hombres. Presentó a su esposa Livia como modelo de matrona romana, símbolo de virtud, dedicada a su familia y entretenida a menudo en una actividad femenina tradicional como era el hilado de lana. También promulgó una ley que castigaba con muerte o exilio el adulterio en que estuvieran implicados miembros de la familia imperial. Era una ley que pretendía ofrecer un modelo de conducta sexual a la sociedad pero que además protegía el régimen político que había instaurado Augusto, controlando las uniones de miembros de su familia y, por tanto, su descendencia. Estos posibles adulterios tienen también una clara consecuencia política. Los hijos adulterinos son posibles candidatos al trono, rivales políticos que había que tener bajo control. De esta forma Augusto acotaba y controlaba el número de miembros de la fa-

milia imperial que llevaban la sangre divina de César. Así el emperador creyó dominar una de sus mayores obsesiones: la sucesión imperial.

La madre de Séneca es una matrona educada tradicionalmente, honesta y virtuosa, como lo exige el programa moral de Augusto. Pero será también una mujer con estudios, cultura y aceptables márgenes de libertad. En estos tiempos de principios del Imperio, las mujeres de la clase alta recibían una educación literaria y filosófica que la madre de Séneca supo aprovechar al máximo. No olvidemos que aquella era una época en que la sociedad patriarcal tenía un poder omnímodo en los ámbitos sociales, políticos y religiosos. En un lenguaje más moderno diríamos que la mujer estaba discriminada y que no era vista, ni mucho menos, como un igual por sus compañeros varones. En este sentido Séneca, como en tantos otros, se adelantó a su tiempo. Siempre elogió las cualidades intelectuales de su madre, al igual que sus valores, inteligencia y honorabilidad. La describe como una mujer inteligente y generosa. Pero no solo a ella. Cuando habla de su tía alaba su valentía, el esfuerzo y la ambición que mostró en Roma para defender la carrera de su sobrino.

A lo largo de su vida, Séneca se relacionará con mujeres importantes del mundo de la sociedad y la política. Entre sus amigas y colaboradoras contará con Julia Livila o Agripina, hermanas del emperador Calígula. Trabajará hombro con hombro con ellas y nunca las considerará inferiores. Colaborará con Agripina en situar a Nerón en el trono y sabrá trabajar a sus órdenes. También sabrá discrepar de ella cuando lo considere oportuno e intentará disminuir su poder cuando compruebe que su actitud perjudica el futuro de Roma. Séneca es, no obstante, un hombre de su tiempo. Vive en una sociedad androcéntrica donde pocas mujeres tienen formación académica. A sus compañeras no se les permite formar parte de la élite social, económica o política. El filósofo no podrá escapar de esa mentalidad masculina que inva-

de todas las esferas de poder y cualquier lector interesado podrá encontrar algún comentario con que pretenda calificarlo de misógino. Pero no es tan fácil juzgar el pasado ni la historia del pensamiento. Séneca criticará actitudes y no sexos. Criticará el libertinaje de aquellas mujeres que pretenden igualar al varón no en virtudes sino en vicios. Censurará el desenfreno y la ambición de Mesalina. Describirá como afeminadas y débiles aquellas actitudes inmorales que no muestren la fortaleza y la templanza propias del estoicismo. Pero el pensador cordobés, a pesar de vivir en una sociedad patriarcal y androcéntrica, sabrá buscar un equilibrio y una sensatez que, también en este terreno, lo adelantarán a su tiempo.

Tiene una extraordinaria importancia la relación de Séneca con su madre y su tía. Hay que detenerse a apreciar el tremendo respeto que muestra ante estas dos valiosas mujeres de la familia, porque esa experiencia fue clave en su formación intelectual. Lucio Anneo Séneca empezó pronto a saber respetar y valorar a algunas mujeres, en un mundo en que el descrédito y hasta el desprecio por ellas eran lo habitual. En este sentido parecen fuera de época las palabras que escribió en sus dos primeras obras, dedicadas precisamente a su madre Helvia y a su amiga Marcia. A la primera le dice que debe imitar la actuación valerosa de tantas mujeres cuyos méritos no se conocen. «*¡Ah, de cuantas yacen en el olvido sus hechos extraordinarios!*», dice textualmente[15]. Y un poco más adelante empieza a hablar de su tía, una mujer valiente a la que elogia por su heroísmo y cuyo ejemplo recomienda.

> Esto no lo menciono con intención de realizar su elogio (más bien es reducirlo el pasarlo tan someramente), sino para que comprendas que es una mujer de gran espíritu, a la que no han dominado la ambición ni la codicia, compañeras a la vez que lacras de todo tipo de poder, ni el miedo a la muerte, cuando aguardaba, con la nave ya desarbolada, su naufragio, le impidió, no que buscara, aferrándose a su esposo exánime, cómo salir de allí, sino cómo dar con él en tierra[16].

Dar con él en tierra quiere decir recuperar el cadáver para darle sepultura. Lo indica claramente un poco antes, cuando empieza a elogiar a su tía:

> Si le hubiera correspondido aquella antigua época sencilla en su admiración de las virtudes, con cuánta competencia de los ingenios sería elogiada la esposa que, olvidándose de su debilidad, olvi-

dándose del mar terrible incluso para los más templados, expuso su cabeza a los peligros por una sepultura y, mientras se preocupaba por el funeral de su esposo, no tuvo miedo por el suyo[17].

De forma mucho más clara y dirigiendo las palabras no ya a un familiar sino a su amiga Marcia dice:

¿Pero quién ha dicho que la naturaleza haya actuado malintencionadamente con los temperamentos femeninos y haya reducido sus cualidades a un estrecho límite? Créeme, ellas tienen el mismo vigor que los hombres, la misma capacidad para las empresas elevadas, cuando quieren; del mismo modo soportan, si se han acostumbrado, el dolor y la fatiga[18].

La última frase basta para entender cómo Séneca defiende que la capacidad de las mujeres, su talento y cualidades son las mismas que las de los varones. Una afirmación que hoy vemos obvia pero que en la Antigüedad tiene un mérito extraordinario.

Lucio Anneo Séneca se adelanta a su tiempo en muchos otros temas relacionados con la mujer. En este sentido critica también algunos aspectos de esa doble moral hipócrita de la sociedad en que vive:

Sabes que es un desvergonzado quien reclama castidad a su mujer, cuando él mismo seduce a las esposas de los demás; sabes que, como ella en nada debe relacionarse con un adúltero, así tú tampoco con una meretriz, y no lo haces[19].

También hay que leer a Séneca cuando escribe contra la tiranía y denuncia que haya romanos que critiquen la falta de libertad en los asuntos del Estado y luego se comporten como tiranos en sus propias casas.

Te enojas porque tu esclavo te ha contestado, y tu liberto y tu esposa y tu cliente: después igual te quejas de la supresión en la república de la libertad que tú has suprimido en tu casa[20].

Llegará más lejos y a terrenos más delicados, cuando diga que los matrimonios no solo se han de celebrar por atracción sexual sino también por amor. Así se entiende la cita de un fragmento de su obra en que dice: «*Sapiens vir iudicio debet amare coniugem*»[21], es decir, el hombre sabio debe amar a su cónyuge con buen juicio, en el sentido de que hay que amarla con racionalidad, no solo con apasionamiento. La actitud del estoico cordobés, en este terreno, se opone a la de los epicúreos, que no se interesan por los esponsales ni la paternidad. También se opone a la de los cínicos, que son contrarios a las nupcias. Séneca, por su parte, explica que el matrimonio puede ser fuente de felicidad y virtud si sa-

tisface una necesidad natural y espiritual a la vez. En realidad el filósofo cordobés quiere decir que los enlaces han de basarse en la razón y no solo en el deseo. Hoy diríamos que, si el sexo es el único sustento de un matrimonio (y no hay amor), la relación puede acabar en fracaso.

Independientemente de las valoraciones que cada cual extraiga de la lectura de Séneca, estas citas, traducidas al lenguaje de hoy, podrían interpretarse como una crítica a la moral hipócrita sexual hacia la mujer, un rechazo al machismo en el hogar y un intento de abogar por matrimonios donde haya también amor además de sexo.

¿Cuál puede ser entonces la postura de Séneca ante la mujer? Una muy parecida a aquella con la que aborda las distintas esferas de la realidad y del pensamiento en general. Séneca no puede dejar de pensar según los parámetros de una sociedad androcéntrica y patriarcal como en la que vive. Igual que no puede pensar en la abolición de la esclavitud ni en la instauración de un sistema económico bursátil, como el de hoy, en una sociedad en que ni siquiera había nacido la burguesía. Ni Séneca ni ningún personaje histórico pueden juzgarse desde el presente, desde nuestro pensamiento actual, desde nuestros esquemas sociales, temporales o intelectuales. Decir de Séneca que era un machista porque critique la inmoralidad o la debilidad moral de algunas mujeres es tergiversar la historia, malinterpretarla y caer en el anacronismo. Pero sí podemos afirmar que Séneca, siendo un hombre de su tiempo, valora a la mujer como ser humano digno de elogio o la censura duramente, en función de su comportamiento moral. Cuando hable de Marcia, de su tía o de su madre, de Agripina o Julia Livila, elogiará sus virtudes y su capacidad, su valentía y determinación. Cuando hable de aquellas mujeres libertinas como Mesalina, crueles o sedientas de poder, las describirá como degeneradas e inmorales. Personalmente creo que para los parámetros sociales de la época, supone un gran avance.

Esa visión de la mujer como ser humano digno de elogio o crítica según su comportamiento moral se explica, en parte, por la experiencia y trato con las mujeres de su familia. La gran personalidad de su madre y su tía ayudaron al joven Séneca a apreciar muy pronto la fuerza e inteligencia femeninas. A nivel psicológico todo esto ayudará a la formación del joven. El filósofo será siempre un hombre familiar que valore el amor y la amistad como elemento básico para el desarrollo humano. En esta educación emocional debió de tener gran importancia el hecho de que la unión entre sus padres estuviese marcada por el amor.

El matrimonio de sus padres fue, sin duda, un matrimonio a la antigua usanza. Pero las circunstancias permitieron que Helvia Albina siempre detentara una gran independencia y libertad de movimientos. Sabemos que la madre de Séneca se casó *sine manu*, es decir, en una modalidad que era más ventajosa para la mujer. En Roma, la boda podía ser *cum manu* o *sine manu*. Hay que entender la palabra *manu* como sinónimo de control, dominio. ¿De quién? Del marido o del padre. En el matrimonio romano la mujer siempre estaba tutelada por un varón, ya fuera el esposo o el progenitor. Si se casaba *cum manu* pasaba a depender totalmente del marido. Si se casaba *sine manu* seguía dependiendo del padre. En todo caso, casarse *sine manu* siempre supuso más libertad para la mujer, porque el dominio del padre era más lejano y más fácil de revocar con el tiempo. La madre de Séneca optó por este tipo de matrimonio: se casó *sine manu*. De este modo Helvia no pasaba a depender directamente del marido sino que mantenía ciertos lazos de influencia con la familia paterna. Este tipo de uniones permitía, por lo general, un mayor grado de independencia respecto del varón, especialmente a la hora de gestionar su propio patrimonio, es decir, le otorgaba mayor libertad económica. La mujer, en este caso, no adoptaba el nombre del marido ni estaba sujeta a su autoridad legal. En la práctica seguía dependiendo del padre y, a la muerte de este, podía poseer pleno

dominio sobre sus propiedades, tenía derecho a comprar y vender, a hacer testamento, liberar esclavos, etc.

La madre de Séneca, aquella Helvia Albina de Urgavo, perdió a su propia madre en el transcurso del parto y quedó huérfana justo en el momento de nacer.

> La suerte no te concedió ningún momento libre de los más penosos duelos, ni siquiera exceptuó el día de tu nacimiento: perdiste a tu madre en cuanto naciste, mejor dicho, mientras nacías, y fuiste en cierto modo abandonada a la vida[22].

El padre viudo volvió a casarse con una rica dama para darle a su hija una madrastra y de paso también una hermanastra que la mujer traía de un matrimonio anterior.

Madrastra y hermanastra fueron una verdadera madre y hermana para Helvia. Ella supo ganarse el amor de ambas por su «*dulzura y cariño*», según explica su hijo Séneca en las palabras que le dirige en la obra *Consolación a Helvia*.

> Creciste con una madrastra, a la que de cierto obligaste a convertirse en madre con toda la obediencia y el afecto como se pueden hallar en una hija; de todos modos, a nadie le ha dejado de salir cara una madrastra, incluso bondadosa[23].

Gracias a la obra que le dedica su hijo tenemos algunos datos biográficos y de ellos podemos deducir algunos aspectos de la vida y el carácter de una mujer, que, a pesar de las apariencias, no llevó una existencia totalmente tradicional según los cánones de la época.

Aunque la educación a la antigua de su marido y las costumbres de su tiempo dificultaban la instrucción académica de las mujeres, Helvia pudo adquirir un conocimiento básico de todas las artes liberales, incluida la filosofía.

> Pero, en cuanto te lo permitió la severidad a la antigua de mi padre, no abarcaste ciertamente todos los buenos conocimientos, pero sí los abordaste. ¡Ojalá mi padre, sin duda el mejor de los hombres, menos aferrado al uso de los antepasados, hubiera querido que te instruyeras en los preceptos de la sabiduría mejor que te iniciaras solo![24].

La madre de Séneca no pudo dedicarse plenamente al estudio pero su hijo destaca la avidez de su talento y el aprovechamiento óptimo que hizo de las oportunidades que se le presentaron.

> Sin embargo, gracias a tu ávida inteligencia sacaste de ellos (de los estudios que realizó) más de lo que permitía el tiempo: están echados los cimientos de todas las ciencias[25].

[18] *Tocador de una dama romana*, de Juan Giménez Martín, óleo sobre lienzo. Pintura histórica de finales del s. XIX.

Helvia es una mujer cariñosa e inteligente. Su influencia será enorme en los primeros años de la vida de Séneca, porque en esta época los hijos estaban a cargo de la madre hasta los 7 años de edad. Después era el padre el que se encargaba de su educación: contrataba primero a un *magister* y luego a un *grammaticus* para instruir a sus hijos. La formación superior corría a cargo del *rhetor*, cuando el joven alumno tenía entre los 17 y 20 años de edad.

Hasta los 6 o 7 años, por tanto, Helvia se dedicó casi en exclusiva a la educación de sus hijos. Serán años decisivos para la formación de sus vástagos, en especial para la construcción de los hábitos que habrán de conformar su carácter. La importancia de esta labor la desvelará el propio Séneca muchos años después. Y, gracias a sus palabras, entenderemos que la personalidad de la madre tuvo una influencia especial en la formación moral de sus tres hijos. Así lo explica el filósofo cordobés en la primera obra que publica en su destierro de Córcega. Comenta que Helvia no es de esas madres que ejercen su maternidad caprichosamente y con ambición de poder (¿quizá una sutil alusión a Mesalina, que es la que lo ha enviado al destierro?) sino que la retrata como a una mujer generosa que sabe mostrar su cariño y valorar en cada vástago sus propias potencialidades. Séneca conoce a la madre y sabe que ama a sus hijos por ellos mismos.

Conozco tu carácter, que no aprecia en los suyos otra cosa más que a ellos mismos[26].

Helvia es una mujer desinteresada que se ha quedado en Córdoba, dedicada a gestionar el patrimonio familiar con sacrificio y generosidad. En palabras de Séneca siempre pensó primero en el interés de sus hijos.

> Tú has gozado muchísimo con los bienes de tus vástagos, te has beneficiado poquísimo; tú siempre has impuesto un límite a nuestra generosidad, cuando a la tuya no se lo imponías; tú, hija de familia, has contribuido de buena gana a enriquecer a tus hijos; tú has administrado de tal manera nuestros patrimonios que te afanabas en ellos como tuyos, te abstenías de ellos como ajenos; tú te has escatimado nuestra influencia, como si manejaras bienes ajenos, y de nuestros cargos no te ha correspondido nada más que satisfacciones y gastos. Nunca tu cariño ha mirado por tu provecho[27].

La madre es una hábil gestora, una mujer inteligente y generosa que sabe invertir y proteger el patrimonio familiar. Pero su mayor mérito no es haber contribuido al bienestar material de sus hijos. Lo verdaderamente importante es que también aportó hábitos y valores a la educación de sus vástagos. Se interesó siempre por la cultura y el conocimiento. Su esfuerzo y actitud le permitieron echar los cimientos de los principales preceptos de la sabiduría.

Esa preparación permitió que madre e hijo mantuvieran largas conversaciones sobre diversos temas. Helvia tendrá siempre un trato muy cercano con sus hijos. Sabemos que intervenía en los estudios de Séneca y observaba la evolución de su educación, con gusto y familiaridad.

Es cierto que el filósofo muestra en su *Consolación* un retrato idealizado de su madre. Se observa especialmente cuando habla de su sobriedad y la presenta como modelo de matrona romana. La descripción moral se aprecia con claridad en el siguiente párrafo:

> No te llevó a sumarte a la mayoría la más grave desgracia del siglo, la desvergüenza; no te doblegaron las piedras preciosas ni las perlas; no te deslumbraron las riquezas como el mayor bien del género humano; no te torció, educada como fuiste en una familia tradicional y estricta, la imitación de los peores, peligrosa también para las personas decentes; nunca te avergonzaste de tu fecundidad, como si te reprochara tu edad; nunca, a la manera de otras cuya reputación procede solo de su belleza, disimulaste tu vientre hinchado como si fuera una carga indecorosa ni destruiste en tus entrañas las esperanzas concebidas de hijos; no te manchaste la cara con afeites ni coqueterías; nunca te gustó un vestido que no descubriera nada nuevo al quitárselo: el único ornato, la belleza más hermosa e independiente de una edad concreta, el mayor atractivo, te pareció que era el pudor[28].

Contrasta esta actitud honesta de la madre con la de aquellas mujeres intrigantes que quieren saciar su ambición a través de sus

hijos, aunque sea a costa de ellos (léanse Mesalina y, a posteriori, Agripina).

> Allá se las compongan las madres que abusan de la capacidad de sus vástagos con femenina incapacidad, que, como a las mujeres no les es posible ejercer cargos públicos, son ambiciosas por medio de ellos, que consumen e incluso tratan de heredar los patrimonios de sus hijos, que agotan su elocuencia alquilándola a otros[29].

La imagen que ofrece de su madre es totalmente opuesta a estas otras. Helvia es ejemplo de virtud, honradez y generosidad. Las palabras elogiosas del hijo y el retrato moral han llevado a pensar a algunos historiadores que se trata de una idealización. Pero, a pesar de las interpretaciones, hay datos objetivos que evidencian el talento de Helvia. Los propios textos de Séneca demuestran la fructífera y rica relación emocional que le unió a ella. Ambos disfrutaban del placer mutuo de su compañía. Para el hijo, ver a la madre era siempre motivo de alegría. Para Helvia, Séneca era un bálsamo ante las dificultades. A la vista de su hijo se disipaban sus penas. Participaba en sus estudios y progresos más allá de lo que, en su época, era propio de una mujer o una madre. La relación debió de ser muy cercana y cordial. Séneca lo recordará así y explicará que, siempre que la veía, le invadía una alegría parecida a la de un niño, literalmente, «*matre visa semper puerilis hilaritas*».

> Toda mi consolación debo dirigirla allí donde nace la verdadera violencia del dolor de una madre: «Entonces me veo apartada de los brazos de mi amadísimo hijo. No puedo disfrutar de su presencia, de su conversación. ¿Dónde está aquel a cuya vista relajé mi apenado rostro, a quien confié todas mis inquietudes? ¿Dónde sus charlas de las que nunca me cansaba? ¿Dónde sus estudios en los que yo participaba más gustosamente que cualquier mujer, más íntimamente que cualquier madre? ¿Dónde aquellos encuentros? ¿Dónde su alegría siempre infantil en cuanto veía a su madre?»[30].

Helvia es una mujer alegre e inteligente que siempre pensó primero en el bienestar de sus hijos. Hizo frente a muchas adversidades. Pero uno de los golpes más duros lo afrontará en el año 41, con la condena de Séneca y el posterior destierro. El revés se produce en un momento delicado, en que madre e hijo arrostran una situación difícil. Helvia ha quedado viuda dos años atrás y enterrado a su nieto veinte días antes de la condena. Séneca, ya desde el destierro, decide atenuar su tristeza dedicándole un libro consolatorio, *Consolación a mi madre Helvia*, será el título.

Gracias a esa obra que estamos citando abundantemente, tenemos algunos datos que nos aportan luz sobre aspectos de la vida de Séneca y también información sobre su familia. Las referencias son escasas pero algunas alusiones son muy reveladoras. Nos permiten conocer, aunque sea superficialmente, algunos aspectos de la personalidad de Helvia y nos aportan igualmente otros detalles menores pero también interesantes.

Sabemos que, a pesar de la separación, madre e hijo se veían a menudo. La última entrevista previa al destierro tuvo lugar dos días antes de que Séneca conociera la noticia de su condena:

> Pues también esto tramó contra ti cruelmente la suerte: quiso que te marcharas solo dos días antes de caer yo golpeado, tranquila y sin temerte nada semejante[31].

Los golpes de la fortuna a los que se refiere Séneca son su condena súbita a manos de Claudio y Mesalina, un juicio sumarísimo que duró menos de tres días y que se produjo repentinamente y sin que nadie lo sospechara.

A pesar de la retórica que impregna los textos, es evidente que la relación con la madre fue plena y sirvió de gran apoyo y cimiento emocional a un Séneca niño que crece en un ambiente sano, rodeado de personas que le demuestran su cariño pero que también le indican las obligaciones a que se debe. Este tipo de educación fue la que recibieron los Anneos, una educación tradicional romana característica de su ciudad natal, donde tanto las familias paternas como maternas mantenían las viejas costumbres de la antigua Roma. Séneca habla así del ambiente en que se crió su madre:

> No te torció, educada como fuiste en una familia tradicional y estricta, la imitación de los peores[32].

Ese ambiente de seriedad y rigor será también el que respire Séneca en su infancia pero acompañado del cariño y la familiaridad que su madre siempre supo demostrarle y que es lo que al final queda en su mente cuando tiene que escribir sobre los recuerdos de su infancia.

Hay un texto en que Séneca habla de una sobrina suya muy querida. Es Novatilla, hija de su hermano mayor Novato, una joven que pronto tendrá edad para casarse pero que ha perdido recientemente a la madre. Desde su exilio, el filósofo piensa en ella y le recomienda a la abuela que se encargue de su educación, lo que también le ayudará a mitigar su dolor por el hijo desterrado. A ambas, a la abuela y a la nieta, les vendrá bien apoyarse mutuamente para superar la primera el destierro del hijo y la segunda la pérdida de la madre. Pero el consejo que da Séneca a Helvia va más allá de la pura anécdota. También aporta información sobre la forma en que el filósofo asimiló la educación emocional que recibió de su propia madre:

> Acoge en tu regazo a Novatila, que pronto te va a dar biznietos, a la que yo tanto había tomado bajo mi cargo; tanto me la había adjudicado que, aun estando vivo su padre, puede parecer huérfana, puesto que me ha perdido; ámala también por mí. Hace poco la suerte le ha arrebatado a su madre: tu cariño puede conseguir que simplemente lamente haber perdido a su madre, no que lo note también. Moldea ahora sus costumbres, edúcala ahora: los preceptos que se inculcan a tierna edad penetran más a fondo. Que se habitúe a tus recomendaciones, que se vaya formando a tu gusto: le darás mucho aunque no le des nada más que tu ejemplo. Este deber tan sagrado será para ti como un remedio; pues nada puede apartar de la angustia a un espíritu que se duele por amor, a no ser la razón o una honesta ocupación[33].

La charla, el pensamiento y el ejemplo moral de Helvia, inculcados a través del cariño y del respeto, quizá fueron la mejor enseñanza que aprendió Séneca de su madre. Esa fortaleza emocional y moral le servirá como defensa frente a la adversidad durante el resto de su vida.

A pesar de que el marido de Helvia no promoviera la educación de su esposa, aquel aspecto no supuso ningún motivo de controversia para la pareja. Tenemos constancia de que el matrimonio debió de llevarse bien. Así lo da a entender Séneca en las pocas alusiones que encontramos en sus obras. Marido y mujer supieron repartirse inteligentemente las funciones. Ambos tenían un proyecto común al que dedicaban sus esfuerzos. Estaban empeñados en la promoción cultural y social de sus hijos. Y supieron distribuirse las tareas de forma efectiva e inteligente. Mientras el padre viajaba a Roma muy a menudo y pasaba allí largas temporadas, para atender sus negocios y su círculo de in-

fluencia en la capital del Imperio, su esposa administraba con gran eficacia el patrimonio familiar. Le fue muy útil haberse casado *sine manu*. Así seguía dependiendo jurídicamente de la familia de su padre y podía gestionar su patrimonio y el de su marido con la supervisión de un albacea. Pero este último requisito también se pudo vencer y Helvia Albina acabó administrando con completa libertad e independencia todo el patrimonio familiar en Córdoba.

¿Cómo pudo la madre de Séneca gestionar en aquellos tiempos el patrimonio familiar con total libertad? En principio fue gracias a su familia. El marido le había dejado tres hijos antes de marcharse de nuevo a Roma. Nacieron entre el año 4 a.C. y el 1 o 2 de nuestra era. Mientras los niños se criaban en su ciudad natal con la madre, Séneca el Viejo siguió viajando entre Córdoba y Roma como había hecho antes de casarse. Y Helvia Albina, aunque viajaría de vez en cuando a Roma, lo haría en escasos intervalos y por breve tiempo, porque la mayoría de su vida la pasó en Córdoba, con total dominio de sus bienes gracias a una ley promovida por Augusto para favorecer la natalidad, ley conocida como *ius trium liberorum*, es decir, *derecho de los tres hijos*. En base a ella, la madre de Séneca pudo administrar sus negocios sin la intervención de su padre o su esposo, porque la ley otorgaba esta prerrogativa a la mujer que tuviera tres o más hijos.

Hasta la muerte de su marido en el año 39 d.C., Helvia Albina gestionó con gran inteligencia y excelentes resultados el patrimonio familiar. Sabemos que la esposa no estaba presente cuando el padre de Séneca murió pero debía estar cerca, porque inmediatamente se hizo cargo del funeral. Durante su vida, la madre realizó varios viajes a Roma pero pasó la mayoría del tiempo sola en Córdoba, ocupada en la gestión del patrimonio. De hecho la muerte de un tío suyo muy querido[34] también la sorprende sin sus tres hijos cerca, justo un mes antes de la muerte de su marido.

Helvia también fue testigo del fallecimiento de tres de sus nietos, uno de ellos era hijo de Séneca, de muy corta edad, el único descendiente que pudo haber tenido el filósofo pero que murió en brazos de la abuela. Séneca lo recuerda con tristeza desde el destierro «*mi hijo, muerto entre tus brazos y tus caricias*»[35].

El año 41 fue un año muy triste, un *annus horribilis* en la vida del filósofo. No solo muere su hijo sino que apenas veinte días después es condenado a muerte por el emperador Claudio, mediante una acusación exprés y sorpresiva con claros tintes de represión política. La sentencia es conmutada por el destierro casi de inmediato. Nada de esto supo la madre de Séneca hasta que el filósofo fue confinado en el exilio. Había viajado a finales del 41 a Roma para reunirse con él y había asistido al funeral del nieto. Sin saber lo que se estaba fraguando, volvió a Córdoba justo dos días antes de que su hijo conociera la condena[36]. En la *Consolación* que le dirige desde Córcega, aconseja a su madre que se olvide del dolor que le produce su destierro y se centre en sus otros dos nietos vivos: Novatilla Annea, hija del mayor, y Marco Anneo, del menor, quien luego será el famoso poeta Lucano. Desde el año 42 no tenemos noticias de Helvia, por lo que su muerte debió de tener lugar en esa década, mientras el hijo afrontaba aquellos largos años de destierro.

Los valores familiares en que es educado el filósofo cordobés y su trayectoria vital reforzarán la importancia del clan familiar en la psicología de Lucio Anneo Séneca. En esta obra de consolación que dirige a su madre se observa cómo le recomienda fijar la mirada en sus otros dos hijos, de los que habla excelentemente. La relación entre los tres hermanos debió de ser magnífica, sincera y generosa, pues siempre se apoyaron mutuamente en sus respectivos puestos y áreas de influencia.

> Mira a mis hermanos: estando ellos a salvo no te es lícito acusar a la suerte; en ambos tienes en qué complacerte, según sus distintas cualidades: uno ha alcanzado cargos con su dedicación, el otro los ha menospreciado sabiamente. Busca alivio en el prestigio de un hijo, en el sosiego del otro, en el afecto de ambos. Conozco los sentimientos íntimos de mis hermanos: uno ha cultivado su prestigio para serte ornato, el otro se ha retirado a una vida calma y apacible para dedicarse a ti. Bien ha distri-

buido la suerte a tus hijos, tanto para tu remedio como para tu solaz: puedes protegerte con el prestigio de uno y disfrutar con el ocio del otro. Rivalizarán en atenciones contigo y con el afecto de dos se suplirá la añoranza de uno. Puedo prometértelo sin temor: nada te faltará excepto el número[37].

Séneca habla también con gran cariño de sus dos sobrinos, los nietos de Helvia: Novatilla y Marco. A los dos los quiere como si fueran sus hijos. Novatilla es la mayor y está muy unida a su tío. El sentimiento que muestra hacia su sobrino Marco (Anneo Lucano) es también tremendamente tierno:

Después de ellos, mira también a tus nietos: a Marco el niño más cariñoso, en cuya presencia no puede perdurar ninguna tristeza; nada se agita en el pecho de nadie tan grave ni tan reciente que él no apacigüe con sus caricias. ¿A quién no le hará contener las lágrimas su alegría? ¿A quién no le harán ensanchar el corazón encogido de angustia sus ocurrencias? ¿A quién no inducirá a jugar esa vivacidad? ¿A quién, aun sumido en sus pensamientos, no llamará la atención y distraerá ese parloteo que a nadie llega a cansar?[38].

Hay un epigrama, que se atribuye a Séneca, en que cita a sus hermanos. Está escrito en su época del destierro y se aprecia una mención a Marco, que sin duda es Marco Anneo Lucano, niño.

Que me sobrevivan mi hermano mayor y menor
y que no les llegue otro dolor de mí
que la noticia de mi muerte;
así los venceré, así seré vencido
de nuevo amándolos,
que compita en buena lid
el mutuo amor que hay entre nosotros,
que Marco, que empieza a deleitar nuestros oídos
con su dulce charla,
llegue a alcanzar, con su boca elocuente,
a sus dos tíos paternos[39].

Veinte años antes de que los Anneos sucumban a la crueldad de Nerón, Séneca expresa su profundo deseo de que el castigo que recibe de manos del poder no afecte a ningún otro miembro de su familia. Esta esperanza, que parece casi una súplica a los dioses, sabe expresarla con la belleza de quien siente realmente un cariño especial por todos los miembros de su familia y de quien piensa antes en ellos que en sí mismo:

¡A los dioses se lo ruego, que tenga la suerte de vivir más que nosotros! Que en mí se detenga agotada toda la crueldad de los hados; todo cuanto tenga que lamentar su madre, que caiga sobre mí, todo cuanto su abuela, sobre mí. Que prospere el resto de mi gente, cada cual en su sitio. No me quejaré nada de mi pérdida, nada de mi situación, solo con que sea yo expiación suficiente para que mi familia no tenga que lamentar nunca nada más[40].

Desgraciadamente sus plegarias no fueron escuchadas.

[13] Séneca el Viejo *Controversiae* 2. *praef*. 3.

[14] Algunos autores hablan de «emancipación femenina» e incluso «feminismo» en la Roma del siglo I, vide FAU: 1978 y SIRAGO: 1983.

[15] Séneca *Consolación a Helvia* 19.5.

[16] Séneca *Helv*. 19.7.

[17] Séneca *Helv*. 19.5.

[18] Séneca *Consolación a Marcia* 16.1.

[19] Séneca *Epístolas morales a Lucilio* 94.26.

[20] Séneca *Sobre la ira* III.35.1.

[21] Haase Fr. 45-87.

[22] Séneca *Consolación a su madre Helvia* 2.4.

[23] Séneca *Helv.* 2.4.

[24] Séneca *Helv.* 17.3-4.

[25] Séneca *Helv*. 17.4.

[26] Séneca *Helv.* 14.2.

[27] Séneca *Helv*. 14.3.

[28] Séneca *Helv.* 16.3-4.

[29] Séneca *Helv*. 14.2.

[30] Séneca *Helv.* 15.1.

[31] Séneca *Helv*. 15.2.

[32] Séneca *Helv.* 16.3.

[33] Séneca *Helv*. 18.7-8.

[34] Hecho citado por Séneca en *Helv*. 2.4.

[35] Séneca *Helv.* 2.5.

[36] Séneca *Helv.* 15.2.

[37] Séneca *Helv*. 18.2-3.

[38] Séneca *Helv.* 16.4-5.

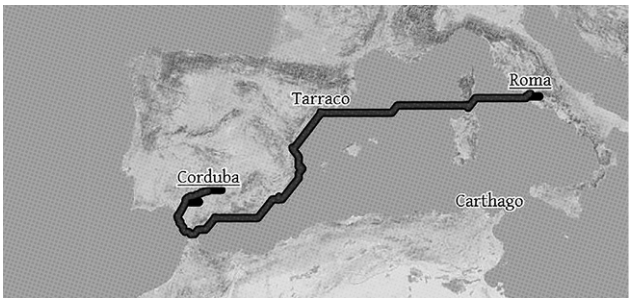
[39] Séneca *Epigramas*, Dingel: 2007, 80.

[40] Séneca *Consolación a su madre Helvia* 16.6.

3.

INFANCIA EN ROMA: LA INFLUENCIA DEL PADRE

A los 7 años de edad Lucio Anneo Séneca ya está en Roma. Ha viajado con su tía desde la ciudad natal, Córdoba, «*en sus brazos*», tal como él mismo afirma[41]. Allí se ha quedado su madre Helvia Albina, para administrar el rico patrimonio familiar. El padre lo espera en la capital del Imperio. Séneca el Viejo lleva más de cuarenta años pasando largas temporadas en Roma y haciendo frecuentes viajes entre ambas ciudades. Está muy bien instalado allí y tiene la firme determinación de ofrecer a sus hijos las mejores oportunidades educativas que pueda proporcionarles. Cumplió sobradamente con su papel.



[19] Ruta más rápida en la época para viajar entre Córdoba y Roma.

El viaje que hace Lucio Anneo Séneca en el año 5 o 6 d.C. a Roma es el mismo que su padre ha realizado decenas de veces durante su dilatada vida. El trayecto más rápido era por la desembocadura del Guadalquivir, bordeando la costa levantina hasta la actual Tarragona y de ahí a Roma pasando entre Córcega y Cerdeña. La travesía completa suponía cerca de 2.500 km y solía llevar casi tres semanas, aunque, en condiciones meteorológicas óptimas, el viaje podía hacerse en menos de la mitad de tiempo.

El primer viaje de Lucio Anneo Séneca a Roma tuvo que quedar grabado en su mente infantil con una fuerza poderosa. La capital del Imperio era una urbe cosmopolita y monumental. Si antes fue una ciudad de ladrillo, ahora lo era de mármol, como

nos dirá Suetonio y el propio Augusto dejará escrito en sus *Res gestae Divi Augusti*, las hazañas del divino Augusto, una inscripción que el emperador redactó para que fuera grabada en bronce y colocada a la entrada de la tumba monumental que se había mandado construir en Roma, como si con aquel gesto quisiera inaugurar una dinastía de césares. Y así lo hizo.

[20] Mausoleo de Augusto, Roma.

Debieron impresionar al Séneca niño los extraordinarios templos, entre ellos el Panteón, las termas de Agripa, el altar de la Paz, *Ara Pacis*, que el emperador había mandado construir apenas quince años atrás, para celebrar las victorias alcanzadas en Hispania y la Galia. El joven tuvo que admirarse de las dimensiones de la ciudad eterna, que entonces alcanzaba el millón de habitantes. Debió de pasear por el antiguo Foro romano, que se había quedado pequeño, y por el Nuevo Foro de Augusto con su vertiginosa actividad pública, el trasiego de gente, la celebración de ceremonias oficiales y el trabajo continuo de abogados y oradores. Todo ello impresionó sin duda al joven, que contemplaba por primera vez una ciudad que no tenía parangón en el mundo conocido. Lucio Anneo Séneca tuvo que ver en Roma una urbe imponente y mucho más grande que su ciudad natal. Pero, a pesar de su grandeza, todo aquello hubo de resultarle familiar.

Córdoba se había construido imitando la capital del Imperio. La ciudad había querido ser desde el principio una pequeña Roma y copió urbanísticamente los modos de la capital, aunque de forma mucho más modesta y reducida. Cuando el niño que venía de Córdoba vio el impresionante teatro Marcelo en Roma, tuvo que reconocer al instante el modelo que sirvió para construir el propio teatro de su localidad natal, cuyos cimientos reposan hoy en el Museo Arqueológico de la ciudad. El de Córdoba estaba hecho a imagen y semejanza del teatro Marcelo de Roma. Augusto promovió la construcción de esa obra monumental en recuerdo de su sobrino Marcelo, que murió prematuramente pero pudo haber sido el segundo emperador de Roma. Aquel Marcelo, hijo de su hermana Octavia, era su único familiar varón. Descendía de la estirpe de los Marco Claudio Marcelo, de aquel Marcelo que fundó la ciudad romana de Córdoba en el año 169 a.C.

Séneca vivirá casi toda su vida en la capital del Imperio. Se adaptará perfectamente al ambiente social y político de la ciudad. Vivirá en ella como una extensión de Córdoba, cambiará el río Betis, actual Guadalquivir, por el Tíber pero sentirá aquello como una continuidad de su infancia. Se incorporará fácilmente a este nuevo escenario. Él procedía de Córdoba, capital de la Bética, ciudad que aspiraba a ser espejo de Roma.

[21] Teatro Marcelo en Roma.

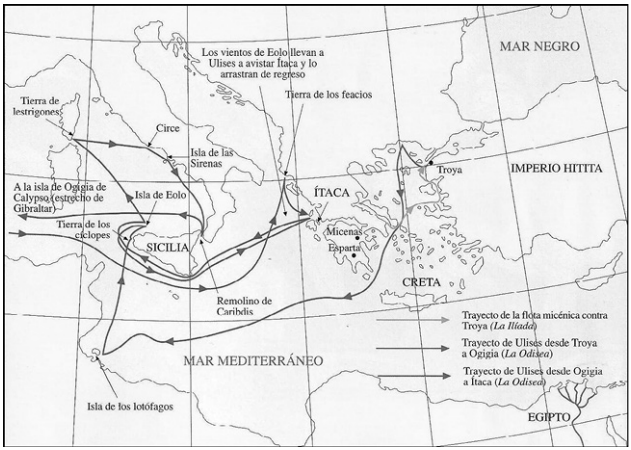
A partir de los 7 años Séneca recibió la instrucción correspondiente a la enseñanza primaria en su casa de Roma, impartida por un profesor particular y bajo la atenta supervisión de su padre. Este periodo educativo ocupaba la franja de edad comprendida entre los 7 y 11 años y estuvo a cargo del *magister* o *litterator*, que normalmente era un esclavo griego.

La enseñanza en esta etapa educativa se basaba en la memorización. Los alumnos aprendían y practicaban la lectura, la escritura y el cálculo de las principales operaciones matemáticas. Al final de la enseñanza primaria Séneca leía y escribía correctamente, captando en su totalidad el sentido de los textos de diversos prosistas y poetas. Conocía perfectamente la *Odisea* latina de Livio Andrónico, una obra que había sido la primera traducción de Homero al latín y que, desde el principio, se había convertido en manual de educación obligado para esta primera fase de enseñanza. El joven dominaba también las principales reglas de aritmética y había aprendido de memoria el texto íntegro de las XII Tablas, que incluía las leyes básicas del derecho romano.

Además de este conocimiento teórico, Séneca, como el resto de los niños de elevada posición social, aprendió una serie de máximas morales y prácticas para la vida. En su caso se las pudo suministrar su propio padre o bien emplear las que ya existían de Apio Claudio el Ciego o también las que coleccionó Catón para su hijo. Aún llamamos «el Catón» a las primeras letras que los niños aprenden en la escuela. El objetivo básico de esta etapa educativa era alcanzar una cultura básica y promover en el joven una actitud cívica.

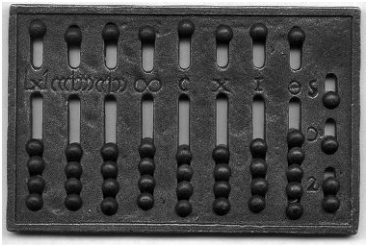
En los años siguientes se leían y explicaban los poetas. Había placas de mármol con la representación en bajo relieve de los principales episodios del ciclo troyano, de la guerra de Troya, de los episodios de la *Ilíada* y la *Odisea*, que ayudaban a recordar mejor los relatos homéricos cuando los niños hacían las lecturas relacionadas con ellos. También había imágenes de los grandes

poetas y escritores así como enormes mapas colgados de la pared. La geografía era un elemento indispensable para la explicación de los textos. A tal efecto los profesores disponían de mapas del Imperio donde aparecía todo el mundo mediterráneo[42].



[22] Mapa actual con el recorrido de los viajes de Ulises. *La Odisea*, obra inmortal de Homero, se había convertido en época romana en un manual para la primera fase de enseñanza.

En esta etapa educativa los alumnos también estudiaban los fundamentos de las matemáticas, especialmente álgebra. Para aprender a contar usaban el ábaco, un tablero con cuerdas en las que iban ensartadas piedrecitas o bolas de madera o metal llamadas *calculi*, con que los niños aprendían a contar jugando. Las palabras españolas calcular y cálculo, referidas al ámbito de las matemáticas, provienen de la palabra latina *calculus*, piedrecita, porque ese era el material habitual con que se construían las piezas del ábaco.



[23] Antiguo ábaco romano que permite hacer cálculos matemáticos.

En las escuelas había también esferas, cubos y otras figuras geométricas. Los niños guardaban los libros en una cartera llamada *capsa*[43]. Para escribir tenían unas tablas delgadas de madera recubiertas de una capa de cera y unidas de dos en dos (dísticos). Las letras se grababan en la cera dúctil con un punzón o estilete, llamado en latín *stylus*[44], de donde procede en español la palabra estilo, como forma de escribir. El utensilio era agudo por la punta para poder trazar las letras sobre la cera. Por el otro extremo era plano para poder borrar lo escrito aplastándolo.

También se podía escribir sobre papiro o pergamino. Para ello los alumnos disponían de la pluma (*calamus*) cortada como las de hoy, que se mojaba de tinta (*atramentum*) en un tintero. El niño debía aprender a usar tanto el estilete como la pluma. Lo explica Marcial[45], un poeta romano de origen hispano a quien Séneca acogió en Roma e introdujo en los ambientes culturales de la época.

Después de esta etapa de primera enseñanza, Lucio Anneo Séneca comenzó su educación secundaria a los 12 años, edad en que los niños pasaban del *litterator* al *grammaticus*, y allí permaneció, como era preceptivo, hasta los 16 años. En esta nueva etapa educativa el plan de estudios era mucho más exigente y organizado; los jóvenes estudiaban tanto la lengua latina como la griega. La base fundamental del aprendizaje consistía en el estudio de la gramática a través de los textos. Obsérvese el nombre del profesor que imparte esta etapa educativa, *grammaticus*. El estudio gramatical era por tanto el punto de arranque y la base de todo aprendizaje posterior. El objetivo era dominar el buen uso del lenguaje y capacitar al alumno para la interpretación correcta de los poetas y prosistas. Los principales temas teóricos que se incluían en el plan de estudios eran la fonética, ortografía, capacidad para distinguir las partes de la oración, pericia en la conjugación verbal de forma que pudiera hacerse correcta y rápidamente, distinción de los géneros literarios y conocimiento exhausti-

vo de sus normas. El estudiante adquiría la capacidad de construir oraciones correctas, claras y elegantes. Lograba entender perfectamente el contexto de las proposiciones, estudiaba los principales errores del estilo, que entonces llamaban barbarismos y solecismos. De esta forma conseguía el conocimiento y la práctica suficientes para evitar cualquier error en la elaboración de un discurso.

También era importante la prosodia, es decir, la pronunciación correcta de las palabras. En esta etapa de enseñanza Lucio Anneo Séneca aprendió a marcar cantidades y acentos. Era muy importante saber dar la correcta entonación en la cláusula y el periodo, tanto en frases cortas como en párrafos largos. El alumno debía convertirse en un orador eficaz. Su dominio sobre la lengua debía ser total. Por eso estudiaban la concordancia, se esmeraban en la pureza de la lengua, el conocimiento del uso propio y metafórico de las palabras, la analogía, la etimología, el valor de los arcaísmos, la lectura y entonación adecuadas y la comprensión completa de las obras clásicas. Estas fueron las materias que el joven Séneca abordó hasta dominar por completo, abarcando un estudio detallado de la teoría gramatical a través de la lectura de los principales autores clásicos griegos y latinos, sin que faltaran Homero, Virgilio, Horacio, Menandro, Plauto, Terencio, Ennio, Accio, Pacuvio, Lucilio, Esopo, Fedro, Cicerón, Salustio y Tito Livio.

La metodología con la que abordaban los textos seguía siempre el mismo patrón según explica Varrón[46]: primero se procedía a la *Lectio*, o lectura y recitación de memoria de los pasajes seleccionados. Le seguía la *Enarratio* o explicación, donde se hacía un comentario completo sobre el texto. Se continuaba con la *Emendatio* o corrección del escrito para acabar con un *Iudicium* o valoración personal sobre el autor y su papel dentro de la literatura griega o romana.

Tomando como excusa los textos, el joven Séneca aprendió también las disciplinas relacionadas con ellos: geografía, mitología, métrica, física, música, ideas sobre astronomía, lecciones de filosofía y oratoria, entre otras disciplinas técnicas, humanísticas y científicas.

En esta etapa de enseñanza se estudiaba la lengua como si fuera una lengua muerta, como un corpus léxico cerrado. Es decir, solo eran válidas las expresiones que aparecían en los autores clásicos. Ellos eran la norma lingüística: las composiciones que creaban los alumnos debían adecuarse a las locuciones y fórmulas empleadas por estos escritores. Cualquier forma de expresarse ajena a la empleada por los clásicos recibía el nombre de barbarismos o *uitia*, es decir, vicios o errores del estilo. Los profesores criticaban estas expresiones con severidad. Siempre ponían todo su empeño en que los alumnos se esforzaran en evitarlas. Si una frase o texto parecía que se empleaba de un modo descuidado o sonaba a una forma de hablar distinta al uso de los clásicos, inmediatamente se calificaba como barbarismo. En cambio, si la expresión pretendía reflejar la forma de escribir de un autor clásico y se asemejaba a ella, entonces se le calificaba de bella figura y se le reconocía elegancia expresiva.

Esta fue una etapa muy exigente en la formación intelectual del joven Séneca. El arte de leer bien exigía mucho esfuerzo. Había que practicar una y otra vez la correcta expresión, acentuación, puntuación y respiración. Había que leer usando la pronunciación de Roma, evitando lo que llamaban *rusticitas* y *peregrinitas*[47], términos que hacen referencia a un uso de la lengua propio de las provincias, no de Roma. Y este aspecto tiene una relevancia esencial. Es muy importante comprender que el uso propio del latín de la capital del Imperio es el más puro y modélico, es norma y paradigma de expresión. Su uso correcto o incorrecto abre y cierra puertas en el mundo de la cultura y la política. La adquisición de una esmerada educación según estos pa-

rámetros es vital para el futuro profesional del joven. Y el padre de Séneca conocía perfectamente la extraordinaria importancia de este aspecto educativo a la hora de ocupar un sitio de privilegio en el mundo cultural y social del Imperio. Por eso sus hijos dominarán este aspecto de la lengua a la perfección.

De nuevo la experiencia del padre es una guía eficaz e imprescindible para la preparación de Lucio Anneo Séneca. El patriarca de los Anneos había llegado a Roma con 13 o 14 años de edad. Vivió casi toda su vida en los ambientes culturales más exquisitos y supo, por experiencia propia, que una buena preparación en la capital del Imperio constituía la base del éxito.

Los primeros intelectuales cordobeses que viajaron a Roma en la última mitad del s. I a.C. fueron criticados por los puristas de la lengua latina. Cualquier expresión o acento que no fuera el propio de la capital del Imperio era inmediatamente detectado y agriamente censurado. El purismo era extremo y ni siquiera grandes escritores u oradores pudieron escapar en algún momento de estas críticas. A ese respecto es muy elocuente la anécdota que nos refiere el padre de Séneca sobre uno de sus mejores amigos, Porcio Latrón, que fue, posiblemente, el orador más importante de la época de Augusto. Los dos amigos, el padre de los Anneos y Latrón, procedían de Córdoba y habían viajado a Roma en el año 42 a.C., en plena adolescencia, para ampliar estudios en la capital del Imperio. Allí el aprovechamiento intelectual de ambos fue óptimo. De hecho, el propio Latrón llegó a estar considerado en su madurez el profesor de retórica más importante de su época, de aquella generación inmediatamente posterior a la de Cicerón. El padre de Séneca cuenta una anécdota en que interviene Valerio Mesala, un reconocido lingüista, que en un discurso concreto logra detectar una particularidad provincial en el latín de Porcio Latrón y se lo reprocha duramente, incluso con sarcasmo. Cuando le preguntan su opinión sobre el discurso del cordobés, dice que «*en su lengua es elocuente*». Por

una parte elogia su capacidad oratoria pero al decir «*en su lengua*» se burla del latín «*a la cordobesa*» de Latrón como si lo que hablara no fuera latín sino otra lengua distinta.

Esta anécdota demuestra el alto nivel de exigencia de la retórica romana en estos tiempos. Las reglas son muy estrictas y obedecen a una tradición inapelable. En el mundo de la oratoria, el concepto de la *púritas* o pureza de la lengua es una norma que aparece ya en la retórica griega y se relaciona con otros términos de la preceptiva romana como la *urbánitas* o la *latínitas*. Es un concepto que entiende la corrección y pureza del lenguaje según los usos vigentes en la propia ciudad de Roma. El latín hablado en la Urbe es el que se considera modélico y más puro. Todo acento o expresión ajena a él pasaba por ser inferior.

Valerio Mesala es además, junto con Asinio Polión, el personaje en torno al cual se concentran los escritores, historiadores, oradores y poetas que pertenecen al círculo intelectual de Séneca el Viejo. Son patrocinadores de las letras, los únicos junto al emperador Augusto. No olvidemos que Asinio Polión es el primero que construyó en Roma una biblioteca pública y que introdujo la costumbre de declamar piezas literarias ante un grupo de amigos y escritores, es decir, es promotor de la cultura y el primer romano que introduce el hábito de las recitaciones públicas. Comanda junto con Mesala un círculo literario muy exigente. Lo demuestra claramente el padre de Séneca con esta anécdota, donde refleja a la perfección esa línea elitista retórica que propugna una defensa acérrima del latín de Roma frente a cualquier característica provincial.

[24] Fresco procedente de la Biblioteca de Asinio Polión, la primera biblioteca pública que se creó en Roma. La pieza se conserva en el Museo de Historia de Génova.

La experiencia que acumuló el padre de Séneca resultó vital para poner a sus hijos en el camino del éxito. Conocía perfectamente los entresijos de la cultura en Roma. Es un crítico literario de altura, que además de escribir un magnífico libro sobre retórica sabe explicar los conceptos a través de anécdotas, donde muestra a menudo su inteligencia y gran sentido del humor. En su obra emplea un estilo cercano y ameno que luego usará y perfeccionará el hijo en sus libros.

El padre de Séneca conoce la importancia y el prestigio de Valerio Mesala. Reconoce que es un hombre de gran talento y preparación, al igual que Polión, pero también lo define, con un atisbo de ironía, como el «*vigilante más escrupuloso de la lengua latina*». Acepta la crítica al estilo de Latrón, como no podía ser de otro modo. Son las normas lingüísticas y hay que acatarlas. A pesar de ello, el enfoque doctrinal del patriarca de los Anneos no es tan severo. En sus libros comentará a menudo que él no es tan estricto en sus críticas.

La anécdota que nos transmite continúa con la reacción de Latrón. El padre de Séneca rinde homenaje al orador cordobés y demuestra las cualidades de su amigo, que acabó declamando una obra de Mesala a la perfección y recitando otra obra compuesta por el propio Latrón durante tres días. Fue, sin duda, un hombre con gran amor propio y espíritu de superación este orador cordobés, considerado el mejor profesor de retórica de su época.

> Fue Mesala un hombre de ingenio muy preciso (exactissimi ingenii) en todas las esferas de la cultura, pero, especialmente, fue el vigía más escrupuloso (obseruator diligentissimus) de la lengua latina; Así, tras haber oído declamar a Latrón, dijo: «En su lengua es elocuente» (sua lingua disertus est). Le atribuyó talento pero puso objeciones a su forma de hablar. No soportó esta ofensa Latrón: recitó un discurso elocuentísimo de Mesala en defensa de Pitidoro y justo después declamó durante tres días una suasoria que el propio Latrón había compuesto sobre Teodoto[48].

Sin duda a Porcio Latrón le molestó mucho aquella crítica de Mesala, que lo acusaba de impureza en el uso del latín. Y le molestó especialmente porque la censura viene de alguien muy reputado, de uno de los más grandes intelectuales de su época. Es cierto que la crítica es muy estricta pero ese era el nivel de exigencia en aquellos ámbitos. Esos son los requisitos que había que saber cumplir a la perfección, si se quería entrar en la élite cultural de aquella Roma.

Séneca el Viejo explicará con ejemplos, a lo largo de toda su obra, la importancia de la virtud estilística de la *púritas*, la pureza del latín. Esta es una de las cuatro *uirtutes elocutionis* (virtudes del estilo) propias de la retórica clásica. Se trata de reglas básicas que hay que cumplir y que se refieren fundamentalmente al léxico y la sintaxis. Sus hijos leyeron y estudiaron su libro sobre retórica. Conocieron desde el principio la importancia de emplear bien el léxico, evitando lo que entonces llamaban barbarismos, usos ajenos al latín de Roma. También había que evitar dialectalismos, arcaísmos o neologismos. En el terreno de la sintaxis pasaba algo parecido. Se criticaba con el nombre de solecismo toda construcción sintáctica que no estuviera avalada por el uso de los clásicos.

El padre de Séneca conoce la normativa y la respeta pero parece tener un mayor nivel de tolerancia. Prefiere la expresión talentosa y creativa a la escrupulosidad normativa estricta. Sus hijos aprenderán también que no todo puede reducirse a una regla fija. Y esta actitud más abierta del padre en el mundo de la retórica propiciará que su hijo, con el tiempo, llegue a crear un nuevo estilo literario que será criticado por los celosos vigilantes de la retórica antigua pero que constituirá el germen del ensayo moderno.

> No soy de esos jueces severísimos que pretenden reducir todo a una regla fija[49].

Pero en los tiempos en que el joven Séneca aprende retórica hay que cumplir escrupulosamente la ortodoxia lingüística para alcanzar el reconocimiento intelectual y social en Roma. Asinio Polión, el otro gran personaje de la cultura junto con Valerio Mesala, es también un crítico muy estricto, tanto o más que Mesala. En algunos casos incluso irá más allá de ese rigor en el uso de la lengua latina. Es un erudito muy exigente que llega a acusar incluso al mismísimo Tito Livio de «Patavínitas». Es un comentario que pretende ser sarcástico. Lo que está haciendo Polión es criticar la expresión del gran historiador romano por considerar que emplea características lingüísticas provinciales propias de su tierra natal. Tito Livio había nacido en *Patavium*, actual Padua, una ciudad más antigua que Roma y muy rica gracias al comercio de la lana[50]. Por eso lo acusa de «Patavínitas», por ser de Padua. Pero Tito Livio es quizás el representante más cualificado de la historiografía romana. Escribió una historia de Roma desde su fundación en 142 libros, conocida como *Ab urbe condita*, una obra monumental de la que hoy solo se han podido conservar 35 libros y que convirtió al historiador en un clásico, ya en su época.

La censura, en este caso, alcanza incluso a uno de los más grandes. Y aquella crítica de Polión a Tito Livio desencadenará en escritores posteriores reacciones diversas. El gran orador

Quintiliano[51], que procedía también de Hispania y será el primer profesor de la historia pagado por el Estado, se hizo eco de ella un siglo después. En realidad, al gran historiador le pasó algo parecido al orador cordobés, porque, si Polión acusa a Tito Livio de Patavínitas, por haber nacido en Padua (*Patavium*), Mesala podía haber criticado a Latrón de «Cordubésitas» por haber nacido en Córdoba. En ambos casos se trata de la pureza del latín, una falta de *urbanitas*, es decir, una distancia respecto de los usos propios de Roma. Otros investigadores a lo largo de la historia han seguido comentando y valorando estas cuestiones. Algunas veces con notas de humor parecidas a las que transmite el padre de Séneca en su obra. Por ejemplo, en el siglo XVII Morhof[52] afirmaba que no sabía si había más Patavínitas en Livio o Asinínitas en Asinio. Von Albrecht describe perfectamente toda esta controversia en su *Historia de la literatura romana*[53].

Pero estas anécdotas curiosas, y muchas veces divertidas, que nos describe el padre de Séneca no las transmitimos aquí para ironizar sobre las controversias estilísticas de la época. Ayudan a confirmar una idea irrefutable: la decisiva importancia que tenía la preparación exquisita en el latín de Roma para alguien que quería hacer carrera intelectual o política en el Imperio. Séneca el Viejo conoce perfectamente la esencia de este debate y a él hace alusión cuando recuerda en su obra aquella famosa cita de Cicerón en que hablaba de las peculiaridades del acento cordobés.

> Sextilio Ena fue un hombre más talentoso que erudito, poeta desigual y, desde luego, tal como en algunos lugares dice Cicerón que eran los poetas cordobeses: «de un acento extranjero y espeso». Ena, dispuesto a pronunciar en casa de Mesala Corvino un poema sobre la propia proscripción, había invitado a Asinio Polión y recitó al principio este verso entre la aprobación de todos:
>
> «Hay que llorar a Cicerón y el silencio de la lengua del Lacio».
>
> Asinio Polión no lo toleró con el mismo ánimo y dijo: «Mesala, tú verás qué libertades permites en tu casa; yo, por mi parte, no estoy dispuesto a escuchar a ese, a quien le parezco mudo». Y se levantó[54].

Este texto nos muestra dos detalles curiosos en lo que concierne a la expresión de los poetas cordobeses de hace más de dos mil años: el acento y la exageración. El acento con que los intelectuales cordobeses pronunciaban el latín seguía teniendo sesenta

años después de la cita de Cicerón un tono particular, distinto al acento de Roma. Así lo repite el padre de Séneca. Además, Polión critica la hipérbole del poeta cordobés. No le parece bien que diga que con la muerte de Cicerón el latín enmudeció, porque Polión habla latín y, seguramente pensaba que lo hacía tan bien como pudo hacerlo Cicerón en su día o mejor.

Pero las críticas no tenían una motivación estrictamente retórica. Detrás de esta anécdota hay un mensaje político evidente que puede leerse entre líneas, como en tantas ocasiones dan pie a hacerlo los ingeniosos comentarios de Séneca el Viejo. Lo que realmente molesta a Polión es el elogio a Cicerón, porque él siempre fue amigo de César, Marco Antonio y Augusto pero enemigo acérrimo de Cicerón.

Todo este conocimiento cultural, anécdotas sociales y situaciones políticas las transmitió a sus hijos con todo lujo de detalles. Estos conocieron desde el principio las normas para alcanzar el éxito cultural y el reconocimiento de la sociedad romana. El padre explica a sus vástagos la importancia extrema que tiene una buena preparación intelectual y cultural en la propia capital del Imperio. Se preocupa por que sus hijos conozcan perfectamente el latín propio de Roma, sus usos gramaticales y su correcta entonación. En el caso de los descendientes de Séneca el Viejo, nunca pudo nadie, por estricto que fuera en la defensa de la pureza del latín, hacer comentarios negativos sobre su dicción. El padre se encargó de que sus tres hijos, especialmente Lucio Anneo Séneca, recibieran una educación exquisita a prueba de la máxima exigencia romana. Concretamente en el caso de los Anneos, que prácticamente han vivido desde pequeños en Roma y cuyos máximos representantes son Séneca y Lucano, no hay atisbo alguno de peculiaridades lingüísticas provinciales, ya que de otro modo, entre otras razones, no se habría elegido a Séneca como preceptor del emperador Nerón en calidad de orador.

El filósofo no tendrá ningún problema a este respecto. Su conocimiento de la lengua latina, de la gramática o de la pronunciación estará a la altura del purista más exigente. El aprovechamiento que hizo de las grandes posibilidades educativas que se le ofrecieron fue excelente, como se demuestra no solo en la talla intelectual que alcanzó sino en comentarios del propio autor en alguna de sus obras. Concretamente en una de sus *Cartas*, Séneca explica algunas cuestiones lingüísticas de gran detalle, que son del tipo de las que precisamente trató en su aprendizaje con el *grammaticus*. Habla de frases hechas de Virgilio que en su tiempo se consideraban arcaísmos, como *cernere* por *decernere*, o si *iusso* en lugar de si *iussero*. Habla del léxico de los escritores arcaicos Ennio y Accio. Cita palabras y expresiones clásicas de estos autores que ya no se empleaban en tiempos de Séneca. En un momento se disculpa de tanto detalle diciendo:

> No me ocupo de este tema con tanta minuciosidad para mostrarte cuánto tiempo se me ha ido con el gramático[55].

Sin duda se le fue mucho tiempo con el gramático pero también con los filósofos, oradores y profesores que tuvo. Séneca se volcó en el estudio durante todas las etapas de su vida. El aprendizaje fue una actitud que no abandonó nunca, ni siquiera cuando ya sexagenario acudía a la escuela del filósofo Metronacte. Séneca fue un hombre de increíble curiosidad intelectual. Abarcó todas las disciplinas importantes de su época. Tuvo una cultura enciclopédica. Además del latín, aprendió y perfeccionó el griego, una lengua que probablemente su *magister* ya le había enseñado desde pequeño. Lucio Anneo Séneca llegó a ser completamente bilingüe y eso le permitió también captar a la perfección el pensamiento de la cultura griega.

Su padre tuvo una extraordinaria importancia en su preparación intelectual. Siempre supervisó de cerca la educación del joven. Él era un experto en retórica y literatura y, sin duda, aportó mucho a la formación del hijo. De hecho, el influjo que ejerce

sobre él en el terreno cultural es enorme y puede apreciarse en muchas citas de su libro, *Oratorum et rhetorum sententias, divisiones, colores,* del que Séneca aprende en su siguiente etapa educativa, en los años correspondientes a la formación superior. Es evidente que el padre ejerció una gran influencia en la formación intelectual del hijo no solo en lo que se refiere al estilo, la métrica, a la forma de escribir, sino también al pensamiento, a los valores, al conocimiento de la historia, de la estilística y de la retórica. Es imprescindible conocer bien al padre para poder valorar en su justa dimensión las numerosas influencias intelectuales que Séneca recibió de él.

¿Pero qué sabemos exactamente de este hombre, que ejercerá un papel decisivo en el pensamiento y la carrera política del hijo? ¿Que sabemos de Séneca el Viejo, el padre de Lucio Anneo Séneca?

Muy poco. La verdad es que es muy poco lo que se sabe de su vida. La fuente primordial de datos biográficos la constituye su propia obra, aunque son muy escasos los detalles que ofrece de sí mismo. No era el objetivo del libro que escribió, conocido como *Controversias y suasorias*, presentar una autobiografía sino recoger las semblanzas de los grandes intelectuales de la generación anterior junto con una selección de sus discursos, para legarlo a sus hijos y contribuir a su formación intelectual. La obra del padre de Séneca es, en este sentido, como la que escribió Aristóteles para su hijo: una especie de ética a Nicómaco. Pero no será un libro de carácter filosófico sino una obra de índole retórica, histórica, política y social sobre los últimos tiempos de la República y los primeros del Imperio.

Es cierto que el hijo escribió una biografía de su padre. Pero desgraciadamente esta es una de las obras de Lucio Anneo Séneca que no se han conservado. Solo queda un fragmento del principio de aquel libro que el famoso filósofo tituló *De uita patris*, un fragmento hermoso pero que apenas aporta datos:

> Si cualquiera de las obras que mi padre compuso con intención de publicar hubiese llegado a las manos del pueblo, él se habría bastado suficientemente para mirar por la celebridad de su nombre. Pues, si no me engaña la piedad filial, cuyo error es incluso honesto, mi padre tendría la consideración de quienes merecieron por su talento ser famosos, debido a sus cualidades de sencillez y esplendor. Quienquiera que hubiera leído sus historias, desde el inicio de las guerras civiles, a partir del momento en que por primera vez la verdad empezó a retroceder, hasta casi el día de su muerte, habría estimado en mucho saber de qué padres hubiera nacido aquel que la Historia de Roma…»[56].

El padre se llamaba Lucio Anneo Séneca, igual que el hijo. Nació en *Córduba*, capital de la Bética, en torno al año 55 a.C. Pertenecía a la aristocracia menor, a la de los *équites* o caballeros. La familia era muy importante en la ciudad de Córdoba. Su padre gozó de la amistad del gobernador Asinio Polión. Sabemos que Séneca el Viejo tuvo importantes amigos en su ciudad natal. Ya hemos citado a Clodio Turrino, de origen indígena, que poseía la ciudadanía romana y una gran fortuna. De raíces autóctonas fueron también sus íntimos amigos Porcio Latrón y Junio Galión.

El padre de Séneca siguió las lecciones del gramático en Córdoba, en una escuela que contaba con más de doscientos alumnos[57]. Allí tuvo como compañero de estudios a Porcio Latrón, quien en el futuro llegaría a ser su mejor amigo y el más dotado representante de la retórica romana de su época.

La familia decide enviar al padre de Séneca a Roma cuando está preparado para asistir a las clases de declamación, lo que hoy sería para nosotros la educación superior. Ampliará estudios en la propia capital del Imperio. Sacará a la luz sus excelentes dotes y cumplirá su deseo de recibir una preparación exquisita.

El propio padre cuenta que por su edad podía haber estado presente en Roma, escuchando a Cicerón cuando declamaba en su atrio ante los dos grandes alumnos que vistieron la toga pretexta: Hircio y Pansa. Pero no pudo. No pudo escuchar en vivo al gran Cicerón porque le fue imposible viajar entonces a Roma: las guerras civiles lo mantuvieron recluido[58] en su Córdoba natal. A pesar de que este dato, a primera vista, no parezca muy relevante, lo cierto es que nos proporciona una información valiosa, ya que, en ese año en que Hircio y Pansa fueron cónsules (43

a.C.), el padre de Séneca debía de tener entre 12 y 15 años, por ser esta la edad en que los alumnos dejaban de asistir a las clases del gramático para empezar a escuchar y practicar declamaciones. La fecha de su nacimiento se sitúa por tanto entre el 58 y el 55 a.C.

La alusión al consulado de Hircio y Pansa no es un hecho menor en la historia de Roma sino que está cargado de connotaciones políticas. César ha sido asesinado el 15 de marzo (los *idus*) del año 44 a.C. El desconcierto tras el tiranicidio es general. Muerto César, no había un plan decidido para encauzar la crisis romana, que parece no tener fin.

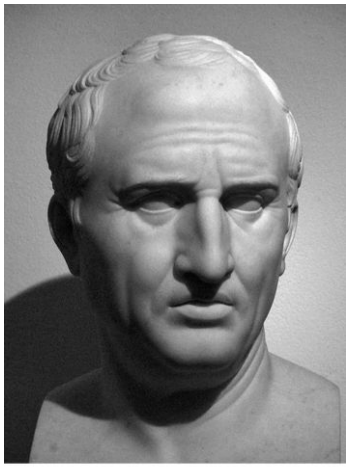
Tras el asesinato de César, se produce una situación de grave crisis política en Roma. El día uno de enero del año siguiente (43 a.C.) son nombrados cónsules de la República Hircio y Pansa, los que cita el padre de Séneca. Ambos luchan junto a Octavio y en contra de Marco Antonio. Los dos murieron en combate pero el mayor beneficiado de aquella doble muerte fue Octavio Augusto.

Con la ayuda precisamente de Asinio Polión, que hace de mediador, Marco Antonio y Octavio se reconcilian. Aprovechan que los asesinos de César, Bruto y Casio, tienen asignados los gobiernos en las provincias de Oriente y están lejos de Italia. Se constituye entonces a finales del 43 a.C. el segundo triunvirato con Marco Antonio, Octavio y Lépido. El objetivo será acabar definitivamente con los republicanos, con los asesinos de César. Comienza un baño de sangre y una nueva guerra civil.

[25]*Muerte de Julio César*, cuadro de Vincenzo Camuccini, 1798.

El padre de Séneca no pudo escuchar de viva voz a Cicerón porque el gran orador fue asesinado por los triunviros, concretamente por Marco Antonio, que lo odiaba. Para este terrible crimen y para el de otros cientos de senadores contó con la inestimable ayuda y complicidad de aquel Octavio, que luego se convertirá en primer emperador romano y será llamado Augusto.

En diciembre del año 43 a.C. Marco Antonio envió a un escuadrón especial de legionarios para acabar con la vida de Cicerón, el gran cónsul de la República, padre de la patria. Los soldados lo interceptaron cuando viajaba en litera hacia una de sus propiedades en el campo. Le cortaron la cabeza y la mano derecha. Las enviaron a Roma donde se expusieron en el Foro. El salvajismo llegó a la exasperación. Dicen que la propia esposa de Marco Antonio, la terrible Fulvia, vejó el cadáver de Cicerón, sacó la lengua de la boca del gran orador asesinado y la agujereó repetidamente con su alfiler de pelo.



[26] Marco Tulio Cicerón el gran cónsul de la República romana.

Tras el asesinato de Cicerón, a quien el padre de Séneca ya no podrá escuchar pronunciar sus discursos, se produce una guerra civil entre los Republicanos y el Triunvirato. Marco Antonio y Octavio derrotarán a Casio y Bruto en la batalla de Filipos, una ciudad al norte de Grecia donde tiene lugar el enfrentamiento decisivo. Tras esta última escaramuza, muere definitivamente la República romana y el Triunvirato ejercerá su control total, trayendo unos dos escasos lustros de paz que son los que aprovechará el padre de Séneca, con sus 13 o 14 años de edad, para asentarse en Roma bajo la protección de Polión, amigo de los triunviros, y comenzar allí sus estudios superiores.

Séneca el Viejo va acompañado de su amigo Porcio Latrón. Ambos llegan a Roma el año 42 a.C., meses antes de la batalla de Filipos.

Una vez en Roma, se sabe que ambos jóvenes siguen las lecciones en la escuela del orador Marulo, un profesor posiblemente también de origen cordobés, que había abierto en la capital del Imperio una escuela de retórica. Allí Latrón empieza a destacar como alumno aventajado.

El padre de Séneca no se limita a aprender exclusivamente de su profesor Marulo sino que empieza a tomar contacto con otros

declamadores importantes de Roma. Sabemos que trató a oradores de la talla de Arelio Fusco[59] y es evidente que, si al final de su vida llegó a conocer a todos los oradores de renombre excepto a Cicerón, es porque ya desde esta edad comenzó a escuchar sus declamaciones o discursos.

Séneca el Viejo nunca dejó de estar en contacto con la evolución cultural de la Urbe, aunque no permaneció en Roma todo el tiempo. Hizo viajes periódicos a Córdoba donde pasaba a menudo largas temporadas; otras veces eran viajes de más corta duración, según tuviera que atender asuntos familiares o de administración de sus bienes. Por las citas, comentarios o alusiones que hace a lo largo de su obra sabemos que escuchó a algunos oradores importantes, primero cuando eran jóvenes y después cuando eran mayores. También hace alusión a algunos hechos históricos de los que fue testigo en la capital del Imperio. Pero sabemos que hay otros momentos en que se encuentra en Córdoba y permanece allí largas temporadas. A su vez, visitó otras ciudades del Imperio. En varias ocasiones habla de oradores e intelectuales de Hispania, por ejemplo de *Tárraco*, actual Tarragona. También de ciudades del sur de Francia, especialmente Narbona.

Es evidente que el padre de Séneca hacía viajes intermitentes entre Roma y Córdoba, aunque todo parece indicar que pasó la mayor parte del tiempo en Roma, porque era allí donde los declamadores mencionados en su obra pronunciaban sus discursos. En sus libros llega a citar a más de ciento veinte intelectuales, unos de primera fila, otros menos conocidos, la mayoría romanos, algunos cordobeses y de otras partes de Hispania. El padre de Séneca cita fragmentos de estos autores, describe su estilo y transcribe sus discursos. Los ha escuchado no solo en Roma sino en sus ciudades de origen. Por eso dice de algunos de ellos que sus cualidades eran admirables y que para haber alcanzado la fama solo les faltó haber vivido en la capital del Imperio[60].

Permanecía en Roma largas temporadas; sabemos que escuchó declamar a Ovidio ante su maestro Arelio Fusco en torno al año 29 a.C., cuando el joven poeta recibía clases de retórica. El padre de Séneca viajó sin duda a Córdoba en los años en que Augusto visitó la Bética en torno al 25 a.C. con motivo de las guerras cántabras; también parece haber asistido en Roma a una escena que él mismo describe y que corresponde al año 17 a.C[61].

Sabemos que Séneca el Viejo volvió a *Córduba* hacia el año 15 a.C., si bien ignoramos las razones. En estos momentos se sabe que pasó la mayoría de los próximos diez y quince años en su ciudad natal, aunque pudo hacer con toda probabilidad algunos viajes esporádicos a Roma. En este periodo de su vida, ya cerca de los cincuenta, es cuando se casó con Helvia hacia el año 6 a.C. Hemos visto que su esposa procedía de una familia antigua y de costumbres austeras[62]; era una mujer culta y con afición por los estudios y la cultura[63]. De este matrimonio nacieron tres hijos: Novato, Séneca y Mela entre los años 4 a.C. y 1 d.C. A ellos va dedicada la única obra que se conserva del padre.

En el año 3 a.C. falleció Porcio Latrón, quizá el mejor amigo de Séneca el Viejo. El famoso orador enfermó gravemente. No se recuperaba de unas fiebres que le ocasionaban un terrible sufrimiento. Viendo que el desenlace era inevitable, decidió volver a su ciudad natal para morir allí. Una vez en Córdoba prefirió acabar voluntariamente con su vida, una práctica de eutanasia que siempre tuvo buena fama en el mundo romano y más aún en el ámbito del estoicismo, donde el suicidio siempre fue bien visto, si era la única forma de salvar la dignidad. Séneca estuvo junto a su amigo, hasta el último momento, siendo fiel a una amistad que había durado toda la vida.

Gracias a este dato sabemos que el padre de los Anneos no solo estuvo en Córdoba el año 15 a.C. sino también en el año 3 a.C., cuando murió Latrón. Vivió también en su ciudad natal entre los años 6 a.C. y 1 d.C., tiempo en que se casó y tuvo sus

tres hijos. Entre el 15 y el 6 a.C. hizo varios viajes a Roma, uno de ellos alrededor del año 9 a.C., en que el gran orador y político Pasieno podría estar en la cumbre de su carrera. Séneca el Viejo siguió escuchando declamar a los principales personajes de la oratoria de su época, trató a hombres de admirable talento, como Gavio Silón o Clodio Turrino[64]; fue desde antiguo un gran amigo de este último, hasta el extremo de apreciar a sus hijos como si fueran los propios[65].

Las amistades que forjó el patriarca de los Anneos durante los setenta años que vivió en Roma fueron de gran utilidad para sus hijos muchos años después de su muerte. De ese importantísimo caudal humano de políticos, intelectuales, oradores, historiadores y poetas se sirvió toda la familia. Muchos de estos influyentes personajes de la Roma de entonces llegaron a ser grandes amigos de sus hijos y nietos. Todos, y especialmente Séneca el filósofo, mantuvieron esos lazos de amistad, hasta el punto de que la mayoría de ellos y de los descendientes se convirtieron, con el paso del tiempo, en conocidos y amigos de la familia.

El padre supo mantener y acrecentar unas relaciones de amistad que continuaron en las siguientes generaciones. Sus hijos y nietos se beneficiaron extraordinariamente de este valioso legado humano que les dejó. Por ejemplo, aquel famoso Clodio Turrino que alojaba a César en Córdoba tuvo un hijo y nieto que fueron grandes amigos de Lucio Anneo Séneca. El propio Lucano se casará con Argentaria Pola, hija del orador griego Argentario que tanto cita el abuelo en su obra. El caso de Pasieno Crispo es más importante aún. Su nieto será uno de los mejores amigos del filósofo. Hablamos de uno de los hombres más influyentes de su tiempo. No solo llegó a ser cónsul, famoso orador, senador riquísimo y poderoso. Ese amigo de Séneca incluso estuvo casado con Agripina, la madre de Nerón. En otras ocasiones encontramos al filósofo consolando a un amigo suyo llamado Marulo por la muerte de su hijo. No son otros que el hijo y el nieto de aquel

profesor de retórica en cuyas aulas entró el padre de Séneca con 15 años para recibir la educación superior cuando llegó por primera vez a Roma.

El patriarca de los Anneos volvió a la capital del Imperio probablemente hacia el año 4 o 5 de nuestra era, pues sabemos que tuvo ocasión de escuchar alguno de los últimos discursos de Polión, que murió en el 5 d.C.

Estos detalles de viajes y fechas pueden parecer intrascendentes a primera vista pero no lo son. De las citas y hechos históricos relacionados con ellas se desprende una información muy útil para conocer o conjeturar determinados aspectos de la vida de su hijo. Sabemos, por ejemplo, que Lucio Anneo Séneca se trasladó a Roma siendo niño, ¿pero con qué edad? Precisamente, si el padre volvió solo a Roma el año 4 o 5 de nuestra era, no pudo ser antes de esa fecha. Su hijo tuvo que viajar a Roma como muy pronto el año 5 o 6. Lo hizo de la mano de su tía, que es la que lo lleva a la capital del Imperio. Todo esto demuestra que el niño debió de trasladarse a Roma con 7 años, edad en que acabó su periodo de formación con la madre en Córdoba y empezó a estudiar con el *magister* la enseñanza primaria en Roma. Es muy probable que Séneca el Viejo siguiera esta norma con todos sus hijos: dejarlos en Córdoba hasta los 6 o 7 años de edad a cargo de la madre y trasladarlos luego a Roma, para que recibieran allí la formación primaria, secundaria y superior.

Una vez que tiene a sus tres hijos en Roma, en torno al año 10 d.C., sólo abandonará la capital del Imperio para hacer viajes de corta duración y durante uno de ellos le sorprendió la muerte[66]. Este hecho pudo ocurrir el año 39 d.C. Lo sabemos porque el padre de Séneca estuvo escribiendo una *Historia de Roma* hasta los últimos momentos de su vida. Suetonio cita varias versiones de la muerte de Tiberio. Y una de ellas es la que el patriarca de los Anneos describía en su obra. Teniendo en cuenta que el fallecimiento del emperador tuvo lugar en el año 37 d.C., la muerte de

Séneca el Viejo, que relata este acontecimiento, tuvo que producirse después de esa fecha. Por otro lado, el filósofo, en la *Consolación* escrita a su madre en el año 42 d.C., habla de la muerte de su progenitor con cierta distancia en el tiempo, cuando parece que algunos años han podido apaciguar el dolor de la pérdida. Todo esto nos permite conjeturar que el padre de Séneca murió probablemente el mismo año en que nacía su nieto Lucano, el 39 d.C. Y es muy posible que el hecho ocurriera durante el viaje que hiciera desde Roma a Córdoba para asistir allí al nacimiento de su nieto.

En esta vida tan dilatada (aproximadamente 94 años), llena de lucidez hasta el final de sus días, el patriarca de los Anneos es un testigo de excepción de los últimos años de la República y los primeros del Imperio. Y no solo porque viviera casi un siglo, el trascendental de la historia de Roma. Además es un hombre de enorme cultura, que hace un análisis de su época muy profundo. No se dedicó a la retórica ni tuvo una escuela en Roma; más bien parece dedicado a la administración estatal o a la gestión de sus negocios privados. No sabemos si quiso y no pudo aspirar a la clase senatorial. Quizá estuvo contento con la clase social a la que pertenecía, el orden ecuestre, y no ambicionó una carrera de honores. Lo que sí sabemos es que fue un hombre de considerable fortuna, dedicado casi por completo a la educación de sus hijos. Adquirió gracias a su curiosidad intelectual, al estudio intensivo y a sus excelentes capacidades mentales una cultura impresionante, que le llevó a dedicarse también a la historia, aunque desgraciadamente su obra historiográfica no se ha conservado.

Deducir de estos escasos datos algunos aspectos de su personalidad es más complejo, aunque a partir de su obra y de los comentarios de su hijo se pueden trazar las líneas básicas de su temperamento: Séneca padre fue siempre un hombre coherente, caracterizado por su defensa de las costumbres antiguas, apego a la tradición romana y lealtad a los valores de la antigua República.

Es un hombre honesto y riguroso en su ética, fiel a la religión tradicional. Respecto a su grandeza de ánimo destaca el valor, la templanza, su integridad y perspicacia, gobernados por una filosofía estoica que lo defiende frente a la adversidad y el dolor.

Ya hemos visto que el patriarca de los Anneos estuvo muy bien relacionado en la sociedad y política de la Roma de entonces. Contó con amigos muy influyentes en las esferas políticas y conoció a casi todos los intelectuales importantes de su época. Fue amigo personal de grandes oradores como Casio Severo, Votieno Montano, Pasieno y en especial de los cordobeses Latrón, Clodio Turrino y Junio Galión.

Séneca el Viejo amaba la elocuencia; para él era un arte honorable, capaz de preparar al individuo para cualquier parcela intelectual a que decidiera dedicarse en el futuro. De ello pretende convencer a sus hijos, aunque Séneca el filósofo le llevará, en este aspecto, la contraria a su padre, al preferir categóricamente la filosofía a la retórica.

El conflicto entre Retórica y Filosofía es antiguo; ambas disciplinas se disputaban la preeminencia en la educación de los jóvenes. Más allá de cuestiones académicas, el padre de Séneca era un hombre práctico y tenía muy claros sus objetivos. Prefiere la retórica porque esa disciplina abría entonces todas las puertas de la política y la vida social romana. La filosofía, en cambio, es cosa de griegos. Es decir, ocupación teórica, sin oficio ni beneficio, sin futuro ante una sociedad como la del Imperio, que ofrece enormes posibilidades a los jóvenes entrenados en la retórica.

Para prosperar en Roma había que saber moverse en una sociedad que estaba dominada en aquellos tiempos por la declamación y la elocuencia. De ahí el libro que escribió para la educación de sus hijos *Controversias y suasorias*. El padre está conduciéndolos por los estudios que pueden llevarlos a desarrollar una brillante carrera de honores, de cargos públicos o políticos, de

influencia social. Es un hombre práctico, gran conocedor de la administración, sabedor de que el régimen de Augusto necesita hombres preparados que administren el Imperio. Por eso pretende dirigir a sus vástagos por el camino de la elocuencia. Pero su hijo Séneca, aunque llegará a ser un gran orador, siempre se interesará por la filosofía. Nunca dejará de ser filósofo. Destacará como poeta, escritor de tragedias, abogado, intelectual y político. Pero su dimensión como filósofo ensombrecerá todas las demás facetas. Paradójicamente será a través de la filosofía como llegará al primer puesto de la política en los años 50, aunque fuera nombrado preceptor de Nerón en calidad de orador. Séneca ejerció la abogacía y fue un orador brillante. Encontró muy pronto la fama pública y los odios privados de Calígula. Pero, a pesar de su talento oratorio, su pasión siempre fue la filosofía. El padre no pudo o no quiso ver la capacidad y el entusiasmo del hijo y, por eso, cuando ambos juzguen a filósofos que antes fueron oradores, como Fabiano Papirio, los dos, padre e hijo, escenificarán sus profundas diferencias en el terreno intelectual: los dos tendrán opiniones distintas sobre Fabiano, porque el padre lo criticará desde la Retórica y el hijo lo elogiará desde la Filosofía.

---

[41] Séneca *Helv.* 19.2.

[42] Plinio el Viejo *Historia natural* 3-17.

[43] Horacio *Sátiras*. 1.4.22.

[44] Marcial *Epigramas*. 14.21.

[45] *Epigr.* 4.86.9.

[46] Guillén: 1977. 230.

[47] Conceptos de crítica literaria que empleará el padre de Séneca, así como Cicerón (*De oratore*. 3-42 y 44) antes que él y Quintiliano (*Instituciones oratorias*. 8.1.3 y 11.3.30) después.

[48] Séneca el Viejo *Controversiae* 2.4.8.

[49] *Contr.* 10. *praef. 10*.

[50] Así lo explica Estrabón *Geografía* V.2.18.

[51] En su obra *Instituciones oratorias* 1.5.56 y 8.1.3.

[52] Morhof , D.G *De patavinitate liviana* 1685.

[53] Albrecht: 1997, I.771 cita a Morhof, Leeman y Flobert.

[54] Séneca el Viejo *Suasoriae* 6.27.

[55] Séneca *Epístolas morales a Lucilio* 58.1-5.

[56] *Séneca Vita patr.* 1 1-2 *Fragm*. 98-00 Ed. Haase 3, 436 ss.

[57] Séneca el Viejo *Controversiae* 1. *praef.* 2.

[58] *Contr.* 1. *praef.* 11.

[59] Séneca el Viejo *Suasoriae* 2.10.

[60] Séneca el Viejo *Controversiae* 10. *praef.* 13.

[61] *Contr.* 2.4.12.

[62] Séneca *Consolación a su madre Helvia* 16.3.

[63] Séneca *Helv*. 15.1 y 17.3 ss.

[64] Séneca el Viejo *Controversiae* 10. *praef.* 14.

[65] *Contr*. 10. *praef.* 16.

[66] Séneca *Consolación a su madre Helvia* 2.5.

4.

SÉNECA ADOLESCENTE: LA EDUCACIÓN SUPERIOR Y EL ESTUDIO DE LA FILOSOFÍA

Séneca tiene 16 años cuando comienza sus estudios superiores en la escuela de retórica. Son los primeros tiempos del reinado de Tiberio y para entonces el joven se está formando en las dos disciplinas académicas básicas vigentes desde la época de Platón: Retórica y Filosofía.

La retórica es la asignatura más importante del currículum romano. Consiste en saber hablar con propiedad, expresarse con precisión y ser capaz de componer o improvisar un discurso bien argumentado. Lucio Anneo Séneca estudiará con detenimiento la oratoria porque no es una asignatura más sino la enseñanza que engloba a todas las demás.

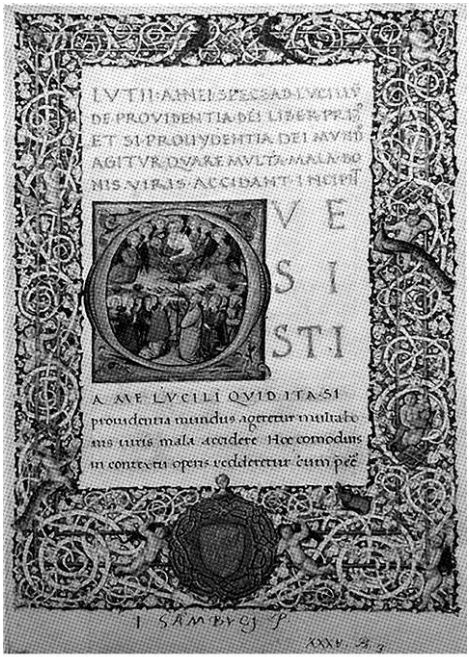
El estudio de la elocuencia suponía en el mundo romano la dedicación más alta e ilustre a que podía aspirar un joven para incorporarse luego al mundo intelectual y político del Imperio. Después del aprendizaje de la lengua y la literatura a cargo del *grammaticus*, la educación superior en Roma estaba orientada a la formación de oradores públicos eficaces. Pero en los tiempos en que vivió el padre de Séneca todo cambió en Roma. Ya la oratoria no catapultaba directamente a lo más alto de la política, como le ocurrió a Cicerón. Con el cambio de régimen, desde que comienza el principado de Augusto, la retórica se quedó en algo puramente intelectual, en un lucimiento de salón o en la asignatura más importante del currículum académico. Pero, en todo caso, la oratoria ya no jugará el papel político que había desempeñado, con tanto vigor, en la época de la República.

La retórica, la oratoria y la elocuencia dejan de ser el camino hacia la Jefatura del Estado para convertirse en la base de la preparación intelectual de la élite. Los jóvenes seguirán estudiando retórica con ahínco pero ahora será una formación destinada al

desarrollo de profesiones liberales, a la administración del Estado o a las diferentes esferas de la cultura. La retórica se convierte en una enseñanza superior que ofrecerá luego al alumno la posibilidad de desarrollar la carrera que elija. A estos estudios se dedica Lucio Anneo Séneca con afán, llegando a convertirse en un extraordinario orador.

Los profesores griegos de retórica, mucho antes de la época de Séneca el Viejo, habían establecido una serie de ejercicios preparatorios para el trabajo en los tribunales, una especie de entrenamiento que denominaban *progymnásmata*. Este término, procede en su origen del lenguaje de la educación física. Muy pronto se aplicará en sentido metafórico al desarrollo de la elocuencia. Los *progymnásmata*, cuya traducción podría ser ejercicios de entrenamiento previo, consistían en una enseñanza preliminar que pretendía capacitar al alumno para enfrentarse con los verdaderos discursos deliberativos y legales, que los griegos llamaban *hypótheses* y a los que en Roma, a partir especialmente de la época de Séneca el Viejo, se les llamó suasorias y controversias.

Precisamente, y aunque Séneca padre escribió también una historia de las guerras civiles, su única obra conservada se conoce con el nombre de *Controversias y suasorias*. La compuso en su madurez y la dedicó a sus hijos. La obra consta de diez libros de controversias y uno de suasorias. Van encabezadas por un prólogo ameno en que el autor describe con detalles vivos el ambiente retórico de la época y la semblanza de los intelectuales más importantes del momento, algunos amigos suyos y cordobeses como él.



[27] Copia de un manuscrito iluminado de las obras de Séneca, siglo XVI.

Las controversias plantean un supuesto hipotético que crea un dilema sobre el que hay que debatir. Habrá que argumentar a favor o en contra. Y habrá que hacerlo con propiedad y habilidad. El libro que escribió el padre de Séneca reúne setenta y cuatro temas cuyo tratamiento presenta muchos matices y aparentes contradicciones. Son asuntos difíciles de dilucidar, porque pueden enfocarse desde ópticas muy diferentes. El desarrollo del ejercicio consiste en exponer primero el tema en cuestión. Suele ser una situación real o ficticia que se lleva a juicio y sobre la que un juez debería dictaminar. El objetivo se centra en armar un discurso que nos permita ganar el caso. Por ello, primero se escriben las *sententias*, una breve descripción a base de frases cortas donde los oradores exponían el pro y el contra de cada situación. Después se analiza la estructura que va a seguir el discurso, atendiendo a las diferentes *quaestiones* que presente. Por último la tercera parte la constituye el llamado *color*, que podríamos entender como el tono general del estilo: los oradores hacían alarde de

gran ingenio, al intentar presentar el caso desde la perspectiva más conveniente a sus intereses. Este sistema de enseñanza se usa aún hoy en las universidades de todo el mundo y en los clubes de debate, que pretenden enseñar oratoria moderna. Es curioso observar cómo el método es exactamente el mismo que seguían los oradores griegos y romanos hace dos mil años: consiste simplemente en defender una postura, la contraria o ambas.

Las suasorias son ejercicios más sencillos. Simplemente se plantea un dilema y el alumno deberá hacer uso de todas sus artes para influir en la decisión del receptor. Empleará la exposición razonada e ingeniosa de los argumentos más convincentes.

Para poder desplegar con habilidad y eficacia estos discursos, era necesaria una gran preparación tanto en los aspectos prácticos como técnicos. En la enseñanza retórica antigua era habitual una combinación equilibrada entre teoría y praxis retóricas. Solían citarse primero las reglas, antes de que los alumnos redactasen el ejercicio propuesto. Y todo este trabajo obedecía a una tradición de siglos que los romanos aprendieron de los griegos. Había manuales teóricos muy completos y que ejercieron una influencia muy prolongada en el mundo de la cultura antigua. Ya entre los griegos circulaba el de Hermágoras, que sabemos que perduró incluso hasta época de San Agustín. Roma también tuvo sus manuales teóricos sobre oratoria. En época de la República circuló la *Rhetorica ad Herennium*, de autor desconocido, y después tuvo también gran influencia el *De inventione* de Cicerón. En época imperial volvieron a ponerse de moda los manuales teóricos griegos. De hecho los preceptores de Augusto y Tiberio fueron griegos: Apolodoro de Pérgamo y Teodoro de Gadara.

Aquel era un estudio complejo y riguroso, que se completaba con el ejercicio y la práctica. Pero este sistema de enseñanza era básicamente deductivo. La metodología consistía en dictar unas normas y técnicas teóricas que exponían todos los detalles. Se estudiaba cómo había que estructurar y diseñar el discurso para pe-

dir luego a los alumnos que compusieran y leyeran en voz alta sus propias versiones con arreglo a esas directrices generales.

Séneca el Viejo conoce perfectamente esta tradición. En su obra expone este mismo ambiente de estudios preparatorios para el orador pero introduce un cambio pedagógico esencial. Emplea el método inductivo en esa famosa obra que dedica a sus hijos, *Controversias y suasorias*.

El libro es un conjunto de textos y ejercicios propuestos que son luego desarrollados por los mejores oradores del momento. Es una colección de las intervenciones comentadas y analizadas con inteligencia y humor. Y en eso consiste precisamente una de las características más curiosas de la obra. En los prólogos epistolares que abren cada libro y a lo largo de la exposición de los casos, el padre de Séneca intercala pasajes donde hace comentarios estilísticos agudos e interesantes que le han valido, por parte de algunos, el apelativo de primer crítico literario de la historia.

En sus tiempos, los oradores publicaban a veces sus propias declamaciones e incluso, cuando no lo hacían, los alumnos tomaban nota de los puntos más importantes, de las frases más brillantes o bien hacían resúmenes. El libro de Séneca el Viejo recoge las mejores intervenciones de los profesionales de la retórica de su tiempo pero el resultado no es una simple colección de discursos. El autor además los comenta, juzga y valora. Cita también a muchos personajes importantes de la época y, en breves digresiones, aporta anécdotas que tienen hoy gran importancia para el estudio de la política y la sociedad de su tiempo. Los textos citados son breves, a veces una sola frase. Séneca el Viejo da voz en su libro a estos expertos, a estos especialistas en retórica compitiendo unos contra otros. Muchas veces aparecen sentencias y enfoques inteligentes; en otras ocasiones, lo que puede parecer audaz a primera vista demuestra ser luego un error. Se analizan los discursos, la intención, la forma de expresar las ideas. Se critica cada intervención. De la reflexión que surge sobre cada

sentencia o discurso se deriva un juicio crítico, una valoración del acierto o error de cada intervención según el momento y la situación.

Los temas empleados son supuestos teóricos en que se mezclan aspectos legales y éticos a veces difíciles y complicados. Pero el padre de Séneca sabe tratarlos de forma amena. Comenta el acierto o error en el enfoque, la expresión, el estilo y, en suma, todos los elementos relacionados con la correcta exposición de los hechos con vistas a su éxito frente a un jurado. Pero además introduce sus propios comentarios críticos, llenos de inteligencia, ironía y humor. El progenitor se muestra como un gran pedagogo, porque lo que consigue en su libro es «enseñar a pensar» o, para decirlo en términos de la moderna pedagogía «aprender a aprender». Teoría y práctica van así estrechamente unidas en la obra del padre de Séneca. Se enseñan técnicas y capacidades a través de ejemplos concretos, del acierto o error detectado en tal o cual intervención, de la comparación de versiones, de la confrontación de talentos, de la imitación o rechazo de las mejores técnicas, del éxito o fracaso de planteamientos originales, a veces contundentes, en ocasiones demasiado atrevidos.

En pleno siglo XXI, ensoberbecidos por la distancia de los siglos, que parece ponernos en un falso pedestal cuando miramos a la Antigüedad, no valoramos en su justa medida la excelente pedagogía que se oculta detrás de estos ejercicios que enseñaban a hablar y pensar.

Como todos los estudiantes de la élite de su época, Lucio Anneo Séneca, el hijo, comenzó declamando temas deliberativos (llamados *suasoriae*), porque eran considerados más fáciles. Se le pedía al alumno que ofreciese diferentes líneas de actuación en situaciones críticas o conflictivas. Los temas propuestos eran habitualmente tópicos históricos, por ejemplo, ¿debería o no debería Aníbal atacar Roma después de su victoria en Cannas? El estudiante tenía como objetivo convencer (suasoria deriva de *sua-*

deo, de ahí las palabras españolas persuadir o disuadir) sobre una u otra posibilidad de actuación con los argumentos más contundentes que pudiera encontrar. Este ejercicio era una preparación para la controversia, más relacionada con el mundo de la abogacía y reservada para los estadios más avanzados.

En la controversia se plantea un caso hipotético, una situación inventada en que entran en conflicto dos o más leyes. Se trata de ejercicios más complejos en cuanto que a veces requieren grandes dosis de lógica jurídica. No se aprende en ellos solo la letra sino también el espíritu de la ley. Algunos estudiosos han considerado que este tipo de planteamientos son demasiado ficticios, incluso los llaman «fantásticos» por su lejanía de la realidad. Se incluyen temas como la agresión física a los padres, intento de parricidio, adulterio con la madrastra, uso abusivo de la *patria potestas*, divorcio, etc. Es cierto que muchos de estos contenidos se planteaban de un modo tan enrevesado que sirvieron de cantera para las novelas posteriores y se convirtieron en fuente inagotable de argumentos para obras literarias de enredo. Pero hay que tener en cuenta que esa consecuencia no anula la veracidad del tema que proponían las controversias: la realidad supera a veces la ficción. En su vida personal, Lucio Anneo Séneca tendrá que lidiar con situaciones que, en ocasiones, dejarán cortos los excesos de los temas planteados en las controversias que estudió de joven. De hecho, lo importante no es el planteamiento, más o menos enrevesado, que propone este ejercicio retórico sino la solución ingeniosa y lógica a que se llega tras la valoración de la letra y la intención de la ley. Este debate exige justificar la excepción o decidir sobre la prioridad de aplicación de dos leyes que entran en conflicto. No es un ejercicio sencillo ni un juego. Es más, algunas controversias propuestas en las escuelas de retórica generaban conclusiones conflictivas que se convertían en frecuentes motivos de discusión entre los juristas de la época. Los temas de las *Controversias* podrán parecer pura fantasía pero no se

puede afirmar que estuviesen tan alejados de la realidad. Por otra parte su eficacia estaba fuera de toda duda. Suponían un verdadero reto para los alumnos, que los obligaba a pensar, argumentar y decidir.

Respecto a las suasorias, el problema principal era encontrar argumentos serios y convincentes con los que se pudiera persuadir a un auditorio. Los oradores ejercitaban su capacidad de argumentación aplicándola a hechos concretos, a decisiones importantes que hubo que tomar en tiempos pasados. Para los ejercicios se procuraba buscar situaciones imaginadas o muy alejadas en el tiempo. Así se evitaban las suspicacias políticas en una época de menor libertad de expresión que la precedente. A la hora de declamar una suasoria, el primer objetivo consistía en trazar unas líneas de argumentación y distribuirlas de la forma más eficaz posible. Eso era lo que conocían como la «división» del caso, es decir, el esqueleto del discurso. Las líneas directrices de estos argumentos venían dadas en los manuales. Era cuestión de adaptar la teoría a la situación concreta que se proponía. Había que indicar una forma de actuar, dar el mejor consejo posible, el que convenciera sin fisuras, el que se acercara más a la sabiduría. Para ello había que tener nociones de ética y filosofía. Y seguramente este es uno de los aspectos que más sedujo la mente inquieta de aquel joven Lucio Anneo Séneca que estudiaba en las escuelas de retórica de Roma. La respuesta que el alumno debía proponer como solución a la suasoria tenía que ser útil, digna de elogio, dirigida por la honradez y la honestidad. Estamos hablando de valores éticos, que son los que sustentan el ejercicio retórico. La declamación y la propia estructura del discurso tenían que contemplar la utilidad de la medida, lo que se conocía como *utile*, aspecto que podía subdividirse en otras consideraciones relativas a la seguridad (*tutum*) y la honorabilidad (*honestum*) de la actuación que se proponía. Los conceptos de lo útil, seguro y honesto se-

rán elementos clave en la posterior madurez intelectual de Lucio Anneo Séneca y su acercamiento a la política.

El ejercicio de las suasorias, siendo el más sencillo, entrañaba aspectos muy importantes para la educación del individuo. No solo se trata de desarrollar un tema histórico o legendario. Además de eso se usa la lengua en todas sus facetas y se estructura el discurso de la forma más lógica y ordenada posible. Para desarrollar plenamente argumento y estructura, había que conocer y utilizar aspectos propios de la filosofía estoica, porque las líneas maestras del ejercicio están relacionadas con las virtudes estoicas de prudencia, justicia, fortaleza y templanza, ya que el acercamiento a estos valores siempre fue para los estoicos digno de alabanza (*laudabile*).

Hay, por tanto, también mucha filosofía en estos ejercicios retóricos. El estoicismo, desde sus orígenes, es una corriente filosófica que no está reñida con la práctica de la política, todo lo contrario. Para el estoico era fundamental la participación en la sociedad. Para ellos había que intervenir en política a menos que no se pudiera hacerlo. En cambio para la otra corriente filosófica dominante, la del epicureísmo, el enfoque es el contrario. El filósofo no participará nunca en política a menos que no le quede otro remedio.

Este es el motivo de por qué los estoicos se dedicaron con afán a la retórica. De hecho Séneca padre e hijo fueron pensadores estoicos. Filosofía y retórica siempre estuvieron unidas pero lo que diferenciará al padre del hijo será la prioridad, la preeminencia de una disciplina sobre otra. Para Séneca el Viejo, como para Cicerón, la filosofía es una ciencia auxiliar, un apoyo de la retórica, que es la ciencia verdaderamente romana, práctica, útil, que abre las puertas de la política y la acción humanas. En cambio, para el hijo lo importante son las ideas, lo que hay que decir y pensar: la filosofía. Séneca siempre defenderá que lo importante son los valores y la sabiduría. Las palabras son solo la forma de verterlas, la

indumentaria, el aspecto final que nos permite entender los conceptos. Pero para el filósofo cordobés la retórica siempre será secundaria. La estudiará y la usará con pulcritud y habilidad, pero solo para que la expresión de sus ideas sea más fuerte y convincente. Inventará un nuevo estilo, aparentemente sencillo y fácil, realmente será retórico y sofisticado. Pero el estilo no será un fin en sí mismo. Siempre será un medio, pulido todo lo que sea necesario, pero un medio para poner de relieve las ideas y emplear las palabras a su servicio.

El joven Séneca estudiará con ahínco las controversias y las suasorias pero en ellas admirará desde el principio las ideas, los tópicos éticos, las virtudes filosóficas que son la base de muchos discursos. Y admirará la prosa de Fabiano Papirio, un hombre que estudió en las escuelas de retórica y a quien su padre cita abundantemente en su obra. Después de su formación retórica, Fabiano se dedicó a la filosofía. Ese será uno de los oradores preferidos de Séneca. Y lo será por sus cualidades de filósofo, no de orador.

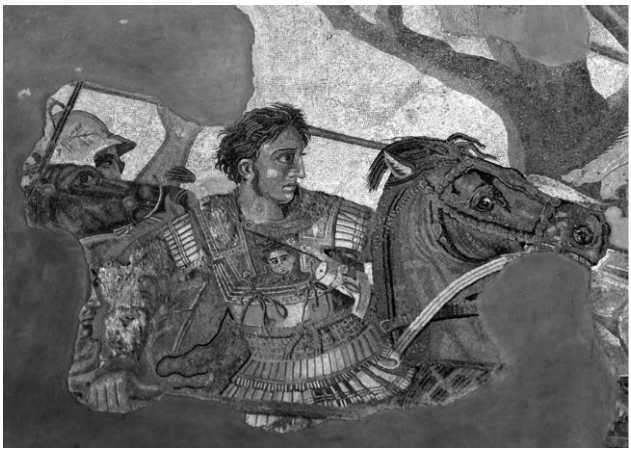
Lucio Anneo Séneca prestará especial atención a los argumentos que podían servir para estructurar la suasoria, lo que se conoce como *diuisio*. Esos argumentos son fundamentalmente los de la necesidad y la posibilidad. Estas líneas directrices son también la base de las virtudes estoicas que llevará luego desde la filosofía y la retórica al mundo de la política, es decir, a lo largo de su vida Séneca intentará impregnar la política romana de estos valores morales estoicos.

Pero volvamos a las controversias y suasorias. Las líneas argumentales que dirigen los discursos y tanto atraen al joven Anneo eran solo la estructura de la narración. Había que completar ese esbozo y hacerlo de forma efectiva. Las palabras tenían que ser las adecuadas, la expresión debía ser dinámica y vigorosa y, para ello, era determinante la experiencia y el talento del joven declamador.

Todos estos aspectos son los que aparecen en la obra de Séneca el Viejo pero no solo eso. Los comentarios que hace en sus prólogos y al final de cada controversia o suasoria son de una exquisitez e importancia nada desdeñable. El padre de Séneca cita los discursos de los mejores oradores del momento pero también descripciones poéticas de autores tan reconocidos como Arelio Fusco y Fabiano Papirio. Aparecen fragmentos extensos de escritores tan importantes como Asinio Polión y Tito Livio, así como versos de Cornelio Severo, Albinovano Pedón y otros poetas o historiadores de gran relevancia. Las citas y anécdotas del padre son muy curiosas e interesantes. Si no fuera por él, por ejemplo, no conoceríamos el nombre del primer poeta de Hispania, el cordobés Sextilio Ena, ni tampoco tendríamos al menos un verso suyo, que Séneca el Viejo cita. Y no solo habla de personajes locales, aparentemente menos importantes para la historia de la literatura romana. También cita a los grandes. Ovidio, por ejemplo, acudió como discípulo a las clases del orador Arelio Fusco y fue un gran admirador de la prosa del cordobés Porcio Latrón. Sabemos que a Ovidio le gustaba declamar suasorias mucho más que controversias, con las que raras veces se enfrentó, según nos cuenta el padre de Séneca. Él lo escuchó varias veces cuando estudiaba retórica y al patriarca de los Anneos le debemos precisamente un texto en prosa de Ovidio, el único que se conserva, cuando acudía antes de los 19 años a las escuelas de declamación.

Un aspecto aún más llamativo (y controvertido) es el referente a los temas elegidos para las suasorias. Solían ser históricos y lo normal es que se acudiera mayoritariamente a la historia griega y romana. Se preferían los asuntos remotos y alejados en el tiempo para evitar alusiones a la política del momento. Los maestros griegos llevaban a Roma temas de su historia nacional, los más célebres eran las guerras médicas y los referidos a Alejandro Magno. En cuanto a los temas relativos a la historia de Roma

eran muy variados. Incluso antes de Séneca padre se trataban muchos acontecimientos de la historia nacional romana. Los relacionados con la lucha contra Cartago eran los favoritos: rescatar o no a los prisioneros de Cannas, mandar o no un ejército contra Filipo de Macedonia, destruir o no a la derrotada Cartago. La figura de Aníbal era una de las predilectas: Aníbal delibera si cruzar o no los Alpes, sobre atacar o no Roma después de Cannas, sobre si debe permanecer en Italia o volver al norte de África. Desde el lado romano Escipión se debate entre pasar o no a África. Pompeyo, en la guerra civil, delibera si ir a Partia, África o Egipto. Lo cierto es que César y Pompeyo ofrecen un repertorio muy amplio: César tiene que decidir si invadir o no Britania, si adentrarse o no en Germania, sobre la conveniencia o no de asesinar a Pompeyo, etc.



[28] Alejandro Magno es uno de los personajes históricos más citados en los ejercicios de retórica. Mosaico de la Batalla de Issos, actualmente en el Museo de Nápoles.

Estos acontecimientos históricos que se usan como temas para las suasorias podrían parecer inocentes a primera vista. Pero quizá no lo sean tanto. Algunos de ellos pueden dar mucho juego político y haber constituido un último refugio para los críticos y opositores al régimen de Augusto. Del padre de Séneca se han conservado siete suasorias. Cinco pertenecen al currículum griego y solo dos al romano. Las de tema griego aluden fundamen-

talmente a la figura de Alejandro Magno, un tópico de las escuelas de declamación pero también prototipo y paradigma del tirano, de quien detenta el poder absoluto y no conoce límites a su soberbia. Otros personajes de suasoria son reyes, a quienes hay que frenar en su arrogancia y aconsejar inteligentemente para que obren con sensatez. Así aparecen en los textos no solo Alejandro sino también Jerjes y Agamenón. En la primera suasoria Alejandro victorioso ha llegado a los confines del mundo conocido y delibera si debe continuar y atravesar el Océano o bien regresar. En la segunda Jerjes está en las Termópilas, los trescientos espartanos deben decidir si huir o permanecer allí. En la tercera suasoria es Agamenón quien decide sobre el sacrificio de su hija Ifigenia, cuando el adivino Calcas le indica que de otro modo no podrá zarpar hacia Troya y consumar su venganza. En la cuarta el protagonista es otra vez Alejandro, está a las puertas de Babilonia y tiene que decidir si entrar o no, a la vista de augurios que le anuncian graves peligros. La quinta vuelve a las guerras médicas: se imagina que Jerjes amenaza con volver, a no ser que se destruyan los trofeos erigidos para conmemorar la victoria de Grecia sobre Persia.

Hay un elemento no solo retórico sino fundamentalmente ético y político en el tema elegido para estas suasorias. Porque estos ejercicios con los que se enfrenta el joven Séneca no solo exigen un esfuerzo retórico sino también la búsqueda de los mejores argumentos morales que puedan vencer los vicios de los reyes. Hay un componente ético en todas ellas que cautivó, sin duda, al joven desde el principio de su formación académica. En las suasorias se busca combatir la ambición, la arrogancia, la violencia o la sed de venganza propias de reyes y tiranos desde la autoridad moral, desde la ética. Cuando Séneca estudiaba y practicaba estos ejercicios retóricos, tuvo que desarrollar una gran pericia oratoria pero además hubo de saber conjugarla con la inquietud moral y el desarrollo de la creatividad. Todo ello lo enfocará

más tarde el joven en torno a un elemento central: la ética. A su servicio pondrá sus habilidades retóricas y su gran inventiva. Precisamente en su madurez, Lucio Anneo Séneca escribirá tragedias que le servirán para desarrollar el tema del gobierno de las pasiones y resaltar la importancia de la moderación frente a los excesos de la tiranía. Nos detendremos ahora precisamente solo en dos de las nueve tragedias que se conservan de él, para apreciar la importancia que tiene en su obra y pensamiento posteriores tanto la formación académica como el influjo que recibe del padre.

Efectivamente, Lucio Anneo Séneca escribirá en su madurez tragedias al estilo griego. Dos de ellas tendrán por título *Las troyanas* y *Agamenón*.

El personaje central de estas dos tragedias es precisamente el mismo que aparece en la tercera suasoria que escribió su padre: el rey griego Agamenón. Pero el enfoque del hijo es muy distinto. Aquí no busca un lucimiento retórico. No le importa tanto la estética como desenvolver un propósito filosófico. Séneca utilizará las tragedias como ejemplos morales, como una obra de arte donde se puede encontrar, fundamentalmente, una lección de sabiduría.

En su tragedia *Agamenón*, Lucio Anneo Séneca tratará un tema diferente al de las suasorias. Estos ejercicios escolares planteaban el asunto de si el rey debía acceder o no al sacrificio de su hija para consumar su venganza. El objetivo de la suasoria era convencer al tirano de la importancia de la vida humana sobre sus deseos de poder o de revancha. Así es como se enfocaba este ejercicio retórico que el joven conoció y practicó en las escuelas de oratoria. Pero cuarenta años más tarde, Lucio Anneo Séneca escribirá no una suasoria sino una tragedia al estilo griego, presentando otro aspecto distinto de la historia de Agamenón. En la tragedia, el personaje aparece como rey de reyes, un hombre instalado en el poder, el héroe que destruyó para siempre la ciudad

de Troya y que ha estado y está dispuesto a todo para consumar su venganza. Cuando Agamenón regresa a Micenas, su patria, le espera su mujer Clitemnestra, resentida contra el marido. La esposa no le perdona que haya puesto su ambición por delante de sus hijos y de ella misma. Despechada, Clitemnestra quiere vengarse de Agamenón. Cuenta con la ayuda de su amante, Egisto, y ambos planean la muerte del rey.

De vuelta a Grecia, Agamenón es recibido como un héroe por su esposa. Mientras lo adulan, le preparan una trampa. Organizan un banquete y en él asesinan de modo sangriento al rey que destruyó Troya, al hombre que se creía todopoderoso y divino y que, al final, encuentra una muerte vil. Séneca está demostrando, a través de una genial obra de literatura, que aquellos poderosos que se endiosan no son sino hombres cuyo Destino puede hacerlos caer a lo más bajo. La obra será no solo un aviso al Nerón soberbio, libre de todo freno, que desprecia los consejos del filósofo. También es un aviso de sabiduría dirigido a todos los seres humanos de todos los tiempos. Lucio Anneo Séneca supo aprovechar los ejercicios escolares de su juventud para dar una lección de humanismo a su época y a toda la humanidad.

En *Las troyanas* escribe otra tragedia genial con un enfoque también diferente y original. En ella, el rey Agamenón está radicalmente en contra de los sacrificios humanos. Se muestra ahora como un gobernante justo que hace buenas las palabras de Séneca, que dirá en una de sus cartas que el «*hombre es cosa sagrada para el hombre*»[67]. No se puede disponer de la vida ajena y menos para satisfacer el ansia de venganza, la ambición o la ira de los poderosos. Agamenón lo entiende y aparece en esta tragedia como prototipo del rey justo. Su actitud es moderada, radicalmente opuesta a la tiranía. Es un gobernante sensato que sabe controlar sus pasiones. El pensamiento central que recorre toda la tragedia es una de las ideas básicas de la filosofía política de Séneca: el odio al tirano y la aceptación de un rey justo y moderado, que

sabe controlar sus impulsos, busca el bien común de los gobernados y hace prosperar las ciudades. No es la fuerza sino la razón la que sostiene las sociedades y asegura la paz. Séneca hará decir a Agamenón que un imperio basado en la fuerza tiene los días contados. En cambio, un uso moderado del poder pervive largo tiempo.

> El poder basado en la violencia nadie ha conseguido retenerlo mucho tiempo; el moderado, perdura; y cuanto más altos ha destacado y elevado la fortuna los poderes humanos, tanto más conviene que se contenga el que goza de esa felicidad y que tiemble ante la inseguridad del azar, temeroso de unos dioses demasiado favorables. Que los grandes poderes se derrumban en un momento lo tengo bien aprendido[68].

Los jóvenes que se entrenaban en las escuelas de retórica llevaban siglos practicando con estas situaciones históricas o legendarias. Conocían bien los mitos que les servían para plantear situaciones hipotéticas como la de tener que exhortar a Aquiles a moderar su cólera, a refrenar el deseo de venganza en Agamenón, la ambición sin límites y el endiosamiento de Alejandro Magno. Séneca se sirve de todo ello para componer en su madurez tragedias que tienen una clara intención didáctica. Pone su talento y creatividad al servicio de la ética y la política. Pero además sus tragedias, como el total de su obra, van más allá de todo esto y apuntan en última instancia a plasmar la condición humana. La ira, la ambición y el deseo de venganza conducen a la tragedia, no solo a los tiranos sino a cualquier hombre. Si la diosa Fortuna se abate sobre los más poderosos, ¿qué no podrá hacer contra el hombre común? La enseñanza que se deriva de la obra del filósofo es transversal a todas las clases sociales y seres humanos. Ese es el valor intrínseco y universal del pensamiento de Séneca.

Con esto se observa la importancia que tiene la formación académica en el desarrollo de su pensamiento posterior. Se aprecia la evolución de unos estudios que aprovechó magistralmente y que supo dirigir hacia la realidad social y política de su tiempo.

Pero volvamos a las suasorias que escribió el padre de Séneca, porque las dos únicas que se conservan de tema romano tratan un asunto muy controvertido para la época: están directamente

relacionadas con la guerra civil que protagonizó el joven Augusto. El personaje central de las dos es el gran hombre de la República, enemigo de César, de Marco Antonio y del propio Octavio. Efectivamente, las dos últimas suasorias de Séneca el padre están dedicadas a la figura de Cicerón; el tema que se plantea es si Cicerón debe o no suplicar a Marco Antonio por su vida o acceder a quemar sus libros a cambio de inmunidad.

Los dos asuntos apuntan directamente a un aspecto muy delicado de la política romana en los gobiernos de Augusto y Tiberio. Hablar en esta época de Cicerón y de la República es tremendamente atrevido. No olvidemos que Cicerón fue aquel padre de la patria, cónsul de la República, que fue traicionado por Octavio y entregado a los esbirros de Marco Antonio. Es ese gran cónsul, padre de la patria, a quien cortaron la cabeza y la expusieron en el foro. Aquel cuya lengua taladró Fulvia, la esposa de Marco Antonio, con su alfiler de pelo, vejando su cadáver. Cicerón había escrito las *Filípicas*, una obra en que condenaba a Marco Antonio, donde lo calificaba de tirano y peligro para la patria.

Pero aquella vieja historia no era tan vieja en tiempos de los primeros emperadores Augusto y Tiberio. Ni estaba tan lejos de ellos, de la corte o de la política del momento. La hija de Marco Antonio, Antonia, es abuela de Calígula y la única mujer de la familia imperial en que confía Tiberio. Octavio Augusto ha incorporado a los descendientes de Marco Antonio a la familia imperial. Ha presentado a su antiguo compañero de Triunvirato, y luego enemigo en la guerra civil, como un romano engañado por Cleopatra, por el sueño oriental, un hombre cuyo delito fue haberse alejado de las tradiciones romanas. Es una táctica más, dentro de esa «concordia total» que puso en práctica Augusto para fortalecer su régimen. Pero no hay que olvidar que, cuando Octavio no era nadie sino un adolescente heredero de César, hubo un tiempo en que Cicerón lo apoyó para restar fuerzas a Mar-

co Antonio. Y Octavio, cuando pactó el triunvirato con Marco Antonio, también pactó la traición a Cicerón. Permitió el crimen del gran orador y cónsul. Miró hacia otro lado mientras le cortaban la cabeza. No quiso ni le interesó salvar entonces la vida del padre de la patria. El propio Asinio Polión que fue amigo de Marco Antonio y enemigo de Cicerón, no puede disimular su odio al gran orador, a pesar de que hace treinta años que lo han asesinado. Cuando escucha la suasoria en casa de Mesala se levanta enfadado y se va. No está dispuesto a oír de labios de aquellos oradores de salón el elogio de Marco Tulio Cicerón.

Con todo esto quiero decir que hablar de Cicerón en la época en que el padre de Séneca escribe sus *Suasorias* supone un claro atrevimiento político y da pie a que los opositores desentierren la memoria de Cicerón y pongan en cada palabra de elogio una lengua que acuse y evidencie la violencia sangrienta de aquellas guerras civiles en que Octavio Augusto participó y de las que se lucró.

Teniendo en cuenta la represión que vive el Senado bajo Tiberio, la obra del padre es, como poco, muy atrevida. Queda para posteriores estudios, ya que hasta ahora no se ha escrito nada sobre ello, el criterio de selección que sigue Séneca el Viejo a la hora de escoger los temas para sus suasorias. De las siete que se conservan las cinco de tema griego tienen como protagonista a personajes que, desde la perspectiva del patriarca de los Anneos, republicano de viejo cuño, se pueden calificar de tiranos. Por otro lado, las de asunto romano, las suasorias sexta y séptima, plantean un tema delicado en una época en que admirar a Cicerón aún no está totalmente exento de peligro. La penúltima suasoria introduce el debate de si Cicerón debe o no suplicar por su vida a Marco Antonio, compañero de triunvirato de Augusto y luego adversario suyo en la guerra civil. La última suasoria es muy parecida a la anterior pero introduce una variante muy interesante

y reveladora: ¿Debe Cicerón o no debe acceder a quemar sus escritos, a cambio del perdón que le promete Antonio?

La quema de libros, la censura y el abuso de poder en tiempos de Tiberio no es un asunto que pertenezca al pasado. Está ocurriendo en la Roma en que vive Séneca el Viejo. Han vuelto los procesos de lesa majestad y se está produciendo una condena de intelectuales y la quema de sus libros. El padre aprovechará su obra para denunciar la represión política que se sufre en estos tiempos.

Así que el tema de esta última suasoria no es inocente ni baladí. Séneca el Viejo describe aquellas sesiones de recitación en que participó y aprovecha para escribir sobre aquellos represaliados por el poder, que sufren la persecución intelectual y los procesos de quema de libros. Además de dar testimonio de todo ello, hace comentarios personales sobre la represión de aquellos tiempos, una represión que el padre de Séneca condenará sin paliativos.

En el año 12 d.C., bajo el gobierno de los últimos años de Augusto, se ordena la quema de los libros de Tito Labieno y Casio Severo. Más tarde, en el 25, ya con Tiberio, será Cremucio Cordo quien sufra esta cruel represalia que Séneca el Viejo califica como «*venganza contra el talento*». Gracias a este testimonio se aprecia cómo en estos últimos años del gobierno de Augusto y primeros de Tiberio se acentúa la represión y el reinado del terror. Los historiadores modernos coinciden en la idea del retorno a la vía absolutista en tiempos del sucesor de Augusto. Séneca el Viejo denuncia en su obra estos casos de represión sobre Labieno, Casio Severo o Cremucio Cordo, cuyas obras fueron condenadas al fuego. Sobre este asunto toma partido, al reprobar taxativamente y sin paliativos este tipo de prácticas que considera un atentado contra el espíritu humano.

> Contra el talento se pensó por vez primera una venganza nueva: sus enemigos consiguieron que se quemaran todos sus libros; un hecho nuevo e inaudito era que se tomara castigo contra el fruto del estudio. ¡Por Hércules! ¡Por bien del público esa crueldad que se revuelve para vengarse del talento fue descubierta después de Cicerón! ¿Qué hubiera sucedido si los triunviros hubieran decidido desterrar también el talento de Cicerón? Los dioses inmortales son lentos, pero seguros vengadores de la

raza humana; siempre han dirigido castigos ejemplares contra las cabezas de sus inventores y, en un justísimo turno de sufrimiento, lo que cada uno maquinó para el suplicio ajeno, a menudo se imita para el suyo. ¿Qué demencia tan grande os agita, hombres de extremada locura? Os parecerá que hay poca crueldad en las penas conocidas: buscad contra vosotros mismos formas nuevas de morir y, si la naturaleza nos libró de alguna parcela exenta de sufrimiento, tal como el talento y el recuerdo de la fama, encontrad la forma de reducirla a las vilezas a que está sometido el cuerpo. ¡Qué crueldad tan grande, no contenta con otras vías, es prender fuego a los libros y ensañarse contra los testimonios del conocimiento!

¡Que los dioses nos asistan! ¡Menos mal que al menos esas venganzas contra el talento comenzaron en esta época, en que ya habían cesado los genios![69].

Este texto de Séneca el Viejo hace referencia a Tito Labieno, magnífico orador e historiador, calificado por todos, también por sus enemigos, como un autor de gran talento. Fue un hombre de personalidad arrolladora. Su temperamento, como su estilo, estaba lleno de fuerza y de vigor. En palabras del padre de Séneca, Tito Labieno destacaba tanto por su extremada pobreza como por su mala reputación. Era, sin duda, un gran crítico de la situación social y política del momento. Sufrió la represión del poder en primera persona, afrontando, según los datos de que disponemos, la primera quema de libros de la historia por motivos políticos.

La ideología de Labieno era totalmente opuesta al régimen propuesto por Augusto. Era un hombre cuyas motivaciones políticas se encontraban dentro de la oposición más radical al régimen imperial. Estaba a favor de la República y de los ideales republicanos encarnados por Pompeyo. Su libertad de expresión hacía temblar a todos; descargaba una ira demoledora sobre las élites políticas y hombres poderosos sin distinción. Su verbo estaba tan cargado de rabia que, jugando con su nombre, le llamaban Rabieno en lugar de Labieno.

Como crítico de la sociedad de su tiempo Tito Labieno es feroz. Ataca los vicios de su época sin sutilezas. Expone sus ideas con gran maestría y denuncia los crímenes y extorsiones que protagonizaban los hombres más poderosos, influyentes y ricos de Roma.

La condena del poder no tardó en llegar. Su pensamiento y sus libros de historia fueron censurados, condenados al fuego. La

actitud de Labieno fue tan valiente como su forma de expresarse. No soportó el escritor la quema de sus libros. Ordenó ser conducido al sepulcro de sus antepasados y ser encerrado allí. En aquella tumba se dejó morir de hambre como protesta. Este hecho debió de ocurrir, según el testimonio de Dion Casio, en torno al año 12 d.C. El joven Séneca tendría 13 o 14 años.

Además de los discursos que escribió, la obra maestra de Labieno la constituyó su *Historia*, que incluía posiblemente las guerras civiles y los primeros años del principado. Lo sabemos porque hacía sesiones de recitación literaria, una costumbre heredada de los griegos y muy practicada en esta época por los romanos. En estas sesiones se procedía a la lectura de una obra propia ante un círculo de amigos, que apreciarían los detalles y procederían a enjuiciarla antes de que se publicara. Conocemos, por el testimonio de Séneca padre, que Labieno hacía estas recitaciones entre personas de la máxima confianza y que, incluso él mismo, llegó a temer las consecuencias de su propia libertad de expresión.

> Recuerdo que en cierta ocasión, mientras recitaba su «historia», enrolló una gran parte del libro y dijo: «Esta parte que paso por alto será leída después de mi muerte». ¡Con qué libertad debió estar escrita, que incluso el propio Labieno temió sus consecuencias![70].

Otro personaje que sufre la represión y la censura es Casio Severo, nacido en torno al año 40 a.C. Casio se dedicaba, casi con exclusividad, a la oratoria en el foro. Los emperadores Augusto y Tiberio tampoco toleraron su libertad de expresión ni la amarga crítica que vertía sobre personajes ilustres e influyentes de la época. A Casio Severo lo condenaron bajo la acusación de lesa majestad, es decir, injurias al emperador. Esta ley fue puesta en vigor por Augusto y empleada a discreción por Tiberio para acabar con la oposición política. Se condenaba por cualquier comentario y, en tiempos de Tiberio, algunas acusaciones llegaron a ser incluso ridículas. La ley había nacido bajo el pretexto de que ciertas críticas desenfrenadas contra el emperador podían poner en peligro la inviolabilidad del Estado pero, en tiempos de

Tiberio, esa ley se convirtió en una excusa para masacrar al Senado disconforme y acabar con toda oposición política. En los últimos años de Augusto pero especialmente durante todo el reinado de Tiberio la acusación de lesa majestad fue un comodín, un pretexto para condenar a muerte a cualquier disidente político que interesara eliminar. Esta situación se vio aún más reforzada y adquirió tintes verdaderamente dramáticos bajo el reinado de los sucesores de Augusto.

Exiliado a Creta el año 12 d.C., Casio Severo continuó litigando, criticando y denunciando. Siguió ganándose nuevos enemigos e irritando más aún a los antiguos; se le confiscaron sus bienes y fue desterrado al islote de Sérifos, una cárcel más dura aún que la de Creta. Allí envejeció sin posibilidad de perdón. Murió en el año 37 de nuestra era, después de haber sido sometido a un exilio de veinticinco años.

[29] Isla griega de Sérifos, en las Cícladas, donde Casio Severo fue desterrado por sus escritos hasta su muerte y sus obras condenadas al fuego.

Casio Severo publicó cierto número de discursos y parece que escribió también libros de historia. Sus obras fueron quemadas, al igual que las de Tito Labieno, o Cremucio Cordo.

Con estos precedentes se entiende perfectamente que la elección de la quema de libros como tema para las suasorias no es un asunto banal. Debatir estas cuestiones históricas del pasado da pie al debate político y moral del presente. Son incluso una oca-

sión de evadir la censura del momento a que eran sometidos algunos opositores al régimen imperial. Las alusiones y connotaciones que ofrece el padre de Séneca en su obra ayudan a entender los entresijos políticos de la Roma de Augusto. Leyendo estos textos no solo seremos capaces de conocer cuáles eran los ejercicios preliminares de entrenamiento que se empleaban en las escuelas de retórica. Además de ello se tiene acceso a un documento de primera mano para definir el ambiente político y cultural de la Roma de época imperial.

La obra de Séneca el Viejo es poliédrica y abarca ámbitos muy diferentes y complementarios: el social, el político, ético y didáctico. El padre fue capaz de reflejar el ambiente político y la represión de la época con gran sutileza y habilidad. Lo hace entre líneas a veces, más directamente en otras. Sin ese equilibrio inteligente, la obra no habría llegado a nosotros. La censura habría acabado con ella. Una denuncia más descarnada y directa habría llevado a este libro al fuego también. Pero con su inteligencia y sutileza nos ha llegado la voz de aquellos opositores cuya obra histórica fue objeto de represión. Séneca el Viejo supo denunciar con inteligencia el abuso del poder, abriendo caminos de libertad a los demás, como el historiador Tácito dirá del hijo. Porque el hijo aprendió de la sutileza y habilidad del padre para llevarla a la maestría. Así, en este contexto, procuraremos leer muchos fragmentos de Lucio Anneo Séneca, que nos revelarán aspectos clave de los reinados de Calígula, Claudio y Nerón.

Las mejores páginas de la obra del padre serán esos inteligentes comentarios que aparecen en sus obras y que se refieren en su mayoría a aspectos retóricos, salpicados de anécdotas de carácter social o político que reflejan con gran efectividad el momento histórico que le tocó vivir.

En esta etapa de su formación, el joven Séneca tiene en su padre a un maestro de categoría, un hombre inteligente que le aportará no solo información sino especialmente formación inte-

lectual, política, social y cultural. Y le transmitirá valores, el sentido de la oportunidad, la paciencia y la sutileza. El joven adquiere toda esa cultura y estudia con ahínco retórica. Lee a los poetas y escritores augústeos y escribe epigramas. Además de toda esta exquisita formación dispondrá también del conocimiento de primera mano de la realidad social y política de su época. Séneca tendrá una perspectiva muy certera de la situación. La experiencia retórica y política que recibe de su padre no puede ser más completa y directa. Pero además el joven ronda los 15 años cuando tienen lugar los destierros y la quema de libros. Él ha vivido como adolescente los últimos años de Augusto y los primeros de Tiberio y conoce perfectamente la represión de los sucesores del *prínceps*. Gracias a su padre conoce también el periodo anterior: el fin de la República y el advenimiento del Imperio.

Lucio Anneo Séneca es un joven sobradamente preparado para hacer grandes aportaciones a la política y la cultura de Roma pero, en este momento de su adolescencia, la diosa Fortuna se interpondrá en su camino.

---

[67] Séneca *Epístolas morales a Lucilio* 95.

[68] Séneca *Las troyanas* 260.

[69] Séneca el Viejo *Controversiae* 10. *praef.* 5-7.

[70] *Contr.* 10. *praef. 8*.

5.

LA ENFERMEDAD, EL ESTUDIO Y LOS VIAJES: SU ESTANCIA EN EGIPTO

Desde antes de comenzar sus estudios superiores, Lucio Anneo Séneca ha mostrado un interés especial por la filosofía. Se ha formado con un estoico llamado Átalo, que proviene de Pérgamo. Ahora, en el año 15 d.C., empieza a escuchar a Sotión de Alejandría, un filósofo de moda que explicaba las ideas de Pitágoras. La filosofía ha apasionado a Séneca desde niño y, cuando acabe su formación superior, se volcará en ella con más fuerza aún. Y la filosofía no será una asignatura más en su completísimo currículum sino una manera de ver el mundo, es decir, una forma de vida.

En la Antigüedad la filosofía es algo muy diferente a la idea que hoy nos hacemos de ella. Entonces no era una asignatura del currículum escolar, ni una historia de la ciencia ni tampoco una forma de alarde intelectual. La filosofía en el mundo antiguo es una manera de conducirse en la vida. Supone la asunción total y la adhesión firme a una ideología que engloba al hombre y el mundo. Es un saber aplicado a dirigir y guiar la propia existencia. Es una forma de vida y una actitud vital. Con esa fuerza y en esa dimensión es como Séneca se acerca a la filosofía.

El estoicismo y el pitagorismo son las dos primeras corrientes filosóficas que lo seducen. Será a partir de la mezcla inteligente y razonada de ambas como irá estructurando su pensamiento. El primer filósofo que le llama la atención es Átalo, un estoico interesado por la vida moral, por la sobriedad y por la lucha contra los excesos. Promueve en él la importancia de una vida sana y sencilla, alejada de lujos y caprichos. Séneca admirará los argumentos y la personalidad de su profesor, hasta el extremo de confesar que su maestro Átalo le parecía un filósofo sublime. El intelectual despertaba en el joven un gran entusiasmo.

> En efecto, cuando escuchaba a Átalo hablando contra los vicios, los extravíos, las desgracias de la vida, con frecuencia sentí compasión del género humano, y lo consideré un filósofo sublime, elevado por encima del nivel superior humano. Él mismo afirmaba que era un rey, pero a mí se me antojaba más que un rey quien tenía la facultad de censurar a los reyes[71].

Átalo predicaba la sobriedad y la vida moral. Decía que todo lo que «*sobrepase la necesidad era un peso inútil y penoso de soportar*»[72]. La sobriedad es una virtud clave en la filosofía estoica. Es un concepto difícil de entender en un mundo como el nuestro, invadido por el consumismo y la renovación continua de bienes y servicios. Pero la sobriedad la practicarán los grandes sabios de la Antigüedad. Será guía de vida de filósofos como Séneca y de emperadores como Marco Aurelio. Facilita el acceso a la sabiduría porque hace depender menos de los bienes materiales, permite priorizar lo importante, saber afrontar momentos de crisis y encaminarse con más facilidad, según creían los antiguos, hacia la felicidad. Cuando Séneca hable de las virtudes de la pobreza frente a la riqueza no estará defendiendo la escasez y la indigencia como si fuera un santo ascético. La pobreza extrema lleva a la desesperación y a la pérdida de la dignidad humana. Lo que defenderá siempre será la sobriedad frente a la adoración de la riqueza. Escribirá que, si se es rico, se podrá actuar en bien de la humanidad, se podrá ser solidario y beneficiar al conjunto de la sociedad. Lo que no se puede es usar las riquezas con egoísmo ni estar dispuesto a todo por dinero: eso sería esclavitud y corrupción. Cuando Séneca elogie la pobreza no lo hará en el sentido en que hoy entendemos el término: estará elogiando la sobriedad.

El neopitagórico Soción de Alejandría ejerce también una gran influencia en el joven, que tiene ahora 16 o 17 años. Este profesor había sido discípulo de los Sextios, fundadores de una escuela romana de moralistas estoicos en los tiempos de Augusto y Tiberio. Séneca escuchó las lecciones de Soción y conoció también la doctrina de Sextio Nigro el padre. Ambas guardaban puntos en común. Pero la doctrina del griego apuntaba más al

plano metafísico. Soción, como buen pitagórico, creía en la transmigración de las almas, es decir, en una especie de reencarnación.

> Pitágoras, por su parte, afirmaba que existen vínculos de parentesco entre todos los seres y relaciones entre las almas que transmigran de unas a otras formas. Si le otorgas crédito ningún alma perece, ni siquiera está inactiva, a no ser en el breve intervalo en que se traslada a otro cuerpo[73].

Así explica Séneca la filosofía de Pitágoras y, por extensión, la de su maestro Soción. Como consecuencia de esa creencia en la transmigración de almas, esta escuela filosófica recomendaba abstenerse de comer carne de animales, ante la posibilidad de que dentro de ellos se alojara el alma de un hombre o incluso la de un familiar.

Los pitagóricos eran, por tanto, vegetarianos. Y los Sextios también lo serán, aunque Soción y Sextio llegarán a esta misma actitud alimenticia a través de caminos diferentes. El primero utilizaba los argumentos de la metafísica griega, el último apelaba al aspecto racional y moral del ser humano. Esos últimos argumentos de Sextio serán los que convenzan realmente al joven Séneca, que nunca aceptará, ni siquiera en su juventud, ninguna idea sin someterla a la crítica de la razón. Si al final el joven se ve seducido por la idea pitagórica de no comer carne, será antes por influencia racional que por afanes místicos. Cuando Sextio Nigro prohíbe a sus discípulos comer carne de animales no utiliza los argumentos de la metafísica. Esa sería más bien una postura griega. Él era romano y fue el primero que quiso crear en la capital del Imperio una filosofía práctica que encajara perfectamente en el espíritu tradicional de la antigua Roma. Por eso, Sextio, cuando aboga a favor de la dieta vegetariana, argumenta que la carne era un alimento insalubre. Apela también al aspecto moral de evitar la crueldad y el derramamiento de sangre. Emplea argumentos humanitarios, propios de la ética y de la salud, antes que tesis propias de la mística religiosa. A Séneca le convencerán los razonamientos del filósofo Sextio, cuyos planteamientos es-

toicos están más en consonancia con la mentalidad tradicional romana.

Efectivamente, estos argumentos estoicos, más racionales, son los que lo persuaden, frente a los del filósofo Sotión, que está más cerca de los pitagóricos y de la mentalidad griega. El joven de Córdoba, que se acerca con gran interés a la filosofía, llega a pensar que, si elimina la carne de su dieta, actuará bien en todo caso. Pues, si la doctrina que proponen sus maestros es verdadera, conseguirá alcanzar la virtud, es decir, estará en lo cierto absteniéndose de comer carne. Y si es falsa, conseguirá al menos ser más sobrio en el comer, algo que encaja perfectamente con el pensamiento estoico, al ser la sobriedad una de las virtudes centrales del estoicismo.

Así las cosas, el joven renunciará durante un año al consumo de carne[74]. Lucio Anneo Séneca se hace vegetariano en su adolescencia. Y lo hace con pleno convencimiento, porque acepta el razonamiento de esta escuela filosófica. Y eso implica coherencia. Si se profesa una filosofía, hay que ser consecuente con ella y entenderla como norma de vida. Este concepto es muy importante para comprender después su actitud en el mundo de la política.

Séneca tarda un año en volver a comer de todo. La razón: su padre. El propio filósofo lo explica:

> Empujado por estas razones comencé a abstenerme de la carne de animales y, transcurrido un año, la costumbre no solo me resultaba fácil sino agradable… ¿Quieres saber cómo dejé de abstenerme? La época de mi juventud coincidía con los primeros años del principado de Tiberio César: entonces eran llevados en procesión los objetos sagrados de los cultos extranjeros y se consideraba prueba de superstición la abstinencia de carne de ciertos animales. Por ello, a petición de mi padre que no temía una falsa acusación sino que aborrecía la filosofía, volví a mi antigua costumbre; sin dificultad me persuadió de que tomara alimentos más nutritivos[75].

El padre se ha vuelto a poner en movimiento porque atisba una situación de peligro. Este hombre, que tan importante influencia ejercerá sobre el filósofo, estará siempre atento a todo aquello que pueda perjudicar la carrera de sus hijos. En estos momentos convence a Séneca de que deje la dieta vegetariana.

No por ideología o tradición sino por motivos puramente políticos. El padre logra persuadirlo con argumentos muy sensatos. Y el joven le hace caso. Son consejos bien razonados que vienen de un hombre que siempre tuvo una gran autoridad moral sobre sus hijos. A pesar de las explicaciones que da Séneca en el pasaje anterior, la causa real que mueve al padre a intervenir es el temor a una falsa acusación. Es cierto que es un hombre que desconfía de la filosofía, porque implica un compromiso ideológico y una coherencia estricta que dificulta moverse con facilidad entre las ambigüedades de la política. Para sus objetivos y para la carrera que tiene pensada para sus hijos es mucho mejor la retórica, la técnica que te permite acceder a los principales puestos del poder y la administración. Ese es el camino que el padre quiere que recorran sus hijos. Y el propio Séneca el Viejo sabe muy bien lo que ha de hacer. Es un hombre de mundo. Tiene la certeza de que la retórica ayudará a su hijo a situarse en la esfera del poder. Por eso prefiere la retórica y odia la filosofía. Con el paso del tiempo el hijo tendrá prioridades distintas: abogará por la preeminencia de la filosofía. Pero, a pesar de las diferencias entre ambos, el padre consigue en estos momentos hacerle ver claramente a Séneca el peligro que corre de ser acusado como seguidor de cultos extranjeros, delito de «superstición» se llamaba entonces, una acusación que podía haber acabado de raíz con las aspiraciones políticas del joven. El padre estaba en lo cierto. Se demuestra claramente en las palabras del historiador Suetonio cuando habla de Tiberio:

> Reprimió los cultos extranjeros, los ritos egipcios y judíos, obligando a los que profesaban esta primera superstición a quemar sus vestiduras religiosas y todos los utensilios de su culto. So pretexto del servicio militar, repartió a la juventud judía en provincias de clima muy riguroso, y a los demás individuos de este pueblo o seguidores de cultos similares los expulsó de Roma, bajo pena de esclavitud perpetua si no obedecían. Desterró también a los astrólogos, pero luego los perdonó atendiendo a sus ruegos y ante la promesa de que renunciarían a su arte[76].

La prohibición de comer carne de cerdo es un antiguo precepto del culto judío por el que los partidarios de esta religión eran reconocidos fácilmente. Augusto y Tiberio no veían con buenos

ojos la extensión de estos ritos orientales, porque chocaban con el espíritu nacional romano y con ese deseo del *prínceps* de volver a las antiguas tradiciones. El padre de Séneca lo sabía de primera mano y conocía perfectamente los entresijos de la política romana en los comienzos del Imperio. Sabe que la desconfianza y el recelo hacia ciertas supersticiones extranjeras podían hacer fracasar los inicios de cualquier carrera política, por muy prometedora que fuera. Y él vela constantemente por la de sus hijos.

El padre quiere evitar a toda costa una acusación de *superstitio*. La palabra latina ha dado *superstición* en español pero en la época de Tiberio hacía referencia a aquellos que eran seguidores de cultos extranjeros, de religiones ajenas a la tradición romana. Precisamente en los últimos tiempos de Augusto y los primeros años de Tiberio comenzó a extenderse desde el poder una clara animadversión hacia determinados cultos extranjeros. El asunto fue agravándose hasta la aparición de un decreto que Tiberio emitió el año 19 d.C. y que permitió que bajo este delito se pudiera llevar a cabo una acusación con base legal. Mientras no hubo fundamento jurídico, el padre no vio peligro y transigió. Pero ahora todo ha cambiado con la promulgación de esa norma. Séneca el Viejo interviene inmediatamente.

[30] Isis, divinidad egipcia con su hijo Horus en brazos. A principios de nuestra era, estas creen-

cias orientales se consideraron opuestas a la tradición romana que intentan imponer los emperadores Augusto y Tiberio.

El decreto se dirige realmente contra los acólitos de la diosa Isis, procedente de Egipto, y contra los seguidores del culto judío. Séneca no estaba interesado en ninguna de estas dos religiones, nunca considerará estas creencias doctrinas importantes para su pensamiento ni para el mundo romano. Las conocerá y las criticará científica y filosóficamente pero no tendrán ninguna influencia en su pensamiento. La formación intelectual del joven tiene su origen en la Grecia antigua, en el Logos de los filósofos, en el mundo pitagórico y presocrático. Pero los delatores de Tiberio no se fijaban en estas sutilezas ni conocían los entresijos de la filosofía griega. Cualquier actitud extraña, como podía ser la dieta vegetariana, se convertía inmediatamente en base para la denuncia. En el año 19 d.C., bajo el edicto de Tiberio, toda creencia extranjera está bajo sospecha. Abstenerse de comer carne podría ser el inicio de una acusación en firme que le cerrara a Séneca las puertas de su futuro político en Roma. Y el padre no está dispuesto a que su hijo caiga por equivocación en esta red de persecución política. Con estos argumentos razonables y con el peso de su autoridad moral, lo convence para que deje esa dieta. Además de la presión paterna, el joven se está decantando en esta época claramente por el estoicismo y eso también le ayuda a tomar la decisión de dejar de ser vegetariano. Lo hace con la misma libertad de pensamiento y acción que tuvo, un año atrás, cuando decidió seguir este aspecto de la doctrina pitagórica.

Séneca se centra ahora completamente en la filosofía del estoicismo, un pensamiento más romano, una doctrina también ascética, con algunos tintes platónicos y pitagóricos, que acaba satisfaciendo plenamente las aspiraciones de este inteligente e inquieto joven en busca del saber.

De Átalo el estoico, que viene de Pérgamo, aprende que la cultura no es avaricia de conocimientos sino búsqueda de la perfección personal a través de la sabiduría. Se adscribe con total de-

dicación al estoicismo, sin renunciar nunca a su espíritu crítico. Y esta actitud no la abandonará jamás. El joven filósofo comprenderá desde muy pronto que el conocimiento es un proceso y que la invención y el descubrimiento están abiertos a todos los que puedan reflexionar y crear nuevas formas de pensamiento.

> Así, pues, todos esos personajes, nunca creativos, siempre comentadores, agazapados al amparo del prestigio ajeno, no considero que tengan nobleza alguna de espíritu, puesto que nunca se han decidido a poner en práctica, siquiera una vez, lo que durante largo tiempo habían aprendido. Su memoria la han ejercitado sobre pensamientos de otros; pero no es lo mismo recordar que saber. Recordar supone conservar en la memoria la enseñanza aprendida; por el contrario, saber es hacer suya cualquier doctrina sin depender de un modelo, ni volver en toda ocasión la mirada al maestro[77].

La diferencia que establece el filósofo entre recordar y saber es la que existe entre erudición y sabiduría. Séneca adopta un punto de vista sorprendentemente libre frente a la doctrina imperante de su época, en que pertenecer a una escuela filosófica supone la asunción total de sus preceptos.

En este aspecto Séneca se adelanta a su tiempo y aboga por la creatividad y la investigación. Sus palabras sobre el conocimiento suenan más al siglo XXI que al pensamiento de hace dos mil años.

> Pues, bien: nunca se harían hallazgos si nos contentáramos con los ya realizados. Además, quien va en pos de otro, no descubre nada; mejor dicho, no investiga nada.
>
> ¿Entonces, qué?, ¿no voy a seguir las huellas de los antiguos? Por supuesto tomaré el camino trillado, mas si encontrare otro más accesible y llano, lo potenciaré. Quienes antes que nosotros abordaron estas cuestiones no son dueños, sino guías de nuestra mente. La verdad está a disposición de todos; nadie todavía la ha acaparado; gran parte de su estudio ha sido encomendado también a la posteridad[78].

De este modo, Lucio Anneo Séneca consigue, frente a la tradición, un espíritu crítico y un estilo literario que muy pronto censurarán los ortodoxos defensores de lo antiguo, especialmente Quintiliano, Frontón y Gelio[79]. Por eso se dice a menudo que Séneca es un filósofo estoico pero que tiene ideas propias. Hoy se considera esta actitud síntoma de inteligencia y libertad pero en la Antigüedad pasaba por ser un demérito, un rechazo a la ortodoxia, a la verdad inalterable descubierta por los grandes maestros. Séneca será siempre un estoico heterodoxo, un estoico *sui generis*. No es un pensador dogmático ni se deja anular nunca por el argumento de autoridad. El filósofo estaría completamente de

acuerdo con aquella sentencia atribuida a Aristóteles, discípulo de Platón, que ha acabado siendo hoy día un latinismo que rebate precisamente el argumento de autoridad: *Amicus Plato sed magis amica veritas*. Platón es mi amigo pero más amiga mía es la verdad.

Libertad de pensamiento y espíritu científico son dos características del temperamento de este joven que sigue adentrándose en el terreno de la filosofía. En estos años descubre a un personaje que estudiaba oratoria en la escuelas de retórica de aquellos tiempos en que su padre escribió sus famosas *Controversias y suasorias*. Se trata de Fabiano Papirio, un intelectual citado en varias ocasiones por el progenitor y que acabó influyendo muy poderosamente en el estilo y pensamiento de Séneca. Fabiano tuvo una gran reputación como declamador cuando aún era muy joven, en torno a los 20 años, pero sus inquietudes, como le ocurrirá a Séneca, se volcaron pronto hacia el terreno de la filosofía. Fabiano era un hombre con grandes capacidades oratorias. El padre lo describe como un declamador completo pero mucho más dotado para las suasorias, porque su abundancia de vocabulario le permitía destacar en las descripciones, llenas de matices.

> Era más apto para las suasorias. Nadie expresó con mayor riqueza de matices la descripción de un lugar, el curso de los ríos, la situación de las ciudades o las costumbres de los pueblos. Nunca se detuvo por falta de vocabulario sino que su abundante discurso fluía en torno a cualquier asunto con el más ágil y veloz de los caudales[80].

Pero lo que debió de apreciar Séneca en Fabiano, que había pasado, como él, por las escuelas de declamación, fue el asunto filosófico que siempre estaba presente en sus discursos. Sus declamaciones ya dejan entrever su aproximación final a la filosofía. Las que hizo el joven Séneca en su adolescencia debieron de ser similares. Fabiano trata las costumbres, fustiga los vicios, plantea problemas filosóficos y analiza el fondo moral de cada asunto. Es muy hábil en los coloridos, donde busca el enfoque moral inapelable. Se centra en los temas básicos de la filosofía estoica: la crítica al lujo y la riqueza, la defensa de la sobriedad, la necesidad

de soportar la adversidad con valentía, la incitación a la clemencia. En Fabiano Papirio, Séneca encontró a un orador que cita su padre pero, a la vez, a un filósofo que abandonó el mundo de la retórica para dedicarse en exclusiva a la filosofía.

En estos momentos de formación, Séneca empieza a practicar el examen de conciencia cotidiano, una costumbre que parece haber aprendido de Sextio Nigro y que consistía en reflexionar al final del día sobre las decisiones adoptadas durante la jornada. El filósofo es un hombre metódico y reflexivo que se interesa también en estos años por las ciencias de la naturaleza, una inquietud intelectual que no abandonará nunca y que compartirá con los filósofos estoicos, en especial con Fabiano Papirio. El interés científico de Séneca dará a luz sus *Naturales quaestiones* un libro que podríamos traducir por *Investigaciones sobre la Naturaleza*. Escribirá durante su vida otros muchos libros de ciencias naturales que se han perdido. Al menos conocemos el título de varios de ellos y eso nos ayuda a entender el interés que siempre tuvo Lucio Anneo Séneca por las ciencias y su grado de preparación en campos como la biología (*De piscium natura*), la geología (*De lapidum natura*), la geografía y astronomía (*De forma mundi*) o sus monografías científicas, como la que hace sobre los terremotos (*De motu terrarum*).

Sus convicciones filosóficas se mantendrán siempre fieles a los principios del estoicismo pero su adhesión sincera y decidida a este sistema filosófico no nublará nunca su libertad e independencia. Precisamente el gran valor de la figura y el pensamiento senecanos estriba en su originalidad, en la postura personal y en la búsqueda de la libertad a través de la interioridad. Algunos no entendieron esta postura. La llamaron ecléctica o heterodoxa. Otros como Quintiliano califican a Séneca como falto de rigor en el terreno de la filosofía (*in philosophia parum diligens*). No supieron ver que esa independencia y la búsqueda de la verdad a través de la investigación es algo nuevo en su época, un aspecto

intelectual que los hombres de hoy estamos en mejor disposición de entender y apreciar. En realidad Séneca abre un nuevo horizonte intelectual, moral y político hasta ahora inédito. Algunos estudiosos[81] estarán de acuerdo en que «*Grecia no había dado nada semejante a las* Epístolas a Lucilio».

Séneca recibe el influjo de la filosofía de Pitágoras, como hemos indicado, de manos de Soción y Sextio. Y deja pronto la dieta vegetariana. Pero la idea pitagórica de la confraternización de todos los seres de la naturaleza calará hondo en su pensamiento y será muy productiva. También la idea sobre la pervivencia del alma más allá de la muerte, una tesis que siempre seducirá a Séneca, aunque nunca llegará a exponerla con claridad en su obra. Parece más bien que la trata como un ardoroso deseo más que como una firme convicción. Es más un sueño del corazón que una certeza racional. Y en esto el filósofo será también un adelantado a su tiempo.

En su trayectoria intelectual llegará a poseer un conocimiento enciclopédico de todos los saberes de su época. La influencia de la filosofía griega clásica, de Platón y Aristóteles, se aprecia especialmente en algunas de sus cartas[82]. En ellas Séneca analiza las ideas básicas de ambos pensadores griegos y es capaz de relacionar y reconciliar los grandes sistemas filosóficos de cada uno de ellos. El joven llegará a conocer a fondo a los grandes filósofos griegos y eso le permitirá construir un pensamiento más completo, dotar al estoicismo de un vigor nuevo que reúna lo mejor de los pensadores antiguos. Muchas de sus ideas coincidirán con el neoplatonismo, por ejemplo todas las doctrinas senequistas de tendencia mística, donde habla del alma y el cuerpo. Otras ideas proceden del aristotelismo, especialmente aquellas en las que defiende que las pasiones no deben ser suprimidas, como defienden los estoicos, sino moderadas, como indica Aristóteles.

Séneca estará siempre de acuerdo con la idea de la moderación y el control de las pasiones[83]. Pero en este punto habrá una ex-

cepción: la ira. La ira no puede moderarse, porque es un delirio fatal y destructivo, un concepto que se relaciona hoy más con lo que entendemos por violencia y agresividad. Séneca, que siempre defenderá la teoría aristotélica del justo medio, no verá ninguna virtud en la ira y dirá que es imposible moderarla. Su terrible experiencia con Calígula le hizo entender la capacidad de destrucción que posee en manos de un tirano.

El filósofo de Córdoba acepta, como Aristóteles, que en el punto medio está la virtud. Esta máxima es válida en general, porque supone un elogio de la moderación y el equilibrio. Pero Séneca, a diferencia de Aristóteles, considera que no existe la justa ira. La violencia, la cólera y la ira son para él la misma cosa. De hecho, define la ira como una especie de locura transitoria, un vicio del alma que debe ser evitado a toda costa. Aquí no habla de teorías filosóficas sino que sienta cátedra desde la experiencia política personal.

En sus cartas se observa que el pensador cordobés conoce perfectamente toda la tradición filosófica de su tiempo, también la cínica y epicúrea. La teoría que aportan estas doctrinas le sirve para argumentar la importancia de la sobriedad, para aquilatar sus ideas sobre el placer, el ocio o la frugalidad. Pero su pensamiento será siempre original, tamizado por la experiencia y su propia reflexión.

Sabemos que en el 19 d.C. Lucio Anneo Séneca tiene aproximadamente 20 años. Ha estudiado a fondo retórica y filosofía. Pero tiene una carrera que desempeñar. A ello le obliga la clase social a la que pertenece. Se decide por la carrera senatorial. Comienza el *cursus honorum*, es decir, empieza a desempeñar los distintos cargos administrativos y magistraturas que compondrán su carrera política. Empieza por el principio. Desempeña el vigintivirato entre los años 19 y 20 d.C. La palabra se relaciona con la más conocida triunvirato, tres hombres. *Viginti* significa veinte y *virato*, de *vir-viri*, significa en latín hombre: son veinte

varones escogidos cada año para desempeñar este cargo que les abre las puertas de la carrera política en Roma. El vigintivirato era la vía normal de las familias de la élite para introducir nuevos miembros en el mundo de la política romana. Séneca aspira a ello y lo consigue. Pero el acceso es difícil y muy restringido. Como puede observarse, solo se admite cada año a veinte candidatos. El filósofo lo desempeñará a su edad, cuando cumple 20 años. Este es un cargo que aún no le abre las puertas del Senado pero que le permite tener un primer contacto con el mundo de la administración y las finanzas. El joven comienza a ejercer labores que luego le serán muy útiles a la hora de desempeñar otros honores posteriores como cuestor, pretor, gobernador, cónsul o cualquier cargo en el ejército.

En estos años finales de su adolescencia, Séneca sigue estudiando literatura y filosofía. Lee a prosistas y poetas. Durante toda su vida citará de memoria a los autores clásicos, especialmente a Virgilio, Horacio y Ovidio. El propio Séneca será también a su vez un excelente poeta que escribirá epigramas y tragedias. Abarcará la filosofía, la ciencia, la poesía, la tragedia, la sátira y la epistolografía. Su insaciable curiosidad intelectual se abrirá a todos los conocimientos. A través del estudio concienzudo y la reflexión, llegará a comprender la sociedad en que vivió y buscará dirigirla desde la ética y la buena política.

Séneca es ya, a los veintipocos años de edad, un intelectual, un hombre de mundo, de vastos conocimientos y de poderosa inteligencia. Quiere darse a conocer en Roma e iniciar una prometedora carrera política. El primer paso es ganar fama dedicándose a la abogacía en la capital del Imperio. Empieza a defender pleitos para ganar prestigio pero debe abandonar muy pronto su carrera por causa de una enfermedad crónica que sufre desde niño y que le provoca frecuentes afecciones en las vías respiratorias. Su estado de salud empeora drásticamente en estos momentos. Las crisis le obligarán a hacer una pausa de cinco o seis años. Séneca no

tendrá más remedio que interrumpir su carrera profesional. Volverá a ejercer la abogacía cuando regrese a Roma, seis años después, en el 31 d.C. Y entonces decidirá dar comienzo de verdad a su actividad política. Pero será por poco tiempo. No volverá a defender pleitos nunca más. Años atrás se vio obligado a abandonar por la enfermedad y después no podrá retomar la abogacía porque se lo impedirá la represión de Calígula.

> Es ahora cuando niño asistía a la escuela del filósofo Soción, ahora cuando comencé a defender pleitos, ahora cuando renuncié al propósito de defenderlos, ahora cuando renuncié a la posibilidad de hacerlo[84].

Es una mirada retrospectiva al pasado y una reflexión sobre el paso del tiempo. Séneca comenta en sus últimos años que parece que fue ayer, cuando iba a la escuela, cuando comenzó su carrera política como abogado. Se entiende que «renuncia al propósito de defender pleitos» cuando tiene poco más de 20 años, por motivos de salud, y que «renuncia a la posibilidad de hacerlo» diez años después, cuando se da cuenta de que Calígula busca su muerte. No tendrá entonces otra opción que retirarse con discreción de la escena política durante poco más de un año. Esa retirada temporal le salvará la vida.

Pero volvamos a ese Séneca veinteañero y a la dura enfermedad con que tiene que enfrentarse y que estuvo a punto de llevarlo a la muerte. Precisamente Lucio Anneo Séneca tiene entre 22 y 24 años cuando debe interrumpir drásticamente su carrera política por serios motivos de salud. La crisis apareció primero con catarros recurrentes que le provocaban asma y fiebre. Al principio, el joven no le da importancia. Es un hombre fuerte y sano. Pero la enfermedad acaba por apoderarse de él. Le provoca una delgadez extrema y unas crisis respiratorias que cree que no va a poder superar. Su salud ha empeorado radicalmente en esta fase de su vida. Es cierto que estos ataques de asma se repetirán hasta el final de sus días pero ahora la situación es desesperada. Viaja a Pompeya e intenta recuperarse. No lo consigue.

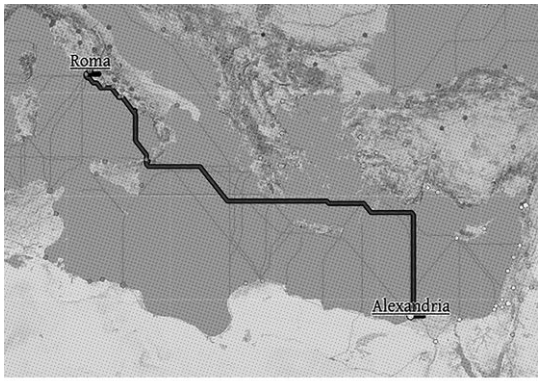
> Los frecuentes catarros que te aquejan y las febrículas, resultado de los catarros prolongados que se han hecho crónicos me producen un disgusto tanto mayor cuanto que yo tengo experiencia de esta

> clase de indisposiciones, de las que en sus comienzos no hice caso: todavía mi juventud podía resistir sus acometidas, y comportarme con denuedo frente a las enfermedades. Luego sucumbí y llegué a tal extremo que mi persona se consumía por la fluxión llegando a una delgadez extrema[85].

Este es el momento crítico de su enfermedad. En su primera juventud el vigor de sus años le permitió resistir. Pero ahora la situación es desesperada. El asma crónica le provoca delgadez y debilitamiento general. Los accesos son tan graves que el joven filósofo piensa incluso en el suicidio. No ve salida a esta enfermedad que lo consume y que está acabando con su vida. Confesará años después que el único motivo por el que no terminó con su sufrimiento fue su padre. Él fue quien hizo que renunciara a la idea del suicidio. De nuevo es el progenitor el que interviene en un momento decisivo de la vida de Séneca para hacerle ver la desesperación en que se sumiría si tuviera que afrontar la muerte del hijo. En estos momentos el padre es un hombre casi octogenario. Se confesará incapaz de soportar la pérdida del joven. Lucio Anneo Séneca se dejará convencer por la figura paterna, que lo aparta definitivamente de ese pensamiento irreflexivo. Por consideración a él abandona la idea de quitarse la vida. El filósofo se impone la obligación de vivir:

> A menudo sentí el impulso de arrancarme la vida: fue la ancianidad de mi benignísimo padre la que me contuvo. En efecto, pensé no en la entereza que yo tendría para morir, sino en la que a él le faltaría para soportar mi separación. En consecuencia me impuse la obligación de vivir, porque en ocasiones hasta el vivir supone obrar con entereza[86].

Los médicos le sugieren climas secos y el padre lo convence para que viaje a Egipto donde vive su tía, casada con el gobernador Gayo Galerio. Es el año 25. Su tía, que en su infancia fue quien lo llevó en brazos a Roma[87], vuelve ahora a intervenir decisivamente en la vida de Séneca y le ofrece la posibilidad de asentarse unos años en el país del Nilo, ese antiguo imperio cuyas secas arenas pueden ser un remedio eficaz para sus pulmones. La tía vuelve a comportarse como una madre y toma al convaleciente bajo su tutela. Espera que con el clima árido de aquellas tierras lejanas, su sobrino pueda mejorar de su enfermedad.



[31] Itinerario que siguió Séneca en su viaje de Roma a Alejandría.

El trayecto llevaba dos o tres semanas de travesía marítima. En él se recorrían más de 2.300 km y, solo el viaje, ya era beneficioso para los enfermos de pulmón. El mar resulta ser un eficaz mucolítico para los bronquios y ayuda a drenar la congestión. El joven empezará a sentirse mejor al poco tiempo de llegar a África. Y no solo mejoró su salud. La estancia de Lucio Anneo Séneca en Egipto será el colofón de su maduración personal, intelectual y política. Cuando regrese a Roma procedente de Alejandría, ya nada será igual.

Además del clima benéfico, la tierra de los antiguos faraones ejercerá una influencia muy positiva en Séneca. El pasado de esta antigua civilización seduce al joven desde el principio: sus milenarios monumentos, sus espectaculares paisajes, el país que es origen de antiguas religiones y mitos. Por otro lado, Egipto es una provincia romana de extraordinaria importancia, económica y militar. Es el granero de Roma, una provincia tan estratégica que es el propio emperador el que se ocupa de su gobierno. Cualquier senador que quisiera ir allí tenía que pedir permiso primero a Tiberio para entrar en la región. Al emperador le molestó incluso que su sobrino Germánico la visitara en su viaje a Siria.

Egipto no solo tiene una gran importancia política. Es un país que además supone un reto intelectual para el joven Séneca. Ale-

jandría es sede de la famosa biblioteca, residencia de eruditos filósofos griegos, egipcios y judíos. La ciudad alberga el Museo, el templo de Serapis, el famoso faro, la biblioteca fundada en tiempos de los Ptolomeos, algunas de las maravillas del mundo antiguo. Alejandría estaba muy cerca de Grecia, lugar que es colofón de la preparación cultural de las élites. Allí viajaban los jóvenes aristócratas romanos de buena familia para ampliar estudios y tomar contacto con lo helénico. Sabemos que Séneca tuvo intención de ir a Atenas gracias a unos versos de Juvenal[88]. Puede que aprovechara la estancia en Egipto para visitar Grecia. Así lo avalarían las alusiones que hace en algunos epigramas donde habla de la fama fugaz y del recuerdo hermoso de aquellas ciudades como si las hubiese visitado.

> Grecia, la que cayó abatida
> por la interminable ruina
> de las guerras, agotadas
> sus fuerzas, derrochadas
> sin moderación.
> La Fama permanece,
> la fortuna perece;
> sus cenizas se visitan
> y su túmulo es ahora
> sitial sagrado.
> Grecia retiene exiguos vestigios
> de su ingente nombre y, desdichada,
> nada posee ahora
> salvo su ilustre fama[89].

El tono que emplea en la descripción de Grecia y sus ciudades pretende ensalzar la civilización helénica pero también enfatizar la fugacidad del poder y la opulencia. Se aprecia claramente en esa especie de lamento fúnebre que hace de las ruinas gloriosas de aquella ciudad de Atenas:

> Tú, huésped, que, procedes
> de cualquier lugar,
> y contemplas Atenas,
> la ciudad de Cécrope,
> la que apenas
> te dará vestigios
> de su antigua fama,
> podrías preguntar:
> » ¿A ella marcharon los dioses

tras abandonar el cielo?
¿Con esta sola y única los dioses
aceptaron compartir su reino?»
Lo mismo dirás cuando veas
la ciudad de Agamenón:
«¡Ay, la ciudad vencedora
yace ahora
más desolada que la vencida!»
Estas son las urbes que, con razón,
admiraron en otro tiempo los antiguos.
De grandes hazañas solo verás
pequeñas tumbas[90].

Es muy posible que Séneca fuera en estos años uno de esos viajeros que contemplaron las ruinas de Atenas y meditaron sobre la fugacidad del tiempo y los Imperios.

Durante su estancia en Egipto, Séneca vivirá en la capital, Alejandría, en la residencia del gobernador, su tío Galerio. El joven aprovechará estos años de convivencia para estrechar lazos con él. Y esa relación más cercana no tendrá solo una dimensión familiar sino también política. Su tío Galerio es el prefecto de aquella provincia. Es un hombre que desempeña un cargo muy importante en el Imperio. Y esa circunstancia nos permite juzgar la posición política de Séneca en estos años.

Germánico había estado en Egipto con su tío en el 19 d.C. Luego marchó a Siria y allí murió ese mismo año, en Antioquía, probablemente asesinado por orden de Tiberio. Mientras sucedía esto, Séneca estaba en Roma, afrontando el momento más peligroso de su enfermedad. Fueron tiempos de gran incertidumbre política en que el filósofo se encontraba totalmente apartado de la escena política. Asistía a todo lo que estaba ocurriendo como un mero espectador. Su enfermedad no le permitía contemplar otros escenarios. Empezará a ver la luz después de su viaje a Egipto. Vivirá junto a su tío Galerio. Pero ¿cuáles eran, en aquella época, las simpatías políticas del joven filósofo?

En la década de los veinte parece que Lucio Anneo Séneca era ya partidario de los hijos de Germánico. Lo sabremos por su trayectoria posterior más que por la posible afinidad ideológica que

tuviera con su tío, el hombre que estaba destinado a abrirle su posterior carrera política en Roma.

Galerio tiene la confianza de Sejano, el poderoso prefecto del pretorio que gobierna Roma a las órdenes del emperador Tiberio. Sejano es muy ambicioso. Tiene el poder sobre los soldados pero además codicia el trono. Galerio mantiene también buenas relaciones con Tiberio, aunque al emperador le molestó que hubiera acogido amablemente a Germánico en Egipto seis años atrás. Ahora la situación política es convulsa. Son tiempos de intrigas peligrosas promovidas por hombres que ambicionan la sucesión del Imperio pero Galerio es un político muy diplomático y conoce bien los entresijos del poder. Durante estos años, el tío de Séneca logra mantenerse como hombre de confianza tanto de Sejano como del emperador Tiberio, lejos de las intrigas políticas de palacio.

Hay que pensar que el nombramiento de Gayo Galerio como prefecto de Egipto no es un asunto de poca importancia. Todo lo contrario. El puesto es uno de los más delicados e importantes del Imperio. De hecho Galerio ocupó un cargo que había desempeñado antes el propio padre de Sejano. Esto demuestra que gozaba de la confianza no solo de Tiberio sino del propio prefecto, que no habría colocado en el gobierno de esa estratégica provincia a alguien que no fuera de su completa confianza, más aún si Sejano ya preparaba desde aquellos años su acceso al poder. El prefecto del pretorio se rodeó siempre de hombres de confianza, que como su padre, pertenecían al orden ecuestre. El tío de Séneca fue uno de ellos.

En su casa de Egipto el joven filósofo intentará curarse de su enfermedad. En esta época difícil se apoya en el estudio y en la compañía de sus amigos. Son estos dos remedios espirituales, el estudio y la amistad, los que le sirvieron de medicina para el cuerpo:

La misma meditación a la que me entregaba tuvo el efecto de una medicina. Nobles motivaciones de consuelo se truecan en remedio, y todo cuanto levanta el espíritu, aprovecha también al cuerpo. Son nuestros estudios los que me salvaron. Pongo en el haber de la filosofía mi restablecimiento, mi recuperación; a ella le debo la vida, nada menos.

Asimismo también contribuyeron mucho a mi buena salud los amigos, cuyas exhortaciones, vigilancia y conversación me animaban[91].

Son años clave en que Séneca decide seguir viviendo, seguir luchando. Y ya lo hará hasta el final. En estos tiempos estudia, conversa con los amigos y practica los deportes que sus médicos le recomiendan:

El médico te indicará cuánto paseo debes hacer, cuánto ejercicio practicar; te advertirá que no te dejes llevar de la pereza hacia la que tiende una salud endeble; que leas en voz alta para ejercitar la respiración cuyo conducto y cavidad se hallan obstruidos; que practiques el remo para sacudir tus vísceras con suave balanceo; qué alimentos has de tomar, cuándo debes recurrir al vino para fortalecerte, o prescindir de él para que no provoque la tos ni la exaspere[92].

Sabemos que Séneca empezó ya desde esta época a practicar deportes diversos y ejercicios gimnásticos que le ayudarán a fortalecerse: la carrera, el movimiento de manos con algún peso, el salto de altura y distancia.

Séneca, consciente de su enfermedad, es un hombre que dedicará durante toda su vida muchos esfuerzos para cuidar de su salud. Practicó no solo la carrera, el salto y el movimiento alternativo de manos y pies, ejercicios que aún hoy día constituyen la base del entrenamiento y mejora física. También practicó la natación. Los baños fríos beneficiaban su salud. Él mismo nos cuenta[93] que, el mes de enero, nadaba en las frías aguas del Canal del Campo de Marte, en Roma. En la misma carta relata cómo corría todas las mañanas entrenado por un joven esclavo cuando Séneca contaba ya con más de 60 años de edad.

El filósofo practicaba un ejercicio moderado por la mañana temprano y se dedicaba al estudio el resto del día. Eran dos ejercicios los que hacía: el del cuerpo y el del alma. Aunque siempre prestaba mucha más atención al segundo que al primero.

En todo ejercicio que practiques vuélvete presto del cuerpo al alma; de esta ocúpate noche y día. Un trabajo moderado basta para alimentarla, y este ejercicio no lo impedirá ni el frío ni el calor ni siquiera la vejez. Cultiva aquel que mejora con el tiempo.

No es que te ordene estar siempre pendiente del libro o las tablillas; algún descanso hay que conceder al alma, pero de modo que no se disipe, sino que se relaje. El paseo en litera reanima el cuerpo y no perjudica al estudio: puede uno leer, dictar, hablar, escuchar, actividades estas que ni siquiera el paseo a pie las impide[94].

El Séneca veinteañero pasará así su vida en Alejandría entre los años 25 al 31 d.C. Pudo hacer viajes de corta duración a Grecia para estudiar a los filósofos, aunque no necesitaba hacerlo, porque Alejandría era entonces una ciudad cultural de primera fila donde tuvo ocasión de escuchar a casi todos los intelectuales importantes de su época. Conoce entre ellos a Filón de Alejandría, un filósofo judío partidario del estoicismo. En esta etapa de su vida, Séneca aprovecha el tiempo para volcarse en su actividad intelectual. La dedicación al estudio en estos años fue plena. En Egipto se interesa también por la geografía y las ciencias naturales. Escribirá varias obras que no se han conservado. Entre ellas una etnografía sobre la tierra, costumbres y religión de los egipcios e indios, *De situ et sacris Aegyptiorum* y *De situ Indiae*, donde demuestra su interés por las ciencias naturales. En ellas trataba, desde los puntos de vista geográfico y etnográfico, de Egipto y lo que llamaba la India, nombre que probablemente se refiere a lo que hoy conocemos como Etiopía, en el cuerno de África, y no al país asiático. Estas investigaciones que realiza Séneca no son ajenas a la filosofía: están en sintonía con la gran tradición de los filósofos estoicos, como Posidonio de Apamea, también geógrafo y etnólogo, que se interesaba por los pueblos lejanos para intentar penetrar en el sentido filosófico del hombre y reflexionar sobre su lugar en la naturaleza. No son obras retóricas; no hay que recurrir al arte de persuadir para escribirlas, sino simplemente describir geográficamente un país lejano y las costumbres de sus habitantes. De este modo, Séneca amplía sus conocimientos y está dando ante la opinión pública la imagen de sabio y filósofo estoico. Desde su retiro en Egipto el joven no deja de pensar en su futura carrera intelectual y política.

Estos años de esfuerzo y preparación hacen que Séneca adquiera una visión completa y exhaustiva de la filosofía de su tiempo. Eso le permitirá incorporar los aciertos de cualquier otra escuela filosófica y también criticar sus propios errores. Su pen-

samiento abarcará un profundo conocimiento de todas las filosofías y religiones de su época. Con él conseguirá renovar el estoicismo romano y dotarlo de un vigor extraordinario desde el punto de vista formal e ideológico.

El estoicismo anterior a Séneca se había centrado en la ética. Pero esta, en cuanto forma de conducirse en la vida, de convivir, de establecer relaciones sociales, llevaba directamente al mundo de la política. Por eso el estoicismo fue siempre una corriente de pensamiento que prestó especial atención al aspecto social y político de la sociedad. Nuestro filósofo seguirá este camino tradicional pero sabrá adaptarlo a sus tiempos. Ahora le interesan no solo las leyes del Estado sino la construcción de una sociedad universal. Ese será su centro de interés y hará que Séneca se sitúe en una perspectiva universal, política, divina y humana, que sirva para construir políticamente el Imperio y el mundo.

Para ello partirá de lo mejor de la filosofía antigua, del pitagorismo y platonismo que conoció en su juventud y que le servirán para defender la idea de la inmanencia de lo divino en el mundo, es decir, la idea de que Dios existe en este mundo y no en otro. Séneca llegará a creer en un verdadero panteísmo, un concepto de la divinidad que no está fuera de nuestra realidad sino en la misma naturaleza y en el orden del mundo en que vivimos. Ese dios, que es la razón que organiza y dispone el equilibrio del universo, le llevará a creer en una providencia y destino que gobiernan el mundo, del mismo modo que la razón humana gobierna al hombre y el buen gobierno deber regir la sociedad y el Imperio.

El pensamiento de Séneca es completo y sistemático. Abarca tanto al individuo como a la sociedad y al universo. Así engarza la filosofía del estoicismo antiguo y medio con su propia visión personal. Y, además, la aplica a la realidad política que vive Roma en esos momentos. Su punto de partida es la tradición griega clásica. A partir de ahí consigue incardinar el Logos de los grie-

gos dentro de la vida particular de los ciudadanos que pertenecen a una comunidad universal: el Imperio romano. Con esta idea Séneca se adelanta casi un siglo al concepto de Imperio universal que se impondrá en la época de los Antoninos.

El filósofo cordobés es un pensador muy original. Su visión del mundo y la política son muy modernos, son inclusivos. Pero, además, su pensamiento entronca con la mentalidad griega, que se identificará con la romana. Ya en tiempos de Séneca, el estoicismo es un modo de pensamiento grecorromano que se está convirtiendo en universal, globalizador. Los orígenes del pensamiento y la política son griegos pero el resultado es una cultura común que se aplica a todo el Imperio y que se convierte en paradigma de la convivencia social y política.

La cultura romana supo reconocer desde el principio la enorme influencia que recibió de Grecia. Ahí está el origen de los dioses, la ética y la política romanas. Por eso Séneca desarrolla su concepto de Dios a partir del Logos griego. Ese Logos se identifica con el Dios estoico y es fiel reflejo de todo lo divino. Para nuestro filósofo, Dios es la fuerza cósmica de la naturaleza, el alma del universo, una ley racional que todo lo abarca y que también se encuentra dentro de cada ser humano, en su parte racional e intelectual, en aquella que se sobrepone al instinto animal que compartimos con los demás seres vivos y que lo gobierna. Dios, para Séneca, es una fuerza intelectual, un alma racional que se encuentra en la naturaleza y de la que participa todo lo real. La libertad consiste en obedecer a la razón, a esa fuerza que nos permite escoger por decisión analítica y no por impulso instintivo. Solo podremos ser libres si decidimos según nuestro criterio y razón, si pensamos con objetividad, con desapasionamiento, con ecuanimidad y espíritu sereno.

Esta teoría es a la vez racional y espiritual. Tiene posibles aplicaciones tanto a la ética como a la política, tanto a la esfera íntima del individuo como a las religiones y los Estados. Los cristia-

nos sabrán apreciar después la fuerza y consistencia de esta doctrina, con la que Séneca buscaba conciliar bajo una Razón universal políticas y religiones diversas, e intentarán identificar esta fuerza divina y racional que emana del universo con el Dios cristiano.

El pensamiento de Séneca, sin ser cristiano, será admirado por el cristianismo y viajará a través de él, del Renacimiento y la Ilustración hasta llegar a nuestros días. Séneca es un filósofo total, en tanto que su metodología incluye toda la realidad, desde el microcosmos de la persona hasta el macrocosmos del universo. Según su pensamiento, el alma humana es, por tanto, parte de esa Razón divina, del Logos griego, de lo divino. Pero ese Dios no está en un mundo ajeno al nuestro. Para Séneca se encuentra aquí, en la naturaleza y en el hombre. El filósofo cordobés piensa que lo divino lo abarca todo: está dentro de nosotros y nos rodea. Forma parte de nuestro ser.

Quizá sea difícil de entender este concepto en nuestra mentalidad racionalista y científica de hoy. Pero Séneca es también racionalista y científico. Y sus teorías filosóficas no son más abstractas que algunos principios modernos de la física cuántica. Séneca considera que lo divino está en todas partes: en el universo, en la naturaleza y en el hombre. Piensa que todos participamos de ese elemento divino que mantiene la armonía y el equilibrio de nuestro mundo.

Pero Séneca no está hablando en términos religiosos sino filosóficos. Dios es el alma del universo, su esencia, el principio director y racional que permite el orden y equilibro del mundo. El suyo es un pensamiento racional. Lo que sí hace es permitir que todas las religiones puedan encajar en este sistema. Pero, para el filósofo, las religiones pertenecen a un ámbito distinto: son objeto del corazón, es decir, de la fe; un bello sueño, como dirá Séneca. Su pensamiento es pura filosofía. Sucede igual que en Platón, cuando habla del hombre compuesto por alma y cuerpo.

Son conceptos de la filosofía de la Antigüedad, aunque luego los razonamientos se conviertan en la base de las religiones de hoy y de ayer.

Lo verdaderamente original del pensamiento de Séneca y lo que lo hace tan seductor es que el intelectual cordobés sabe aplicar las grandes teorías filosóficas de su tiempo a la vida real de cada ser humano. Hace descender la fría teoría a la intimidad de la persona. Por un lado, su pensamiento filosófico aporta elementos espirituales y religiosos, porque incluye a todos los seres humanos en una especie de comunidad universal. Por otro, también abarca lo político y social, porque propone leyes y valores que regulan las relaciones humanas a través de la justicia.

Efectivamente, Séneca también aplica el pensamiento filosófico a la vida social. Del mismo modo que la razón es patrimonio propio de todo ser humano también lo es la sociabilidad. Asistimos a una corriente de pensamiento que sabe aunar Racionalismo y Espiritualismo. Y lo que es más importante, sabe aplicarlo al día a día y al mundo de la política.

En Séneca, la política y el Estado no absorben al individuo, no lo anulan. El pensamiento del filósofo cordobés no se refiere solo al Imperio, a la sociedad y al Estado. También desciende a la esfera particular de la persona. A través de esa Razón divina que compartimos todos los seres humanos, el hombre pasa a ser cosa sagrada para el hombre. Se introduce el concepto de dignidad personal, igualdad y derecho común, al argumentar que la naturaleza nos ha convertido en parientes, por habernos engendrado de los mismos elementos constitutivos. De ahí procede la idea de que los hombres deben apreciarse como hermanos y conciudadanos. El estoicismo de Séneca es universalista: todos somos animales racionales, el único requisito es pertenecer a la especie humana, esclavos y mujeres alcanzan el mismo lugar que el resto. En realidad el filósofo está formulando los presupuestos básicos para la dignidad y solidaridad humanas.

Bastará citar la Carta 47 donde Séneca aparece como el primer intelectual de la historia que defiende la dignidad y la libertad moral del esclavo. A su amigo Lucilio le dirá que los esclavos son seres humanos, incluso amigos humildes a quienes la Fortuna ha colocado en una posición inferior pero que nacen de las mismas semillas que todos los seres humanos, respiran el mismo aire, viven y mueren igual que los amos. Son compañeros de esclavitud porque todos estamos sometidos a los caprichos de la diosa Fortuna. Séneca, a pesar de quienes quieran quitarle mérito, se alza en esta carta como un pionero en la defensa de la igualdad moral y de la dignidad de todos los seres humanos, independientemente de su extracción social, sexo, raza o posición.

> Este a quien llamas tu esclavo ha nacido de la misma semilla que tú, goza del mismo cielo, respira de la misma forma, vive y muere como tú. Tú puedes verlo a él libre como él puede verte a ti esclavo[95].
>
> Acoge a tu esclavo con bondad, incluso con afabilidad. Admítelo a tu conversación, a tu consejo, a tu intimidad[96].

Cuando treinta y tres años después de la muerte de Séneca gobierne el Imperio una dinastía de emperadores ilustrados, sabrán cambiar las leyes para humanizar el trato de los esclavos e incluso humanizar su condición jurídica. Las palabras del filósofo cordobés ayudarán también a grandes filósofos de la historia a verbalizar siglos después sus imperativos categóricos:

> Vive con el inferior del modo como quieres que el superior viva contigo[97].

Séneca es educador de la humanidad, ante todo en posturas tan extraordinarias como esta, porque su sistema de pensamiento es tremendamente humano y civilizador. Pero estos pensamientos no quedarán anclados en la mera esfera intelectual. Nuestro filósofo se esforzará por llevar sus convicciones filosóficas a la realidad social. En su vertiente política defenderá siempre que la sociedad debe basarse en la convivencia y en la justicia. La política deberá ser un reflejo de esa Razón universal. Y, cuando veamos a Séneca en la corte de Nerón, nos daremos cuenta de que siempre pretendió desplegar esta ideología, insertarla en la sociedad y el tiempo en que le tocó vivir. Su obra *De clementia* res-

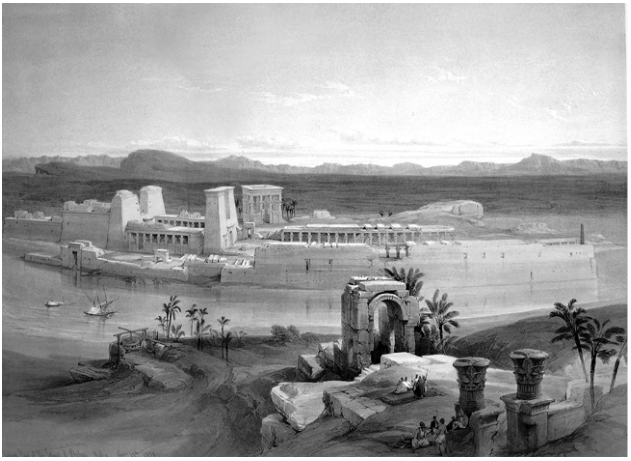
ponde a esta intención: no es un libro cualquiera sino un programa político que el filósofo intentó poner en práctica en época de Nerón. Llevaba toda la vida esperando su oportunidad, porque la culminación de su pensamiento era lograr su plasmación real en la sociedad y en la política de su tiempo. Sus escritos parten de la filosofía estoica para profundizar y teorizar sobre la naturaleza del poder. En realidad Séneca presentará en esta época y a lo largo de su vida también un verdadero programa de gobierno que se aplicó, como veremos, en los primeros años del reinado de Nerón (el llamado «quinquenio áureo») con excelentes resultados. Según esta idea, el príncipe, como si fuera el alma del Estado, debe gobernar en nombre de la virtud, es decir, de la recta razón. Si se dan estos requisitos, encontraremos asentados en el poder los valores de la justicia, de la clemencia y de la moderación. Desgraciadamente con Nerón no pudo ser.

Ya hemos explicado que una de las grandes aportaciones de Séneca al pensamiento humano es hacer que la filosofía descienda de sus alturas y penetre en las sociedades y los individuos. Y lo consigue, porque su filosofía no es mera teoría ni queda al margen de la realidad. Es profundamente humana. El pensamiento se convierte en un modo de vida, una convicción que impregnó toda su actividad política. En su lucha por implantar estas ideas, Séneca no mostró nunca hipocresía sino una gran capacidad de adaptación a las situaciones concretas. No pretendió el poder a cualquier precio: nunca prosperó a través de la traición o el crimen, como fue costumbre en su época, sino a través de la cultura, de la flexibilidad, de la fuerza de sus imperativos morales y de su elevada concepción de la libertad.

Los años de formación de Lucio Anneo Séneca en Egipto darán frutos excelentes. Allí adquirirá una experiencia vital que incrementará extraordinariamente en Roma y será complemento imprescindible para llegar a un concepto de sabiduría que sedujo y sigue seduciendo aún hoy a los seres humanos de todos los

tiempos. Séneca consigue asimilar completamente su doctrina e incorporarla a su ser. Sabe que, si el pensamiento y los valores no se interiorizan, entonces no hay sabiduría. El intelectual ofreció al mundo un concepto de filosofía que se convierte en una forma de vivir, una manera de conducirse en la vida mediante una verdadera convicción personal. A través de la interioridad y la cultura ofrece una vía de conocimiento. Llegado a ese nivel de sabiduría, se alcanza no solo la razón y la libertad sino también la felicidad. Aquí aparece la teoría senequista en toda su plenitud, no solo social, en lo que afecta a sus aspectos religiosos o políticos, sino especialmente en el plano personal y vital. Uno de los grandes motivos del éxito de su pensamiento es que Séneca ofrece además una receta individual para afrontar la vida con entereza y aprender a ser feliz.

Por eso los años que pasó en Egipto fueron muy importantes para la formación de su pensamiento. Séneca, durante este tiempo, estudia y medita pero también viaja. Sabemos que no permaneció todo el tiempo en Alejandría. Su clima no era el adecuado para su enfermedad, especialmente en invierno. Es posible que en estos meses se trasladara al sur. El filósofo es un hombre muy activo: aprovecha también su estancia en Egipto para viajar y aprender. Lo sabemos porque algunos pasajes de *Cuestiones naturales*[98] describen el islote de Abatos, en la isla de Philas, el lugar donde primero se empezaba a notar la crecida del Nilo. La isla se conoce en árabe con el nombre de Bigeh (Senem en antiguo egipcio) y, hoy día, acoge todos los años a un buen número de turistas por ser considerada una de las dieciséis míticas tumbas de Osiris.



[32] *La isla de Bigeh* de David Roberts, 1838.

Es muy probable que Séneca visitara en persona la isla de Bigeh. De otro modo no se explicaría la descripción tan detallada que hace de ella. Es una isla cercana a la primera catarata del río Nilo, muy próxima a la isla de Philas, bastante mayor. Hoy se encuentra en la actual Gobernación de Asuán. Su fortificación controlaba en tiempos del filósofo el acceso a Nubia.

Séneca llegó a conocer muy bien las tradiciones de Egipto. El relato que hace de ellas es muy ameno e interesante. Describe cómo se contaba que en estas regiones los egipcios habían calmado por fin a la diosa Isis, irritada por no encontrar los restos de su marido, Osiris. Allí lo enterró, según la mitología egipcia, en sus pantanos llenos de cañaverales de papiros y aguas profundas, pensando que su cuerpo estaría seguro. Séneca cuenta que la isla de Abatos, que significa la Inaccesible, estaba muy cerca de Philas, donde solo podían entrar los sacerdotes egipcios que habían sido iniciados.

El filósofo es un hombre con gran curiosidad intelectual que aprovecha su estancia en Egipto para estudiar y comprender los mitos egipcios y griegos. Le gusta investigar sobre estos lugares sagrados y aporta diversos datos, incluso etimológicos. Es esa información tan cercana y detallada la que nos hace pensar que los

visitara *in situ*. Nos dice, por ejemplo, que Philas es, según los estudiosos de leyendas griegas y egipcias, el lugar donde la diosa Isis selló su amistad con los egipcios. La palabra *philas* significa en griego amistad y el pantano se identifica con la laguna Estigia griega, que en su mitología delimita el mundo de los vivos y de los muertos. Séneca es un estudioso y gran conocedor de las religiones. Investiga los orígenes de los mitos griegos y descubre la influencia que la cultura egipcia tuvo en ellos. El cordobés posee una mente inquieta que quiere estudiar y conocer las cosas en profundidad. Todo lo juzga desde su espíritu crítico porque Séneca siempre analizó todos los mitos egipcios y judíos desde el racionalismo. De forma explícita y muy clara, critica estas religiones místicas que no pertenecen a la tradición romana. Por ello censura la doctrina judaica e incluso llega a ridiculizar las ceremonias de la diosa Isis en que los fieles representaban la muerte y resurrección de Osiris, presos de un fervor religioso irracional que Séneca y sus contemporáneos llamaban superstición. Así aparece en su libro, hoy perdido, *De superstitione*. Conocemos muchos detalles de esta obra gracias a las citas y comentarios que hizo sobre ella San Agustín[99], que sí pudo leerla en su época.

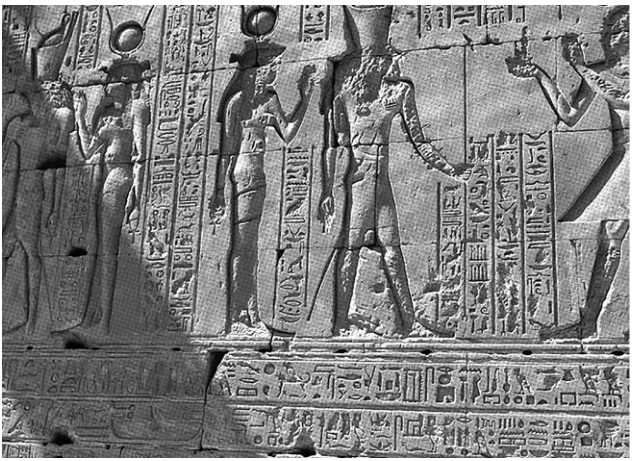
Estos pocos detalles demuestran la curiosidad intelectual de Séneca y la fuerza de su actividad vital. El pensador no se limita a estudiar la religión de los egipcios desde la bien abastecida biblioteca de Alejandría. Todo lo contrario. Es también un hombre de acción. Visita los lugares sagrados, se desplaza a las ciudades y santuarios donde puede estudiar las tradiciones y religión de los egipcios, habla con los sacerdotes. Vive en Egipto unos años muy enriquecedores en que establece contacto intelectual con muchos egipcios y judíos helenizados, de los que aprende la base de sus tradiciones para conocerlas, criticarlas y sincretizarlas con su doctrina estoica. Todo este conocimiento y la avidez de su pensamiento hacen que Séneca sea un intelectual tan original, un filósofo heterodoxo que supo armonizar en el estoicismo todo el

saber de su época. Se servirá no solo de su estudio en Egipto sino también de las amistades que allí forjó. Por eso años después, en la corte, encontraremos a amigos de Séneca como el escriba sagrado Queremón, que lo acompañó a Roma y fue también uno de los maestros de Nerón.

[33] Mapa actual en que aparece señalada la isla de Philas (File), justo debajo de Asuán.

Queremón era un sacerdote egipcio helenizado. Conocía perfectamente la teología del antiguo Egipto pero en el terreno filosófico había adoptado la corriente estoica. A través de los estudios que hizo, sabemos que intentaba compaginar la doctrina egipcia con el estoicismo. Queremón es un ejemplo de aquellos intelectuales que Séneca conoce en esta etapa de su vida y con los que mantendrá una larga relación intelectual y personal. El sacerdote egipcio viajó con él a Roma y ocupó puestos importantes del Imperio. Queremón escribió también un libro sobre los cometas y es muy posible que el filósofo se sirviera de él como documentación para redactar el final de las *Cuestiones naturales*, donde trata este mismo tema.

Lucio Anneo Séneca es capaz de conocer y armonizar las dos principales corrientes de pensamiento que existen en el Egipto de su tiempo: la de los egipcios y la de los judíos helenizados. Y para ello es muy posible que el filósofo cordobés estuviera familiarizado con la lengua egipcia y su escritura sagrada. Nos referimos a los jeroglíficos, que en aquella tradición eran símbolo de la realidad cósmica y divina. Eran, como su nombre indica, escritura sagrada grabada en piedra, del griego *hierós*, sagrado, y *glýphein*, cincelar.



[34] Jeroglíficos procedentes de la isla de Philas, lugar que el filósofo describe en su obra. La información que transmite y su inquietud intelectual hacen muy probable que Séneca conociera la lengua de los egipcios.

Séneca llegará a entender muy bien Egipto, tanto en su vertiente cultural y religiosa como en la política y económica. Porque el país del Nilo no solo es para Roma un lugar exótico, origen de mitos y religiones antiguas. Egipto ha sido escenario de las guerras civiles romanas. Allí fue asesinado Pompeyo para ganar la amistad de César. Allí sellaron su alianza y sus amores Cleopatra y Julio César. Es una provincia estratégica del Imperio. Allí Marco Antonio se había enfrentado a Augusto en una guerra civil, acompañado de aquella Cleopatra, reina de Egipto, heredera de reyes que parecían dioses, que eran considerados dioses.

En el mundo de la política, en Egipto, el príncipe era considerado un dios. Era aquella una provincia clave para el Imperio, tanto desde el punto de vista económico como ideológico. Por su extrema importancia siempre estuvo bajo la estricta vigilancia de los emperadores. Cualquier visita inoportuna despertaba el recelo e incluso la alarma. Ya hemos comentado que, en el año 19, Germánico había visitado esta parte del Imperio sin permiso de Tiberio. Y ello había molestado extraordinariamente al César. Egipto será el trasfondo de los problemas de Roma bajo los reinados de Calígula y Nerón. También es una zona muy sensible en lo económico. Es el granero del Imperio. Su constante aporte de trigo permite mantener en Roma la política del pan, a la que el emperador añadirá el circo. Si alguien consiguiera cortar el suministro de trigo de Egipto, Roma pasaría hambre y la inestabilidad política estaría servida. Los césares prohibían a los senadores adentrarse en el país para evitar cualquier intento de privar a Roma de la principal fuente de abastecimiento de trigo. Cuando Séneca esté en la corte de Nerón, el emperador enviará una expedición en busca de las fuentes del Nilo. Aquello no será simplemente una excursión científica sino un proyecto de gran envergadura económica y política.

Por otro lado Egipto es un país antiguo donde los romanos creían que se encontraban los orígenes del pensamiento religioso. Los sacerdotes egipcios tienen fama de ser los mejores teólogos y adivinos. Y en Roma pensaban que, si alguien profundizaba en sus misterios, podía adquirir un poder sobrenatural que lo elevaría por encima del resto de la humanidad, incluso del propio emperador. El pensamiento mágico tiene una gran importancia en Roma. Siempre la tuvo. Los romanos eran muy supersticiosos y actuaban en función de lo que creían que podía ser la voluntad de los dioses. El propio Tiberio era muy dado a la superstición y consultaba a menudo a su adivino Trasilo.

Para Séneca su estancia en Egipto supone especialmente un reto a su mente curiosa, ávida de conocimiento y acción. Intentará remontarse a la fuente y origen del pensamiento para descubrir su razón de ser, porque Séneca siempre tuvo un espíritu científico, siempre defendió la búsqueda de la verdad y la investigación. El joven filósofo estudia pero también valora, juzga y critica. Es un investigador interesado por la realidad del mundo y ansioso por conocer la verdad.

Además de todo ello, Egipto poseía una importante colonia judía. Su mejor representante era el filósofo Filón, que se encontraba en la cumbre de su fama. Y ambas corrientes, la egipcia y la judía, coincidían en el estoicismo como moral común de aquellos tiempos. Filón pretendía relacionar el helenismo y el pensamiento religioso judío empleando el estoicismo como elemento aglutinador. Porque el estoicismo es la gran ideología de aquella época y Séneca, muy consciente de ello, aportará una visión personal del estoicismo, un estoicismo romano renovado, que permitirá el sincretismo de las creencias religiosas universales, favorecerá con sus ideas un punto de encuentro en que cada cual, siguiendo su propia doctrina, podrá coincidir con el resto de los habitantes del Imperio. El pensamiento de Séneca se convierte en una ideología globalizadora, abierta e inclusiva, donde podrán evitarse los problemas políticos que los judíos planteaban en aquellos tiempos al poder romano y que él criticará: su exclusivismo religioso, las revueltas que protagonizaban sus comunidades, la negativa a rendir culto al emperador.

A través del estoicismo se invita a la comunidad particular de los egipcios y a la de los judíos a formar parte de una comunidad universal. El estoicismo será el sistema donde se integren y sean aceptadas todas estas tradiciones y religiones antiguas. Será ideología común de todos los hombres de buena voluntad que quieran convivir juntos, sea cual sea su experiencia religiosa y moral.

Esta visión ética y política de Séneca será aplicable a todos los tiempos, de ahí su modernidad y pervivencia.

En el pensamiento senecano, el estoicismo identifica a Dios con la Naturaleza y el Ser. Este Dios racional podía simbolizarse a través de la religión de un Dios cósmico que no exigía un culto determinado, que nunca tuvo templos ni imágenes. Cada tradición religiosa puede relacionar a sus divinidades con ese Dios estoico que es el alma del mundo, y que engarza con el pensamiento griego por su identificación con el Logos de los filósofos presocráticos. Pero todo rito debe adecuarse al racionalismo griego, es decir, a una metodología racionalista, que ayudará a interpretar de manera simbólica las creencias griegas y judías, descubriendo la fuente de las tradiciones, su origen, su razón de ser.

El estoicismo de Séneca es una filosofía que acepta el fenómeno religioso pero que no lo hace dominante sino que lo incardina dentro de él. Si se me permite el anacronismo, este es un concepto muy moderno y abierto que garantiza la convivencia de diferentes culturas. No olvidemos que el Imperio romano es en estos tiempos un imperio universal y multiétnico. Se consideran tan romanos los britanos de Britania como los sirios o africanos. Todos pertenecen a una comunidad universal y el pensamiento que desarrolla el filósofo es un fuerte aglutinador que permite establecer bases comunes para la convivencia de pueblos tan diversos.

La visión de Séneca es nueva y original, por eso muchos lo han considerado a lo largo de la historia un estoico heterodoxo. La novedad de su pensamiento estriba en un cambio de actitud ante las diferentes teologías o creencias: en las cuestiones religiosas o sobre la inmortalidad del alma no se pronuncia desde la doctrina. Acepta la intuición del corazón y ve la inmortalidad como un bello sueño, lejos del ámbito del conocimiento y las exigencias de la mente.

Esta visión personal y abierta del estoicismo será aprovechada tres siglos después por el cristianismo. Los padres de la Iglesia se interesaron desde el principio por los postulados del estoicismo. Era la gran filosofía de la época. Séneca era leído por los cristianos de los primeros tiempos, entre quienes gozó de gran prestigio, una autoridad que se incrementó, sobre todo, en tiempos medievales. Y en esta línea, circulaban leyendas que afirmaban que Séneca y San Pablo se habían conocido. San Jerónimo afirmó en el 392 que circulaba en su tiempo una correspondencia entre ambos, intercambiada durante los primeros años de la cristiandad. Ya en el Renacimiento se demostró que tal correspondencia era falsa pero, en todo caso, aquella falsificación es síntoma del gran respeto que siempre tuvo el cristianismo por la figura del filósofo cordobés.

[35] Lucio Anneo Séneca entre Platón y Aristóteles. En el centro, el filósofo cordobés ocupa una posición de preeminencia, símbolo de la enorme importancia que tuvo en la doctrina moral cristiana durante toda la Edad Media.

La leyenda de que Pablo y Séneca intercambiaron correspondencia se vio reforzada en aquellos tiempos por una cita bíblica a la que hemos aludido, la protagonizada por su hermano mayor, Junio Galión Anneo. Este hombre desempeñó el cargo de procónsul de Grecia y allí tuvo que ejercer las labores de juez. Cuando Pablo fue llevado ante su tribunal por los judíos que pretendían su condena, el hermano de Séneca dictaminó a su favor:

> Mas si son cuestiones de palabra, y de nombres, y de vuestra ley, vedlo allá vosotros: porque yo no quiero ser juez de estas cosas[100].

Lo cierto es que la decisión de Junio Galión entraba dentro de la postura oficial habitual entre los gobernantes romanos: no intervenir en cuestiones religiosas. Pero el resultado de esa no intervención salvó la vida de San Pablo y el dictamen del gobernador romano fue considerado desde muy pronto como un apoyo a la religión emergente y una muestra de la buena relación entre su hermano Séneca y el apóstol.

La falsa correspondencia entre ambos circuló durante toda la Edad Media. Sin embargo, ya en tiempos renacentistas, diferentes trabajos de investigación probaron que las cartas eran falsas. El hecho demuestra una admiración por parte de los primeros cristianos hacia la figura de Séneca. Muchos de sus textos han sido avalados y casi canonizados por los primeros padres de la Iglesia. Y no porque el filósofo los escribiera pensando en la doctrina cristiana, sus fuentes son el pensamiento estoico clásico, el neoplatonismo o neopitagorismo. Séneca es un pensador pagano. Las raíces de su pensamiento se encuentran en el estoicismo, una filosofía que se forja tres siglos antes del nacimiento de Cristo. A pesar de las leyendas que surgirán después en la Edad Media, Séneca nunca se hizo cristiano, más bien los cristianos se hicieron senequistas. La religión emergente, que luego se convertirá al final del Imperio en religión oficial de Roma, asimiló desde el principio casi toda la ideología estoica del filósofo cor-

dobés. Los primeros cristianos se empaparon tanto de la ideología moral de Séneca que, desde el principio y sin pudor, lo admitieron como *noster*, es decir, uno de los nuestros.

El estoicismo en general y, más aún, la visión filosófica personal de Séneca influyeron grandemente en la configuración intelectual del cristianismo, en su idea de un legislador divino, en su formación jurídica, moral y teológica. La influencia está presente desde los inicios. Pablo de Tarso es un judío culto que conoce perfectamente esta filosofía. Tarso, su lugar de nacimiento, era un centro del pensamiento estoico conectado con pensadores estoicos como Crisipo, Zenón de Tarso, Antípatro de Tarso y Atenodoro Calvo. En la Biblia[101] se cuenta cómo San Pablo visita Atenas y habla en el Areópago a un grupo de estoicos y epicúreos. Pablo es también ciudadano romano, un hombre que conoce perfectamente la filosofía de la época, un personaje helenizado y estoico. Además debió de estar familiarizado con el pensamiento de Filón de Alejandría, aquel intelectual que aunaba estoicismo y judaísmo. La doctrina de Séneca debió de influir enormemente en su configuración intelectual. En su carta a los romanos[102], Pablo se muestra como un estoico de pensamiento. Teniendo todo esto en cuenta, no resulta extraño que en el siglo IV se falsificara esa relación epistolar entre ambos. El universo conceptual y filosófico de San Pablo es el estoicismo. Y Séneca es el mejor exponente de esta filosofía, un modo de pensamiento pagano que era el más famoso e importante del Imperio en los primeros tiempos del cristianismo.

Para Séneca, el gobierno del mundo debe basarse en el equilibrio de las virtudes, algo que es reflejo del orden natural, de la divinidad entendida como alma del mundo. Así, por tanto, en el ámbito de la política se debe colocar en el trono a un emperador que simbolice el alma de Roma, el principio rector que se identifica con la Razón divina universal. Es como si el príncipe fuera un reflejo del orden divino. Cuando llegue el momento opor-

tuno, el Imperio cristiano encontrará una mentalidad preparada para aceptar la investidura del emperador por Dios. Será otro concepto religioso completamente distinto al de Séneca pero el cristianismo sabrá aprovecharlo y adaptarlo perfectamente a su doctrina.

---

[71] Séneca *Epístolas morales a Lucilio* 108.13.

[72] *Ibidem Ep*. 108.14.

[73] *Ibidem Ep*. 108.19.

[74] *Ibidem Ep*. 108.17-22.

[75] *Ibidem Ep*. 108.22.

[76] Suetonio *Vida de los doce césares Tiberio* 3.36.

[77] Séneca *Epístolas morales a Lucilio* 33.8.

[78] Séneca *Ep*. 33.10-11.

[79] Gelio *Noches Áticas* 12.2.

[80] Séneca el Viejo *Controversiae* 2. *praef*. 3.

[81] Boyancé y Traina, en Veyne: 2008, 254.

[82] Séneca *Epístolas morales a Lucilio* 58 y 65.

[83] *Ibidem* 116.

[84] Séneca *Epístolas morales a Lucilio* 49.2.

[85] *Ibidem Ep*. 78.1.

[86] *Ibidem Ep*. 78.2.

[87] Séneca *Consolación a su madre Helvia* 19.2.

[88] Escolios a Sátiras 5.109. Socas: 93.

[89] Séneca *Epigramas* Dingel: 2007. 84.

[90] *Ibidem* Dingel: 2007. 58.

[91] Séneca *Epístolas morales a Lucilio* 78.3-4.

[92] *Ep*. 78.5.

[93] *Ep*. 83.5.

[94] *Ep*. 15.5-6.

[95] *Ep*. 47.10.

[96] *Ep*. 47.13.

[97] *Ep*. 47.11.

[98] Séneca *Cuestiones naturales* 4.2.7-8.

[99] San Agustín *Ciudad de Dios* VI.10.

[100] Biblia *Hechos de los Apóstoles* 18.15.

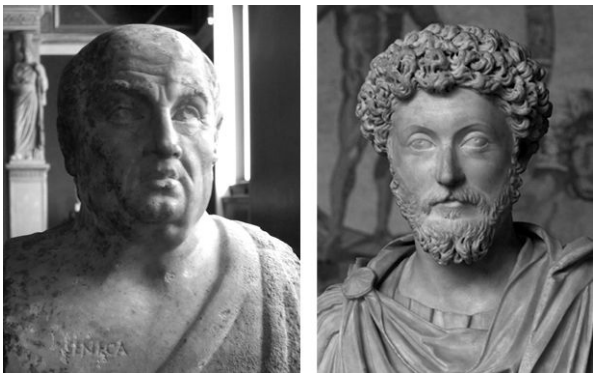
[101] *Hechos de los Apóstoles* 17.18.

[102] 2.14-15.

6.

EL INICIO DE LA CARRERA POLÍTICA

En el año 31 d.C. acaba la estancia de Séneca en Egipto. El filósofo vuelve a Roma e inicia su carrera política. En ese momento tiene 32 años. Se encuentra mejor de su enfermedad y decide entrar en el Senado. No es tarea fácil. Algunos piensan que en estos diez años siguientes en que se dedica plenamente a la política, su afán por la filosofía pasa a un segundo plano. No es así. Séneca nunca puso en segundo plano a la filosofía. La tuvo presente siempre, en todos los actos de su vida. Lo que quiere hacer cuando se dedica plenamente a la política no es otra cosa que sentar a la filosofía en el trono de Roma. Lucio Anneo Séneca siempre pretendió ser un intelectual en el poder, cumplir aquel sueño de Platón según el cual la humanidad no remediaría sus desgracias hasta que los gobernantes se hicieran filósofos o los filósofos se convirtieran en gobernantes. Pero él pretende hacer realidad el sueño de Platón por la primera vía, transformando a los gobernantes en sabios, en hombres que se conduzcan por la razón y la moderación, por el sentido de la justicia y la clemencia estoicas. Séneca pretendió que el emperador se convirtiera en un gobernante sabio. No pudo ser. Nerón no colaboró. Pero, un siglo después, otro filósofo estoico, que también es oriundo de la Bética, querrá hacer realidad el sueño de Platón; esta vez por la segunda vía: un hombre que ya era un sabio, filósofo estoico, llegará a ser emperador y gobernará Roma a partir del año 161. Este segundo experimento resultó mejor que el primero. Aquel filósofo convertido en emperador se llamaba Marco Aurelio. Hoy está considerado uno de los mejores gobernantes de la historia.



[36] Séneca y Marco Aurelio. Los separa un siglo pero ambos son filósofos estoicos y los dos proceden de la Bética.

Séneca empieza su carrera política gracias a su tía. Es de nuevo la hermanastra de su madre Helvia, la que tiene una influencia decisiva en la vida del filósofo. Es la mujer con quien ha viajado de pequeño a Roma, la tía que se lo ha llevado luego a Egipto y lo ha acogido allí durante seis años para que se cure de su enfermedad. Ahora, a principios del año 31, continúa, o mejor culmina, esa tremenda labor benéfica que ejercerá en la vida de Lucio Anneo Séneca y lo lleva a Roma. Allí aporta todas las influencias y todo el dinero necesario para abrirle a su sobrino las puertas del Senado. Una mujer discreta y reservada como ella, alejada de toda ambición, hizo un esfuerzo ímprobo por vencer todas esas inercias y desempeñar a la perfección el cometido que debió haber llevado a cabo su marido y que la muerte le impidió: la promoción política de su sobrino. Ahora la viuda es la que tiene que encargarse de activar todas las influencias, las amistades y deudas sociales de un gran número de personajes importantes de Roma que son o han sido amigos de su marido difunto. Séneca comienza su carrera política en el año 32 y, dos años después, consigue ser cuestor gracias al apoyo infatigable de su tía.

Pero Séneca no llega a la política como un inexperto, únicamente gracias a la fortuna de su tía o a las influencias de un grupo de poder. Su preparación es exquisita. Su conocimiento de la realidad del gobierno es completísimo. No solo está formado en

todos los ámbitos de la cultura, también en el de la política del último siglo de Roma.

Lucio Anneo Séneca conoce a la perfección los problemas con que tuvo que enfrentarse el inventor del régimen del principado, no solo los de política interior o exterior. El propio emperador Augusto tuvo que afrontar problemas personales y familiares que incidieron enormemente en lo político. Los tuvo en su propia casa, y de enorme trascendencia. Los más graves fueron dos: una esposa ambiciosa y una hija libertina.

Los historiadores antiguos siempre supieron echarle la culpa de todos los problemas políticos a la intervención de las mujeres en el gobierno de Roma. Pero hoy podemos ver las cosas desde mentalidades diferentes y más completas. Miramos la historia de Roma desde parámetros menos patriarcales y más igualitarios. Por eso matizaremos el papel de la esposa ambiciosa, Livia, y el de la hija libertina, Julia.

[37] Livia, la esposa ambiciosa y madrastra a la izquierda. A la derecha Julia, la hija libertina, cansada de ser tan solo una fábrica frustrada de sucesores al trono.

Livia era miembro de una de las familias más importantes de Roma: los Claudios. Augusto se enamoró de ella y la obligó a divorciarse de su marido, del que tenía un hijo, Druso, y otro que venía en camino, Tiberio. Esa pasión desaforada de la que hablan los historiadores y que fue la que llevó al emperador a robar esposa embarazada e hijos de otro, nos parece hoy más bien un abuso de poder de Augusto, un capricho romántico al que no estuvo dispuesto a renunciar. Él ya tenía una hija, Julia, pero quería descendencia masculina. A pesar de sus deseos, el matri-

monio con Livia, fruto de aquella vehemencia apasionada de Augusto, no tuvo nunca hijos. El emperador hubo de conformarse con Julia y con los dos hijastros que traía Livia de su anterior matrimonio. La emperatriz, por su parte, siempre desempeñó excelentemente su función. Era esposa recatada e hilaba lana. Ninguna objeción para los puritanos guardianes de la moral romana. Pero los rumores la acusan de haber allanado el camino del Imperio a sus hijos, por delante de la descendencia de Augusto, es decir, por delante de los hijos y nietos de Julia.

No juzgaremos la ambición de Livia para no tener que juzgar tampoco el abuso de poder de Augusto a la hora de elegir esposa.

Respecto a su hija, Julia fue siempre moneda de cambio para conseguir la sucesión. Porque lo que siempre obsesionó a Augusto fue el problema de la sucesión. Sin hijos varones que heredaran su Imperio, pensó primero en el familiar varón más cercano, su único sobrino carnal, y lo casó con su hija Julia para legitimar aún más la sucesión. Aquel sobrino suyo, Marco Claudio Marcelo, era descendiente del fundador de Córdoba y de aquel otro viejo Marcelo conquistador de Siracusa que luchó contra Aníbal en la segunda guerra púnica. Pero el sobrino y yerno de Augusto murió sospechosamente en plena juventud, a sus 19 años. Julia se quedó viuda y el emperador sin sucesor a la vista.

Julia fue obligada entonces a casarse con Agripa, el general amigo de Augusto que ganó para él la guerra contra Antonio, un hombre que era mayor que su propio padre. Y tuvieron tres hijos varones, los nietos de Augusto, los futuros sucesores que llevaban la sangre de Julia, y por tanto la suya, la sangre divina de Augusto. Pero los dos mayores murieron y el tercero fue desterrado. El problema sucesorio se agudizó.

Al final, Augusto no tuvo más remedio que casar a su hija, dos veces viuda, con su hijastro Tiberio y nombrarlo emperador. Tiberio era aquel niño que Livia traía en el vientre, fruto de su pri-

mer matrimonio, cuando Augusto la obligó a divorciarse y casarse con él. No llevaba Tiberio en sus venas la sangre de Augusto, aunque un hijo entre Julia y él sí podría llevarla. Pero la hija del emperador se plantó. Julia, la libertina, la mala hija, harta de tanto matrimonio de interés (¡ya iban tres!), cansada de ser un mero útero en manos de las ambiciones de su padre, no dejó de poner a Augusto en ridículo. Protagonizó orgías y escándalos. Puso desenfreno a su sexualidad. Se rió de aquella ley que había promulgado su padre y que condenaba el adulterio de los miembros de la familia imperial. Nadie pudo ocultar aquel monumental escándalo. El emperador la castigó severamente. Julia fue desterrada por su propio padre a una isla de poco más de un kilómetro cuadrado.

[38] Isla de Pandataria, actual Ventotene, a la que fue desterrada Julia y luego también su hija, ambas condenadas por adulterio.

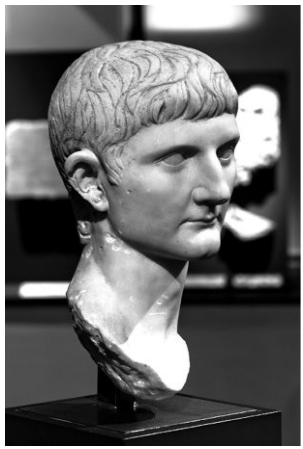
Algunos historiadores ven en esta acusación la mano de Livia y su deseo de facilitar el trono a su hijo Tiberio, que ya tenía un niño de su anterior matrimonio y había sido obligado a divorciarse de su primera esposa a pesar de estar muy enamorado de ella. Julia nunca fue perdonada por su padre. Murió en el exilio igual que el poeta Ovidio, desterrado por su supuesta relación con la hija de esta y por escribir una magistral poesía erótica que no encajaba en absoluto con el programa moral que pretendía imponer el emperador.

La sucesión se había convertido en el verdadero problema de Augusto. El viejo *prínceps* tuvo que recurrir, muy a su pesar, a Tiberio, un hijastro al que siempre aborreció y despreció abiertamente. No le quedaba otro remedio que aceptarlo como heredero pero no se conformó. Lo hizo de mala gana y, además, obligó al hijo de Livia a nombrar emperador después de él no a su hijo Druso sino a su sobrino Germánico, porque este último estaba casado con su nieta Agripina. De este modo la descendencia de esta pareja sí llevaría la sangre de Augusto y devolvería la completa legitimidad al trono de Roma.

Augusto nunca quiso a Tiberio. Y si lo nombró sucesor fue porque no tuvo otra opción. Toda Roma sabía que antes de cederle el poder, Augusto había obligado a Tiberio a adoptar a Germánico. Y aquel joven no solo era el favorito de Augusto, también era el favorito del Senado y del pueblo romano. Germánico era además venerado por el ejército, era un hombre adorado por las legiones. Sus éxitos en Germania, de donde le vino el sobrenombre, fueron atronadores. Había recuperado las insignias militares perdidas tras el desastre de Varo. Había recobrado esas águilas que eran emblema de las legiones y objeto sagrado para los soldados. Era quien a los ojos del pueblo y el ejército había restaurado el honor perdido al otro lado del Rin. Pero además de su fama, de su imagen ante la opinión pública y ante el ejército, Germánico tenía toda la legitimidad para el poder. Por una parte era sobrino nieto de Augusto, como el propio Augusto había sido sobrino nieto de César. Corría por sus venas la sangre divina de los Julios. Pero además se había casado con Agripina, que era hija de Agripa y Julia, la hija exiliada de Augusto. Su esposa era hermana de aquellos dos nietos de Augusto que podían haber heredado el Imperio de no haber muerto prematuramente.

En efecto, Germánico siempre fue el candidato preferido de Augusto. Y el emperador nunca se molestó en ocultar aquel sentimiento. Pero no podía nombrarlo sucesor por delante de su hi-

jastro Tiberio. Era imposible, porque ni aquella decisión encajaba en la idea de monarquía hereditaria que pretendía imponer Octavio Augusto ni su esposa Livia se lo habría permitido. El emperador preparó la sucesión primero en la persona de Tiberio y, a continuación en la de Germánico, creyendo —aunque se equivocaría— que, tras su hijastro, la sangre de los Julios volvería a gobernar Roma en la persona de Germánico.



[39] Germánico fue siempre el preferido de Augusto. El primer emperador legará el Imperio a su hijastro Tiberio con la condición de que lo nombre sucesor pero Germánico no llegará a ser nunca emperador.

Ese era el plan, que la sangre de Augusto, la de los Julios, siguiera gobernando Roma por los siglos de los siglos. La intermediación de este Tiberio, de familia Claudia, sería un breve, aunque molesto, paréntesis. Pero los deseos de Augusto no se harían realidad o, al menos, no en la forma en que él creía.

El nombre de la primera dinastía de emperadores lo dice todo. Se le conoce como Julio-Claudia. Y ese nombre compuesto habla de dos ramas familiares y de dos políticas distintas que recorrerán Roma en los dos primeros siglos de nuestra era. Hay emperadores de la rama Julia, como Augusto, y los hay de la rama Claudia, como Tiberio, pero las dos estirpes serán rivales y llegarán a representar dos partidos políticos muy diferentes. Por un lado estará Augusto y su legado, representado por la descendencia de Germánico. No olvidemos que su esposa Agripina es hija

de Julia y Agripa. Germánico simbolizará desde el principio la idea de un gobierno mixto entre el emperador y el Senado. Su imagen será modelo de garantía de las libertades y evocará el recuerdo de la República. Ese será el partido al que Séneca siempre permanecerá fiel.

El otro partido es el de los Claudios, emperadores que seguirán la línea de César y Marco Antonio, la del imperio absoluto. Apoyándose en el pueblo, despreciarán y masacrarán al Senado. La política de Augusto también implicaba un gobierno absoluto pero el creador del régimen supo guardar las formas, respetar al Senado y compartir el poder. Esta línea más moderada estará siempre relacionada con la política que siguen los emperadores sensatos, filósofos, buenos. Ejemplo de ellos serán los del siglo II, Nerva, Trajano, Adriano, Antonino Pío y Marco Aurelio. En cambio, los césares que representan la línea absoluta se creerán dioses en vida. Son los considerados tiranos, los que purgan el Senado y gobiernan como déspotas: ejemplos de ellos serán Calígula, Nerón, Domiciano o Cómodo. Siempre hubo buenos y malos emperadores, como hoy hay buenos y malos políticos. En Roma los buenos defendieron la libertad y el bien común, los malos optaron por la tiranía. Es cierto que hay que atender a los matices y hacer revisión sensata de las supuestas locuras de Calígula o Nerón. Pero las opciones fueron esas, imperio liberal o tiranía, y Séneca contribuyó decisivamente a marcar con claridad las diferencias entre un modo de gobierno y otro.

Si Augusto quería imponer un nuevo modelo social y político, lo primero que tenía que hacer era dar ejemplo. No podía, como ocurrió al final de su reinado, fomentar la libertad de expresión de Virgilio, que escribía una justificación divina del poder y engarzaba el linaje de Augusto con el de los propios dioses, y a la vez mandar quemar la obra histórica de Tito Labieno o Casio Severo que retrataban a otro Augusto muy diferente al de ahora. Retrataban a Octavio, el asesino de las guerras civiles, el

hombre que se manchó las manos de sangre para acaparar todo el poder, aunque luego supo revestirlo y disfrazarlo de buenos augurios augústeos.

Tampoco podía pretender acabar con las malas costumbres, con la libertad sexual, los adulterios y la escasa natalidad permitiendo el libertinaje de su hija Julia, a la que desterró por su conducta sexual escandalosa. Al ser tan severo con su propia hija, se vio legitimado también para otorgar semejante o mayor severidad a los políticos o intelectuales que minaban, según él, los cimientos morales de su régimen. Entre otros también desterró a Ovidio, el famoso poeta, por sus relaciones con la nieta de Augusto y por haber escrito el *Arte de amar*, un poema didáctico amoroso que escandalizaba al propio *prínceps* y daba al traste con todos sus intentos puritanos de reforma. El adulterio se convirtió en delito y será, junto con la ley de lesa majestad, instrumento que luego emplearán los tiranos para acabar con la vida de sus opositores.

[40] Estatua de Ovidio, obra de Ettore Ferrari. El poeta fue desterrado a los confines del Imperio, a *Tomis*, actual Constanza, en Rumanía. En política interior Augusto optó en sus últimos años por la represión.

Octavio Augusto murió el 19 de agosto del año 14 d.C. Tenía 75 años. Estaba de vacaciones en Nola, cerca de Nápoles, cuando una molestia en el estómago le obligó a guardar cama. Se rumoreó por toda Roma, y así lo sugiere Robert Graves, que Livia tuvo mucho que ver en ese dolor, por haber sido ella quien envenenaba los higos que Augusto comía de su propio huerto. Algunos piensan que aquello fue simplemente adelantar el destino de su marido como al parecer también adelantó el de otros que obstaculizaban el acceso de su hijo Tiberio hacia el poder.

El entierro fue apoteósico, no solo en cuanto a magnífico, sino en el sentido etimológico de la palabra, fue una apoteosis, es decir, Augusto fue convertido en un dios. Y en este último capítulo de la vida del primer emperador de Roma, su esposa Livia supo ser generosa con quien le facilitó argumentos para divinizar a su marido muerto: recompensó con un millón de sestercios al hombre que juró haber visto a Augusto elevarse hacia el cielo guiado por el águila de Júpiter[103]. Esa divinización ayudaba a que Roma aceptase el poder absoluto de los emperadores. Augusto era ahora un dios y su hijastro Tiberio era el hijo de un dios. Livia fue adoptada formalmente en el testamento y nombrada Augusta. Será también divinizada a su muerte. El linaje de los dioses estaba preparado para regir Roma en los siglos venideros. En eso consistió siempre la legitimidad del poder que ejercieron los emperadores romanos.

Recordemos que la infancia de Lucio Anneo Séneca coincide con los últimos tiempos del gobierno de Augusto. Son años en que el sistema del principado entra en crisis, tanto en política interior como exterior. Es verdad que el filósofo nació cuando la República ya había muerto. Pero el conocimiento que tiene el joven sobre el régimen político anterior es muy completo gracias a su padre, que ha vivido el final de la República, las guerras civiles, el segundo triunvirato y la instauración del Imperio. Y el balance del padre acerca del gobierno de Augusto es predomi-

nantemente positivo. A pesar de las críticas puntuales que hace en ese libro que dedicó a sus hijos, Séneca el Viejo considera a Augusto un político inteligente y sensato, sobrio y precavido, que actúa en el momento oportuno aportando paz y organización a una Roma que se encontraba al borde del abismo. Augusto supo rodearse de colaboradores capaces, organizar la administración, tratar con respeto al Senado y mantener la apariencia de un régimen en que lo mejor de la república sobrevivía. El *prínceps* creó un modelo de Estado que al padre de Séneca, a pesar de su republicanismo, le satisfacía. Y esa es la imagen que conservará el hijo respecto a la política de Augusto. El intelectual cordobés pretenderá pergeñar un ideario político que sea capaz de preservar lo positivo del legado de Octavio Augusto y evitar la deriva absolutista que comienza a vislumbrarse, especialmente al final del reinado, cuando Séneca es un adolescente. La situación se precipita en los años de gobierno de los cuatro sucesores del *prínceps*, un tiempo que se conoce como «época del terror» y a la que el filósofo pretenderá dar una solución política muy distinta y original.

Lucio Anneo Séneca es consciente de los peligros de la represión y falta de libertad. Cuando nació en el año 1 a.C. en la lejana Córdoba, Augusto gobernaba ya desde hacía más de veinte años el Imperio. El emperador tuvo desde el principio todo el poder en sus manos y, en los primeros tiempos, los resultados fueron beneficiosos: organización del gobierno y la administración, reglamentación de la política exterior, defensa nacional, programa de regeneración moral y social, paz, prosperidad económica. Pero doce años después se avecina la gran crisis. En este momento histórico crucial, Séneca es un niño de 11 o 12 años que ha terminado su aprendizaje con el *magister* y comienza su educación secundaria con el *grammaticus*. En esta etapa de su formación empezará a confrontar el inicio de la crisis política con sus recuerdos de la infancia pero, especialmente, lo hará a través

del conocimiento de su padre, de su visión y su experiencia, que tendrá una decisiva influencia en el concepto de la política senecana.

Son años de crisis también en política exterior. Se desestabilizan las tres grandes fronteras del Imperio: Oriente, el Danubio y el Rin. Los partos en Oriente no aceptan el protectorado romano. Estalla una insurrección en Dalmacia y Panonia. Varo sucumbe en Germania, en el bosque de Teotoburgo, con tres legiones completamente destruidas. Dentro del Imperio la represión se acentúa. Séneca tiene casi 10 años cuando Augusto condena a Ovidio al destierro y lo verá morir allí, ocho años después, sin haber conseguido nunca el perdón. El famoso poeta había sido alumno del cordobés Porcio Latrón. Es un conocido de su padre y su condena supuso un mazazo para muchos. Eran años difíciles, tiempos que empezaban a complicarse para Augusto, tanto a nivel personal como militar. El desastre de Varo supuso una catástrofe que minó la moral romana y obligó a situar la frontera norte en el río Rin. A nivel personal el propio Augusto, que quiso regenerar las costumbres y el matrimonio, se encontró con el comportamiento escandaloso y desafiante de su propia hija y nieta. Augusto las ha castigado a ambas con el exilio de por vida, usando contra su propia familia las leyes con las que pretendía regenerar Roma y que él mismo había promulgado años atrás.

[41] Bosque de Teotoburgo, donde tuvo lugar el desastre de Varo, una derrota que conmocionó a Augusto más que cualquier otro fracaso de su largo reinado.

El principal problema de Augusto siempre fue la sucesión. Desde el punto de vista jurídico, los poderes otorgados al *prínceps* debían cesar a su muerte. Pero Augusto, a pesar de la apariencia republicana, quería construir un gobierno hereditario. Pensaba en la sucesión pero no tenía hijos varones. Por eso había adoptado primero a su sobrino Marco Claudio Marcelo y lo había casado con su hija Julia. Por eso la casó, a la muerte de Marcelo, con Agripa, su mano derecha y general victorioso. De nada le sirvieron los hijos que nacieron de aquel matrimonio ni haber colocado a sus nietos en la línea sucesoria. Parecía que el Destino jugaba en su contra.

El año 2 murió Lucio, el nieto de Augusto, en Marsella, cuando iba camino de Hispania. Un año más tarde murió su hermano Cayo, por la infección de una herida. Ahora solo le quedaba a Augusto un nieto, Agripa Póstumo, que mostraba signos de violencia y locura. El joven fue apartado rápidamente del poder, exiliado primero y asesinado después.

Ya hemos dicho que muchos insisten en que Livia, la esposa de Augusto, siempre fue sospechosa de haber despejado el camino de Tiberio hacia el poder. Pero, en todo caso, se tratara de muertes naturales o forzadas, a Augusto no le quedó más remedio que aceptar la situación. Sin herederos de su sangre, en el

año 13 asoció a Tiberio al trono y lo nombró sucesor. Augusto murió al año siguiente. Séneca vive estos momentos con pleno conocimiento de la situación. Ha cumplido 15 años cuando comienza el reinado de Tiberio.

En su época de adolescencia, Séneca no admirará al viejo Augusto ni al cruel Tiberio. El héroe de la juventud era entonces Germánico. Y lo era por valor militar y autoridad moral. Sabemos que todos los Anneos responden a una ideología política que concuerda también con la ciudad de la que proceden, aquella Córdoba que siempre fue senatorial y republicana. Ya hemos visto que, en la guerra civil entre César y Pompeyo, la capital de la Bética tomó partido por este último, que representaba los ideales de la República aristocrática. Y Córdoba era la base material y espiritual de los Anneos. Ellos eran sus representantes en Roma y formaban parte de un grupo de poder importante que defendía sus intereses y canalizaba sus negocios. Tras las guerras civiles, Córdoba permaneció fiel a la idea de Imperio simbolizada por Octavio Augusto, más cercana a la antigua República romana que a la monarquía absoluta de César. Pues bien, Germánico era el máximo exponente y representante de esa idea política de Augusto que compartían los Anneos.

Lucio Anneo Séneca defenderá la figura de Germánico igual que su padre defendió el principado de Augusto, y ambos lo harán porque están convencidos de que aquella opción representaba, si no lo mejor de la época republicana, al menos la supervivencia de los restos de aquel terrible naufragio. Por eso Séneca era favorable a la familia de Germánico, porque aquel linaje seguía la línea dinástica de Augusto y simbolizaba la idea política de un Imperio que al menos podía salvar las libertades y la legalidad de la antigua República romana. Faltaba poner orden y construir de manera sólida aquel nuevo régimen, de forma que se convirtiera en un modelo de libertades y no de tiranía.

Pero, con el advenimiento de Tiberio al poder, la situación se complica. Después de cuarenta y cuatro años de gobierno de Augusto, la sociedad romana había olvidado los atroces años de las guerras civiles. Pocos testigos quedaban de aquellos tiempos sangrientos, entre ellos el padre de Séneca, que murió el año 39 d.C. con 94 años de edad. La mayoría de los testigos de aquella época estaban muertos y las nuevas generaciones no conocían o no estaban interesadas en aquellos acontecimientos del pasado. Años atrás, la tradición republicana aún estaba muy arraigada en Roma, por eso Augusto había dado apariencia de República a su régimen personal. Pero ahora las apariencias no eran tan necesarias ni los sucesores de Augusto tuvieron su misma cautela a la hora de disimular el poder. Se produce en estos tiempos una ruptura clara con respecto a la política y al talante de Augusto. Sus sucesores se decidieron claramente por el absolutismo. Impusieron una vuelta a la concepción monárquica de César. Al principio, la mayoría de ellos supo disimular y crear falsas expectativas. Pero en la práctica todos se comportaron como monarcas autoritarios y tardaron poco en evidenciarlo. En el caso del sucesor de Augusto, la personalidad hipócrita y cruel de Tiberio tampoco ayudó mucho a calmar las aguas. La oposición republicana, que hasta ahora se había expresado de forma moderada, con el sucesor de Augusto se volvió más audaz y agresiva.

La debilidad de la situación se manifestó en los primeros meses del reinado de Tiberio. Tres legiones en Panonia y otras cuatro en el Rin se rebelaron. Los soldados del Rin quisieron nombrar emperador a Germánico, que se negó a aceptar. A Panonia fue enviado Druso. En ambos frentes hubo que negociar para calmar las inquietudes de los legionarios.

Tiberio había salvado de momento su reinado pero nunca supo apreciar la fidelidad de su sobrino. Lo cierto es que siempre estuvo obsesionado por que le pudiera arrebatar el poder. Temió a Germánico y temió siempre a su mujer e hijos, porque perte-

necían a la rama familiar que descendía directamente de Augusto, una sangre que él no llevaba en sus venas. Y Tiberio siempre se sintió despreciado y acomplejado por ello.

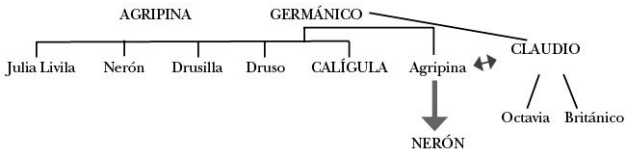
Para restaurar la disciplina en el ejército se emprendieron campañas más allá del Rin entre los años 14 y 16. El objetivo principal era también vengar la ofensa que supuso la derrota de Varo. Germánico, nombrado general en jefe de aquella guerra, obtuvo un gran éxito, de modo que en el año 16, cuando nació su hija Agripina la menor, se había convertido ya en un héroe nacional. Atacó por tierra y por el río Weser. Combatió a Arminio y lo venció. Por culpa de un temporal perdió la flota. Lejos de desmoronarse, la recompuso como pudo y atacó de nuevo a las tribus germanas llegando a recuperar las águilas perdidas por el desastre de Varo y, por tanto, a restaurar el honor de Roma.

Mientras, en la capital del Imperio, Tiberio envidiaba a su sobrino y tenía miedo de su gran popularidad. En el año 17 lo hizo regresar de Germania con el pretexto de ofrecerle un triunfo y lo envió a Oriente con poderes extraordinarios. Allí muere, precisamente en Siria, dos años después, al parecer, envenenado. Se rumoreó que sus asesinos fueron el legado del emperador, que se llamaba Gneo Pisón, y su esposa Plancina. Se creyó que Tiberio era quien había planificado y ordenado aquel magnicidio.

El año 19, año de la muerte de Germánico, supone un punto de inflexión en el gobierno de Tiberio y en la evolución del principado. Séneca tiene 20 años y un conocimiento directo de la política romana a través de su tío Galerio, que es prefecto de Egipto y ha hospedado al propio Germánico en su viaje a Alejandría, pocos meses antes de ser asesinado en Antioquía. En estos momentos Séneca vive en Roma. Tiene noticia directa de cómo va evolucionando el reinado de Tiberio por propia experiencia. Pero también tiene datos concretos que le proporcionan su padre y las amistades familiares.

El asesinato de Germánico supuso una conmoción nacional. Agripina la Mayor, su viuda, se enfrentó abiertamente a Tiberio y lo acusó de estar detrás de la muerte de su marido. Serán años de inestabilidad política y enfrentamiento continuo entre los miembros de la familia imperial. Tiberio se apoyará en Sejano, su ministro plenipotenciario, una especie de valido que gobernará en su nombre. El emperador se retirará pronto a Capri, desentendiéndose de las labores de gobierno, dejándolo todo en manos de Sejano, el prefecto del pretorio. El militar es un hombre ambicioso que buscará el poder, es decir, querrá convertirse en César. Y para ello mantendrá y acrecentará la desconfianza de Tiberio hacia la familia de Germánico: alimentará ese temor obsesivo del emperador para usarlo en su propio beneficio.

El odio de Tiberio y las maniobras de Sejano se cebarán en la familia de Germánico. En el año 29, Tiberio condenó al destierro al hijo mayor de su viuda Agripina. La persecución política continuará en la persona del siguiente hijo varón y de la propia madre, porque Tiberio siempre temió el incondicional apoyo de la opinión pública hacia los descendientes de Germánico. Cuando Calígula, su hijo menor, fue nombrado sacerdote en el año 31, la plebe mostró un entusiasmo desmedido[104]. Tácito va más allá y explica que la familia era amada tanto por la plebe como por los senadores. El linaje representa la unión entre el Senado y el Pueblo Romano, *Senatus Populusque Romanus*, *SPQR*. Muchos veían en esta familia la única esperanza de un gobierno moderado y legítimo. Sus integrantes son, además, herederos de la sangre de Augusto. Legitimidad e ideología política serán argumentos sobrados para que el linaje de Germánico se convierta en la opción que Séneca defenderá siempre. Consciente de los problemas con que se enfrenta Roma, intentará aportar su inteligencia para revestir esta opción de una ideología más completa, donde primen los valores de la buena ética y política.



[42] Germánico y su árbol familiar. A pesar de su asesinato, del que la mayoría culpa a Tiberio, se observa la importancia de Germánico en la sucesión imperial: Calígula fue su hijo, Claudio su hermano y Nerón su nieto.

El filósofo será siempre partidario de esta ideología política que pretendía ser continuadora del gobierno moderado de Augusto. Pero precisamente ahora, a principios de los años 20 del primer siglo de nuestra era, Lucio Anneo Séneca no está para cuestiones políticas. En estos momentos está atravesando la peor crisis de su enfermedad. Los ataques son frecuentes y muy graves. El filósofo cree que no sobrevivirá y el desánimo se apodera de él. No puede comenzar su carrera política, porque sus problemas de salud se lo impiden. Postrado por la enfermedad, observa cómo, en el ámbito político, Sejano va adquiriendo cada vez más poder en Roma. Este hombre ya pertenecía a la guardia pretoriana en tiempos de Augusto. A su muerte, en el 14 d.C., había sido nombrado prefecto del pretorio por Tiberio. No le falta ambición ni sed de poder. Llegará a ser quien, *de facto*, gobierne a la sombra del emperador.

En el año 25 Séneca ha viajado a Egipto para recuperarse de su maltrecha salud. Sabemos que allí permaneció hasta el año 31 pero, a pesar de la distancia, durante esos años sigue conociendo de primera mano la situación política en Roma. Y además de conocerla se mantiene a salvo en el país del Nilo, lejos de las intrigas y protegido por su tío Gayo Galerio, gobernador de la provincia, prefecto de Egipto desde el año 16 d.C. Y Galerio tiene la plena confianza de Tiberio. Mantiene muy buenas relaciones tanto con Sejano como con el emperador, por eso está al mando de una de las provincias más estratégicas del Imperio. Es un hombre influyente y bien relacionado. La memoria de su nom-

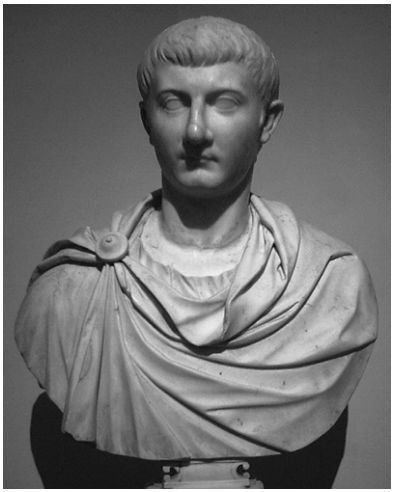
bre será determinante para conseguir que su sobrino pueda iniciar, a partir del año 31, su carrera política.

Mientras Séneca sigue en Egipto, muere Livia, la esposa de Augusto, a los 87 años de edad. Es el año 29 y, con esta muerte, la situación en Roma se complica aún más. Livia había ejercido el poder en la sombra durante el gobierno de su marido. Luego, con Tiberio en el trono, la influencia que ejercerá en Roma será aún mayor. Su hijo la temía y aborrecía. Hacía años que se había desentendido completamente del gobierno y se había retirado a la isla de Capri. Dicen los historiadores que allí Tiberio se dedicó a orgías y libertinajes donde daba rienda suelta a su crueldad. El emperador es un hombre resentido a quien todo parece darle igual. Ni siquiera ha asistido al funeral de su madre. No le perdona la manipulación ni el desprecio que ha sufrido de parte de ella durante toda su vida. Su odio mal disimulado le lleva a prohibir que el Senado le rinda honores de apoteosis. La divinización de Livia no llegará hasta que gobierne su nieto Calígula.

La consecuencia de todo ello es que, ahora que ha muerto Livia, Sejano se encuentra más libre y, al quedar sin ese freno, va acaparando el poder cada vez con más fuerza. El prefecto es un hombre ambicioso. Busca el Imperio y, para beneficiar su estrategia, sigue favoreciendo las luchas familiares entre los descendientes de Germánico y el propio Tiberio.

En estos tiempos el emperador no duda en delegar todo el poder en el prefecto del pretorio, que ya puede desplegar su influencia sin cortapisas de ningún tipo. Llega un momento en que Sejano tiene poderes plenipotenciarios. Había dado todos los pasos necesarios para controlar el poder. Primero se ganó con adulación y servilismo la confianza ciega del emperador. Luego aumentó el número de las cohortes pretorianas y las dispuso en un mismo lugar bajo su mando. Se ganó también los ánimos de los soldados; los conocía a casi todos; los llamaba por sus nombres; era él quien otorgaba beneficios, nombraba tribunos y centurio-

nes. Y Tiberio, desentendido de todo, confiaba plenamente en él. Era un anciano cansado que dejaba todas las decisiones en manos de su favorito, por delante incluso de su propio hijo Druso. El emperador convirtió a Sejano en su verdadero compañero de gobierno a los ojos del Senado. Erigió estatuas suyas en los teatros y plazas.



[43] Druso, hijo de Tiberio, podía haber sido el sucesor al trono pero fue envenenado por Sejano en un complot que se descubrió ocho años después.

Esta actitud negligente de Tiberio provoca un enfrentamiento abierto entre su hijo Druso y el propio Sejano. En esta lucha, el prefecto del pretorio es quien tiene las de ganar. Posee el mando del ejército y el poder político pero le falta algo esencial: el prestigio y la popularidad que siempre detentó y detentará la familia de Germánico. Sejano entiende que no puede aspirar al poder sin emparentar con ella. Por eso pretende casarse con Julia, sobrina de Germánico, y, al no poder hacerlo, intenta casarse con la hija de esta. El ambicioso prefecto buscaba por todos los medios alcanzar mediante el matrimonio la legitimidad que le faltaba. Al no conseguirlo, se propuso entonces eliminar el principal obstáculo para acceder al poder supremo: Druso, el hijo de Tiberio. Tácito cuenta que, a través de sus delatores y sin que pudiera relacionársele, fue minando la reputación del joven a los ojos del

pueblo, del Senado y del propio emperador. Para asestar el golpe definitivo, Sejano sedujo a la propia esposa de Druso, Claudia Livila. Los amantes decidieron envenenarlo. Para ello contaron con la ayuda de Eudemo, el médico personal del hijo de Tiberio. Escogieron una sustancia que actuaba poco a poco y simulaba el efecto de una lenta enfermedad. La administración del veneno se le encargó a otra persona de la máxima confianza de Druso, el eunuco Ligdo. Todo esto se descubrió ocho años después, cuando la esposa del asesinado Druso y nuera del emperador confesó todos los detalles del crimen.

Dicen las fuentes historiográficas que el emperador fue responsable del abuso de poder y los crímenes de Sejano, por negligencia, porque se había desentendido totalmente del Imperio. No había aparecido por Roma desde el año 26. Los senadores y los caballeros se acostumbraron a tratar a Sejano como si él fuera el emperador.

> Sejano se iba haciendo cada vez más importante y más terrible, de manera que tanto los senadores como todos los demás se dirigían a él como si fuera el verdadero emperador[105].

Su cumpleaños se celebraba por las calles de Roma y se erigieron estatuas en su honor. Tras aplastar a sus opositores políticos, la figura de Sejano se tornó prácticamente intocable. El historiador Dion Casio vuelve a insistir con toda claridad en el poder que ostentaba el valido:

> Sejano era tan importante a causa de la altivez de su carácter y de la grandeza de su poder que, para decirlo con brevedad, parecía que él era el emperador[106].

Poco a poco todas las voces críticas fueron acalladas. Los enemigos de Sejano fueron eliminados uno a uno. El favorito acusaba directa o indirectamente a todos aquellos que le estorbaban. Y Tiberio firmaba las órdenes de ejecución a discreción. Sejano lo había convencido de que todos conspiraban contra él, de que los mismos senadores e incluso miembros de su propia familia buscaban derrocarlo.

Ese es el convulso ambiente político de la Roma del año 31. Son los momentos en que la estancia de Séneca en Egipto ha lle-

gado a su fin. El joven va a cumplir los 32. Su tío Galerio ha terminado su mandato después de quince años como gobernador. Todos regresan a Roma. La intención del filósofo es retomar su carrera política después de los seis años que le ha costado reponerse de su enfermedad en Egipto. Ahora comenzará las primeras magistraturas y la carrera del Senado. Su salud ha mejorado sensiblemente. Está recuperado, aunque toda la vida sufrirá esas crisis respiratorias, esos ataques de disnea que le provocaban un ahogo que duraba en torno a una hora. Los médicos de la época definían estos síntomas como *meditatio mortis*, preparación para la muerte. Ahora las crisis son más tolerables en comparación con las que sufría seis años atrás.

La vuelta de sus tíos desde Egipto supone la culminación de una brillante carrera profesional por parte de Galerio. El gobernador ha cumplido sobradamente. A partir de ahora su mirada estará puesta en un objetivo prioritario: promocionar la carrera política de su sobrino en Roma. No podrá hacerlo. En el transcurso del viaje, el barco sufre una violenta tempestad y Galerio muere. Su esposa, la tía de Séneca, mostró gran valor en aquellos momentos difíciles. Superviviente de la tempestad, pudo rescatar el cadáver de su marido y lo mantuvo sujeto entre el azote del mar para darle las correspondientes honras fúnebres en tierra. Séneca, que fue testigo de todo aquello, cuenta su valor:

> Había perdido en plena travesía a su queridísimo esposo, nuestro tío, con quien se había casado siendo doncella. Sin embargo, resistió al mismo tiempo el dolor tanto como el temor y, triunfando del temporal, en medio del naufragio transportó su cadáver. ¡Ah, de cuántas yacen en el olvido sus hechos extraordinarios! Si le hubiera correspondido aquella antigua época sencilla en su admiración de las virtudes, con cuánta competencia de los ingenios sería elogiada la esposa que, olvidándose de su debilidad, olvidándose del mar terrible incluso para los más templados, expuso su cabeza a los peligros por una sepultura y, mientras se preocupaba por el funeral de su esposo, no tuvo miedo por el suyo[107].

Sin esta cita no solo no conoceríamos el heroísmo de su tía sino que ni siquiera sabríamos que Séneca había vivido varios años en Egipto.

Su tía, que ha enviudado durante la travesía, llega a Roma con Séneca. El mismo valor que mostró ante la tempestad lo muestra

ahora en los entresijos de la política romana, otro mar tempestuoso. Es el año 31, la situación política es muy convulsa. Sejano está dando los últimos pasos para conseguir el poder. Calígula lo sabe y busca acabar con él. Tiberio se desentiende de todo. En medio de este maremágnum político, la tía se ve obligada a cumplir ahora la labor que tenía encomendada su marido muerto: introducir a su sobrino en la carrera senatorial. Lo tiene que hacer ella sola. El padre de Séneca es muy mayor: tiene 86 años. Sola y viuda, la tía realiza todas las gestiones necesarias en favor del joven para abrirle paso en la capital del Imperio. La tía es una mujer reservada, modesta, que ahora tiene que sacar fuerzas de flaqueza para cumplir la misión. Se apoya en los personajes importantes que ha conocido su marido Galerio, el prefecto de Egipto, el hombre que ostentó el gobierno de aquella estratégica provincia. Se apoya en Tiberio y en sus amistades, entre las que se contaba también su recién fallecido esposo. El padre de Séneca busca, sin duda, la ayuda de todos los hombres influyentes que conocía, entre ellos el famoso Junio Galión, amigo personal de Tiberio, senador y hombre clave de la política de entonces, amigo de la familia que adoptó nueve años después al hermano mayor, Novato, catapultándolo directamente al orden senatorial.

Todos aportan su granito de arena pero la que más se vuelca es sin duda su tía. Utiliza su propio prestigio como matrona de fama virtuosa. Saca a la luz el recuerdo de su marido y su carrera política. Exhibe con dignidad su reciente viudez y añade todo el peso de su fortuna para colocar a Séneca en el inicio de su carrera política. El filósofo cordobés explica magistralmente en pocas palabras la tremenda importancia que tuvo esta mujer en su vida:

> Y aún me había callado tu mayor consuelo, tu hermana, ese corazón tan apegado a ti, al que se trasladan todas tus preocupaciones para ser compartidas, ese espíritu maternal para todos nosotros. Con ella has mezclado tú tus lágrimas, en su regazo has tenido el primer respiro. Cierto es que ella se guía siempre por tus sentimientos; en mi persona, sin embargo, no se lamenta solo por ti. En sus manos fui traído a la Ciudad, gracias a sus cuidados afectuosos y maternales me restablecí tras un largo tiempo de enfermedad; ella desplegó su influencia en apoyo de mi cuestura y ella, que no soportaba siquiera la osadía de conversar o saludar en voz alta, por amor a mí venció su vergüenza. Ni su estilo

de vida retirada ni su modestia, ingenua en medio de tanta insolencia de las mujeres, ni su tranquilidad ni sus costumbres reservadas y consagradas al sosiego le impidieron en absoluto hacerse incluso ambiciosa por mí[108].

Su tía le consigue la cuestura en diciembre del año 34 d.C. El cargo tiene como duración un año. Es un puesto muy importante. Su desempeño garantiza de por sí el acceso a la clase senatorial. El cuestor tiene como cometido administrar el erario, es decir, las finanzas. Es un cargo de administración económica y, a la vez, ejerce la competencia de asistir al emperador y a los cónsules. El hecho de que la tía de Séneca le consiguiera este puesto es algo de extrema importancia porque entrañaba en aquel momento histórico una gran dificultad. Tiberio estuvo ausente de Roma desde el año 27. Vivía retirado en la isla de Capri y llevaba a cabo una política de cargos muy restrictiva, concediendo la toga laticlavia, es decir, el ascenso a la clase senatorial, a muy pocos miembros de la clase de los *équites*. Séneca va a ser uno de esos pocos privilegiados.

Gracias a su tía, por tanto, el filósofo se incorporó a la política activa, habló en el Senado, en presencia del emperador, y participó en los procesos que se desarrollaron en la curia. El trabajo que queda por delante es arduo. Hay mucho que corregir en este régimen político llamado principado, que parecía encaminarse hacia el abismo. Comienza el trabajo de Séneca en el mundo de la política, justo en unos tiempos muy complicados.

Lucio Anneo Séneca ha regresado de Egipto e iniciado su carrera en uno de los momentos históricos más delicados desde la instauración del Imperio. En el año 31, cuando el filósofo desembarca en Roma, la situación política no podía ser más peligrosa. Las luchas de poder entre Sejano y Calígula se han agudizado. Apenas seis meses después de la llegada de Séneca a Roma, se produce una situación extraordinaria que nadie esperaba. El filósofo asistió a todo ello como un espectador sorprendido mientras preparaba los inicios de su carrera política.

Por iniciativa del prefecto del pretorio, el Senado propuso conceder el consulado a Tiberio y a Sejano por cinco años en lugar de uno. Aquello respondía a una clara maniobra del prefecto para ocupar el poder. Pero el emperador fue informado con todo lujo de detalles sobre la conspiración. Según el historiador Flavio Josefo[109] fue Antonia la Menor, madre de Claudia Livila, la que alertó a Tiberio. Le envió una carta a Capri con una descripción exacta de la conjuración que preparaba Sejano y de todas sus intenciones. Antonia era la única mujer de la familia en que confiaba el emperador.

Durante muchos años de intrigas y maquinaciones al servicio de Tiberio, Sejano se había trazado su propio camino para convertirse en el hombre más poderoso del Imperio. Su poder era inmenso pero, a finales del año 31, su caída fue vertiginosa: en un solo día fue detenido, juzgado, condenado y ejecutado sin contemplaciones.

Ese día, Sejano acudía a la Curia creyendo que iba a recibir honores extraordinarios. Encontró la muerte. Él fue el primer sorprendido. Se vio apresado en plena sesión del Senado por Macrón, que había sido nombrado instantes antes prefecto del pretorio, sin que el propio Sejano lo supiera. Allí mismo fue hecho preso y asesinado. Su hijo mayor y su tío Bleso fueron ejecutados. Apicata, su esposa, fue repudiada. La mujer decidió suicidarse, no sin antes darse el gusto de la venganza. Sabía que su marido había sido amante de la esposa de Druso y quiso que con ella cayera también la rival. Reveló a Tiberio que su hijo no había muerto de muerte natural sino envenenado y que los autores del envenenamiento habían sido Sejano y la propia esposa de Druso, Claudia Livila.

Apicata había destapado un secreto que muy pocos conocían y que había sido el puntal de los planes ocultos del ambicioso prefecto. Al verse descubierta, Claudia Livila lo confesó todo. Tiberio supo entonces por primera vez que Sejano había seduci-

do a su nuera y que ambos habían asesinado a Druso. Ordenó matar a la viuda de su hijo. Pero las muertes no quedaron ahí. A este crimen le siguió la persecución y asesinato de todos los amigos de Sejano. Murieron muchas personas influyentes, industriales, senadores, políticos. Corrió la sangre por las calles de Roma. La familia de Germánico no encontró mejor suerte. Siguió siendo perseguida, exiliada y asesinada. Calígula se libró por el momento. Según los historiadores fue su juventud y la actitud servil que adoptaba ante Tiberio las que le salvaron la vida. De él dirá un senador influyente muy amigo de Séneca, Pasieno Crispo, una frase que popularizará el historiador Tácito y que define perfectamente la actitud de Calígula antes y después de conseguir el poder respectivamente. Sin duda no hubo esclavo más servil ni amo más cruel.

> Por el mismo tiempo Gayo César (Calígula), que acompañaba a su abuelo (Tiberio) en su retiro de Capri, tomó en matrimonio a Claudia, hija de Marco Silano. Aquel hombre ocultaba un ánimo feroz bajo una engañosa modestia, sin que hubiera alterado el tono de su voz la condena de su madre ni el exterminio de sus hermanos; según tuviera el día Tiberio, él adoptaba un aire igual, y con palabras no muy distintas a las suyas. De ahí el agudo y tan divulgado dicho del orador Pasieno de que «nunca fue mejor el esclavo ni peor el señor»[110].

Pasieno quería decir que Calígula fue, bajo Tiberio, tan servil como un esclavo. Aguantó todas sus ofensas, se sometió a sus vejaciones, olvidó que ese hombre había sido el asesino de sus padres y hermanos. Y cuando después se convirtió en emperador, Calígula pasó de obediente esclavo a amo cruel, porque su gobierno fue de una tiranía, soberbia y crueldad inigualables.

Con la muerte de Sejano se abre una nueva etapa política en Roma. Lucio Anneo Séneca está recién llegado de Egipto y se ha encontrado inmerso en una situación de caos y terror. Aunque ha empezado a moverse en el mundo político de Roma, aún no ha podido dar comienzo a su candidatura oficial porque el luto de su tía se lo impide. A finales del año 31 y principios del 32, Séneca es testigo de todo lo que ocurre en Roma, puede observar desde fuera este ambiente de peligro y represión. Y puede comprobar que la muerte de Sejano no ayudó a mejorar en abso-

luto la situación. Todo lo contrario. Roma cayó presa de una serie de juicios sumarísimos que Tiberio puso en marcha con el objetivo de eliminar a todos los que habían apoyado al prefecto o habían podido apoyarlo[111]. El emperador aprovechó la ocasión para ajustar todo tipo de cuentas al abrigo de su sed de revancha y de su paranoica obsesión por las conjuras. Las filas del Senado fueron diezmadas y los que más sufrieron fueron los integrantes de la dinastía Julio-Claudia, todos aquellos que podían estar legitimados para el Imperio. Nadie escapó a la ira de Tiberio. Las detenciones y ejecuciones eran ahora supervisadas por el nuevo prefecto del Pretorio, Quinto Nevio Sutorio Macrón[112]. Esta política de represión continuó hasta la muerte del cruel emperador. No habrá que acudir a los historiadores de Roma para entender el pensamiento de Séneca en estos años de terror. El propio filósofo lo contará cuando diga que «*en tiempos de Tiberio hubo una rabia incesante y casi pública de denuncias, que aniquiló a los ciudadanos romanos con más violencia que cualquier guerra civil*»[113].

Efectivamente la muerte de Sejano no había solucionado nada. La situación era ahora tan inestable o más que en la época anterior. Tiberio, dos años después del asesinato del prefecto, aún seguía condenando a muerte a familiares, senadores, ciudadanos o amigos. Tácito explica que ni con el paso de los años, ni con súplicas, ni por hartazgo, ni mucho menos por apaciguamiento de sus vicios dejó de matar y torturar. El enfrentamiento con la familia de Germánico termina el año 33 con el exilio de Agripina la Mayor primero y con su ejecución después. Tiberio también acabó con la vida de los hijos mayores, Druso y Nerón, después de haberlos declarado enemigos públicos. A Nerón lo desterró a la isla de Poncia y a Druso lo encerró en las mazmorras de palacio. A los dos mató por hambre. Dice Suetonio que Druso murió después de intentar comer durante nueve días la lana del colchón donde dormía. Tiberio los mató con crueldad e hizo desaparecer los cadáveres. Solo quedó un hijo varón, Calígula,

que aún era muy joven para constituir un peligro y que fue adoptado por Tiberio en un intento de acallar la opinión pública.

[44] Actual isla de Ponza, en el mar Tirreno, a la altura de Nápoles, donde fue exiliado y después asesinado el hijo mayor de Germánico.

Muy cerca de la isla de Ponza, en Pandataria, actual Ventotene, fue desterrada Agripina la Mayor, nieta de Augusto. El exilio era una cárcel forzada y en el caso de los hijos y esposa de Germánico una especie de corredor de la muerte donde muy pronto fueron ejecutados por orden de Tiberio.

Los últimos años fueron de represión indiscriminada. El emperador llegó a confiscar los bienes no solo de Sejano sino de todos los ciudadanos que le apetecía, fueran inocentes o culpables. La represión llegó a ser tan caprichosa y paranoica que proliferó extraordinariamente el número de delatores, porque se enriquecían con los bienes de los condenados. Esa plaga rabiosa de la denuncia, de la que se queja Séneca, se instalará por completo en la sociedad y convertirá aquellos últimos años de Tiberio en un verdadero régimen de terror.

Los delatores denunciaban a los disidentes, opositores o simplemente descontentos, a veces sin motivo aparente. Si el denunciado era condenado, el denunciante conseguía una parte de la

herencia en pago por la delación. Algunos personajes se hicieron tremendamente ricos denunciando a culpables o inocentes. Daba igual, siempre que la comisión fuera sustanciosa. La delación se convirtió en un medio de enriquecimiento y para algunos incluso en una necesidad, porque acusar al enemigo político o personal y condenarlo a muerte se les ocurría la única salida viable, antes de que el enemigo tomara la iniciativa y los denunciara a ellos.

Aquello era un verdadero despropósito y reinado del terror. Las delaciones indiscriminadas, las sospechas infundadas, una palabra tergiversada, pronunciada en un lugar o momento inoportunos podían convertirse en motivo suficiente para el destierro o la muerte. Como muestra de ello Séneca cuenta una anécdota que parece kafkiana. Un oficial de la guardia pretoriana llevaba puesto un anillo con la imagen del emperador. Estaba borracho y cogió una palangana para vomitar. Un denunciante que estaba en la reunión llamó a los invitados para tener testigos que afirmasen que el pretoriano estaba tocando un objeto impuro, entiéndase la palangana, mientras llevaba un anillo con la imagen de Tiberio. El denunciante proclamaba que aquello era un acto de profanación y blasfemia. Su intención era delatarlo y buscar la condena a muerte del pretoriano. Por lo visto su esclavo actuó rápidamente y le quitó el anillo antes de que acudieran los invitados que habrían de actuar como testigos. La astucia y diligencia del esclavo salvaron la vida del pretoriano. Pero la anécdota no solo plasma el absurdo de la situación, también muestra el peligro que se corría en aquellos años de terror[114].

Precisamente en estos momentos y ante esta desquiciada situación política es cuando Lucio Anneo Séneca empieza su *cursus honorum*. Aspira al cargo de cuestor. Lo desempeña durante el año 35. Llega a conocer los peligros de aquellos últimos años de Tiberio de cerca. La represión llega a las personas más próximas a su círculo. Entre ellos a Junio Galión, ese gran amigo de la fa-

milia que luego adoptará a su hermano Novato. En estos momentos también él fue objeto de persecución política. Galión era un senador muy influyente y gran amigo del emperador pero un simple comentario desafortunado le hizo caer. En realidad es Tácito quien comenta el hecho[115]. Por lo visto Galión solo buscaba agradar a Tiberio. Propuso que los pretorianos tuvieran el privilegio de sentarse en las primeras filas en el teatro, como ya hacían los senadores. Aquello era un gesto de respeto al ejército pero molestó a Tiberio, porque Sejano fue jefe de los pretorianos y siempre quiso beneficiarlos para contar con su apoyo. Por eso el emperador creyó que Galión, con su propuesta, mostraba simpatías con el traidor. Fue, sin duda, un malentendido, porque Junio Galión siempre procuró la amistad de Tiberio. Por ese error fue desterrado a la isla de Lesbos y, pensando que allí llevaría un cómodo destierro, fue obligado a volver a Roma bajo arresto domiciliario.

Muchos otros fueron condenados a muerte por puro capricho o mala suerte. Las delaciones indiscriminadas aumentaban cada día; no se discernía entre familiares o extraños, amigos o desconocidos. Parece ser que Calígula pudo estar también detrás de algunas condenas. Tácito sigue aportando datos. El propio Fulcinio Trión murió dejando en su testamento un aviso de las atrocidades de Calígula y Macrón. En los mismos días, el senador Grandio Marciano fue acusado de lesa majestad por Cayo Calígula y se quitó la vida. El mismo final tuvieron Trebelieno Rufo y Sextio Paconiano: al primero le dio tiempo de suicidarse, al segundo lo apresaron. Y pocos días más tarde lo torturaron en la cárcel hasta la muerte, según decían por haber compuesto dentro de la prisión unos versos contra el príncipe.

Séneca vivió un verdadero reinado de terror en sus primeros años en política. Podrá ser testigo único de aquel ambiente paranoico en que el principado parecía derivar en tiranía sangrienta. La represión afectó no solo a senadores o políticos. Volvamos a

Sexto Mario, el hombre más rico de Hispania, el amigo de Tiberio que se sentaba a su mesa y compartía con el emperador largas veladas. Fue condenado a muerte por el propio Tiberio. Parece ser que las extraordinarias riquezas de aquel magnate despertaron la codicia del emperador. Decidió acabar con él y quedarse con sus bienes. Para ello, Tiberio tuvo que inventar una acusación con que poder eliminar a Sexto Mario y a su hija, su única heredera. Condenar a la hija era más difícil que condenar al padre. Cualquier acusación valdría para matarlo, por muy rico que fuese. Pero matar a su hija entrañaba un grave peligro. La mujer era sacerdotisa Vestal, una de las instituciones más sagradas de Roma. Era pecado terrible derramar la sangre de una Vestal y era imposible acusarla de ningún crimen, a no ser que faltara a sus votos sagrados de castidad. Tiberio parecía frustrado por no poder eliminar a ambos y quedarse con los millones de sestercios que mensualmente ingresaban las minas marianas de oro, plata y cobre de Sierra Morena. Pero encontró una vía.

La solución fue acusar a padre e hija de incesto. Ese era uno de los pocos delitos por que se podía condenar a muerte a una Vestal. El padre fue arrojado desde la roca Tarpeya, como se hacía tradicionalmente con los condenados. La hija fue enterrada viva porque era grave delito derramar la sangre de una Vestal. Tiberio procedió a quedarse con todas las riquezas y bienes de Sexto Mario. El dinero no fue a parar al erario público sino a la fortuna personal del emperador. Tácito no lo puede decir más claro:

> Tras ellos, es denunciado Sexto Mario, el hombre más rico de las Hispanias, de haber cometido incesto con su hija, y se lo despeña desde la roca Tarpeya; y para que no hubiera dudas de que le habían ganado la desgracia sus enormes riquezas, sus minas de oro y (plata), aunque fueron confiscadas se las reservó Tiberio para sí[116].

[45] Roca Tarpeya en la actualidad, Roma. Tenía una altura de 25 metros, desde ella eran arrojados los condenados a muerte y los traidores.

Estos son los años en que Lucio Anneo Séneca comienza a abrirse camino en la política romana. El asesinato de Sexto Mario y varios senadores importantes se produjo en el año 33 d.C. El filósofo aún no había empezado su carrera política. Desempeñará el cargo de cuestor en el año 35. Después tuvo que esperar como mínimo dos años más para ejercer la siguiente magistratura pero, por haber sido cuestor, ya pertenecerá de pleno derecho al Senado. En estos momentos asiste a esta situación convulsa como famoso abogado y escritor.

Séneca también aprovechará los intervalos de sus cargos políticos para componer tratados de diversa índole. En estos años escribe sobre historia natural: *De lapidum natura*, un libro sobre la naturaleza de las rocas, que pudo estar influido por Papirio Fabiano y los Sextios según cita Plinio[117]. Escribe no solo sobre geología sino también sobre biología. Su libro *De piscium natura*, sobre la naturaleza de los peces o
De motu terrarum sobre terremotos, muestran su gran aptitud como científico. Aumenta su fama como orador y abogado. Séneca es un hombre que empieza a destacar en el mundo de la cultura y la política en la capital del Imperio.

Lucio Anneo Séneca será testigo de primera fila del ambiente de terror en los últimos años de Tiberio, que morirá el 16 de marzo del año 37 y cuyos crímenes no cesarán hasta el mismo día de su muerte. Precisamente, en este último año de reinado, Vibuleno Agripa, caballero romano, fue acusado por los delatores de Tiberio. Y mientras los acusadores acababan su falso alegato, que equivalía a la pena de muerte, sacó en el mismo Senado una ampolla con veneno de los pliegues de su toga y se lo tragó antes de que pudieran apresarlo. Lo llevaron medio muerto a la cárcel, y, aunque era ya cadáver, lo torturaron allí como si todavía estuviera vivo.

El excónsul Cayo Galba y los dos hermanos Blesos murieron voluntariamente: Galba, por haberle prohibido Tiberio en una carta llena de resentimiento su derecho a gobernar las provincias; los Blesos se suicidaron porque Tiberio les impidió desempeñar los sacerdocios que se les había asignado por ley. Esa era la única forma de protesta que quedaba en Roma: el suicidio. Además de ser la solución más digna, también era la menos dolorosa y la más rentable, en los casos en que el reo sabía que iba a morir irremediablemente condenado por el poder. La explicación es muy sencilla. Según la legislación romana, aquel que era condenado por traición veía confiscados todos sus bienes. La muerte solía ser también lenta y dolorosa. Por tanto, los senadores que eran acusados por el emperador y sabían que iban a ser condenados a la pena capital buscaban antes el suicidio, para acabar su vida con más dignidad y, además, poder salvar una parte de su patrimonio para los herederos. A todos los efectos aquellas muertes constaban como suicidios pero en realidad eran un sórdido chantaje hacia quienes se sabían irremediablemente condenados a muerte. La situación política era indigna. Roma vivía una verdadera tiranía contra la que Séneca luchará toda su vida. La experiencia de estos primeros años en política le servirá siempre. El

filósofo cordobés entenderá que mientras le queden fuerzas tendrá que luchar en todo momento por revertir esta situación.

Emilia Lépida, nuera de Tiberio, que había estado casada en primeras nupcias con su hijo Druso, llevaba tiempo en el punto de mira. Ahora el emperador decidió acusarla de adulterio con un esclavo suyo. La mujer, sabiendo que Tiberio no tardaría en buscar falsos testigos, también decidió «dejar voluntariamente» la vida.

Como hemos dicho, Tiberio había pasado los últimos años de su reinado en la isla de Capri, lejos de la corte, desinteresado casi por completo de los negocios del Estado. Allí quiso volver en los primeros meses del año 37 pero las tempestades lo impidieron. Contrajo una enfermedad y murió el 16 de marzo del 37, a los 78 años de edad, en su villa sobre el cabo Miseno, cerca de Nápoles. Suetonio aporta las diferentes versiones que conoció de la muerte de Tiberio. Según algunos, fue envenenado por Calígula con una sustancia que lo fue consumiendo lentamente; otra versión cuenta que se le negó alimento cuando se repuso de la fiebre para así acelerar su muerte; también narra Suetonio la versión que más éxito ha tenido en el cine: Calígula, creyéndolo muerto, le quitó el anillo de oro de Augusto para presentarse ante el ejército como su sucesor. El anciano Tiberio volvió en sí por unos instantes y reclamó el anillo que le habían quitado cuando había perdido el conocimiento. Entonces Calígula, ayudado por el prefecto del pretorio Macrón, le puso encima una almohada y lo asfixió.

Curiosamente Suetonio también transmite una descripción de la muerte de Tiberio escrita por Séneca. Se refiere probablemente a un fragmento del libro de historia que escribió el padre, esa obra que comenzaba con el inicio de las guerras civiles y que estuvo escribiendo hasta la muerte de Tiberio.

> Según Séneca, se quitó el anillo cuando se sintió desfallecer, como para entregárselo a alguien, y lo retuvo por algún tiempo; luego se lo volvió a poner en el dedo y permaneció durante largo rato in-

móvil, con la mano izquierda cerrada; de repente, después de haber llamado a sus criados sin que ninguno de ellos respondiera, se levantó y, al faltarle las fuerzas, cayó muerto no lejos del lecho[118].

A la hora de morir, Tiberio no dejó clara la sucesión al trono. Quizá eso es lo que quiera decir el padre de Séneca con la anécdota del anillo. Tiberio había dejado escrito un testamento en que instituía como herederos de sus bienes a partes iguales a su sobrino nieto Calígula y a su nieto Tiberio Gemelo.

Y entre los bienes de Tiberio se encontraba el Imperio. Porque ya todos en Roma eran conscientes de que el Imperio era posesión de un solo hombre y de una familia imperial. Dos eran, por tanto, los posibles sucesores de Tiberio. Calígula, el hijo de su sobrino Germánico, y Tiberio Gemelo, su nieto, fruto del matrimonio entre su hijo Druso y aquella nuera que había sido amante de Sejano. A ambos los dejó en igualdad de condiciones para alcanzar el poder pero Calígula era mayor y, por tanto, podía aspirar a ser primero en la línea de sucesión o, al menos, tenía más probabilidades de alcanzar el trono en solitario. Algunos historiadores dicen que Tiberio no estaba seguro de que su nieto Gemelo fuera legítimo hijo de Druso. Los últimos años no dejó de sospechar que aquel niño fuera en realidad hijo de Claudia Livila y su amante Sejano. Quizá fuera por eso que diera preeminencia a Calígula o porque, al final, sin herederos, decidiera cumplir la palabra dada a Augusto y poner en el trono, si no a Germánico, sí al menos a uno de sus hijos, al único superviviente, porque a los otros los había mandado matar él mismo. Puede ser que incluso nada de esto pasara por la mente de Tiberio. Quizá simplemente hizo lo que venía haciendo desde hacía más de diez años: no hacer nada, evadirse, dejar hacer, desentenderse del curso de la historia.

El hecho fue que la opinión pública y el ejército apoyaron a Calígula sin condiciones; y el hijo de Germánico supo alzarse con el poder. El ejército y el pueblo juraron fidelidad al nuevo

emperador mientras el Senado lo investía con los mismos poderes que tuvo Tiberio.

Esa fue la situación política que tuvo que afrontar Séneca entre los años 31 y 37. Cuando muere Tiberio, el filósofo cordobés ya se ha convertido en un miembro respetado del Senado. En esos momentos es un famoso escritor y senador. No pertenece estrictamente a la oposición estoica más radical, porque no es favorable a la vuelta de la República sino a una especie de monarquía constitucional de colaboración entre el emperador y el Senado, al estilo del gobierno de Augusto. Eso y la influencia de su padre, de sus amigos y de su difunto tío quizá le hayan salvado la vida, por ahora.

Con Calígula el peligro que tendrá que afrontar será aún mayor.

---

[103] Beard: 2016, 409.

[104] Dion Casio *Historia romana* 58.8.1 ss.

[105] Dion Casio *Historia romana* 58.4.

[106] *Ibidem* 58.5.

[107] Séneca *Consolación a su madre Helvia* 19.4-5.

[108] *Ibidem Helv.* 19.1-2.

[109] *Antigüedades de los judíos* 18.6.6.

[110] Tácito *Anales* VI.20.

[111] Lo explica Tácito, *Anales* VI.19.

[112] *Ibidem Anales* VI.2.

[113] Séneca *De beneficiis* III.26.1.

[114] *Ibidem De ben*. III.26.1-2.

[115] Tácito *Anales* VI.3.

[116] *Ibidem* VI.19.

[117] Plinio el Viejo *Historia Natural* I.36.

[118] Suetonio *Vida de los doce césares Tiberio* III.73.2.

7.

LA PRIMERA CONDENA A MUERTE

Lo cierto es que, muerto Tiberio, Calígula era el candidato más deseado. También por Séneca. Todos tendrían tiempo de arrepentirse pero, en pleno año 37, Calígula era la esperanza de Roma. Su advenimiento produjo una alegría general. El pueblo y el Senado le rindieron honras de todo tipo. Cuando llegó a Roma, los senadores le confiaron el poder absoluto e ilimitado. Calígula era el hijo del gran Germánico. Se había criado en los campamentos romanos y el pueblo creía que el destino era quien lo había hecho emperador. Así lo cantaban por las calles:

> *In castris natus, patriis nutritus in armis,*
> *iam designati principis omen erat.*
> Nacido en el campamento, criado entre las armas patrias, estos hechos ya presagiaban que sería designado emperador[119].

Cuando subió al poder, Calígula lo tenía todo a su favor: juventud, contaba con 24 años cuando se hizo cargo del Imperio; fama, todo el mundo lo adoraba; respeto internacional, el propio rey de Persia le rindió honores; gozaba del amor de su pueblo, del respeto del ejército, de la sumisión del Senado. Lo tenía todo. Podría haber pasado a la historia como un gran emperador, el hijo menor del gran Germánico, bisnieto de Augusto, restaurador de la *Pax Augusta*. De él se esperaba un régimen muy distinto al de la crueldad de Tiberio y en los primeros meses no defraudó. Mostró respeto por el Senado y el pueblo, devolvió a los comicios el derecho a elegir magistrados, los pretorianos fueron premiados, se organizaron para el pueblo espectáculos circenses y combates de fieras, Calígula posibilitó que los exiliados volvieran a Roma, perdonó a los condenados bajo Tiberio y volvió a permitir la publicación de los libros censurados que había sido entregados al fuego en el reinado anterior, los libros de aquellos historiadores perseguidos por el poder, a quienes citó el padre de

Séneca: Tito Labieno, Casio Severo y, sobre todo, Cremucio Cordo.

En este momento, Séneca publica la primera obra que conservamos de él. Es la *Consolación a Marcia*, hija de ese Cremucio Cordo de quien el patriarca de los Anneos nos había contado la represión que sufrió. El libro fue escrito posiblemente en el 37, cuando Lucio Anneo Séneca tenía 38 años de edad. Tres años atrás el filósofo había desempeñado el cargo de cuestor y, por tanto, pertenecía ya a la clase senatorial. Era en esos momentos un famoso intelectual y un gran escritor. La obra refleja perfectamente ese ambiente de esperanza que nació con el advenimiento de Calígula, una ilusión de la que participó sin duda también Séneca, por creer que el hijo de Germánico seguiría la misma línea política que su padre: un gobierno moderado y sensato al estilo del mejor Augusto.

Con la llegada de Calígula al poder, Marcia obtiene autorización para publicar la obra de su padre Cremucio Cordo. Esta publicación y otras se hicieron al abrigo de ese primer Calígula que prometía ser un príncipe respetuoso con el Senado y la libertad. En ese contexto el filósofo aprovechará la ocasión para darse a conocer como político e intelectual. Hacía tres años que Marcia había perdido a uno de sus cuatro hijos, a Metilio, y ahora Séneca decide escribir la consolación por la muerte de este joven. Pero la intención del filósofo no es solo la de «consolar» a Marcia por la pérdida. La obra le ayuda también a sacar a la luz la figura de Cremucio Cordo. De este modo logra situar el centro de atención en la política de Roma. El libro le sirve de pretexto para apuntar las directrices que llevará o debe llevar a cabo el nuevo gobernante del Imperio.

El padre de Marcia había sido acusado de lesa majestad por Sejano, aquel ambicioso prefecto del pretorio que había sido enemigo de Calígula y mano derecha de Tiberio. La acusación fue uno de tantos episodios de represión que tuvieron lugar en la dé-

cada de los veinte y treinta, en plena época de terror. Cremucio Cordo era un senador famoso por su independencia y libertad: había publicado una historia de las guerras civiles donde decía que Bruto, el asesino de César, había sido el último de los romanos dignos de ese nombre. El elogio del tiranicida se había hecho en tiempos de Augusto sin que hubiera represalias. Pero en los últimos años de Tiberio cualquier excusa era válida para asesinar a la oposición política. El todopoderoso Sejano, que gobernaba a su antojo con la aquiescencia de Tiberio, acusó a Cremucio Cordo de lesa majestad. Este era el delito comodín para eliminar sin posibilidad de apelación a cualquier senador que estorbara los planes del emperador, es decir, era el tipo de acusación que permitía liquidar directamente a cualquier opositor político. El resultado era la pena de muerte o el destierro. Ante la injusticia y el abuso de poder que ejercen contra él, Cremucio Cordo se dejó morir de hambre como protesta. Corría el año 25 d.C. Hemos visto que el padre de Séneca ha contado este episodio de represión en sus *Controversias*[120], cuando hablaba también de otro intelectual perseguido por el poder, Tito Labieno, un historiador muy crítico con el principado que en el año 12 d.C. fue acusado del mismo delito y sus libros también condenados al fuego. Al igual que Cremucio Cordo, y antes que él, se dejó morir de hambre como protesta. Se trata de las primeras noticias de una huelga de hambre por motivos políticos que conocemos. Séneca el filósofo tenía 26 años cuando murió el padre de Marcia. Conocía todos aquellos hechos no solo por haberlos leído en el libro que escribió su padre. Había vivido los tiempos de aquella feroz persecución y fue testigo de todo ello en su adolescencia y juventud.

A principios del año 37 y con el advenimiento del nuevo emperador, esta represión parece que quedará como cosa del pasado. Así, en estos primeros años de gobierno de Calígula, el emperador permite la publicación de las obras de los represaliados y

que se reivindique la memoria de aquellos intelectuales y senadores perseguidos por el poder. Se respira un ambiente de libertad de expresión totalmente opuesto a los últimos años de Tiberio. Y es ahora, en los comienzos del nuevo reinado, cuando Lucio Anneo Séneca escribe la *Consolación a Marcia*, la hija de Cremucio Cordo, y aprovecha la obra para incluir alusiones a la libertad de expresión y elogios a la figura de su padre.

Este magnífico libro no solo contiene pasajes hermosísimos sobre la vida y la muerte, no solo pretende consolar a Marcia por el fallecimiento de su hijo, hay en él también alusiones políticas de gran importancia. La obra es, en realidad, una consolación por la muerte del hijo pero hay que tener en cuenta que la *Consolación* en Roma es un género literario, no un escrito privado. Es decir, la obra tiene como objeto la publicación y la difusión. Va dirigida a un público que espera del filósofo argumentos morales sobre la vida y la muerte, sobre la necesidad de someterse al destino, sobre la fuerza del alma frente a la adversidad o acerca de la importancia de moderar el luto y el duelo. Así lo hace el filósofo cordobés. Trata todos esos temas y cumple con todas las normas del género. Da además enormes muestras de tacto y sensibilidad. Sabe adaptar su expresión al género literario, utiliza magistralmente los recursos estilísticos y retóricos oportunos. Pero, además de todo ello, Séneca aprovecha la ocasión para mostrar su gran ingenio y su sentido de la oportunidad. El final de la *Consolación* es un elogio del intelectual perseguido por el poder, un reconocimiento del padre de Marcia, y de toda la familia, un linaje ilustre que se honra con su recuerdo, porque lo ha visto caer con dignidad. Séneca habla a la vez del destino del alma y de la filosofía, trata todos los tópicos propios del género, cita ejemplos históricos, que se llamaban entonces *exempla*, transmite versos de poetas latinos especialmente de Virgilio, pero hay un detalle que no se debe pasar por alto: el filósofo comienza el libro con una alusión a Cremucio Cordo y lo acaba con un largo discurso

puesto en boca del propio senador represaliado, en que Séneca dignifica su figura, a la vez que ensalza la libertad política que defendió y que le costó la vida.

> Así pues, supón que desde esa ciudadela celeste tu padre, Marcia, que tenía tanta autoridad sobre ti como tú sobre tu hijo, te dice, no con la inspiración con que deploró las guerras civiles, con que para siempre proscribió él a los autores de las proscripciones, sino con una tanto más elevada cuanto más excelso es él mismo: ¿Por qué, hija mía, te posee una angustia tan prolongada?… ¿No sabes con qué violentos temporales lo deshace todo la suerte, como a nadie se le ha ofrecido favorable y benévola sino a quienes han tenido con ella el menor trato posible? ¿Te tendré que nombrar a los reyes que hubieran sido sobremanera dichosos si la muerte los hubiera sustraído a tiempo a las desgracias que les amenazaban, o a los generales romanos cuya grandeza no disminuirá nada si acortas algo su vida, o a los muy insignes y célebres varones que se hicieron fuertes sólo para acabar ofreciendo el cuello al golpe de la espada de algún soldado? Fíjate en tu padre… «yo a nadie permití hacer nada conmigo y privándome del alimento demostré que había escrito mis obras con la grandeza de ánimo con que vivía»[121].

Efectivamente la *Consolación a Marcia* es algo más que una mera consolación. Lucio Anneo Séneca también muestra en esta obra su ideología de gobierno. Este libro es la tarjeta de presentación política de un personaje intelectual de gran importancia que ya ha destacado en el mundo de la ciencia, escribiendo esos tratados sobre etnografía, geografía y ciencias naturales, aquellos escritos sobre Egipto, piedras, terremotos, etc. La *Consolación a Marcia* cumple ahora un objetivo esencialmente distinto: mostrar la ideología política de Séneca, un senador que se alinea con la libertad de expresión, con el respeto a las leyes, la moderación y las libertades. El filósofo es un hombre que ha escrito epigramas y tragedias de gran altura, un intelectual que quizá sea ya el mejor poeta trágico de Roma. Ahora el hombre admirado en el mundo de la cultura expone su ideología política. Y ha escogido ensalzar la figura de Cremucio Cordo, historiador libre, perseguido por la tiranía, acallado por el poder, cuyos libros fueron quemados como objeto de represión política e intelectual.

Posiblemente el filósofo era ya el representante más dotado de un grupo mayoritario de senadores que defendían una especie de diarquía o gobierno mixto entre el Senado y el emperador. Su fama como escritor de gran prestigio, que enfatiza Suetonio, le sirve para catapultarse al mundo de la política. Lucio Anneo Sé-

neca es ya en este tiempo el escritor más famoso y el que más agradaba a los gustos literarios de la época.

Séneca, el autor más popular por entonces[122].

La ideología política que defiende es la que simbolizaba Germánico, la misma de Augusto, la misma que se supone que defenderá el nuevo emperador, el hijo menor de Germánico, aquel a quien su padre vestía de niño con uniforme militar, con unas botitas diminutas que causaban regocijo entre los duros legionarios, botitas, es decir, *calígulae* en latín. Aquel niño se había convertido ahora en emperador e inauguraba en Roma una etapa de ilusión general. Daba pie a la esperanza de que todo fuera a cambiar, de que se reconduciría el gobierno del Imperio y se iba a acabar con la deriva tiránica que había adoptado el nuevo régimen en los últimos años de Tiberio.

Calígula estaba llamado a ser un gran emperador, continuador de la ideología política de su padre, de su talante respetuoso con el Senado. Pero no fue así. En menos de dos años se volvió un autócrata, un tirano. Y eso provocó un enfrentamiento con el Senado que no estaba en absoluto previsto. Calígula era el hijo del gran Germánico. Séneca siempre apoyó la memoria de su padre y el legado político que representaba. La coincidencia entre ambos debería haber sido total y quizá lo fue en el primer año de gobierno. Además, el filósofo cordobés era amigo de las hermanas de Calígula. A todos les unía la memoria y el legado de Germánico, cuyos hijos, en principio, estaban todos en el mismo bando, y Séneca con ellos.

En ese contexto y con esta intención escribe el filósofo la *Consolación a Marcia*, como un escrito que debe agradar a Calígula y evidenciar los nuevos aires de libertad que se respiraron al inicio de su reinado. El enfrentamiento no se producirá hasta dos años más tarde, en otoño del año 39, cuando Séneca está terminando de desempeñar su cargo como edil o tribuno de la plebe. El conflicto se iniciará con el cambio radical de actitud que pro-

tagonizará Calígula en el desempeño del poder. Y ese enfrentamiento llegará por motivos políticos y no otros. Es cierto que el filósofo pudo despertar pronto el odio y la envidia del emperador. Pero el tirano solo pensó en su muerte en el año 39, tras el radical cambio de actitud que mostró ante el Senado. La enemistad entre ambos se produjo por puros motivos políticos. Se debió a la transformación que sufrió el hijo menor de Germánico. Y la primera víctima de esa terrible metamorfosis pudo haber sido el mismo Séneca, dos años después de que Calígula se hubiera sentado en el trono.

Ese cambio inesperado de rumbo fue una sorpresa para todos, especialmente para aquellos que, al principio de su reinado, confiaban en la llegada de una nueva edad de oro. Y en ese sentido, el inicio del gobierno de Calígula fue muy esperanzador. El emperador se ganó la popularidad más unánime. Amnistió a los condenados y desterrados; desestimó las acusaciones en curso y las que habrían de venir; prohibió a los delatores. Parecía que volvían a Roma los tiempos del progreso y la sensatez. Hubo libertad de expresión como en los mejores tiempos de Augusto.

Calígula permitió que se leyeran no solo las obras de Cremucio Cordo sino las de Tito Labieno, y Casio Severo, aquellos libros que escribieron los intelectuales perseguidos en época de Tiberio y a los que aludía Séneca el Viejo en su obra. El emperador concedió a los magistrados plena jurisdicción en la administración de justicia. Intentó devolver al pueblo el derecho de elegir magistrados restableciendo la costumbre de celebrar elecciones. También pensó en la diversión de la plebe. Hubo muchos combates de gladiadores, espectáculos de circo, carreras de cuadrigas, cacerías. El hijo de Germánico terminó las construcciones que Tiberio había dejado a medio hacer, culminó con toda pompa y esplendor el Templo de Augusto, el Teatro de Pompeyo. Además inició la construcción de nuevos acueductos y anfiteatros.

El Senado y el pueblo de Roma creían sinceramente que asistían al advenimiento de una nueva etapa de esplendor, de una nueva *Pax Augusta*. Pensaban que los dioses habían enviado al bisnieto de Augusto para que Roma volviera a vivir tiempos felices. Se equivocaron.

Séneca se encontraba cómodo en estos dos primeros años del gobierno de Calígula. La orientación política parecía la correcta. Y en este ambiente aperturista, continúa desarrollando su carrera política y literaria. Precisamente, hemos comentado que, al año siguiente de acceder Calígula al poder, el filósofo cordobés comienza a ejercer el cargo de edil o tribuno de la plebe. Es una magistratura cuyo nombramiento tiene un año de duración. La desempeñará a partir del 5 de diciembre del año 38. Séneca va a cumplir pronto los 40 años. Mientras ocupa este puesto, durante el año 39, muere su padre. El patriarca de los Anneos termina sus días sabiendo que sus dos hijos mayores han accedido al estatus de senador. Séneca lo ha hecho por méritos propios desde que desempeñó la cuestura, Novato va a ser adoptado por el senador Junio Galión. Él lo sabe y fallece tras una vida longeva, llena de experiencias y cultura. Tuvo la suerte de no ver en qué degeneró el gobierno del bisnieto de Augusto ni cómo el propio Calígula buscó la muerte de su hijo.

Así es. ¿Cómo es posible que el hijo de Germánico, cuyo partido siempre defendió Séneca, llegase a aborrecer tanto al filósofo como para buscar su muerte? Lucio Anneo Séneca, desde su entrada en política en el año 31, se ha decantado por aquel partido. Su tío ya había recibido al padre de Calígula en Egipto en el año 19, poco antes de que fuera asesinado después en Siria. Y, a pesar de las buenas relaciones de su tío con Sejano, también las tenía con Germánico y con Tiberio.

Conviene recordar que, durante todo el reinado de Tiberio, el emperador estuvo obsesionado con la amenaza que suponía el padre de Calígula. Sejano había sabido explotar ese miedo y

odio en su propio beneficio. Y acabar con Germánico, convertido en enemigo común, fue algo en lo que siempre estuvieron de acuerdo Sejano y Tiberio. Y no solo quisieron acabar con él sino también con su descendencia. Ya hemos visto que estaba casado con Agripina, hija de Agripa y Julia, por tanto nieta de Augusto. Los hijos de aquel matrimonio llevaban la sangre de Augusto y a esto Germánico añadía también su propio prestigio militar, prestigio que perduró incluso en la figura de sus nietos. El ejército lo adoraba y esta veneración se extendió a su esposa e hijos. Y sobre todo al menor, que ahora estaba sentado en el trono, a Calígula, a quien su padre paseaba de niño entre las legiones, vestido con esas pequeñas botas militares, *calígulae*, que le dieron el apodo. Pues bien, Calígula heredó todo ese tremendo caudal de simpatía, esa veneración hacia el mito que suponía su padre entre el ejército. Y con ese sobrenombre pasó a la historia un emperador que realmente tenía un nombre propio mucho más sonoro y sugerente, porque el verdadero nombre de Calígula era el mismo que el de aquel famoso vencedor de Pompeyo que cambió la historia. También se llamaba Cayo Julio César, concretamente, Cayo Julio César Augusto Germánico.

La entronización de Calígula suponía el triunfo de aquella familia. Y, con él, se supone que también el triunfo de la ideología política que simbolizaba Germánico, opuesta a la de Tiberio. Ambos personajes representaban, como se ha visto, dos bandos enzarzados en luchas de poder pero también dos opciones políticas diametralmente opuestas. Había una forma de evidenciar aquellas diferencias, de mostrar con claridad esa profunda oposición en cuanto a la ideología política y al desempeño del poder. Por ejemplo, Sejano y Tiberio, que buscaban la dictadura militar al estilo de César o Marco Antonio, escenificaban cierto desprecio hacia el Senado. Su ideología recordaba a aquel Marco Antonio amante de Cleopatra revestido con un aire de monarquía oriental divinizada. Y esa idea política tenía sus dioses favoritos,

que no eran otros que Hércules y Dioniso, que se relacionaban con aquellos otros dioses de Egipto como Serapis o la diosa Isis, que garantizaban un estatus divino a los emperadores. Por eso los césares absolutos, los autoritarios que degeneraban en tiranía, preferían ser vistos como el dios Hércules (véase imagen de Cómodo) antes que revestirse de los atributos de Apolo, el dios Sol, dios de la razón y de la luz, patrón de Augusto.

[46] Cómodo, vestido de Hércules, con la maza en el hombro derecho y las garras de la piel de león sobre el pecho. De todos los emperadores del siglo II Cómodo es el único que revivió las formas de la tiranía.

Precisamente, la familia de Germánico representaba la buena política de Augusto: un gobierno mixto entre el emperador y el Senado, donde la curia tuviera funciones legislativas y participara del poder. Ese gobierno más moderado era el que Séneca prefirió seguir desde que entró en política. Nunca cambiará de bando.

¿Qué sucedió entonces con Calígula, el hijo de Germánico? Algo muy sencillo, Séneca no cambió de bando. Calígula sí.

Ya hemos dicho que el acceso de Calígula al poder en la primavera del año 37 había llenado de ilusión al Senado y al pueblo

de Roma. Todos estaban convencidos de que volvía el espíritu de Augusto. Fueron tiempos de respeto al Senado, de paz y de concordia. Calígula rindió homenaje a su familia. Trajo a Roma las cenizas de su madre y hermanos, asesinados por Tiberio. Dio muestras de gran respeto y cariño hacia sus tres hermanas y las asoció a su reinado. El uno de enero del año 38 los cónsules unieron a las tres hermanas con el emperador en el juicio oficial[123]. Este hecho anuncia un claro mensaje político. En Roma está gobernando un linaje, el linaje de Germánico. El emperador es Calígula pero se apoya en sus tres hermanas a las que distingue y da poder. Y lo hace abiertamente, a la luz pública. Tan a las claras, que al hecho se le da la máxima propaganda y difusión. En las monedas de la época aparecen la imagen del emperador y, en el reverso, sus tres hermanas.

[47] Sestercio con el grabado de Calígula. El reverso de la moneda representa a sus tres hermanas, Agripina, Drusilla y Julia Livila, vestidas con los atributos de las diosas *Securitas*, *Concordia* y *Fortuna*.

Calígula estuvo muy unido a sus hermanas. Hasta el extremo de que hubo muchas habladurías en Roma, que incluso los acusaban de incesto. Los chismes arreciaron cuando murió Drusilla el 10 junio del 38 y su hermano la nombró diosa, como a la esposa de Augusto. Todo esto molestó a algunos senadores y los hizo desconfiar de las verdaderas intenciones de Calígula. Creyeron que el emperador buscaba el poder absoluto y se permitía el lujo de divinizar a su hermana fallecida. Aquel gesto les resultaba sospechoso. Los historiadores romanos escribieron que la muerte de Drusilla y una grave enfermedad que padeció el emperador en este año volvieron loco a Calígula. Le hicieron perder la ra-

zón. Esa es la visión que el cine y la novela han explotado hasta la saciedad y, para ello, bastará releer a Robert Graves.

La realidad histórica no fue así. Porque la gran transformación, el cambio radical en lo político y humano de Calígula, no se produce en el año 38, con motivo de su enfermedad o por la muerte de su hermana. De hecho, en estos meses posteriores, el emperador siguió confiando plenamente en su cuñado viudo Marco Emilio Lépido y en sus otras dos hermanas. El cambio hacia el absolutismo más cruel tiene lugar más de un año después, en otoño del 39, después de un agrio enfrentamiento entre el emperador y el Senado.

Suetonio describe perfectamente ese radical cambio de actitud y de personalidad con una frase lapidaria. Comienza hablando del principio del reinado de Calígula, de las buenas medidas que tomó. Y en un momento de la narración cambia radicalmente el tono y dice:

> Hasta ahora hemos hablado del príncipe, ahora hablaremos del monstruo[124].

Y los motivos de esa conversión de «príncipe en monstruo» son la búsqueda del poder absoluto, el rencor hacia el Senado a raíz del descubrimiento de su responsabilidad en la condena de su familia, la decisión de convertir el principado de Augusto en una monarquía absoluta en que Calígula está dispuesto a adoptar el papel de divino rector de Roma. Endiosamiento, venganza y tiranía son el camino que elige Calígula y lo hace movido por la ira y el rencor.

> Y poco faltó para que tomara al punto la diadema y transformara la apariencia del principado en una monarquía… Comenzó, desde ese momento, a atribuirse la majestad divina… Creó asimismo un templo especial para su divinidad, y sacerdotes…[125].

Los motivos del enfrentamiento con el Senado también los aclara Suetonio:

> Lanzó frecuentes invectivas contra todos los senadores a la vez, acusándolos de haber sido clientes de Sejano y delatores de su madre y de sus hermanos, para lo cual presentó los documentos que había fingido quemar, y defendió la crueldad de Tiberio como inevitable, puesto que no había podido dejar de creer a tantos acusadores[126].

El reproche de Calígula es muy claro. Responsabiliza al Senado de las delaciones y de haber influido en la condena de su madre y hermanos. Sabe que Tiberio ha actuado con crueldad pero descubre que la mayoría de los senadores han sido sus cómplices. En aquellos tiempos muchos patricios competían en mostrarse sumisos y hasta serviles con el emperador. La mayoría de ellos querían hacer carrera avivando la agresividad de Tiberio e incluso adelantándose a las condenas de otros. Esa actitud cobarde había sido decisiva a la hora de incitar a Tiberio a mostrarse violento contra la familia de Calígula. El Senado había sido cómplice de los crímenes del emperador.

En estos momentos en que se produce el enfrentamiento entre Calígula y el Senado, Séneca está finalizando el desempeño de su cargo de edil o tribuno de la plebe. Es entonces, en la última mitad del año 39, cuando se produce la extraña transformación política y personal de Calígula. El hijo de Germánico había descubierto unos documentos que incriminaban a muchos senadores como responsables de la delación y posterior condena a muerte de su madre y hermanos. El relato de Suetonio es muy verosímil y esa puede ser la verdadera causa del cambio radical del emperador hacia la tiranía. Los senadores solían plegarse al poder, eran sumisos y dictaminaban siempre a favor del emperador. Algunas veces, en su afán por lisonjear, intentaban adelantarse a los deseos del príncipe. Calígula tenía razón en que fueron un instrumento cobarde en manos de Tiberio. Tácito pone abundantes ejemplos de la actitud servil de la mayoría de los senadores en aquellos tiempos.

> Por lo demás, la época que estoy tratando estaba tan contaminada por la adulación rastrera que no sólo los prohombres de la ciudad, que se veían obligados a proteger su propio brillo con el servilismo, sino todos los consulares, gran parte de los que habían ocupado la pretura e incluso muchos senadores de a pie, rivalizaban en levantarse para proponer bajezas y desafueros. Se cuenta que Tiberio, cada vez que salía de la curia, solía exclamar en griego algo así como: «¡Oh gente dispuesta a la esclavitud!, es decir, que incluso a aquel que no quería la libertad pública le repugnaba aquel rastrero y servil conformismo[127].

No se puede explicar mejor el espíritu cobarde que mostró la mayoría del Senado en época de Augusto y que continuó mos-

trando, quizá con mayor cobardía aún, en época de Tiberio. Calígula pudo achacar a los senadores su servilismo y complicidad. Y posiblemente tenía razón. Muchos incluso se enriquecieron con la delación y el crimen. Pero tenía que haber entendido que el responsable último de aquel ambiente de sumisión siempre fue el emperador.

Descubierto el papel que la mayoría de los senadores habían jugado en la condena a muerte de su familia, Calígula se deja llevar por la ira y el rencor. Se dirige al Senado y les dice que a partir de ahora gobernará como señor absoluto. Y es en este preciso momento cuando choca frontalmente con sus hermanas, su cuñado, y también con el propio Séneca.

El filósofo quizá haya sido uno de los primeros en estar en el punto de mira de Calígula. El hecho de que no perteneciera al Senado en los tiempos en que fueron asesinados la madre y hermanos del emperador pudo haberle salvado la vida. Séneca seguirá fiel a su ideología política y por eso se ganará la enemistad de Calígula, por seguir apoyando el partido de Germánico y por ser uno de los senadores más influyentes de la curia. El filósofo es ya un personaje importante que ha llamado la atención del emperador desde hace tiempo. Gracias a Suetonio sabemos que Calígula lo criticaba por tener un estilo inconsistente, sin nervio. El César piensa en matarlo pero ningún tirano condena a muerte simplemente por cuestiones retóricas. Si Calígula pensó en matar a Séneca fue por motivos políticos, porque el filósofo estaba unido a la ideología que representaba Germánico, porque tiene grandes amigos dentro de la propia familia del emperador, porque es el representante más cualificado de la oposición senatorial, porque sigue y seguirá defendiendo siempre a sus amigos Getúlico y Lépido, el primero gobernador de Germania, el segundo cuñado del emperador, ambos ejecutados por Calígula, acusados de alta traición. El hijo de Germánico se convertirá en enemigo de Séneca porque el filósofo nunca abandonará el ban-

do de Julia y Agripina, a quienes su propio hermano exilió. Calígula es quien ha cambiado de bando a finales del año 39. Abandona toda política de colaboración con el Senado y lo combate violentamente, movido por el odio y la ira.

Este viraje radical lo ha enfrentado también a sus hermanas. El conflicto estalló precisamente en otoño del 39. En el mes de septiembre Calígula inicia un viaje a la Galia y a Germania. Se lleva consigo a su cuñado Lépido, a Agripina y a Livila. Es una trampa. Durante esta campaña militar acusa a los tres de conjurarse contra él. Lépido fue ejecutado inmediatamente. Sus dos hermanas condenadas al exilio. En un refinamiento de crueldad que lo hará famoso, obligó a Agripina a llevar en sus brazos las cenizas del cuñado hasta Roma en una urna. Calígula divulgó el rumor de que Lépido había sido amante de las dos, de Agripina y de Julia Livila. Prohibió al Senado conceder en adelante ningún honor a los miembros de su familia. Todo había cambiado radicalmente en cuestión de pocos meses. El déspota había sacado su verdadero rostro y ejercía a las claras como tirano. Calígula humilló a la Curia, nombró senador a su caballo, en un gesto no de locura sino de vejación hacia el Senado, y persiguió a todos los que defendían el ideario político de Augusto, que era el que compartían las hijas de Germánico y el propio Séneca.

El filósofo cordobés no cambiará, ni ahora ni nunca, de bando. Sus convicciones políticas a favor de la libertad y la razón las llevará siempre a gala. Su constancia y honradez serán motivo de sus destierros y condenas a muerte. Ahora, en tiempos de Calígula, se muestra como un político honesto que defiende a sus amigos, aunque con ello llegue a poner en riesgo su propia vida. Lo explicará al final de sus días cuando se refiera a su gran amigo Gneo Cornelio Léntulo Getúlico, compañero de Lépido, el ejecutado cuñado de Calígula, y amigo también de las hermanas del emperador, Agripina y Julia Livila. Séneca fue siempre leal a Getúlico, incluso en los peores momentos. El joven había sido go-

bernador de Germania Superior durante varios años pero cayó en desgracia acusado de participar en la conjura contra Calígula y fue condenado a muerte. Siempre había sido fiel al partido de Germánico, el mismo en que militaba Lépido y seguían y seguirán militando las hermanas de Calígula. Séneca está relacionado con todos estos personajes y eso demuestra que el filósofo pertenece ya, si no desde antes, a ese círculo, a ese partido influyente que ahora ha caído en desgracia. Ante esta situación de peligro, Lucio Anneo Séneca no disimula su amistad con el condenado. Y persiste en su actitud de apoyarlo, a pesar de las amenazas que sufrirá. Aquella defensa de Getúlico estuvo a punto de costarle la vida.

> Gayo (Calígula) no consiguió arrebatarme la fidelidad a la amistad de Getúlico. No pudieron Mesalina y Narciso, enemigos del pueblo mucho antes de serlo de sí mismos, cambiar mi conducta frente a la persona de otros, cuya amistad significaba la desgracia. A cambio de mi lealtad ofrecí mi cabeza. No se me arrancó una palabra que no pronunciara dejando a salvo mi conciencia. Sentí siempre temor por mis amigos, nunca por mí, a no ser el temor de no haber sido bastante buen amigo[128].

El odio de Calígula hacia el Senado impidió corregir el rumbo del principado, que desgraciadamente, derivaba hacia una monarquía absoluta y despótica. Más bien lo precipitó. Al comportamiento tiránico del emperador se unió la introducción en palacio del ceremonial típico de las monarquías helénicas: las genuflexiones ante el emperador, beso de pies, etc. Este ritual sirvió en su origen para dotar a los reyes de un halo divino. Las formas habían comenzado ya con Alejandro Magno. Ahora Calígula las desarrollará en todo su esplendor. Ese endiosamiento irá aparejado a un desprecio por el Senado. Los libertos fueron cobrando mayor poder en detrimento de los senadores. La tiranía se tornó pronto en crueldad y violencia hacia ellos.

Muchos historiadores consideran que, más que sufrir una enfermedad mental, lo que hizo Calígula fue sacar su verdadero rostro de déspota. Optó por la otra opción política: la monarquía absoluta al estilo de César. Incluso más. Quiso ser emperador y dios. Suetonio[129] nos cuenta que Calígula pretendió que se le rindiera culto divino en vida. Se colocaba entre los dioses Cás-

tor y Pólux para ser adorado entre las divinidades, a quienes llamaba sus hermanos. Trajo de Grecia estatuas de dioses como Júpiter, para quitarles la cabeza y colocar en su lugar la suya. Instituyó en honor de su propio numen un templo en Roma, con sacerdotes y víctimas, para ser adorado como un dios. Pronto eliminó a sus competidores en el poder. Algunos dicen que envenenó a su abuela Antonia, mandó a un centurión matar a Tiberio Gemelo, hizo que su exsuegro se suicidara. El cambio político fue radical. Sorprendió a todos: al Senado, al pueblo, al ejército. A Séneca también, que no esperaba tal actitud en el hijo de Germánico. Una decepción que se agravaría al descubrir más tarde que Calígula planeó asesinarlo.

Lucio Anneo Séneca tiene 40 años. Se ha casado. Tiene una carrera brillante y una fama excelente de intelectual, filósofo y escritor. Es un senador muy importante que expone en la Curia asuntos de enorme trascendencia política. Ha sido cuestor y tiene gran reputación en el Senado. Desde el punto de vista ideológico, defiende una política de libertades y un modelo de monarquía que no encaja con las intenciones de Calígula. En este momento Séneca es un personaje cuya presencia molesta al emperador, que critica su estilo retórico definiéndolo como arena sin cal, es decir, sin consistencia.

> Despreciaba (Calígula) el estilo armónico y elaborado, hasta el punto de que decía que Séneca, que era entonces el autor más apreciado, componía meros teatrillos y que eran arena sin cal[130].

Cuestiones estilísticas aparte, lo que realmente importunaba a Calígula era la postura política del filósofo cordobés. Con sus brillantes discursos y la fama que Séneca ha adquirido como intelectual y político, se ha puesto en el punto de mira. Logra despertar no solo la envidia sino el odio del emperador. Calígula decide condenarlo a muerte pero es convencido por una favorita del tirano de que el filósofo estaba muy enfermo y no era rentable que el emperador cargara con una muerte que la propia naturaleza estaba pronta a ejecutar. Con esta treta, la amiga de Séneca

libró de la muerte al filósofo. En estos tiempos Calígula aún actúa con ciertas reservas y todavía teme a la opinión pública. No ha destapado completamente sus intenciones y actúa con más cautela de lo que lo hará un año después. El filósofo, avisado por sus amigos, abandona temporalmente la política y salva, por el momento, la vida.

> Lucio Aneo Séneca, que superaba en sabiduría a todos los romanos de su época y a otros muchos de otros tiempos, por poco no fue mandado ejecutar, aunque no había cometido ningún delito ni tampoco podía dar la impresión de haberlo cometido, porque pronunció en el Senado, y en presencia del emperador, una hermosa sentencia. Y aunque había ordenado que se le matase, lo liberó porque creyó a una de las mujeres con las que mantenía relaciones. Según ella, Séneca sufría consunción y estaba en un estado de extrema gravedad por lo que habría de morir en poco tiempo[131].

Esta experiencia marcará un punto de inflexión en su vida. Se ha librado por muy poco, gracias a la estratagema de una excelente amiga que ha conseguido engañar a Calígula. No conocemos el nombre de esa mujer que salvó a Séneca para la posteridad. Su reputación de enfermo fue la excusa perfecta para que pudieran ayudarlo. Aquella enfermedad que había estado a punto de matarlo, que fue incluso la que le hizo pensar en el suicidio, se había convertido ahora en el argumento perfecto para salvarle la vida.

A partir de este momento Lucio Anneo Séneca dedicará todos sus esfuerzos no a la retórica sino al estudio y educación del alma humana. Se volcará aún más en la ética y en la política. Ahora escribe tres libros sobre la ira, pensando en Calígula, aunque evidentemente no los publicará hasta el reinado de Claudio. Sabemos que ya había compuesto obras de ciencias naturales sobre peces, piedras y terremotos. Pero ahora, por la cita de Suetonio «*meros teatrillos*» podemos sospechar que Séneca ha podido comenzar a escribir tragedias en la década de los treinta, aunque la mayoría de ellas las escribirá durante el destierro y al final de su vida. Al filósofo lo salva también su reputación. Es un intelectual de prestigio que, a través de sus libros, ha sabido llegar a la opinión pública, forjarse una imagen de escritor de éxito y exponer sus ideas en los campos de la ética, la política y el arte. Esta fama

que ya había alcanzado ante la opinión pública pudo haber contribuido también a salvarle la vida.

El tirano se olvidó por unos meses del filósofo. De hecho Calígula tenía que hacer frente a amenazas más peligrosas que las de un intelectual pacifista como Séneca. Hemos visto que la política del emperador y su régimen de terror habían provocado un complot en el año 39 encabezado por Gneo Cornelio Lentulo Getúlico, jefe del ejército en la Germania Superior. Su hermanastro Lucio Apronio había sido oficial con Germánico y mandaba las legiones de la Germania Inferior. Sabemos que en la conjura estuvo implicado también Marco Emilio Lépido. Esas eran amenazas mucho más peligrosas por el momento.

Lépido era cuñado de Calígula, esposo viudo de su hermana Drusilla. Cuando el emperador abandona el bando de la política de Augusto y se decide por la tiranía, Lépido queda como el más alto representante de la tradición de Germánico. De hecho al haberse casado con Drusilla se había colocado el primero en la línea de sucesión. Era descendiente lejano de Augusto y dicen que el propio Calígula había pensado en él para designarlo sucesor en los tiempos en que tenía buenas relaciones con el Senado. Ahora el emperador ha «enloquecido». Ha optado por la tiranía. Un golpe de Estado pretende sustituir a Calígula por Lépido y procurar que Roma vuelva a la senda de la política augústea.

Pero el complot fue descubierto y le siguió una ola de asesinatos y exilios. Ya hemos comentado cómo el emperador mandó matar a Getúlico, a quien siempre defendió su amigo Séneca. Mandó matar también a su cuñado Lépido y desterró a sus hermanas Agripina y Julia, sospechosas de haber participado en la conjura.

El año 39 es un año clave en la vida del filósofo, tanto desde el punto de vista político como personal. En la esfera de su vida privada es el año de la muerte de su padre. Nadie de la familia se

encontraba cerca cuando falleció pero la madre acudió al instante y los hijos un poco después. Despidieron a Lucio Anneo Séneca el Viejo, un hombre que había luchado toda su vida por conseguir cultura y promoción para sus hijos, igual que la madre y sus tíos. Y lo habían conseguido. El patriarca de los Anneos tuvo el privilegio de una vida larga, había llegado a vivir 94 años, llena de éxitos literarios y personales.

La muerte del padre tuvo lugar pocos meses antes de la transformación de Calígula en tirano, quizá en la primavera del año 39. En otoño de ese mismo año, el emperador ya ha ejecutado a su cuñado y desterrado a sus hermanas. Desde este momento la situación política en Roma se hace insoportable. La represión fue feroz. Pero, en este contexto, cualquier historiador atento descubrirá a través de los hechos una conclusión que puede darse por cierta. Con las propias hermanas de Calígula condenadas al destierro por participar en el complot, con las amistades de Séneca ejecutadas, con el propio filósofo que salva milagrosamente la vida, se demuestra claramente la adhesión temprana de Séneca al partido de las hijas de Germánico. Todos estos personajes que han caído bajo la furia de Calígula están unidos al filósofo por ideología política. Comparten además el triste destino de haber sido perseguidos por el propio emperador. Séneca nunca abandonará el bando de Agripina y Livila, como ellas tampoco lo abandonarán a él, pues siempre unirán su suerte a la del filósofo cordobés.

A mediados del año 40 la situación política seguía empeorando. En mayo vuelve Calígula a Roma. Séneca aún estaba en el punto de mira y podía haber sido otra víctima más del hijo de Germánico. Pero el tiempo jugó a su favor. En pocos meses hubo otro complot en que participaron los propios prefectos del pretorio. En un momento en que el emperador salía del anfiteatro, varios pretorianos lo apuñalaron. Era el 24 de enero del 41. El tirano había sido asesinado

A la muerte de Calígula, Séneca publica *De ira*. El libro trata sobre el control de este impulso, que, según el autor, no puede alcanzar término medio o moderación. El filósofo cordobés no habla de esta pasión desde la teoría, como pudo haberlo hecho Aristóteles. Cuando describe la ira, tiene en mente la actitud de Calígula. Sabe de lo que habla y escribe desde la propia experiencia. Define la ira como una especie de locura transitoria. A partir de ese conocimiento particular logrará hacer una descripción general. Cuando diserte sobre la ira, hablará también de la condición humana, de la necesidad de controlar la violencia y la venganza. El asunto que trata entra dentro de la filosofía o de lo que hoy entenderíamos por psicología pero, entre líneas, sabemos que Séneca está pensando en Calígula.

De ira está dedicado a su hermano Novato y recoge reflexiones de psicología general que pueden aplicarse a las sociedades de todos los tiempos pero, además de todo ello, el filósofo aprovecha para describir la ira del tirano, de Calígula. El cuadro es moral pero también político y social. Desde una perspectiva más general, el concepto de ira que aparece en el libro tiene que ver más con lo que en las sociedades actuales llamamos violencia, crueldad o agresividad[132]. En realidad Séneca ha escrito una obra donde critica la existencia de la violencia en la vida social y política del Imperio romano y, por extensión, en las sociedades de todos los tiempos.

El filósofo censuraba, por tanto, la ira desde el punto de vista ético y también desde el político. Hace un análisis diferenciado de la ira, a la que llama *voluntarium vitium*, vicio voluntario, y la distingue de la *crudelitas* y del *furor*, la crueldad y la locura. Explica que los pueblos civilizados no dominan porque sean iracundos sino porque persiguen la paz.

> Pues la vida humana está fundada en los favores y en la armonía, y no por el terror, sino por el mutuo amor se obliga a la alianza y a la ayuda recíproca[133].

Aunque Séneca no participó en la conjura que acabó con la vida de Calígula ni participará en ningún tiranicidio, el filósofo cordobés comprende la necesidad de sustituir al tirano; está de acuerdo en las medidas que tomaron sus amigos y las propias hermanas de Calígula. En dos ocasiones, y serán las únicas, justifica el tiranicidio. En la primera dice que el tirano, con sus humillaciones, constantes «*le obligó a servirse del hierro*»[134]. Se refiere a Casio Querea, el pretoriano con excelente hoja de servicios, el superviviente del desastre de Varo en Germania, que perpetró el asesinato de Calígula. En otra ocasión alude al endiosamiento del emperador y a sus blasfemias. Considera que aquella actitud indigna pudo ser también motivo de su asesinato: «*No pienso que esta expresión suya tuviera poca importancia a la hora de excitar los ánimos de los conjurados*»[135].

Estos argumentos están en consonancia con la escuela filosófica estoica a la que pertenecía Séneca. El estoicismo está de acuerdo con el tiranicidio en cuanto que restablece el orden natural de la sociedad y además beneficia el alma del tirano, devolviéndole el equilibrio perdido. Más allá de disquisiciones filosóficas, Roma respiró tranquila con la muerte de Calígula. Todos estaban de acuerdo en que había que acabar con aquel régimen de terror.

Los historiadores antiguos presentan a Calígula como un emperador desquiciado, un tirano cruel, sádico y pervertido que inauguró una verdadera cultura del terror en los escasos cuatro años en que gobernó. Es cierto que esos historiadores romanos escriben en una época distinta, bajo las órdenes de emperadores que había que ensalzar frente a los antiguos. Es posible que haya cierta exageración y subjetividad en sus comentarios. Probablemente Calígula, como afirman muchos historiadores actuales, no fuera un loco maníaco coronado pero sí es cierto que fue un emperador tiránico y cruel. Séneca puede aportar también puntos de vista sobre este gobernante, no ya desde la historiografía pero sí desde la filosofía política. Porque su libro *De ira* es una lección

clara de los errores de Calígula y ayuda a entender aquel ambiente de terror y represalias que se vivió bajo su mandato. Las alusiones al tirano son evidentes pero, por si hubiera alguna duda, Séneca cita expresamente la frase «*oderint dum metuant*», que me odien con tal de que me teman, el lema favorito del violento Calígula, palabras que representan fielmente su reinado del terror.

> ¿No pronuncian los hombres airados algunas expresiones… como aquella espantosa y abominable: «Que me odien con tal que me tengan miedo»… No sé qué fue lo peor que deseó para sí, si provocar odio o temor. «Que me odien.» Era obvia para él la continuación, que lo maldecirían, lo acecharían, lo aplastarían: ¿qué añadió?…»Con tal que me teman.» Así no querría yo siquiera ser amado. ¿Piensas que esto fue dicho por un gran espíritu? Te equivocas; pues eso no es grandeza sino dislate. No tienes por qué creer en las palabras de los que se aíran, cuyos estallidos son atroces, amenazadores, por dentro su mente esta aterrorizada[136].

En un solo párrafo, Lucio Anneo Séneca define perfectamente la tiranía. Argumenta el equivocado camino político seguido por Calígula. Explica su fin. Critica su torpeza y crueldad. Y lo hace con serenidad y valentía, al demostrar, al final, que la violencia y la ira nacen de la cobardía.

No es necesario acudir exclusivamente al testimonio de los historiadores para comprender la naturaleza despótica de Calígula. El propio Séneca lo explica en otras obras suyas. Por ejemplo, en *De constantia* muestra la conducta brutal de Calígula hacia los demás y cómo esa actitud tiránica aceleró los planes de asesinato y venganza de sus subordinados. Su descripción del personaje, en un solo párrafo, es verdaderamente magistral y debería estudiarse junto a las que de él hacen los historiadores Tácito y Suetonio.

> Gayo Cesar (Calígula), grosero entre los demás defectos que tenía en abundancia, se dejaba llevar por la singular manía de mortificar a todo el mundo con algún comentario, y eso que él mismo ofrecía ocasión bien favorable para reír: tan grande era la fealdad de su tez pálida, testimonio de su vesania, tan grande la hosquedad de sus ojos agazapados bajo una frente llena de arrugas, tan grande la deformidad de su cabeza desolada y salpicada de cabellos teñidos; añade una nuca rodeada de cerdas y la exigüidad de sus piernas y la enormidad de sus pies. Resulta inacabable, si es que pretendo referir una por una las palabras con las que se mostró grosero con sus padres y abuelos, con los dos órdenes juntos (caballeros y senadores): referiré las que le acarrearon su perdición[137].

En su libro *De ira*[138], vuelve a explicar cómo Calígula se creía más poderoso que los mismos dioses. No hay que desconfiar de la veracidad de Tácito o Suetonio cuando relatan los crímenes de Calígula, Séneca también refiere algunos de ellos en este libro. Y

merecen todo el crédito, porque el filósofo escribe para un público contemporáneo. No podía falsear la realidad sin que se le denunciara inmediatamente ni iba a comprometer su fama de filósofo propagando falsedades. En la obra cuenta también que Calígula daba un paseo nocturno con varios senadores y sus esposas y, de repente, decide degollar, allí mismo y por su propia mano, a algunos de los que le acompañaban.

> Hace poco Gayo César a Sexto Papinio, que tenía un padre consular, a Betilieno Baso, su cuestor, hijo de un procurador suyo, y a otros, tanto senadores como caballeros romanos, en un solo día los hizo azotar y torturar, no por un interrogatorio, sino por un antojo; después, se mostró tan renuente a diferir el placer, que su crueldad le exigía inmenso sin dilación, que, mientras paseaba por la galería de los jardines de su madre (que separa el pórtico de la orilla), junto con unas matronas y otros senadores, iba degollando a algunos de ellos a la luz de un candil[139].

Precisamente Séneca, en su libro *De ira*[140], relata un hecho que nos servirá para algo más que para una anécdota escabrosa. La historia también la cuenta *Suetonio*[141], aunque de pasada, sin los interesantes detalles que aporta el filósofo.

Calígula tenía en prisión a un joven que había despertado su odio simplemente por vestir elegantes ropas y llevar muy bien cuidados sus cabellos. Llega el padre y suplica por la vida del hijo. Calígula ordena ejecutar al joven y, ese mismo día, invita al padre a cenar. Le obliga a sentarse a su lado y a comer y beber con él. Coloca a varios esclavos para que estudien cada gesto del progenitor, sus formas y comportamiento. Le ofrecen vino, perfumes, guirnaldas de flores, todo ello en un agradable ambiente festivo, hasta que Calígula corrobora que el padre no llora ni muestra tristeza por la muerte del hijo. Sabemos, gracias a Séneca, la razón de por qué el padre aguantó sin pestañear todo aquel ultraje. Nos lo dice en dos palabras: *habebat alterum*, es decir, porque tenía otro hijo.

El filósofo cordobés explica también que, cuando el padre se veía obligado a beber, se sentía en todo momento «*no de otra forma que si bebiera la sangre de su hijo*». Y esta cita nos indica que Séneca tenía en su mente la crueldad paranoica y caníbal de Calígula cuando escribió su tragedia Tiestes, donde relata una de sus his-

torias más duras y brutales. En ella un terrible tirano, Atreo, mata al hijo de su hermano Tiestes y se lo sirve en una cena. El padre no sabe nada. Engañado por el déspota, el hermano le incita a comerse a su propio hijo y beber vino mezclado con su sangre, mientras no deja de observarlo. Tiestes, caníbal involuntario de su propio hijo, no lo sabe y solo descubrirá la monstruosidad del tirano al final de la cena.

Todo este análisis detallado y concienzudo lo orienta Séneca hacia la didáctica. Ve la necesidad de aprender del mal ejemplo de Calígula. Busca en todo momento corregir los errores de la tiranía. Y mira hacia el futuro. El tratado *De ira*, que publica en los primeros meses del reinado de Claudio, no es solo una crítica al reinado del César precedente sino también una propuesta de buen gobierno para el actual emperador. Calígula es un tirano paranoico que hace muecas de terror delante de un espejo para practicar la forma de aterrorizar a su interlocutor. Es el hombre impotente que quiere gobernar por el terror, ya que no puede hacerlo por medio de la razón. Es el prototipo del déspota, del hombre colérico y cruel, del gobernante irracional que anula la base de la convivencia y la sociedad.

Pero a la vez que Séneca criticaba la falta de humanidad del tirano y su cobardía también hablaba de la necesidad de entronizar no a un déspota sino a un «buen juez», un gobernante que se esmere en adecuar el castigo a la culpa, que procure ser clemente antes que severo[142]. Y estos comentarios van dirigidos al nuevo emperador. De hecho, según los historiadores, esta pareció ser una de las primeras preocupaciones de Claudio en sus labores como juez[143]. En los primeros meses, para ganar la confianza del Senado, Claudio promete que la ira no perjudicará a nadie[144].

Estas citas demuestran que la influencia de Séneca en la política de su tiempo es enorme. El filósofo cordobés ha puesto sobre la mesa su ideología ética y política. Y esta actitud moral pretende extenderla no solo al mundo de la política sino también al

ámbito personal y privado. Por eso critica, como vimos, a quienes piden libertad y luego se comportan como tiranos en sus propias casas[145]. La educación y la ética incumben tanto a los gobernantes como a los gobernados, porque sin valores éticos compartidos no puede existir paz social.

De ira, el tratado que publica Séneca en el año 41 es de gran importancia política y no pasó desapercibido a nadie. Hay que pensar que Claudio, en los primeros tiempos de su reinado, había rechazado públicamente la crueldad de Calígula y prometía un retorno a la libertad, algo de lo que quiso dar publicidad incluso en la emisión de monedas.

[48] Moneda del emperador Claudio con la leyenda *Libertas Augusta*. Pero la libertad será una mera propaganda. Claudio acabará siendo un emperador autoritario, manejado por su esposa Mesalina y sus libertos.

Estos son los primeros tiempos de su reinado, cuando Claudio se encuentra temeroso y quiere agradar al Senado. El tío de Calígula aún no se ha asentado en el poder y se siente inseguro. Es el momento propicio para que Séneca publique este libro, una obra que puede leerse como un programa político moderado, que evidencia los errores del anterior emperador y propone un camino de buen gobierno al actual.

Estamos a principios del año 41 y el nuevo emperador Claudio puede escuchar las sabias palabras de Séneca. Pero optará por un camino bien distinto.

---

[119] Suetonio *Vida de los doce césares Calígula* IV.8.1.

[120] Y no solo el padre de Séneca, también Tácito en *Annales* IV.34.

[121] Séneca *Consolación a Marcia* 26.1-3.

[122] Suetonio *Vida de los doce césares Tiberio* III.53.

[123] Dion Casio *Historia romana* 59.9.2.

[124] Suetonio *Vida de los doce césares Calígula* IV.22.1.

[125] *Ibidem* IV.22.2-3.

[126] *Ibidem* IV.30.2.

[127] Tácito *Anales* III.65.

[128] Séneca *Cuestiones Naturales* 4. *pref.* 15.

[129] Suetonio *Vida de los doce césares Calígula* IV.22.2-3.

[130] *Ibidem* IV.53.2.

[131] Dion Casio *Historia Romana* 59.19.7-8.

[132] Séneca *De ira* I.18.2.

[133] Séneca *Sobre la ira* I.5.3.

[134] Séneca *Sobre la firmeza del sabio* 18.3.

[135] Séneca *Sobre la ira* I.20.9.

[136] *Ibidem* 1.20.4-5.

[137] Séneca *Sobre la firmeza del sabio* 18.1.

[138] Séneca *De ira* I.20.

[139] Séneca *Sobre la ira* III.18.3-4.

[140] *Ibidem* II.33.3.

[141] Suetonio *Vida de los doce césares Calígula* IV.27.4.

[142] Séneca *Sobre la ira* II.6.2-4 y II.13.2-3.

[143] Suetonio *Vida de los doce césares Claudio* V.14.

[144] *Ibidem* V.38.1.

[145] Séneca *Sobre la ira* III.35.1.

8.

LA SEGUNDA CONDENA A MUERTE: EL DESTIERRO A CÓRCEGA

El 24 de enero del año 41 cosieron a puñaladas a otro Cayo Julio César, como ochenta y cinco años antes lo habían hecho con el famoso Cayo Julio César que inmortalizó Shakespeare en sus tragedias. Pero este otro Cayo Julio César en cuyo cuerpo los pretorianos han clavado ahora sus puñales es el tirano que tuvo por sobrenombre Calígula, el hijo de Germánico, aquel en quien el Senado y el pueblo de Roma pusieron todas sus esperanzas y que a todos defraudó. Calígula murió del mismo modo que César y por los mismos motivos, por pretender el poder absoluto, por ofender y asesinar a los miembros del Senado romano, por querer ser venerado como un dios. No llegó a gobernar ni siquiera cuatro años. Ya sabemos por qué.

Los asesinos no eran ahora senadores hostiles, rivales u opositores políticos. Los asesinos de Calígula fueron miembros de su propia guardia pretoriana, del cuerpo de élite destinado a protegerlo. Los comandaba el mismo Casio Querea, el prefecto del pretorio. El emperador fue apuñalado en el pasillo que conectaba sus estancias privadas con el anfiteatro, donde tenía lugar un espectáculo de gladiadores. En ese momento, su guardia germana, la más fiel, se encontraba lejos. En cuanto se enteraron del crimen, acudieron y empezaron a matar a todos los que estaban cerca. Indiscriminadamente. A un senador que había sacrificado una res en el altar de los dioses lo mataron porque vieron que tenía la toga salpicada de sangre del animal sacrificado y creyeron que el animal sacrificado era Calígula, es decir, que el senador había estado implicado en el asesinato del emperador. No era así. Fue una de tantas víctimas inocentes de aquellos años de terror.

Asesinado Calígula, la situación era aún peor que tras la muerte de Tiberio. Ahora sí había un verdadero vacío de poder.

Calígula había muerto sin sucesor. Sus hermanas estaban lejos, ambas habían sido condenadas al exilio. Se celebró una reunión extraordinaria y urgente del Senado, que se dividió en dos posturas opuestas: vuelta a la República o nombramiento de un nuevo emperador.

Llevaban dos días deliberando y los padres de la patria no se ponían de acuerdo. Los senadores estaban divididos. Pero la postura de Séneca es previsible: defiende el partido de Germánico. El cordobés piensa que, tras el asesinato de Calígula, urge restaurar la legitimidad en el poder. Y esa legitimidad viene del espíritu y la sangre de Augusto. Séneca apuesta por buscar la sucesión en las hijas de Germánico: Livila y Agripina. La última ha enviudado pero Livila está casada con Marco Vinicio. Ella puede aportar al marido la legitimidad necesaria para ser emperador. Es la decisión más sensata.

Otros senadores se oponen a esta propuesta y defienden la vuelta a la República. Séneca sabe que esa opción es inviable desde hace mucho tiempo. Tiene trayectoria histórica y familiar suficiente como para saber que esa vuelta atrás es una quimera. El filósofo cordobés aboga por una monarquía moderada, al estilo de Augusto, un régimen en que el Senado sea garante de las libertades y el buen gobierno. Es partidario de un reinado en la línea política de Octavio Augusto, encarnado en emperadores que lleven en sus venas la sangre de aquel que inauguró el principado y que dará al trono suficiente legitimidad para el poder. A partir de aquí se entiende que algunos conjurados que participaron en el asesinato de Calígula quisieran llevar al poder a Marco Vinicio, marido de Julia Livila. Es la propuesta más segura y, posiblemente, fue la que Séneca defendió en el Senado. Y por eso, cuando la emperatriz Mesalina tenga todo el poder en sus manos, mandará matar a Vinicio, no porque se resistiera a sus amores, como se rumoreaba por toda Roma, sino porque, como per-

teneciente a la familia de Germánico, representaba un peligro inminente para su ambición de poder.

Y mientras los padres de la patria discutían si volver a la República o mantener en el trono a un miembro de la familia de Germánico, la guardia pretoriana ha descubierto al tío de Calígula escondido tras unas cortinas y lo nombra emperador. El Senado asiste a la escena impotente. Con la subida de Claudio al poder se pone de manifiesto que el sistema del principado se ha convertido en una dictadura militar.

[49] Lawrence Alma-Tadema (1836-1912) recrea en este cuadro el momento en que un miembro de la guardia pretoriana descubre a Claudio oculto tras unas cortinas, muy cerca del asesinado Calígula, que yace en el suelo.

Claudio es nombrado emperador por propia iniciativa de los soldados y sin contar con el Senado. Se introduce un peligroso precedente en la sucesión imperial que hará correr ríos de sangre en el futuro. Por su parte, los senadores no pueden objetar nada ante esta política de hechos consumados.

Lucio Anneo Séneca encaja la derrota y continúa con su labor. Publica su libro *De ira* en los primeros meses de reinado de Claudio. La obra es una aportación importante al momento político: es un verdadero tratado sobre la monarquía y puede leerse como un ideario de gobierno cuyas directrices están basadas en la razón. Es un libro muy interesante que, sin duda, leyeron Claudio y sus asesores, porque la actitud del nuevo emperador en los primeros meses de reinado fue la de congraciarse con el Senado y adoptar algunas de las ideas que proponía Séneca en esta obra. Aquel sueño duró poco. A Claudio le pasó como a casi todos los

emperadores de la Dinastía Julio-Claudia: empezaron con cierto respeto al Senado y con intenciones de buen gobierno, para acabar en la más profunda tiranía o el más rancio absolutismo.

Ya hemos visto que el libro *De ira* es una crítica directa a la tiranía de Calígula, cuyo reinado se basó en la cólera y la violencia. Pero, además, la obra mira hacia el futuro. En ella, el filósofo cordobés buscaba y reclamaba la presencia de un emperador que defendiera las libertades, un gobernante que no se dejara llevar por la paranoia, ni la locura. Séneca recomendaba un juez sereno y equitativo al frente del Imperio. Explicaba que el principio de toda política es un f*oedus inter homines*, un pacto entre seres humanos, basado en la razón y la justicia.

Aunque Claudio mitigó el régimen de terror instaurado por sus predecesores, su gobierno fue autoritario y reprimió por la violencia cualquier tipo de oposición política. Evidentemente, la situación mejoró un poco con respecto al reinado de Calígula. La clase senatorial se recobró. Los procesos de lesa majestad, excusa para la liquidación de enemigos políticos, fueron suspendidos. El emperador se presentaba en persona en el Senado para defender sus propias propuestas. Sin embargo los senadores no podían estar más en desacuerdo con la política de Claudio. Sus maneras eran autoritarias. Al administrar justicia no lo hacía según las leyes sino siguiendo su estado de ánimo. Su proceder era muchas veces irreflexivo y caprichoso. Muchos incluso pensaban que estaba incapacitado para las labores de gobierno. La facción estoica estaba descontenta y los opositores trabajaban en la sombra.

A comienzos del reinado de Claudio, Furio Camilo Escriboniano, legado de Dalmacia, fue proclamado emperador por sus tropas. Inmediatamente en Roma muchos se pusieron de parte del rebelde. El golpe fue abortado por las legiones pero Claudio, que ya era un hombre inseguro, se volvió más tímido y desconfiado aún.

En las cuestiones referentes a la organización del Imperio, su único acierto fue haberse rodeado de buenos colaboradores, capaces y trabajadores. Ellos pudieron desarrollar su labor sin obstáculos y acrecentaron el aparato burocrático del Estado, que ya había empezado a levantar Augusto.

Pero Claudio no confió en el Senado para la administración del Imperio y en esto se opuso frontalmente a la política de Augusto. El nuevo emperador se sirvió principalmente de libertos, antiguos esclavos que habían sido liberados y que trabajaban al servicio personal de Claudio y de su esposa Mesalina. Lo que hicieron sus libertos fue burocratizar más el Imperio, ampliando lo que había hecho Augusto y Tiberio pero a un nivel de complejidad aún mayor. Se crearon distintos departamentos a manera de nuestros actuales ministerios para tratar los diversos ámbitos de la administración del Estado: oficinas para la correspondencia en latín y griego, departamentos encargados de las peticiones al emperador, de cuentas y economía, de asuntos legales, jurídicos, etc. El personal estaba compuesto a base de antiguos esclavos y administradores de confianza. Y fueron hombres de gran poder, criticados por el Senado que los consideraba unos advenedizos y que veía cómo estos libertos se cubrían con los mismos honores y cargos que a ellos les habían correspondido en tiempos de Augusto.

La desconfianza hacia Claudio y sus maneras autoritarias propiciaron las críticas de la mayor parte del Senado. Casi todos se quejaban en Roma de que el emperador admitiera en su triunfo militar a su eunuco Posides. No aceptaban que además le otorgara distinciones militares. A su liberto Félix, que había sido esclavo, lo nombró gobernador de Judea y estuvo casado con tres reinas. A Hárpocras le dio el derecho de ir en litera por Roma y dar espectáculos públicos, privilegios hasta el momento reservados solo a los senadores y que ahora, en el reinado de Claudio, ostentaban orgullosos sus libertos. Todo aquello era vivido por la

élite senatorial como un imperdonable insulto. El liberto Polibio, favorito del emperador, se paseaba entre los dos cónsules, ostentando mayor poder y dignidad que cualquier senador. Sus otros libertos Narciso y Palas alcanzaron los cargos de cuestor y pretor. Amasaron una fortuna monumental gracias a sus millonarias corruptelas. Hasta el punto de que, un día en que Claudio se quejaba en el Senado de la escasez del tesoro imperial, le contestaron los senadores, sin que el emperador lo entendiera, que las arcas del Estado rebosarían si sus dos libertos lo admitieran como socio. Estas anécdotas que nos cuenta Suetonio[146] indican el tremendo descontento que cundía en la Curia. El historiador aporta detalles de los dos sentimientos comunes que los senadores y la opinión pública tenían sobre el reinado de Claudio. Por un lado sus libertos nadaban en lujo y dignidad sin que nadie los controlara, es decir, manejaban al César a su antojo. Por otro lado el emperador despreciaba al Senado, al confiar el gobierno a los libertos y despojar al orden senatorial de los privilegios que había tenido en el pasado.

Suetonio lo explica claramente en dos frases:

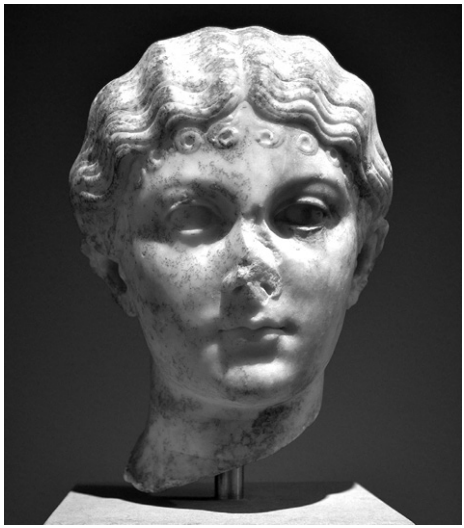
> Entregado, como he dicho, a sus libertos y a sus esposas (Claudio), se comportó no como un príncipe sino como un servidor; distribuyó los honores, los ejércitos, las gracias o los suplicios según el deseo o incluso la simpatía o el capricho de cada uno de éstos y ciertamente sin saberlo y sin darse cuenta[147].

La inmensa mayoría del Senado, y por supuesto Séneca entre ellos, estaba de acuerdo, a pesar de lo que diga Robert Graves, en que Claudio era un engreído y en que no tenía personalidad ni aptitudes para el gobierno. De hecho el Imperio fue gobernado por otros: por sus libertos y, en especial, por su esposa Mesalina.

Los historiadores antiguos consideran que, Mesalina, con solo 16 años, manipulaba al cincuentón Claudio a su capricho. Las fuentes coinciden en presentar al emperador como un hombre fácilmente controlable, siempre manejado por sus mujeres y libertos. Y Mesalina no tenía competidoras en los momentos en que su marido alcanza el poder. Tiene todo el control y los liber-

tos la temen. No hay otra mujer que pueda ejercer la más mínima influencia sobre Claudio, a excepción de las dos sobrinas del emperador, Livila y Agripina, las hijas de Germánico, mujeres de la familia imperial que tenían tanta o más legitimidad que ella para detentar el poder. Las hijas de Germánico también tenían un modo diferente de ver la política, gran inteligencia y mayores aspiraciones que la propia emperatriz. Mesalina recelaba especialmente de Julia Livila, una mujer hábil y ambiciosa, que además era muy querida por su tío Claudio.

El mismo año en que las hermanas de Calígula vuelven del destierro se produce la condena de una de ellas, la más cercana a Claudio. La emperatriz Mesalina promueve una acusación de adulterio contra Livila y Séneca. Es una imputación muy seria que puede acarrearles la condena a muerte o el destierro.



[50] La emperatriz Mesalina ha pasado a la historia como una mujer manipuladora, de lujuria desenfrenada.

Julia Livila es la hermana de Calígula, la mujer que había sido acusada por este de haber cometido adulterio con su cuñado Marco Lépido y desterrada a las islas Poncias. Cuando su tío Claudio alcanza el Imperio, Livila es amnistiada, recibe el perdón y vuelve a Roma. Pero Mesalina sabe que la joven es una peligrosa competidora. Para volver a quitarla de la circulación, la

acusa de nuevo de adulterio, el comodín más usado para acabar con los enemigos políticos. El hecho de que el presunto «compañero de adulterio» sea Lucio Anneo Séneca indica claramente que el filósofo ya era un hombre que estaba en primera fila de la oposición política y que tenía un trato muy cercano con los miembros de la familia imperial de la rama de Germánico. El proceso judicial fue expeditivo y vertiginoso. Duró apenas tres días. A Séneca se le aplicó la *Lex Julia de adulteriis*, que imponía la pena de muerte a quien cometiera adulterio con un miembro de la familia imperial. El proceso careció de todas las garantías legales. El filósofo no pudo defenderse ante el Senado. No pudo ejercer su derecho a la palabra. Fue condenado a muerte, pena que se le conmutó por el destierro en un acto de hipócrita clemencia. Y así, quien ya era la figura más célebre del Senado y el opositor más cualificado de la curia se vio envuelto en una acusación que posiblemente arruinó su primer matrimonio (su único hijo había muerto veinte días antes) y estuvo a punto de acabar también con su vida. Séneca era entonces el líder de la oposición senatorial y el hombre con más autoridad moral dentro del Senado. Mesalina, de un solo golpe enviaba al destierro a sus dos enemigos más peligrosos: al político y a la rival. La emperatriz había conseguido anular a los dos personajes más poderosos que podrían haber menoscabado sus ansias de poder. Ambos sufrieron la crueldad del destierro. Séneca fue exiliado a Córcega. Se le confiscó la mitad de su fortuna. Livila, su supuesta protectora o amante, primero fue desterrada. Moriría asesinada al año siguiente por órdenes de Mesalina.

Ante este momento clave en la vida de Séneca cabe preguntarse: ¿Fue falsa la acusación o hubo realmente adulterio?

Pretender hacerle un juicio justo a Séneca dos mil años después de su condena al destierro sería una reparación hermosa pero inútil. Ante todo sería una tarea imposible. No hay datos que nos confirmen si la condena tuvo base real o si fue un artilugio

inventado para la represión política. Es cierto que la mayoría de los estudiosos coinciden en que el filósofo era un hombre sobrio, comedido en su forma de vida, de comida sencilla, consumidor moderado de vino o abstemio, poco proclive al desenfreno sexual y a la promiscuidad. Pero nadie puede descartar que tuviera una aventura con Julia Livila. Aquello pudo haber ocurrido o no. Precisamente por la imposibilidad de saber con certeza si hubo o no adulterio, el tema de su destierro ha hecho correr ríos de tinta. Es un asunto muy controvertido y difícil de dilucidar. Esta acusación de adulterio con una de las hermanas de Calígula ha hecho pensar a algunos autores en Séneca como un gran seductor, una especie de piquito de oro conquistador. Syme intuye que el filósofo era admirado por las princesas de sangre imperial, por las hermanas de Calígula. Lo pinta como un intelectual que gustaba a las mujeres. La acusación de adulterio con Livila se vio reforzada años después por otra que tuvo que afrontar por parte de los consejeros del siguiente emperador, cortesanos que lo odiaban y querían apartarlo del poder. Lo acusaron de adulterio con la propia madre de Nerón, Agripina.

[51] Busto de Julia Livila, acusada de adulterio con Séneca. Tras su asesinato un año después, Agripina será la única de los seis hijos de Germánico que sobrevive al reinado de Claudio.

La verdad es que esta imagen de un Séneca seductor, un hombre ante cuyo verbo fácil caen rendidas a sus pies las mujeres más bellas del momento, no deja de ser una novelesca conjetura sin base real alguna. Creo que poco importa si fueron ciertos o no esos rumores en el devenir de un hombre que ha de ser admirado por su legado intelectual más que por su vida privada. Algunos piensan, no obstante, que sería un demérito, una falta moral, una postura hipócrita, esa presunta actitud mujeriega suya. Se piense lo que se piense, lo cierto es que no hay base alguna que indique que la acusación de adulterio fuera cierta. Es más, lo desmiente el sentido común. Y no solo la actitud de Séneca ante el matrimonio, por ejemplo con su esposa Paulina, con quien el filósofo se nos revela como un hombre que está realmente enamorado de su mujer en unos tiempos en que lo habitual eran los matrimonios de conveniencia. Séneca era también un hombre con gran apego al clan, amante de la familia y los amigos, y no encaja en su pensamiento ni en su carácter la imagen de ese hombre enamoradizo y adúltero con que se le quiso etiquetar en su época, probablemente por puros motivos de desprestigio político.

Pero hay otros datos que muchos pasan por alto y que son muy reveladores. No olvidemos que la acusación de adulterio entre Séneca y Livila parte de la esposa del emperador, de Mesalina. La emperatriz es la que acusa. Tácito contaba el hecho en unos libros perdidos, desgraciadamente, pero en una alusión posterior describe la acusación de adulterio como «*maquinaciones*»[148] de Mesalina. Y la acusadora, además, no es un modelo de virtudes. Desde luego es una mujer que no tiene ninguna autoridad moral para presentar este tipo de acusación. Suetonio, aunque se torna en historiador de prensa rosa en ocasiones, nos muestra una Mesalina depravada, cuya falta de moral y salacidad ha pasado a la historia como paradigma de la degeneración sexual. Los historiadores antiguos presentan a Mesalina como a una ninfómana. Los modernos añaden que fue una mujer inteli-

gente, astuta, ambiciosa y con unas dotes portentosas para la intriga política. Probablemente fuera todo eso a la vez. El sexo era también en esta época un instrumento para las intrigas políticas y más aún a estas alturas del poder. Es evidente que Mesalina se excedió en este terreno, aunque tampoco sería justo juzgar a la emperatriz por su fama lasciva. Pero sí por sus obras. Hay un acontecimiento que sucede después de la condena de Séneca y en la que Mesalina está también directamente implicada. Es un hecho que no se suele citar pero que tiene una extraordinaria importancia para poder dilucidar si aquella condena por adulterio era cierta o solamente fue una maniobra política para eliminar a los competidores.

En aquellos tiempos Mesalina se había enamorado de un actor de moda llamado Mnéster. Este joven era la delicia de todas las damas de la alta sociedad romana pero mantenía relaciones con Popea, la madre de aquella que luego será segunda esposa de Nerón.

Pues bien, Mesalina ambicionaba el amor de Mnéster pero le estorbaba su actual amante Popea. Por otro lado envidiaba también los magníficos jardines de un cónsul riquísimo llamado Valerio Asiático. La estrategia de Mesalina fue la siguiente: acusó de adulterio a Popea y Valerio Asiático. De este modo consiguió la muerte de ambos. ¿Y a quién benefició aquella doble muerte? Decían los romanos que para encontrar al culpable de un crimen bastaba responder a la siguiente pregunta: *cui prodest*?, es decir, ¿a quién beneficia? Es lo que hoy se conoce como el móvil del crimen. Pues bien, la beneficiada de esta acusación fue Mesalina. El guapo Mnéster quedó libre y se convirtió en amante de Mesalina. Los jardines de Valerio Asiático pasaron a ser posesión también de Mesalina. De un golpe la emperatriz consiguió amante y nido de amor al mismo tiempo. La jugada fue perfecta. Y le salió tan bien que, seguramente, la había experimentado ya con Livila y Séneca.

Todas estas maquinaciones de Mesalina las puede llevar a efecto porque Claudio es un emperador tímido, manipulable, dúctil. Además está asustado, teme las conspiraciones. Es un hombre torpe e inseguro, manejado totalmente por su esposa. De hecho todas sus mujeres lo manejaron a su antojo.

Si Mesalina utilizó una falsa acusación de adulterio con Popea y Valerio Asiático para saciar su lujuria y su lujo, ¿por qué no pudo hacer lo mismo con Séneca y Livila para alejar de su marido a los dos personajes que podían acabar con sus sueños de poder y estorbar su control absoluto sobre Claudio?

Ante la falta de datos históricos, cada cual podrá forjarse su propia opinión. Pero seguramente el presunto adulterio fue una falsa acusación para hundir la carrera de Séneca y exiliar primero y asesinar después a su competidora Livila, aquella hermana de Calígula, sobrina de Claudio, princesa de sangre imperial muy amada por su tío, hija del gran Germánico. El proceso y la condena se llevaron a cabo a una velocidad de vértigo, en menos de tres días, sin probar ninguna acusación y sin conceder a los reos el derecho de defensa. Así lo explica el historiador Suetonio:

> Hizo matar por una acusación dudosa y sin haberles permitido defenderse a Apio Silano, su consuegro, y a las dos Julias, la una hija de Druso y la otra de Germánico[149].

Con «Julia hija de Germánico» Suetonio se refiere a Julia Livila, la «supuesta compañera de adulterio de Séneca».

Agripina se quedó sola. Era ahora la única descendiente de Germánico que permanecía con vida, la única de los seis hermanos que había sobrevivido a Tiberio y Claudio. ¿Por qué no acabó Mesalina también con ella? Puede que pensara que no suponía ningún peligro por el momento. No estaba tan apegada a Claudio como su hermana. No era tan atractiva. Era diez años mayor que la propia Mesalina. Pero quizá fueran los lazos familiares los que le salvaron la vida. Agripina era cuñada de la madre de Mesalina. Había estado casada con Gneo Domicio Enobarbo, primo hermano del emperador Claudio. De su marido había te-

nido un hijo, el futuro Nerón. Este niño era además uno de los sobrinos más queridos de Domicia Lépida, una mujer que siempre tuvo gran influencia sobre su hija Mesalina. La madre de la emperatriz, que tanto amaba a su sobrino Nerón, no querría que el muchacho quedara huérfano. Quizá el hecho de ser madre viuda de Nerón salvó la vida a Agripina. Sobrevivió, por tanto, como única hija viva del antaño extenso linaje de Germánico.

[52] Agripina la menor, conocida como Agripinilla. En tiempos de Claudio es la única superviviente de la familia de Germánico. Estar emparentada con la familia de Mesalina pudo haberle salvado la vida por el momento.

Por su parte, Lucio Anneo Séneca continuará en el destierro mientras viva Mesalina.

Todos estos hechos demuestran que el filósofo y Agripina se conocían ya desde tiempos de Calígula y coincidían en diagnósticos y objetivos sobre el rumbo que había de tomar el Estado. Eran muchos los amigos comunes que habían enterrado y llorado por motivos políticos, entre ellos la propia hermana de Agripina. Los tres habían sufrido y seguirán sufriendo la represión: Livila desterrada, como el filósofo, y después asesinada. La misma suerte correrán Agripina y Séneca de manos de Nerón.

Desde su destierro en Córcega, Lucio Anneo Séneca prosigue su actividad política. Ahora escribiendo. Porque escribir es también una forma de combatir, una actitud política que anula el olvido, objetivo fundamental de la pena del destierro. El filósofo escribe y sus contactos en Roma se encargan de llevar a cabo un programa de publicaciones que se reveló muy eficaz. Hay varios amigos influyentes de Séneca que le prestan ese apoyo en la capital del Imperio, difundiendo sus libros y haciendo que la opinión pública no se olvidara de él. En esta etapa de su vida escribe obras de muy distinto tipo. El filósofo compone primero un tratado científico *De forma mundi* cuya existencia conocemos solo por un fragmento[150] en que describe un universo esférico según la teoría cosmológica del estoicismo. En aquel escrito que nos sirvió para conocer a su madre, *Consolación a Helvia*, Séneca co-

menta que en los primeros meses de su destierro ocupa su mente en actividades superficiales pero también en la búsqueda de la verdad a través de estudios sobre la naturaleza y el universo.

> … mi espíritu, exento de todo cuidado, tiene tiempo para sus actividades y tan pronto se recrea en estudios más superficiales como se remonta, ávido de la verdad, a indagar su naturaleza y la del universo. Primero examina las tierras y su situación, luego la condición del mar y sus flujos y reflujos alternantes; entonces estudia todo lo que se extiende, plagado de espantos, entre el cielo y la tierra, y este espacio agitado por truenos, rayos, vendavales y aguaceros, nieve y granizo; en ese momento, cuando ya ha recorrido las partes más bajas, se lanza a las más altas y disfruta del hermosísimo espectáculo de las cosas divinas: acordándose de su propia eternidad, alcanza a todo lo que ha sido y ha de ser a través de todas las épocas[151].

En el destierro escribirá también poemas, algunas tragedias y dos consolaciones. A los primeros puede referirse cuando habla de estudios más superficiales que los puramente filosóficos o científicos. Es muy probable que se estrenaran en Roma varias tragedias de Séneca mientras él vivía en el destierro. De esta forma se explicaría el crecimiento de su fama entre la opinión pública y su prestigio como intelectual exiliado por el poder. Se acrecienta en estos ocho años de destierro la imagen de un escritor, intelectual y senador, injustamente relegado a un islote pedregoso. El filósofo la describe como «*roca yerma y erizada de espinas*»[152]. Séneca se encargará de pintar la isla de Córcega con adjetivos más duros que los reales, para así enfatizar la dureza del castigo.

> ¿Qué se puede hallar tan desnudo, tan escarpado por todas partes como esta roca? ¿Qué más yermo en cuanto a los recursos? ¿Qué más agreste en cuanto a los hombres? ¿Qué más horrible en cuanto a la situación misma? ¿Qué más extremado en cuanto al clima?[153].

Séneca exagera la crudeza del lugar. Córcega no era un mal destierro. Estaba a menos de dos días de Roma en barco. Era lugar de paso con excelentes puertos para quienes viajaban a Roma desde Hispania. La isla tenía una colonia romana, algo de vegetación y no tan mal clima como del que se lamenta Séneca. En realidad, las quejas le sirven al filósofo como denuncia de su situación. Está implícitamente comparando su destierro con el de un represaliado famoso, Ovidio, sin citar su nombre. Al referirse a hombres incultos que no hablan latín y al quejarse de la crudeza del clima, todo romano de la época pensaba en el destierro de

Ovidio, con el que Séneca querrá compararse e incluso identificarse, por compartir con el gran poeta los motivos del destierro: la represión política.

Pero se apartará de Ovidio en cuanto a la actitud que ambos tomen ante el exilio. Séneca, además de poeta, es filósofo. Y, por lo tanto, mostrará una postura valiente en el destierro, una actitud de altura filosófica, de valor y fortaleza frente a la adversidad. Su estrategia es muy hábil y, gracias a ella, sus escritos tuvieron que influir poderosamente en la opinión pública romana. Mientras Séneca enfatiza las privaciones y la falta de libertad, pone la filosofía como remedio para este y para males mayores. Gracias a su fuerza interior, a la filosofía y al cultivo del espíritu, podrá vencer el castigo desde la altura filosófica. Dirá que es el espíritu el que hace que alguien sea rico y libre. El recurso a la interioridad, a su ser y su alma, será refugio de fortaleza ante la injusticia. La idea está ya aquí, en estas primeras obras, aunque la desarrollará plenamente al final de su vida en sus famosas *Cartas a Lucilio*.

> El espíritu es el que nos hace ricos: él nos sigue a los destierros y en la más rigurosa soledad, en cuanto encuentra lo suficiente para sustentar el cuerpo, disfruta en abundancia de sus propios bienes: el dinero no toca en nada al espíritu, no más que a los dioses inmortales. … recorre (el espíritu) las regiones divinas con el pensamiento veloz y alado. Por esto nunca puede padecer destierro, libre como es y pariente de los dioses, comparable al universo entero y a la eternidad. En efecto, su pensamiento vaga por todo el cielo, se proyecta a cualquier tiempo pasado y por venir… el espíritu es ciertamente inviolable, eterno y no se le puede poner encima la mano[154].

Por un lado, expone desde la filosofía que su espíritu es libre y no le afecta el destierro. Por otro, las poesías que escribe, o se le atribuyen desde el exilio, inciden de nuevo en la crudeza del lugar y la injusticia del castigo:

> Córcega es una isla salvaje,
> encerrada entre cimas abruptas,
> espantosa, enorme, rodeada
> de lugares desiertos por doquier.
> Su otoño no produce frutos,
> su verano ninguna cosecha,
> el blanco invierno no trae
> las aceitunas que nos regala Atenea.
> La lluviosa primavera no nos aporta
> la alegría de ningún fruto.
> Ni una brizna de hierba nace

en este suelo maldito.
No hay pan, ni un sorbo de agua,
ni siquiera fuego para mi incineración.
Aquí solo hay dos cosas: el desterrado y su destierro[155].

Séneca quiere difundir por toda Roma que el destierro es una muerte en vida. El exilio se describe tan duramente que el poeta da a entender que una muerte real, y no esta muerte simbólica que es el destierro, sería un castigo más humano. La misma idea la expresa en este otro epigrama:

Córcega, terrible cuando te abrasan
los primeros calores del verano.
Y más cruel aún, cuando asoma
su rostro la feroz canícula.
Córcega, ahorra sufrimientos a tus exiliados,
es decir, ahorra sufrimientos
a los que aquí estamos ya sepultados.
¡Que tu tierra descanse
sobre las cenizas de los vivos![156].

Séneca incluso le da la vuelta en el último verso al famoso lema del epitafio romano presente en todas las tumbas: *STTL*, *Sit tibi terra levis*, es decir, que la tierra que te cubre te sea ligera, algo así como nuestro epitafio actual «descanse en paz». Aquí no son las cenizas del cadáver las que descansan en paz porque les sea ligera la tierra que las cubre. Es la tierra la que descansa sobre las cenizas de los que viven, como si el exiliado fuera un muerto en vida.

Se puede pensar que estas poesías, tragedias y tratados filosóficos que escribe Séneca en el destierro cumplen tres papeles importantísimos y a la vez complementarios. Las tragedias que se estrenan en Roma despiertan en la opinión pública interés por conocer al autor, al escritor famoso, al hombre que posiblemente sea ya el compositor dramático más importante de Roma. Las poesías, por otra parte, hablan de ese ser humano exiliado que sufre y padece la crueldad del destierro. Por último, los escritos filosóficos realzan la capacidad y fortaleza con que lo afronta. No es de extrañar que en Roma nadie se olvidara de Lucio Anneo Séneca. Porque de eso se trataba, de que el destierro no hi-

ciera olvidar a la opinión pública la gran figura del intelectual y político, represaliado injustamente por el poder.

Sus amigos Pasieno Crispo y Cesonio Máximo le prestan el apoyo mediático que necesita, publicando y difundiendo sus obras en Roma. También Agripina se encuentra ahora en la capital del Imperio. Antes de que Claudio alcanzara el trono, había enviudado en el exilio. Luego, asesinado su hermano Calígula, Claudio le permitió volver del destierro. En el año 41 ya está en Roma y pronto se casará con el rico e influyente cónsul Pasieno Crispo, uno de los mejores amigos de Lucio Anneo Séneca. Hemos visto que Pasieno era nieto de un famoso orador que el padre del filósofo cita en su obra. Una vez más se aprecia la benéfica sombra del progenitor, la importancia de las amistades que legó a su hijo.

Sabemos que, desde sus años de juventud, el padre había entablado relaciones con personas importantes e influyentes, amistades que reforzarán sus vástagos y que se extenderán a hijos y nietos. El ejemplo más característico es Pasieno, que llegó a ser uno de los mejores amigos de Séneca. Y Pasieno no es un personaje menor. Ya era cuñado de Agripina por estar casado con Domicia, la hermana de Domicio Ahenobarbo, primo hermano del emperador Claudio y primer marido de la madre de Nerón. Ahora que Agripina ha quedado viuda, Pasieno se divorcia de Domicia y se casa con ella. Estos influyentes personajes que están relacionados y emparentados con la familia imperial son buenos conocidos de Séneca y todos han compartido situaciones de gran peligro. En los tiempos en que Calígula ejecutó a su cuñado y desterró a sus hermanas, fue asesinado un gran amigo de ambos: Cornelio Léntulo Getúlico. Y, sin duda, ellos dos estuvieron también en la lista negra de Calígula pero ya sabemos que el filósofo salvó la vida por poco y Pasieno por haberse retirado de la escena política. Ahora, los amigos de siempre apoyan a Lucio Anneo Séneca. Es muy probable que Agripina, al igual que su

marido Pasieno, también haya ayudado en estos años al filósofo, a través de la difusión de sus escritos, colaborando en el objetivo común: que Séneca siga estando presente en la política de Roma a pesar de su destierro. Su inteligencia y la fama merecida como escritor harán que las palabras del filósofo cordobés pasen de mano en mano en Roma e influyan, a pesar de la distancia, de forma decisiva en la opinión pública del momento.

Ya hemos visto que ha publicado la *Consolación a su madre Helvia*, escrita en el año 42, justo al inicio del exilio a que es sometido por el emperador Claudio. En los primeros capítulos se ha citado la obra para retratar a la madre y el ambiente familiar del filósofo en sus primeros años de vida. Pero no es esa la principal intención que mueve a Séneca a escribir esta *Consolación*. Ahora analizaremos la importancia que tiene este escrito desde el punto de vista político.

No olvidemos el género a que pertenece el libro: recordemos que la consolación no es una carta privada, destinada únicamente a consolar a un familiar o amigo por la muerte de alguien. Es ante todo un escrito destinado a la publicación. Séneca está pensando desde el primer momento en un público lector. Su obra es también un pretexto para dar a conocer sus ideas y defender su causa. Pero especialmente es una monumental llamada de atención. El filósofo le está diciendo a la opinión pública que no se olvide de que él está desterrado, de que ha sido castigado injustamente. En Roma, a través de sus libros, se escucha la voz de un hombre que ha sido condenado sin derecho a defenderse, un miembro del Senado que pertenece a una rica y honesta familia, un filósofo, pacifista y sabio, que languidece desterrado injustamente por orden del emperador.

Cada uno de los ejemplos históricos (*exempla*) que Séneca utiliza en este libro tiene una intención y una repercusión. Cada cita encierra un mensaje sutil que cualquier romano de la época sabía interpretar perfectamente. Por ejemplo, cuando habla de

Marcelo[157] elogia sus virtudes estoicas en el exilio. Habla de Marcelo como el hombre justo cuyo destierro hizo enrojecer de vergüenza a Julio César. Del mismo modo el injusto destierro de Séneca debe hacer enrojecer de vergüenza a Claudio.

También habla de Bruto como héroe de la oposición senatorial contra la tiranía. Y, aunque el ejemplo queda históricamente lejos, no olvidemos que Bruto es el asesino de César, el asesino del tirano. Hablar bien de Bruto en tiempos de Tiberio y calificarlo como el «último romano», es decir, el último hombre digno de llamarse romano por su defensa de la libertad, fue lo que produjo la persecución y muerte de Cremucio Cordo, el historiador padre de Marcia cuya consolación escribió el filósofo al inicio de su carrera política. Citar a Bruto no supone, por tanto, citar un inocente ejemplo histórico. En tiempos de Séneca, Bruto sigue siendo un símbolo, un tiranicida, un ejemplo y aviso de lo que puede pasar si los emperadores escogen el camino de la tiranía, del desprecio al Senado. El año anterior a la publicación de esta obra había sido asesinado Calígula, igual que antaño Julio César. Ambos se llamaban Gayo Julio César. Y si el conquistador de las Galias fue asesinado en el propio edificio del Senado, en un lugar público, sede de la política y el gobierno de Roma, ahora Calígula había sido asesinado en sus propias estancias privadas, en un pasillo que comunicaba lugares palaciegos de su propiedad. Y ese otro Bruto, que ahora se llama Casio Querea, ha clavado su puñal en el cuerpo del tirano hace tan solo un año.

Hablar por tanto de Bruto no es un asunto inocente. Séneca puede defenderse y disimular diciendo que alude a un ejemplo de la historia de Roma pero cualquier romano de la época ve las similitudes con la situación política contemporánea. El filósofo está avisando, de buena fe, de los peligros del autoritarismo. No defiende el tiranicidio ni amenaza con él. Solo da consejos de alto nivel, apunta líneas estratégicas de gobierno. Se mantiene muy presente en la política romana a pesar del destierro.

La postura de Séneca ante el tiranicidio es tremendamente realista. Está impregnada de un pragmatismo que a muchos puede parecer inmoral, si lo analizamos desde postulados particulares y subjetivos pero que no puede ser más coherente con su pensamiento. También aquí sigue la línea clásica de la filosofía estoica: los estoicos piensan que matar a un tirano es un acto útil para la patria y para la propia alma del tirano. Pero Séneca solo justificará el tiranicidio si no hay peligro para el Estado y los ciudadanos, si no hay peligro de caos y guerra civil. Solo lo justificará y de modo muy sutil en el caso de Calígula, cuando diga que el tirano «obligó» a los pretorianos a volver la espada contra él. En el caso de Julio César, el filósofo dirá que aquel tiranicidio fue un error. Y no porque lo considere moralmente reprobable sino por puras razones prácticas. Séneca no será partidario del tiranicidio cuando el crimen pueda degenerar en una guerra civil. Ese es el mayor mal para los estoicos. Ese es el verdadero crimen: la guerra civil. Y la historia le dará la razón. El asesinato de César condujo a dos contiendas fratricidas. La situación no se repetirá hasta el tiranicidio de Nerón, que desembocó en una terrible guerra civil que no terminará hasta la llegada de Vespasiano.

Los libros que Séneca publica en el exilio, como los que publicará toda su vida, tienen una importancia política, social, filosófica y moral que permite leerlos desde diferentes ópticas. También en esta *Consolación* aprovechará para pedir la clemencia de Claudio, el perdón de la pena injusta, y para ello elogiará y magnificará la clemencia del emperador. Algunos detractores han visto este gesto como una muestra de sumisión, como un rebaje del sabio ante el poder. No es así. Su actitud siempre es digna. El concepto de clemencia no tiene nada que ver con el perdón o la misericordia. Se entiende como justicia y moderación a la hora de aplicar las penas. Séneca siempre defendió su inocencia. En este libro llega incluso a comparar su exilio con la prisión de Sócrates, el filósofo griego injustamente condenado por el poder.

También compara el retraso que esto ocasiona en el desarrollo de su carrera política con los fracasos que retardaron la carrera política de Catón[158], el gran héroe de la República romana, un hombre cuya autoridad moral siempre estuvo fuera de toda duda.

A pesar de lo que algunos puedan pensar, en los libros de Séneca no hay sumisión ni adulación servil desde el destierro. Hay valor. Y hay valores. Porque el filósofo abarca en la obra no solo el ámbito político sino especialmente el moral. Da una imagen elevada de un hombre sereno ante la adversidad, perteneciente a una familia digna, unida, de lo mejor de la sociedad romana. ¿Cómo puede ser que el hijo de esta familia, sabio filósofo y escritor, haya merecido el exilio?

Una vez que ha puesto el foco de interés de la opinión pública en la situación de su destierro, Séneca se muestra valiente y digno en esa cárcel a la que se le somete.

> Si para enfrentarte a una parte cualquiera de tu suerte tienes fortaleza suficiente, lo mismo te sucederá con todas. Una vez que el valor ha fortalecido el espíritu, lo hace invulnerable por todos lados. Si te ha abandonado la codicia, la plaga más violenta del género humano, la ambición no te supondrá un obstáculo; si contemplas tu día último no como un castigo sino como una ley natural, en tu corazón, del que habrás expulsado el miedo a la muerte, no osará entrar ningún otro temor[159].

Y no solo mostrará ausencia de temor, incluso se las ingeniará para aparecer triunfante y feliz desde el exilio. Dice que para él, el destierro no es nada, no siente esa afrenta en su ánimo. Puede soportar perfectamente ese sufrimiento y así lo explica magistralmente.

> No me ocurre nada malo. Si puedo, te haré evidente que las circunstancias mismas que piensas que me agobian no son insoportables; y si esto es imposible de creer, al menos yo estaré satisfecho conmigo mismo, puesto que seré feliz en unas circunstancias que suelen hacer desdichados a los demás[160].

El destierro es una cárcel pero su pensamiento sigue y seguirá siendo libre. Séneca no se somete:

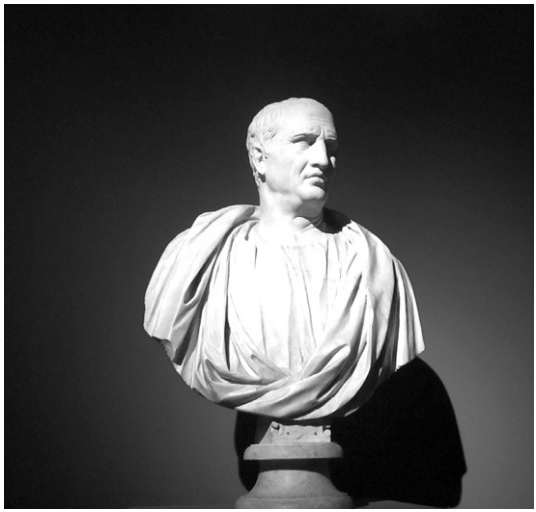
> Por esto nunca puede padecer destierro, libre como es…[161].

Séneca ha conocido el exilio de Ovidio y su postura ante la adversidad. Aquel otro famoso exiliado escribió desde el destierro unos libros elegíacos, es decir, de profunda tristeza, titulados *Tristes* y *Pónticas*. En ellos plasmó su dolor y suplicó al empera-

dor por su vuelta. Ni Augusto ni Tiberio lo perdonaron. Ovidio murió en el destierro en *Tomis*, actual Constanza, en Rumanía, en los confines del Imperio, en una aldea bárbara próxima al Mar Negro donde el poeta fue agonizando poco a poco, lejos de su querida Roma.

El propio Cicerón sufrió también el exilio en los últimos años de la República. Pero el gran orador fue muy criticado en el destierro, incluso por su amigo Ático, debido a la autocompasión que transmitía en sus cartas:

> No puedo seguir viviendo así por más tiempo. No hay prudencia ni doctrina que haya aprendido lo suficientemente fuerte como para que yo pueda soportar un dolor tan grande[162].



[53] Cicerón, el gran cónsul de la República romana también sufrió el exilio. Pero siempre se le criticó por no haber sabido mantener la suficiente dignidad en el destierro.

Séneca tomará, ante el exilio, una actitud diametralmente opuesta a la de Ovidio y Cicerón. Sin arrogancia pero con dignidad, explicará que el destierro no hace mella en su alma. Somos ciudadanos del mundo —dirá—, nuestra patria está en todos lados. Séneca utiliza la filosofía para darse fuerzas, para convencerse de que está adoptando la actitud correcta. Hará lo mismo que Marco Aurelio un siglo después. El emperador filósofo escribirá su libro *Meditaciones* para darse fuerzas en su lucha contra la ad-

versidad y convencerse así también de que está haciendo lo correcto.

Esto no quiere decir que Séneca no sufriera en el exilio, que no sintiera el dolor por el destierro. ¡Claro que lo siente! Simplemente no lo deja ver. Muestra gran dignidad y fortaleza. Resiste el sufrimiento. Del mismo modo que siempre proclamó el menosprecio a la muerte, en su obra está expresando su desprecio al exilio y a la represión.

> … si un hombre grande ha caído, grande yace por tierra, no es él menospreciado más de lo que son pisoteadas las ruinas de los edificios sagrados que la gente piadosa venera igual que si estuvieran en pie[163].

A Séneca le basta una metáfora para imponer respeto por su persona desde el exilio. La identificación entre el gran hombre desterrado y las ruinas de los templos veneradas pone el énfasis en la dignidad del exiliado. Con gran sutileza, muestra la fuerza que él tiene desde el destierro, por ser guía espiritual desde la filosofía y posible mártir político o religioso, si el poder decide su eliminación.

La postura de Séneca desde el destierro es digna. Es evidente que, en su fuero interno, la mala suerte, la represión y el exilio hicieron mella en el filósofo, que no puede desarrollar su carrera política en Roma, que no puede desenvolver su verdadera vocación. Pero, ante esta imposibilidad, Séneca opta por seguir siendo útil y continuar haciendo política con su pluma. Se muestra como un filósofo valiente, un sabio con valores que, desde el destierro, da lecciones de ética y valentía. Lo hace con sutileza, sin ofender al poder, de forma inteligente pero con firmeza. Deja claro que el sabio debe encajar tanto la buena Fortuna como la adversidad, que no lo rebaja sino que saca a relucir su valía:

> Nunca me fié yo de la suerte, incluso cuando parecía proponerme la paz. Todas las cosas que iba acumulando tan bondadosamente sobre mí, dinero, cargos, influencia, las puse en un lugar del que pudiera ella recuperarlas sin molestarme a mí. Mantuve una gran distancia entre ellas y yo; por lo tanto, me las ha quitado, no arrancado. A nadie ha aplastado la suerte adversa sino al que engañó mostrándosele favorable. Los que se han encariñado con los regalos de ella como suyos para siempre, los que por ellos han querido ser cuando los engañosos y tornadizos deleites dejan plantados a sus espíritus frívolos e infantiles, por completo desconocedores del placer estable; en cambio, el que no se ha inflado en circunstancias prósperas tampoco se encoge cuando cambian. Frente a ambas situacio-

nes mantiene incólume su espíritu de entereza ya puesta a prueba, pues en la ventura misma ha aprendido qué poder tenía contra la desventura[164].

A esta primera consolación desde Córcega le seguirá otra, que supone un paso adelante en su estrategia desde el destierro. Y surtirá más efecto del que se cree. Es la *Consolación a Polibio*, principal ministro de Claudio, aquel liberto poderoso que caminaba entre los cónsules, odiado por el Senado. Polibio es un hombre con gran influencia en la corte de Claudio. A él le dedica este nuevo libro con motivo de la muerte de su hermano menor. Si la *Consolación a Helvia* era una llamada de atención para recordar el digno exilio del filósofo, la *Consolación a Polibio* será una petición formal de vuelta del destierro dirigida a Polibio pero indirectamente también al mismo emperador.

Séneca remite la carta al ministro de Claudio encargado de estudiar las solicitudes que los particulares dirigían al emperador, razonarlas y transmitirlas o no. Polibio es responsable del archivo del Estado (secretario *a libellis*) pero también es el hombre encargado de investigaciones, análisis de situaciones y asesoría del más alto nivel (secretario *a studiis*). La solicitud debe hacerse, y además se hace, a la persona idónea. Llamar la atención de Polibio era el primer paso para solicitar el perdón del destierro. El liberto era el hombre al que había que dirigirse, el procedimiento que había que seguir. Además de tener el privilegio de caminar entre los dos cónsules, con el símbolo de prestigio y poder que ello implica, Polibio es un hombre de gran cultura. Es traductor y bibliotecario del príncipe. Tradujo *La Eneida* de Virgilio al griego. El ministro de Claudio es un erudito y un intelectual. Como liberto, no pertenece por tanto a la nobleza sino a los advenedizos mal vistos por la sociedad romana, esos antiguos esclavos que ocupan ahora puestos importantes y se enriquecen exageradamente. La sociedad los criticará durante siglos. Y por eso también la leyenda negra cuenta que Séneca se rebajó a la hora de escribir esta *Consolación a Polibio*. No es así. El filósofo dirige la solicitud a quien debe, como hoy debemos dirigirnos al registro

de entrada de una institución pública para solicitar una gestión. Por otro lado, habla de la clemencia en esta obra, una virtud que aparecerá tratada detalladamente en una monografía que escribirá en época de Nerón. La clemencia no es un término moral sino un concepto ético y político. Con todo ello, el filósofo está ofreciendo una vía política, una ideología útil para el gobierno, que puede beneficiar a todos, si es que los ministros de Claudio y, sobre todo, el propio emperador quieren ver la bondad y utilidad que se oculta tras el concepto.

La postura de Séneca es este escrito es digna, como lo fue en todos los que publicó. En ningún momento se declara culpable para obtener algún beneficio penitenciario. El digno orgullo con que escribe la consolación a Helvia y la de Polibio excluye cualquier confesión de culpa. Séneca pide la vuelta del exilio con dignidad. Esta *Consolación* es un libro donde se intercala filosofía, ética y política. El filósofo cordobés también aprovechará la ocasión para insistir en su idea de justicia, sinónimo de clemencia, que no es un sentimiento ni una emoción sino una idea política profunda, fundada en la razón.

La obra no consigue el perdón de Claudio pero sí otro efecto deseado. La publicación de esta consolación aumentó su buena reputación y acrecentó su imagen de gran escritor y filósofo. Séneca es en estos momentos un hombre muy bien valorado por la opinión pública. Consecuencia de ello será que todo el Senado considere un acierto que Agripina lo haga volver del exilio. No solo por el éxito y la fama que le aportan sus libros sino por la autoridad moral del filósofo, que fue suficiente para que los senadores se olvidaran de los crímenes de Agripina cuando la hija de Germánico lo hizo volver de Córcega.

Al escribir la *Consolación a Polibio*, Séneca no cae en la súplica ni el servilismo. Hace lo correcto. Y dirige su escrito a quien debe. Polibio era además el ministro intelectualmente más preparado de la corte de Claudio. Era un hombre de gran cultura que

podía entender perfectamente su propuesta política y la necesidad de un cambio en Roma, la urgencia de instaurar un sistema de gobierno seguro y justo. La intención del filósofo era ganarlo para su causa política, ilustrarlo desde la sabiduría sobre las líneas de acción que más convenían al Imperio. En realidad no solo está pidiendo el perdón del destierro. También solicita que Polibio se acerque al emperador y le transmita sus ideas. Algún efecto tuvo que surtir la propuesta de Séneca. En el año 47 Mesalina acusa formalmente a Polibio y lo hace matar. Esta medida, sin que ella pudiera sospecharlo, contribuirá a provocar su propia caída.

El año 47 es también el de la muerte repentina de su amigo Pasieno Crispo, marido de Agripina. No se conocen las causas y algunos historiadores, conocedores del currículum de su esposa y dejándose llevar por esa fácil excusa que es culpar de todo a las mujeres poderosas de la época, dicen que fue asesinado por la madre de Nerón, a fin de quedar libre para un matrimonio mejor (conseguirá casarse con el emperador Claudio año y medio después) y dotar a su hijo de una riquísima herencia. Lo cierto es que Nerón no había podido disfrutar de la herencia de su padre Domicio porque fue confiscada por Calígula. Ahora, muerto su padrastro Pasieno, las enormes riquezas de este antiguo senador y amigo de Séneca, lo convirtieron en un joven riquísimo y a Agripina le permitieron seguir desenvolviendo su poder e influencia en la corte imperial.

Sea como fuere, la muerte de Pasieno fue otro duro golpe para Séneca. Era uno de sus mejores amigos. En un epigrama que escribe desde el destierro lo expresa claramente, a la vez que muestra su idea platónica de la amistad que inspirará a Montaigne cuando hable de su amigo Le Boëtie.

> Me han quitado a Crispo, mi amigo,
> por el que, si pudiera pagar precio
> daría yo a gusto la mitad de mis años.
> Ahora la parte mejor de mí me abandonó,
> Crispo, mi refugio, mi alegría,
> mi prenda, mi deleite. Sin él nada

alegre mi alma creerá que hay.
Viviré gastado de mal modo y roto:
más de la mitad de lo que soy ya se fue[165].

Este epigrama es una muestra de la labor literaria de Séneca en los últimos años del destierro. En estos momentos escribe fundamentalmente epigramas y tragedias. Con estas obras no solo expresa sus sentimientos o da rienda suelta a su creatividad artística. También se revela como un escritor excepcional, capaz no solo de narrar perfectamente en prosa sino también de componer en verso con igual o superior maestría. Es el único escritor romano del que se nos han conservado obras en prosa y verso de similar calidad. El teatro de Séneca, además, tiene una fuerza extraordinaria donde afloran puntos de vista psicológicos, filosóficos y también políticos. Sus tragedias son universales porque hablan de la condición humana pero también de la raíz del mal, del origen y naturaleza del poder, de la indagación de las raíces psicológicas que impulsan el afán destructivo de los malos gobernantes. Nos habla también de aquellos que no pueden gobernar un reino porque son incapaces de gobernarse a sí mismos. Lo dirá más tarde con meridiana claridad: «*Imperare sibi maximum imperium est*»[166], saber gobernarse a sí mismo es el mejor gobierno.

Aunque no sabemos exactamente en qué momento compone Séneca sus tragedias, es muy probable que en los años del destierro escribiera más de la mitad de ellas. Posiblemente *Hércules furibundo*, *Hércules en el monte Eta*, *Edipo*, *Agamenón* y *Las troyanas*.

Hercules furens, es Hércules furibundo, es decir, enloquecido. Cuando Hércules regresa del infierno con Teseo, Juno, mediante una furia, se venga del héroe enloqueciéndolo. Este mata en su delirio a la mujer e hijos. Después de volver en sí, se da cuenta de la monstruosidad que ha cometido y piensa en el suicidio como única forma de remediar su mal. Su padre lo convence para que se aferre a la vida y purgue su delito.

Hércules en el monte Eta, cuenta la historia de su esposa Deyanira, celosa de Yole, que la engaña. Le da un vestido untado con la

sangre de Neso, un potente veneno, que cree un sortilegio de amor y Deyanira se lo envía a su marido. Hércules muere. Deyanira se suicida. El héroe divinizado consuela a su llorosa madre.

Las dos tragedias sobre Hércules fueron escritas en este momento, en el destierro a que le somete Claudio. Séneca no está tratando en esta ocasión temas políticos sino que compone excelentes tragedias y se muestra al mundo como un intelectual brillante. A pesar de ello, no abandona nunca en sus obras el motivo político o filosófico. Aparece como tema central la figura del dios Hércules, paradigma del estoicismo, dios de la fuerza pero sobre todo del esfuerzo, del afán de superación y de la lucha frente la adversidad. En estas tragedias aparecen los temas estoicos de la filosofía de Séneca engarzados con su propio pensamiento. Las dificultades extremas hicieron pensar a Hércules en el suicidio, como también el escritor pensó en el suyo durante los momentos más duros de su enfermedad. Ambos, personaje y autor, son convencidos por su padre para que se aferren a la vida. En *Hércules en el monte Eta*, el héroe se ve consolando a su madre, como Séneca quiso consolar a Helvia en la famosa *Consolatio* que escribió desde el destierro.

Condición humana, arte y estilo, pero en todas las tragedias hay un elemento clave, una idea fija que se repite y que, sin duda, tiene una intención didáctica y política. En las obras siempre se contrapone la figura de un rey justo, de un gobernante sensato frente a un tirano, cruel, despiadado, falto de valores, que abusa de su poder. Así ocurre en sus tragedias *Edipo y Agamenón*. También en *Las troyanas*, donde un heraldo anuncia que la muerte de Aquiles exige el sacrificio de Polixena, hija de Príamo. Agamenón es un rey justo y se niega. Pirro, en cambio, el hijo de Aquiles, insiste en el sacrificio humano. El adivino Calcante exige además, para calmar los vientos, el sacrificio de Astianacte, hijo de Héctor. A pesar de que Agamenón los defiende, ambos son asesinados por Pirro, que dice que el derecho de guerra se lo per-

mite. Agamenón no se cansará de repetir que lo que a veces permite el poder lo impide la conciencia. Esa contraposición entre *rex iustus* y *tyrannus* es un modelo didáctico que se repite a menudo en sus tragedias, para educar no solo a la ciudadanía sino especialmente a los que detentan el poder.

El destierro no ha conseguido el objetivo deseado. No ha acabado ni con el intelectual ni con el político. No ha logrado sepultar a Lucio Anneo Séneca en el olvido. Todo lo contrario. Desde el destierro no deja de publicar obras de todo tipo. La opinión pública lo conoce. Su fama de intelectual lo presenta ante Roma y las principales ciudades del Imperio como una especie de preso político, injustamente tratado, hombre pacífico de gran valía que envejece en el exilio. Los epigramas, las tragedias y, en especial sus consolaciones, esa última a Polibio, surten efecto, aunque Séneca esté lejos de Roma y aunque el efecto no sea el deseado.

Polibio debió de apreciar la inteligencia de Séneca. La obra del cordobés hubo de impresionarlo pero las cosas no salieron como esperaba el filósofo. Ya hemos comentado que Polibio fue acusado y condenado a muerte por Mesalina en el año 47. Ese crimen no despertó ningún sentimiento entre el pueblo, que lo odiaba por ser liberto, antiguo esclavo, ahora enriquecido y honrado por encima incluso de los senadores. Tampoco molestó al ejército, mucho menos al Senado. Donde sí produjo alarma fue precisamente en el ámbito más sensible, más íntimo, de la corte: entre los libertos y ministros de Claudio, los hombres que tienen el poder en palacio. La confianza entre ellos y la emperatriz se rompió definitivamente.

Hasta ahora la ninfomanía de Mesalina parecía no haber molestado a nadie. Cuentan las fuentes que no le bastaban sus múltiples amantes y aventuras. También se prostituía en el barrio más vulgar de Roma, la Subura, bajo el nombre de Licisca, la loba. La metáfora ya tenía hace dos mil años la mismas connotacio-

nes de hoy, mujer de incontrolable libido sexual, devoradora de hombres. Así era vista Mesalina en su época, de ello se hacen eco casi todos los historiadores y también otras fuentes de aquel tiempo. El retrato que escribe el propio Juvenal en sus *Sátiras*, el mismo crítico que acuñó el término «pan y circo», es realmente descarnado. Citaremos solo 18 versos, traducidos magistralmente por Francisco Socas:

> Fíjate en los rivales de los dioses, entérate de lo que tuvo
> que aguantar Claudio. Cuando la mujer se daba cuenta
> de que el esposo estaba dormido, osando vestir nocturnas
> capas de augusta ramera y preferir una esterilla a su alcoba
> del Palatino, salía sin más escolta que una sola criada.
> Al punto, con una rubia peluca tapando su negra melena,
> se mete en un burdel al abrigo de una vieja cortina,
> ocupando un cuarto vacío y suyo; entonces con los pezones
> al aire y pintados de oro se prostituye bajo el falso letrero
> de una tal Licisca y deja ver, noble Británico, el vientre que te llevó;
> acoge lisonjera a los que llegan y les pide sus monedas.
> Y tirada sin parar sorbe los embates de todos ellos. Luego,
> cuando ya el alcahuete despacha a sus niñas, se marcha,
> pesarosa, eso sí, habiendo cerrado el cuarto lo más tarde que puede
> y aún enardecida con el picor de su coño tieso, y cansada,
> pero todavía no harta de hombres, da de mano,
> y, sucia, con las mejillas ennegrecidas, y afeada con el humo
> del candil, llevaba hasta su almohada los olores del burdel[167].

El retrato de Mesalina no puede ser más áspero y, además, no es el único testimonio de su radical ninfomanía.

No sabemos si Claudio perdonaba a Mesalina estos desvaríos o si no se enteraba absolutamente de nada, como afirma la mayoría de las fuentes. Los libertos del emperador, que por supuesto estaban al tanto de todo, dejaban a la emperatriz satisfacer todos sus caprichos. Y Mesalina pudo llevar, sin freno alguno, esta licenciosa vida hasta que sus amores atentaron contra el poder del emperador. Todas sus aventuras y excesos fueron permitidos, excepto cuando quiso casarse con Gayo Silio, el joven más guapo de Roma, según Tácito.

Casarse con Gayo Silio no molestaba en aquellos tiempos por ser delito de bigamia ni boda adulterina. El divorcio era muy fácil en la sociedad romana. Bastaba con mandar una nota al mari-

do, decirle «*coge tus cosas*» y el divorcio estaba consumado. Había otra forma aún más fácil: celebrar bodas con otro hombre. Así, el anterior matrimonio quedaba automáticamente disuelto. Esto quiere decir que el hecho de que Mesalina decida repudiar a su marido y casarse con Gayo Silio mientras el emperador Claudio está ausente es un acto de grandes consecuencias para el Estado. Supone el divorcio de Claudio y el nuevo matrimonio de una emperatriz, mujer rica y poderosa, emparentada con la familia de Augusto, que puede aspirar a quitar a Claudio del poder y seguir gobernando Roma pero con otro hombre en la cama. Esta, y no otra, es la razón de por qué Mesalina será asesinada cuando se descubra esta conjura en agosto del 47. Ahora no se trata de adulterio o sexo, se trata del poder.

Tácito describe perfectamente la boda de Mesalina con Gayo Silio, boda legítima con todos los requisitos jurídicos. También narra la torpeza del emperador frente a la rápida reacción de los libertos, que actúan inmediatamente para eliminar a la emperatriz y mantener a Claudio en el poder. Estaba en juego no solo la vida de Claudio sino la propia supervivencia de los libertos, entre ellos Narciso, que es quien toma la iniciativa.

El historiador Tácito lo cuenta con todo detalle. Habla de Mesalina, enamorada apasionadamente de Cayo Silio, con una fijación próxima a la locura. Lo quería solo para ella, por eso lo había obligado a repudiar a su esposa Junia Lépida Silana. Según el historiador, el joven se dejaba amar por Mesalina porque negarse a ello podría haberle acarreado la muerte. Pero además estaba la ambición. Silio veía muy probable alcanzar el poder gracias a las intrigas de la emperatriz. Pensó que tenía muchas posibilidades de llegar a sustituir a Claudio en el trono.

El amante convence a Mesalina para asaltar el poder, es decir, derrocar a Claudio. Le propone casarse para después adoptar a Británico como hijo y sucesor. De este modo la emperatriz podía seguir manejando el poder pero con la seguridad completa de

no perderlo y estando casada con el hombre a quien realmente amaba. A ella le parece bien el plan. La clave la da Tácito con una de esas frases, tan propias de él, en que lo dice todo con pocas palabras: «*Claudio, que era tan dispuesto a la ira como incauto ante las asechanzas*»[168]. Al decir *dispuesto a la ira* quiere explicar que Mesalina temía la ira de Claudio: en los momentos en que el emperador pierde el control no es manejable y puede cometer cualquier locura. Al decir *incauto* nos induce a pensar que la emperatriz consideraba fácil que la conjura triunfase por la torpeza del marido. Con Silio, Mesalina estará más segura y vivirá con un hombre del que está enamorada. Deciden casarse mientras Claudio viaja al puerto de Ostia a hacer un sacrificio.

La descripción de esa boda adulterina, preámbulo del golpe que pretenden dar la emperatriz y Silio, la hace Tácito con maestría. Y nos dice que no lo inventa para agradar sino que lo oyó y leyó de otros historiadores mayores que él. Describe a Mesalina, a quien imaginamos con su negra cabellera suelta, vestida como una bacante, con el tirso de Baco en las manos, semidesnuda, con hojas de hiedra por vestido, pámpanos y vides por la cabeza y el cuerpo. La imaginamos con su piel empapada en licor mientras bailaba en torno a una gran cuba de vino con Silio, vestido de Dioniso con piel de pantera y calzado coturno.

> Pero Mesalina, con una ostentación más desenfrenada que nunca, en pleno otoño, celebra en su casa un simulacro de la vendimia. Se movían las prensas, rebosaban los lagares y mujeres ataviadas con pieles saltaban como bacantes que ofrecieran un sacrificio o se hallaran en estado de delirio; ella misma, con el cabello suelto, agitando un tirso, y a su lado Silio coronado de hiedra, llevaban coturnos, movían violentamente la cabeza entre el clamor de un coro procaz[169].

La fiesta parece una recreación perfecta de las escandalosas orgías de las bacanales. El tirso es símbolo de Dionisos, dios del vino y desenfreno, era una especie de bastón con pámpanos acabado en una piña. El relato de Tácito, a pesar de su teatralidad, es muy verosímil. Claudio no reaccionó pero sí sus libertos, en especial Narciso y Palas. Ambos lo convencieron para mandar a los pretorianos y frustrar aquella peligrosa boda. Cuando llegaron los soldados todos huyeron. Silio se suicidó. Los que habían par-

ticipado en aquella bacanal se escondieron en sus casas e incluso en los templos. Solo Mesalina se atrevió a enfrentarse a los pretorianos y exigir que la llevaran ante el emperador.

Mesalina fue apresada y confinada en los jardines de Lúculo. El intento de golpe se había frustrado pero los libertos temían la venganza de la emperatriz. Confiaban en que Claudio la condenaría a muerte pero esa misma noche, una vez que había bebido en exceso como era su costumbre, mandó anunciar a Mesalina que se presentase al otro día para defender su causa. Los libertos, y el primero Narciso, entendieron que iba a perdonarla, porque sabían que aquella mujer lo dominaba a su voluntad. Era evidente que la emperatriz podía haber conseguido fácilmente volver al poder y acabar con los libertos, que la habían traicionado. Ante el peligro inminente, Narciso actuó por su propia cuenta. Ordenó a los centuriones y al tribuno que cumplieran la ejecución. Les mintió diciéndoles que así lo ordenaba el emperador. Los soldados mataron a Mesalina y entregaron el cadáver a su madre. Esa misma noche, durante la cena, le anunciaron a Claudio que su esposa había muerto. El César no preguntó cómo ni de qué manera. Pidió una copa y siguió celebrando el banquete como de costumbre. Dice Tácito que en los días siguientes no dio muestras de alegría ni de tristeza, ni de ira, odio o cualquier otro sentimiento humano. No reaccionó ni ante la alegría de los libertos, que habían salvado la vida, ni ante la tristeza de sus hijos, que habían perdido a su madre. Lo cierto es que el episodio del asesinato de Mesalina demuestra a las claras cómo los libertos actuaban por su cuenta ante la indolencia y torpeza de un emperador pusilánime y desidioso[170].

---

[146] Suetonio *Vida de los doce césares Claudio* V.28.

[147] *Ibidem* V.29.1, trad. de V. López Soto.

[148] Tácito *Anales* XIII.32.

[149] Suetonio *Vida de los doce césares Claudio* V.29.1.

[150] *Fr.*13 Haase.

[151] Séneca *Consolación a su madre Helvia* 20.1-2.

[152] Séneca *Helv*. 7.9.

[153] Séneca *Helv*. 6.5.

[154] Séneca *Helv.* 11.5-6.

[155] Séneca *Epigramas* Dingel: 2007, 48.

[156] *Ibidem* Dingel: 2007, 48.

[157] Séneca *Consolación a su madre Helvia* 9.4.8.

[158] Séneca *Helv.* 13.4 ss.

[159] Séneca *Helv.* 13.2.

[160] Séneca *Helv*. 4.2.

[161] Séneca *Helv.* 11.7.

[162] Cicerón, *Cartas a su hermano Quinto* I.3.5.

[163] Séneca *Consolación a su madre Helvia* 13.8.

[164] Séneca *Helv.* 5.4-5.

[165] *Ant. Lat*. 445 Riese, trad. de Francisco Socas: 2008, 120.

[166] Séneca *Epístolas morales a Lucilio* 113.30.

[167] Juvenal *Sátiras* VI.115-132, trad. de Francisco Socas.

[168] Tácito *Anales* XI.26.2.

[169] *Ibidem* XI.31.2.

[170] *Ibidem* XI.26 ss.

9.

EL REGRESO DEL DESTIERRO. SÉNECA EN LA CUMBRE DEL PODER

Todo empieza a cambiar en la vida de Séneca a partir del año 48 d.C. Es la fecha en que muere Mesalina, a los 23 años, ejecutada por Claudio bajo iniciativa de sus ministros. Agripina sabe que ha llegado su oportunidad. Aunque hay otras candidatas para casarse con Claudio, ella tiene ventaja y la aprovechará. Ha enviudado por segunda vez y hace poco. Para algunos en extrañas circunstancias. Es sobrina del emperador. Ha estado casada en su primer matrimonio con un primo hermano de Claudio. Es hija de su hermano Germánico. Tiene acceso libre al palacio imperial. Es la única que queda de ese linaje casi extinto, glorioso, adorado por el ejército y el pueblo: la estirpe de Germánico. Agripina visita a su tío a menudo, puede acercarse a él con facilidad, como explica Suetonio, besarlo, hablar con él, puesto que es su sobrina, miembro de la familia imperial. La madre de Nerón sabe aprovechar a la perfección esos momentos de intimidad con el emperador, su tío, ahora viudo y necesitado de cariño. Ella también está viuda y le da el calor que necesita. No deja que ninguna otra mujer se le acerque. Conoce las debilidades de Claudio y no está dispuesta a cometer el más mínimo error.

Agripina se casará al año siguiente con el emperador viudo. Claudio tiene 59 años, ella 34. Son tío y sobrina pero todos pasan por alto los escrúpulos del incesto. El Senado cambia la ley para que la unión pueda celebrarse. Con el matrimonio se unían las dos ramas de la dinastía Julio-Claudia. Antes de que termine el año, Agripina llamará al filósofo del exilio. Con el pueblo y el ejército de su parte solo le faltaba el apoyo de los senadores. Séneca se lo proporcionará.

La nueva esposa de Claudio no pierde el tiempo. Lleva toda la vida esperando este momento. Y para culminar sus planes nece-

sita a un antiguo y prestigioso aliado: Lucio Anneo Séneca. Pocos meses después de su boda consigue la libertad del filósofo. El emperador Claudio firmará el perdón con la misma sumisión con que ocho años antes había firmado su condena. Dos mujeres, que fueron las que realmente ejercieron el poder bajo el reinado de Claudio, estuvieron detrás de las dos circunstancias políticas más trascendentales en la vida de Lucio Anneo Séneca: Mesalina lo condenó, Agripina lo liberó.

Agripina la Menor traía un hijo de un matrimonio anterior, Gneo Domicio Ahenobarbo, que será conocido como Nerón. Es una mujer de gran carácter y no menor ambición. Es la hija del gran Germánico y la única superviviente de los ocho miembros que componían su familia. De todos ellos solo su hermana Drusilla ha fallecido de muerte natural, los demás han sido asesinados. Agripina sabe que Séneca siempre ha sido fiel a la familia de Germánico. Nunca ha traicionado la memoria de su hermana, ni siquiera en los duros años de destierro. La emperatriz coincide a grandes rasgos con este ideal de Imperio y conoce bien al filósofo cordobés desde que entró en política. Ahora se ha convertido en el intelectual más cualificado de Roma y le va a ser muy útil en sus propósitos. La fama de ese hombre sabio, injustamente condenado al exilio, se ha extendido por toda Roma, especialmente en ámbitos políticos de primer nivel: entre el Senado y la opinión pública. En cuanto puede, le consigue el perdón del destierro; lo nombra pretor y le da el cargo de tutor y preceptor de su hijo Nerón.

Con el regreso de Séneca, Agripina consigue varios objetivos a la vez. El perdón del destierro le sirve para rehabilitar la memoria de su hermana Julia Livila, la presunta adúltera que fue causante de su exilio. Con la vuelta de Séneca está dejando claro su inocencia. Clamar por la integridad del filósofo también supone demostrar la injusta condena y muerte de su hermana. Además, nombrándolo preceptor de su hijo, se atrae inmediata-

mente las simpatías del Senado y su apoyo sincero. Agripina es una mujer muy inteligente. Está moviendo todos los hilos. Una vez conseguido el primer objetivo, casarse con Claudio, ha puesto en marcha todos los engranajes necesarios para el acceso al poder. Y lo ejercerá sin paliativos. Primero a través de su marido, luego a través de su hijo. Agripina será la mujer que lleve las riendas del Imperio en los últimos años del reinado de Claudio y los primeros de su hijo Nerón. Y Séneca será la pieza clave de su estrategia. Traerlo del destierro era el primer paso que había que dar. El historiador Tácito lo explica con gran claridad:

> Mas Agripina… logra el perdón del exilio y al mismo tiempo la pretura para Anneo Séneca, pensando que sería un gesto popular en razón del brillo de sus estudios, y también para que la infancia de Domicio (Nerón) se desarrollara bajo tal maestro y aprovecharan ambos de sus consejos con vistas a sus esperanzas de dominación; de hecho Séneca era considerado leal a Agripina por el recuerdo del bien que le hiciera, y enemigo de Claudio por resentimiento de la injusticia padecida[171].

Y la injusticia a la que se refiere el historiador son los ocho años de destierro bajo una falsa acusación. Séneca ha sido lo que hoy llamaríamos un represaliado político, un preso de conciencia. Es un hombre que no puede renunciar a su actividad política porque no solo es su vocación sino que lo considera su obligación. Por eso Séneca acepta el ofrecimiento de Agripina sin dudar. Ya era un ciudadano famoso pero se convertirá en el más célebre de su tiempo, el más grande poeta y prosista vivo, el hombre que crea un nuevo estilo y rivaliza con los escritores de la Edad de Oro. Publicará una extensa e importantísima obra y su prestigio será enorme.

A principios del año 49 Séneca va a cumplir 50 años. El filósofo cordobés se instala en la corte y empieza a desarrollar su papel como preceptor de Nerón. Recibe también el nombramiento de pretor, una magistratura muy importante en tiempos de la República, en que tenía competencias judiciales. En algunos casos también mandaba ejércitos o se encargaba del gobierno de alguna provincia. Ahora, en tiempos del Imperio, el cargo de pretor es más testimonial y honorífico que de otro tipo. Sus funciones son básicamente económicas y administrativas. Pero este nom-

bramiento indica que Séneca no es simplemente un profesor, un educador o instructor de aquel candidato a emperador. El filósofo va a desempeñar funciones de tutoría y asesoría al más alto nivel. Agripina lo ha colocado en un puesto político muy destacado del Imperio y, tras la muerte de Claudio, Séneca será ministro y cónsul de Nerón.

En estos tiempos el filósofo también se encarga de la educación de su propio sobrino Marco Anneo Lucano, un personaje tan importante que merece una explicación aparte.

Lucano había nacido en Córdoba el tres de noviembre del 39. Es casi dos años menor que Nerón. Llega de niño a Roma donde recibe una exquisita educación y adquiere una extraordinaria cultura como orador. Dispone allí de los mejores maestros de su tiempo. Su educación fue esmerada. Asistió a la escuela del famoso gramático Remio Palemón, célebre por su erudición y excelentes dotes pedagógicas. También recibió clases del filósofo estoico Anneo Cornuto. El joven Lucano se relaciona con los mejores poetas de su generación, llegando a ser pronto el mejor de todos ellos. La influencia de su tío, que se hace cargo de su educación desde que cumple 10 años, lo inclinará hacia el estoicismo. Compartirá con él visión política y pensamiento filosófico. Pero Lucano no se dedicará a la oratoria, a la política o a la filosofía. El sobrino de Séneca, al igual que Ovidio, es un poeta precoz. A los 16 años ya había escrito varias composiciones poéticas. Declamaba perfectamente en latín y griego. En ese momento de su vida el joven viaja a Atenas para completar estudios. Pero la tremenda influencia de su tío en la corte acelerará su carrera política. Es llamado por Nerón, que lo incluye entre sus amistades más cercanas[172]. El historiador Suetonio[173] cuenta que el emperador hizo venir a Lucano desde Atenas y lo introdujo en su *cohors amicorum*, su círculo íntimo de amigos. El César lo nombra augur y le da el cargo de cuestor de forma honorífica cinco años antes de la edad reglamentaria. El joven poeta cordobés in-

terviene en unos festivales artísticos que se llamaron *Neronias*, en honor a Nerón, y que tuvieron lugar en el año 60 d.C. Lucano gana ese concurso quinquenal sobre música, elocuencia y poesía con una composición titulada *Elogio de Nerón*. Son tiempos de cercanía con el emperador y de sintonía con las directrices políticas del Imperio, que dirige plenamente su tío Séneca. Pronto Lucano comenzará a escribir su obra inmortal, *La Farsalia*. En estos años Nerón se deja guiar en el terreno político. Es el filósofo cordobés quien lleva las riendas del gobierno y logra presentar al César como un buen gobernante, un hombre que encarna a la vista de toda Roma la figura de un emperador clemente y justo. Todavía no ha sacado Nerón su rostro de tirano. No ha empujado a Séneca al retiro. Aún no han llegado, pero pronto llegarán, las críticas de Lucano al déspota y la condena del Senado, que lo nombrará enemigo público tres años después de la muerte de los Anneos. Pero eso será después. Ahora, el gran escritor cordobés tiene 21 años y es ya poeta laureado. Roma goza de un buen gobierno, prosperidad y libertad. Lucano empieza a escribir *La Farsalia*, su obra inmortal, y se la dedica a Nerón.

[54] Marco Anneo Lucano, se convertirá en uno de los poetas más importantes de la literatura romana y universal. Formado intelectual y filosóficamente por su tío, su vida correrá pareja a la de Séneca.

Cuando Séneca se hace cargo de la tutoría de su sobrino Lucano, ha entrado en la cincuentena. Es un hombre muy respeta-

do, con gran prestigio cultural e intelectual. Escribe en estos años una obra de tema filosófico para afianzar su imagen como preceptor de Nerón y filósofo brillante. Se trata de una monografía sobre la brevedad de la vida, *De brevitate vitae*, un libro de asunto puramente filosófico donde Séneca muestra sus dotes como orador y como sabio.

En esta época la filosofía se concibe como una enseñanza que puede conducirnos a la sabiduría. Impregnado de ella, el ser humano puede perfeccionar su mente y su espíritu como remedio contra la adversidad. Esos conocimientos y valores serán el instrumento mediante el cual el alma consigue la pervivencia y la perfección. Pero la obra que escribe Séneca en estos momentos no es solo un manual sobre filosofía estoica: el filósofo aprovecha la ocasión para plasmar su pensamiento personal sobre el tiempo y la vida. Lucio Anneo Séneca conseguirá con estos libros desempeñar la función de tutor de Nerón. Pero con el paso de los siglos se convertirá también en tutor de quienes quieran leerlo, educador de Europa lo llaman algunos[174], cuando también podrían decir que es uno de los grandes educadores de la humanidad.

En el libro *Sobre la brevedad de la vida*, Séneca atrae la atención hacia un particular *carpe diem*, un aprovechar el momento, el tiempo, para dejar de vivir como la mayoría y dejar de darle importancia a lo que casi todo el mundo concede importancia. Es un viaje al interior, que ha seducido a los seres humanos de todos los tiempos. Ofrece la búsqueda de la libertad a través de la interiorización. Su mensaje es una guía sana e inteligente que permite afrontar los avatares de la existencia con espíritu sereno, valorando la importancia del tiempo y de la vida.

Séneca lo repetirá en la primera carta de sus *Epístolas a Lucilio*: la vida, el tiempo no es breve, lo desperdiciamos haciendo las cosas mal o no haciendo nada, es decir, en todo caso haciendo otra cosa distinta a lo que debemos hacer. El filósofo propone

dedicarse a la sabiduría y hacer un uso inteligente de nuestro tiempo, de nuestra vida, para evitar que nos la roben o la dilapidemos negligentemente. Lo dirá en tres palabras en la primera de las *Cartas a Lucilio*: «*vindica te tibi*», es decir, reivindica para ti la posesión de tu tiempo. Como dice Grimal[175], el objetivo de este libro es mostrar la importancia de la vida interior en la existencia humana, para sensibilizar al lector de la necesidad de introspección y reflexión desde el propio Yo, desde la interiorización.

La obra está dedicada a Paulino, personaje que procedía de la nobleza de caballeros. Este hombre era el suegro de Séneca, quien en estas fechas se había casado con su hija Paulina, la que será su segunda y última esposa. Una de las tantas incógnitas de la vida privada del filósofo consiste en saber si estuvo casado antes del destierro y luego se casó por segunda vez, cuando Agripina lo devuelve a Roma, o si su mujer Paulina era la que estaba casada con él antes del exilio. Es decir, ¿cuántas esposas tuvo Séneca? No hay datos que permitan afirmarlo categóricamente pero lo más probable es que se casara dos veces. Explicaremos por qué.

Sabemos que, veinte días antes de conocer su condena por Claudio, Séneca perdió a un hijo que murió en los brazos de la abuela, Helvia Albina. Si el destierro se produce a mediados del año 41, el matrimonio debió de haberse celebrado como muy pronto en el año 40 pero más probablemente en el 38 o 39, fechas en que el filósofo comienza a desplegar su carrera política y, para ello, es un valor añadido ser un hombre casado. Su primera esposa podría tener como máximo 20 años de edad cuando se casó, porque los primeros matrimonios los solían hacer las mujeres antes de los 20 años. No sabemos nada de su primera esposa pero pudo morir en el parto, lo que explicaría que el niño falleciera en brazos de la abuela y no en los de la madre, o bien pudo divorciarse de Séneca a raíz de la condena de adulterio con Julia Livila. En todo caso esa mujer no es probable que fuera la Pauli-

na que describe en sus *Cartas* al final de su vida, la esposa cuya supervivencia puede peligrar si muere su marido. La idea que se desprende de aquella cónyuge tan querida (y aparentemente desvalida) es la de una mujer joven, que al casarse con Séneca en el año 50 tuviera menos de 20 años y ahora, en el año 64, cuente con unos 30 años de edad como máximo. Si Paulina hubiera sido su primera esposa, madre frustrada de su primer hijo, de la que no se habla en el destierro y a la que no se menciona en los hechos acaecidos antes de la última fase de la vida del filósofo, la mujer se habría casado en el año 39 con unos 20 años de edad y en este tiempo tendría más de cuarenta.

En la Carta 104, escrita al final de su vida, el filósofo explica con claridad que él está preparado para la muerte. La carta data del año 64, uno antes de su fallecimiento. Es un momento en que Séneca se ha retirado de la corte. Vive sus últimos meses en una especie de corredor de la muerte, sabiéndose vigilado y perseguido por el tirano. La solución más sencilla habría sido buscar la muerte y huir de todo pero Séneca no es un suicida sino un luchador. En esta carta explica que el amor que siente por su esposa le evita la tentación de una salida fácil. Está decidido a vivir para los suyos, igual que ocurriera en su adolescencia, en los momentos más dolorosos de su enfermedad, cuando se impuso la obligación de vivir por su anciano padre. La cita interesa aquí, porque describe como joven a su esposa Paulina, *adulescentem* en latín. Esto quiere decir que la mujer puede tener como mucho 25 años o poco más, en todo caso no ha alcanzado la treintena. Así las cosas, Paulina no puede ser la primera esposa de Séneca, que se habría casado en el 39, antes del destierro, simplemente porque en esa fecha aún no habría nacido o, en todo caso, no tendría más de 3 o 4 años.

> … mi querida Paulina me recomienda que cuide de mi salud. Pues como sé que su vida depende de la mía, comienzo, para atenderla a ella, a atenderme a mí. Y aun cuando la vejez me ha hecho más decidido frente a muchas situaciones, renuncio a este beneficio de la edad; en verdad, se me ocurre que en este viejo vive también una joven que merece atención[176].

Esto nos lleva a pensar que Séneca se casó dos veces. La primera esposa nació en torno al año 18 o 20 d.C. y posiblemente murió o se divorció de él en el año 41. Paulina habría nacido en torno al 35 y estaría cerca de la treintena cuando muere su esposo.

Otra conjetura que nos lleva a pensar que Séneca se casó dos veces y Paulina es, por tanto, su segunda esposa se deduce de un texto extraído de su obra *De vita beata* en que el filósofo se defiende de los ataques personales que sufrió por parte de sus enemigos. La principal acusación era la de poseer una gran riqueza y llevar una vida de lujos:

> ¿Por qué razón subordinas tus palabras a tus superiores y consideras el dinero un elemento imprescindible para ti y te inquietas por un despilfarro y dejas ir tus lágrimas al anunciarte la muerte de tu esposa o de tu amigo[177].

Para defenderse de todas las críticas, Séneca las expone una a una. Después las refutará. Estas acusaciones no son solo las que se hacen en general a los filósofos. Son especialmente las que se vertieron sobre él mismo: hipocresía, cobardía ante Nerón, riqueza. Pero lo que nos interesa del fragmento es el llanto por la muerte de un amigo y por su esposa. La muerte de un amigo es la de Anneo Sereno, que a Séneca le afectó mucho y ante la que confesó no haber podido mantener la serenidad estoica. El filósofo es también un ser humano que sufre la muerte de sus seres queridos. Y aquí habla de la muerte de una esposa, que no puede ser Paulina, ya que esta sobrevivió a Séneca.

El texto continúa con alusiones a la riqueza y el lujo. Unas líneas más abajo se habla de otra esposa que lleva pendientes carísimos y que sí es Paulina, porque su descripción encaja perfectamente con los últimos momentos de la vida de Séneca, cuando es un hombre inmensamente rico.

> ¿Por qué en tu casa se bebe un vino más añejo que tú? ¿Por qué se exhibe el oro? ¿Por qué se plantan árboles que no van a dar nada más que sombra? ¿Por qué razón tu esposa lleva en las orejas el patrimonio de una casa opulenta?[178].

No se puede afirmar con rotundidad pero lo más probable es que Séneca estuviera casado dos veces. Su primer matrimonio

pudo romperse en el año 41 con la muerte del bebé y el destierro. Es muy probable que su mujer falleciera en el parto. Así se entendería el texto citado en que no puede contener las lágrimas por la pérdida de su primera esposa. Se entendería también que el bebé muriera en brazos de la abuela y no de la madre y que el filósofo no cite a su cónyuge en ningún momento durante el destierro. Séneca vivirá en Córcega ocho años, desterrado y, posiblemente, viudo.

El segundo matrimonio debió de celebrarse en los años cincuenta, a la vuelta del destierro y en los inicios de su despegue político, que lo llevará a la cima del Imperio. Es precisamente el momento en que escribe *De vita beata*. El historiador Dion Casio cuenta que consumó entonces «*el más brillante matrimonio*»[179]. No da más datos pero sabemos que esta esposa se llamó Paulina y lo acompañará, desde entonces y hasta el final, en todos los momentos importantes de su vida.

Paulina procedía de una familia de la Galia Narbonense muy influyente. Su padre Paulino dirigió una de las principales prefecturas de Roma y su hermano fue cónsul e importante gobernador de Germania. Paulina no solo es una mujer rica y de familia ilustre, también es valiente y resoluta. Será un apoyo fiel para Séneca en todo momento e incluso estará decidida a seguirlo en la muerte. Conocemos pocos datos acerca del matrimonio pero tenemos constancia de que Paulina y su marido se amaban sinceramente. La relación estuvo marcada por el cariño y una sólida unión. Lo sabemos no solo porque el filósofo se refiere a su esposa como «*mi querida Paulina*»[180] o «*mi Paulina*»[181]. También el historiador Tácito la describe como «*a la que amaba como a nadie*»[182]. La esposa será el motivo por el que Séneca cuide de su salud en los últimos años de su vida. La intimidad y complicidad entre ambos se refleja en esta carta que dirige a Lucilio:

> Es lo que yo expliqué a mi querida Paulina, que me recomienda que cuide de mi salud. Pues como sé que su vida depende de la mía, comienzo, para atenderla a ella, a atenderme a mí. Y aun cuando la vejez me ha hecho más decidido frente a muchas situaciones, renuncio a este beneficio de la edad; en

verdad, se me ocurre que en este viejo vive también una joven que merece atención. Así, pues, ya que no consigo que me ame con más firmeza, ella consigue de mí que yo me ame con mayor cuidado.

En efecto, es preciso secundar los afectos nobles y, en ocasiones, por más que nos impulsen los motivos, en atención a los seres queridos, hay que reclamar para sí, aun con dolor, el aliento de vida y retenerlo hasta en la misma boca, puesto que un hombre bueno ha de vivir no el tiempo que le plazca sino el que sea necesario: quien no aprecia tanto a su mujer, a su amigo como para permanecer en vida más tiempo, quien se empeña en morir, es un afeminado. Este sacrificio debe imponérselo el ánimo lo reclama la utilidad de los suyos, y no sólo si decide morir, sino también si ha comenzado a morir, suspenda la acción y sacrifíquese por los suyos.

Es propio de un alma grande volver a la vida por amor a los demás, cosa que a menudo han realizado hombres generosos; pero cuidar con más atención la propia vejez —cuya mayor ventaja radica en una protección más descuidada de sí y en un empleo más valeroso de la vida—, si sabes que a alguno de los tuyos tal cuidado resulta dulce, provechoso y deseable, esto lo considero también prueba de exquisita humanidad[183].

El texto está relacionado con la Carta 78, en que Séneca habla de los peores momentos de su enfermedad, cuando el filósofo tenía 20 años. En esos tiempos pensó en el suicidio como única salida a su sufrimiento. Fue su anciano padre quien le quitó la idea de la cabeza y él mismo se obligó a seguir viviendo en atención a su progenitor, «*me impuse la obligación de seguir viviendo*», según sus palabras. Ahora todo está perdido y sabe que Nerón busca la ocasión de matarlo. Pero adelantarse a esa muerte o a esa condena pone en riesgo la supervivencia de su esposa. En atención a ella decidirá seguir peleando hasta el fin. Y así lo hará. Estas cartas demuestran que Séneca entiende la necesidad de luchar y seguir viviendo, de escoger el camino difícil, en atención a su familia, a su esposa, a sus amigos. El filósofo es un hombre que se impone la vida y la participación política como un deber, un imperativo moral que es el que le ha llevado siempre a participar de los miasmas del poder con la esperanza de encauzar el régimen, paliar sus vicios o minimizar al máximo los efectos de la tiranía.

Y durante varios años lo consiguió: a lo largo de la década de los cincuenta y, especialmente en lo que Trajano llamó el quinquenio áureo, es decir, los cinco años dorados, Séneca llevó las riendas del Imperio con una altura de estadista que alabaron los mejores emperadores del s. II, el siglo de oro del Imperio.

En estos primeros años de la década de los cincuenta, Séneca está desplegando su influencia en la corte a través de dos medios:

el intelectual y el político. La obra *De tranquillitate animi*, que publica en el 51 es una buena muestra de la actividad de Séneca en ambos frentes. Por un lado el libro es un tratado sobre la serenidad como virtud moral y guía de vida. Es un texto dirigido a educar a Nerón y a la sociedad en general. Pero es importante saber que la obra está dedicada a Anneo Sereno, familiar suyo, hombre que desempeñó el cargo de *praefectus vigilum* de Nerón. A través de este último detalle se aprecia cómo, en esta década, el filósofo cordobés está colocando en las esferas del poder a hombres de su confianza y de probada integridad intelectual y moral.

El cargo político que llega a desempeñar Anneo Sereno es de gran importancia. El prefecto de vigilias es uno de los tres puestos más altos de la administración del Imperio. El primero lo ocupa el prefecto de la ciudad, *praefectus urbi*. Nombrado directamente por el emperador, es un cónsul cuyas competencias abarcan la policía de la ciudad, el mantenimiento del orden público y la jurisdicción civil y criminal. Es también una autoridad militar que tiene bajo su mando tres cohortes urbanas. Otro cargo de menor importancia es el prefecto de la anona, elegido entre miembros del orden ecuestre. Debe proveer de todo lo necesario para la alimentación de la ciudad, le está encomendado vigilar los precios y también tiene atribuciones militares.

Anneo Sereno, el familiar de Séneca a quien va dedicada la obra, ocupa el puesto de prefecto de *vígiles* o de vigilias. Es un hombre que pertenece al orden ecuestre. Tiene atribuciones sobre la policía nocturna y atención a los incendios. Dispone de siete cohortes de *vígiles*, cada una de doscientos hombres, repartidos en cuarteles por los catorce distritos en que está dividida la ciudad. Se encarga de la seguridad durante la noche. Es jefe de policía nocturna, jefe de bomberos y tiene atribuciones judiciales y militares en el campo de sus competencias.

Anneo Sereno adquiere en estos momentos una gran relevancia política. Pertenece a la propia familia de Séneca, posiblemen-

te un primo, y es un ejemplo claro de que los hombres de confianza del filósofo empiezan a ocupar los primeros puestos del poder. En la obra que le dedica, *De tranquillitate animi*, aparecen detalles de verdadera importancia. El filósofo está escribiendo en estos momentos tratados morales de hondo pensamiento y gran valor educativo. Son los tiempos en que es preceptor de Nerón y a este cometido se dedica principalmente, aunque también asesorará a Agripina en las labores de gobierno y la aconsejará sobre cuestiones de política interior y exterior.

Pero los libros que escribe en esta época no destacarán solo por la profundidad de su pensamiento sino también por el estilo literario. El filósofo comienza a pulir una forma de escribir que perfeccionará en su última obra, las *Cartas a Lucilio*. Muchos no lo entienden y critican su prosa como desordenada y mecánica. No se dan cuenta de que con este libro y con las *Cartas a Lucilio* Séneca inventa el ensayo moderno. Nuestro filósofo es un innovador tanto en el pensamiento como en la expresión. Su forma de escribir, que ya despertó los recelos de Quintiliano o Frontón, abre paso a un nuevo estilo, que tendrá su formulación oficial quince siglos después. Le dará forma en el s. XVI Montaigne, que confiesa la influencia de Séneca, en fondo y forma, a la hora de escribir sus *Ensayos*. Hoy, en el s. XXI, el ensayo se ha convertido en el género literario predominante dentro del mundo académico y cultural.

El libro *De tranquillitate animi* se caracteriza por una gran libertad de pensamiento y de estilo. Es la menos teórica de sus obras. Comienza de una manera muy original: manteniendo un diálogo ficticio con Anneo Sereno, que se dirige a Séneca como si el filósofo fuera un médico de almas o director de conciencias. Sereno le confía su inquietud, melancolía, dudas, en suma, su zozobra espiritual. Y él le contesta desenvolviendo el concepto de *tranquilidad*, traducción de una palabra griega que ha leído en Demócrito[184] y que ya usó también Panecio pero que aquí tiene un

sentido distinto. El filósofo tuvo que innovar, que crear. Anneo Sereno es un gran conocedor del estoicismo, es un hombre que está cerca de la sabiduría pero, a pesar de ello, su alma está inquieta. Conoce la teoría filosófica pero ese conocimiento no le sirve. No calma su inquietud. La solución que vaya a aportarle Séneca no puede ser la repetición de los mismos argumentos del estoicismo, que Sereno conoce perfectamente. Eso no sería suficiente. Anneo Sereno ya ha intentado poner en práctica esta doctrina y no ha surtido efecto. Hace falta algo más. Y es en ese momento cuando Séneca habla de la *tranquilidad del espíritu* como un concepto nuevo. El filósofo es un innovador, es un pensador original y esa es una de las características más sobresalientes de su figura. Mientras los sabios de la época son fieles a las directrices de la escuela a la que pertenecen y desarrollan esa doctrina conocida sin apartarse un milímetro, el filósofo cordobés investiga, reflexiona y va más allá. La idea que desarrolla aquí es una creación completamente personal: describe la tranquilidad de ánimo como una posición de estabilidad interna. La explica con la metáfora de la navegación, describiéndola como ausencia de oleaje y de mareo. Séneca argumenta que, para alcanzar la estabilidad en la vida, el equilibrio emocional, no solo hay que dedicarse al ocio entendido como estudio de la filosofía, sino también al trabajo y la acción. Ambos, estudio y acción, son indisociables y se unen en una existencia racional, donde la razón ilumina la vida y la vida pone en uso a la razón. Esta es una de las grandes aportaciones del pensamiento senecano: reflexión y acción son dos caras de una misma moneda. Es exactamente como lo vio María Zambrano cuando habla de la razón vital en *El pensamiento vivo de Séneca*.

De esta forma el filósofo cordobés no solo consigue calmar la inquietud espiritual de Anneo Sereno en este libro ni se limita a escribir una obra inmortal. Además nos está explicando qué camino piensa seguir él mismo desde este momento hasta el final

de su vida: nunca dejará el estudio ni la búsqueda de la sabiduría pero la combinará a partes iguales con la acción política. Cuando le sea posible intervendrá desde la corte y participará directamente en los asuntos del Estado. Cuando no le sea posible, porque el tirano no lo permita, seguirá siendo útil desde un nuevo exilio, esta vez voluntario, un exilio interior en que continuará escribiendo, para dejar a las generaciones futuras la clave de la convivencia y dignidad humanas. La dedicación intelectual se convertirá entonces en la única arma que le quede para combatir la tiranía, porque sabe que la palabra es un arma cargada de futuro.

Estas son las obras que escribe Lucio Anneo Séneca en los primeros años de la década de los cincuenta, sus años dorados. En ellas se muestra a la vez como gran pensador y como hombre de acción. Pero la intención que tendrá en esta etapa de su vida será especialmente pedagógica. Nerón tiene 13 años, una edad óptima para recibir las enseñanzas que lo conviertan en un buen gobernante. El filósofo quiere preparar moral e intelectualmente al futuro rector del Imperio. Se dedica con afán a la educación del emperador y también, por extensión, a la de la sociedad en general. Mientras escribe, acrecienta su prestigio cultural y político. Porque Séneca está ya instalado en la corte y va tomando el pulso del gobierno. Conoce de primera mano los entresijos del poder. Asesora a Agripina y la apoya en sus propósitos.

La nueva emperatriz, sigue desplegando su influencia y desenvolviendo sus planes en palacio. Su figura va cobrando un protagonismo importante en todos los ámbitos. Antes de casarse con Claudio, ya era una mujer muy querida por el pueblo. Tácito nos recuerda que la memoria de su padre Germánico y su ilustre linaje, que provenía del propio Augusto, le garantizaban el aprecio incondicional de la opinión pública. Los años de terror de su hermano, sus propios errores de juventud estaban más que olvidados. Ella no era culpable de las monstruosidades que tuvieron

lugar durante el reinado de Calígula. Aquellos años de terror fueron responsabilidad de aquel emperador loco hermano suyo. Agripina no había participado de aquel delirio imperial. Todo lo contrario. Intentó oponerse al tirano pero no pudo torcer la voluntad de Calígula, que mató a su cuñado y exilió a sus dos hermanas, a ella y a Livila. Agripina había sido una víctima más de la represión de Calígula. Había sido condenada al destierro en aquellos tiempos en que tantos familiares y amigos perdieron la vida.

El pueblo la amaba, el ejército la adoraba, pero la madre de Nerón tenía que contar también con el apoyo del Senado. Tenía que convencerlo. Conviene recordar que en ese terreno también se había movido bien. Se había entrevistado con representantes de las distintas facciones, tanto de la oposición estoica como del resto. Todos tenían en gran estima a Séneca. Al traer al filósofo del destierro, se había ganado el apoyo de casi todo el Senado. La emperatriz buscará servirse del filósofo como un instrumento para la conquista del poder. Posiblemente Séneca lo sabía pero a él se le presentaba una oportunidad única: la oportunidad de educar al príncipe, de llevar al trono sus convicciones filosóficas, de convertir ese imperio caótico de los primeros césares en el reino de la razón y la justicia. Agripina lo ha hecho pretor y nombrado preceptor de su propio hijo Nerón, ahora segundo en la línea de sucesión y por tanto posible heredero al trono. El filósofo quiso aprovechar aquella oportunidad única. Y no lo hizo pensando en su propia ambición sino en el bien común.

El pacto les pareció bien a la oposición, a los senadores descontentos y también al propio Séneca, que había vuelto dignamente del destierro y a quien se le presentaba la posibilidad de intervenir en el futuro político del Imperio. Por fin podría trasladar sus ideas a un régimen que había dado muestras de caminar hacia el caos, al alejarse radicalmente de aquel gobierno más moderado que caracterizó al principado de Augusto.

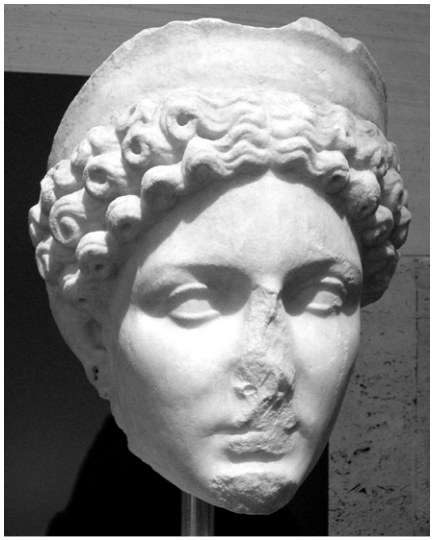
Esos eran los planes de Agripina, que acabó siendo apoyada por todos los estamentos influyentes. Séneca aceptó formar parte de aquella estrategia porque sabía que no podía desaprovechar la oportunidad de educar al futuro emperador. Por su parte, Agripina seguirá desplegando minuciosamente el objetivo que se había trazado desde años atrás: alcanzar el poder. Y en realidad lo consiguió. Ella será quien gobierne *de facto* el Imperio, aunque siempre lo haga oficialmente a la sombra de un varón.

Las leyes del Estado romano impedían que gobernara una mujer. Agripina poseía la legitimidad suficiente, era portadora de la sangre de Augusto, pero debía reinar a través de un hombre. Por eso se casó con Claudio primero y entronizó a su hijo Nerón después, para gobernar a través de ellos. Y lo hizo. Ahora se había convertido en la esposa de Claudio y eso le abría las puertas del poder. Desde esa posición de privilegio, buscó colocar en el trono de Roma no al hijo de su marido y Mesalina, a Británico, legítimo heredero al trono, sino a su propio hijo Nerón, a quien dominaba por completo, para así seguir rigiendo los destinos de Roma a través de él.

La estrategia de Agripina es clara y ganadora. Desde su boda con Claudio empleará todo su dinero y energías para entronizar a su hijo Nerón. Cuando lo vea preciso recurrirá también al asesinato. Antes de llamar a Séneca del destierro había hecho matar a su cuñada Lolia Paulina, viuda de Calígula, competidora suya a la hora de casarse con Claudio. Agripina no dejará cabos sueltos. Eliminará a sus oponentes no por venganza o rencor. Su soberbia siempre estuvo supeditada a sus ansias de poder. La madre de Nerón eliminó a Lolia Paulina porque aquella mujer quiso aspirar al poder por delante de ella. Agripina es muy inteligente e intuitiva. Sabe que, quien ha aspirado una vez a sobrepasarla lo intentará de nuevo, cuando encuentre la ocasión. No está dispuesta a correr riesgos. Ahora que le resulta fácil, elimina a los posibles adversarios. Para ella, todas estas medidas estarán calcu-

ladas con la intención de garantizar su propia supervivencia y controlar el poder.

Y ahora, el único objetivo de Agripina, que ya gobierna a través de Claudio, es asegurar el trono para su hijo. Por eso su siguiente movimiento es casar a Nerón con Octavia, la hija de Claudio. Con este matrimonio quedará legitimado para el Imperio. El mismo año de su boda, en el 49, consigue alcanzar el compromiso matrimonial de los jóvenes. Cuando Octavia cumpla la edad prescriptiva, Nerón se casará con ella y ya no será solo hijastro del emperador sino también su yerno.



[55] Claudia Octavia, hija de Claudio y Mesalina. Imagen del Museo Nacional Romano Palazzo Massimo.

Menos de un año después Agripina dará el paso definitivo para colocar a su hijo en la primera línea de sucesión. Lo hará el 25 de enero del año 50, a través del liberto Antonio Palas, uno de los ministros más importantes de Claudio y, según los rumores de la corte, también amante de la emperatriz. Él en persona es quien se encarga de hacer una propuesta muy importante ante el emperador y conseguir su aprobación: pide a Claudio que nombre a Nerón como hijo adoptivo. Sin duda Agripina está detrás de la maniobra. El liberto esgrime argumentos razonados y convincentes. Claudio acepta. Se produce la adopción y el joven pa-

sa a pertenecer a la familia Julio-Claudia en igualdad de condiciones que Británico, hijo biológico de Claudio. Como Nerón era mayor, es reconocido como sucesor del emperador y tutor de su hermanastro. El círculo se ha cerrado. El hijo de Agripina estará llamado a ser el próximo emperador. Ahora toma por nombre Claudio Nerón César Druso.

Agripina ya ha conseguido que su hijo se sitúe el primero en la línea de sucesión. Ahora le queda verlo como emperador. Y Lucio Anneo Séneca formará parte de esa estrategia. El filósofo no solo estará de acuerdo con ello. También colaborará decididamente en el ascenso de Nerón al poder. Quiere que su alumno, el nieto de Germánico, sea emperador y que encarne ese reinado de prosperidad y justicia que él desea para Roma. El filósofo se centra ahora en su labor como preceptor del futuro *prínceps*. Al servicio de ese fin pondrá toda su actividad intelectual y su capacidad de trabajo durante los próximos años.

Hay que reconocer que Agripina tenía una personalidad arrolladora. En menos de dos años desde su boda con Claudio, había conseguido colocar a Nerón en primera línea de salida hacia el poder. Su hijo ya era el sucesor de su padrastro. Y Claudio lo aceptó sin más, como aceptó siempre todo lo que le propusieron sus esposas o libertos. El emperador había puesto a Nerón por delante de su hijo Británico, tres años menor. Esa diferencia de edad lo colocaba, como era intención de Agripina, en posición privilegiada a la hora de acceder al trono. Pero a la emperatriz no le bastaba la ventaja de la edad ni la conformidad de Claudio. Quería tener todos los cabos atados.

En ese mismo año Agripina encargó a Séneca que dirigiera una campaña, orientada a la opinión pública, para que el pueblo y el Senado tuvieran una imagen positiva de Nerón como posible emperador moderado y sabio. El filósofo cumplió a la perfección su misión. Supo presentar al futuro gobernante como un joven con grandes posibilidades. El hijo de Agripina fue adqui-

riendo un creciente prestigio a los ojos del pueblo y del Senado. Pronto se formó un grupo favorable al partido de Nerón, un sucesor que aparecía ante los ojos de Roma como un futuro gobernante sabio y justo. Su figura contrastaba con el actual emperador, con las arbitrariedades de Claudio, a quien gran parte de la Curia no le perdonaba que hubiera condenado a muerte a gran número de senadores y caballeros.

Séneca acepta desde el principio participar en primera línea de la política romana y cumplir el papel que le toca. Ya lo ha explicado en *De tranquillitate animi* y lo explicará más adelante en sus cartas: el sabio debe intervenir en política, debe dedicarse al bien común. La actividad es parte fundamental de su quehacer. Acción y reflexión son dos caras de la misma moneda. Además Séneca quiere ver coronados los valores de la clemencia y la justicia. Quería que, de una vez por todas, se instaurara en Roma un sistema político justo y estable, garante de libertades, dirigido por la razón y que contara con la concordia de todas las clases sociales. Y el instrumento de ambos deseos, los de Agripina y los de Séneca era necesariamente Nerón, por ser hijo de Agripina y nieto de Germánico, por ser discípulo suyo, a quien intentaría inculcar los valores de la honestidad y la razón en las labores de gobierno. Los objetivos de Agripina y Séneca culminaban en Nerón. Ambos lo sabían y, por eso, colaboraron hombro con hombro. Y mientras los dos trabajaron en equipo, todo fue bien.

La madre había conseguido el objetivo de colocar a Nerón en el camino de la sucesión pero esta conquista no daba completas garantías. Los prefectos del pretorio son Geta y Crispino. Son hombres nombrados en la etapa de Mesalina, fieles a Claudio y a su hijo Británico. Agripina sabe que el poder militar es determinante. Tiene que controlar este aspecto decisivo en la política romana. Consigue cesarlos en el año 51 y colocar en su lugar a un solo prefecto del pretorio: Sexto Afranio Burro.

Es muy probable que el nombramiento de Burro se deba a la recomendación de Séneca. Por varios motivos. Primero es un hombre que procede de la Narbonense, lugar de nacimiento de muchos amigos suyos y de hombres influyentes que ya pertenecían medio siglo atrás a ese círculo intelectual y de poder al que pertenecía, entre otros, el propio padre del filósofo. De la Narbonense es su esposa Paulina. También su cuñado y suegro, que detentan puestos de poder en Roma. Es muy probable que Burro sea un hombre de confianza de Séneca. Es estoico como él. Y lo más importante: en todo momento le fue fiel.

Sexto Afranio Burro es un oficial veterano, herido de guerra, que siempre defenderá a Séneca incluso por delante de Agripina y de Nerón. Mientras Burro vivió, el filósofo fue intocable. Fue su más leal apoyo en el poder. Por eso lo más razonable es pensar que esta iniciativa fuera idea de Séneca.

Con el nombramiento de Burro, la emperatriz tiene controlada por fin la prefectura del pretorio, el peligroso poder del ejército en Roma que es la base de la estabilidad o el cambio en la cabeza del Imperio. Claudio, como en todo, obedeció. Pero Agripina no bajó la guardia en ningún momento. Sabe que no tiene el control absoluto. Maneja a Claudio a su antojo. Sí. Pero ella no es la única que lo maneja. El emperador era un hombre muy voluble e influenciable, dominado por su esposa pero también por sus libertos. Y la emperatriz no controlaba por completo a todos sus libertos. Narciso se le escapaba. Es el mismo hombre que había tomado la decisión de acabar con Mesalina. Su influencia sobre el emperador es enorme. Agripina lo sabe y permanecerá alerta.

Ante el éxito y la buena fama que va adquiriendo Nerón, a nadie se le ocultaban las intenciones de la emperatriz. Y menos a las personas cercanas al poder, a aquellos libertos que dirigían los hilos de la política desde el principio del reinado de Claudio. En su mayoría eran partidarios de Británico. Ante las maniobras de

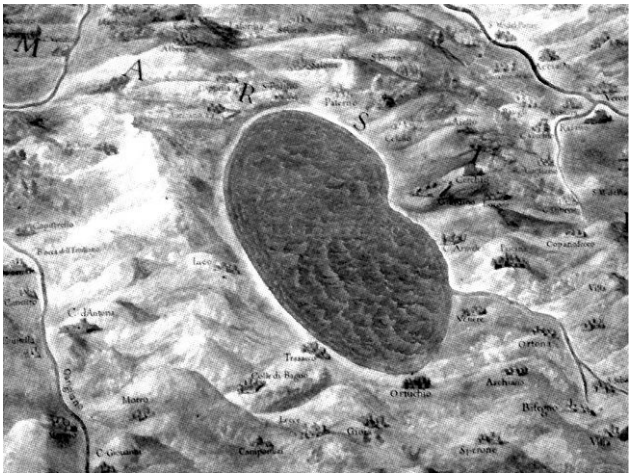
Agripina se alarman y entienden el peligro que se avecina. Hablan con el hijo biológico de Claudio y le advierten al joven de la necesidad de luchar por el trono. La competencia entre Británico y Nerón provocó entonces un enfrentamiento abierto entre los hermanastros. El primero se mostró hostil en público con su competidor y quedó en evidencia. Agripina aprovechó la ocasión para culpar a los tutores de Británico de no estar educándolo correctamente. Consiguió de Claudio el derecho a nombrar otros nuevos pedagogos, afines a ella, y así controló aún mejor todo cuando ocurría en palacio.

En marzo del año 51, recién cumplidos los 13 años, Nerón vistió la toga viril en el Foro adelantándose un año a la edad oficial. Esto supone una especie de mayoría de edad que le permite aspirar al desempeño de cargos públicos en su preparación política para suceder a Claudio.

Durante estos años el joven se dedica de lleno a los asuntos públicos, aunque es Séneca quien lo asesora y le escribe los discursos. Nerón fue nombrado procónsul por el Senado, una especie de general en jefe para la administración de las provincias. Era un nombramiento más nominal que real, porque Séneca se encargaba de las gestiones administrativas y de tomar las decisiones oportunas. Pero, con el desempeño de estas responsabilidades, Nerón va apartando a Británico de la carrera hacia el poder y va adquiriendo cada vez más protagonismo político ante la opinión pública, el Senado y el ejército.

La corte, no obstante, es una selva de intrigas donde Agripina tiene todas las de ganar pero la emperatriz sabe que no puede descuidar ningún detalle. Los libertos que apoyan el partido de Británico están ahora liderados por Narciso, que sigue teniendo aún mucha influencia sobre el emperador. Agripina lo sabe y será implacable. Narciso es ahora su peor y más peligroso enemigo. Es el hombre que está en su punto de mira. La emperatriz aprovechará el más mínimo fallo para poner en evidencia al poderoso

liberto o lo propiciará. La ocasión se presenta pronto. Narciso comete un error que le costará su caída en desgracia: la inauguración del lago Fucino.



[56] Lago Fucino, obra de enorme envergadura en la que Claudio se jugaba su prestigio ante el pueblo.

La idea de drenar el lago Fucino ya existía desde los tiempos de Julio César pero nadie se había atrevido a una obra de tal envergadura hasta ahora. Claudio quiso acometerla. Necesitaba una acción espectacular que diera brillo a su reinado, porque los emperadores, desde Augusto, justificaron su gobierno absoluto ante la plebe mediante dos vías: la victoria militar y las colosales construcciones públicas.

El día de la inauguración, el emperador Claudio quiso celebrarlo con toda pompa y esplendor. Organizó una naumaquia, una batalla naval en el lago, para festejar la construcción de tan gran obra de ingeniería. Era realmente un trabajo monumental y muy costoso. Había llevado once años construir los 5,6 km de túneles y canales que pudieran drenar el lago y verter las aguas en el vecino río Liri. Trabajaron en este proyecto más de treinta mil personas ininterrumpidamente, en tres turnos de ocho horas. La ejecución de la obra se encargó por completo al liberto Narciso. Pero el día de la inauguración se produjo un accidente. Parece ser que un deslizamiento de tierras provocó un reflujo del

agua y levantó una ola enorme que llegó hasta donde estaba la familia imperial. Claudio entró en pánico y culpó de todo a la torpeza de Narciso. Además del susto, el gasto total de la infraestructura se había disparado y acabó siendo más del doble del presupuestado en un principio. Agripina y su amante Palas, el otro poderoso liberto de Claudio, aprovecharon la ocasión (algunos dicen que la habían provocado) para acusar a Narciso de apropiación indebida. Con los cargos de corrupción y el fracaso de aquella ingente obra pública consiguieron hundir la carrera de Narciso y relegarlo a un segundo plano.

Mientras la madre se encarga de planear y ejecutar todas estas intrigas políticas, Nerón, por su parte, sigue acumulando títulos y méritos que lo acercan cada vez más a la sucesión del Imperio en esta agónica carrera hacia el poder. El joven es nombrado Príncipe de la Juventud y Protector de la Ciudad, lo que le permite ejercer de juez en ausencia de los magistrados. Lo normal era esperar a que el juez titular volviera para dictar sentencia. Se evitaba así cometer errores propios de administradores sin experiencia. Pero, en este caso, Palas se encargó de que Nerón pudiera arbitrar algunos juicios bajo la supervisión de Séneca, que hacía todo el trabajo, escribía los discursos y dictaminaba con acierto. La imagen de Nerón mejoró aún más entre el pueblo. La opinión pública lo veía ya como un gobernante preparado, capaz y sabio.

Por su parte, Agripina ha dado todos los pasos necesarios para colocar a su hijo en primera línea del poder. Ya controla al pueblo, al Senado y a los pretorianos. Ha conseguido que el emperador adopte a su hijo. Lo ha casado con la hija de Claudio. Le ha proporcionado toda la legitimidad que le faltaba. Octavia ha cumplido 12 años y se ha casado con Nerón. La edad no es inusual en la época. El matrimonio podía celebrarse en Roma cuando los varones tenían 14 años y las mujeres 12. Agripina tiene prisa y no quiere perder el tiempo. Nerón, que entonces tenía

16, se casa en el año 53 d.C. con Octavia. Con la celebración de este matrimonio la carrera hacia la sucesión queda totalmente cerrada.

En estos momentos Nerón no solo era ya hijo adoptivo del emperador sino su yerno y sucesor. Todas las medidas tomadas por Agripina y Séneca habían dado frutos excelentes. La posición de la emperatriz y su hijo era cada vez más sólida entre la opinión pública. En la Curia, el filósofo hacía bien su trabajo. El Senado se convencía cada vez más de que Nerón representaría un gobierno de concordia y de paz, tan diferente a los que protagonizaron Tiberio y Calígula o a los que estaban viviendo bajo el propio Claudio.

Tanto Agripina como Séneca conocían a la perfección la importancia de los tres grupos de poder con los que había que contar para tener asegurado el mando en el Imperio. Y han conseguido el apoyo de los tres. Primero el ejército, que era fiel a Agripina por el recuerdo de su padre Germánico. Después la opinión pública, cada vez más favorable a Nerón. Por último, el apoyo del Senado, que, gracias a Séneca, se decidió sin fisuras por ella. En estos momentos la nombraron Augusta, un título que había ostentado Livia, la esposa de Octavio Augusto, y que ahora Agripina detentaba con orgullo. Nerón fue nombrado cónsul. Al joven le ofrecieron cargos en los que poder observar su estilo como juez, como responsable político. Y Nerón, con la inestimable ayuda de Séneca, actuaba con prudencia, inteligencia y buena oratoria.

[57] Moneda en que se lee claramente *Agripinae Augustae*. La madre de Nerón será la nueva Livia, nombrada

Augusta por el Senado, heredera del prestigio de su bisabuelo Octavio Augusto.

La sucesión estaba totalmente despejada para Nerón. Parecía que nada podían hacer los partidarios de Británico. Especialmente después de que Narciso hubiera sido relegado a un segundo plano. Pero el liberto era un personaje escurridizo que aún gozaba de cierta influencia en palacio. Se acercó en secreto a Británico y a sus partidarios. Narciso abogó por él directamente ante su padre, alertándolo del protagonismo que estaba tomando la figura de Nerón. Y Claudio, tan influenciable como siempre, le prestó oídos. Parece ser que Narciso pudo convencerlo para equilibrar la balanza de la sucesión primero y restituir los derechos de su hijo biológico después. Según apuntan algunos historiadores, Claudio decidió entonces adelantar la edad legal de su hijo Británico en tres años para que pudiese vestir la toga viril y así estar también en condiciones de ser su heredero en perjuicio de Nerón.

No sabemos exactamente si estas fueron o no las intenciones de Claudio. Algunos historiadores cuentan incluso que, bajo influencia de Narciso, el emperador pretendía cambiar el testamento para beneficiar a Británico. En todo caso, aunque esos hubieran sido sus propósitos, no le dio tiempo a llevarlos a cabo. Agripina estaba dispuesta a actuar —y actuó— antes de que el hijo de Claudio pudiera suponer una amenaza para sus planes.

Se le presentó la ocasión gracias a una enfermedad de Narciso. El médico de palacio, Jenofonte, en connivencia con Agripina, le prescribió retiro y obligó al liberto a pasar la convalecencia en la Campania por espacio de dos semanas. Con Narciso lejos de Roma, la emperatriz tenía las manos libres. Según la versión más extendida, fue la noche del 12 de octubre, cuando se celebraban las fiestas de las Augustalias, el momento elegido por Agripina para envenenar a Claudio con su plato favorito: setas.

El propio médico del César, que antes había mandado lejos a Narciso, fue cómplice y partícipe del asesinato a las órdenes de

Agripina. Al día siguiente Nerón era nombrado emperador, era el 13 de octubre del 54, aún no había cumplido los 17 años.

Dicen que Agripina programó y perpetró personalmente el asesinato de Claudio. Lo hizo con rapidez y eficacia. Además de la ayuda de Jenofonte, médico personal del emperador, contaba con la colaboración de Haloto, el encargado de probar todos sus alimentos.

En el banquete celebrado la noche del 12 de octubre, tras probar las setas, Claudio se sintió indispuesto. Bebió un largo sorbo de vino puro y se sintió peor. Nadie sospechó del envenenamiento. Todos los comensales vieron algo a lo que estaban acostumbrados: al emperador bebiendo hasta la ebriedad y sintiéndose indispuesto. El médico se acercó, como en tantas otras ocasiones, e hizo algo habitual: introdujo una pluma en la garganta de Claudio para que vomitara. Pero esta vez la pluma estaba untada en un potente somnífero que mantuvo al emperador dormido y que acabó con su vida en menos de una hora.

Agripina ocultó la muerte de Claudio durante toda la noche. Mientras tanto, preparó las órdenes que luego transmitió al prefecto del pretorio Afranio Burro y al preceptor de Nerón, Séneca. Ambos gobernaban el Imperio en colaboración con ella pero no parece que tuvieran conocimiento de los manejos «personales» de la emperatriz. Los crímenes y las intrigas eran asunto exclusivo de la propia Agripina.

La emperatriz les dio las indicaciones oportunas. Burro y Séneca las cumplieron. Afranio Burro apareció con el hijo de Agripina en el campamento. Les dijo a los soldados que Claudio había muerto y que el nuevo emperador era Nerón. Por su parte, Lucio Anneo Séneca habló en el Senado y lo propuso como legítimo sucesor, tal como lo indicaba el testamento de Claudio. Ambos estamentos lo aprobaron sin oposición.

Agripina había conseguido su objetivo: ver a su hijo en el trono. Ahora faltaba que Séneca consiguiera el suyo: hacer de Nerón un gobernante sabio y justo. Fracasó. Pero aquel fue un fracaso compartido.

---

171 *Ibidem* XII.8.2.

172 Dion Casio *Historia romana* 62.29.2.

173 Suetonio *De poetis vita Lucani*.

174 Albrecht: 1999, 1095.

175 Grimal: 1969.

176 Séneca *Epístolas morales a Lucilio* 104.2.

177 Séneca *Sobre la vida feliz* 17.1.

178 *Ibidem* 17.2.

179 Dion Casio *Historia Romana* 61.10.

180 Séneca *Epístolas morales a Lucilio* 104.1 y 2.

181 *Ep.*104.5.

182 Tácito *Anales* XV.63.2.

183 Séneca *Epístolas morales a Lucilio* 104.2-4.

184 Séneca *Sobre la tranquilidad del espíritu* 2.3.

10.

LA MUERTE DE CLAUDIO Y SU CALABACIFICACIÓN

El Senado había puesto el Imperio en las manos de Nerón. A Claudio, como venía siendo costumbre a la muerte de los emperadores, se le rindieron honores divinos. Divinizar al gobernante fallecido se había convertido en un necesario requisito institucional. Permitía legitimar la sucesión y fidelizar a todos los partidarios del anterior emperador. Ni Nerón ni Agripina sentían el más mínimo entusiasmo por ensalzar la figura de Claudio. Lo hicieron porque aquella ceremonia les proporcionaba un extraordinario rédito político.

La mayoría de los historiadores están de acuerdo en que la madre de Nerón estuvo detrás del envenenamiento de su marido. De hecho las relaciones entre Agripina y Claudio se habían enturbiado, al pretender el emperador rehabilitar la figura de su hijo Británico y colocarlo junto a Nerón en la línea de sucesión. Desde ese momento la emperatriz se había visto amenazada y posiblemente decidió acabar con la vida de Claudio antes de que Británico pudiera llegar a constituir una amenaza para sus planes. Al menos esa es la versión que nos transmiten los historiadores de la época. Y, conociendo a Agripina, aquello era perfectamente creíble.

A la muerte de Claudio no se leyó públicamente su testamento, solo se hizo en privado, en el Senado, para confirmar que la sucesión al trono se producía según la ley. Nerón era ya emperador. Nadie se acordó de Británico. Ningún senador iba a defenderlo por delante de su hermanastro por dos motivos. Primero, Nerón representaba mejor, gracias a la labor de Séneca, la imagen del emperador clemente, respetuoso con la legalidad y el Senado. Segundo, nadie iba a luchar por los derechos de Británico cuando su propio padre, ahora muerto y en vías de ser deifi-

cado, había firmado un testamento que privaba de todo derecho a su legítimo hijo.

Además, la hija de Claudio, Octavia, había sido entregada en matrimonio a Nerón. Y ese matrimonio también lo legitimaba para el Imperio. Así legitimó Julia, en tiempos de Augusto, a sus tres maridos respectivos: Marcelo, Agripa y Tiberio. Así legitimarán también las emperatrices a todos los emperadores del siglo II desde Adriano a Marco Aurelio porque Sabina y las dos Faustinas llevarán la sangre de Trajano, como Julia llevaba la sangre de Augusto. El matrimonio de Nerón con Octavia era, como casi todos los de esta índole, un matrimonio de conveniencia, que en este caso aportaba toda la legitimidad al hijo de Agripina como sucesor al trono.

La muerte de Claudio no causó un hondo dolor en Roma. Ni mucho menos. Aquel hombre nunca fue un emperador querido y muy pocos en el Senado lloraron su pérdida. Por su parte, Lucio Anneo Séneca lo aborrecía. Seguramente no sería solo por el rencor de haber sido él quien lo envió al destierro. Había un motivo más profundo para aquel desprecio: Claudio representaba a sus ojos el mundo al revés, un necio en el poder. Su gobierno había sido autoritario y sangriento. Ahora, con su muerte, todo iba a cambiar. Séneca se encontraba en una situación de poder. Con la subida al trono de Nerón, su pupilo, con 16 años, el filósofo cordobés se convierte en pretor y ministro plenipotenciario. Séneca adquiere en estos momentos el mayor poder que alcanzará nunca. Comienza a encargarse de los asuntos de Estado con la ayuda incondicional del prefecto del pretorio Afranio Burro, un hombre que le fue leal hasta el último día. Ambos establecieron un régimen de gobierno que seguía el espíritu del principado de Augusto: un sistema respetuoso con el Senado, que buscaba el bien común, un gobierno sensato y honesto y la participación de los senadores en las labores de administración, aunque, en la práctica, la estructura del Estado se encaminaba cada vez más ha-

cia el burocratismo creado por Augusto y potenciado por Claudio.

La administración del Imperio en estos años en que Séneca está en primera línea del poder no presentó problemas de importancia ni dentro ni fuera de las fronteras. En política interior no hubo en este tiempo ningún síntoma de alarma. El Estado progresó en paz y concordia. Estos primeros años estuvieron caracterizados por la prosperidad y el buen gobierno.

Nerón se había convertido en emperador. Pero ser tataranieto de Augusto no le garantizaba, de por sí solo, la legitimidad. Había que proceder a un requisito esencial: la divinización de Claudio, la *Apotheosis*. Después de este rito protocolario, Nerón sería hijo adoptivo de un dios, estaría casado con la hija y sería además hijo de la viuda de ese dios. Así que la divinización de Claudio era una necesidad política, aunque no fuera plato de gusto para ninguno de los que ahora detentaban el poder.

Y quizá a quien menos gustara el cumplimiento de aquel requisito fuera al propio Séneca. Divinizar a Claudio era una necesidad, un deber desagradable. Pero un deber al fin y al cabo. El filósofo cordobés entendía perfectamente que aquel acto era una ineludible obligación de Estado. Había que cumplirla y la cumplió. Incluso tuvo que escribir una *laudatio funebris*, un elogio fúnebre del emperador difunto, para que lo pronunciara Nerón[185].

Esas palabras de elogio serán la versión oficial de la divinización de Claudio. Pero Séneca no quería engañar a nadie ni dejará pasar la oportunidad de aclarar su posición política respecto al reinado de Claudio. Algunos dicen que tampoco quiso dejar pasar la ocasión de vengarse de él. En este momento, fiado en el poder que tenía, decide escribir y publicar una sátira mordaz contra Claudio. Una obra literaria que le habría acarreado una condena a muerte inmediata en otras circunstancias. El libro se publica ahora, justo después de la muerte del emperador y de su

divinización. La obra se propagó con rapidez. Séneca había vertido en el campo de la literatura un escrito que tendrá más repercusión mediática que el propio acto de divinización de Claudio. Compuso magistralmente una especie de crítica fúnebre sarcástica, cuyo título está escrito en griego: *Apocolocyntosis*.

La obra pertenece al género de la sátira. Es una crítica mordaz que algunos consideran incluso despiadada. Un gesto por el que han acusado al filósofo de vengativo. En realidad ni el rencor ni el deseo de venganza le movieron a escribir este libro: la obra es, ante todo, un acto político. Séneca critica al emperador difunto y aprovecha para defender el reinado de Nerón, del que él será indudable protagonista. El libro le sirve para anunciar las virtudes de ese cambio de gobierno, el advenimiento de una nueva etapa que devolverá a Roma a la edad de oro de Augusto y podrá hacer realidad la línea política seguida por Séneca antes de su destierro y de la que no se apartó jamás.

El filósofo no solo pretendía con este escrito una burla personal. Hay una motivación aún más importante: criticar la política autoritaria de Claudio y dejar claro que la apoteosis es solo un requisito formal de este nuevo régimen que ha instaurado Augusto con su divinización y con la de César. Lucio Anneo Séneca advierte que hay que tener cuidado con creerse de verdad dioses, como Calígula, y degenerar en la tiranía. De ahí que en la *Apocolocyntosis* ponga en boca del dios Jano la propuesta de que se considere delito que un hombre sea convertido en dios.

> Para que no parezca que doy mi opinión contra la persona y no contra el hecho, propongo que desde este día no se haga dios ninguno de los que comen los frutos de la tierra o de los que alimenta la fecunda tierra. Quien en contra de este senadoconsulto, se haga diga o represente dios, parece bien que sea entregado a las Larvas y que en los próximos juegos sea azotado con varas entre los gladiadores recién contratados[186].

La obra, desde el principio, es una sátira sin paliativos a la figura de Claudio. Ya el propio título no puede ser más sarcástico. Es un juego de palabras. *Apocolocyntosis* suena a apoteosis. Apoteosis es divinización, transformación en dios, mientras que *apocolocyntosis* significa calabacificación, transformación en calabaza.

La burla no puede ser mayor: Claudio no se convertirá en dios, sino en calabaza. Es una calabaza, es decir, un estúpido, a quien quieren divinizar. Séneca escribe una sátira magistral contra Claudio, un emperador que no es divino, es más bien un emperador calabaza, una cabeza hueca. Y las connotaciones de estupidez y falta de inteligencia de la calabaza se entienden incluso hoy día. Algunos han traducido el título por *Calabacificación de Claudio* o también *Metamorfosis de Claudio en calabaza*. El contenido de la sátira confirma el título. Toda la obra es una ficción satírica, genialmente escrita, que consigue refutar la apoteosis y dar la imagen real de este torpe emperador, que es la que Séneca quiere transmitir a la posteridad.

¿Por qué escribe una sátira para criticar la divinización de Claudio y no otro tipo de escrito? Posiblemente porque debe responder en el mismo tono. Es decir, Séneca cree que la divinización de un emperador necio como Claudio es una verdadera burla. Tiene que responder con otra burla: una excelente sátira que será además una obra literaria de gran éxito e importancia.

El contenido de la sátira es el siguiente: Claudio, a su muerte, llega al Olimpo. Hércules le pregunta y un Senado celeste, tras escucharlo, rechaza admitirlo y lo envía al Hades. Quien ha formulado la acusación más contundente y quien ha conseguido que lo expulsen del Olimpo es el divino Augusto, inaugurador de la dinastía y del Imperio. Su intervención no puede ser más elocuente.

> Entonces se levantó el divino Augusto al llegarle su turno de palabra y disertó con suprema elocuencia: «Yo, senadores ——dijo— os tomo por testigos de que, desde que fui hecho dios, no he hablado palabra: me ocupo solo de mis asuntos; pero ya no puedo disimular más ni contener un dolor que mi vergüenza me hace más penoso. ¿Para esto propagué la paz por tierra y por mar? ¿Para esto acabé con las guerras civiles, para esto cimenté la ciudad con mis leyes y la embellecí con mis obras, para…? No encuentro, senadores, manera de expresarme: todas las palabras se quedan por debajo de mi indignación. Hay que recurrir pues a aquel dicho de Mesala Corvino, hombre elocuentísimo: «Me da vergüenza el poder». Este que os parece, senadores, que no puede ni espantarse una mosca, mataba hombres con la misma facilidad con que un perro se echa al suelo… Dime, divino Claudio, ¿por qué a todos y cada uno de aquellos y aquellas a quienes mataste los condenaste antes de instruirles proceso, antes de escucharles?[187].

Después de las palabras de Augusto, echan a Claudio del Olimpo y lo envían al Hades. Mercurio es el encargado de llevarlo al mundo subterráneo y, al pasar por la tierra, se encuentran con el cortejo fúnebre que acompaña al cadáver de Claudio, de forma que el difunto emperador tiene ocasión de contemplar su propio entierro y escuchar los elogios que dicen en su nombre. Mezclando la realidad del funeral de Claudio con la ficción de la obra, Séneca muestra en esta escena de forma magistral que los elogios y la apoteosis que recibió a su muerte son un puro teatro, un formulismo necesario, pero falso. La realidad es la de un Claudio estúpido, a quien no quieren en el Olimpo y mandan al Hades, a los infiernos. Allí reciben al emperador. Éaco lo juzga por sus crímenes. La acusación es la siguiente:

> Por la muerte de treinta y cinco senadores, trescientos veintiún caballeros romanos y otros tantos como la arena o el polvo[188].

Lo encuentran culpable y lo condenan a un castigo eterno como el de Sísifo. La condena no consistirá en subir infructuosamente una piedra a lo alto de la montaña por la eternidad sino jugar a los dados con un cubilete sin fondo. El sarcasmo no puede ser mayor porque Claudio tenía fama de jugador y borracho. Calígula, en el Hades, lo reclama como esclavo. Al final Claudio entra al servicio de un liberto como sirviente, situación que le resultaría familiar: toda su vida fue manejado por sus libertos.

La burla del filósofo es descomunal pero bien fundada. Claudio tuvo fama de todo aquello de lo que Séneca se mofa. Bebía hasta perder el control. Jugaba a los dados continuamente. Fue manipulado por sus libertos. Fue responsable del asesinato de muchos senadores y caballeros sin juicio previo ni garantías legales. El filósofo cordobés se sirve de la sátira para criticar a los emperadores tiranos, como Claudio o Calígula, gobernados por la estupidez, la ira y la crueldad. Lo explica muy claramente en sus cartas.

> Los mismos placeres que te demoran y retienen los has agotado: ninguno hay que sea nuevo para ti, ninguno que no te lo haya hecho odioso la propia saciedad. El sabor del vino puro y el sabor del mulso lo conoces; nada importa que sean cien o mil las ánforas que pasan por tu vejiga: eres un filtro.

El sabor de la ostra y el del salmonete lo conoces muy bien. Tu voluptuosidad no te reservó para los años venideros placer alguno que no hayas probado; y, sin embargo, estos son los goces de los que, contra tu voluntad, se te arrancará.

¿Qué otra cosa hay que lamentes que te sea arrebatada? ¿Los amigos?, ¿es que sabes ser amigo? ¿La patria?, ¿acaso le tienes tanta estima que por ella te retrasas en cenar? ¿El sol? Si pudieras lo apagarías. ¿Qué acción, en verdad, realizaste jamás digna de su luz? Reconoce que no es el afecto al Senado, al foro, ni a la misma naturaleza el que te vuelve tan lento para morir. Contrariado abandonas un mercado en el que no has dejado provisión alguna.

Temes la muerte. ¿Cómo, entonces, la menosprecias mientras te hartas de setas?[189].

La crítica a Claudio es evidente en este fragmento de sus *Cartas* por la alusión a la borrachera, a los vicios y sobre todo a las setas, su plato preferido.

Muchos han acusado a Séneca de vengativo, por el sarcasmo con que describe a Claudio en su *Apocolocyntosis*. Cada cual podrá pensar si la obra está motivada por la crueldad, el deseo de venganza o de justicia. Lo cierto es que demuestra tanto la ideología política de Séneca como su increíble habilidad artística. Es el único ejemplo de sátira completa que se nos ha conservado. El estilo, el lenguaje y la creatividad hacen que sea una obra maestra. En el plano del contenido la crítica es feroz. En la *Apocolocyntosis* dice que «*Claudio no tenía cabeza ni corazón*». Séneca lo sabía bien. Según él, no tenía cabeza porque era un emperador estúpido. No tenía corazón por su evidente falta de empatía y sensibilidad. No era ninguna broma representarlo acompañado de la diosa Fiebre «*con aquel gesto de su mano floja, y solo para esto bastante firme, con el que solía decapitar a la gente. Había ordenado que le cortaran el cuello*». En su reinado fueron condenados treinta y cinco senadores y ejecutados por Claudio 221 caballeros sin contar con ninguna de las garantías legales. Fueron muchas las víctimas que cayeron durante su gobierno. Y eso es lo que el filósofo denuncia. Para hacerlo se vale de la figura de Augusto, primer emperador y modelo político de Séneca, poniendo en su boca palabras que explican claramente la tiranía de Claudio:

Dime, divino Claudio, ¿por qué a todos y cada uno de aquellos y aquellas a quienes mataste los condenaste antes de instruirles proceso, antes de escucharles?[190].

En esta obra Séneca pregona lo que los historiadores avalan, que Claudio condenó sin juicio previo y a capricho. Suyo o de

los demás. Porque el emperador era un pusilánime a quien sus ministros no hacían caso, un hombre manejado por sus mujeres y libertos.

> Dirías que todos eran libertos suyos, hasta tal punto nadie le hacía caso[191].

Séneca cuenta todo esto a través de la sátira, mezclando fantasía y realidad. La intencionalidad política no desaparece en ningún momento. Los rasgos físicos de Claudio, su personalidad, sus acciones de gobierno, que conocemos bien gracias a Tácito y Suetonio, aparecen expuestas, ridiculizadas, criticadas magistralmente en la sátira: su cojera, temblores en cabeza y manos, tartamudeo, falta de memoria, ludopatía en el juego de dados, ira, estupidez, caprichos, crímenes de parientes, de senadores y caballeros. Séneca hace una selección de sus vicios y no refleja ninguna virtud. Ese es el objetivo de la sátira: servir de contrapunto a la historia oficial del reinado de Claudio. La obra es demoledora y parece una *damnatio memoriae* literaria, una especie de condena a la memoria de Claudio. Cortés[192] explica que por medio de este género, que Séneca aborda genialmente, con la misma maestría que sus tratados filosóficos o sus tragedias, el filósofo cordobés argumenta que el emperador Claudio no se merece un tratamiento histórico serio sino una burla de la historia.

Y después de haber dejado a Claudio en su lugar, Séneca inicia su verdadero ascenso hacia la cumbre de la política. Ya lo había avisado en *De tranquillitate animi*. Allí había defendido que no se debe filosofar en la sombra sino también aceptar las responsabilidades del poder. Séneca está convencido de que el espíritu humano ha nacido para la acción. Así lo explica con detalle. Según el filósofo, para conseguir la paz interior, para alcanzar la plenitud como seres humanos, hay que actuar de modo que se permita al alma alcanzar su vocación profunda. Y esa no es otra que la acción. Hay que actuar, intervenir en el curso de los acontecimientos, no solo por beneficio de uno mismo sino especialmente por el de los semejantes. La acción y el pensamiento deben ir

unidos. Ese será el camino que siga Séneca y ha seguido siempre. El filósofo cordobés comienza ahora una etapa en la que puede desplegar durante varios años y sin freno alguno sus ideas sobre el buen gobierno.

En los últimos años del reinado de Claudio se ha podido vislumbrar la influencia beneficiosa de Séneca en el terreno de la política romana. Desde su vuelta del exilio el filósofo cordobés ha asesorado a Agripina y hecho valer sus buenos consejos. Pero es ahora, con el advenimiento de Nerón al poder, cuando comienza a cobrar cada vez más protagonismo en la corte. Ya en los últimos cinco años de gobierno de Claudio, Agripina había contado con Séneca como principal asesor. Consultaba con él las decisiones de gobierno y convencía después a los libertos y al emperador de las iniciativas que había que adoptar. En esos últimos años del reinado de Claudio, había sido ella la que llevaba siempre los hilos de la política, la que había manejado el poder en primera línea. Pero en la sombra.

Ahora, con Nerón en el trono, Agripina Augusta es la viuda de un dios y madre del actual emperador. Ha conseguido sus sueños de poder y quiere evidenciarlo. Las leyes no le permiten ocupar el primer puesto de mando en el Estado, para eso tiene a su hijo. Pero ella tiene toda la autoridad. Es *de facto* quien gobierna Roma y, en las representaciones artísticas o en las imágenes que se trasmiten al pueblo, ella es la que ocupa un lugar preeminente a la cabeza del Imperio.

[58] Vestida como la Diosa Fortuna, Agripina coloca a Nerón una corona de laurel mientras sostiene en su mano izquierda el cuerno de la abundancia (cornucopia), símbolo de la prosperidad y abundancia.

El nuevo emperador tiene solo 16 años cuando alcanza el trono. La emperatriz es la que gobierna en palacio y Séneca quien lleva las riendas de la política. Pero la sombra de la madre siempre será una pesada losa para Nerón. Es una mujer de tremenda personalidad e inteligencia. El esfuerzo por convertir a su hijo en emperador ha sido extraordinario y nada la ha hecho dudar. Hay que reconocer que Agripina nunca tuvo escrúpulos a la hora de despejar el camino de su hijo hacia el poder. Muchos historiadores la definen como soberbia, desconfiada e incluso cruel. Es ante todo una mujer inteligente y ambiciosa. Pero hay que reconocer que no tuvo reparos a la hora de intrigar o asesinar a cualquiera que supusiera una amenaza para sus ambiciones. Al inicio del reinado de Nerón, mandó envenenar a Julio Silano, nieto de Augusto, por considerarlo un peligroso competidor al trono. También acabó matando a Narciso, aquel liberto incómodo, secretario *ab epistulis* de Claudio, que había pretendido el ascenso de Británico al trono por delante de Nerón. El historiador Tácito, que es quien más crédito nos merece, explica[193] que los crímenes ocurren a espaldas de Nerón y, por supuesto, a espaldas de Séneca y Burro, que sí ven con claridad la necesidad de dete-

nerla, antes de que el inicio del reinado de su hijo se convierta en un baño de sangre. Según el historiador, Séneca y Burro actuaban siempre de mutuo acuerdo[194], algo realmente inusual en personas que comparten el poder. Gracias a ese trabajo conjunto, en los primeros meses consiguieron frenar a Agripina en su particular «ajuste de cuentas».

Al propio hijo Nerón tuvo que afectarle personalmente este comportamiento expeditivo de la madre. Ella había condenado y ejecutado a su tía Domicia Lépida, hermana de su primer marido y madre de Mesalina. La tía lo había cuidado en los años en que Agripina estuvo desterrada. Y Nerón simpre recordará que lo había tratado con cariño y generosidad, en comparación con el comportamiento a menudo fiero y amenazador de la madre. El hecho es que Agripina la acusó y obligó a Nerón a testificar en contra de su tía. El joven lo hizo y Domicia fue ejecutada. Sin duda, aquello tuvo que hacer mella en la sensibilidad de ese adolescente que Séneca tenía que convertir en un gobernante moderado, sensato y pacífico.

A medida que el hijo vaya creciendo, la presión de Agripina se hará cada vez más asfixiante. El emperador, poco a poco, irá cobrando más protagonismo en el terreno de la política pero, por ahora, deja las funciones de gobierno en manos de su madre y sus consejeros. Con el apoyo de Nerón, Séneca logrará controlar a Agripina en estos primeros años y dar estabilidad al Estado. Las soluciones del filósofo serán ingeniosas y darán buen resultado. Veamos un ejemplo.

Desde el principio la emperatriz reclama que quiere asistir a las sesiones del Senado. Hasta ella misma sabía que aquello era imposible. El Senado era el *sancta sanctorum* del gobierno de Roma. Desde tiempos de la República es la institución sagrada del Estado. Y allí solo podía haber hombres. Ahora Agripina dice que quiere asistir a las reuniones y escuchar lo que tienen que decir los senadores. A Séneca se le ocurre una solución: traslada las

sesiones de la Curia a palacio. Y allí, en una sala amplia, coloca una cortina y detrás de ella estará Agripina. La emperatriz escuchará a los senadores detrás de la cortina. Estará y no estará en aquellas reuniones del Senado. Así, Séneca accede a los deseos de Agripina sin incumplir las leyes ni la tradición.

Pasa el tiempo y, el 15 de diciembre del año 55, el emperador cumple 18 años. El joven no se interesa aún por la política ni los asuntos de gobierno. Sigue dejando las riendas del Imperio en manos de Séneca, para dedicarse él a la música, a los espectáculos y a la vida disipada. Nerón es protagonista en estos años de altercados callejeros y correrías nocturnas que son la comidilla de toda Roma. Algunos contemporáneos lo achacan a errores de juventud, otros hablan ya de cómo se va destapando el carácter cruel y depravado de Nerón.

Pero Séneca en estos años está muy atento a la formación intelectual del emperador. No descuidará la importancia de educarlo como buen gobernante. En esta línea publica un libro titulado *De clementia*, quizá el tratado de mayor significación histórica y política de todos los que escribió. En realidad, la obra es un programa político moderado que el tutor recomienda a Nerón en pleno año 55 y 56, cuando la influencia en las cuestiones de Estado es la mayor que ha poseído y poseerá Séneca en toda su vida.

De clementia es un libro de gran contenido político. La idea que se repite una y otra vez es la de la necesidad de una sociedad regida por la razón y la justicia. Del mismo modo que el hombre individual debe vivir según la Naturaleza, es decir, según la Razón, la sociedad y el Imperio también deben guiarse según el modelo de la Naturaleza, es decir, de forma sensata y racional.

Todos los planos se adecúan a esa realidad: el individuo, la sociedad, el Imperio y el universo deben regirse por la Razón, que es el concepto que aglutina la política, la cosmología, la ética y la religión. Igual que Séneca tiene una idea de Dios como alma del

universo, así también el emperador debe cumplir esa función de dirección en la sociedad, siendo un gobernante que se deje guiar por la Razón. ¿Cómo? Siguiendo el pensamiento político que propone, que no es otro que el de la filosofía estoica: los ciudadanos que habitan el Imperio no podrán conocer la felicidad, si el hombre que lo dirige no es un sabio. Es la misma idea política de Platón, aquella que expone en *La República* y que podríamos resumir en la necesidad de que los gobernantes posean sabiduría.

Pero Séneca no se queda en la pura teoría. Especifica qué es la sabiduría, en qué consiste y cuál es su verdadera naturaleza. La sabiduría que garantiza el buen gobierno consiste en adaptarse a la Razón universal y practicar las virtudes fundamentales del sabio, las que dan al alma humana su completa realización. Por eso la virtud esencial es la clemencia, es decir, el uso sensato y moderado de la justicia. La sabiduría está íntimamente ligada a los valores. No existe sin ellos. La clemencia será uno de esos valores paradigmáticos.

Estas ideas de gobierno serán básicas para educar a Nerón, porque Séneca sabe que para la salud de una sociedad no basta con la fuerza de las leyes sino que es imprescindible un valor moral que impregne a los individuos y a la sociedad en general. Por eso no es casual que tres años más tarde escriba otro tratado, que se llamará *De vita beata*, *Sobre la vida feliz*, donde asegura que, en la vida de cada hombre, la felicidad no puede alcanzarse si no es a través de un juicio recto, es decir, gracias a decisiones justas y bien razonadas. La filosofía estoica y su ética sirven aquí de sustento moral para el poder. Si Séneca defiende, como Platón, la presencia de la intelectualidad en el gobierno no lo hará nunca pensando en la tecnocracia ni la erudición, que considera avaricia de conocimientos, sino en la sabiduría de los valores, la serenidad, la moderación, la flexibilidad, la honradez, la justicia, fortaleza o templanza, virtudes propias del sabio que debe alcanzar el gobernante para que sea un ser de Razón.

Séneca llegaba así a la conclusión de que, para adecuar la política al orden del mundo, es necesario el precepto estoico fundamental, que es seguir a la Naturaleza. Para ello Nerón debe poseer las virtudes del sabio. ¿Utopía? Quizá. Pero el concepto de la *clementia* y de la buena política acabó cuajando en Roma. No en tiempos de Nerón, que ni supo ni quiso entenderlo, pero sí algunos decenios más tarde.

Treinta y tres años después de la muerte de Séneca reinará Trajano, un emperador modélico nacido en la Bética, como él. En el *Panegírico* compuesto por Plinio el Joven, el príncipe aparece como un gobernante que encarna las virtudes fundamentales del sabio. La dinastía bética del s. II, la de los Antoninos, tendrá emperadores escogidos en función de sus *uirtutes*, es decir, de sus virtudes, de sus excelencias éticas, y esto supone seguir al pie de la letra el mensaje político y el pensamiento de Séneca. El ejemplo más cercano es Marco Aurelio, que gobernó un siglo después. Fue emperador y filósofo. Es también oriundo de la Bética y llegó a ser uno de los grandes filósofos estoicos romanos junto con Séneca. Está considerado uno de los mejores gobernantes de la historia. Siempre se dejó guiar por las cuatro virtudes fundamentales del estoicismo: justicia, sabiduría, fortaleza y templanza. Sus años de reinado fueron un modelo de buen gobierno y son un claro ejemplo de cómo llevar a la práctica la ideología política de Séneca.

Lucio Anneo Séneca confiaba sinceramente en que el gobierno de Nerón llevaría por fin a Roma, desde los tiempos de Augusto, a un régimen político justo y estable. Su libro *De clementia* debería servir para educar al príncipe, dotar al régimen de unas líneas teóricas de actuación, dar estabilidad y otorgar legitimidad al Estado romano. Si se nos permite el anacronismo, la obra desempeñaría una función parecida a la de las constituciones actuales, que aportan leyes y pautas de convivencia a las sociedades modernas pero existe una gran diferencia con ellas. Los

escritos de Séneca son indicaciones teóricas generales, valores que carecían de fuerza legal y que no eran vinculantes, aunque fueran imprescindibles para la convivencia. Son solo un programa, un consejo que debe interiorizar y poner en práctica el emperador, si quiere regir con justicia y racionalidad el Imperio.

[59] Estatua ecuestre de Marco Aurelio en Roma. El emperador con su mano derecha muestra un gesto de *clementia*, concepto básico en la filosofía y política de Séneca.

La visión política de Séneca es tremendamente coherente y arranca de su concepción filosófica. El gobierno del Imperio es un microcosmos del mundo, de la Naturaleza. Igual que Dios es el alma del mundo y la razón que lo rige, así el emperador es el alma del Imperio, que será regido en armonía, si el gobernante se deja llevar por la naturaleza humana, que es la razón. Porque si la naturaleza es divina y está bien hecha, si funciona y es perfecta, todo gobierno que siga sus directrices, es decir, las de la razón, las de la clemencia y las virtudes estoicas en general, conducirá a los ciudadanos al buen gobierno y a la felicidad.

En realidad lo que propone Séneca no es una monarquía absoluta ni un despotismo ilustrado sino una monarquía racional que

se basa en los valores. Uno de ellos, la clemencia, no tiene el sentido que hoy adjudicamos al término, no supone un perdón incondicional ni debilidad. La clemencia tiene matices políticos y jurídicos en el pensamiento de Séneca; sirve para personalizar las penas según la edad y las circunstancias, tiene en cuenta los atenuantes, como hacen nuestros actuales códigos legislativos. La clemencia busca la justicia y la equidad. Así lo explica claramente el filósofo. Consiste en no castigar más de lo justo pero tampoco menos o nada, pues esto último sería impunidad y, por tanto, injusticia.

El libro incluye muchos matices sobre la teoría del poder y del Estado, que posee el monopolio de la fuerza no para abusar de ella sino para evitar que otros tiranicen. Séneca es en su filosofía más realista que Epicteto, que no tuvo responsabilidades políticas. El pensador cordobés hace un programa pragmático, porque sabe lo que es el poder, conoce la realidad como luego la conocerá Marco Aurelio y ambos actuarán en consecuencia. Séneca consintió en que Nerón firmara la sentencia a muerte de un salteador de caminos; es cierto que el hombre es cosa sagrada para el hombre pero más cierto aún es que el filósofo no era ningún ingenuo: tenía conocimiento y experiencia de poder.

Todas estas cuestiones son las que plantea en esta obra de extraordinaria importancia para conocer las líneas directrices de su política. En esa ideología que Séneca ha diseñado, el Senado cumple una función esencial. Es la institución clave para la configuración de la política senecana, aunque sus funciones no se tratan en *De clementia* por no ser este el tema en cuestión de este libro. Sí habla de ello en otros momentos. Por ejemplo, en el discurso de entronización del emperador que Séneca redactó para Nerón. Allí detalla que hay que respetar al Senado y darle su valor institucional[195].

El filósofo cordobés escribe y reflexiona en estos momentos sobre los temas más urgentes e importantes para la política inte-

rior y exterior del Imperio. A Nerón le ha llegado el momento de gobernar y Séneca tiene que dotarlo de las herramientas intelectuales necesarias para que el resultado sea óptimo. A ello dedica todas sus fuerzas en estos momentos. Los libros que escribe, y en especial este, *De clementia*, están llenos de alusiones a las leyes, a la equidad, a la justicia. Pero no solo desde el punto de vista teórico. Séneca ataca los problemas reales que estaban causando la deriva hacia la tiranía. Propone, por ejemplo, limitar los delitos de lesa majestad, acusación que había sido pretexto para exterminar a la oposición en tiempos de Tiberio, Calígula y Claudio. Propone también algo tan esencial en nuestras actuales sociedades como defender la libertad de expresión.

> Y así llamaré clemente no a quien es condescendiente con el dolor ajeno, sino a aquel que, aunque se duela por sus propias heridas, no se encoleriza. Aquel que comprende que es propio de un gran espíritu soportar las injurias cuando se está en la cumbre del poder y que nada hay más digno de gloria que un príncipe impunemente ofendido[196].

Un príncipe impunemente ofendido es, sin duda, el máximo exponente de la libertad de expresión. Soportar las injurias en la cumbre del poder es garantía de derechos para la ciudadanía. El pensador cordobés abre la vía a una sociedad regida por el respeto y la libertad. Todo ello hace de este libro un tratado teórico de política pero también un programa pragmático y realista. Séneca pone el acento en los errores esenciales del régimen del principado, para corregirlos.

Por ejemplo, se explica claramente que la guardia pretoriana no puede convertirse en una policía política[197] como de hecho se había convertido en los reinados precedentes. También habla de la importancia de confiar en la opinión pública[198] o analiza cuestiones estratégicas de política exterior[199], en clara alusión al Imperio Persa. El filósofo cordobés plantea un programa de gobierno práctico y real, que apunta soluciones a los principales problemas que estaban convirtiendo el régimen de Augusto en una tiranía absolutista de tipo oriental.

Griffin ha estudiado en profundidad la vertiente política de Séneca e insiste en el alcance político de esta obra y de todos sus libros en general. Lleva razón. Además, el filósofo cordobés no se queda en la pura teoría. Llama a las cosas por su nombre. Y llega a afirmar que, si se respetan las libertades, si el gobierno de Nerón llega a asemejarse a la racionalidad de la Naturaleza que gobierna el mundo, no importará llamarlo rey, para definir este sistema político que hay que construir[200].

Más allá de la formulación teórica o ideológica, en estos primeros años del gobierno de Nerón, es Séneca quien dicta también la política interior y exterior del Imperio. Son tiempos en que ni Agripina ni su hijo plantean ningún impedimento al filósofo. Afranio Burro, el prefecto del pretorio, lo apoyará siempre y confiará plenamente en él. Son años de buen gobierno que los historiadores llaman *Quinquenio Áureo*, los cinco años dorados. Cuando Trajano llegue al poder, dirá que los años en que Séneca gobernó a la sombra de Nerón fueron los mejores y más prósperos del Imperio. Y esto lo dirá un príncipe de altura, un hombre considerado por sus contemporáneos como *óptimus prínceps*, es decir, el mejor emperador.

Séneca demuestra ser, en estos años, no solo un maestro de teoría política sino un gran estadista. Los éxitos de su gobierno se producen tanto dentro como fuera de las fronteras. En política interior sus medidas crean paz social y un mayor acercamiento del Senado y el pueblo a la figura del emperador. Las consignas serán la libertad, la justicia y el apoyo a las clases más humildes.

En el exterior la situación será más complicada. Son tres los problemas más acuciantes con que habrá de enfrentarse Roma en estos momentos: Persia, Britania y Germania. La guerra amenaza con estallar en cada uno de esos tres frentes.

Séneca mantendrá sus líneas directrices en política exterior mientras las circunstancias no le obliguen a lo contrario. En las

fronteras, la consigna es el mantenimiento de la paz y el prestigio romanos. Los persas son, por el momento, la principal amenaza. Han colocado por la fuerza a uno de los suyos en el trono de Armenia, Tirídates, y amenazan con desequilibrar el poder de Roma en la zona. Este asunto es de enorme gravedad porque Armenia es un reino bisagra que impide el enfrentamiento directo entre los dos grandes imperios de la época, el Persa y el Romano. Séneca despliega una estrategia que buscará aprovechar la debilidad interna del enemigo. Sabe que hay una lucha de poder dentro de este reino oriental y decide emplear la inteligencia antes que la fuerza bruta. Colocará las legiones en la frontera con Persia. Esperará que en el entorno más cercano del rey persa cunda el nerviosismo y aparezcan las diferencias. Las desavenencias interiores obligarán al enemigo a retirarse. El resultado será que los romanos consiguen mantener su prestigio e influencia en la zona impidiendo al enemigo comenzar una guerra.

Pero, dentro de palacio, Séneca también encontrará dificultades. Agripina está inquieta. Ella es una mujer acostumbrada a detentar el poder y a evidenciarlo. En estos momentos en que Nerón afronta sus primeros años de gobierno, la madre ha perdido gran parte de la influencia que tenía sobre su hijo. Y eso es algo a lo que nunca renunciará la única hija superviviente del gran Germánico. Agripina siempre buscará ejercer el poder directamente y sin ambages.

La emperatriz se da cuenta de que Nerón se le escapa de las manos y de que Séneca tiene demasiadas ideas propias. Cuando hizo venir al filósofo del destierro y lo puso como tutor de Nerón, no tenía intención de que instruyese a su hijo en los secretos de la filosofía. Había elegido a un hombre honesto, de gran reputación, perteneciente desde siempre a su partido y con gran prestigio intelectual. Era un hombre que con su autoridad moral le aportaba el apoyo de más de la mitad del Senado. A Agripina no le importaba en ese momento que fuera filósofo, solo quería

servirse de él y de su reputación para entronizar a Nerón. Y la estrategia resultó bien. Pero Agripina no había calculado que en Séneca prevalecería siempre el filósofo por encima del político. El gran ministro de Nerón pondrá siempre en primer lugar la doctrina moral y escribirá ese tratado, *De clementia*, que es una teoría política y ética al mismo tiempo, un programa político del poder imperial que dejará cada vez más al margen a Agripina, que nunca estuvo dispuesta a encontrar el momento de retirarse y permitir que gobernara su hijo Nerón. La emperatriz no supo encontrar ese momento ni quiso hacerlo nunca.

[60] Áureo, moneda de oro, con la imagen de Nerón y Agripina, ella en una posición preeminente. La leyenda dice: *AGRIPP. AVG. DIVI CLAVD. NERONIS CAES. MATER* , Agripina Augusta, esposa del divino Claudio y madre de Nerón César.

Dion Casio explica que Séneca y Burro se pusieron de acuerdo en las labores de gobierno después de haber dado fin a las ambiciones de Agripina. La frase del historiador es muy relevante, porque las ambiciones de la emperatriz no son otras que las de obedecer a su sed de poder y protagonismo. Agripina quiere seguir ejerciendo el mando como lo ha hecho hasta ahora pero, además, directamente y a la vista de todos. El historiador habla del episodio de la embajada armenia, un acontecimiento que se encuadra dentro de ese conflicto exterior con Persia y que refleja fielmente la situación política en palacio. La anécdota nos revela cómo fueron las relaciones de Nerón y su madre en la cumbre del poder. Séneca tendrá que mediar entre ellos con tacto e inteligencia.

Para entenderlo en plenitud hay que remontarse a los inicios del principado y a la idea de divinización del poder que existe en la parte oriental del Imperio. Ya hemos visto que, desde la entronización de Augusto, la base del régimen se sostenía sobre la divinización de César. La autoridad del emperador, es decir, la legitimación del poder se basó siempre en ese derecho divino de Augusto, el hijo del divino César. Por eso los emperadores eran divinizados a su muerte, para legitimar al sucesor. Pero en Roma no podían permitir que un César se nombrara dios en vida, eso era sinónimo de locura y tiranía. Fuera de Italia era distinto. Séneca había estado en Egipto y sabía que los reyes eran considerados dioses. Y no solo en Egipto sino en Asia, Grecia, Hispania o la Galia. El Imperio romano dominaba sobre todas esas naciones y necesitaba un gobernante divino. El filósofo sabe que Roma aspira a ser un Imperio universal y empleará las bases teóricas del estoicismo para identificar la Razón divina, rectora del universo, con la Razón del emperador justo, rector del Imperio. Es una divinización más simbólica que real. Pero funcionará.

La demostración de la inteligencia política de Séneca se observa en el episodio de los embajadores armenios. Entre los persas, su rey era un dios, como ocurría a los faraones del antiguo Egipto. Los armenios no podían aceptar someterse a Nerón si no se presentaba ante sus ojos como un igual en dignidad al rey de los persas. Es decir, si el rey de los persas era un dios, Nerón tenía que ser también otro. En este, para nosotros, extraño protocolo imperial, el emperador se reviste con los atributos de Apolo, una divinidad solar, protectora de Augusto, legitimadora de su poder. Y aparece entre los embajadores armenios con igual o mayor prestigio que el rey de Persia.

Pues bien, el año 56 una embajada armenia llegó a Roma para pedir ayuda. El emperador estaba atendiendo a los emisarios en palacio. En ese momento Agripina entró en la sala con la intención de sentarse en el trono junto a Nerón, para evidenciar que

ella era tan poderosa o más que su hijo. Pero Agripina no entendía que los armenios lo iban a interpretar de otro modo. Verían que el emperador estaba sometido a su madre y que, por tanto, no era la divinidad que ellos creían que era. Pensarían que una mujer llevaba las riendas de Roma y no un dios. Esa imagen llevaría a los armenios a despreciar a Nerón y demostraría, a sus ojos, la superioridad de los partos. La consecuencia sería que, a la hora de decidirse, se convertirían en súbditos del más poderoso: el rey de Persia.

Séneca se dio cuenta inmediatamente de las intenciones de Agripina. Supo que aquello sería un desastre si no intervenía. Instó a que Nerón le saliera al paso con el pretexto de saludarla. Así lo hizo el emperador. Le salió al paso, la detuvo antes de que llegara al trono, la saludó y la despachó cortésmente. Cuando volvió a sentarse con los armenios, era Nerón un hijo amable y el único dios que se sentaba en el trono. Diez años más tarde, con motivo de la embajada de Tirídates en el 66, los extranjeros se someterán a Roma porque verán en Nerón los atributos de Apolo, del dios Sol. El dios que representa el equilibrio y la Razón. La inteligencia de Séneca se reveló providencial incluso después de su muerte. Esta estrategia favoreció el éxito militar en Armenia y, por tanto, fue decisiva en el enfrentamiento contra Persia.

Pero todos en Roma, y el primero Nerón, deben entender que la divinización del emperador es solo una forma protocolaria de revestir el poder. No se puede olvidar nunca que ese protocolo obligado con los enemigos o con partes remotas del Imperio debe quedar solo en eso, puro protocolo. El equilibrio consiste en no perder la mesura y reconocer que los atributos divinos del emperador no son reales sino un mero símbolo de poder.

El episodio de los embajadores de Armenia tiene una importancia esencial en la política exterior romana porque favoreció el

éxito en Persia. Al mantener ese estado oriental dentro de la órbita romana, Séneca pudo poner en marcha una estrategia contra los partos, que consistía en dos tácticas complementarias: movilización militar y diplomacia.

En primer lugar movilizó el ejército y reforzó las legiones establecidas en las zonas cercanas a Armenia. El ejército romano se coordinó con los reyes vasallos Agripa y Antíoco para hacer maniobras militares en la frontera con los partos, aquello era una muestra del poder romano y también un intento de disuasión. En los países vecinos se colocaron príncipes fieles a Roma. Se construyeron puentes sobre el río Éufrates, que servía de frontera a Persia, en una actitud claramente amenazadora que anunciaba una posible invasión romana. La incursión estaba preparada pero nunca se ordenó penetrar en territorio parto. En este compás de espera los romanos tenían la iniciativa y los persas esperaban la reacción del enemigo.

Para la guerra se nombró general a Domicio Corbulón, un hombre muy apreciado por el Senado que era además un excelente militar, amigo de la familia de Germánico. Séneca colocaba al mando de las legiones a un comandante capaz y con gran autoridad, amado por sus soldados y de probada inteligencia. El nombramiento de este general surtió un doble efecto: por un lado el apoyo total del Senado, que veía en los máximos puestos de poder a uno de los suyos, un hombre de su plena confianza. Por otro lado, Corbulón tenía un prestigio enorme entre los enemigos de Roma. Los partos le temían. Por si fuera poco, la demostración militar había surtido su efecto. Se habían movilizado las tropas de las provincias orientales y ahora estaban establecidas en la frontera. El despliegue de fuerzas se acompañó también de medidas diplomáticas. Se enviaron embajadores al rey parto Vologeso. El resultado fue que los partos se retiraron de Armenia. Y no solo por la demostración de fuerza militar. Tácito explica[201] que se evitó la guerra porque surgió un rival del

rey Vologeso entre los persas. Es muy posible que la inteligencia romana promoviera o alimentara esa rivalidad interna por el poder, que surgió precisamente entonces en pleno corazón del reino enemigo. Aquel conflicto interno pudo haberse provocado por su propia dinámica o bien haber sido también fruto de la intriga de los romanos, apoyados por una facción de opositores partos. El resultado, en todo caso, fue muy positivo. Roma hizo algo más que mantener el *statu quo*. Sin provocar una guerra, los romanos habían conseguido consolidar su poder y acrecentar su prestigio en el este.

El éxito de esta campaña llegó a Roma y fue atronador. Los méritos eran del emperador, bien asesorado por Séneca y con sus ejércitos dirigidos por un miembro afín al Senado. Todos ganaban. Era la demostración directa de que se podía volver al gobierno mixto del emperador y el Senado propio de los tiempos de Augusto. Y era la demostración de que *De clementia* no era un libro de filosofía teórica, sino un programa de gobierno práctico que se podía llevar a la realidad. Demostraba que la propuesta que propugnaba el filósofo presentaba dos caras complementarias: la de la acción política y del poder por un lado, al seguir las directrices de Augusto que recomendaba no ampliar los límites del Imperio; la de la ética sostenida por el estoicismo que ya estableció Cicerón: «*Nunca debe hacerse la guerra sino con el único propósito de buscar la paz*»[202]. Séneca pretende, y siempre pretendió, aunar ética y política.

Ante los problemas en Germania se sigue una estrategia parecida. En la frontera germana gobierna Pompeyo Paulino, cuñado suyo. Las órdenes son mantener la paz. Su sucesor, Duvio Avito, compatriota y posiblemente cliente de Burro, pide establecer una cabeza de puente en la orilla derecha del Rin, allí donde se encuentra el enemigo. Se le niega el permiso.

Mientras Séneca dirigió el Imperio la política fue inteligente y pacifista. Se mantuvo el prestigio romano y el *statu quo*. Y esa es-

trategia, que no excluye la guerra cuando sea estrictamente necesaria, garantizará el éxito de los primeros años. Todo cambiará cuando el filósofo deje de tener influencia en la corte, cuando deje de dirigir la política de Roma. Entonces Nerón planeará acciones de guerra para distraer la atención de su mal gobierno. Cuando el emperador se rodee de otros consejeros, buscará la muerte de Domicio Corbulón, el héroe de Persia, por celos y envidias tanto como por miedo a un posible competidor. También cambiará la política en Britania, donde el abuso de los gobernantes romanos y su codicia llevarán al levantamiento de Boudica, que se rebelará contra Roma como consecuencia de la política agresiva de Nerón. Las palabras de Tácito, puestas en boca de otro rebelde a Roma, sirven para describir la funesta política exterior de Nerón «*arrasan, roban, asesinan, con falsos nombres llaman a esto gobierno; crean un desierto y lo llaman paz*»[203].

La comparación entre las medidas que se tomaron cuando Séneca dirigía el Imperio y cuando dejó de hacerlo demuestra claramente que quien estuvo detrás de la acertada política exterior de estos primeros años fue él y no Nerón.

Mientras el filósofo cordobés gobernó el Imperio en nombre del emperador, no se hizo política imperialista en el sentido moderno del término, sino que se fortaleció el poder romano intentando que los bárbaros tuvieran garantizada la posibilidad de desarrollar su condición de hombres, de seres racionales que aprendieran a vivir según la justicia y la equidad. Curiosamente son las mismas intenciones que tendrá un siglo después Marco Aurelio, aunque tuviera que afrontar veinte años de guerra.

En estos tiempos en que Séneca dirige el Imperio, el filósofo cordobés debe prestar una atención especial a las intrigas de palacio. Agripina no está interesada en los entresijos de la política exterior. Pero sí está ocupada en los asuntos internos de la corte y obsesionada en seguir ejerciendo sobre Nerón un control que va perdiendo poco a poco. En estos años ha constatado que Sé-

neca es quien influye más poderosamente sobre el emperador, con el apoyo total del prefecto del pretorio, Afranio Burro. Ha querido dominar a su hijo a través de Octavia. Pero Nerón no ama a su esposa y tiene una relación con Acté, una liberta de palacio de la que parece realmente enamorado. El filósofo está de acuerdo con los amores de su pupilo. Sabe que el emperador debe independizarse de su madre. La ambición de dominio de Agripina le perjudica. Además Nerón la teme. Tiene miedo de ella y de sus reacciones. Por eso le ha pedido ayuda a Séneca para que su relación con la liberta pase desapercibida, para que le ayude a ocultar sus amoríos. Y Séneca le ha apoyado a través de su familiar Anneo Sereno, haciéndolo pasar por amante de Acté para así justificar los ricos regalos del emperador y no despertar sospechas. Pero Agripina es muy sagaz y cuenta además con espías en palacio. A pesar de los esfuerzos, la madre de Nerón se entera de todo y se enfurece. Se siente burlada. Sabe que su influencia mengua. Confirma que su hijo quiere actuar por su cuenta y que el filósofo está colaborando en mermar su poder.

Esta situación produce un enfrentamiento irreversible y definitivo entre Agripina y Séneca. Desde este momento queda en evidencia que ambos están luchando en bandos opuestos. Y la emperatriz no está dispuesta, como quiere el filósofo, a abandonar el poder, a renunciar al dominio que ejerce sobre el hijo. Hay fuertes desavenencias entre Séneca y ella. La relación entre ambos se enrarece. La madre se da cuenta de que, una vez entronizado Nerón, las intenciones del senador que trajo del exilio y las suyas propias como emperatriz todopoderosa divergen extraordinariamente. Agripina quiere seguir manteniendo el poder a través de Nerón. Séneca quiere ejercerlo con el permiso de Nerón, apartarlo de su madre, hacer que el joven sea verdaderamente el responsable del gobierno y no ella. Desde ahora Agripina y Séneca seguirán caminos opuestos. Desde ahora el filósofo estará en el punto de mira de Agripina.

Puede que la madre de Nerón esté detrás de la primera campaña de desprestigio que sufre Séneca como ministro del emperador. Se produce en el año 58 y sus consecuencias no son solo la infamia sino una posible condena. El acusador es Suilio, un hombre relacionado con Agripina, que fue cuestor con Germánico y delator al servicio de Mesalina. Suilio es un personaje oscuro y peligroso. Forma parte de aquellos delatores profesionales que, en los gobiernos de Tiberio y Claudio, sirvieron para la extorsión y la condena de los opositores políticos. Se ha enriquecido con sus denuncias, porque, como hemos dicho, los delatores recibían una parte de la herencia de los senadores condenados.

Ahora Suilio acusa a Séneca de enriquecimiento ilícito. Le achaca su enorme fortuna, los legados testamentarios que recibió y lo acusa de usura por el hecho de prestar dinero a interés. Las acusaciones no llegaron a nada, quedaron en calumnias infundadas. Suilio perdió el proceso y además fue condenado en el año 58[204]. Séneca se defendió fácilmente de las acusaciones. Era un hombre rico que no podía renunciar a los regalos del emperador. La fama de su riqueza era proverbial pero sabía hacer un uso inteligente del dinero. Las fuentes hablan de él como un buen administrador. Juvenal[205] incluso comenta su generosidad. Sobre estas acusaciones de Suilio, el historiador Tácito no dice nada, seguramente consideró que carecían de fundamento. Pero es muy importante conocer la primera campaña de desprestigio que tuvo que afrontar Séneca, porque será un adelanto de la que sufrirá cuatro años más tarde y que supondrá su retiro definitivo de la corte.

Los ecos de aquellas acusaciones llegan hasta hoy. La leyenda negra de Séneca se basa en aquella feroz campaña de desprestigio. Por eso es útil mostrar sus inicios.

Suilio es un personaje bien conocido en la época. Primero fue víctima de Sejano por su cercanía a Germánico. Había comenzado su carrera militar con el padre de Agripina y había mandado

una de sus legiones. Fue cuestor también a las órdenes de Germánico. Ejerció la pretura en el año 23. Pero fue acusado de corrupción y exiliado en el año 24. Son años en que Sejano gobierna plenipotenciariamente Roma y es muy probable que la acusación partiera de él, en un intento por anular a uno de los hombres cercanos a su gran rival, Germánico, que había sido asesinado cinco años antes, en el 19.

Es curioso comprobar cómo Suilio, después de la muerte de su valedor y a pesar del exilio, supo seguir prosperando en las cercanías del poder. Regresó a Roma. Fue favorecido por Calígula y el año 45 fue nombrado cónsul bajo el reinado de Claudio. En estos tiempos, se sabe que Suilio actuó como delator al servicio de Mesalina. En concreto fue él quien denunció a Valerio Asiático y Popea para beneficiar a la emperatriz. Desde este momento se sitúa en un partido diametralmente opuesto al de Séneca. Mientras el filósofo cordobés se gana la amistad de las hijas de Germánico, Livia y Agripina, Suilio trabaja a las órdenes de Mesalina, la gran rival. Tanto Séneca como él han escogido bandos contrarios. El resultado de aquellos años será que el cordobés ganará el exilio y Suilio gran prestigio y poder.

Con la vuelta de Séneca del destierro, las tornas cambian y Suilio permanece fuera de la escena política varios años, hasta este momento en que Agripina decide servirse de él. El objetivo debió de ser atacar al filósofo y recuperar el dominio sobre su hijo Nerón. La disputa entre Suilio y él no es de carácter personal. Se trata de una cuestión puramente política y obedece a la intención de Agripina de mermar la influencia de Séneca en la corte.

Suilio se apoyaba en un grupo del Senado hostil al filósofo y partidario de la política autoritaria de Claudio. Son senadores que están a favor de dar al emperador un poder absoluto. En ellos se apoya ahora Agripina en su lucha por recuperar el poder perdido.

Ante la acusación, el filósofo contraatacó sacando a la luz el oscuro pasado de Suilio como delator. Precisamente, en tiempos de la tiranía, aquella práctica había llevado a la muerte a muchos inocentes. Séneca sabe que ese es el punto débil del adversario y denuncia que en tiempos de Claudio los delatores eran todopoderosos y habían sido los responsables de un reinado de terror. Todo el mundo sabía que el propio Suilio fue uno de aquellos delatores profesionales. El acusador quiso entonces defenderse de sus crímenes como hoy se sigue haciendo: excusándose en las órdenes de los superiores. Buscó refutar al filósofo diciendo que las delaciones se habían hecho bajo las órdenes de Claudio y ahí Nerón entró en escena y lo negó. El emperador hizo saber al Senado que los archivos de palacio demostraban lo contrario y Suilio se vio desacreditado. Esta intervención fue decisiva y de ella podemos sacar una conclusión relevante: Séneca es apoyado por Nerón. Esto demuestra que el emperador prefiere restar fuerza a su ambiciosa madre y continuar el programa político del filósofo cordobés. Por ahora.

Séneca escribe en estos tiempos un libro de tema filosófico que le sirve especialmente para defenderse de las acusaciones de Suilio, su título es *De constantia sapientis*, escrito en el año 58. En este tratado demuestra la tesis de que el sabio no puede ser ofendido por injurias. La obra está dedicada a su familiar Anneo Sereno, del que ya hemos comentado que ocupó el cargo de prefecto de las vigilias de Roma. Lo hizo entre los años 51 y 62. A él le había dedicado también su libro *De tranquillitate animi* en el año 51 y es muy posible que le dedicara también su tratado *De otio*.

La obra *De constantia sapientis* tiene un subtítulo que resume su contenido: el sabio no puede recibir injuria ni ofensa. Séneca explica en el libro que, a pesar de las calumnias, el sabio es imperturbable, inamovible, inmune a las maledicencias. Cualquiera que leyera la obra en aquellos años sabía que aquellas palabras

eran su defensa, la refutación total de las tesis de Suilio, la apología de un hombre rico en la cumbre del poder que mantenía impoluto su prestigio como intelectual y filósofo. Para desenvolver todos los argumentos, Séneca hace uso de su enorme habilidad intelectual y estilística, de su ironía y profundo conocimiento de la situación. Emplea también en la obra los *exempla*, es decir, los ejemplos históricos y morales más idóneos. Especialmente la figura de Catón, aquel político estoico de la República que luchó contra César y Pompeyo y prefirió la muerte antes que el perdón del dictador. Catón es un tópico en todo este tipo de escritos. Representa el paradigma del sabio que está por encima de las difamaciones por su enorme autoridad moral. Es el hombre que simboliza la buena política y la libertad.

Desde ese elitismo moral y superioridad del espíritu, Séneca desprecia las calumnias de los ignorantes o malintencionados, en clara referencia a Suilio y sus esbirros. Denuncia a los delatores profesionales y ambiciosos sin escrúpulos. Refuta a quienes pretenden difundir rumores para ensuciar su imagen. Salva su reputación y sale indemne de las acusaciones. En estos años se encuentra fuerte y en plenitud de su poder. Ha conseguido rechazar esta terrible campaña de desprestigio que buscaba su condena.

Esta vez no lo lograron.

---

[185] Tácito *Anales* XIII.3.1.

[186] Séneca *Apocolocintosis* 9.3.

[187] *Ibidem Apocol.* 10.

[188] *Ibidem Apocol.* 14.

[189] Séneca *Epístolas morales a Lucilio* 77.16-18.

[190] Séneca *Apocolocintosis* 10.

[191] *Ibidem Apocol.* 6.

[192] Cortés Tovar en Codoñer: 1997, 557 ss.

[193] Tácito *Annales* XIII.1.1.

[194] *Ibidem* XIII.2.1.

[195] *Ibidem* XIII.4.

[196] Séneca *Sobre la clemencia* 1.20.

[197] *Ibidem Clem*. 1.13.2.

[198] *Ibidem Clem*. 1.26.2.

[199] *Ibidem Clem*. 1.21.3.

[200] *Ibidem Clem*. 1.3.3, citas analizadas en Griffin: 1992, 133-171.

[201] Tácito *Annales* XIII.7.2.

[202] Cicerón *De officiis* I.80.

[203] Tácito *De vita Iulii Agricolae* 30.6.

[204] Dión Casio *Historia romana* 61.10.

[205] Juvenal *Sátiras* V.108-13.

11.

EL ASESINATO DE AGRIPINA

El enfrentamiento entre Agripina y su hijo había comenzado a gestarse muy pronto, prácticamente desde el principio del reinado de Nerón. Ya en el año 55 y 56 se observa que el emperador está buscando actuar cada vez más por su cuenta. Aún tolera la influencia de Séneca pero aborrece el control a que lo somete su madre. Ella no está dispuesta a ceder y la corte se divide en dos bandos, dos partidos, dos grupos de poder. El primero es el comandado por Agripina, secundado por libertos, entre ellos el poderoso Palas. Por otro lado están Séneca y Burro, que apoyan a Nerón.

Ambas facciones intentan ejercer la influencia sobre el emperador por todos los medios posibles. También a través de sus mujeres: ya hemos visto que la madre utilizará a su esposa Octavia, Séneca optará por facilitar la relación con la liberta Acté.

Hasta ahora Agripina y el filósofo se habían apoyado mutuamente porque les unía un objetivo común. Habían trabajado juntos desde los tiempos en que tuvieron que enfrentarse a Calígula y sufrieron su represión. Agripina quería entronizar a su hijo. Por su parte, Séneca pretendía dotar al principado de una ideología política que evitara la tiranía. Ya hemos visto que los planes de ambos convergían necesariamente en Nerón. Por eso la hija de Germánico lo había traído del destierro. Y el filósofo había creado una imagen brillante de Nerón como gobernante ejemplar. Ese trabajo en común produjo un enorme éxito. En los primeros años de reinado, tanto el Senado como la opinión pública veían el futuro con ilusión. La unión entre Agripina y Séneca había funcionado a la perfección pero, una vez que el nuevo emperador alcance el trono, ambos tomarán caminos distintos. Séneca cree que es Nerón quien debe gobernar bajo sus directri-

ces filosóficas. Agripina nunca estará dispuesta a renunciar al poder.

Los esfuerzos del filósofo se dirigirán siempre hacia una misma dirección: que la madre pase a un segundo plano. No quiere que desaparezca de la escena política. Le interesa que siga siendo un freno para Nerón. A Séneca, sin duda, le preocupaba ya el carácter de su discípulo y sabía que la madre podía contenerlo. Agripina, por su parte, no aceptará nunca ese papel pasivo. Ella querrá seguir siendo la emperatriz de Roma y la reina de las intrigas. Pretenderá mantener el mando a toda costa. Y lo hará, si es necesario, por medio de asesinatos y amenazas.

Estamos ante una verdadera lucha de poder entre madre e hijo. Nerón empieza a pensar y actuar por sí mismo y Agripina decide frenarlo en seco. Para reprimir su independencia le recuerda que es emperador gracias a ella y aún más: le muestra un as en la manga. Le dice que piense en Británico, hijo biológico de Claudio, y, con ello, Agripina está amenazando a Nerón con quitarle el trono y promover el ascenso de su hermanastro al poder. Es decir, está diciendo que si no puede gobernar a través de él lo hará a través de Británico. Ella es la hija del gran Germánico, esposa de un emperador divinizado y madre del que ostenta el Imperio. Puede derrocar a Nerón y colocar a su hijastro en el trono.

Agripina no amenaza en balde. Es una mujer ambiciosa que está dispuesta a poner como emperador a su hijo o a su hijastro. Da igual. Ella sabe poner y quitar emperadores títeres. Nerón está al mando del Imperio porque ella ha apartado a Británico del camino de la sucesión. Si ahora tiene que cambiar de candidato y entronizar a su hijastro para seguir controlando el poder, lo hará.

La amenaza no es un farol. El historiador Tácito nos muestra cómo Agripina arremete contra Burro y Séneca, diciendo a voces que estaba dispuesta a ir con Británico al campamento de los

pretorianos. Allí los soldados podrían oírla a ella, la hija del gran Germánico, y oír también al mutilado Burro y al desterrado Séneca. ¡A ver a quién hacían caso!

> Tras esto Agripina, perdiendo el control, se lanzó a asustarlo y amenazarlo (a Nerón), sin recatarse de proclamar ante los oídos del príncipe que Británico ya había crecido, que era de estirpe verdadera y digna de recibir el imperio de su padre, ejercido por un advenedizo adoptado… Se declaraba dispuesta a marchar con él (Británico) a los cuarteles; pedía que se oyera, de una parte a la hija de Germánico, por otra a Burro, un inválido, y a Séneca, un desterrado, reclamando el uno con su mano truncada y el otro con su lengua de profesor el gobierno del género humano. Al tiempo tendía los brazos, acumulaba los insultos, invocaba a Claudio divinizado, a los manes infernales[206].

El cuadro que pinta Tácito es realmente gótico y desolador. Aquellas amenazas de Agripina debieron de provocar el pánico de Nerón. Y el problema es que todos sabían que la madre podía cumplir sus amenazas y tener éxito. Aquello era perfectamente viable, es decir, era capaz de quitar y poner emperadores. Ella es la hija de Germánico, viuda de Claudio, madre de Nerón y Británico. Su poder es enorme y todos los saben. Agripina está acostumbrada a mandar y no estará dispuesta a permitir que su hijo se le escape de las manos.

Nadie sospechó, ni tan siquiera la propia Agripina, cuál sería la reacción del emperador: Nerón, al verse amenazado, decidió asesinar a Británico.

Suetonio cuenta que el joven fue envenenado en un banquete. Cuando se desplomó en el suelo, Nerón quiso tranquilizar a los asistentes diciendo que aquello era un ataque de epilepsia. Así lo cuenta el historiador. Británico muere fulminantemente y es enterrado a toda velocidad, una noche en que llovía a mares. Al día siguiente Nerón pide disculpas por un entierro tan precipitado y reclama lealtad a su persona. Él es ahora el único hijo de Claudio, el único heredero que además está casado con Octavia, la hija del anterior emperador. Nerón ha lanzado un órdago y no hay otra opción que tragárselo.

> Nada más probarlo (el alimento envenenado), aquel (Británico) cayó, y Nerón fingió ante los convidados que había sufrido uno de sus habituales ataques de epilepsia; al día siguiente, lo enterró a toda prisa, sin ninguna ceremonia, en medio de una lluvia torrencial[207].

El asesinato de Británico había pillado por sorpresa a todos. Al sentirse amenazado, Nerón había actuado por su cuenta, con una rapidez y eficacia que debieron de sorprender incluso a su propia madre. Británico había muerto justo el día antes de que alcanzara la mayoría de edad. Con el crimen no hay ya posible competidor en el trono. La cuestión está resuelta. Nerón ha destruido de un plumazo las amenazas de su madre, que ahora se queda sin candidatos con que destronarlo. Agripina apenas tuvo ocasión de asimilar su derrota. El hijo no pierde tiempo en «invitarla» a abandonar el palacio imperial. Le quita la guardia personal germana que tenía a su disposición y a la que tenía derecho por ser esposa y madre de emperadores. La manda lejos de palacio y le obliga a retirarse a una vieja mansión familiar. Allí la tiene bajo control, vigilada a todas horas. A veces le hace visitas protocolarias para mantener la hipocresía oficial.

Algunos detractores acusan a Séneca de haber tapado el crimen de Británico. Es evidente que al filósofo cordobés el asesinato le pilló tan de sorpresa como a Agripina. Pero sus enemigos lo acusarán de haber callado ante los crímenes de Nerón. Sus detractores no arremeten con tanto ímpetu contra Afranio Burro, porque él es un militar y Séneca un filósofo. Muchos, desde la óptica de hoy, siguen repitiendo los ecos de aquellas acusaciones. Reprochan todavía a Séneca no haber denunciado públicamente los crímenes de Nerón. Esperan posiblemente de él una actitud de santo o mártir. El filósofo cordobés no fue ninguna de las dos cosas. Fue un intelectual y político que pretendió cambiar el crimen y la locura de Estado que impregnaba a toda Roma. Y, para conseguir ese objetivo, quiso actuar con inteligencia. Ante todo, Séneca quiso ser útil a la sociedad. Lo explicará magistralmente el historiador Tácito cuando hable del senador Trásea, asesinado por Nerón bajo la acusación de traición. Dirá de él que se ganó la muerte «*sin abrir a otros caminos de libertad*». Esa es la cuestión. En tiempos de tiranía hay que morir de forma útil, abriendo cami-

nos de libertad. Lo demás es puro lucimiento de cara a la galería. Muerte inútil, no honesta. Séneca sabrá morir para la posteridad y la denuncia. Será símbolo eterno de la lucha contra el tirano.

Es evidente que el filósofo no podía desmentir en aquellos momentos la versión oficial según la cual Británico había muerto por un acceso de fiebre repentino y fulminante. Ni tenía pruebas de lo contrario ni nadie estaba en ese momento interesado en vengar aquella muerte. Tácito nos vuelve a colocar en la situación y el contexto histórico. ¿Qué pensó el pueblo sobre aquel crimen? La opinión pública recibió la muerte de Británico con alivio, más que con temor. Lo explica el historiador:

> Aquel crimen, que, sin embargo, muchos hombres excusaban considerando que eran viejas las discordias entre hermanos y que un reino no se puede compartir[208].

La expresión «*un reino no se puede compartir*» da a entender que aquel conflicto podía haber degenerado en una guerra civil. Para muchos había quedado definitivamente aclarada la cuestión. Aquel crimen garantizaba la tranquilidad y el fin de las intrigas. Británico había sido la víctima inocente. Séneca tuvo que callar entonces pero sí denunciará el fratricidio más adelante. Lo hará en el foro en que pueda hacerlo y de la forma en que le sea posible. Quizá escribiendo al final de su vida tragedias en que los actores sean hermanos, protagonistas de leyendas terribles: como Atreo, que trata a su hermano Tiestes con la mayor crueldad y violencia; o como Polinices y Eteocles, que morirán ambos uno a manos del otro. El último expondrá al final de la tragedia *Las fenicias* un pensamiento que guió a Nerón hacia el caos, dirá que el poder jamás es caro, se pague el precio que se pague por él.

> Cualquier precio que se pague por el poder es un buen precio[209].

Y el espectador, igual que Nerón, podrá reflexionar que, en verdad, no se puede buscar el poder a toda costa.

Pero en estos momentos, en pleno año 55, el filósofo tiene que procurar revertir esta deriva demente y violenta. Lo explica Dion Casio cuando escribe sobre el asesinato de Británico y su

repercusión en la vida política de Séneca y Burro. A partir de entonces, según el historiador, procuraron salvar sus vidas y convencer a Nerón de que discurriera por el camino de la moderación y no del crimen:

> Tras la muerte de Británico, Séneca y Burro dejaron de prestar atención a los asuntos públicos y se conformaron con poder manejarlo con moderación, y aún con conservar sus vidas[210].

No fue exactamente así. Entre los años 54 y 59 Séneca podrá desplegar perfectamente su influencia sobre el gobierno del Imperio. Tendrá que mantener a raya a Nerón y a Agripina pero la intervención del filósofo se notará y producirá efectos benéficos tanto en política interior como exterior.

El año 57 se produce el primer enfrentamiento entre Nerón y el Senado. El motivo es una medida del príncipe que pretendía acabar con los impuestos indirectos. Toda bajada de tributos es siempre bien recibida tanto en aquellos tiempos como en los modernos pero el problema es que, la mayoría de las veces, unos bajan para que otros suban. Y el Senado sabía que serían ellos los que pagarían esa bajada de impuestos. Por eso votaron en contra. Algunos han pensado que aquella propuesta fue una más de las ideas peregrinas de Nerón pero la medida, si se analiza detalladamente, no parece tan insensata.

Suprimir los impuestos indirectos afectaba a la economía de los *équites*, la clase social de los caballeros, que eran quienes recaudaban los tributos. También perjudicaba a los grandes propietarios, que se beneficiaban de ellos. En aquellos tiempos, el Estado romano cobraba los impuestos a través de compañías privadas que, en pago a sus servicios, se quedaban con un porcentaje de lo recaudado, llegando, en muchas ocasiones, a cometer abusos. La medida de Nerón era controvertida pero, en última instancia, pretendía evitar la corrupción.

A los *équites* les perjudicaba la propuesta porque, si se aceptaba, dejarían de amasar grandes fortunas. Al Senado tampoco le interesaba, porque la medida implicaba que esta élite tendría que

pagar más impuestos. Ambos estamentos se opusieron frontalmente. Este rechazo explica a las claras que las clases altas no estaban dispuestas a renunciar a ninguno de sus privilegios. Detrás de todo este episodio se encuentra el problema planteado por el dinero y el papel que debe jugar en la sociedad romana.

Desde época de la República la riqueza iba unida a la influencia social y política. Y eso había sido —y seguía siéndolo en época de Nerón— motivo de corrupción e injusticias. Cuando Séneca puede hacerlo, intenta combatir esta costumbre y limitar la importancia social del dinero. La demostración de esta intención por parte del filósofo cordobés está en que también tomó otras medidas que iban en esta misma línea, medidas menores en apariencia y envergadura, pero muy eficaces. Por ejemplo, empezó por librar a los jóvenes senadores de la obligación de organizar costosos espectáculos cuando iniciaban su carrera política con la cuestura. Esta norma había sido impuesta por Claudio; pero aquel deber salía muy caro y arruinaba numerosos patrimonios. Muchos hombres honestos no podían dedicarse a la política por no tener suficiente dinero para ello. Otros, después de haber esquilmado su hacienda para conseguir un cargo, se dejaban luego sobornar para rehacer sus fortunas en los gobiernos provinciales. Aquel había sido un problema de corrupción que existía desde tiempos de la República y que aún no se había resuelto.

La medida que pretendió tomar Nerón debió de ser sugerida por Séneca. Era interesante pero encontró la oposición frontal de Agripina, que no quería separar dinero e influencia, ni disminuir el papel de la riqueza. Además de estos motivos, la madre de Nerón encontró también en este asunto una brecha por donde atacar a su hijo y menguar la reputación de Séneca. Argumentaba que quería permanecer fiel a la política de Claudio y por eso era contraria a esa medida. Aquello era irrisorio. Al filósofo cordobés debió haberle parecido incluso cínico tal argumento. ¡Fiel a la memoria de su marido cuando ella misma lo había envenena-

do! Pero lo cierto es que la propuesta fue rechazada por los senadores. Este episodio ayuda a entender la lucha de poder que se establece en este momento entre Agripina, que se apoya en una facción del Senado, y Nerón, que sigue apoyándose en Anneo Séneca y Afranio Burro.

La pretensión de Nerón de suprimir los impuestos indirectos ha sido vista por muchos historiadores como un acto insensato del príncipe, un gesto teatral y utópico. Pero en realidad, es muy probable que fuera una maniobra de Séneca destinada a disminuir la importancia del gremio de publicanos, como había querido hacer en otros tiempos Rutilio Rufo, en un intento por reducir la asfixiante influencia del dinero en la sociedad romana.

Analizada con cierto detalle, la propuesta no parece una más de las excentricidades de Nerón. En realidad la supresión de estos impuestos no conllevaba la ruina del Estado, como algunos afirmaban. Suponía solo el 15% de los ingresos anuales. A pesar de ello, el Senado rechazó en masa la propuesta. Y no porque supusiera el agotamiento del fisco sino porque ellos serían los principales perjudicados. Eliminar los impuestos indirectos supondría aumentar los directos, los que gravaban los bienes inmuebles. En realidad la medida era una amenaza para las grandes fortunas, es decir, para los propios senadores.

Desde el punto de vista social, la idea podía haber sido muy provechosa para el Estado pero la miopía y los intereses de los grandes propietarios abortaron la propuesta. A pesar de ello, la política económica de estos años no se frustró en absoluto. No se dejó de actuar con decisión para sanear y racionalizar las finanzas. Se tomaron medidas como la reducción de plazos de prescripción, exenciones de impuestos para los soldados, fortalecimiento de las posibilidades de apelación, intento de combatir judicialmente la corrupción de los recaudadores de impuestos, etc. Séneca no dejó de trabajar en política interior y fiscal para hacer del Estado una herramienta al servicio del bien común, aunque

el egoísmo de un gran sector del Senado combatiera todas las iniciativas de este tenor. No pensaban en el bien común sino en el suyo propio. Los senadores no apoyaron estas medidas, aunque era evidente que, de la mano del filósofo, recuperaban su capacidad de legislar y sus antiguas prerrogativas. La ceguera de su ambición no les dejaba ver más allá.

Lucio Anneo Séneca es también un buen economista: sabía que una reforma fiscal era imprescindible. Roma, desde los tiempos de la República, había basado la jerarquía social y política exclusivamente en el dinero. El censo, redactado según la riqueza de los ciudadanos, era el que abría o cerraba las puertas a la política y al éxito social. Séneca pretenderá cimentar la sociedad sobre valores más justos. En su libro *De beneficiis* explica que la posesión de grandes fortunas crea a su vez una obligación: el deber de la generosidad. Todo su objetivo es reducir la influencia del dinero y devolverle su función principal, la de asegurar la cohesión de toda la sociedad, es decir, la solidaridad. Es paradójico que un político que pretende introducir ética y valores entre los grandes poseedores de riqueza haya sido acusado, por esos mismos plutócratas, de enriquecimiento, avaricia y corrupción.

En política exterior la situación no era mejor. En Persia surgieron problemas de nuevo. A pesar de ello, el general Corbulón afrontó las dificultades que se plantearon y consiguió mantener el *statu quo*. Pero todo costaba más trabajo que en los primeros años, porque había que vencer cada vez más resistencias en el Senado. La influencia de Séneca y Burro menguaba frente al círculo de nuevos amigos de Nerón. Agripina tampoco controlaba la situación como antes. Sus intervenciones e intrigas perjudicaban a los consejeros de su hijo. El desgaste era continuo. La grieta entre ambos bandos fue aprovechada por algunos personajes ambiciosos de los que Nerón había empezado a rodearse. Eran indeseables, libertinos y fanfarrones a los que prestaba oídos cuando intentaban ponerlo en contra de su madre. Le advertían

de la «sospechosa conducta» de Agripina. Le repetían una y otra vez que el emperador era él. Le insistían en que debía evitar que su madre controlara su vida privada.

Pero Agripina estaba dispuesta a todo con tal de mantener el poder. Seguía presionando a su hijo para no perder el control que aún ejercía sobre él. Nerón irá a peor y seguirá rodeándose de malas influencias. Algunos historiadores lo describen ya como un hombre descontrolado, que se deja llevar por todos los demonios que lo perseguían, por todos los vicios imaginables. Pasará a la historia como un tirano desequilibrado, cruel y caprichoso.

Séneca está escribiendo en esta época *De vita beata*, sobre la vida feliz, donde arremete contra el placer y la diversión irresponsables. Es un libro moral, con el que quizá pretenda criticar a esas nuevas amistades de Nerón y frenar el comportamiento hedonista en que parece estar cayendo el emperador. El libro tiene, como todos los que escribe Séneca, un fondo filosófico profundo y está muy bien argumentado. Puede servir como aviso para la educación moral de Nerón, que en pleno año 58 muestra los primeros síntomas de un peligroso libertinaje. Pero la obra va más allá. Refleja con claridad los problemas con los que, en estos momentos, se enfrenta Séneca en la corte del emperador.

De vita beata o *Sobre la felicidad* es un libro interesante por su mezcla de filosofía y política, de teoría y de acción. La obra comienza con una disquisición teórica sobre la felicidad, que se alcanza por medio de la virtud, es decir, del uso de la razón. El filósofo cordobés contrapone las teorías estoicas con las epicúreas y aristotélicas. El tratado tiene un hondo sentido académico y filosófico hasta que, de pronto, en el capítulo XVII, el texto cambia radicalmente de tono y pasa a convertirse en una defensa, un contraataque del filósofo cordobés, una invectiva sarcástica, un texto lleno de ironía con el que pretende combatir a aquellos que lo acusan de violar sus principios, de elogiar la pobreza cuando es rico, de predicar una cosa y hacer otra.

El cambio de rumbo demuestra que Séneca tiene que hacer frente, justo en estos momentos, a una fuerte campaña de acoso y derribo político y moral. El libro se convierte, en su parte final, en una defensa de las acusaciones a que fue sometido. Y así puede leerse también hoy, como refutación de los argumentos que siguen alimentando la leyenda negra de Séneca: su sometimiento al poder, su aparente hipocresía y corrupción.

Los adversarios a que hace alusión el filósofo en su obra no son personajes inventados ni las páginas que escribe deben leerse como un juego retórico sin conexión con la realidad. Todo lo contrario. Séneca se dirige a personajes concretos, enemigos que lo acusan en la corte, en pleno año 58, cuando está en la cumbre de su fama. Sus adversarios pretenden hundir su influencia, lo atacan con crueldad. Lo acusan injustamente de delator y malvado. El filósofo cordobés sufre una campaña de desprestigio muy violenta. Le acusan de ser un mal ciudadano y mal maestro, corruptor de la juventud, incapaz de enfrentarse a asuntos públicos; dicen que ha amasado una fortuna gigantesca, se especificaba la cifra, trescientos millones de sestercios; lo tildan de ser el más grande usurero de la época, de estar siempre a la caza de herencias. Tácito explica con finísima ironía cómo quienes le transmiten las acusaciones incluso las magnifican, para provocar su reacción.

> No faltaban quienes transmitían esto a Séneca con las mismas palabras, o alterándolo hacia peor[211].

Sus acusadores se lanzan contra él. Séneca se defiende. Algunos pasajes de *De vita beata* son muy reveladores. La obra le sirve al filósofo cordobés como respuesta a esta campaña de difamación, cuyos ecos aún se oyen hoy día. Muchos siguen acusando al personaje histórico de hipocresía y falsedad, aunque son más los que opinan que sufrió una condena moral injusta. El responsable de la extensión de esta leyenda negra contra Séneca en épocas posteriores fue el historiador Dion Casio, que escribió siglo y

medio después de los hechos. En su obra resume todas las acusaciones que se propagaron contra el filósofo. Algunas son afán de lucro, adular a Nerón, haber sido amante de Agripina, homosexualidad o corrupción. El ataque a que lo sometieron fue muy duro pero Séneca supo resistir:

> Me muestro como una roca aislada en medio de un mar agitado, que las olas no dejan de azotar, por cualquier lado que se muevan; y no por ello la conmueven ni la desgastan con tantos siglos de continuos embates. Asaltad, acometed: os venceré resistiendo[212].

En el libro, Séneca muestra su valentía y capacidad de lucha. *Sobre la felicidad* es un escrito que habla tanto de filosofía como de política. No sabemos si la estructura estaba diseñada desde un principio o quizá fue cambiando el tono según surgieron los ataques contra él. La obra empezaba por aspectos teóricos generales con un elogio de la sabiduría y la filosofía. Pero muy pronto cambia para acometer a sus adversarios y desmotar sus acusaciones. Para ello, usa la ironía y el sarcasmo, recursos que no había tenido que emplear desde la *Calabacificación de Claudio*. Toda la obra en su parte final está llena de esa ironía que muchos lectores no supieron captar y que interpretaron como argumentos a favor de esa leyenda negra que buscaba el desprestigio del filósofo. Cuando dice Séneca «*pues yo estoy en lo hondo de todos los vicios*»[213] evidentemente no está haciendo una confesión sino una ridiculización de las acusaciones absurdas y exageradas que lanzan contra su persona, acusaciones que no encajarían ni en un hedonista salvaje, cuanto menos en un hombre del prestigio y la autoridad moral de Lucio Anneo Séneca, en pleno año 58, en la cumbre de la fama y el poder. Precisamente fiado de ese poder se permite el lujo de ser duro con sus difamadores:

> Observáis las pupas ajenas y estáis llenos de úlceras[214].

Además de la ironía y el sarcasmo, el texto no deja de tener su fuerza teórica y argumentativa. Séneca aprovecha para explicar la teoría de los «preferibles neutros», es decir, lo que da la felicidad no es la riqueza sino la actitud ante la riqueza. Es preferible ser rico, porque con dinero se pueden acometer proyectos útiles

para la sociedad. La condición imprescindible es que el dinero se haya conseguido por medios honestos.

> Deja, por tanto, de vedar el dinero a los filósofos; nadie ha condenado a la sabiduría a ser pobre. Podrá tener el filósofo grandes riquezas pero no arrebatadas a nadie ni manchadas de sangre ajena: adquiridas sin perjuicio de ninguno, sin negocios sucios, que salgan tan honrosamente como entraron,… el sabio no rechazará los favores de la fortuna y ni se envanecerá ni se avergonzará del patrimonio adquirido por medios honrados[215].

Lo que viene a decir Séneca es que no hay que avergonzarse del dinero ganado honradamente. Las riquezas son lo que los estoicos llaman un «preferible neutro». Esto quiere decir que lo importante no son las cosas en sí sino el uso que se hace de ellas. Por ejemplo, lo importante no es el dinero en sí sino el uso que se hace de él y el valor que se le da. Se debe valorar la riqueza como medio para llevar a cabo proyectos que contribuyan al bien común. Pero no se puede estar dispuesto a todo por dinero ni aferrarse a él por encima de todo. Eso último sería corrupción y vicio. El filósofo deja claro que, si el sabio pierde su riqueza, no lo lamentará. Sabrá alejarse de ella. De hecho Seneca fue coherente con sus palabras, pues, cuando en el 62 se aleja de la corte, ofrece sus riquezas a Nerón. Tener dinero es como tener salud, dirá el filósofo, puedes usar el dinero para el mal y la salud para los vicios. Pero es preferible tener dinero, igual que gozar de buena salud, porque eso te permite culminar proyectos para el bien común, es decir, ser útil a la sociedad.

> La naturaleza me ordena ser útil a los hombres; sean esclavos o libres, de padres libres o libertos, de libertad legal o dada entre amigos, ¿qué importa? Dondequiera que haya un hombre, allí hay lugar para un beneficio. Se puede, por tanto, repartir el dinero aun sin franquear el propio umbral, y ejercer la liberalidad[216].

Tener dinero implica una responsabilidad social y moral, según Séneca. Hay que invertir en el bien común y ser solidarios. De hecho el filósofo tuvo fama, según Juvenal, de ser un hombre generoso. Y, aunque resulte tentador hacerlo, es evidente que no podemos condenar la coherencia moral de Séneca por el mero hecho de que fuera un hombre rico.

La obra pone los puntos sobre las íes. Séneca censura a todos los que condenan la virtud, difaman a los justos o critican la filo-

sofía, porque son hombres degenerados que quieren encubrir sus propios vicios. Si todos, incluso los sabios y filósofos, son tachados de corruptos, los degenerados pasarán más desapercibidos.

> Os conviene que nadie parezca bueno: como si la virtud ajena fuera el reproche de vuestros delitos[217].

Este es un libro del que podemos aprender mucho todavía hoy. Una apología de Séneca escrita por él mismo en la que defiende también a la filosofía y los filósofos en general.

> ¿No cumplen los filósofos lo que dicen? Pero ya hacen mucho con decirlo, con concebir en su pensamiento la virtud[218].

Séneca sabe defenderse contraatacando, desvelando la ambición y la calumnia de aquellos que lo desprestigian.

> Pues si los que siguen la virtud son avaros, libidinosos y ambiciosos, ¿qué sois vosotros, que odiáis hasta el nombre mismo de la virtud?[219].

Vemos aquí a un Séneca combativo, que sabe pelear y está dispuesto a continuar la lucha. El filósofo cordobés se opondrá a sus calumniadores y procurará seguir llevando el timón de la política. Seguirá luchando mientras pueda, porque sabe que debe meditar y actuar a la vez. Todo es actividad, bien se esté aconsejando al príncipe y ayudándolo en sus labores de gobierno, bien haya que retirarse a estudiar, enseñar y replegarse en la vida interior, predicando con libros o con el propio ejemplo. Acción y reflexión van unidas. No se puede actuar sin reflexionar ni se puede reflexionar sin intentar actuar. Así lo hará Séneca hasta que las circunstancias se lo impidan. Entonces la acción política se canalizará a través de la palabra, de la difusión de ideas, de la crítica y el ejemplo, desde el destierro obligado o voluntario.

Muchos aprovechaban la crítica al político para censurar, de paso, a la filosofía y la moral. Buscaban acusar a Séneca de hipocresía porque así criticaban también la filosofía. Es una actitud que puede verse en todas las épocas, y también hoy día. La excelencia y la virtud irritaban a muchos, exigía un gran esfuerzo, les complicaba una vida que ellos querían que fuera cómoda y fácil, sin responsabilidades. La filosofía era odiosa para los libertinos

que rodeaban a Nerón, porque los desviaba del placer y les recordaba sus obligaciones. Séneca se hará odioso también, porque dará siempre prioridad a las ideas por delante de la indolencia o la ignorancia. El filósofo abrirá la puerta a la especulación política y al pensamiento. Se hará molesto como Sócrates, el tábano de Atenas. Sus detractores buscarán criticar en Séneca a la vez al hombre y al filósofo.

> Pero alguno de esos que ladran contra la filosofía dirá, como suelen: ¿Por qué hablas con más energía que vives? ¿Por qué bajas el tono delante de un superior, y consideras que el dinero es para ti un instrumento necesario y te alteras por un contratiempo y lloras al enterarte de la muerte de tu esposa o de un amigo y miras por tu fama, y te afectan las habladurías malintencionadas?[220].

Hay diferencia entre las personas y sus errores, por un lado, y la propia filosofía o las ideas por otro. Pero en todos los tiempos las ideas y la cultura, en sí mismas, provocan el recelo de algunos e irritan a muchos.

> «Hablas de un modo —se dice—, vives de otro» Este reproche, ¡cabezas llenas de malevolencia y hostilidad a todos los mejores!, se ha hecho a Platón, se ha hecho a Epicuro, se ha hecho a Zenón; pues todos éstos decían, no cómo vivían ellos mismos, sino como hubiesen debido vivir. Hablo de la virtud, no de mí[221].

Séneca se defiende y sale airoso de esta campaña de desprestigio y de acoso judicial. Su mayor problema no será lidiar con los calumniadores ni evitar las intrigas de Agripina, que conoce bien. Ahora surgirá uno mayor y más preocupante. Tendrá nombre de mujer: Popea Sabina.

Ya en el año 58 Nerón había conocido a Popea Sabina e inmediatamente se había obsesionado con ella. A partir de este momento la amante ejercerá una influencia cada vez mayor sobre el emperador, hasta el punto de desequilibrar todo el juego de poder que había en la corte.

Algunos historiadores dicen que la muerte de Agripina fue consecuencia de la mala influencia de Popea sobre Nerón. Comentan que le repetía una y otra vez al emperador que no podía casarse con él y darle hijos mientras su madre estuviera viva, porque ella se opondría para seguir teniendo el poder. Otros historiadores explican el asesinato de Agripina como consecuencia de su propia ambición. Comentan que el verdadero motivo que

llevó a su hijo a matarla fue que esta había conspirado contra él, intentando colocar en el trono a Cayo Rubelio Plauto. Posiblemente ambas versiones sean ciertas y complementarias. Al final Nerón mandó asesinar a su madre el año 59, Plauto fue exiliado en el 60 y el emperador no se casó con Popea mientras lo pudo impedir Séneca. Todo se precipitará en el año 62, cuando el filósofo pierde todo poder en la corte: Nerón se divorciará de Octavia, la matará después y, por fin, se casará con Popea.

Popea Sabina era hija de Tito Olio, amigo de Sejano. Su padre había caído en desgracia arrastrado por la ejecución de aquel poderoso ministro de Tiberio. Aparte de la ambición de poder, a Popea se le presentaba la posibilidad de vengarse de Agripina, hija de aquel Germánico cuyo partido acabó con Sejano y con su padre a un mismo tiempo. Y Agripina se dio cuenta desde el primer momento. Vio que su verdadero enemigo era Popea. Antes había intentado utilizar a Octavia para combatir a Acté y Séneca. Ahora sabía que el peligro era real. Y no se equivocó.

Cómo Nerón llegó a conocer a Popea, convertirse en su amante primero, casarse con ella después y matarla de una patada en el vientre cuando estaba embarazada de un hijo suyo, puede constituir el argumento escandaloso de cualquier película de romanos. Pero aquello no fue ficción. Fue realidad.

[61] Popea, esposa de Nerón. La acusan de culpar a los cristianos del incendio de Roma así como de convencer a su esposo de asesinar a Agripina y Séneca.

Popea estaba casada con Salvio Otón, que era amigo de Nerón y uno de esos libertinos a los que el joven iba prestando oídos en detrimento de Séneca. En sus borracheras con el emperador le describe la belleza de su esposa, su fama, sus virtudes amatorias. Le habla tanto de las cualidades de Popea, que Nerón acaba por desear conocerla, para comprobar así si las afirmaciones de su amigote de juergas son exageraciones o no.

Nerón conoce a la irresistible Popea y acaba enamorándose de ella. No en vano tenía fama de ser la mujer más guapa de la época. El marido se la cede sin pudor y la convierte en la favorita del emperador. Y Popea, a quien su propio esposo ha metido en la cama de Nerón, empieza a desplegar todas sus artes al servicio de la ambición. Desde el principio buscará el matrimonio con el emperador para acaparar todo el poder. Lo conseguirá, aunque tarde y a un coste altísimo.

Dicen los historiadores que Agripina se alarmó, y con razón. Se vio amenazada por Popea y quiso volver, dicen, a las intrigas de su pasado, es decir, a las dotes de seducción que funcionaron excelentemente con tantos otros, Claudio entre ellos. Ahora quiere emplear esas armas de mujer sobre su propio hijo.

> Cuenta Cluvio que Agripina, en su pasión por conservar el poder llegó hasta tal punto que en pleno día, a horas en que Nerón se hallaba excitado por el vino y el banquete, se ofreció varias veces a su hijo borracho, muy arreglada y dispuesta al incesto[222].

¿Exageran los historiadores, siempre críticos con las mujeres poderosas de la época? Es muy difícil saber si Agripina estuvo o no dispuesta al incesto. Pero lo cierto es que los rumores circularon rápidamente por toda Roma.

Sabemos por Tácito que Séneca se anticipó al peligro y reaccionó rápidamente. Recurrió a Acté una vez más y le encargó que le dijera a Nerón que los rumores corrían por todas las esquinas y que los pretorianos no iban a consentir nunca un incesto con Agripina, porque aquello lo verían como un crimen nefando. El recuerdo de Germánico era un mito en la mente de aquellos rudos soldados. No consentirían un pecado tan abominable.

> Cuando ya los que al lado estaban advertían sus lascivos besos y las ternuras precursoras de la infamia, Séneca buscó ayuda contra las artes de aquella hembra en otra mujer, haciendo entrar a la liberta Acté; que ésta, inquieta tanto por el peligro que ella corría como por la infamia del príncipe, le advertiría de que se había extendido el rumor del incesto, de1 que su madre se gloriaba, y de que el ejército no toleraría el imperio de un príncipe sacrílego[223].

Nerón entendió que se jugaba el puesto y la vida. Sintió miedo de la reacción de los pretorianos y decidió ordenar a su madre que abandonara el palacio. Aquel riesgo de incesto, si alguna vez lo hubo, se abortó pero la consecuencia desastrosa fue que, al alejarse cada vez más de su madre, Nerón fue cayendo sin remedio en los brazos de Popea, una mujer tan ambiciosa como Agripina. La nueva amante no tenía otra meta que casarse con él, para ejercer el poder del Imperio a través del varón. Siguió en esto la estrategia de Agripina, a la que supo vencer y suplantar pero con terribles consecuencias.

El primer problema que se le planteaba al emperador al casarse con Popea era que perdía su legitimidad. La autoridad de Nerón descansaba precisamente en su matrimonio con Octavia. No podía divorciarse de ella y casarse con Popea sin socavar las bases de su poder. Como hija del anterior y divinizado Claudio, era Octavia quien, en calidad de esposa, garantizaba el Imperio para

Nerón. Por eso el emperador solo se divorció de ella cuando consiguió eliminar a todos los que le frenaban en ese empeño: Agripina, Burro y Séneca. La operación fue difícil y laboriosa. Le costó tres años pero el tirano la llevó a cabo metódicamente. Primero asesinó a su madre en marzo del 59, luego asesinó a Burro y retiró al filósofo del poder en el año 62. Y solo al final repudió a Octavia y acabó matándola precisamente el 9 de junio del 62.

Para buscar un pretexto con el que divorciarse de su esposa, Nerón incita a Aniceto, el asesino de su madre, a confesarse amante de Octavia. Se aplica el mismo juego que envió a Séneca al destierro y a muchos miembros de la familia imperial a la muerte. El resultado fue el mismo de siempre: condena por adulterio y destierro para ambos. A Aniceto le premian con un exilio en las Islas Baleares, donde vive tranquilo y rico hasta su muerte. A Octavia Nerón la destierra primero, para asesinarla después.

Pero aquel hundimiento moral y social había comenzado tres años antes con el asesinato de Agripina en el año 59. Ese crimen alteró todo el equilibrio de poder en la corte y, por ello, se convertirá en un punto de inflexión en la vida y la carrera de Séneca. Sus detractores han sembrado dudas sobre si estuvo al corriente o no de aquel crimen. Si lo apoyó o no. Es evidente que el filósofo cordobés nunca pudo estar de acuerdo con aquel asesinato. Podía sospechar que la madre conspiraba contra Nerón. Era conocedor de sus maniobras y del grave peligro que entrañaba su actitud. Estaba convencido de que había que apartar a Agripina del poder pero nunca a través del crimen. Y la demostración de ello es que, un año antes, le había salvado la vida.

Un año antes del asesinato de Agripina a manos de su hijo, Séneca consigue evitar un intento de matricidio. En los últimos tiempos, el filósofo ha estado perdiendo poder paulatinamente y son ahora Popea y los nuevos amigos de Nerón los que gozan de

su confianza y a quienes el emperador escucha. Le dicen que Agripina prepara un golpe de estado para poner en el trono a Rubelio Plauto, hombre riquísimo y bisnieto de Tiberio.

La acusación viene de Junia Silana, antigua enemiga suya, que se sirve para la denuncia de una tía del emperador llamada Domicia. Es la hermana de aquella Domicia Lépida que había criado a Nerón cuando niño y que Agripina hizo matar con el testimonio de su propio hijo. Esta otra tía Domicia tenía varios motivos para odiar a la madre de Nerón. Uno de ellos es que le quitó el marido, aquel Pasieno Rufo amigo de Séneca que luego murió el mismo año que Mesalina en extrañas circunstancias. Pero, sin duda, lo que nunca olvidaría es que Agripina había condenado y ejecutado a su hermana Domicia Lépida, aquella tía querida de Nerón.

Pues bien, Domicia hace que Paris, un liberto suyo amigo del emperador, denuncie lo que preparaba la madre.

Al escuchar la acusación de labios de Paris, Nerón, siempre aterrado ante la posibilidad de que su madre lo destrone, toma la decisión de matar directamente a Agripina y a Plauto. Sabe que no puede contar con el prefecto del pretorio, Afranio Burro, ni con Séneca. Ambos fueron siempre un obstáculo para el crimen. Pretende hacerlo a sus espaldas. Y para ello, encarga el asesinato a un tal Cecina Tusco. Pero el filósofo tiene aún gran poder e influencia en la corte. Logra, a través de sus servicios de inteligencia, enterarse de la maniobra y se adelanta a las intenciones de Nerón. Se muestra hábil y bien informado. Es también un hombre resolutivo. Interviene rápidamente. Sabe que el equilibrio del poder se basa en que Nerón no pierda el freno de la madre. Para ello llama a Burro y los dos se presentan de improviso ante el emperador. Le aconsejan que no actúe a sus espaldas, que respete la vida de Agripina. Nerón no quiere perdonar a la madre pero Burro le jura que, si la encuentran culpable, él mismo actuará contra ella. Eso tranquiliza a Nerón. Calma su inseguridad.

Séneca y Burro le explican que no puede matar a nadie, y menos a una madre, sin haberle dado al menos tiempo y ocasión para su defensa. Al final consiguen disuadirlo[224].

Al amanecer del día siguiente Séneca y Burro se encaminan con testigos a casa de Agripina, que no sabemos si estaba avisada o no. Afranio Burro la interroga directamente haciéndole saber los cargos. Ella se defiende con valentía, refuta las acusaciones. Recuerda que es la madre del emperador, que su hijo se lo debe todo. Quiere una audiencia. Nerón acude a verla. La madre, ofendida, niega las acusaciones y exige castigo a los calumniadores. El hijo obedece. El peligro ha pasado. Por ahora.

Hay que comprender que la rápida reacción de Séneca le ha salvado la vida a Agripina. Nerón no habría tenido reparos en asesinarla. De hecho lo hizo menos de un año después. Esta vez, cuando el filósofo se entera, ya es tarde.

Así fue. Al año siguiente el emperador busca la muerte de su madre pero ahora la técnica varía. Nerón ha aprendido y tiene en este momento peligrosos asesores. Sigue obsesionado por matarla. Ha ideado una estratagema, un engaño consistente en hacer naufragar el barco en que viaja su madre para procurarle la muerte. El definitivo asesinato de Agripina a manos de su hijo tiene tintes de novela negra, intriga, crimen de Estado y técnicas mafiosas.

Lo primero que hace Nerón es que el crimen parezca un accidente. Para ello dispone una nave, que con un sofisticado mecanismo se parte en dos. Ha planeado que la madre viaje en ella y naufrague para que nadie pueda culparle del crimen. Mientras cenan, sabotea la embarcación en la que Agripina ha acudido a verlo, para que parezca averiada. En el momento de la vuelta, le ofrece entonces aquella otra trucada que le proporcionará la muerte. Todo sale según el plan establecido. Cuando Agripina está en el mar se quiebra la nave. La madre está a punto de morir

aplastada bajo el peso de un falso techo pero cae al agua y lucha por salvar la vida nadando. Según el historiador Tácito, puede ver cómo unos soldados confunden a una de sus damas con ella misma y la matan en lugar de rescatarla del mar. Agripina tiene ya pruebas fehacientes de que aquello es un atentado promovido por su hijo, hace un último esfuerzo por llegar a la costa y se salva nadando.

El magnicidio ha fracasado. La emperatriz se encuentra a salvo y ha descubierto el intento de atentado. Cuando se entera Nerón, entra en pánico. Tiene miedo de las represalias de la madre. Es la noche del 20 de marzo del año 59. Séneca y Afranio Burro son convocados de urgencia. Se enteran en ese preciso instante de los manejos de Nerón, a posteriori, con los hechos consumados. Solo ahora han sido llamados a consultas. Descubren que el emperador ha intentado envenenar a su madre primero y provocar el hundimiento de su barco después. Séneca y Burro no lo sabían, quedan sorprendidos y sobrepasados por los acontecimientos. Conocemos por Tácito la escena. Cuando Nerón se entera de que el atentado ha fracasado, lleno de temor, los convoca. Entonces sí se lo cuenta todo y les pide ayuda para acabar con Agripina. El emperador tenía miedo a la reacción de su madre y estaba seguro de que iba a levantar el ejército contra él. Lo peor es que los temores son fundados. Todos conocen a Agripina y saben que esto no quedará así. Nerón les pide ayuda para asesinarla, no sabe cómo hacerlo.

Lo cierto es que Séneca y Burro no se dejaron involucrar en el crimen. El filósofo guardó silencio y miró a Afranio Burro. El pretoriano tomó la palabra y dijo que los soldados no cometerían ese crimen por el recuerdo de Agripina como hija de Germánico. Dijo que Aniceto, que era quien había iniciado aquello, también era quien tenía que terminar su trabajo. Y así se hizo. Tácito lo cuenta con claridad:

> Mas Nerón, que aguardaba el aviso de que se hubiese ejecutado la maldad, sabe que se había escapado su madre herida livianamente, y que el caso había pasado de manera que no se podía dudar del

autor. Entonces, perdido del todo el ánimo, juraba con la fuerza del temor que ya estaba cerca de allí su madre; que venía sin duda a tomar venganza; que armaría los esclavos, o incitaría la cólera y furor de los soldados contra él; que acudiría al favor del Senado y del pueblo, representando el naufragio, la herida, la muerte de sus amigos; que no le quedaba ya remedio si Burrho y Séneca no se la buscaban con la agudeza de sus ingenios.

A éstos había hecho llamar en sabiendo el suceso; dúdase si estos dos personajes tuvieron antes noticia del trato de Aniceto. Entrambos estuvieron gran rato suspensos y sin hablar palabra, por no trabajar en vano disuadiéndole su determinación; echando de ver por otra parte que había ya llegado el negocio a término que el no asegurarse de Agripina era condenar a muerte a Nerón. Con todo eso, Séneca, aunque solía ser más pronto en responder, pone los ojos en Burrho como si le preguntara si se debía encomendar a sus soldados aquella muerte. Él, entendiéndole, respondió: que hallándose los pretorianos tan obligados a toda la casa de los Césares y a la memoria de Germánico, no tendrían ánimo para emprender una crueldad como aquélla con su propia hija; que acabase Aniceto de ejecutar lo que había prometido. El cual, sin dilación alguna, pide que se le encargue la última ejecución de aquella maldad. Animado con estas palabras, Nerón confiesa que aquel día se le daba el Imperio, no avergonzándose de reconocer tan gran dádiva de un liberto. Dícele que se dé prisa, y que lleve gente de confianza y sobre todo obediente[225].

Tácito merece un alto grado de credibilidad y en pocas palabras dice más de lo que parece. No es un historiador afín a Séneca pero procura en todo caso ser fiel a los hechos y riguroso en sus análisis. Da pocas claves pero su testimonio hace ver que el filósofo no conocía los planes del asesinato de Agripina. Primero dice que guardó silencio, él que solía ser pronto en las respuestas. Es evidente que Séneca sabía que Agripina constituía, ya desde hacía tiempo, una amenaza para la paz del Estado, incluso podía originar una guerra civil. Pero, a pesar de ello, el filósofo no fue instigador del atentado ni quiso participar en él. No olvidemos que ha acudido, llamado repentinamente, aquella dramática noche en Miseno, cuando el consejo de Estado es convocado de urgencia. Nerón está aterrorizado y es entonces cuando los informa y les plantea el problema. Séneca sabe que Agripina es un peligro real pero no quiere su condena a muerte. Además, la competencia sobre la seguridad del Estado corresponde a Afranio Burro. Guarda silencio y mira al prefecto del pretorio esperando su respuesta. Tácito interpreta «*como si le preguntara si se debía ordenar a los soldados aquella muerte*». Yo diría más bien que mira a quien tiene realmente competencias sobre ese asunto. Interpretar su mirada tantos años después sería un ejercicio de adivinación más que de historiografía. Pero, si hay que interpretar, es muy probable que la mirada de Séneca pretenda avisar a Afranio Bu-

rro de un posible argumento para frenar a Nerón: el prestigio de Agripina entre los soldados. Y el prefecto del pretorio entiende esa posible intención. El hecho es que Afranio Burro le contesta a Nerón que los pretorianos son fieles a la casa de Germánico y, por tanto, a su hija Agripina. Ellos no cometerían aquel magnicidio. Nerón no contará con su ayuda ni con la de los soldados. Burro se lava las manos y dice al emperador, que no ve otra salida que el asesinato, que resuelva la situación quien la inició: el liberto Aniceto.

Es evidente que Séneca y Burro se entendían con la mirada. No están dispuestos a ayudar a Nerón a cometer ese crimen, por mucho que lo justifique el emperador. Le están diciendo, en suma, que si hasta ahora ha actuado a sus espaldas confiando en Aniceto, que resuelvan ellos el problema en el que se han metido. Y la respuesta de Nerón no puede ser más clara. Les responde que desde aquel día le debe el Imperio a un liberto, a Aniceto. Es decir, a partir de ese momento se lo deberá todo a un liberto, no al senador Séneca ni al prefecto del pretorio. La frase es un toque de atención, el reproche de que sus consejeros le han fallado, de que no se han comprometido con él en esta situación límite.

La inocencia de Séneca y Burro respecto a la preparación y ejecución del asesinato está fuera de toda duda. Tácito da a entender que se enteran esa misma noche, cuando la situación no tiene vuelta atrás. Ambos se encontraron impotentes ante los hechos consumados. Si hubieran podido, habrían evitado aquel crimen, como lo hicieron un año atrás. ¿A quién corresponde la responsabilidad de aquel asesinato? Ya hemos dicho que, cuando los romanos buscaban el responsable de un delito se hacían la misma pregunta que los investigadores de hoy, se preguntaban por el móvil. Ellos decían *cui prodest?*, es decir, ¿a quién beneficia?

Aquel crimen no beneficiaba en absoluto a Séneca ni a Burro, todo lo contrario. La muerte de Agripina perjudicaba la posición de ambos. Tras el asesinato de la madre, Nerón ya no tendrá freno. Los necesitará cada vez menos. Desconfiará de ambos. No perdonará el silencio del filósofo y menos que Afranio Burro se hubiera opuesto a perpetrar el crimen, aduciendo el prestigio de la hija de Germánico entre el ejército, negando así su colaboración, lavándose las manos y descargando la responsabilidad del acto en quien lo comenzó: el liberto Aniceto. Nerón no perdonará este acto de libertad: cumplirá su venganza lentamente, a medida que vaya teniendo todas las seguridades. Afranio Burro será envenenado tres años después, y otros tres años después de la muerte de su compañero en el gobierno, Séneca beberá la cicuta.

El final de Agripina sigue siendo de novela. Aniceto recibe de Nerón la orden de asesinarla. La emperatriz ha sobrevivido al naufragio. Se ha librado de morir aplastada por el peso del falso techo de la nave que se ha desplomado sobre ella. Ha saltado al mar y ganado la orilla a nado. Se encuentra ahora en una de sus villas de la costa. Ve llegar a Aniceto. Lo conoce. Sabe que ha sido maestro de Nerón y ahora es jefe de la flota. Viene acompañado de dos hombres, el capitán del barco Herculeyo y el centurión Obarito. Cuando los ve aparecer, sabe que van a acabar el trabajo. En el momento en que ve al centurión desenvainar la espada, le grita: «*Apuñala aquí*»[226]. Le está mostrando el vientre y quiere que el primer golpe sea en el útero que albergó a su hijo en su gestación. El historiador Tácito no ahorra detalles. También comenta que hace años un astrólogo había vaticinado a Agripina que un día su hijo sería emperador pero que acabaría matándola. Ella respondió entonces con una frase que expresa la prioridad de su ambición: «*Que me mate con tal de que reine*». Recuerda a aquella famosa frase de su hermano Calígula que decía:

«*Que me odien con tal de que me teman*». Servidumbres y delirios del poder absoluto. Ahora era el turno de Agripina.

[62] *Nerón contempla el cadáver de su madre*, de Arturo Montero, 1887, pintura histórica española, actualmente en el Museo del Prado.

Los historiadores cuentan que Nerón acudió por la mañana temprano a ver el cadáver de su madre. No sabemos si por curiosidad o por asegurarse verdaderamente de que estaba muerta. Dicen que comentó que no sabía que tenía una madre tan guapa. Pidió agua porque tenía la boca seca. Esa misma noche ordenó quemar el cadáver. Sus cenizas fueron enterradas a toda prisa y sin ceremonias.

Tras el matricidio, Nerón se escondió en Nápoles. Mandó un informe al Senado en que daba su versión de la muerte de Agripina. Según él, la madre tramaba la muerte del emperador. Había mandado a su liberto Agerino para atentar contra su vida. Descubierta, se había suicidado por vergüenza. En el memorándum había una larga lista de crímenes de Agripina. Se hacía un repaso exhaustivo de todas sus intrigas. Hay que reconocer que el currículum era extenso. El Senado aceptó las explicaciones. Felicitó a Nerón por haber salvado la vida. El emperador había superado la prueba.

Muchos dicen que aquel informe lo escribió Séneca. Es posible, aunque habría que demostrarlo. El hecho de que el filósofo le escribiera a Nerón los discursos cuando era menor de edad no

quiere decir que siguiera escribiéndoselos toda la vida. En todo caso esa es la única responsabilidad que se le puede achacar al filósofo. Es responsable de haber estado presente en aquella reunión la noche del 20 de marzo del 59. Se le puede culpar de un silencio cómplice o incluso pudo haber pensado que la muerte de Agripina era irreversible. Antes del asesinato, nadie podía negar que la madre de Nerón no fuera una amenaza para la estabilidad del Estado. Pero Séneca, de haber tenido margen de maniobra, habría sabido contrarrestar ese peligro potencial luchando con armas lícitas. Habría sabido encontrar una forma de neutralizar a la ambiciosa Agripina preservando su vida y evitando a la vez cualquier peligro para el Imperio. Pero Nerón había actuado por su cuenta y, ahora, con los hechos consumados, el filósofo solo tenía dos opciones. El dilema estaba claro. Había que elegir entre callar el asesinato de su antigua valedora o la completa seguridad de que se avecinaba una guerra civil. Séneca tuvo que optar por el mal menor. La posibilidad de un conflicto fratricida no era una fantasía ni un temor infundado. Era una amenaza cierta, como lo demostró el hecho de la revuelta del año 68, en que Nerón fue condenado y su muerte dio paso a una sangrienta guerra civil que no se había visto en Roma desde los tiempos del asesinato de Julio César.

La guerra civil es el mal por excelencia de todos los filósofos en general y de los estoicos en particular. Cualquier otra opción es preferible. Los estoicos piensan que agrede a la ley fundamental de la naturaleza humana, que es la *conciliatio hominum*[227]. La guerra civil es un mal absoluto que hay que combatir con todos los medios, incluso si es necesario, con el asesinato. Ya Cicerón decía que la finalidad de las leyes era preservar intacta la convivencia y comunidad de ciudadanos: quienes la pusieran en peligro podrían ser castigados con la muerte, el exilio y la confiscación de los bienes. Incluso el propio Cicerón, para frenar la amenaza de Catilina, condenó a muerte a los conjurados.

Lo cierto es que Séneca, ante el asesinato de Agripina, tuvo que guardar silencio, lo que no significaba consentir con los hechos. El silencio para él siempre fue una forma de denuncia.

No fue difícil convencer a la opinión pública de que Agripina estaba detrás de una conspiración para derrocar a su propio hijo. Su muerte se justificó como un acto en defensa propia. Pero aquel crimen no era solo un crimen de Estado. Por su propia naturaleza era un crimen nefando, un matricidio.

Séneca guardó silencio cuando tuvo que hacerlo y denunció el crimen cuando pudo, en los instantes anteriores a su propia muerte, ordenada por Nerón. La escena la recoge el historiador Tácito. Séneca, en el momento de morir, reprime la tristeza de los amigos que le rodean y les pide valor con estas palabras:

> En ese momento reprime las lágrimas de los amigos con sus palabras, adopta un tono más enérgico, hace un llamamiento a la fortaleza de ánimo y les pregunta: ¿Dónde está la enseñanza de la filosofía? ¿Dónde la razón, ejercitada durante tantos años en la reflexión contra la adversidad? ¿Acaso os era desconocida la crueldad de Nerón? ¿Os extraña esta condena? ¿Qué podía faltarle a quien ha matado a su madre y a su hermano sino buscar la muerte de su propio maestro?[228].

No es que Séneca no denunciara los crímenes de Nerón, es que lo hace cuando puede y cuando debe, después de haber abierto, como decía Tácito, caminos de libertad.

Tras el asesinato de Agripina, el filósofo siguió en política para evitar que Nerón degenerara aún más. Durante casi dos años se dedicó exclusivamente a refrenar en lo posible el despotismo. Su ideología lo impulsaba a intentarlo todo antes de renunciar, no por ambición de poder sino por convicción filosófica y búsqueda del bien común. Séneca no abandonará nunca la lucha. De hecho nunca renunció. Cuando consiga retirarse de la corte de Nerón, en una especie de segundo exilio, esta vez voluntario, seguirá en política, ahora escribiendo, porque escribir también es una actividad política y una forma de rebelión, como él mismo afirma.

Con el asesinato de Agripina, al menos se ponía fin a las constantes intrigas de palacio. Burro y Séneca pensaron que quizá ahora Nerón se tranquilizaría y podría desplegar las promesas de

buen gobierno que hizo al principio de su reinado. Burro calmó al ejército, Séneca al Senado. Volvieron a Roma numerosos senadores que habían sido condenados al exilio por Agripina. El pueblo dio muestras de aclamación a Nerón y parecía agradecer que la conjura no hubiera acabado con la vida del príncipe sino con la de la madre.

Todos tuvieron tiempo de arrepentirse. Nerón volvió a defraudar todas las esperanzas.

---

[206] Tácito *Anales* XIII.14.

[207] Suetonio *Vida de los doce césares Nerón* VI.33.3.

[208] Tácito *Anales* XIII.17.

[209] Séneca *Las fenicias* 667-668.

[210] Dion Casio *Historia romana* 61.7.5, trad. Duarte Sánchez.

[211] Tácito *Anales* XIII.43.

[212] Séneca *Sobre la felicidad* 27.3, trad. de Julián Marías.

[213] *Ibidem* 17.4.

[214] *Ibidem* 27.4.

[215] *Ibidem* 23.1-2.

[216] *Ibidem* 24.3.

[217] *Ibidem* 19.2.

[218] *Ibidem* 20.1.

[219] *Ibidem* 19.2.

[220] *Ibidem* 17.1.

[221] *Ibidem* 18.1.

[222] Tácito *Anales* XIV.2.1.

[223] *Ibidem* XIV.2.1.

[224] Lo explica Tácito *Annales* XIII.19 ss.

[225] Tácito *Anales* XIV.7.1-5, trad. de Carlos Coloma.

[226] Tácito *Annales* XIV.8.

[227] Cicerón *De oficiis* II.21 ss.

[228] Tácito *Anales* XV.62.

12.

EL ÚLTIMO INTENTO

Nerón se acercaba a los peores, dice Tácito[229], queriendo expresar con ello que el emperador no se deja ya guiar por Séneca sino que presta oídos a una cohorte de degenerados y libertinos. Ha sido un proceso gradual. Después del asesinato de Agripina, va disminuyendo irremediablemente la influencia de Séneca en la corte de Nerón. El filósofo intentará con todas sus fuerzas mantener a raya al emperador, reprimir su megalomanía y sus vicios, frenar en lo posible su deriva hacia la tiranía. Pero la muerte de Agripina le priva de un elemento de contención que hasta ahora había funcionado muy bien. A partir de este momento ya nada detendrá a Nerón. Un escoliasta de Juvenal cita unas palabras del filósofo que, en su opinión, se refieren a Nerón y al crimen de Agripina: «*Un león no tardará en recobrar su ferocidad natural si por acaso moja su lengua en sangre*»[230].

Hemos visto que en estos años Séneca ha escrito *De beneficiis*, un libro que se ha analizado en el capítulo anterior desde el punto de vista de la política social y económica. Ahora veremos que, en esta obra, el filósofo también demuestra que, a pesar de los beneficios recibidos por Agripina o Nerón, él se considera ya liberado completamente de aquellos favores.

Nuestra palabra beneficencia también viene de beneficio; beneficiar a alguien consiste en hacerle un bien, hacerle un favor, prestarle un apoyo. Pero el concepto romano de beneficio tiene un significado distinto: se trata de política social. Del mismo modo que un tratado de derecho civil trata sobre ley y sus delitos, aquí, en su obra *De beneficiis*, Séneca pretende reglamentar y humanizar las relaciones sociales basadas en el clientelismo. ¿Pero en qué consistía realmente el clientelismo romano?

El clientelismo era una fórmula de relación social que existía ya desde época de la República y que es la base de la sociedad romana. En la antigua Roma, si alguien quería emprender una actividad, acometer un proyecto o, a veces, simplemente sobrevivir, necesitaba el patrocinio de un hombre poderoso y rico. En una sociedad tan estamental y elitista como era la romana, los desfavorecidos tenían que buscar el apoyo de alguien influyente. A su vez los poderosos medían su prestigio según el número de clientes que tenían y que podían prestarle ayuda de distinto tipo, si el patrón se lo solicitaba. En eso consistían las relaciones de poder e influencias sociales en la antigua Roma.

Todas las mañanas, en lo que se llamaba *salutatio*, salutación, el patrón recibía la visita de sus clientes, personas que dependen de él, de su dinero e influencias para sobrevivir y medrar en la sociedad. Aún hoy día el clientelismo, en su versión actual, sigue moviendo muchas relaciones sociales como hace veinte siglos. A lo largo de la historia este modelo ha tenido una importancia considerable: fue la base de las relaciones de vasallaje en la Edad Media, donde el vasallo juraba lealtad al Señor a cambio de su protección. Algo parecido ocurría en Roma, pero las relaciones no eran de carácter militar sino económico y político. Los clientes ayudaban al patrón en sus campañas políticas o en las esferas de influencia social que interesaran al Señor. El clientelismo era fuente, como hoy en día, de injusticias y favoritismos no reglados por la ley pero así funcionaba la sociedad entonces y su uso estaba comúnmente aceptado. Lo que pretende Séneca en su libro *De beneficiis* es reglamentar estas relaciones sociales, hacerlas más transparentes y justas. El objetivo de la obra es a la vez educador y social. Del mismo modo que en el derecho civil se acuerdan y regulan las leyes, así, en este libro el filósofo cordobés propone una especie de derecho social, un ámbito donde se puedan pactar y regular los beneficios que se reciben. De esta

forma se podrán conocer y cumplir las obligaciones morales y sociales que corresponden a cada cual.

[63] Pintura histórica s. XIX, obra de Gustave Boulanger, actualmente en el Museo nacional de Versalles. El cuadro representa una *salutatio matutina* en que el señor va recibiendo a los clientes según su importancia social.

El libro *De beneficiis* es muy interesante por las cuestiones sociales, políticas y económicas que se derivan de él. Pero, además de ello, hay alusiones claras a otros aspectos de la vida de Séneca y de la política en tiempos de Nerón. Muchos opinan que, de forma velada, Séneca trata también el tema de la tiranía. No es de extrañar. Es un tema común en toda su obra. Veyne[231] ha llamado la atención sobre el hecho de que, en este libro, Séneca identifica la tiranía con los terremotos y otros cataclismos naturales como los volcanes. Es una comparación que le permite relacionar su concepto del mundo, la política y los seres humanos de forma global, como esferas que pertenecen a un mismo macrocosmos filosófico y que tienen una explicación análoga. Los cataclismos suceden en la naturaleza como la tiranía en el mundo de la política. Pero el hecho de que esos fenómenos tengan lugar no implica que la naturaleza no esté bien hecha. No la invalida. Igual que el terremoto no anula las leyes de la naturaleza, la tiranía tampoco anula la posibilidad de que, con su fin, vuelva la racionalidad al mundo de la política. En este contexto Séneca escribe fragmentos muy reveladores y atrevidos, donde muchos interpretan que el filósofo aprueba el tiranicidio:

> Y si se hubiera perdido por completo la esperanza de sanarlo, con la misma mano que a todos, le proporcionaré un beneficio, se lo devolveré. Porque para tales personas el remedio es la muerte y lo mejor es que se marche de la vida quien nunca va a poder volver a ser dueño de sí. Pero esta maldad poco frecuente siempre se ha considerado un caso excepcional, como cuando la tierra se abre o surge una erupción de fuego desde las profundidades del mar. Por tanto, dejemos de hablar de ella y hablemos de aquellos vicios que podamos detestar sin horrorizarnos[232].

Siguiendo la doctrina del estoicismo, Séneca considera que el tirano es una especie de enfermo incurable que lleva a la ruina a la comunidad y al Estado. La muerte, por tanto, es el mejor remedio para el que jamás podrá volver a ser dueño de sí mismo.

Especialmente la última parte de esta obra se aparta del tono puramente doctrinal para hacer alusiones a la política del momento, la de estos últimos años en que Nerón inicia la deriva hacia la tiranía y se deja convencer por los peores consejeros. Hay textos donde se alude a la falta de criterio de los poderosos, que, rodeados de malos asesores, viven en una ignorancia peligrosa. Las referencias a las guerras inútiles y a la ruptura de la concordia social no dejan lugar a dudas. La alusión a Nerón, mal aconsejado por Tigelino, Otón o Popea no puede ser más clara. Los malos asesores no pueden ni quieren informar al emperador de la situación, de los peligros que le acechan. No le avisan de que se encamina hacia su propia destrucción.

> ¿No ves cómo la libertad extinguida y la verdad, sometida a una obediencia de esclavos, los conduce al abismo? Mientras tanto nadie los persuade o los disuade, aconsejándolos con sinceridad. Por el contrario, todos sus amigos compiten en adularlo. Todos se imponen como único deber el esfuerzo por engañarlo con las palabras más agradables al oído. De este modo ignoran sus fuerzas y, al escuchar estas palabras, se creen más poderosos de lo que son. Eso les lleva a provocar guerras inútiles que pondrán en peligro máximo la seguridad del Estado. Rompen la concordia, útil y necesaria. Provocan la ira, que nadie sentía. Beben la sangre de muchos, ellos, que al final, derramarán a su vez la suya propia[233].

Entre líneas se aprecia la referencia a Nerón. Hay también casos en que Séneca explica que, cuando el benefactor (léase Nerón) opta por la maldad y la injusticia, él mismo se desacredita y anula el beneficio que ha podido hacer. Merece entonces cualquier acción que se cometa sobre él. Las manos del beneficiado (léase Séneca) quedan libres. A pesar de ello, el filósofo buscará devolver las riquezas a Nerón para no deberle absolutamente nada.

> Aunque mis manos quedan libres desde el mismo momento en que mi benefactor actúa rompiendo todo lo lícito, creo que debo preservar la moderación. Si el beneficio que pueda tomar de mí no le proporciona mayores fuerzas para la ruina común o no le fortalece las que tiene, le devolveré lo que pueda devolverle, siempre que mi acción no suponga un daño público[234].

Séneca es ahora el consejero a quien no se le presta atención y siente que Nerón se encamina hacia la catástrofe. El filósofo solo puede aconsejarlo. Al no ser escuchado, explica que no será suya la responsabilidad sobre lo que ocurra. Aparece en estos fragmentos un Séneca que se encuentra liberado de favores recibidos pero el filósofo parece también hacer autocrítica. Justifica y admite que mientras pudo dirigir al emperador, exageró sus virtudes y mostró excesiva complacencia con él. Quizá esté pensando en que su complicidad con los amores de Acté fuese un error pero explica que aquello pretendía ser una mera maniobra de distracción.

> Si me pidiera encarecidamente comediantes o prostitutas o cualquier otra cosa con que pueda aflojar su ferocidad, con gusto se las proporcionaré. No le enviaré nunca trirremes ni naves de guerra, le regalaré naves de juego y de popa cubierta y otros juguetes con los que los reyes se regodean en el mar[235].

El objetivo es que el tirano ingrato carezca de instrumentos con los que dañar a la sociedad y al Imperio.

Las alusiones que hace Séneca en estos momentos tan delicados son muy sutiles. Precisamente en el último libro de los siete que componen *De beneficiis* habla del ingrato y la ingratitud, con bien disimuladas referencias a Nerón, claras para cualquier ojo entrenado de la época. El ingrato conseguirá romper la concordia social. Pero Séneca también avisa, en una especie de profecía que se cumplió apenas tres años después de su muerte: quien provoca la quiebra social y rompe la concordia sufrirá también las consecuencias:

> Dejándote llevar por la desaforada codicia del género humano, ¿te has olvidado tanto de que compartimos la misma suerte que buscas un benefactor entre ladrones? Si te indignas de que haya ingratos, indígnate de que haya lujuriosos, indígnate de que haya avaros, indígnate de que haya impúdicos, indígnate de que haya enfermos, deformes y ancianos que palidecen. La ingratitud es un vicio grave, intolerable, que separa a los hombres, que quiebra y disuelve la concordia que mitiga nuestra fragilidad. Pero es tan común que ni siquiera se libran de ellas quienes la provocan[236].

En otros lugares puede leerse entre líneas la impotencia de Afranio Burro y la suya propia en su intento por calmar la ira de Nerón. Cuando un príncipe está irritado contra todos los que le rodean, nadie puede decirle la verdad ni tranquilizarlo. Y utiliza un ejemplo cercano. Dice que, cuando Augusto estaba airado, incluso Agripa y Mecenas tenían que guardar silencio. Cuando alguien está fuera de sí, es inútil intentar que recapacite. Lo más inteligente es callar. Sin duda, Séneca está pensando en su propia vida política. Hubo ocasiones en que, ante Nerón, la única opción sensata fue guardar silencio. También puede haber aquí una alusión a su silencio tras el asesinato de Agripina.

De beneficiis es un libro muy complejo que, en ocasiones, hay que leer entre líneas, como casi todos los fragmentos en que Séneca alude a temas políticos. En aquellos tiempos no se podía escribir a las claras y descarnadamente sobre un tirano en el poder. No existía libertad de expresión a no ser la que daba un emperador sobre los hechos acaecidos en el gobierno anterior. Calígula inició su reinado dejando que se publicaran los libros censurados de época de Tiberio porque quería dar a entender que su gobierno iba a ser respetuoso con la libertad. Luego, cuando sacó su faz de tirano, condenó a muerte a varios senadores por puro capricho. En una cena se le cruzó un pensamiento por la cabeza y empezó a reír. Un senador le preguntó por qué reía. Él contestó que al haber pensado que con un solo gesto suyo le cortarían la cabeza.

Escribir contra un tirano que está en la cumbre de su poder es, sin duda, un acto peligroso y requiere de gran sutileza. Séneca pudo burlarse de Claudio en su *Calabacificación* porque Agripina y Nerón se lo permitieron y porque él llevaba, en la sombra, las riendas del Imperio. Si lo hubiera hecho en tiempos de Claudio, habría recibido una muerte cruel antes de publicar una línea. Suetonio y Tácito pudieron describir las monstruosidades de Nerón o Domiciano porque vivieron en época de Trajano y

Adriano, en pleno siglo II, siglo de libertades y buen gobierno. Pero bajo el reinado de tiranos era imposible escribir con un mínimo de libertad de expresión. El resultado era la quema de libros y la muerte. En los tiempos de aquel Nerón que mató a su madre y se inclinaba a los peores, había que expresarse, por tanto, con gran inteligencia y tacto. Séneca sabe que, si quiere ser útil, tiene que ser hábil. Y el momento en que escribe este libro es un momento muy delicado. Estamos entre los años 62 y 63. El filósofo ha pedido insistentemente su retiro de la corte. No quiere ser cómplice por más tiempo de un Nerón que da pasos agigantados hacia la tiranía. Sabe que su labor en palacio es ya totalmente inútil y el hecho de que Séneca permanezca en él solo puede ayudar al déspota, confundir a algunos senadores y apaciguarlos, por creer que aún estaba junto al emperador y lo apoyaba.

El filósofo entiende que es imposible reconducir a Nerón y que no debe aparecer más junto a él. Muchos podrían interpretar que está tapando sus crímenes y su mala política. Por eso explica que al ingrato (léase Nerón), aunque con su ingratitud anula todo beneficio que pudo hacer, conviene devolverle todo, para que la denuncia sobre él sea completa. Por eso no le otorga más beneficios sino que le devuelve los suyos, para quedar completamente libre y desligado de su actitud.

> Al hombre malvado que puedo encontrar en cualquier plaza y a quien todos temen, le devolveré el beneficio que recibí de él. No conviene que yo me sirva de su maldad, lo que no es mío, que vuelva a su amo. El hecho de que un benefactor sea benévolo o malvado lo demostraría si yo le otorgara un nuevo beneficio en lugar de devolverle el que me hizo[237].

Las palabras de Séneca explican su actitud y su comportamiento. La intención al devolver las riquezas a Nerón es pagar la deuda para quedar totalmente liberado, aunque el comportamiento malvado del benefactor anule la responsabilidad del beneficiado. Es decir, la actitud despótica de Nerón, rompiendo la concordia y decidiéndose por la tiranía, anula ya de por sí cualquier beneficio que haya podido recibir Séneca. A pesar de todo,

el filósofo quiere devolverle todo lo que le regaló Nerón, para dejar bien claro que no es cómplice de esta situación.

Pero el emperador no le permite el retiro. Tampoco le permite devolver los dones que en su día le concedió. Esas fincas y bienes que el filósofo recibió de Nerón han servido también de argumento para sus detractores. Muchos denuncian que Séneca no debió aceptar en su tiempo las riquezas que le otorgaba el emperador. Quieren dar a entender que lo hizo por avaricia. Bastarán como contestación las propias palabras del filósofo:

> Algunas veces hay que aceptar un beneficio incluso contra tu voluntad. Lo otorga un tirano cruel e iracundo, que va a considerar una ofensa el rechazo de su regalo. ¿No debo aceptarlo? Supón que ese tirano fuera un ladrón, un pirata, o un rey con alma de ladrón y pirata. ¿Qué debo hacer?[238].

Séneca no podía hacer otra cosa que aceptar los regalos de Nerón, incluso aunque le repugnara la idea. Aquello no fue un acto libre sino obligado, una imposición. Por si aún no quedara claro, volvemos a las palabras del filósofo:

> Cuando digo «hay que elegir de quien recibes un beneficio», exceptúo las situaciones de fuerza mayor o miedo, porque, si se dan, muere la libre elección. Tú mismo deberás valorar si tienes libertad, si depende de ti querer algo o no quererlo; si la coacción elimina la libre elección, sabrás que no estás recibiendo un beneficio sino obedeciendo. Nadie queda obligado a nada cuando recibe lo que no pudo rechazar[239].

Séneca no se siente obligado, no tiene nada que agradecer, porque lo que recibió no lo pudo rechazar y porque, tras la actitud de Agripina y Nerón, se siente totalmente desligado de los beneficios que un día recibió de ellos. No les debe nada ya. Con la actitud ambiciosa de Agripina, que ha arruinado el reinado de su hijo, ha dejado de sentirse en deuda con la madre del emperador. Con la actitud tiránica de Nerón, su estupidez y crueldad, se siente desvinculado totalmente de él.

A pesar de todo, quiere devolverle sus regalos para no deberle absolutamente nada. Séneca, con gran habilidad, pide a Nerón retirarse de la corte y a la vez le propone reintegrarle todas las riquezas que un día recibió de él. Pero el emperador sabe que perderá toda credibilidad si acepta. Por eso no admite su retiro. No lo deja marchar. No le permite que abandone la corte. No acepta

la devolución de aquellos regalos. Lo que hace Nerón es mantener a su maestro en palacio como si fuera un rehén de lujo, porque sabe que, si el filósofo le devuelve sus riquezas y se retira de la corte, la ciudadanía lo entenderá como un rechazo directo a su política. Ante la opinión pública Séneca quiere quitarle a Nerón la careta, quitarle el disfraz de príncipe para que todo el mundo vea su verdadero rostro de tirano. El emperador lo sabe. Por eso lo obliga a permanecer en palacio, porque así tiene callado al Senado. Solo le permitirá marcharse definitivamente en el año 64, tras el incendio de Roma, porque el Estado está en bancarrota y Nerón necesita mucho dinero para sus lujos, entre ellos la construcción de su *Domus Aurea*. En esa coyuntura, Séneca, aprovechará la ocasión y volverá a ofrecerle sus riquezas a cambio del retiro. Nerón aceptará entonces, urgido por la necesidad de dinero en efectivo. El filósofo perderá su patrimonio pero recuperará, a ojos de todos, la libertad.

Este libro aclara la situación de estos últimos años de su vida y demuestra la coherencia de su actitud política. Pero la obra *De beneficiis* es mucho más que aquellos fragmentos donde pueden leerse estas alusiones veladas a la situación política del momento. Es verdad que Séneca explica con argumentos cómo no siente ya ningún agradecimiento a quienes no le han hecho caso y han abocado el Imperio al abismo. Pero el libro mira también al futuro, como casi todos sus escritos. Va dirigido a toda la sociedad, al pretender regular las acciones y situaciones que afectaban al clientelismo romano. Y esto es un claro intento de avance social.

Ya hemos visto que en Roma, en caso de desgracia o necesidad, no había otro remedio que buscarse un benefactor, una persona poderosa que te ayudara y a la que quedabas ligado por los lazos de la gratitud. Es una ley no escrita pero que estructura y dirige las relaciones sociales. Si alguien solicitaba un beneficio o un ascenso, lo hacía a través del protector que tuviera cada cual: en eso consistía el clientelismo romano. El Estado y las leyes no

se ocupaban entonces de esas relaciones entre individuos. Las instituciones de aquellos tiempos se movían en el terreno económico y militar, poco más. La política social, desde la época de la República, estuvo siempre a cargo de las élites. Los anfiteatros, por ejemplo, son regalos de un magnate local. Los espectáculos de circo los pagan los hombres poderosos que buscan fama para relanzar su carrera política o acrecentar su influencia social. El Estado no se encargaba de estas cuestiones sino que lo dejaba todo en manos de esta política de mecenazgo y beneficios, a cargo de particulares, redes de clientes y patronazgo.

El libro *De beneficiis* trata precisamente de todo esto, del mecenazgo, de la beneficencia y de las relaciones de dependencia personal. La institución de la clientela romana creaba unos lazos y responsabilidades que planteaban obligaciones a ambas partes, benefactor y beneficiado. Todo beneficio obligaba a su beneficiario y todo patrón debía apoyar a sus protegidos. Todos dependían de todos y cada uno debía cumplir sus obligaciones: los notables pagan el circo, a veces el pan, ayudan a sus clientes en los juicios y les proporcionan, en caso de necesidad, pequeñas cantidades de dinero. Los clientes, por su parte, apoyan a su benefactor en todo lo necesario. Muchos senadores deben su propia carrera al apoyo de otros, incluso de personas que antes habían sido patrones suyos.

Todo el que lo necesita se convierte en cliente y se pone bajo la protección de un hombre con poder, que mide su prestigio según la cantidad de personas que dependen de él. En eso basaban los poderosos los parámetros de su popularidad.

Los beneficios de Séneca no es un libro, por tanto, que hable de obras de caridad sino de servicios prestados a miembros del mismo medio social. Con la obra se pretende regular esa actuación beneficiosa que ha recaído sobre personas que pueden y deben devolver el favor. El benefactor, por su parte, debe prestar ayuda no por altruismo sino como quien hace una inversión: favor con

favor se paga, dice el refrán. Pero este mundo de relaciones sociales no escritas es un verdadero maremágnum. Por eso Séneca se impone la necesidad de reglamentarlo y concretarlo. Ese es uno de los objetivos prioritarios de este libro. Y con ello no se potencia el egoísmo. Todo lo contrario. Se pretende regular ese flujo de beneficios para clarificarlo y convertirlo en un bien para la sociedad. De hecho el filósofo considera que una de las obligaciones del poderoso es la solidaridad. Él mismo tuvo fama de ser un hombre desprendido. Así lo afirmaba Juvenal[240], que cita a Séneca, Pisón y Cota como los protectores más generosos de época de Nerón.

En el libro se trata de forma general el tema de la gratitud. Pero los ejemplos que pone el filósofo son muy reveladores e invitan a hacer comparaciones con su vida personal y con la situación política del momento. Por ejemplo, cuando Séneca habla de que el alumno siente gratitud hacia el maestro, todos pensamos en Nerón como alumno y Séneca como el maestro que lo ha instruido. A pesar de que el caso es aplicable a todos los alumnos y profesores de todas las épocas, es inevitable pensar en Séneca y Nerón. Ese nexo entre alumno y tutor crea obligaciones morales y debe ser respetado. La relación de gratitud solo se deshace por motivos justificados, por una traición, por incumplimiento, por una querella. Solo se deshace por motivos parecidos a los que producirían un divorcio en el mundo del código civil. Precisamente en este libro Séneca habla de un código moral, que debe ser reglamentado como lo es el civil. Nerón infringió ambos códigos y por tanto el tirano rompió todo sentimiento de gratitud que pudiera sentir el filósofo hacia él por los favores recibidos. Podríamos decir, incluso, que Nerón se divorció de Octavia según el código civil y también de Séneca según un código moral que el filósofo describe en su libro *De beneficiis*.

Los afectos, el agradecimiento y los beneficios constituyen, en el mundo romano, el aspecto moral de la sociedad. Renegar de

ello es arruinar las relaciones entre ciudadanos. El que es ingrato, y más si se está a cargo de un Imperio, como es el caso de Nerón, pone en peligro su porvenir y su credibilidad. Siempre se deben respetar estos vínculos, porque así se contribuye a mantener los nexos sociales.

Los beneficios recibidos por un patrón eran en tiempos de Séneca un terreno cenagoso en que se producían muchas injusticias y humillaciones. Las relaciones y los acuerdos eran puramente interpersonales. No se podían legislar porque no entran dentro de la esfera del código civil. Pero había que humanizar esas relaciones sociales. Con este libro Séneca pretende regular tales nexos de dependencia, racionalizarlos y concretarlos. El objetivo es reglamentar estas conductas a través de la ética. De nuevo el filósofo pretende llevar la racionalidad a la sociedad de su tiempo. En ese contexto debe entenderse el intento de Séneca por sistematizar las reglas que rigen los beneficios que se reciben. Pretende sacar esas relaciones sociales a la luz, para dotarlas de un componente ético que ayude a regirlas desde la filosofía y la humanidad. Quiere que estas relaciones surjan de una moral interiorizada y compartida por todos los ciudadanos. A lo largo de la obra tratará con detenimiento el papel del benefactor y el nexo que la persona, obligada por su beneficio, tiene hacia él. Séneca propone que esta obligación sea también una obligación moral. De esta forma pretende llevar la filosofía y la ética al seno de las relaciones personales, introducir toda la práctica social del clientelismo dentro de la esfera de la racionalidad y sensibilidad humanas.

Las ideas de Séneca han influido poderosamente en la educación de la sociedad de todos los tiempos. En su época no logró cambiar las relaciones sociales que constituían la institución del clientelismo pero sí sirvió para concienciar a los patrones de la necesidad de moderación y de respeto. Los indujo a no abusar de sus beneficios, a no aprovechar la situación de desvalimiento de

algunos y a no mostrarse soberbios ante quienes solicitaban su amparo. Con ello Séneca mira directamente al ser social y pretende rechazar la brutalidad, la altanería y la arrogancia de los poderosos. Les enseña a mostrarse comprensivos y generosos, a no echar en cara continuamente los beneficios, a no hacer sentir a los inferiores su inferioridad ni a los desvalidos su desvalimiento.

Incluso en los peores momentos, Séneca nunca dejó de preocuparse por mejorar los aspectos políticos y sociales de su época. Nunca renunciará a su deseo de educar al poder, a la sociedad y a los individuos. Pero su margen de maniobra es cada vez más escaso. Sabemos que desde el asesinato de Agripina no deja de perder poder. Entre los años 59 y 62 la situación no ha evolucionado como Séneca esperaba. Nerón se deja influir cada vez más por su círculo de amigos, entre ellos Otón y Tigelino. Su amante Popea llega a dominarlo por completo. La concubina acaba teniendo tanto o mayor poder que el que había tenido su madre sobre él. Nerón, por su parte, se dedica a las carreras de carros, a dar recitales de poesía y teatro, a cantar en público y presentarse como un excelente artista. El emperador se estaba volviendo cada vez más maniático y megalómano. Se presentaba como auriga, músico, cantante y actor. Exigía el reconocimiento incondicional del público.

Séneca y Burro se daban cuenta de que Nerón se les iba de las manos. El filósofo no veía con buenos ojos, al igual que hacía el pueblo, el desprecio con que el emperador trataba a su esposa Octavia. Séneca no dejó nunca de dar buenos consejos a Nerón que este ignoraba y desdeñaba. Siempre recomendó tratar bien a la oposición estoica en el Senado, en especial a Trásea Peto, a quien el emperador acabará asesinando. El filósofo sigue insistiendo en que se adopten sus medidas en política interior y exterior pero Nerón ya solo escucha a sus nuevos consejeros y a su nueva amante. Séneca y Burro sabían que la relación con Popea

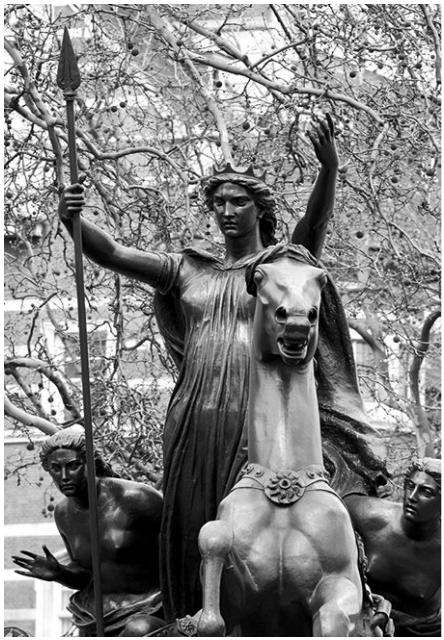
era un peligro. Se sentirán cada vez más amenazados por esa mujer ambiciosa que había estado detrás de la muerte de Agripina.

Nerón no hace ya ningún caso a sus antiguos consejeros en política exterior. El año 61 se produce un levantamiento en Britania. El motivo es la mala gestión y la avaricia de Nerón. La causa de la sublevación fue meramente económica. El emperador había ahogado a los britanos con excesivos tributos y ahora los obliga a devolver de golpe todos los préstamos. Dion Casio, que recoge y difunde interesadamente todas las acusaciones que se vertieron sobre Séneca, cuenta que el filósofo había prestado cuarenta millones de sestercios para la romanización de Britania y que ahora exige que se le devuelvan. Es, sin duda, un intento de responsabilizarlo de aquella guerra por codicia, una más de las calumnias que se vertieron entonces sobre su persona y que tanto éxito han tenido posteriormente. Es importante saber que, precisamente en esa época o no muchos meses después, Séneca escribe en *De beneficiis* un fragmento en que critica duramente la avaricia de los poderosos (en clara referencia a Nerón), que no dudan en apropiarse de las riquezas de otros pueblos provocando así la guerra con su estúpida codicia. Para el filósofo el mantenimiento de la paz fue siempre la consigna en política exterior. Y lo demostró. Ahora que ha sido relegado del poder, critica una avaricia que rompe la paz en Britania con términos tan claros que invalidan cualquier difamación contra él al respecto, como la propagada por el historiador griego Dion Casio. No es razonable creer que Séneca, movido por la codicia, hubiera contribuido al estallido de la guerra en Britania, cuando, en ese mismo momento, el filósofo está denunciando la situación ante la opinión pública:

> Se pelean por derrochar lo robado y de nuevo reponer lo que han hurtado haciendo uso de una fiera y violenta avaricia. Para ellos nada importa despreciar la pobreza ajena, no tener miedo del mal que caiga sobre ellos o sobre cualquier otro, perturbar la paz con injusticias, oprimir a los débiles a través del miedo y la violencia. No les importa espoliar las provincias ni que luego se corrompa a la justicia vendiéndola a ambas partes para adjudicarla después al mejor postor en subasta pública, porque es derecho legal vender lo que has comprado[241].

Y efectivamente, tal como había avisado Séneca, la avaricia provoca la guerra. Se produce una rebelión que destruye ciudades y causa la pérdida de muchas vidas. El motivo principal de esta revuelta a que fueron empujados los britanos fue el abuso de poder y la codicia de Nerón.

Tácito nos cuenta también esta historia que tiene visos de leyenda. La responsable y jefa de la revuelta es Boudica, una mujer que era miembro de la élite de colaboradores con Roma y que ahora se ve obligada a convertirse en una acérrima enemiga del Imperio. La narración de este levantamiento le sirve al historiador para mostrar los errores del mal gobierno de Nerón en los momentos en que Séneca ya no dirige las líneas estratégicas de la política exterior romana.



[64] Boudica, símbolo de la resistencia contra los romanos, escultura de Thorneycroft, 1850. Tácito describe el conflicto bélico como un error más de Nerón en política exterior.

Boudica estaba casada con Prasutago, el líder de los britanos. El rey, a su muerte, dejó un testamento en que dividía la herencia a partes iguales entre sus hijas y el emperador. Los romanos

abusaron de su poder. Se quedaron con la herencia completa. Saquearon las propiedades. Violaron a las hijas y azotaron a la viuda. Es Tácito quien cuenta todo esto y son las propias fuentes romanas las que están denunciando el abuso de poder. El historiador romano habla en nombre de quienes no pudieron hablar entonces y fueron masacrados. Tácito, que escribió en los tiempos de libertad de Trajano, sí pudo denunciar a las claras las arbitrariedades y la crueldad de los emisarios de Nerón.

> El rey de los icenos Prasutago, famoso por su dilatada opulencia, había designado heredero al César junto con sus dos hijas, pensando que con tal deferencia se mantendrían su reino y casa libres de cualquier agravio. Pero las cosas salieron al revés, de manera que su reino fue devastado por centuriones y su casa por siervos como cosa conquistada. En primer lugar, su esposa Boudicca fue golpeada con varas y sus hijas violadas. Los más notables de los icenos, como si toda la región hubiera sido regalada a los romanos, se vieron despojados de sus patrimonios, y los familiares del rey eran tratados como esclavos. Movidos por estas vejaciones y temiéndolas peores —pues habían pasado a formar parte como una provincia— tomaron las armas[242].

En aquella guerra hubo gran destrucción y numerosas bajas. Al final los romanos asolaron las tierras de Boudica y derrotaron a los britanos. Las *Historias* de Tácito presentan encendidos discursos puestos en boca de los insurgentes, donde se denuncian los lujos inmorales de aquellos romanos espoleados por Nerón y se reivindica la libertad perdida de los britanos. Y es Tácito quien acuñará una frase que se ha convertido en la mayor crítica nunca hecha al poder romano: «*Crean un desierto y lo llaman paz*».

Aquello no lo pudo decir el jefe de los Caledonios, seguramente, pero Tácito y otros historiadores romanos supieron poner en boca de los rebeldes la crítica que romanos sensatos como él o el propio Séneca podrían haber echado en cara directamente a tiranos crueles y desquiciados como Nerón.

Es el año 62 y Séneca ha perdido todos los apoyos que le quedaban en palacio. Los amigos que tenía en las esferas del poder han ido cayendo uno a uno. Han sido eliminados metódicamente. Uno de los golpes más duros es el asesinato de Anneo Sereno, familiar y gran amigo, jefe de las vigilias, de la policía nocturna de Roma. Fue envenenado en otoño de ese mismo año junto con sus tribunos y centuriones afines. En un solo banquete cayó Se-

reno y todos sus hombres de confianza. Conocemos la causa de la muerte gracias a una cita de Plinio el Viejo donde, al hablar de cierta clase de setas venenosas, nos da la clave del asesinato:

> Hay una tercera clase de seta muy apropiada para los envenenamientos. Acabaron, hace poco, con banquetes enteros, incluido el servicio, con Anneo Sereno, jefe de bomberos y policías con Nerón, con tribunos y centuriones[243].

Nerón está llevando a cabo una purga metódica y concienzuda con la que va eliminando a todos los elementos afines a Séneca. Sus nuevos consejeros, que lo incitan al poder absoluto, le indican cómo ir mermando poco a poco la influencia de su antiguo maestro a través del asesinato de sus más fieles colaboradores. La muerte de Sereno dolió mucho al filósofo cordobés. Es el gran amigo a quien ha dedicado sus libros *De otio*, *De constantia sapientis* y *De tranquillitate animi*. La pena se aloja en el corazón de Séneca, que confiesa haberlo llorado profundamente.

> Estos consejos te doy a ti yo, que lloré con tanta desmesura a mi carísimo Anneo Sereno, de forma que soy un ejemplo —lo que en absoluto quisiera— de aquellas personas a las que abrumó el dolor[244].

Muchos comentan que, en este caso, el filósofo imperturbable se dejó vencer por la pena. Lo acusan de incoherencia con su doctrina moral. Esto no deja de ser otra calumnia a la figura de Séneca. El hecho de que el filósofo siempre defendiera que hay que ser ecuánime y resistir a la adversidad no implica que no fuera un ser humano, un hombre sensible. Aquella muerte le dolió mucho y lo confiesa. Es en esta época cuando debió de escribir su tratado perdido *De inmatura morte*, sobre la muerte prematura, que solo conocemos gracias a dos fragmentos. En ellos defiende la idea de que la virtud puede proporcionarnos la inmortalidad. Piensa en su familiar Anneo Sereno y se deja llevar por el corazón, por ese sueño de eternidad que Séneca no podrá avalar con la razón pero sí con el deseo.

> Y es posible, caso de ser cierta la opinión de los sabios de que alguna mansión nos dará cobijo (después de la muerte), que el que creemos haber perdido se nos haya adelantado[245].

Esta es una idea recurrente que aparece en sus primeros escritos y tendrá gran influencia posterior. El propio emperador Marco Aurelio, un siglo después, a la hora de su muerte, dirá a sus amigos que no estén tristes, que él solo se adelanta a un lugar adonde llegarán todos.

Ya en la primera obra que conservamos de Séneca, en la *Consolación a Marcia*, aparece la imagen platónica del espíritu liberado del cuerpo. Pero el filósofo no describe esa especie de paraíso platónico donde las almas habitan en el cielo, entre los astros. Hay otras ocasiones en que duda de la supervivencia del alma, siguiendo la doctrina estoica, que piensa que se disuelve con el cuerpo. Poniendo como argumentos unos y otros fragmentos, hay estudiosos que defienden que Séneca creía en la inmortalidad del alma y otros que afirman lo contrario. ¿Cuál pudo ser la opinión del filósofo al respecto? ¿Qué dice el estoicismo sobre ello?

Como bien explica Grimal[246], Lucio Anneo Séneca podía creer o no en la inmortalidad del alma sin incumplir por ello ningún precepto de la filosofía estoica. Los maestros de su escuela filosófica tenían opiniones muy diversas sobre la pervivencia del alma tras la muerte. La opinión general del estoicismo es que el alma está compuesta de los mismos elementos de la naturaleza y, por tanto, se disgrega, al igual que el cuerpo, con la muerte. Pero cada pensador tiene libertad para argumentar y hay curiosas variantes según autores. Por ejemplo, Zenón pensaba que el alma pervivía después de la muerte un tiempo más que el cuerpo pero que, pasado ese tiempo extra, también se extinguía. Crisipo, por su parte, se mantiene en esa línea pero es más elitista. Piensa que solo las almas de los sabios podían optar a esa supervivencia de más larga duración que la del cuerpo. Otros estoicos como Panecio creían que alma estaba indisolublemente unida al cuerpo y que, por tanto, perecía con él. Pero su discípulo Posi-

donio pensaba que las almas pervivían y que estaban en el aire que nos rodea.

Séneca opta por una solución muy sencilla que encaja perfectamente en su ideología política y filosófica. Podríamos decir, si se nos permite la simplificación y el anacronismo, que Séneca es políticamente laico y personalmente creyente. Es decir, de forma muy moderna y avanzada a su tiempo, entiende que, desde la Razón, no se puede afirmar la supervivencia del alma ni tampoco lo contrario. Piensa que la inmortalidad es un sueño esperanzador, un mito, un deseo o una fe que no es susceptible de demostración. Presenta la idea de la inmortalidad del alma como un asunto del corazón, no de la razón. Él personalmente quiere pensar en la línea de Crisipo. Confía en que las almas que han adquirido la sabiduría en toda su plenitud contemplan la pureza de la Razón divina. Esas almas que alcanzan la sabiduría, que han llegado a la perfección interna y a la armonía total, conservan su cohesión, sobreviven algún tiempo al cuerpo, hasta que llega la conflagración universal en que todo perece y el mundo vuelve a renacer en una especie de eterno retorno.

Séneca distingue perfectamente las verdades del corazón, derivadas de un acto de fe, de las verdades de la razón, que nos llevan a pensar en que el alma perece con el cuerpo. En todo caso, queda abierta en su pensamiento la posibilidad de la inmortalidad del alma, al menos temporal, y su fusión con el alma universal, dando por sentado que las verdades de la fe y de la razón tienen cada una su espacio y no tienen por qué entrar en conflicto: la una pertenece a la intimidad del individuo, la otra es asunto de política y organización social.

Los escritos de Séneca serán por ello educadores de la humanidad. Pueden arrojar luz a la vida de los seres humanos de todas las épocas. Su pensamiento está orientado a la política y la sociedad de su tiempo pero también le habla al ser humano en su intimidad y su conciencia. El sistema sirve tanto para la vida perso-

nal y moral del individuo como para la organización de la sociedad y la política. Y su vigencia no tiene fecha de caducidad. Pudo alumbrar a los hombres de su siglo y ha podido y podrá alumbrar a los venideros.

Pero a partir del año 62 Séneca sabe que debe escribir más para los hombres venideros que para sus coetáneos. Este año es crítico. Tienen lugar muchos crímenes que afectan a personas importantes de la corte de Nerón. La mayoría son amigos de Séneca, hombres que constituían su principal apoyo en el gobierno del Estado. Mueren también libertos que, poco tiempo atrás, habían sido muy poderosos. Entre ellos Doríforo, que se opuso al matrimonio con Popea. También Palas, que siempre apoyó a Agripina. El propio Séneca es también objetivo del poder. Es denunciado por un tal Romano, que lo delata como cómplice de Pisón, un episodio que se volverá a repetir tres años después con funestos resultados. El filósofo se defiende. Es un hombre combativo que se rebela contra su acusador y lo denuncia a su vez. En palabras de Tácito, logró abatirlo con la misma imputación. Séneca aún es un hombre con fuerza. El Senado siempre lo apoyó. Afranio Burro, que dominaba a los pretorianos, siempre le fue leal. La opinión pública le era favorable. Ni los nuevos consejeros de Nerón ni el propio emperador pudieron entonces acabar con él pero podrán hacerlo muy pronto. El desgaste es continuo y los crímenes del tirano son cada vez más numerosos y selectivos.

El historiador Dion Casio, que escribe siglo y medio después de los hechos, es, como hemos dicho, quien recoge en su obra todas las calumnias vertidas sobre el filósofo. Gracias a él conocemos las acusaciones que sufrió, la persecución a que fue sometido y la inconsistencia de su leyenda negra. Aunque es el historiador más hostil a la figura de Séneca, no le queda más remedio que confesar los esfuerzos que hace el filósofo cordobés por frenar los crímenes de Nerón. Y eso que Dion Casio es enemigo de

su memoria, un historiador griego envidioso de la gloria de las letras latinas, que aborrece la filosofía y defiende a ultranza al César bajo cuyas órdenes sirvió como senador, Septimio Severo, un emperador absoluto a quien no debió desagradarle en absoluto la política autocrática del último Nerón.

Pero, a pesar del testimonio interesado de Dion, hay ocasiones en que da muestras del esfuerzo del filósofo por evitar aquel régimen de terror, en aquellos momentos en que Nerón da rienda suelta a sus crímenes. A pesar de que Séneca apenas tiene ya influencia sobre el emperador, explica el historiador que, gracias a él, Nerón frenó en cierta medida los crímenes de aquellos años:

> Al tener lugar algunos presagios por entonces, los adivinos declararon que significaban la destrucción para él y le aconsejaron desviar el daño sobre otros. Por consiguiente, habría hecho dar muerte inmediatamente a numerosas personas de no haberle dicho Séneca: «No importa cuántos puedas matar, no podrás matar a tu sucesor»[247].

El golpe político del que Séneca no se podrá reponer será el asesinato de su compañero en el poder, el último apoyo que le quedaba, su amigo Sexto Afranio Burro, a quien Nerón nunca pudo apartar de la jefatura del pretorio, a quien nunca pudo corromper ni socavar. Afranio siempre fue fiel a Séneca. La fuerza conjunta que ejercía con el filósofo era lo único que mantenía a Nerón dentro de ciertos límites. Ahora, con su asesinato, todo estaba definitivamente perdido. Aun así, Séneca siguió en la brecha: fueron dos años de lucha continua contra los nuevos amigos del tirano, contra Otón, contra los degenerados Tigelino y Popea, contra todos. Ahora Nerón ha nombrado dos prefectos de pretorio, Ofonio Tigelino y Fenio Rufo. Con ellos vuelven la persecución política y los crímenes. Se manda ejecutar a los desterrados Fausto Cornelio Sila y Rubelio Plauto.

En la corte, Lucio Anneo Séneca es ya solamente un objeto decorativo. En su lucha por mantener a Nerón dentro de algún límite se encontró totalmente solo y perdido tras la muerte de Burro. Séneca sabe que todo es inútil ya. Pide el destierro voluntario, retirarse de la corte, abandonar sus cargos. En estos años

no deja de escribir. Publica *De providentia* y *De superstitione*. En este último libro critica los cultos orientales y las teocracias. Es una crítica sistemática de la influencia de la religión en la política. El tratado, hoy perdido y del que solo se conservan fragmentos o breves comentarios, nos sirve para entender que el filósofo actúa en estos últimos años con gran libertad intelectual e independencia interior. También con gran valentía, porque tanto Nerón como Popea eran aficionados a los cultos orientales que Séneca criticaba duramente en esta obra.

La suerte de su sobrino Lucano correrá pareja a la de Séneca. Hasta el año 60 Lucano y Nerón habían sido amigos y compañeros de versos. En el quinto aniversario de su ascenso al trono, el emperador celebró unos festivales artísticos llamados *Neronia* o *ludi quinquenales*, que Lucano ganó. Todo cambiará a partir del año 62, cuando la situación política de Séneca en la corte se hunda definitivamente. Lucano empeorará radicalmente su relación con el emperador. Aquella primera amistad se convertirá en abierta hostilidad. Por parte de ambos. Porque Nerón, además de las diferencias políticas, está podrido de envidia hacia este genio de la poesía. En el año 62 le prohíbe hacer recitaciones públicas e intervenir en pleitos como abogado.

Tácito nos explica el odio de Lucano hacia Nerón:

> A Lucano, lo inflamaban razones personales, porque Nerón procuraba acallar su fama de poeta y le había prohibido mostrar su obra, lleno de vana envidia[248].

Por su parte, Dion Casio, hace una referencia muy sucinta:

> A Lucano, por otra parte, se le prohibió escribir poesía porque recibía grandes elogios por su obra[249].

Sin duda es la envidia pero también la represión política lo que motiva la condena del gran poeta cordobés. Lucano tiene la misma ideología estoica y política que su tío Séneca. Y Nerón cada vez da muestras más claras de que apostará por la autocracia y el poder absoluto.

Lucano, instruido desde los 10 años por su tío, ha heredado de él su ideología política y la lleva a cabo con la misma inteligencia y determinación. Tiene ahora 22 años. Es un hombre joven, ya poeta laureado, pero sus inquietudes políticas son las mismas que las de Séneca. No renunciará nunca a su deseo de libertad y buen gobierno. Odia la tiranía quizá acaso con más vehemencia pero con igual convicción que su tío. Ambos consideran que el régimen político que garantizará la libertad y el progreso en Roma es la monarquía constitucional, una constitución política mixta entre el Senado y el emperador. La tiranía de Nerón, que se hace definitiva y evidente a partir del año 62, los colocará en una posición de enfrentamiento con él. Este será el motivo tanto del asesinato de Séneca como el de Lucano.

El filósofo cordobés sigue escribiendo, es decir, sigue haciendo política desde la ideología, continúa apelando a la opinión pública. Sigue escribiendo y lo seguirá haciendo hasta el mismo día en que reciba de Nerón la condena a muerte.

En estos últimos años escribe *De providentia*, un tratado filosófico que Séneca publica cuando ya no ejerce responsabilidad política de ningún tipo. Ahora se dedica por completo a la filosofía. Hemos visto que ha pedido permiso al emperador para abandonar la corte. Le ha ofrecido su fortuna pero Nerón no acepta. Lo obliga a permanecer en palacio para que su dimisión no suene a reproche, para que el desencuentro y el rechazo de Séneca no se hagan del todo evidentes ante la opinión pública. Al filósofo se le impide dimitir. Se le niega el retiro. Se le obliga a permanecer pegado a Nerón como un rehén del tirano, que no quiere que todo el mundo vea cómo el sabio lo desprecia.

Séneca hace lo único que puede: la resistencia pasiva. Procura aislarse. Renuncia a su séquito y a toda muestra externa de poder. El filósofo no aparece en público. Está siempre recluido en sus aposentos. Pretexta mala salud y dice que está consagrado al estudio. En estos momentos es cuando escribe esta obra. Porque

escribir es una forma de denuncia y una manera de hacer política.

De providentia es un tratado filosófico en que se aborda el tema de la Providencia de modo monográfico. Este concepto se relaciona con la ley inmutable de la Naturaleza según la cual todo obedece a un orden. Los acontecimientos no se producen por azar sino por una Providencia que lo gobierna todo. El tratado habla de cuestiones puramente filosóficas, del Dios de los estoicos, que es una forma de representar la propia ley de la Razón, fuerza inexorable que todo lo rige. Habla de esa parte divina de Razón que compartimos los seres humanos, esa divinidad interior que solo se manifiesta cuando las naturalezas de élite llegan a la perfección después de haber soportado con entereza la adversidad.

Este concepto le sirve a Séneca para darse fuerzas en este destierro voluntario que ha decidido seguir. El suyo es un viaje a la interioridad como única forma de reacción ante el tirano. No ha abandonado la lucha sino que la plantea desde otro frente: la filosofía, la intelectualidad y la cultura. Considera que su exilio interior es una oportunidad de mejorar, de afrontar su destino con valentía y cumplir su deber sin queja. Expone ideas que lo sitúan más allá de las garras de Nerón. Se mueve ahora en otro plano donde no podrán privarlo de libertad: su propia interioridad.

Séneca ahonda en esta senda y aprovecha para transmitir ideas estoicas de gran importancia, para utilizar el pensamiento y la filosofía como armas contra la maldad y la represión. Argumenta que los males no son nada. No se da por vencido. Dice que el mal es la ocasión que tiene el sabio para demostrar su valía. Cuando no haya salida, pensará en el suicidio como ocasión de luchar gloriosamente, como forma última de oponerse a la fortuna y mantener la libertad. El filósofo cordobés sabe que, desde

que ha pedido su retiro de la corte, le ronda la muerte. Pero está preparado para esta eventualidad.

Séneca no tuvo que recurrir a esa salida extrema. Fue condenado por Nerón y solo entonces tuvo que elegir la forma de darse muerte. La adversidad solo sirvió para poner a prueba su valor. Y Séneca dio la talla. Seguramente nunca dejó de pensar en aquellas palabras que había escrito su padre: «*O magnos uiros qui fortunae succumbere nesciunt et aduersas res suae uirtutis experimenta faciunt!*», es decir, ¡Grandes son los hombres que no saben sucumbir a la fortuna y se sirven de la adversidad para entrenar su valor![250].

---

[229] En *Annales* XIV.52.1.

[230] Citado por Francisco Socas: 2008, 158.

[231] Veyne: 2008.

[232] Séneca *De beneficiis* VII.20.3-4.

[233] *Ibidem* VI.30.4-5.

[234] *Ibidem* VII.20.1.

[235] *Ibidem* VII.20.3.

[236] *Ibidem* VII.27.2.

[237] *Ibidem* VII.20.5.

[238] *Ibidem* II.18.6.

[239] *Ibidem* II.18.7.

[240] Juvenal *Sátiras* V.108.

[241] Séneca *De beneficiis* I.9.5.

[242] Tácito *Anales* XIV.31.

[243] Plinio *Historia natural* 22.96, citado y traducido por Francisco Socas: 2008, 159.

[244] Séneca *Epístolas morales a Lucilio* 63.14.

[245] *Ibidem Ep*. 63.16.

[246] Grimal: 2013, 335.

[247] Dión Casio *Historia romana* 62.18, trad. A. Duarte.

[248] Tácito *Anales* XV.49.3.

[249] Dión Casio *Historia romana* 62.29.4, trad. de A. Duarte.

[250] Séneca el Viejo *Controversiae* 4. *praef*. 6.

13.

EL REFUGIO DE LA INTERIORIDAD

A partir del año 59 se había impuesto en Roma un bando político que dejaba oír sus consignas cada vez con más fuerza. Son los entusiastas de Nerón, personas combativas y violentas que apoyan la figura absoluta del emperador desde instancias muy diferentes: el pueblo, el mundo de la cultura y el Senado.

Para este grupo de radicales ruidosos, el filósofo era el enemigo a batir, como político, como escritor y como hombre influyente en la corte de Nerón. Lucio Anneo Séneca es el ideólogo de una postura política diametralmente opuesta a la suya: defiende las libertades y la racionalidad en el poder. Para acabar con la fama del filósofo y propiciar su condena, se le había acusado de tener relaciones adúlteras con Agripina, de excesiva riqueza y corrupción o de criticar las cualidades artísticas de Nerón.

Ninguna de estas acusaciones prosperó entonces. Séneca supo afrontarlas y vencerlas. Pero hemos visto que el año 59 es crucial. Será el del asesinato de Agripina. Y, después de este crimen, nadie parará a Nerón en su marcha decidida hacia la tiranía. Ahora no se le adora como a un dios, como ocurrió en el caso de Calígula, pero sí como artista, como una especie de superhombre que encarna las virtudes del arte más elevado. Esto es una especie de culto a la personalidad que equivale al endiosamiento con que se invistieron otros tiranos en Roma. La adulación se convierte entonces en una obligación. Quien no adore a Nerón, venere sus cualidades artísticas, aplauda su genio o no muestre el entusiasmo debido cae en la sospecha y puede acabar ejecutado por delito de lesa majestad. Es la vuelta a la tiranía declarada.

En los dos años que siguen al asesinato de Agripina, Séneca intenta reconducir la conducta de Nerón, un hombre que a pesar de sus 23 años está ya en constante declive físico y moral. El filó-

sofo ya no tiene apenas influencia sobre él. La ha perdido frente a Popea, que queda embarazada en el año 61 y acrecienta su poder sobre Nerón, que desea un heredero a toda costa.

Sabemos que la influencia política de Séneca se quiebra definitivamente con el asesinato de Burro en el año 62. Con él murió el único apoyo que le quedaba al filósofo en palacio y el más importante que tuvo toda su vida. Antes de que pudiera reaccionar, se vio obligado de nuevo a hacer frente a acusaciones de malversación. Séneca se ha quedado solo, sin protectores, con todos sus enemigos en contra. Lo vuelven a acusar de corrupción, enriquecimiento ilícito, hipocresía. Pretenden hundir su reputación y lo consiguen. Es a partir de aquí, de esta terrible campaña de desprestigio de donde surge la leyenda negra de Séneca. Toda la inmoralidad e hipocresía de que se le acusa nace a raíz de las calumnias que se vierten sobre él en este momento. Aún hoy, muchos le achacan haber buscado la riqueza, aunque ya era rico antes de meterse en política. Lo acusan de doblez e hipocresía, aunque siempre actuó por convicciones y nunca hizo carrera política con la denuncia, la traición o el crimen, como era costumbre en su época, sino siempre a través de la excelencia y la cultura. Él mismo defiende a lo largo de toda su obra que lo que buscó fue la buena política, la libertad, la felicidad y la sabiduría.

Séneca tuvo que afrontar una durísima campaña de desprestigio como también Lucano, su sobrino, la soportó igualmente. El poeta sufrirá la misma persecución política. Con la diferencia de que Lucano es más joven y apasionado. Es menos cauto que su tío. Participa abiertamente en la oposición a Nerón. En estos años escribe versos satíricos, algunos de ellos incendiarios, contra el emperador y sus colaboradores. Es posible que el poeta cordobés participara en la conjuración de Pisón, a diferencia de su tío, que se mantiene a la espera. No por pasividad sino porque Séneca es consciente de los peligros de la guerra civil, el mayor de los males para un estoico.

Lucano fue también condenado a muerte por Nerón. En los interrogatorios dijeron que llegó a inculpar a su propia madre pero Tácito explica que nunca se abrió proceso alguno contra ella. Parece más bien una acusación nacida de la campaña de desprestigio de Nerón y sus colaboradores con el objetivo de manchar su imagen, al igual que hicieron con Séneca. Las calumnias que ambos sufrieron en estos años tienen el mismo origen, son fruto de campañas de desprestigio muy bien orquestadas, cuyos argumentos se esgrimen incluso hoy día.

Al final Lucano, condenado a muerte como su tío, elige el mismo final. Se abre las venas el 30 de abril de 65 d.C., once días después de que lo hubiera hecho Séneca. Tácito describe la escena:

> A continuación ordena la muerte de Anneo Lucano. Este, mientras fluye su sangre, cuando se da cuenta de que se le enfrían los pies y las manos, y de que poco a poco la vida huye de sus extremidades, con el pecho todavía caliente y en posesión de sus facultades, recuerda unos versos por él compuestos en los que había contado el final de un soldado herido, con la poética imaginación de una muerte similar; entonces repitió aquellas mismas líneas, y tales fueron sus últimas palabras[251].

[65] José Santiago Garnelo y Alda, 1890. Con este cuadro, titulado *La muerte de Lucano*, ganó la segunda Medalla de la Exposición Nacional de Bellas Artes.

La esposa de Lucano, Pola Argentaria, guardó fielmente la memoria de su esposo y durante treinta años después de su muerte siguió honrando su recuerdo rodeada de los más importantes poetas de la época. Pola demostró ser una mujer muy valiente, porque Nerón había mandado matar a Lucano bajo una grave acusación. A pesar de ello, no tuvo miedo de continuar re-

cordando cada año el aniversario del nacimiento de su marido con el cariño y el apoyo de los mejores poetas del momento. Los romanos no honraban el aniversario de la muerte sino del nacimiento, en un intento de hacer ver que la persona continuaba viva al menos en el recuerdo de sus seres queridos. Mientras vivió, Pompeya Paulina, la esposa de Séneca, debió de participar en estos actos que promovía su sobrina. Recordar a Lucano implicaba también recordar a su tío, porque ambos estuvieron unidos en los motivos que los llevaron a la muerte. La esposa de Séneca ha demostrado también ser una mujer muy valiente. No tuvo miedo de morir junto a su marido. Le sobrevivió algunos años, durante los cuales es muy probable que acompañara a su sobrina Pola en esos certámenes poéticos que eran una excusa para reivindicar la memoria de aquellos grandes Anneos caídos bajo la furia de Nerón.

Marcial y Estacio siempre consideraron a Lucano el poeta más grande de su generación. Al menos veintisiete años después de que Nerón ordenara esta muerte, Pola Argentaria, seguía recordando el nacimiento del autor de *La Farsalia*. Se le rendía cada año un emotivo homenaje. Sus amigos, que eran los dos mejores poetas de la época, no abandonaron nunca al genial cordobés: Estacio dedicó 125 versos a una de estas celebraciones anuales en que poetas y amigos se reunían para honrar la memoria de Lucano. Y de Marcial conservamos tres poemas que dedicó a estas celebraciones: son los 21, 22 y 23 del libro VII de sus epigramas, probablemente referidos a los aniversarios de los años 90, 91 y 92 respectivamente.

La obra que convirtió a Lucano en un clásico de la literatura romana y universal es *La Farsalia* o *Bellum civile*. Es un poema épico que trata sobre la guerra civil entre César y Pompeyo. El libro es muy original en varios aspectos y ya, desde el principio, se ajusta a unos moldes nuevos que rompen con la tradición de la poesía épica anterior. La sorprendente originalidad y genialidad

de la obra no solo radica en la belleza de sus versos sino en las innovaciones formales: Lucano abandona la alusión a los dioses y el pesado aparato mitológico de que hacen gala todos sus predecesores.

Esta es una de las características más sorprendentes de la poesía de Lucano, la eliminación del aparato divino como sustento de la acción. Los héroes de la épica tradicional, pensemos en la *Ilíada* y la *Odisea* de Homero, siempre fueron personajes manejados por los dioses. Eran las divinidades las que provocaban y resolvían los acontecimientos. Los héroes eran meros títeres en manos de las deidades. Así ocurre también en Virgilio, el gran poeta épico que escribió *La Eneida*. Pero Lucano da un giro radical en su obra. Elimina el *deus ex machina* y presenta al ser humano como causante y responsable único de sus acciones. Desaparece el aparato divino. El poeta ni siquiera invoca a las musas al principio del poema, como sería preceptivo en una obra de este calibre, sino que escribe una dedicatoria a Nerón donde habla del buen gobierno, del rey justo y moderado, del gobernante que debe ser respetuoso con el Senado y la legalidad.

Fueron muy amigos ese primer Nerón, que parecía que iba a ser un gobernante moderado y sensato, y aquel poeta cordobés, sobrino de Séneca, que ya destacaba entonces como un genio de la literatura. Y mientras hubo libertad, también hubo concordia y amistad. Todo cambió cuando Nerón tomó la deriva absolutista.

Y entonces Lucano defenderá las mismas ideas que su tío Séneca pero desde otro ámbito distinto, el de la poesía épica, orientada hacia la historia reciente de Roma. El poema que hizo inmortal la figura de Lucano presenta un tema muy interesante: la guerra civil romana. Y el enfoque es muy original, lo hace desde una perspectiva racionalista, es decir, las causas del devenir histórico tienen una explicación racional, obedecen a hechos objetivos, no al capricho de los dioses. Las causas de la guerra civil ro-

mana están provocadas por las ambiciones de Pompeyo y César, su codicia, su sed de poder, la corrupción. El mensaje político es evidente. La huella de su tío Séneca se deja sentir en el estilo y la intención.

Quien lea su genial obra entenderá al momento que hay mucha ética y buena política detrás de esos versos. En el libro de Lucano no hay héroes idealizados sino personas de carne y hueso. Y conceptos como paz, concordia, ética y libertad.

En realidad, Lucano ha llevado a la poesía épica las formas e ideas de la historiografía contemporánea al autor. Recogió no pocos datos de Asinio Polión, aquel gobernador amigo de su abuelo que conoció en Córdoba en el año 43 a.C. Ambos vivieron en primera persona las guerras civiles, pues Séneca el Viejo fue testigo de ellas y el propio Polión fue amigo de Augusto y de Marco Antonio. Lucano también conoce, a través de su tío y especialmente de su abuelo, la obra de otros historiadores de principios del Imperio, opositores al régimen como Cremucio Cordo, Cornelio Severo o Albinovano Pedón, que son precedentes de su obra épica. No podemos olvidar, por supuesto, la influencia que ejerció aquella obra histórica, desgraciadamente perdida, en que el abuelo narraba la historia romana desde el principio de las guerras civiles, *ab initio civilium bellorum historia*. El único fragmento conservado de este libro nos ha llegado gracias a una cita de Lactancio. En ella habla de una teoría de la decadencia de Roma que plasma Séneca el Viejo en su obra histórica y que sin duda influyó en el pensamiento político de los Anneos.

La ideología política de Lucano estaba muy influida por la de su tío. El poeta cordobés defendía un poder político en manos del emperador pero controlado en la medida de lo posible por un Senado que garantizara la libertad. Tío y sobrino estaban a favor del establecimiento de un sistema monárquico que hemos llamado «diarquía», una especie de gobierno mixto entre el emperador y el Senado. Ambos reaccionarán contra el absolutismo

de los césares, una deriva política que se va imponiendo desde la muerte de Octavio Augusto y que llega al límite bajo los gobiernos de Calígula y Nerón. Y Lucano sufrirá en sus propias carnes la locura de la tiranía. A partir del año 62 su antiguo amigo y compañero de versos, Nerón, sacará sin tapujos su rostro de tirano y acabará con las esperanzas políticas de los Anneos y con sus vidas.

A Lucano le llegó la condena a muerte antes de poder terminar *La Farsalia*. La composición está interrumpida en el libro X. Es muy posible que su intención fuera estructurar la obra en XII libros, como Virgilio. Su prematura muerte, a los 25 años de edad, lo impidió. A pesar de todo, la obra es un referente insustituible de la épica latina y convirtió a Lucano, ya en su tiempo, en un clásico romano y, posteriormente, universal.

Tanto Séneca como su sobrino fueron igualmente calumniados por aquella durísima campaña de desprestigio cuyos ecos siguen escuchándose hoy día. Y si se analiza con detenimiento la época en que vivió el filósofo, se observa que las acusaciones que recibió no son, en absoluto, firmes. Veyne[252] ha explicado con cierto detalle algunos puntos de historia económica que hay que conocer para juzgar con mejor criterio aquellas imputaciones de corrupción, malversación, usura y enriquecimiento ilícito que cayeron sobre el filósofo cordobés. Sus argumentos son históricos y sirven para desmotar la campaña de desprestigio que sufrió Séneca en sus últimos años. Analicemos algunos de ellos.

En la época de Séneca era muy prestigioso saber aumentar el patrimonio. «Crear riqueza» lo llamaríamos hoy. En tiempos de nuestro filósofo la sociedad valoraba a quien tenía sentido de los negocios. Y Séneca evidentemente lo tenía. Compraba fincas en desuso, las ponía a cultivar, creaba excelentes viñedos y daba rentabilidad a tierras antes baldías. Esto, en la época, es un mérito. Y así lo apreciaba la sociedad romana. Hoy diríamos que el filósofo no era un especulador sino un emprendedor.

A Séneca lo acusan también de haber amasado una gran fortuna gracias a los regalos del emperador. Es cierto. Pero también es evidente que no podía despreciar los regalos y las fincas que le dio Nerón. Lo ha explicado claramente en su obra *De beneficiis*. Sin duda los regalos lo hicieron aún más rico de lo que ya era. Pero era imposible rechazar aquellas riquezas. Primero porque el César debe rodearse de amigos magníficos, cultos y ricos. Segundo, si Séneca hubiera rechazado los dones de Nerón habría sido una ofensa hacia el emperador. Bastante valentía tuvo devolviéndoselo todo al final de su vida. De hecho, ese acto de libertad fue una de las causas de su condena a muerte.

Sobre la acusación de «*sacar dinero de testamentos ajenos*», hay que saber que entre la nobleza era normal dejar una parte de la herencia a escritores de prestigio. Era una práctica habitual en una sociedad donde no existían derechos de propiedad literaria. Los grandes hombres de la época dejaban en sus testamentos una cantidad de dinero a sus escritores favoritos. Censurar a Séneca por recibir este dinero sería algo parecido a censurar a un escritor actual por cobrar derechos de autor. Aquello era un hábito legal y muy generalizado. De hecho los dos grandes escritores de la siguiente generación, Tácito y Plinio, competían en celebridad según la cantidad de dinero que sus admiradores les dejaban en herencia. No olvidemos que el filósofo heredó sumas considerables por ser el mejor escritor de su época. En ningún momento por extorsión, como sí hicieron muchos emperadores antes y después de él. Dinero lícito, como todo el que recibió o supo ganarse Séneca durante toda su vida.

Respecto a las acusaciones de hacer préstamos con usura, maticemos. En la Roma del siglo I no existe lo que hoy entendemos por banca. Veyne lo explica con gran claridad. En esta época no existían bancos, ni privados ni públicos. Simplemente los particulares que tenían dinero lo prestaban a interés. Además estaba mal visto «dejar dormir el dinero». Había que ponerlo en movi-

miento y hacerlo productivo. Si Séneca era uno de los mayores prestamistas de su época es simplemente porque era uno de los ciudadanos más ricos. En el lenguaje de hoy diríamos que creó una banca de crédito. Había puesto un equipo de esclavos especializados en la dirección de sus negocios. Las ganancias que proporcionaba ese dinero se dedicaban a actividades productivas y de bien público. El filósofo supo invertir y ayudar a la realización de proyectos que beneficiaron a la sociedad romana en general. Además, ya hemos visto que Séneca tuvo fama, según Juvenal, de ser un hombre generoso. Y los hechos avalan sus palabras. El filósofo cordobés siempre dijo que el sabio sabrá vivir con sobriedad, con poco, pero que, si es rico, sabrá usar esa riqueza para el bien común. Y eso es lo que hizo. Nunca destinó el dinero a lujos ni caprichos. Supo invertirlo en proyectos que beneficiaron a la gente.

Esas son las principales acusaciones a las que tiene que hacer frente Séneca tras el asesinato de Burro. Son las mismas calumnias de siempre pero ahora el filósofo apenas tiene poder dentro de palacio, se ha quedado sin apoyos y sabe que está más solo que nunca. Toma la única opción que le queda: retirarse definitivamente de la corte de Nerón; sabe que ya no puede influir sobre el tirano: esa batalla está perdida. No le queda más remedio que luchar desde otro frente. Busca retirarse para mantener su dignidad y seguir combatiendo de otra manera: escribiendo.

Ha compuesto un tratado perdido titulado *De superstitione*, donde, según San Agustín[253], Séneca critica la teología política, lo que hoy llamaríamos teocracia. En este caso, como en tantos otros, se adelanta a su tiempo. En la obra hay una crítica a los cultos mistéricos extranjeros, tanto a los judíos como a los de las diosas Cibeles e Isis, divinidades que no pertenecen a la tradición romana. Estas creencias místicas van en contra de la ideología política que siempre defendió Séneca, basada en el racionalismo

estoico. Por eso el filósofo reprueba estas teologías que van adquiriendo cada vez más fuerza en la sociedad romana.

Cibeles es una diosa frigia, madre de los dioses. Su culto procede de Asia Menor. Según la mitología se enamora de Atis, un joven pastor al que nombra sacerdote. El muchacho debe mantener la castidad pero se ve atraído por una ninfa y la seduce. Cibeles se entera y, como venganza, mata a la rival. Atis, desesperado, se castra y muere desangrado. La diosa lo convertirá en un árbol, símbolo de la naturaleza vegetal que muere y renace continuamente.

Séneca también censura las ceremonias de la diosa Isis, ridiculizando los ritos en que los iniciados se hacían cortes en los brazos, vestidos con telas de lino y tocando el sistro, un instrumento de percusión propio de la cultura egipcia. En el mismo párrafo criticará también los ritos de la diosa Cibeles como vicios disfrazados de religión, donde una sacerdotisa daba alaridos como si fuera una posesa. Los sacerdotes de la diosa Cibeles usaban vestidos femeninos, como la túnica, y solían castrarse en una especie de ritual en que recordaban a Atis. Séneca critica estas religiones mistéricas como algo verdaderamente grotesco y muy alejado de los ritos religiosos tradicionales de Roma.

> Cuando uno, agitando el sistro, miente por mandato, cuando uno, diestro en sajarse las carnes, ensangrienta sus brazos y hombros teniendo en alto las manos, cuando una da alaridos mientras se arrastra de rodillas por la calle, y un viejo vestido de lino, que lleva un laurel y un candil en pleno día, grita que alguno de los dioses está airado, acudís y escucháis y afirmáis, alimentándoos vuestro asombro unos a otros, que es un iluminado[254].

[66] Cibeles y Atis en la Pátera de Parabiago, Museo Arqueológico de Milán.

El libro *De superstitione* denunciaba la irracionalidad y el uso político de la religión. Según el testimonio de San Agustín, que sí leyó este libro perdido, Séneca también criticaba en él las ceremonias judías. Y todo este tipo de censuras no tiene una motivación religiosa sino una clara intención política. El filósofo conoce muy bien estas religiones desde su época en Egipto, treinta años atrás. Ahora escribe sobre ellas porque se están convirtiendo en un desafío para sus planes de buen gobierno. Amenazan con desplazar de la política de Roma la idea de Providencia, de ese Dios estoico que se relaciona con la naturaleza y es reflejo de la armonía del universo. Estas religiones mistéricas no fomentaban la racionalidad sino la autocracia y el poder absoluto, por eso Séneca no quiere que entren en palacio ni penetren en la médula del tejido social romano. Pensemos que Popea, su gran enemiga, gustaba de las ceremonias judaizantes y que el propio Nerón, según cuenta Suetonio[255], durante algún tiempo tuvo simpatías por la diosa siria, cuyo culto criticaba el filósofo, porque suponía un alejamiento de las formas de la religión tradicional. Un año después escribirá *Exhortationes*, donde desarrolla estas ideas de forma más profunda, un libro que tampoco se ha conservado. A pesar de ello, los datos con que contamos ofrecen un buen ejem-

plo de la fuerte oposición de Séneca al uso de la religión con fines políticos.

En esta época, perdida ya toda posible influencia en la corte de Nerón, el filósofo escribe *De otio*, un libro en que elogia el retiro que permite dedicarse al estudio y la filosofía. Es también una forma de hacer pública su petición de retirada de la política. Puesto que el tirano no le permite apartarse de la corte, Séneca escribe un libro donde reivindica ese deseo, para que toda Roma sepa que quiere marcharse y no lo dejan. Por eso lo escribe en el año 62, momento en que el filósofo ha decidido alejarse de Nerón. Pide tiempo libre, retiro, cese de actividad política, ocio. A partir de ahora quiere dedicarse exclusivamente a la filosofía. La obra no es solo un elogio al retiro del sabio, a la tranquilidad y el estudio. Séneca está mostrando ante la opinión pública un deseo claro, un objetivo irrenunciable, que es abandonar la corte de Nerón. El libro es una pequeña obra maestra, apasionada, sabiamente escrita, profunda y muy convincente.

En realidad el filósofo ha encontrado el camino definitivo, la última forma de rebelión política y moral que le queda. Y descubre no solo la última sino la más potente. Ahora no habrá Agripinas ni Nerones que con su ambición y su soberbia arruinen el proyecto de toda una vida. Séneca ha encontrado una defensa invulnerable. Ha llegado al descubrimiento y potenciación de su propia interioridad. Procederá a la retirada de la actividad política para dirigirse a una especie de exilio interior. Es decir, se refugia, se repliega, buscando la seguridad en la actividad de la enseñanza, de la cultura y del estudio de la naturaleza. Sabe que ahora debe retirarse de la corte y pensar en el futuro. Desde ahora trabajará para la posteridad por medio de sus escritos.

> Me he apartado no sólo de los hombres, sino de los negocios y principalmente de mis negocios: me ocupo de los hombres del futuro. Redacto algunas ideas que les puedan ser útiles; les dirijo por escrito consejos saludables[256].

Séneca ha cumplido hasta donde era posible. Ha seguido la doctrina de su filosofía. Ha pretendido aplicarla al mundo de la política, racionalizar la convivencia y educar a la sociedad. Ha sido fiel a sus convicciones. Ha mezclado sabiamente pensamiento y acción. El estoicismo reconoce que el sabio debe participar en los asuntos públicos salvo que las circunstancias se lo impidan. Ahora Séneca no puede seguir en primera línea pero con su retiro, de algún modo, continúa interviniendo, porque la enseñanza y el estudio, aunque solitarios, son también una forma de acción en los asuntos públicos.

En *De providentia* hace un estudio de la naturaleza, que es también un estudio sobre su idea de Dios, de la divinidad. El lector moderno consideraría esta obra una especie de teología filosófica: Séneca define en ella qué es Dios y cómo ha organizado el cosmos. Pero la obra es eminentemente filosófica y ética. El estudio del cosmos le permite al filósofo mostrarnos la realidad desde arriba, desde una perspectiva más amplia. Nos invita a imaginar la minúscula tierra para así hacernos ver la insignificancia y la fragilidad del ser humano. Y construye un discurso puramente filosófico aunque hoy, en nuestra mentalidad, lo situaríamos a medio camino entre la religión y la filosofía. Nos describe al Dios que es el alma del mundo, del cosmos. Un Dios y un mundo que existen desde siempre. La divinidad no crea ni es creada, lo que hace es organizar el mundo, lo hace ser tal como es. La idea de Séneca, por tanto, encaja plenamente en la filosofía estoica y el racionalismo. En sus libros nunca propone amar a un Dios impersonal o trascendente sino admirarlo e imitarlo a través de la naturaleza y el mundo. Su pensamiento y su idea de Dios son profundamente humanos.

Séneca sabe ahora qué camino tiene que tomar y ya no lo abandonará jamás. Desde este momento se refugia en su mundo interior. Ha pedido retirarse, una especie de exilio voluntario, pero Nerón no se lo concede. El tirano no le permite marcharse

de la corte ni abandonar sus cargos. Tenemos que tener en cuenta que en aquellos tiempos no se podía dimitir. De hecho, su intento de retiro ya es ofensivo para Nerón, porque tiene unas poderosas implicaciones políticas que a nadie en Roma le pasaron desapercibidas. El tirano lo obligará a permanecer en la corte pero no podrá controlar su conciencia, su alma ni su pensamiento. Séneca ha descubierto un arma poderosa frente a la tiranía: la propia interioridad.

El primer paso del filósofo ha sido el correcto: solicitar formalmente su retiro de la corte. Es la decisión más sensata, ahora que ha perdido todos sus apoyos. Y los ha ido perdiendo paulatinamente. Primero con el asesinato de Agripina, que le servía de freno a Nerón. Luego han ido muriendo, la mayoría envenenados, sus mejores amigos, hombres que ocupaban puestos clave en el poder. Los últimos asesinatos de Anneo Sereno y Afranio Burro hacen que todo sea ya irreversible. La tiranía de Nerón está totalmente asentada. Sus enemigos son todopoderosos. Ahora la situación es desesperada. No por ello se rinde. Decide retirarse, un último gesto de rechazo al tirano, una forma de evidenciar que el filósofo no es cómplice de sus crímenes. Pero Séneca debe revestir su petición bajo formas inteligentes. Debe utilizar el lenguaje protocolario de la época y hacerlo con prudencia. Tácito expone perfectamente los argumentos que emplea:

> Séneca… le pide audiencia y, cuando se la concede, comienza a hablarle en estos términos: «Hace catorce años, César, que fui puesto al lado de la esperanza que tú eras, ocho que ostentas el imperio; en este tiempo has acumulado sobre mí tantos honores y riquezas, que a mi felicidad no le falta sino la medida… Mas tú me has rodeado de una gracia ilimitada, de riquezas sin medida; hasta tal punto que muchas veces me digo para mis adentros: «Y yo, nacido de condición ecuestre y provincial, ¿me cuento entre los próceres del estado? ¿En medio de los nobles y de quienes exhiben viejas glorias ha llegado a brillar mi condición de hombre sin abolengo? ¿Dónde está aquel espíritu contento con poco? ¿Es él quien construye tales jardines y anda por estas fincas y rebosa de tantas tierras y tan amplias rentas?». Una sola disculpa se me ocurre: que no debía yo oponerme a tus larguezas. Ahora bien, uno y otro hemos colmado la medida: tú la de cuanto un príncipe podía dar a un amigo, yo la de cuanto un amigo podía recibir de un príncipe; lo que de ahí pase hace crecer la envidia…. no puedo seguir aguantando la carga de mis riquezas, solicito una ayuda. Ordena que mi patrimonio sea administrado por tus procuradores, que sea incluido entre tus bienes. Y no es que yo me vaya a hundir en la pobreza, sino que, deshaciéndome de las cosas cuyo resplandor me deslumbra, el tiempo que tengo reservado para el cuidado de mis jardines o villas lo recuperaré para mi espíritu. A ti te sobra fortaleza y capacidad para el gobierno (supremo), algo que por tantos años has visto ejercer; tus amigos ya viejos podemos reclamar el descanso. E incluso esto redundará en gloria tuya: el haber llevado a las más altas cimas a quienes también sabían contentarse con poco»[257].

Séneca sabe que está atrapado en las redes del tirano y quiere escapar. No está dispuesto a servir de pantalla a Nerón por más tiempo. Por eso ha solicitado con gran habilidad el retiro. Pero la sutileza no le servirá de nada. El déspota no se lo permitirá. Sabe que la dimisión será interpretada como un acto de subversión política, como un gesto de desprecio a la deriva absolutista de su reinado. El emperador teme a la opinión pública. Siempre la ha temido. Nerón quiere seguir sirviéndose de Séneca y no lo dejará marchar. De nuevo el historiador Tácito da la clave con estas palabras que pone en boca del tirano:

> No será tu moderación, si devuelves los bienes, ni tu descanso, si abandonas al príncipe, lo que ande en boca de todos, sino mi avaricia y el miedo a mi crueldad. Y si sobre todo se alaba tu templanza, no parece bien en un varón sabio ganarse gloria con algo que redunde en infamia para su amigo[258].

Nerón teme a la opinión pública. Por eso obliga a Séneca a permanecer en la corte en contra de su voluntad. Al filósofo no le quedará otra solución que seguir. Tendrá que obedecer. Pero siempre hay margen. Nadie puede mandar en su fuero interno, de ahí que su viaje a la interioridad sea un viaje hacia la libertad. Se aparta de la corte todo lo que puede. Inicia un exilio, esta vez voluntario. Será un exilio interior.

Tácito explica cómo Séneca se retira oficiosamente, al no poder hacerlo oficialmente:

> Séneca… le da las gracias, pero cambia los hábitos de su antiguo poder, alejando a los corros de halagadores, evitando a quienes trataban de acompañarlo, y apareciendo raramente por la Ciudad, como si la mala salud o los estudios de filosofía lo retuvieran en casa[259].

El filósofo, aunque atrapado, no se da por vencido. Hace lo único que puede hacer: se ausenta lo más posible de la corte so pretexto de atender a sus estudios. En otras ocasiones se excusa por cuestiones de salud. Sabe evitar los foros del poder y dar así sensación de que, *de facto*, se ha apartado de la compañía de Nerón.

Una de las excusas que esgrime para alejarse de palacio es la necesidad de atender a sus viñas. Y el pretexto es muy creíble: Séneca siempre fue un experto agricultor. Sabía sacar provecho y máxima productividad a sus tierras. Conoce el campo no des-

de la teoría sino desde la práctica. Da consejos muy detallados sobre la siembra de habas, alfalfa, mijo y especialmente del olivo. Explica dos modos de plantar olivos y lo cuenta con todo detalle en una de sus *Cartas a Lucilio*[260]. El filósofo es un hombre que conoce bien el mundo de la agricultura, no la de salón, de la que solía presumir todo buen romano, sino la verdadera, aquella que le permitía multiplicar la rentabilidad de sus fincas, como la que tenía en Nomento, actual Mentana, cerca de Roma. El propio Columela, escritor técnico experto en agricultura, elogia el conocimiento que tenía Séneca y la extraordinaria productividad de sus campos:

> La comarca de Nomento goza de excelente fama y sobre todo la que posee Séneca, un hombre de excelente talento y preparación, cuyos campos de viñas todos saben que cada yugada rendía al menos ocho toneles de vino[261].

En esta última fase de su vida, cuando todo está perdido, Séneca se refugia en la cultura y se retira a sus viñedos. No puede alejarse de Roma. Nerón lo impide. Pero el filósofo decide residir en la villa que tenía a las puertas de la ciudad. Se afinca allí y empieza a vivir como un eremita, un hombre retirado del mundo y de la sociedad. Si alguien lo echa en falta, pretexta mala salud; dice que ya es sexagenario, que necesita descansar y que quiere consagrarse por completo a la filosofía. Abandona todos los actos públicos que puede, deja todo cortejo o comitiva, no acepta la *salutatio matutina* de sus clientes. Se recluye en su casa y se dedica casi en exclusiva a escribir. Su hábil aislamiento voluntario es un modo de reivindicar su libertad y continuar la lucha política por otros medios. El filósofo está poniendo en práctica otra forma de acción: la difusión de su pensamiento y mensaje político. A partir de ahora Séneca buscará servir a la humanidad por medio de sus escritos. Y lo hará porque no le queda otro margen de actuación. El ocio le permitirá seguir siendo útil a la sociedad. Porque ese ocio que busca, ese retiro, no supone un abandono de la actividad pública sino que apunta a miras más altas:

> Además, puesto que hemos asignado al sabio una república digna de él, a saber, el mundo, no se halla al margen de la actividad pública, aunque se retire de ella. Más aún: quizá ha abandonado un estrecho reducto para ocupar espacios más extensos y espléndidos[262].

La retirada de Séneca es puramente táctica y el ocio no supone un abandono de sus actividades ni inquietudes. En la mentalidad clásica, ocio no significa no hacer nada. Es ante todo una oportunidad para el estudio. Para los estoicos el ocio debe ser fecundo y productivo. Consiste en retirarse de los avatares mundanos para entregarse a la filosofía, es decir, a la cultura y el pensamiento, en busca de la sabiduría y la perfección en la virtud. El retiro sin estudio es morir en vida.

> El descanso sin estudio es para los vivos muerte y sepultura[263].

En sus *Cartas*[264] describe muy brevemente cómo es su actividad cotidiana en estos últimos años de su vida. Durante su jornada diaria, Séneca alternará la lectura y la escritura pero también dedicará tiempo al ejercicio físico y al descanso.

Se levanta temprano y comienza el día haciendo deporte. El filósofo siempre practicó el ejercicio físico durante toda su vida, consciente además de que su enfermedad se lo exigía más allá del beneficio general que supusiera para su salud. Ahora tiene más de 70 años. Corre todas las mañanas junto a un joven esclavo. Pero Séneca se queja de que ya no puede correr como antes y de que se fatiga con mucha facilidad. Después de la carrera se da un baño templado. Cuando era joven se zambullía en las aguas frías del canal en pleno mes de enero pero ahora no tolera el frío y se sumerge en una alberca con agua calentada por el sol[265]. Después del baño, Séneca toma un desayuno frugal a base de pan seco y fruta. Lo hace sin sentarse. Luego procede a una pequeña siesta, muy corta, que a veces puede ser de pocos minutos.

> Duermo la siesta lo imprescindible. Conoces mis hábitos: tengo un sueño muy corto, como si fuera una pausa; me basta con haber dejado de estar despierto; en ocasiones entiendo que me he dormido, en ocasiones lo supongo[266].

Después de la siesta dedica todo el resto de la jornada al trabajo intelectual. Lee y escribe todos los días, alternando estas acti-

vidades siempre en el mismo orden: empieza leyendo y termina escribiendo.

> No debemos tan sólo escribir, ni tan sólo leer: lo uno aflojará las fuerzas hasta agotarlas (me refiero a la escritura), lo otro las enervará y desvirtuará. Hay que acudir, a la vez, a lo uno y a lo otro y combinar ambos ejercicios, a fin de que cuantos pensamientos ha recogido la lectura los reduzca la escritura a la unidad[267].

En estos años escribe *Naturales quaestiones*, un libro que debió de tranquilizar a Nerón y convencerlo de que el filósofo iba a ser inofensivo, porque se dedicará a escribir sobre la naturaleza, que es como escribir un tratado de ciencia y teología a la vez, pues para los estoicos Dios es el alma del mundo y se identifica con la naturaleza. El libro *Cuestiones naturales* se podría traducir como *Indagaciones* o *Investigaciones sobre la Naturaleza*. Está ordenado según los cuatro elementos que la componen. Primero habla del fuego, donde describe los fenómenos ígneos y el arcoíris; luego del agua, donde trata la astronomía, meteorología, geografía, las borrascas, inundaciones, granizo y nieve; a continuación escribe sobre el aire, haciendo una descripción de los vientos y la tierra, allí mismo también habla de los terremotos. En el último libro examina los cometas. Pero la obra no es solo un tratado sobre la naturaleza. El análisis y estudio de la ciencia natural lleva a Séneca a plasmar también un programa de crítica social y política. Las referencias científicas incluyen a menudo un comentario moral. Por ejemplo, cuando habla de la naturaleza de la nieve, comenta que es vergonzoso gastar enormes cantidades de dinero en hielo o nieve por capricho. Como en tantos otros pasajes, está criticando el lujo y el derroche. Pero en este caso la alusión a Nerón es evidente. Sabemos por Suetonio[268] que el emperador «*prolongaba sus festines desde el mediodía hasta la medianoche, reanimándose a cada momento con baños de agua caliente y, en verano, enfriada con nieve*». Séneca no cita a Nerón, pero la alusión a la piscina con nieve lo hace innecesario:

> Así esa nieve en la que ya nadáis incluso llega, con la costumbre y la diaria esclavitud del estómago, a ocupar el lugar del agua[269].

La crítica es muy prudente pero precisamente esa prudencia es la única vía para que sus ideas pudieran llegar a la opinión pública e incluso hayan pervivido hasta nuestros días.

Un último ejemplo, cuando Séneca alude a la expedición que mandó el emperador en busca de las fuentes del Nilo, la ironía que emplea es finísima. Explica que Nerón envió a dos centuriones a descubrir las fuentes del Nilo porque es «*muy amante de otras muchas virtudes, pero especialmente de la verdad*»[270]. Esto puede parecer a primera vista un elogio del filósofo hacia Nerón y muchos utilizan la frase como argumento de la hipocresía y sumisión de Séneca ante el poder. Pero no se verá así, si se sabe que en estos tiempos Nerón enviaba realmente la expedición no con intenciones científicas sino para preparar una guerra contra Etiopía[271]. Con esta información, que conocía el Senado de entonces y no muchos lectores de hoy, el texto de Séneca debió de servir de crítica feroz contra el tirano. Si el emperador está comprometido con las virtudes y la verdad de igual forma que prepara una guerra disimulando su crueldad y violencia, el retrato de Nerón como gobernante inmoral no puede ser más directo y efectivo. Nada, por tanto, de hipocresía y mucho de ironía, inteligencia y honestidad.

El filósofo tiene ahora mucho tiempo para escribir pero sigue, contra su voluntad, vinculado a la corte de Nerón. Y no puede romper ese vínculo formalmente mientras el emperador no acepte quedarse su fortuna y concederle el retiro. Ha buscado comprar su libertad cediendo su dinero a Nerón. Pero el tirano se niega, porque sabe que detrás de todo eso hay un claro acto de reprobación hacia su persona. Si Séneca le devuelve sus riquezas, estará mostrando al mundo que no quiere saber nada de él, que no quiere su dinero, que no le debe nada, que está en contra de su política. Sería una fuerte censura de parte del filósofo, que, a pesar de las críticas por corrupción, seguía teniendo una autori-

dad moral sin parangón y la acrecentará aún más con el heroísmo de su muerte.

Este primer intento de apartarse definitivamente de Nerón es un acto político que, de producirse, tendría enormes repercusiones en la opinión pública y el Senado. Por eso el emperador le negó el retiro alegando que todo el que dejara de ser su amigo se convertía en su enemigo. Conviene recordar que el título que ostentaba Séneca en la corte de Nerón era el de *amicus principis*, es decir, amigo del príncipe. El tirano no está dispuesto a dejar libre al filósofo, porque para él es un rehén de lujo, una figura que ayuda a mantener en calma las corrientes de opinión pública y los movimientos del Senado.

Séneca conoce desde hace mucho, al menos desde que entró en política, el riesgo que corre su vida. Ahora está más convencido que nunca de que su fin está cerca. Y está preparado. Lleva tiempo hilando fino, criticando a Nerón con sutileza, denunciando la tiranía con palabras medidas y ambiguas. Sabe que está en el punto de mira pero no tiene miedo. Quiere que la muerte le sorprenda escribiendo. Nerón aún tardará un año en encontrar, con la conjura de Pisón, la excusa perfecta para condenar a muerte a su antiguo preceptor.

¿Qué escribe Séneca en los dos últimos años de vida? Sabemos que en los primeros años de la década de los sesenta pudo publicar algunas tragedias. Pero en estos dos últimos años de su vida, 64 y 65 d.C., el filósofo se centrará en la redacción de las *Cartas morales a Lucilio*, obra cumbre de su carrera literaria e intelectual.

Séneca escribió tragedias en distintos momentos de su vida. Ya hemos visto que debió de componer la mayoría en el destierro de Córcega, para así también darse a conocer como intelectual y escritor. En aquella época escribió posiblemente epigramas, al menos todos aquellos que tratan del destierro. Son años en que el filósofo se muestra al mundo como escritor y exiliado

político. Por eso algunas tragedias empezó a escribirlas allí. Más tarde escribió otro conjunto de tragedias, posiblemente hacia el año 61 y 62, en la última fase de su vida. Lo sabemos gracias a Tácito, que nos dice que en estos años Séneca había vuelto a componer versos con más frecuencia. Y estos versos son una alusión clara a las tragedias, que, en Roma, es un género que se escribe en verso.

El comentario del historiador nos demuestra que la composición teatral de Séneca tiene lugar en estos dos periodos de su vida, *Agamenón*, *Las troyanas*, *Hércules furibundo* y *Hércules en el monte Eta* las compuso en el destierro en Córcega o poco después, la mayoría en los últimos años de exilio, entre el 44 y 49. Ahora escribirá el resto, posiblemente *Tiestes*, *Edipo*, *Medea* y *Fedra*, mientras sufre otra especie de destierro parecido al de Córcega, esta vez es un exilio voluntario. Séneca ha tomado la decisión de retirarse de la corte en estos años de cataclismo político. Nerón ha optado por la tiranía. El filósofo entiende que solo le queda un margen de maniobra: escribir. Ese será el único medio para continuar la actividad política, que nunca abandonará.

En aquellos años de principios de la década de los sesenta Séneca es un hombre sexagenario. Ha protagonizado lo que hemos llamado un exilio voluntario, un viaje hacia su interior donde encontrará la verdadera libertad sin abandonar la acción, porque escribir es una forma de acción. Y no solo escribirá tratados filosóficos. Ahora se centra en otros escritos literarios que tienen más poder de difusión: las tragedias. Los asuntos que trata en sus obras dramáticas son variados pero su intención artística y educativa es siempre la misma. Los temas clave se repiten: el odio al tirano, la búsqueda de un rey justo, que sabe controlar sus pasiones, dominar su ira, buscar el bien común y la paz.

Las tragedias de Séneca tienen una intención claramente educativa, como la tuvo también en la Antigüedad griega. Ya Aristóteles explicaba que la tragedia busca la catarsis, es decir, la pu-

rificación del espectador. Pretende sacudir su conciencia y hacerle ver la necesidad del respeto a la justicia por encima de la arbitrariedad. La tragedia presenta personajes elevados, reyes, héroes, que se ven abatidos desde su altura y derrotados por el Destino. Caen desde lo más alto y sufren lo indecible, porque no se han dado cuenta de que la inflexibilidad, la ira, la violencia y la intransigencia acarrean la tragedia. El espectador contempla entonces la torpeza de estos gobernantes endiosados y el terrible sufrimiento que acarrean sobre sí. En esos momentos, embebido en la acción, sufre una catarsis, una purificación. Comprende el error del tirano. Entiende la necesidad de la razón, de la moderación y la justicia. Comprende que una sociedad sin valores y sin ética es un abismo sin fondo. Las tragedias de Séneca van mucho más lejos de la pura intención política. Abarcan a todo el género humano porque hablan de la condición humana. Por eso son universales y tremendamente didácticas. El rey es solo un hombre que muestra su inteligencia o necedad a la hora de administrar el poder. La Fortuna es una diosa caprichosa que afecta al rey y a cualquier otro ser humano como él. La muerte acecha al poderoso como también acecha al más humilde de los mortales.

Los temas de la tragedia pertenecen a una tradición que Séneca conoce muy bien desde los tiempos de su juventud. Ya hemos visto que su padre le dejó muchos ejemplos de suasorias en que aparecen personajes históricos, mitológicos o legendarios. Desde época de los griegos, los jóvenes se ejercitaban en las escuelas de retórica con unas declamaciones que abordaban situaciones parecidas a las que luego Séneca tratará en sus tragedias. Los temas se convierten en tópicos: la soberbia de Alejandro Magno como prototipo del tirano endiosado, que no conoce sus límites; la figura de Agamenón, al que habrá que convencer de que no sacrifique a su hija en su ciega sed de venganza; la ira de Aquiles, inconsolable por la muerte de Patroclo, dispuesto a la destrucción y al crimen más irrespetuosos. Todos estos temas componían un

vasto repertorio de ejemplos históricos o legendarios (*exempla*) que serán el germen de esos personajes senecanos de tragedia, que aún hoy día sobrecogen al espectador en escena.

Hércules furibundo y *Hércules en el monte Eta* fueron tragedias escritas posiblemente en el destierro. También *Las troyanas*. Otras tragedias fueron compuestas ya en época de Nerón. Algunas las escribió en los últimos años, cuando Séneca se ha retirado de la corte. Los temas que trata el filósofo están relacionados con la tiranía, la crueldad, el desprecio por la dignidad humana, como elementos distorsionadores que acarrean la tragedia. Así ocurre en *Tiestes*, donde Atreo asesina a los hijos de su hermano Tiestes y se los da a comer a su padre sin que él lo sepa. La tragedia representa la pura barbarie, la violencia y la crueldad llevadas al extremo. Y este fracaso de la razón es similar al fracaso político que supone la tiranía. Es muy fácil comparar los mitos que elige Séneca para sus tragedias con los episodios más trágicos del gobierno de Agripina y Nerón, aunque hacerlo sea, a veces, un puro ejercicio de conjeturas.

En *Las fenicias* asistimos a dos escenas. En la primera Edipo, retirado al monte Citerón, piensa en el suicidio. Antígona lo impide y le suplica al padre que medie entre sus hijos. Edipo no hace caso y sigue en el monte Citerón. En la otra escena los hermanos Eteocles y Polinices, hijos de Edipo, luchan a muerte. Yocasta quiere evitarlo. No lo consigue.

Realmente la tragedia es impresionante, dos hermanos luchando a muerte por el poder como sabemos que ocurrió con Nerón y Británico.

Medea es la esposa despreciada por Jasón que busca venganza incluso asesinando a sus propios hijos. Sería un buen retrato de aquella Agripina, que parece volverse loca por el poder y está dispuesta a cualquier crimen por mantenerlo. Es muy posible

que la ambición y la soberbia de Agripina no fueran menores que las que Séneca pinta en su Medea.

Fedra, enamorada del hijastro, lo calumnia porque no puede conseguir su amor. Engaña al padre diciéndole que el hijo ha querido violarla. Hipólito, el joven honesto que ha rechazado a Fedra, parece culpable a los ojos del padre, que llega a desear la muerte del hijo. Hipólito muere y Fedra se suicida después de haber confesado su culpa. Las calumnias y falsas acusaciones tuvo que sufrirlas Séneca también en su vida privada y pública, especialmente, por instigación de Popea. Pero el filósofo va siempre más allá. Sus obras tienen un componente psicológico insoslayable. Aquí se centra en la génesis y desarrollo de la maldad en el alma humana. Es un tema que ha tratado en sus libros en prosa y que parece coincidir ahora con la conciencia del fracaso que supone para el filósofo constatar la degeneración de Nerón, su falta de responsabilidad. Séneca quiere descubrir la naturaleza del mal, detectar el punto exacto en que se quiebra el alma, el momento en que la fuerza de la razón ya no puede corregir esa inclinación inexorable hacia la maldad.

Edipo y Agamenón son grandes reyes que encuentran la desgracia por no servirse de la razón como instrumento de vida. Incluso Agamenón es asesinado por su propia esposa a la vuelta de Troya. Rumores de asesinatos en Roma de emperatrices hacia sus maridos hubo muchos. Casi todos los historiadores están de acuerdo en que Agripina envenenó al emperador Claudio para garantizar el camino de su hijo Nerón hacia el poder. No fue la primera ni será la última emperatriz romana en hacerlo.

Fueron muchos los campos desde donde el filósofo procuró educar a Nerón y convertirlo en un gobernante sabio. La tragedia fue uno de ellos. No consiguió su objetivo. Pero es cierto que no podremos acusar nunca a Séneca de no haberlo intentado por todos los medios.

En teoría, el filósofo sigue ligado a la corte de Nerón, aunque en la práctica ha sabido esquivar en lo posible sus obligaciones alegando mala salud, vejez y necesidad de estudio. Han pasado dos años y Séneca vuelve a solicitar de nuevo el retiro. Y sabe hacerlo en el momento más oportuno. Otra vez ofrece sus riquezas al emperador. Lo hace ahora en el año 64, después del incendio de Roma, porque sabe que el Estado está en bancarrota y Nerón necesita dinero para la reconstrucción de la ciudad y, sobre todo para caprichos carísimos, como su *Domus Aurea*, la Casa de Oro.

[67] *Domus Aurea*. Tras el devastador incendio de Roma, Nerón se hace con los terrenos calcinados para construirse una mansión de varios kilómetros cuadrados en pleno centro de Roma. Será su residencia oficial y la llamará Casa de Oro.

Aquella enorme «mansión dorada» ocupaba, en su tiempo, un tercio de la extensión total de la ciudad de Roma. Será uno más de los gastos faraónicos que contribuyan a la bancarrota del Estado. Los emperadores siguientes no quisieron continuar con aquel derroche y símbolo de la tiranía de Nerón. Sobre el estanque de la mansión, Vespasiano construirá el Coliseo. Trajano edificará encima del palacio un nuevo foro y mercado. La *Domus Aurea* quedará bajo tierra, sepultada hasta ser descubierta en el Renacimiento. Entonces, hallarán bajo Roma una gruta con pinturas extrañas que llamarán grutescos, es decir, procedentes de la gruta, de la cueva en que se había convertido la mansión enterrada de Nerón. De ahí procede nuestra palabra española grotesco. Buen adjetivo para calificar aquella obra megalómana y paranoi-

ca del último Nerón, que aprovechó la desgracia del incendio para rodearse de lujo y endiosamiento.

El incendio que sufrió Roma en el año 64 fue devastador, ardieron diez de los catorce distritos en que estaba dividida la ciudad. El cine y la literatura han hecho responsable del incendio a Nerón. Lo presentan tocando la lira mientras Roma ardía y cantando un poema sobre Troya, aquella mítica ciudad que pereció por el fuego siglos atrás.

Lo cierto es que los incendios eran frecuentes en Roma. Las viviendas eran peligrosas, construidas de madera. La iluminación, a base de lámparas de aceite, propiciaba los accidentes. Posiblemente el incendio de Roma fuera uno de tantos fuegos fortuitos que sufrió la ciudad en época antigua. Pero un hecho sí es cierto. El gran beneficiado de aquel terrible incendio fue Nerón. Aprovechó la ocasión para construirse una enorme mansión, con estanques y bosques, en pleno centro de Roma. No reparó en gastos. Empleó los materiales y técnicas más caras y sofisticadas de la época: mármoles traídos de todas las partes del mundo, techos y paredes de oro. El descontento del pueblo fue doble. Primero, había perdido vidas y propiedades. Segundo, el emperador no ayudaba suficientemente a los damnificados sino que se construía la mansión más lujosa de la historia. La opinión pública se estaba poniendo en su contra. Y Nerón reaccionó. Pensó que lo primero que tenía que hacer era buscar un responsable, alguien a quien echar la culpa de aquel incendio. Eso distraería la atención de quienes lo acusaban y tranquilizaría a los perjudicados. Dicen que Popea fue la promotora de la idea: culpar a una nueva secta odiada por el pueblo, un grupo de personas que se hacían llamar cristianos.

De entre las religiones que se están difundiendo en Roma, Popea se ha aficionado en esta época a los ritos judíos ortodoxos. Nerón, por su parte, se ve atraído por las ceremonias de las diosas Cibeles e Isis. Hemos visto que son religiones procedentes de

Oriente y Egipto, lugares donde los reyes detentaron el poder absoluto. Frente a ellas, está surgiendo una religión emergente llamada cristianismo que rechaza la figura del emperador como dios. Sus acólitos se ocultan. Pregonan el fin de los tiempos. Dicen que todo perecerá por el fuego. Popea y Nerón hacen extender el rumor de que son los cristianos quienes han incendiado Roma. Los persiguen y masacran sin piedad. Así, con la muerte de otros, consiguen distraer la atención y mantener el poder. Técnicas viejas para nuevos tiranos.

Tras el incendio, Nerón decide construirse una obra faraónica, una residencia espectacular, una mansión que ocupará los terrenos calcinados en pleno centro de Roma. No repara en gastos para cubrir de lujo y oro su *Domus Aurea*, su Casa de Oro. Pero no hay dinero para tanto despilfarro. El estado está en bancarrota. Séneca lo sabe y aprovecha la ocasión para intentar librarse de Nerón.

Hasta ahora el emperador no le había concedido el retiro definitivo. Nerón sabe que esa retirada se entendería como una demostración ante la opinión pública de que el filósofo no es cómplice suyo sino que reprueba su actitud. Séneca ha seguido, en teoría, ligado a la corte por obligación, aunque se ha refugiado en su villa de Campania y ha participado lo menos posible en la política, aduciendo unas veces su mala salud, otras su deseo de dedicarse a la filosofía. Nerón está molesto por esta astucia y sabe que, en la práctica, su antiguo maestro está retirado.

En las actuales circunstancias y ante la necesidad acuciante de dinero que tiene Nerón, Séneca ha vuelto a ofrecerle sus riquezas. Y es ahora cuando el tirano más las codiciará y solo ahora cuando las aceptará, aceptando también con ellas el completo retiro de su antiguo maestro del mundo de la política, del que ahora era solo un rehén. Séneca queda completamente liberado, aunque Nerón siga queriendo vincularlo a la corte. El filósofo logra al fin pagar con su fortuna el bien más precioso: la libertad.

Nerón acepta porque está muy necesitado de dinero. Tanto que sometió al Imperio a una presión fiscal asfixiante, que arruinó a Italia y las provincias. Incluso los templos fueron saqueados, el tirano se llevó todo el oro y la plata que había en ellos. Séneca se retirará oficialmente de la corte y mostrará al mundo que ya nada debe a Nerón. El filósofo ha podido, al fin, devolver al emperador todos los favores que un día recibió de él.

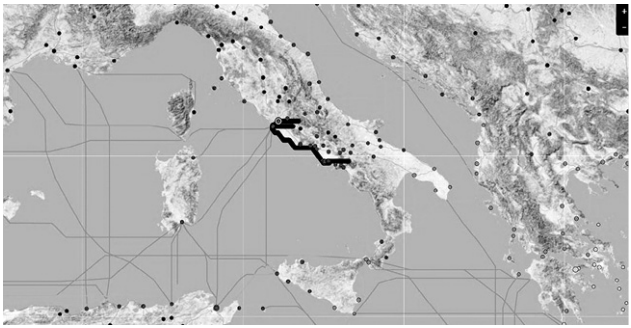
Nerón, a pesar de haber aceptado el dinero, se resiste a conceder el retiro a Séneca. No quiere que se aleje por completo. Le exige que siga cerca de él. Pero el filósofo se encuentra cada vez más libre. Ya, desde el año 62, vivía ajeno a palacio. Ahora en el 64 está más desvinculado aún. Ha conseguido por fin devolver sus riquezas al emperador, y eso le permite apartarse más de él. Incluso llega a censurar también, a su manera, el saqueo de los templos como un sacrilegio que evidencia no tanto la bancarrota y la mala gestión sino la tiranía y el atropello de Nerón. Séneca se retira de los centros del poder. Cuando es requerido, pone como pretexto una neuralgia que, según él, lo mantenía recluido en sus habitaciones o en una finca cercana a Roma, donde solía vivir. El historiador Tácito nos dice que ha pedido irse lejos y que Nerón se lo ha impedido. Por eso se retira a esa propiedad suya a pocos kilómetros de la capital. Las fuentes historiográficas nos dan a entender que Nerón está realmente molesto. El emperador interpreta el silencio del filósofo, su ausencia de Roma y su actitud displicente como una severa crítica a su política. Lo sabemos porque, por lo visto, en esos momentos, en el año 64 d.C., el tirano intentó envenenar a Séneca pero el filósofo evitó la muerte, bien porque sus fieles lo avisaron, bien porque era difícil envenenar a alguien cuya alimentación apenas consistía en pan seco, higos, fruta y agua de manantial.

> Se contaba que Séneca, a fin de apartar de sí el odio suscitado por tal sacrilegio, pidió permiso para retirarse al campo en un lugar alejado, y que al no concedérsele fingió una enfermedad y, como si se encontrara aquejado de neuralgia, no salía de su habitación. Cuentan algunos que por orden de Nerón le fue preparado un veneno por un liberto suyo llamado Cleonico, pero que Séneca se libró de él

ya por confesión del liberto ya por su propia desconfianza, pues se mantenía con una comida en extremo sencilla y con frutos silvestres, y cuando tenía sed bebía agua corriente[272].

Hablamos de un Séneca correoso y hábil. Quizás el sencillo régimen de comidas del filósofo y su vida retirada le salvaron del envenenamiento. Quizá los buenos amigos que siempre tuvo le alertaron del peligro. Sea como fuere, el filósofo, que está preparado para morir, continúa viviendo y escribiendo. Sabe que aún puede combatir la tiranía desde estos otros frentes. Los últimos años de su vida Séneca vive vigilado, aislado y bajo sospecha.

Se retira a su finca de Campania. Durante los últimos meses viaja por Italia en compañía de su mujer. Lo encontramos visitando en Literno la villa de Escipión el Africano[273], a doscientos kilómetros de Roma. Se interesa por sus viñedos, por los nuevos métodos para el cultivo de los olivos y las habas. Visita Nápoles y Pompeya. Vive en Bayas, en el golfo de Nápoles.



[68] Movimientos de Séneca durante el último año de su vida.

El filósofo viaja en compañía de su esposa y visita sus fincas de viñedos, procura estar siempre lejos de la corte de Nerón. Pero a Séneca no se le permite alejarse mucho de Roma. El último año de su vida se mueve por la Campania pero siempre está bajo la vigilancia de Nerón. Cuando no puede retirarse de la capital, visita sus haciendas de Alba y Mentana. El filósofo no deja de moverse cada cierto tiempo. Así consigue evitar al emperador y también reducir las posibilidades de un atentado. En estos años Séneca es un preso político de la tiranía de Nerón. Un hombre que da la sensación de estar en el corredor de la muerte. El filó-

sofo sabe que, en cualquier momento, Nerón puede ordenar su ejecución. Pero no se deja intimidar. Ha estado enfermo y en peligro casi toda su vida. Ahora está más entrenado que nunca para afrontar el final de su existencia. Dedica estos últimos momentos a escribir de forma magistral y frenética. Cuando llegue la muerte, lo encontrará perfectamente preparado. Sabrá cómo acabar y dará ejemplo de ello a su época y a la humanidad.

Con la retirada de la corte, el filósofo establece una marcada diferencia entre dos modelos de Imperio que tendrán gran éxito posterior en la historia de Roma. La idea que defiende y desarrolla Séneca es la del «Emperador Filósofo», frente al «Emperador Dios» en que se ha convertido Nerón, obsesionado por identificarse con Apolo y el Dios Sol. Ha nacido la concepción filosófica del Príncipe que encarnará plenamente Nerva, Trajano, Adriano, Antonino Pío, Lucio Vero o Marco Aurelio, emperadores en su mayoría procedentes de la Bética que tanto tuvieron en consideración las ideas políticas de Séneca. Ellos sí asimilaron sus preceptos y se empaparon de su pensamiento. Los primeros abrieron paso, treinta años después de la muerte del filósofo, al siglo de oro del Imperio. Ese siglo de oro fue, en cierta medida, heredero del que Séneca quiso instaurar bajo la persona de Nerón. El filósofo había marcado una impronta profunda en el mundo de la política romana y universal pero él fue siempre un sabio en torno al poder, que nunca lo detentó por derecho propio. Por eso fracasó. Con los emperadores del siglo II y especialmente con Marco Aurelio no habrá un sabio en torno al poder sino uno instalado en el trono y eso permitirá que se cumpla ahora sí, plenamente, el sueño de Platón, un intelectual, un sabio, un filósofo estoico en el poder. Marco Aurelio, emperador y filósofo, será el mejor ejemplo.

En estos últimos años Séneca escribirá las *Cartas a Lucilio*, compulsivamente, a costa de su salud. Ese será el último sacrifi-

cio que haga en beneficio del bien común. Será también su obra maestra.

El mérito de las *Cartas a Lucilio* está en su tono personal, su cercanía, su sinceridad. Están escritas por un hombre cuyo espíritu ha conseguido empaparse de sabiduría. Séneca llega a comprender e interiorizar plenamente la filosofía estoica. Y lo explica en unas cartas que transmiten una enorme belleza, un sentimiento auténtico y una sinceridad humana fuera de lo habitual. Lo hace además en un estilo muy cercano, creando con ellas lo que luego será el ensayo moderno. Las frases que emplea rezuman un tono íntimo que causa fascinación en quien lo lee. Su prosa nos sitúa en un ámbito hondo, profundo, ajeno al mundo y sus ambiciones, dentro de nuestro propio ser, en completa libertad, en un espacio que se eleva sobre las miserias humanas. Séneca parece que pensara en voz alta, que hablara a sí mismo, como hará Marco Aurelio en su libro conocido como *Meditaciones*, una obra cuyo título se puede traducir literalmente del griego como «pensamientos para uno mismo».

Las *Cartas a Lucilio* serán pensamientos para sí mismo y para la humanidad. Seducen por el tono magistral que adopta Séneca, un tono profundo, sencillo y humano. El filósofo logra transmitir perfectamente un mensaje de vida serena, consigue convencer a los hombres de que pueden llegar a ser invulnerables en el refugio de su interioridad.

Son palabras de gran fuerza moral y espiritual, a las que se han agarrado en el devenir de los siglos todos aquellos que, como Séneca, se han visto envueltos en las dificultades extremas de la vida. Por eso su pensamiento es tan potente. Es una verdadera filosofía para tiempos de crisis.

Las *Cartas* están dedicadas a Lucilio, su destinatario. Séneca sabe que está escribiendo su obra maestra y le ofrece a su amigo la fama y la posteridad[274]. No se equivocó. Las *Cartas a Lucilio* son

su obra cumbre. El trabajo lo absorbe por completo. El viejo escritor, ya sexagenario, no deja de escribir ni siquiera en los días en que le acosa la enfermedad. Su actividad intelectual es frenética.

> La jornada de ayer me la repartí con la enfermedad: la mañana se la reservó ella para sí, la tarde me la cedió a mí. Así que, antes de nada, puse a prueba mi espíritu con la lectura; luego, puesto que la había tolerado bien, me atreví a exigirle, mejor dicho, a permitirle más actividad. Escribí unas líneas, con mayor atención, por cierto, de la que tengo por costumbre cuando he de enfrentarme con una materia difícil y no quiero dejarme vencer; hasta que se presentaron unos amigos con el fin de hacerme desistir y de reprenderme, como se hace con un enfermo recalcitrante[275].

En estos últimos años de su vida, entre el 62 y el 65 Séneca ha escrito *De beneficiis*, *Cuestiones naturales* y las *Cartas*, cuyo final se ha perdido. También escribió en estos años una filosofía moral que su muerte dejó inconclusa, una obra que, de todos modos, no se ha conservado. Pero la intención de todos estos libros ahonda en la necesidad de acercar la sabiduría a la vida personal de los individuos y las sociedades.

> Los remedios del alma los hallaron los antiguos, pero indagar cómo y cuándo se han de aplicar es nuestro cometido[276].

Este es el objetivo de Séneca. Lo persigue durante toda su vida y en toda su obra pero en las *Cartas a Lucilio* lo alcanza plenamente. En ellas logra trasladar a la vida real la teoría de los antiguos filósofos. Su intención no es teorizar sino aplicar a la vida humana la doctrina fría de los antiguos. Por eso Zambrano dirá que Séneca seduce como no pueden hacerlo Platón o Aristóteles. El filósofo cordobés buscará la adaptación práctica de la sabiduría a la ética y política humanas. Y lo conseguirá. Y también logrará aplicarla al individuo, creando lo que la filósofa malagueña llama «la razón vital» y un «arte de vivir».

El estoicismo de Séneca es una apuesta por la valentía y una vía para enfrentarse a la adversidad. Su pensamiento nos anima a alcanzar la felicidad, que se consigue en la interioridad, a través de la grandeza de alma y el desarrollo de un ideal del Yo. El camino que propone pasa por el desarrollo de la virtud, es decir, de la razón y de la libertad.

Algunos estudiosos afirman que las cartas fueron, desde el principio, sospechosas de antineronismo. ¡Y con razón! Quien conozca el pensamiento de Séneca encontrará críticas sutiles y a la vez demoledoras contra la tiranía, es decir, contra Nerón. Pero el filósofo sabe escribir con una sutileza que hace imposible la condena del poder. Por ejemplo, en una carta jura que no está provocando a Nerón con sus escritos, porque los filósofos se ocupan de la paz, de la sabiduría, de la felicidad. Es cierto que se ocupan de eso. Y Séneca es primordialmente filósofo y escribe sobre filosofía. Pero sabemos que él quiso llevar sus ideas filosóficas a la política. En realidad, con esta afirmación está siendo muy sutil. Incluso ambiguo. Pero la sutileza y la ambigüedad no son instrumentos de la hipocresía sino de la inteligencia. Séneca está empleando el estilo necesario para poder criticar al poder, para ser útil a la sociedad. Así, entre líneas, lanza a la opinión pública la idea de que los filósofos buscan metas diferentes a las del poder: la paz, la sabiduría y la felicidad. En realidad está diciendo que Nerón no busca esos ideales. Ahí está la crítica.

En sus libros Séneca no provoca abiertamente a Nerón pero muchas de las afirmaciones que hace son inteligentes críticas al poder que detenta el emperador. En realidad tiene muchos motivos para criticar y lo hace. Y aquel que quiera leer con atención encontrará argumentos demoledores. La crítica al lujo no se refiere solo a las egoístas élites de las que se rodea Nerón sino también al propio tirano. En su defensa de la sobriedad escribe:

> … que el alimento calme el hambre, que la bebida apague la sed, que el vestido aleje el frío, que la casa sea defensa contra las inclemencias del tiempo. Nada importa que sea el césped o el mármol jaspeado de país extranjero lo que la haya erigido: sabed que al hombre lo protege igualmente la paja que el oro. Despreciad todo aquello que un esfuerzo inútil pone como adorno y decoración; pensad que nada, excepto el alma, es digno de admiración, para la cual, si es grande, nada hay que sea grande[277].

Los mármoles coloridos y la casa de oro son una alusión inequívoca a la *Domus Aurea*, aquel palacio monumental y lujosísimo que se hizo construir Nerón en el centro de Roma después del incendio. Hemos visto que trajo mármoles de todas las partes

del mundo conocido. Cubrió paredes y techo de oro. Séneca no critica la riqueza sino el lujo innecesario e insolidario, es decir, el mal uso de la riqueza. Poseer dinero no es, según Séneca, un mal en sí, si se usa para el bien común y la solidaridad. Pero las riquezas no deben dilapidarse en lujos y caprichos, como está haciendo Nerón al construirse una mansión de oro después del incendio, sino que los bienes se deben emplear para la solidaridad del tejido social.

> Es noble aquel que usa la vajilla de barro del mismo modo que la de plata, y no lo es menos el que emplea la de plata al igual que la de barro; propio de un espíritu pusilánime es no poder soportar las riquezas[278].

Sencillez y sobriedad son virtudes de las almas nobles. El rico debe comer en su vajilla de plata como si fuera de barro y el que no la tenga debe comer en la de barro con la misma dignidad que si fuera de plata. Lo importante no es el lujo ni la ostentación que muestra Nerón. Saber darle a las riquezas la justa importancia que tienen y no estar dispuesto a todo por dinero será la marca del hombre sabio.

Séneca también ataca la política del emperador cuando dice que Roma llegará un día a su fin, como todos los grandes imperios[279]. Es una censura al poder y al mismo tiempo un aviso al gobierno de Nerón, que acabará arrojando a Roma al abismo de la guerra civil. Hay también una crítica evidente a la política exterior cuando dice que toda guerra es un asesinato colectivo, aún más teniendo en cuenta la política belicista de Nerón en los años en que desprecia los consejos de Séneca.

> Nuestra locura no es ya privada sino pública. Los homicidios y los asesinatos individuales los castigamos: mas ¿qué decir de las guerras y del glorioso delito de arrasar a los pueblos? Ni la avaricia, ni la crueldad conocen límite alguno… Hechos que, cometidos clandestinamente, se pagarían con la pena de muerte, los elogiamos porque los comete quien lleva insignias de general[280].

Hay también crítica a Nerón cuando censura la afición por los juegos del anfiteatro. Para denunciar este espectáculo de crueldad, Séneca recuerda los tiempos antiguos de la humanidad, cuando «*faltaba mucho para que un hombre, sin ira, sin temor matase a otro hombre solo para darse un espectáculo*»[281].

En esta línea, el filósofo critica los espectáculos de gladiadores como una infamia, donde se asesina a seres humanos por pura diversión.

> Al hombre, criatura sagrada para el hombre, se le mata ahora por juego y diversión, y si era una infamia adiestrarle a infligir heridas y recibirlas, ahora se le hace bajar a la arena desnudo y desarmado y es satisfactorio el espectáculo que ofrece la muerte de un hombre[282].

[69] Mosaico del s. III donde aparecen dos mirmillones luchando, Museo Arqueológico Nacional, Madrid.

Séneca siempre criticó las luchas de gladiadores como un espectáculo cruel e inhumano donde se mataba por diversión. Contra esta forma de excitar las bajas pasiones de la plebe, el filósofo dirá que el «*hombre es cosa sagrada para el hombre*».

Hay también una censura a Nerón en estas páginas en que Séneca critica la ambición, la riqueza ostentosa y el derroche que suponen los juegos circenses y las procesiones de acción de gracias (*supplicatio*). El tono moral que usa y las alusiones apuntan directamente a su antiguo alumno, más aún si tenemos en cuenta que en estos años Nerón se esfuerza en agasajar a la plebe no solo con el circo sino también a través de la puesta en escena de desfiles y celebraciones que requieren enormes cantidades de dinero, distracciones que, al igual que los juegos de gladiadores, entretienen a la plebe, pero en las que el emperador gasta, superflua-

mente y para su propio lucimiento, un dinero muy necesario para el mantenimiento del Estado, que está en bancarrota.

> ¿No has visto, acaso, cómo en pocas horas ha terminado aquel desfile, aunque lento y acompasado? ¿Llenará toda nuestra vida lo que no ha podido llenar toda una jornada? A esto se añade también que he juzgado superfluas las riquezas tanto para sus dueños como para los que las contemplaban[283].

Las *Cartas* le ofrecen a Séneca la posibilidad de tratar los temas más variados de forma magistral. Es un formato que le permite llegar más lejos y con más contundencia que con sus tratados filosóficos o sus tragedias. No parece que fuera esa su primera intención ni que hubiera visto la fuerza que iba a aportarle este género epistolar desde el principio. Quizá la idea la tomara de los prólogos epistolares que su padre escribe en *Controversias y suasorias*. Quizá el descubrimiento de las *Cartas* como poderosísimo género de difusión del pensamiento le haya llegado por una especie de serendipia. En todo caso, el hallazgo de Séneca al escribirlas lo ha convertido en un pensador original y único. Es muy posible que empezara una correspondencia normal con Lucilio que no estuviera pensada en un principio para la publicación. Lucilio era amigo suyo desde antes del reinado de Calígula. Ambos escaparon luego, a duras penas, de la represión de Mesalina. Mantenían una amistad sincera desde antiguo. Ahora comienzan una correspondencia tradicional, cuyo único propósito es transmitirse información y hablar de temas variados y cotidianos. De hecho las primeras cartas son respuestas breves.

Pero muy pronto el filósofo toma conciencia del enorme potencial que tiene esta forma de escribir. El formato y el estilo le permiten un acercamiento más directo al lector, mucho más que el de cualquiera de sus tratados filosóficos. Séneca se da cuenta de que puede hablar en un tono cercano e íntimo con su amigo Lucilio pero también con cualquier otro lector. Millones de personas de todas las épocas lo han leído después y se han dejado seducir por la enorme carga de humanidad que contienen sus palabras. Séneca entiende además que las *Cartas* pueden ser el mejor medio de difusión de sus ideas. Las *Cartas a Lucilio* se convierten

en la obra de su vida. El estilo y el tono en que están escritas permiten al filósofo desplegar todo su genio y llegar al lector de forma más convincente y profunda. Séneca convertirá estas primeras cartas y las cien siguientes en su obra cumbre.

El filósofo cordobés acepta el papel de maestro hacia Lucilio, que será su discípulo. Y despliega sobre él toda la influencia que no ha podido ejercer sobre Nerón. Tiene ahora otro discípulo de oídos más aplicados y mente más sabia que el emperador y eso le ayudará a transmitir toda su enseñanza, no ya a Nerón o a un particular sino al mundo entero a través de su obra. Lucio Anneo Séneca se convierte ahora no en educador del César sino en educador de la Humanidad. Y si con el primer alumno fracasó, el éxito de esa segunda enseñanza no tiene parangón. El filósofo no pudo ser educador de Nerón pero, a través de las *Cartas a Lucilio*, sí se ha convertido en educador de Europa y de la humanidad.

Un solo ejemplo para mostrar el alcance de su pensamiento, estilo y metodología a la hora de enseñar. Ya se ha visto que en la carta 47, al aludir a los esclavos, Séneca es el primero que sienta las bases de la dignidad humana. Es el primer pensador que habla de los esclavos como seres humanos, que nacen y mueren como nosotros, respiran el mismo aire. Es una carta preciosa en que elogia a Lucilio porque ha oído de algunos que trataba de forma humana a sus siervos.

Pero la realidad histórica no tenía por qué ser así. En la carta 107, Séneca intenta tranquilizar a Lucilio, que está enfadado porque sus esclavos han huido. Esta anécdota nos lleva a pensar que quizá su amigo no fuera un hombre tan generoso con sus siervos. El propio filósofo incluso admite que los esclavos pudieron pensar que Lucilio era un amo insoportable. Pero las palabras que emplea son una muestra de su habilidad a la hora de enseñar modelos de conducta.

> ¿Dónde está aquella gran prudencia tuya? ¿Dónde tu agudeza en discernir la realidad? ¿Dónde tu grandeza de alma? ¿Ahora te afecta un hecho tan insignificante? Los esclavos han considerado que tus ocupaciones ofrecían una ocasión propicia para su fuga. Si tus amigos te engañaran (conserven, en

verdad, también los esclavos el nombre que por error les dimos y llámeseles así para que no tengan más ignominia), <faltaría algo> a toda tu hacienda: faltan esos infelices que consumían tu actividad y creían que eras persona insoportable a los demás[284].

Séneca pretende apaciguar a Lucilio. Sus esclavos han preferido escapar. Los llama amigos ingratos para no acrecentar su falta y así quitarle importancia al asunto. El lenguaje que emplea es muy sutil pero es el lenguaje de la época. Los usos sociales de aquellos tiempos y el trato con las élites exigían cierto protocolo y cortesía. Se trata de modos y normas de educación, códigos que ha habido y sigue habiendo en todas las sociedades y ámbitos. Parece ser que Lucilio tenía fama de ser un amo duro y hombre de mal carácter. Por ello en la carta 47 Séneca habla bien de los esclavos y, mientras parece felicitar a Lucilio, lo que hace en realidad es reconducir su postura hacia los siervos. Pero lo hace con tacto y respeto. Lo hace, como diríamos hoy en términos modernos, con un cierto «refuerzo positivo». En lugar de decirle a Lucilio «*tratas mal a tus esclavos y eso es síntoma de falta de cultura y humanidad*» prefiere decirlo del siguiente modo: «*sé que seguramente tratas bien a tus esclavos porque eso será síntoma de tu cultura y humanidad*». A continuación, Séneca, aprovechará la ocasión para decir que los esclavos son seres humanos y que tienen la misma dignidad que cualquier otra persona. Esa es la forma de señalar los vicios ajenos y, ciertamente, el método más inteligente y práctico para rectificar conductas erróneas. Así lo exige además la cortesía de la época. Lo más importante de toda esta anécdota es entender que ese mismo tono es el que tuvo que emplear con Nerón por motivos más que evidentes.

Cuando Séneca critica las malas influencias que ejercen Tigelino y Popea sobre el emperador, explica que el hombre a quien quieren enseñar la crueldad (en clara alusión a Nerón) no la aprenderá.

El espectáculo se ha interrumpido: mientras tanto que se degüellen hombres, para que no cese la función. ¡Ea! ¿Ni siquiera comprendéis que los malos ejemplos repercuten en aquellos que los dan? Dad gracias a los dioses inmortales de que el hombre a quien tratáis de enseñar la crueldad no pueda aprenderla[285].

En realidad Nerón está aprendiendo a la perfección esas lecciones de crueldad; lleva tiempo haciéndolo pero, al decir que no puede hacerlo, lo compromete moralmente a que no lo haga. Séneca, al menos, lo intenta. Evidentemente no lo consiguió pero esa era la única vía posible para reconducir a Nerón. Algunos no lo entienden y lo acusan de haber sido complaciente con el tirano, de haber apoyado sus caprichos, de haberle reído sus gracias. No fue así. Nunca fue así. La sutileza es un recurso obligado en la época. Es el único lenguaje en que se puede enseñar. Séneca no educó al emperador porque Nerón no se dejó educar. Pero, a pesar de su fracaso, lo intentó con todas sus fuerzas. Y ese fracaso no debe achacarse solo a la responsabilidad del maestro sino también a la estupidez del alumno.

Todo juicio sobre la vida de Séneca y su comportamiento en la corte de Nerón debe ceñirse al contexto y a la época en que vivió el filósofo. Cuando a las puertas de la edad contemporánea Hobbes diga que «*el hombre es un lobo para el hombre*», habrá que pensar en el gran mérito que tiene Séneca: diecisiete siglos antes definió al ser humano con otra sentencia muy diferente: «*El hombre es cosa sagrada para el hombre*»[286]. Con esta frase, el filósofo cordobés no está siendo ingenuo ni pacato. Lo que hace es ofrecer modelos de convivencia y comportamiento políticos. Está afirmando que hay que respetar a las personas como parte de la naturaleza. No se puede disponer de la vida humana como diversión. Eso es crueldad y sadismo. Por eso critica los juegos de gladiadores, que califica de monstruosidad. Denuncia todas las guerras, otra monstruosidad no menor. Y la peor de todas: la guerra civil.

Séneca sabe que, para la convivencia humana, no basta el impulso de las leyes ni son suficientes las constituciones escritas. Además de eso hace falta un componente moral, la Virtud, que es una regla tácita pero que debe estar profundamente arraigada en el seno de las sociedades. Las leyes no bastan por sí mismas, si

no alcanzan un complemento imprescindible para la salud de cualquier sociedad: la ética. Para que haya buen gobierno es necesaria la virtud política, es decir, la interiorización de los valores morales.

La sabiduría y la virtud no son meros conceptos académicos, como el autor de las *Cartas a Lucilio* explica con claridad. La sabiduría no es avaricia de conocimientos sino impregnación de los valores morales en el espíritu humano. Por eso la virtud y la sabiduría no se darán si en lo más profundo del individuo no se asimilan los valores que la definen: honestidad, respeto o tolerancia, por poner algunos ejemplos.

Pero mientras Lucio Anneo Séneca escribe estas cosas, Nerón sigue haciendo oídos sordos. En palacio se impone la tiranía, vuelven las condenas por lesa majestad, la política hostil al Senado, las ejecuciones y los destierros. Asoma la crisis económica, consecuencia de los despilfarros del déspota, de su megalomanía, de sus obras faraónicas, banquetes, espectáculos y caras extravagancias. Popea con su embarazo consigue que Nerón se divorcie de Octavia, algo que Séneca siempre rechazó no por motivos morales sino por pura lógica política.

Octavia era muy querida por el pueblo pero, además, su figura aportaba legitimidad al César. A Nerón no le importa perder esa legitimidad. Aconsejado por Tigelino y Popea, el emperador, sin freno, da rienda suelta a su capricho. Se divorcia de Octavia. No contento con ello la manda matar.

Octavia fue asesinada el 11 de junio del 62. Y ese mismo año Nerón se casó con Popea. La opinión pública muestra su descontento, el pueblo empieza a criticar a Nerón y a mirarlo con animadversión. En política exterior también se complican las cosas. En el año 63 volvieron las disputas con Persia. Esta vez, con Séneca fuera de palacio, el conflicto degenera en guerra. Ese mismo año Popea dio a luz una niña, lo cual disgustó a Nerón, que que-

ría un sucesor varón. La niña murió a los tres meses de vida. Por si fuera poco, en el año 64 se produce el terrible incendio de Roma. La situación ha ido de mal en peor.

A nivel psicológico el tirano iba ya desbocado y sin freno. Las tensiones entre el Senado y Nerón se agudizaron aún más. El emperador acusó de traición a Lucio Antistio Veto, que había sido cónsul en el año 55, un hombre posiblemente cercano a Séneca. Nerón lo acusó bajo la imputación de hablar mal de él en una fiesta y fue ejecutado. Después exilió a Fabricio Veyentón y ordenó la quema de sus libros, habiéndolo acusado también de calumnias. Para acallar cualquier atisbo de protestas, el tirano asesinó entre los años 62 y 63 a la mayoría de sus opositores, incluyendo al liberto Palas, que había tenido enorme poder con Agripina. También condenó a Rubelio Plauto y Fausto Sila.

Cayo Rubelio Plauto pertenecía a la familia Julia, era hermano de la emperatriz Mesalina y suegro de Antistio. Este parentesco contribuía a que fuera visto como un candidato al trono. Por eso el emperador lo había desterrado en el año 60 a Asia. Ahora, dos años después, decide matarlo. Cuenta Tácito[287] que Nerón se burló cuando le trajeron la cabeza de Plauto. El historiador Dion Casio también recoge la anécdota:

> Nerón hizo de la desgracia de sus familiares un motivo de risas y bromas, por ejemplo, tras hacer morir a Plauto echó un vistazo a su cabeza cuando se la llevaron y comentó:» ¡No sabía que tenía una nariz tan grande!»[288].

Entre los motivos para asesinar a Plauto, Tigelino esgrimió el interés del condenado por el estoicismo. Este es un hecho muy relevante. Si la filosofía estoica pasó en el año 62 a ser motivo de persecución política, se entiende perfectamente cómo Séneca ha perdido toda capacidad de influencia a la hora de intentar moderar el absolutismo de Nerón.

Fausto Cornelio Sila estaba también emparentado con la dinastía Julio-Claudia. Había huido a la Galia en unos tiempos en que llevar sangre imperial podía ser motivo más que suficiente de asesinato en la corte de Nerón. Tigelino lo acusó de intentar

ahora una rebelión a distancia. Fue condenado por el tirano al instante. Cuenta Tácito[289] que, cuando le trajeron la cabeza de Sila, Nerón se burló también de él, diciendo que «*la afeaban sus canas prematuras*».

El emperador se ha convertido en un tirano declarado que comienza a despreciar al Senado y usurpar poco a poco todas sus prerrogativas. Hubo de nuevo en Roma un reino de terror y tiranía.

Séneca no tiene influencia alguna ya sobre Nerón pero le aconseja que respete al Senado, que haga las paces con Trásea, un estoico opositor que a veces mostraba su disconformidad de forma más evidente. Trásea era entonces el representante más cualificado de la oposición senatorial y algunos historiadores elogian su postura, algo más hostil hacia el emperador que la del filósofo cordobés. Los dos estoicos se llevaban bien y se sabe que Séneca intercedió varias veces en su defensa ante Nerón para salvarle la vida.

Pero los historiadores modernos quieren ver en Trásea a un político más valiente y sincero que Séneca. Juzgan desde su perspectiva actual, no desde la de hace dos milenios. Algunos han considerado cobarde la postura del cordobés pero, como en tantos otros ámbitos, el hombre de hoy desconoce el ambiente y las formas en que se hacía política en época de Nerón. Solemos apreciar los gestos según nuestra sociedad actual y así corremos el riesgo de ser anacrónicos y equivocar nuestro juicio. Los hombres del pasado estaban más preparados que nosotros para entender posturas y actitudes, para juzgar las intenciones de sus coetáneos. Por eso debemos opinar sobre los hechos históricos con humildad. Hay que abandonar la arrogancia de los que juzgan hoy desde una pretendida superioridad que no es tal. El hecho de que los siglos nos hayan colocado en una situación de ventaja no quiere decir que nuestra mente esté mejor preparada para entender la sociedad de hace dos mil años por encima de como la en-

tendieron sus propios contemporáneos. Por eso hay que escuchar las palabras de Tácito, un historiador romano de la época. Séneca sabe que para influir en Nerón, para ser útil a Roma y a la humanidad, debe ser sutil y hábil. Aquellos que creen que el filósofo, en un arranque de dignidad, debería haber escupido a la cara de Nerón, merecen conocer el fin de Trásea. Fue asesinado poco después de Séneca por gestos como el de no haber asistido a la sesión del Senado en que se justificaba la muerte de Agripina. Pero Tácito explica, magistralmente en una frase, la diferencia entre la actitud de Trásea y la de Séneca, sin comparaciones, solo explicando la muerte de aquel senador.

> Trásea Peto, que hasta entonces había dejado pasar las adulaciones en silencio o con un lacónico asentimiento, salió entonces del senado, lo que le valió el peligro para sí sin dar a los demás la señal de la libertad[290].

La clave está en las últimas palabras «*sin dar a los demás la señal de la libertad*». La muerte de Trásea fue inútil, en el sentido de que no abrió una vía hacia la libertad, *initium libertatis*, dice textualmente en latín, es decir, el inicio de la libertad. Tácito dice textualmente *«ceteris libertatis initium non praebuit»*, es decir, no ofreció a los demás el camino (por donde empezar a transitar) hacia la libertad.

Séneca sí ofreció con su esfuerzo y sacrificio ese camino hacia la libertad. Inauguró un sendero por el que otros podrán transitar y que podrán implementar. Esa es la diferencia entre ambos políticos estoicos. El verdadero heroísmo está en la postura de Séneca y, por tanto, esa idea se constituye en argumento clave para la defensa de la actitud personal y política del filósofo cordobés. El historiador Tácito, en una frase, sin alusiones ni comparaciones, nos permite entender la intención del filósofo y su inteligencia a la hora de actuar. Su interés no fue el lucimiento inútil. Séneca siempre quiso ser útil a Roma y a la humanidad. Buscó el bien común por encima de todo. Por eso participó en política y se manchó con los miasmas del poder. Pero su actitud fue siempre valiente. Quiso ser útil y abrir senderos de libertad.

Y durante los últimos veinte siglos no ha dejado de abrirlos. Hoy es referente de intelectualidad y de cultura, inspirador de la mejor política y defensor de la dignidad humana. De Trásea no es escriben todos los años decenas de libros o artículos, como sí se hace sobre la figura de Séneca. Lo importante, sin duda, es «*abrir senderos hacia la libertad*».

En estos años últimos, el filósofo solamente combate con las armas del pensamiento y la escritura. No le quedan otras. Después del famoso incendio de Roma, el rumbo político que llevó Nerón fue a peor. La catástrofe se unía al derroche, a la bancarrota, a una crisis descomunal provocada por una anarquía económica, política y social.

Séneca escribe ahora pensando en la posteridad. Vierte en sus textos ideas que transmiten la sabiduría, la experiencia de quienes han sorteado las peores tormentas de la vida y ahora, cercana la muerte, hablan desde el desengaño, la vejez y la experiencia. Por eso el tono de las *Cartas* es tan seductor y cercano.

El filósofo escribe y disfruta de estos últimos años sin miedo, porque nunca Séneca actuó por miedo sino por convicción y eso le garantizó la libertad de que tanto se enorgullecía. Ahora vive en sus villas, cerca de Roma, o en la misma Urbe, donde tenía una casa en el barrio que hoy se llama Velia, cerca del foro romano, entre lo que actualmente es el Coliseo y el Arco de Constantino, monumentos que aún no existían en tiempos de Séneca pero que luego serán escenario privilegiado de la ciudad eterna y cita obligada de los turistas de hoy.

[70] Colina de Velia, en la Roma actual, lugar donde vivió Lucio Anneo Séneca en los últimos años de su vida.

Séneca es un hombre que ha sabido apartarse de los centros de poder, del palacio imperial, de las residencias de lujo. Ha vuelto a una casa en pleno barrio populoso de Roma. Ha cambiado la paz y las comodidades de los palacios por un barrio ruidoso. Sabe renunciar al lujo para recuperar su libertad. Y no le importa el ruido. No envidia el silencio de las mansiones, donde habita Nerón, porque allí habita también la codicia, la avaricia y el vicio, porque, como bien dice el filósofo, ¿de qué sirve el silencio de toda una comarca cuando rugen las pasiones?

> Entre los ruidos que suenan en derredor mío, sin distraerme, cuento el de los carros que cruzan veloces por la calle, el de mi inquilino carpintero, el de mi vecino aserrador, o el de aquel que junto a la Meta Sudante ensaya sus trompetillas y sus flautas, y no canta, sino que grita. Me resulta aún más molesto el ruido que se interrumpe, de cuando en cuando, que el otro continuado. Pero me he endurecido frente a todo este alboroto, de tal suerte que puedo escuchar hasta el cómitre de galera que con voz estridente señala el ritmo a sus remeros. En efecto, fuerzo el alma a concentrarse en sí misma, sin que se distraiga por la barahúnda exterior. Todo puede resonar por fuera con tal que por dentro no haya turbación, con tal que no rivalicen la codicia y el temor, con tal que la avaricia y el lujo no estén en desacuerdo y una no moleste a la otra. ¿De qué aprovecha, en verdad, el silencio en toda la comarca, cuando rugen las pasiones?[291].

Las pasiones de Nerón rugen como bestias. Séneca, en cambio, ha recuperado su libertad. Procura estar poco tiempo en Roma. Viaja por la Campania. Se dedica al estudio y acude a escuchar a un filósofo llamado Metronacte, en una especie de vuelta a su infancia y juventud. En estos últimos meses se vuelca en el estudio con más ahínco. Escribe más y mejor. Disfruta de la vida y del contacto con su familia. Sigue los impulsos de su in-

saciable curiosidad intelectual. No piensa en la muerte, que la sabe cercana, pero, en todo caso, quiere que, cuando llegue, le pille trabajando. Sabe que el círculo de su vida se ha cerrado y espera con laboriosidad el fin de sus días.

La condena del tirano no tardó en llegar. En el año 65 vuelven los destierros, las ejecuciones y los procesos de lesa majestad. El Senado no aguanta más y planea una conjura. La conspiración de Cayo Calpurnio Pisón empezó a fraguarse ese mismo año. En abril, el filósofo fue acusado de participar en ella y condenado a muerte.

¿Estaba Séneca implicado en la conjuración? ¿Participó en ella? Probablemente no. El filósofo no apoyaba la estrategia de ninguno de los dos bandos en que se dividía el Senado. Por un lado estaban los radicales estoicos: Bárea Sorano y Trásea Peto. Son hombres a quienes les gustaba más el gesto y la pose personal que la eficacia y el pragmatismo políticos. Por otro lado está la aristocracia miope y ambiciosa, en torno a Pisón. Ninguno de los dos bandos daba mínimas garantías tras la muerte de Nerón. Ninguno iba a aportar estabilidad a un futuro gobierno. Séneca sospechaba que el tiranicidio podía desembocar en una guerra civil, como ocurrió tras el asesinato de Julio César. Tres años más tarde el tiempo le dará la razón. Por eso se abstiene. Se retira. Deja hacer. El filósofo cordobés no participa en ninguna conjura contra Nerón por los mismos motivos por los que calló ante el asesinato de Agripina, el temor, más que fundado, al peor de los males: la guerra civil.

En abril se descubre la conjuración. Nerón pone Roma en estado de sitio. Detiene a los conspiradores. Y, en los interrogatorios que se producen, un tal Antonio Natal dio el nombre de Séneca y Pisón. Ya tres años antes el filósofo había sido acusado de lo mismo: pretender una conjura también con Pisón. Ahora el acusador dijo que había servido de correo entre ambos y que Séneca pronunció una frase ambigua. Tácito, que es quien nos da la

información, explica que con ello Natal pretendía agradar a Nerón, porque sabía que el emperador buscaba una excusa para acabar con su antiguo maestro y él se la estaba ofreciendo.

El día de la conjura Séneca estaba viajando por la Campania pero regresa a su villa, que estaba a seis kilómetros de Roma, Tácito nos quiere dar a entender que el filósofo, aunque no estaba implicado en la conjuración, podía saber lo que estaba ocurriendo.

La acusación de Natal es el único cargo que Nerón tiene contra él. Pero el tirano ha encontrado el modo de acabar definitivamente con el filósofo. De momento, el emperador prefiere actuar con cautela y manda una embajada militar a casa de su antiguo maestro para interrogarlo. Séneca niega la acusación. Responde con valor y arrojo. Le dice al militar que le transmita sus palabras tal cual. Habla sin miedo, defiende su libertad, le encarga al tribuno que le diga a Nerón que «*él no tiene por qué adular a nadie y que eso, quien mejor lo sabe es el propio emperador, porque ante él su maestro nunca mostró servilismo sino libertad de espíritu*»[292].

Séneca ha sido muy valiente. No es este el tono sutil y ambiguo que ha empleado en tantas ocasiones. Con esta frase demuestra al mundo que nunca fue complaciente ni cómplice de Nerón, que siempre actuó según sus principios y su libre decisión, que nunca fue lisonjero y servil con el tirano. La respuesta es también una lección para los consejeros del emperador, porque el filósofo sabe que el militar trasladará la información a Nerón en presencia de Tigelino y Popea. Y en efecto, todos ellos se tragan las palabras de Séneca, que ha dejado en este caso de ser todo lo sutil que solía ser, quizá porque tiene la certeza de que Nerón no dará ya marcha atrás.

El tirano escucha la información de labios del pretoriano. Le pregunta si Séneca muestra temor, si es un hombre asustado que esté pensando en el suicidio. El militar le responde que lo ha vis-

to lleno de valor, sin miedo, sin intención de quitarse la vida a no ser que sea condenado a morir. Y Nerón se da cuenta de que todo cuanto ha estado escribiendo su antiguo maestro sobre el valor ante la adversidad piensa llevarlo a cabo hasta el final de sus días. Manda al pretoriano de vuelta con la condena a muerte.

Poco después del asesinato de Séneca y Lucano, el mismo año 65, muere Popea, que había quedado embarazada por segunda vez. Según los historiadores de la época, la causa de la muerte fue una patada en el estómago que le propinó el propio Nerón en uno de sus accesos de ira. Tres años después, el tirano es declarado por el Senado enemigo público, condenado y perseguido por la guardia pretoriana para matarlo. Huye cobardemente, despreciado por todos, incluso por el propio liberto que tuvo que ayudarle a clavarse la daga, porque Nerón no fue capaz de darse muerte él solo. ¡Qué dos muertes tan diferentes! La muerte heroica de Séneca frente a la cobardía infame de Nerón.

[71] *Los remordimientos de Nerón tras matar a su madre*, cuadro de J. W. Waterhouse, 1878.

Con el asesinato de su esposa Popea embarazada, Nerón pasará a la historia como un criminal completo. A los numerosos asesinatos de senadores y otros miembros de la sociedad romana hay que añadir los cargos de parricida, por colaborar con Agripina en el asesinato de Claudio, fratricida por matar a su hermanastro Británico, matricida por matar a su madre Agripina, uxoricida por matar a su esposa Octavia, infanticida y doblemente uxoricida por matar a Popea embarazada, magisterida por matar

a su maestro y suicida, porque después de tantos crímenes fue declarado enemigo público por el Senado y no le quedó más remedio que matarse a sí mismo.

Por el contrario, Séneca, en el último capítulo de su vida, contó con la mejor compañera de viaje que pudo tener: su esposa Paulina. En este momento crucial Pompeya Paulina mostró un valor semejante al de su marido y pasó a la historia como una mujer valiente, sensible e inteligente. Quiso morir con él pero Nerón no lo permitió. Ya iba a cosechar suficiente odio por la muerte de Séneca como para tener que cargar también con el crimen de su esposa. Le vendaron las muñecas y sobrevivió. Paulina supo defender siempre, igual que la esposa de Lucano, Pola Argentaria, la memoria de su marido.

El asesinato del filósofo se produjo posiblemente el 19 de abril del 65 d.C. Le seguirá el de Lucano el 30 de ese mismo mes. En esta terrible represión, la venganza de Nerón recayó sobre toda la familia de los Anneos. También fueron condenados a muerte los hermanos de Séneca. Dion Casio lo cita someramente:

> Sus hermanos también perecieron tras él[293].

Al hermano mayor lo condenaron a muerte ese mismo año. Con el hermano menor Mela, el asesinato se llevó a cabo de forma más astuta, porque Nerón quería quedarse con las enormes riquezas del padre de Lucano.

Todo ocurrió al año siguiente. Un amigo de Lucano falsificó una carta según la cual el hijo había escrito al padre detalles de la conjuración. Nerón envió la carta a Mela y este entendió inmediatamente que estaba condenado. Para salvar parte de su fortuna, hace testamento y se suicida. Sabemos que, en estos casos, el suicidio permitía que se respetara el testamento y que se recibieran las debidas honras fúnebres. Por el contrario, si el senador era condenado y ejecutado, sus últimas voluntades quedaban invalidadas y el emperador confiscaba todos sus bienes.

Para salvar algo del patrimonio familiar, Mela dejó grandes sumas de dinero a Tigelino, el prefecto de pretorio de Nerón. Así se aseguraba de que se respetara el resto del testamento, ya que Tigelino querría tomar su parte. Mela sufrió este último ajuste de cuentas del tirano contra todos los Anneos. Pensó, en estos últimos momentos, en proteger aquello a lo que había dedicado su vida: su patrimonio.

¿Y la muerte de Séneca? ¿Cómo ocurrió?

Cuando Tácito se dispone a describir la muerte de Séneca emplea la información de una de sus fuentes, el historiador Fabio Rústico, testigo presencial de los hechos. Por eso la narración de Tácito resulta tan valiosa, porque recurre a fuentes directas y testigos presenciales. El historiador explica que el tribuno Gavio Silvano no volvió por el camino que había traído sino que dio una vuelta para entrevistarse primero con Fenio Rufo, uno de los dos prefectos del pretorio, y le preguntó si obedecía la orden de Nerón de exigir la muerte de Séneca o no. Ambos habían estado de acuerdo en permitir la conjura y ahora debían decidir si seguir adelante con ella o no. Vieron que la conjuración había fracasado y decidieron no arriesgar. Fenio le dice al tribuno que cumpla la orden de Nerón. Cuando Silvano llegó a la casa del filósofo se avergonzó de transmitirle en persona la orden de morir. Le encomendó el trabajo a un subalterno. Hizo pasar a un centurión para que comunicara a Séneca la sentencia de muerte del emperador.

El filósofo escuchó la sentencia sin inmutarse. Pidió tablillas para hacer testamento y legar sus bienes. El centurión negó esa posibilidad. Nerón había dado orden de que no se permitiera hacer testamento. Entonces el filósofo alzó la voz ante sus amigos, que le rodeaban, y les dijo que no podía dejarles bienes materiales porque le impedían hacer testamento pero que les dejaría en herencia algo más valioso, un bien moral y no material: la imagen de su vida, es decir, el ejemplo ético de su honestidad, las

virtudes de una vida que valen más que cualquier riqueza o imperio, el retrato de su autoridad moral, de la honradez y la dignidad humanas. Y esa fue la representación que llevó a cabo en el momento de su muerte como un acto de rebeldía política y de ejemplo moral.

Lo que no se puede negar es el heroísmo y la coherencia de Séneca ante la muerte. Lo explica Tácito, que no era partidario suyo y no tiene ninguna necesidad de encumbrar su imagen. Así refiere el historiador los últimos instantes de su vida.

> Séneca, sin miedo, solicita escribir su testamento; el centurión se lo deniega. Entonces se dirige a sus amigos y les dice: «Ya que se me impide hacer testamento os legaré lo más preciado que tengo: la imagen de mi propia vida. Si la guardáis en vuestra memoria os aportará el valor de mi amistad eterna». En ese momento reprime las lágrimas de los amigos con sus palabras, adopta un tono más enérgico, hace un llamamiento a la fortaleza de ánimo y les pregunta: «¿Dónde está la enseñanza de la filosofía? ¿Dónde la razón, ejercitada durante tantos años en la reflexión contra la adversidad? ¿Acaso os era desconocida la crueldad de Nerón? ¿Os extraña esta condena? ¿Qué podía faltarle a quien ha matado a su madre y a su hermano sino buscar la muerte de su propio maestro?»
>
> Cuando hubo pronunciado estas palabras dirigidas a todos en general, se vuelve a su esposa, la abraza y, un poco emocionado a pesar de su fortaleza, le pide, le suplica que modere su dolor y no lo haga eterno sino que sobrelleve la muerte de su marido con el digno consuelo de la contemplación de una existencia vivida con honradez. Pero ella le comunica que está decidida a morir también y reclama los servicios del ejecutor. Séneca no se opuso a una decisión tan valiente, por amor a su esposa y por no dejar expuesta a la injuria a la mujer que más había querido en su vida. Le dijo: «Yo te había mostrado el camino del consuelo para seguir viviendo, pero tú prefieres una muerte con gloria. No te privaré de ella. Ambos, por igual, daremos ejemplo de valentía ante la muerte pero la gloria de tu final será mayor que la mía». Después de esto se abren las venas con un mismo golpe de puñal. Séneca, puesto que su anciano cuerpo, debilitado por el escaso alimento, propiciaba una salida muy lenta de la sangre, se abre también las venas de las piernas y los muslos. Y agotado por los crueles dolores, piensa en no romper el ánimo de su esposa con su sufrimiento ni flaquear él mismo al ver los sufrimientos de ella. La convence entonces para que se marche a otra habitación. Llamó después a sus secretarios y, sin que le faltase la elocuencia ni siquiera en los últimos momentos, les dictó muchos pensamientos que han sido difundidos entre la gente junto con otras palabras suyas que no cito aquí.
>
> Pero Nerón, al no tener ningún motivo de odio personal contra Paulina, y para evitar que lo odiaran aún más por su crueldad, ordena que se le impida morir. Siguiendo órdenes de los soldados, los siervos y libertos le vendan los brazos, le cortan la hemorragia sin que se sepa si ella estaba consciente o no…
>
> Mientras tanto, Séneca, como se prolongaba con excesiva lentitud el acto de su muerte, se dirige a Estacio Anneo, un hombre de probada amistad y experto en el arte de la medicina. Le dice que traiga ese veneno que tenían preparado desde hace tiempo con que murió Sócrates, condenado por los atenienses. Cuando se lo trajo, se lo bebió de un trago pero fue en vano: sus articulaciones estaban frías y el cuerpo no reaccionaba a la potencia del veneno. Finalmente entró en un baño de agua caliente. Salpicó a los esclavos que tenía cerca diciendo que aquella agua la consagraba a Júpiter, el dios de la Libertad. Entró en el baño y murió asfixiado por el vapor. Fue incinerado sin ceremonia alguna. Así lo había dejado escrito como una lección de sobriedad para sus últimos momentos, a pesar de que el testamento fue redactado cuando era un hombre rico y se encontraba en la cima del poder[294].

Esa fue la muerte de Séneca y el colofón de su trayectoria intelectual. A partir de los datos ofrecidos, cualquiera puede juzgar su vida, creer que el filósofo fue coherente o no con su pensamiento, acusarlo de virtud o hipocresía. Cualquiera puede sem-

brar dudas sobre las decisiones que tuvo que tomar, juzgarlas desde nuestra cómoda posición de siglos, desde la seguridad aséptica de nuestros despachos. Pero lo que nadie puede poner en duda es la coherencia y dignidad de Séneca a la hora de su muerte. Si en su vida se vio implicado en algún asunto turbio, redimió sus errores con el ejemplo de heroísmo que se desprende de su muerte. Ese instante, solo, *per se*, basta para avalar todo su mensaje. De sus elevados pensamientos hemos vivido y con ellos construido algunos de los mejores y más dignos momentos de estos últimos dos mil años de historia.

---

[251] Tácito *Anales* XV.70.

[252] Veyne: 2008.

[253] San Agustín, *Ciudad de Dios* VI.10.

[254] Séneca *Sobre la felicidad* 26.8, trad. Julián Marías.

[255] Suetonio *Vida de los doce césares Nerón* VI.56.

[256] Séneca *Epístolas morales a Lucilio* 8.2.

[257] Tácito *Anales* XIV.53-54.

[258] *Ibidem* XIV.56.

[259] *Ibidem* XIV.56.3.

[260] Séneca *Epístolas morales a Lucilio* 86.14.21.

[261] Columela *La labranza* 3.3.3.

[262] Séneca *Epístolas morales a Lucilio* 68.2.

[263] *Ibidem Ep*. 82.3.

[264] *Ibidem Ep*. 83.

[265] *Ibidem Ep*. 83.5.

[266] *Ibidem Ep*. 83.6.

[267] *Ibidem Ep*. 84.2.

[268] Suetonio *Vida de los doce césares Nerón* VI.27.2.

[269] Séneca *Cuestiones naturales* 4.13.11.

[270] *Ibidem* 6.8.3.

[271] Plinio *Historia natural* 6.181.

[272] Tácito *Anales* XV.45.3.

[273] Séneca *Epístolas morales a Lucilio* 86.

[274] *Ibidem Ep*. 21.3-4.

[275] *Ibidem Ep*. 65.1.

[276] *Ibidem Ep*. 64.8.

[277] *Ibidem Ep*. 8.5.

[278] *Ibidem Ep*. 5.6.

[279] *Ibidem Ep*. 71.15.

[280] *Ibidem Ep*. 95.30-32.

[281] *Ibidem Ep*. 90.45.

[282] *Ibidem Ep*. 95.33.

[283] *Ibidem Ep*. 110.16.

[284] *Ibidem Ep*. 107.1.

[285] *Ibidem Ep*. 7.5.

[286] *Ibidem Ep*. 95.33.

[287] Tácito *Anales* XIV.59.

[288] Dión Casio *Historia romana* 62.14.1, trad. de A. Duarte.

[289] Tácito *Anales* XIV.57.

[290] *Ibidem* XIV.12.1.

[291] Séneca *Epístolas morales a Lucilio* 56.4.5.

[292] Tácito *Anales* XV.61.

[293] Dión Casio *Historia romana* 62.25.

[294] Tácito *Anales* XV.62-64.

14.

PERVIVENCIA DE SÉNECA

Séneca no buscó la inmortalidad a través de la poesía, como Horacio, que lo confiesa al decir «*non omnis moriar*», no moriré del todo, o «*exegi monumentum aere perennius*», he levantado un monumento más duradero que el bronce. Séneca no busca la inmortalidad pero sí pone sus ojos en la posteridad. Sabe que escribe no solo para sus contemporáneos sino especialmente para los hombres venideros. Es consciente de que sus palabras pervivirán y servirán de provecho para seres humanos de todas las épocas.

> Me he apartado no tanto de la gente como de las ocupaciones, y ante todo de mis propias ocupaciones: asumo los intereses de los hombres venideros. Para ellos redacto algunas obras que puedan ayudarles[295].

Realmente ha sido así. El propio Séneca vaticinó la importancia que ejercería en el pensamiento posterior al decir «*gozaré del favor de los hombres venideros*»[296]. Y no se equivocó. La influencia de su pensamiento es transversal a la historia de la humanidad. Veámoslo por épocas históricas.

Pocos años después de su muerte, un autor desconocido escribe una tragedia llamada *Octavia*. Durante mucho tiempo se atribuyó la autoría al propio Séneca, aunque es imposible que la escribiera él. La obra está ambientada en el año 62. La acción se desarrolla en tres días, donde se narra el divorcio de Nerón de su esposa Octavia, el posterior destierro, asesinato y boda con Popea. El propio filósofo aparece como un personaje de la tragedia que pretende infructuosamente frenar la deriva maniática y tiránica del emperador. Se pronostica la muerte de Nerón tal como sucedió. Por eso Séneca no puede ser el autor. La obra es posterior. Pero debió de escribirla alguien que conocía muy bien al filósofo. La tragedia posee el léxico de Séneca y transmite su pensamiento. Los temas que trata son los mismos de sus tragedias: la maldad, el abuso de poder, la venganza, el delirio de la pasión, la riqueza, el exilio y el poder de la fortuna. Sin duda, quien la es-

cribió conocía a la perfección la obra y el pensamiento de Lucio Anneo Séneca. Pero lo más curioso de todo es que la tragedia es una buena muestra de la importancia que tuvo en su tiempo el pensamiento político del filósofo. Las citas a su libro *De clementia* son muy frecuentes. Los consejos de Séneca sobre el buen gobierno son muy acertados. La necedad de un emperador ajeno a toda racionalidad hace imposible la dirección inteligente del Imperio y aboca a la sociedad a la tragedia.

La obra pudo ser escrita por un amigo o un discípulo de Séneca pero muestra cómo, muy pocos años después de su muerte, el filósofo comienza a ejercer una influencia intelectual que aún hoy no cesa.

Treinta y tres años después de la muerte de Séneca reinará Trajano, un emperador modélico, nacido en la Bética como él. Es el primero que no procede de Roma, ni siquiera de Italia. El padre de Trajano comenzó su carrera política en tiempos del filósofo. Quizá gozó de su ayuda, por pertenecer a una de esas familias ilustres de la Bética que alcanzaron puestos de responsabilidad cuando Séneca llevaba las riendas del Imperio. En todo caso la sintonía entre los emperadores del siglo II y su filosofía es total. El estoicismo es la gran doctrina filosófica con claras repercusiones políticas que defenderán todos los emperadores ilustrados y liberales. Los tiranos como Nerón la perseguirán al final de su reinado. Domiciano echó de Roma a los filósofos estoicos. Está claro que esta ideología política y ética no se llevaba bien con el despotismo. Cuando Trajano accede al trono, quizá ayudado por ese círculo de hispanos que tanta fuerza ostentó en la periferia del poder, dirá de Séneca que, bajo su influencia, el Imperio vivió sus mejores años.

Trajano tendrá un ayudante y amigo llamado Plinio el Joven. Gran escritor, publicará una obra llamada *Panegírico* donde elogia la figura de Trajano y lo define como el príncipe, es decir, emperador, que encarna las virtudes fundamentales del sabio. La din-

astía a la que pertenecen Trajano, Adriano, Antonino Pío o Marco Aurelio, la del s. II del Imperio, conocida como la de los Antoninos, tendrá en el trono a gobernantes escogidos en función de sus *uirtutes*, es decir, de sus excelencias éticas, y esto no es sino seguir la estela del pensamiento de Séneca. El ejemplo más cercano es Marco Aurelio, emperador y filósofo estoico, un hombre que llevó a la política las virtudes del estoicismo: clemencia, justicia, sabiduría, fortaleza y templanza. Sus años de reinado fueron un modelo de buen gobierno. Era filósofo estoico como Séneca y oriundo de *Vcubi*, actual Espejo, Córdoba.

El siglo II del Imperio pretenderá seguir la línea política de Séneca y de la filosofía estoica. Y esa intención se observa también en la propaganda imperial. La única estatua ecuestre en bronce que se conserva de un emperador romano muestra a Marco Aurelio, tendiendo la mano al enemigo vencido, en un gesto de *clementia*. Es la representación práctica del concepto teórico. Supone la puesta en escena, la plasmación en imágenes de lo que fue base ideológica de la filosofía y política de Séneca. Marco Aurelio supo ejercer la clemencia y así se lo reconocen los historiadores cuando citan su actitud hacia los vencidos, su interés por enviar a los cabecillas bárbaros a Grecia y otros lugares del Imperio para que tomaran contacto con la cultura y la civilización, el intento de salvar al golpista Avidio Casio, su celo en evitar venganzas, el episodio en que mandó quemar las pruebas de la conjuración para que no hubiera revanchas, su interés en ser magnánimo con las ciudades rebeldes, castigando solo lo justo y de forma provisional.

La clemencia tiene un triple componente de justicia, igualitarismo y humanidad. En su formulación general Séneca alude siempre a la seguridad que debe abarcar tanto a los más humildes como a los más poderosos, argumentando que la clemencia es virtud que a todos beneficia por igual, por ser humana. En esto vuelve a abogar por su idea de dignidad de todos los seres huma-

nos e incide en esa hermandad que, aparte de las diferencias que otorga la Fortuna, nos concierne a todos, en cuanto que somos individuos nunca ajenos a la posibilidad de cometer errores.

> Todos los ojos se vuelven hacia esta felicísima forma de Estado, a la que no le falta nada para llegar a la completa libertad que no sea la posibilidad de destruirse a sí misma. Especialmente importante es que la admiración por tu clemencia llega tanto a los humildes como a los más poderosos. Porque el resto de tus virtudes cada uno las considera o espera mayores o menores en proporción a su fortuna, pero de tu clemencia todos esperan lo mismo: nadie hay, tan colmado de inocencia, que no se alegre de tener a la vista una clemencia preparada para paliar los errores que cometemos los seres humanos[297].

En la formulación teórica de Séneca son abundantes los ejemplos en que el concepto de *clementia* se relaciona con la *humánitas*. Será precisamente lo que luego en Marco Aurelio se llamará *humanior interpretatio* o *interpretatio benignior*, porque la interpretación más humana y benigna de la ley será el sustrato de la *clementia principis* y la base de su actuación política y judicial.

Esta directriz ética que recorrió la actuación política de Marco Aurelio durante toda su vida, la *humanior interpretario*, se encuentra en el libro segundo de *De clementia*, donde Séneca emplea la propia palabra *humaniorem*, más humanitario:

> No conviene que la clemencia sea promiscua, vulgar ni parcial; pues tanta crueldad hay en perdonar a todos como en no perdonar a nadie. Debemos conservar el término medio; pero, ya que es difícil el equilibrio, si hay que inclinarse a algún lado, que sea siempre al lado más humanitario[298].

Podemos seguir la influencia de Séneca en la filosofía política de Marco Aurelio, considerado uno de los mejores gobernantes de la historia, a través de la lectura del libro que escribió el emperador filósofo, las *Meditaciones*. En los primeros párrafos Marco Aurelio no solo da las gracias a todos los que le ayudaron a formarse intelectual y emocionalmente sino que también aporta información sobre las directrices políticas que pretende imprimir a su reinado.

> Haber concebido la idea de una constitución basada en la igualdad ante la ley, regida por la equidad y la libertad de expresión igual para todos, y de una realeza que honra y respeta, por encima de todo la libertad de sus súbditos[299].

Es la contraposición entre el rey justo y el tirano. El autócrata gobierna según emociones, alejado de la razón, egoístamente y en su propio beneficio. El emperador filósofo, en cambio, busca-

rá en todo momento el bien común, porque es el objetivo al que tiende la Naturaleza Racional.

> Imperturbabilidad con respecto a lo que acontece como resultado de una causa exterior y justicia en las cosas que se producen por una causa que de ti proviene. Es decir, instintos y acciones que desembocan en el mismo objetivo: obrar de acuerdo con el bien común, en la convicción de que esta tarea es acorde con tu naturaleza[300].

Efectivamente el buen Príncipe se domina a sí mismo y sirve al pueblo. Es una interpretación en lenguaje político de la sentencia senequista «*Maximum imperium sibi imperare est*»[301], el mejor gobierno es saber gobernarse a sí mismo. La moderación, el autocontrol, la justicia y la razón son conceptos de Séneca que el lector podrá reconocer perfectamente en los textos de Marco Aurelio. Bastarán dos ejemplos más:

> … obrar con justicia, con moderación y reflexivamente[302].
>
> En nada difieren la recta razón y la razón de la justicia[303].

La intención de Marco Aurelio es llevar estos postulados a la práctica, sin hipocresías y con verdadera convicción. Esto supone hacer realidad la definición de estado ideal en Séneca: el mejor estado es aquel en que gobierna un rey justo, es decir, un rey filósofo imbuido de las ideas estoicas que considera el bien común como horizonte de su actuación y que llega a convertir a la comunidad política y social en única fuente de moralidad. Séneca es quien prefigura lo que luego pondrán en práctica los emperadores de la dinastía del siglo II del Imperio. Marco Aurelio será ejemplo paradigmático que ese *status sub rege iusto*[304], estado gobernado por un rey justo, que con tanta precisión quiso reflejar en su *De clementia* el filósofo cordobés.

[72] Imagen de Marco Aurelio, bajo relieve. Obsérvese la actitud de clemencia ante los vencidos en el gesto de su mano derecha y su mirada serena, ausente de ira y arrogancia.

La plasmación de esta ideología política se hará también a través de la propaganda, del mismo modo que al principio del principado se hizo con la imagen de Augusto, difundiendo su rostro en esculturas o monedas. Ahora no será solo el rostro de los emperadores el objeto de la propaganda imperial. No se buscará el culto a la personalidad, sino el culto a las virtudes que humanizan el gobierno. En el caso de la *Clemencia* hay monedas en época de Marco Aurelio con esa leyenda. En el arte se representará la imagen de la clemencia en la famosa estatua ecuestre de Marco Aurelio o en el relieve, en que también a caballo, muestra clemencia a los vencidos.

Y la representación de la virtud estoica y política de la clemencia no se circunscribirá solo a los emperadores sino que se extenderá y difundirá a otros ámbitos. Baste citar el sarcófago de Portonaccio, encontrado precisamente en esa localidad en 1931. Allí se representa a un general romano del siglo II que simboliza las virtudes que son modelo de gobierno y cuyo ejemplo paradigmático es Marco Aurelio. Esta ideología y su plasmación en

el arte calaron entre las élites políticas y militares de época del emperador filósofo. El personaje, que suele relacionarse con un general de Marco Aurelio, simboliza la clemencia frente a unos bárbaros vencidos que aparecen representados de forma triste y devastadora, manifestando la fragilidad humana y moviendo a la racionalidad y la *uirtus* del vencedor. El sarcófago ha sido estudiado con detenimiento[305]. Simboliza las virtudes del personaje desde su nacimiento hasta su muerte. Aparece la *sapientia* y la concordia pero lo que nos interesa en este caso es la parte donde se evidencia la virtud de la clemencia situada precisamente en el centro de la escena.

Este concepto y otros de similar naturaleza que en el siglo II constituyen objetivo prioritario de la propaganda imperial arrancan, en su concepción y adaptación al principado, de la base ideológica que propone el propio Lucio Anneo Séneca y que un siglo después de su muerte adquirirá una importancia capital en la política imperial romana.

[73] Sarcófago de Portonaccio, encontrado en 1931, representa a un general romano del siglo II simbolizando la clemencia frente a unos bárbaros vencidos.

En los siglos III y IV d.C. la influencia de Séneca va cobrando más relevancia como argumento de autoridad y pensador de prestigio. A medida que el cristianismo avanza, Séneca, a pesar de ser un pensador pagano, es cada vez más valorado por la nue-

va religión. Ya había comenzado a elogiarlo el propio Tertuliano, convertido al cristianismo en 198, que lo califica como «*saepe noster*», a menudo uno de los nuestros. La nueva religión alcanzará carta de naturaleza oficial a principios del siglo IV y de obligatoriedad con Teodosio a finales del mismo siglo. Su doctrina se sirvió de una fusión de judaísmo y estoicismo que Pablo de Tarso supo convertir en universal. Con el paso de los siglos, el cristianismo, que nació en el entorno del estoicismo, se irá nutriendo de Séneca, se revestirá de las ideas del filósofo cordobés y por eso llegará un momento en que su pensamiento se convierta en un puente de diálogo entre el estoicismo de la Antigüedad grecorromana y el cristianismo emergente.

En honor a la verdad, todo buen conocedor de la figura y pensamiento de Séneca habrá de reconocer que Séneca no es cristiano. Es anterior al cristianismo y en muchos casos, opuesto a él. Es anterior al cristianismo porque su filosofía nace 300 años antes que Cristo y porque todo su pensamiento se entiende desde el paganismo. No pudo adquirir ninguna influencia de un movimiento cristiano que en estos años es prácticamente desconocido, se confunde con el judaísmo, no tiene aún apenas desarrollo filosófico y doctrinal y se presenta, en un principio, como religión mistérica que Séneca siempre criticó como *superstitio* al estilo del judaísmo y los ritos consagrados a las diosas Cibeles o Isis.

Pero, mientras el Imperio romano se cristianizaba, los cristianos se senequizaban. Séneca iba adquiriendo cada vez más importancia como pagano que podía coincidir con la doctrina cristiana. Prácticamente el cristianismo lo abrazó desde el principio como suyo. Se nutrió de él. Lo asimiló totalmente y le abrió los brazos de par en par. Esta asimilación tan temprana y decidida se produjo gracias a la enorme figura moral de Séneca. El cristianismo se empapó de su doctrina, un proceso que Francisco Socas[306] ha llamado «*senequización del cristianismo*».

Un siglo después Lactancio expresa su admiración. Muy pronto también Osio y la corte de Constantino. A finales del siglo IV San Jerónimo y San Agustín. Pero lo que mejor indica la fascinación que ejerce sobre el cristianismo es la falsificación de unas cartas entre San Pablo y Séneca en la segunda mitad del s. IV.

El texto se conoce con el nombre de *Epistulae Senecae ad Paulum et Pauli ad Senecam*, es decir, *Cartas de Séneca a Pablo y de Pablo a Séneca*. Se conservan manuscritos de los siglos IX al XIV y su éxito de difusión fue atronador. Solamente entre los siglos XII al XV hay más de trescientos manuscritos, algo verdaderamente excepcional en un texto de estas características. Según las fuentes, desde finales del siglo IV se tiene noticia, gracias a San Jerónimo, de este intercambio epistolar que relaciona a los dos máximos representantes del estoicismo y el cristianismo.

Las cartas debieron ser escritas entre el año 324, fecha de la publicación de *Instituciones divinas* de Lactancio, que no dice nada de ellas, y el año 392, donde San Jerónimo las cita sin dar seguridad sobre su autenticidad, porque solo dice «*se han divulgado y se leen*».

En los años ochenta del pasado siglo tuvo lugar un descubrimiento curioso que citaremos aquí. Se trata de una carta descubierta por Bischoff en un manuscrito del siglo IX. Se le conoce como *Carta de Anna a Séneca*, un texto incompleto en que un tal Anna, sacerdote judío del s. I d.C., escribe al filósofo defendiendo el monoteísmo frente al politeísmo pagano. Momigliano[307] ha estudiado el texto y defiende que el autor es judío o habla en nombre de los judíos. La carta es otra falsificación del siglo IV. Está dirigida a paganos cultos y tiene una clara intención proselitista. Aparece la figura del filósofo, utilizada como un argumento de autoridad que da relevancia al mensaje. Gracias a San Jerónimo sabemos que en el siglo IV aparecieron una serie de cartas que se hacían pasar por originales entre Pablo y Séneca. Esta car-

ta de Anna podría ser un intento, desde el lado judío, de aprovechar el tremendo prestigio intelectual del filósofo en esta época.

Durante la Edad Media el estoicismo adquirirá una enorme importancia. El cristianismo asimilará y transformará sus ideas sobre Dios y la Naturaleza. Se servirá de la lógica estoica como método. Las pasiones negativas que describe Séneca en *De ira* se convertirán, con ayuda de Orígenes, en los siete pecados capitales.

El interés del cristianismo en Séneca lo convierte desde la Antigüedad tardía (s. IV d.C.) por parte de varios Padres de la Iglesia en el autor más conocido. Sus *Naturales quaestiones* fueron una obra de referencia en el Medievo desde época carolingia (s. XII). Sus tratados filosóficos y las tragedias fueron menos conocidos y divulgados. Sus tres consolaciones (*Ad Helviam, Ad Marciam, Ad Polibium*) se convierten en devocionarios cristianos en la Baja Edad Media y durante el Primer Renacimiento. La importancia de este pensador es tan relevante, que en pleno s. XIII se escribe una especie de biografía llamada *La leyenda de oro*, uno de los libros más divulgados del siglo, donde aparecen biografías de santos famosos, entre ellos se incluye a Séneca, por su asociación con San Pablo.

Roger Bacon lo admira. Dante lo llamó «*Séneca moral*» por su calidad de maestro de almas y de ética. Chaucer lo dice con claridad: «*Lee a Séneca*». Petrarca lo incorpora plenamente a la cultura occidental. El siglo XIII y XIV estarán llenos de Séneca.

La primera edición del Séneca moral es de Mattia Moravo (Nápoles, 1475). En 1482 el humanista español Pedro Díaz de Toledo tradujo *Los proverbios de Séneca*. Hasta finales del siglo XV hubo varias ediciones de sus obras completas editadas en Venecia entre los años 1490 y 1503.

La enorme fuerza del pensamiento senecano hizo, como hemos visto, que durante el fin de la Antigüedad y toda la Edad

Media el cristianismo siempre considerara a Séneca uno de los suyos. Y esa admiración por el filósofo cordobés llegará hasta nuestros días pasando por los siglos XVI y XVII, en que Justo Lipsio creó una corriente neoestoica cristiana centrada en su figura. Fue Erasmo de Rotterdam el primero que hizo una edición crítica de sus obras. Con la llegada del cisma protestante las distintas iglesias cristianas seguirán valorando desde nuevas perspectivas la figura de Séneca. Es Calvino quien primero indica que su idea de predestinación encaja perfectamente en el concepto de destino que tiene Séneca. Calvino es además un pensador que elogia y aprecia la figura del filósofo cordobés incluso en el estilo.

> Su lengua es pura y nítida, es decir, tiene el aroma de su época; su expresión es elegante y florida; su estilo fluye sin trabajo ni rebuscamiento; es mediano como les conviene a los filósofos… Que quede dicho esto de una vez por todas: nuestro Séneca es un segundo Cicerón y el culmen de la filosofía y de la elocuencia romana[308].

Los tratados filosóficos y las *Cartas* de Séneca fueron editados por Erasmo de Rotterdam primero en 1515, luego hizo nuevas ediciones en 1527 y 1535. Juan Martín Cordero editó en el año 1555 sus *Flores de Lucio Anneo Séneca*, una selección de textos del filósofo cordobés traducidos del latín al castellano. Se dejarán influir en gran medida por él intelectuales como Juan Luis Vives, Fray Luis de Granada o Ambrosio de Morales[309].

El Renacimiento también está lleno de Séneca. Por la riqueza de su pensamiento, el filósofo cordobés irrumpe en el humanismo del s. XVI con fuerza, tanto por el interés que despierta en el pensamiento político de entonces como por su influencia sobre la metafísica moderna. Su estilo y su pensamiento dejarán honda huella en los grandes escritores de la época y sus tragedias abrirán paso al drama moderno.

La personalidad polifacética del filósofo es apreciada en sus diferentes matices. Su pensamiento político cobra una gran importancia en plena Edad Moderna, bajo el absolutismo de los reyes,

porque Séneca representa la figura de un intelectual que quiso dirigir la política de un emperador autócrata como Nerón.

Pervive el Séneca literato, el escritor de sátiras, poesías y tragedias junto al pensador que tiene mucho que decir en el mundo de la política. Pero el gran éxito del filósofo y su más fructífera pervivencia se dará en el terreno humano y moral, porque hay en él una sabiduría humana que trasciende lo doctrinal y le habla directamente al corazón del hombre. Sus pensamientos son una guía de vida, un sabio consejo de dirección humana y espiritual. Por eso su influencia es transversal a todas las épocas históricas. En pleno Renacimiento enseña a vivir y hablar a Montaigne que reconoce la influencia de las *Cartas* de Séneca en sus *Ensayos*. El gran intelectual francés hará lo mismo que Diderot dos siglos después, defender la ética del filósofo frente a la campaña de desprestigio que había difundido en la Antigüedad el historiador Dion Casio.

De clementia de Séneca es la obra que inspira la tradición del «espejo de príncipes», una serie de escritos en que se pretende recoger las normas para convertirse en un buen gobernante. Séneca será inspirador, por activa o por pasiva, de libros como *El cortesano* de Castiglione (1528) o *El príncipe* de Maquiavelo (1513). El primero seguirá la línea del filósofo y propugnará el comportamiento digno y justo de reyes y élites. Para Castiglione el cortesano y asesor de príncipes debe ser un hombre honesto, de grandes cualidades espirituales, un hombre lleno de nobleza moral. Pero Maquiavelo será quien defienda el absolutismo de los gobernantes. Para él la ética debe subordinarse a la razón de Estado, simbolizada en la voluntad del príncipe. Se servirá de algunas citas de las *Tragedias* de Séneca para justificar el absolutismo de los reyes y la doble moral. Ya en su época algunos intelectuales detectaron esta tergiversación del mensaje político del filósofo, que en sus tragedias siempre pretendió precisamente criticar al tirano absoluto y mostrar los beneficios de un rey justo. Már-

tir Rizo en su libro *Norte de príncipes* (1626) comenta que Maquiavelo había construido su teoría política a partir de algunos pasajes del *Tiestes*, puestos en boca de Atreo. Denuncia que el propio Maquiavelo había usado esta tragedia para educar al tirano, tergiversando la intención de Séneca, que había sido criticar esta forma de política autócrata. El resultado de esta controversia es que en el s. XVII habrá intelectuales que critiquen al filósofo cordobés por ser contrario a Maquiavelo y otros que lo condenen precisamente por haberle dado argumentos a través del mal ejemplo moral de algunos personajes de sus tragedias. La intención de Séneca era clara al respecto pero la interpretación de cada cual puede ser, evidentemente, libre e interesada. Son visiones distintas que se nutren, en todo caso, de su pensamiento, utilizado en función de los intereses morales y políticos de cada época. Por eso es muy interesante analizar la transmisión de sus ideas a lo largo de la historia. Se aprecia así cómo, si Séneca es juzgado desde su perspectiva política, siempre habrá pensadores que quieran divulgarlo como hombre honesto y otros que prefieran cubrirlo de desprestigio.

Es curioso comprobar cómo Lucio Anneo Séneca seguía siendo, quince siglos después de su muerte, un personaje que molestaba a muchos por sus afirmaciones en el mundo de la política y la moral, como sucedió en tiempos de Nerón.

En todo caso su influencia no deja de crecer, tanto en los aspectos políticos como en los puramente estilísticos y psicológicos. Para los escritores de la Edad Moderna Séneca es una guía de la independencia interior: Montaigne se inspira en las *Cartas a Lucilio* para aquilatar su propio estilo y pensamiento. En los famosos *Ensayos*, Montaigne inventa el ensayo como género literario. Confesará que lo que ha hecho es imitar a Séneca en fondo y forma. Se inicia entonces la corriente de los grandes ensayistas y moralistas europeos, desde el propio Montaigne, Robert Burton, Francis Bacon y Thomas Browne hasta los del siglo XVII

en adelante: Baltasar Gracián, La Rochefoucaluld, La Bruyére, Pascal, Addison, Steele Johnson y Nietzsche. Hoy, en el siglo XXI, el ensayo es el medio más común a la hora de difundir nuestro conocimiento científico y humanístico.

No nos extenderemos mucho sobre la influencia de su *Tragedias* para centrarnos más en la proyección de su pensamiento. Baste decir que la primera traducción de sus tragedias a las lenguas vernáculas fue la versión de *Medea*, *Tiestes* y *Las troyanas*, vertida al catalán por Antonio Vilaragut en 1400[310]. En el siglo XV ya había una traducción de todas las tragedias de Séneca al castellano, en el XVI a otras lenguas europeas. El conocimiento y difusión de sus obras permitió el desarrollo del teatro europeo y universal. La representación de la *Fedra* de Séneca en 1485 es el punto de partida del drama moderno. El teatro en España, Francia y Reino Unido se desarrolla sobre la base de la influencia de las pasiones tal y como las trata el filósofo en sus tragedias. Marlowe y Shakespeare en Inglaterra o Corneille y Racine en Francia tomaron buena nota de las obras dramáticas de Séneca y sin duda se dejaron influir significativamente por ellas. El filósofo ejerció sobre la tragedia el mismo o mayor peso que en el mundo del pensamiento. Y por los mismos motivos. Sus temas son más cercanos, más populares, más certeros, porque hablan de las preocupaciones culturales, de las pasiones como el poder y la venganza y, sobre todo, de la interioridad.

La influencia de Séneca en el desarrollo del teatro moderno ha sido importantísima, porque los escritores de aquella época no conocían la tragedia griega y sí tenían traducciones suyas desde mediados del s. XVI. Para comprender la importancia del filósofo cordobés en el nacimiento del teatro moderno, baste repetir las palabras de Nashe, que ridiculizaba a los dramaturgos que a la luz de un candil «*copiaban Hamlets enteros*» en clara alusión a Shakespeare. Lo explica con enorme claridad el propio Higuet[311]: «*Una de estas paradojas es que Shakespeare y otros dramaturgos*

ingleses hayan tomado tantas cosas de Séneca, y hayan emulado tan conscientemente sus tragedias, y en cambio los españoles, a pesar de conocerlo, a pesar de sentir el orgullo de ser sus compatriotas, rara vez se hayan esforzado en rivalizar con él».

Volviendo a la influencia de Séneca en el pensamiento occidental, hay que destacar que, gracias a él, Justo Lipsio inaugura la corriente del neoestoicismo en Europa con su tratado *De constantia*, publicado en 1584. Su intención es poner a Séneca como modelo ético para la Europa arrasada material y moralmente por la guerra de finales del siglo XVI. Muchos estudiosos consideran esta obra una propuesta de modelo de gobierno en la línea de Séneca, opuesto frontalmente a Maquiavelo. Y ciertamente Lipsio entendió perfectamente el pensamiento político del filósofo cordobés, porque quiso aplicarlo a la sociedad del siglo XVI, en un momento en que Europa lo necesitaba urgentemente. En estos tiempos, las guerras religiosas entre católicos y protestantes asolaban el continente. Lipsio ve en el estoicismo una tercera vía, un pensamiento que permitía volver a los tiempos anteriores al cisma; veía en Séneca una filosofía de concordia que pregonaba un cosmopolitismo y humanismo pacífico que podía englobar diferentes patrias y concepciones religiosas. El mensaje es aplicable también al mundo de hoy.

En la transmisión y pervivencia de su pensamiento vuelve a tener una gran importancia su relación con el cristianismo. Simón Goulart, pastor ginebrino que escribió libros de historia y teología durante los siglos XVI y XVII, expresó muy acertadamente las relaciones entre estoicismo y cristianismo a la luz de Séneca. Dijo que «*si lees a Séneca como un pagano, parece escribir como un cristiano pero si lo lees como un cristiano, te da la impresión de que se expresa como un pagano*»[312]. Siempre ha habido prejuicios y parcialidad a la hora de acercarse a un pensador tan completo como él. A la vez que el cristianismo admiraba su pensamiento moral también se alarmaba al leer los pasajes en que el filósofo cordobés

explica que es suficiente la filosofía y el propio esfuerzo ético para alcanzar la felicidad.

En España tienen una orientación senequista autores tan importantes como Cervantes, San Juan de la Cruz, Mateo Alemán, Quevedo o Gracián[313].

Descartes, considerado el padre de la filosofía moderna y el pensamiento científico, debe a Séneca su concepción de la ética. Muchos opinan que creó el racionalismo sobre las bases que estableció el filósofo cordobés. De hecho, Descartes comentó en profundidad el libro *De vita beata*, *Sobre la felicidad*, en sus cartas a la princesa Isabel de Bohemia en 1645. El filósofo francés insistía en que, para alcanzar la felicidad, es imprescindible el uso apropiado de la razón[314]. La voz de Séneca se aprecia aquí claramente y se encuentra a lo largo de toda la obra de Descartes.

Pero la influencia sobre el cristianismo no decae en ningún momento. En pleno siglo XVIII, el siglo de la Ilustración, aparece en Venecia un librito titulado *Seneca Christianus*[315], que recoge un conjunto de citas de Séneca, extraídas de las *Cartas a Lucilio* y que resume los conceptos básicos de la teología cristiana como si fuera un breve catecismo.

Y frente a esto, durante el siglo XVIII los pensadores ilustrados volverán a beber de las fuentes de Séneca para argumentar la defensa del mundo en que vivimos, no de otro trascendente. Se centrarán, como el filósofo, en la posibilidad de encontrar la felicidad aquí, sin necesidad de ayuda sobrenatural. Masones e ilustrados verán en Séneca un modelo de cómo vivir, sentir y argumentar en un espacio distinto al filosófico doctrinal cristiano, con la Razón ocupando el lugar de Dios, como antes Dios ocupó el de la Razón.

La Ilustración considerará a Séneca un pensador imprescindible. El gran atractivo de su filosofía es que prometía devolver al hombre su dignidad ética. Rousseau, a veces, parece estar tradu-

ciéndolo en sus escritos. En el *Emilio* dice: «*Estamos enfermos de males que podemos curar; y la naturaleza, que nos ha creado buenos, nos ayuda de por sí si es que queremos mejorar*»[316]. Este fragmento parece haberlo traducido casi literalmente de Séneca:

> Enfermamos de males curables y la propia naturaleza a nosotros, engendrados para el bien, si queremos enmendarnos, nos ayuda[317].

Conviene detenerse en Diderot. Porque en los años previos a la Revolución francesa publicó su última gran obra, *Ensayo sobre los reinos de Claudio y de Nerón*, en 1778, donde incluía su *Vida de Séneca*[318]. La obra tuvo una gran repercusión en los ambientes intelectuales franceses inmediatamente anteriores a la Revolución, porque abrió un debate sobre la figura del filósofo cordobés. Diderot lo defendía de las calumnias que sobre él vertieron antiguos y modernos. Mostraba a Séneca como un intelectual que pretendió, sin éxito, mejorar su sociedad y hacer más justo el gobierno. Fue acosado por las élites de la época, perseguido por difamadores, injustamente desprestigiado, a pesar de vivir siempre con honestidad y fidelidad a sus ideas. En su vida y su muerte, Diderot lo comparaba con Sócrates. Aquel libro abrió una controversia que se llamó *Querelle sur Sénèque*, es decir, disputa sobre Séneca. En los salones de la Ilustración y los foros de la intelectualidad de entonces, se discutía apasionadamente sobre el papel de los filósofos en la política, el buen gobierno, sobre la figura de Séneca y su lucha contra la tiranía.

En España Quevedo, que mantuvo correspondencia con Justo Lipsio, y Gracián se empaparán de su pensamiento pero también de su forma de escribir, del uso del lenguaje, de sus sentencias expresivas que tanto llamaron la atención de los rigurosos críticos de su época. Quevedo y Gracián imitarán su estilo y crearán el conceptismo, reviviendo una polémica literaria que había nacido quince siglos atrás y que habían protagonizado Quintiliano o Frontón contra Séneca.

Nietzsche nunca vio con buenos ojos la adoración que el cristianismo sintió por él. Por eso lo llamará «*torero de la virtud*», aunque sabía que a Séneca no le gustaban los espectáculos de gladiadores ni bestiarios. Por ser natural de la actual España, lo llama torero, aunque su intención es denostarlo. Con esta frase quiere decir que Séneca burla a la virtud, es decir, lo acusa de hipocresía moral. El filósofo alemán no le perdonará haber sido el arsenal ideológico del cristianismo. Criticará por ello a Séneca pero elogiará a Marco Aurelio, aunque el emperador filósofo coincide con Lucio Anneo Séneca en casi todo lo esencial.

Mientras Nietzsche, manipulado y tergiversado, inspiraba a otros tiranos del siglo XX parecidos a Nerón o Calígula, la Gestapo buscaba a Ulrich von Hassell, el militar rebelde que quiso atentar contra Hitler. Sabiendo que su intento se había frustrado, esperaba la muerte que le traería la Gestapo sentado en el sofá de su casa, leyendo a Séneca. Así lo encontraron: leyendo a Séneca. La anécdota la transmite Roberto Gervaso en su libro *Nerón* y la recoge Francisco Socas al final de su libro *Séneca, cortesano y hombre de letras*. He querido repetirla yo aquí también, porque es símbolo de la imagen que el filósofo cordobés tenía y sigue teniendo para todos aquellos que combaten la represión autoritaria. Quien desprecia la tiranía se fortalece con la lectura de Séneca. Encuentra un apoyo sólido en su *imago vitae*, es decir, en la imagen y el retrato de su vida.

Ya en época contemporánea, el escritor regeneracionista Ángel Ganivet retoma el pensamiento de Séneca en su *Idearium español* (1897) La importantísima filósofa María Zambrano busca en la obra del filósofo cordobés un apoyo ético para superar el trauma de la guerra civil española y escribe un tratado de divulgación: *El pensamiento vivo de Séneca* (1944), un ensayo brevísimo sobre la actualidad de su pensamiento, que ayuda a afrontar la adversidad. Algunos piensan que este tratado de Zambrano es un

precedente claro de los modernos libros de autoayuda, que tanto éxito han tenido y siguen teniendo desde entonces.

En el siglo XX Séneca ha adquirido una relevancia nueva en el mundo de la psicología. El pensador cordobés ha despertado un gran interés entre los intelectuales, filósofos y especialmente psicólogos, por sus ideas sobre la interioridad y el psicologismo. Foucault (1926-1984), en *El cuidado de sí*, se interesa por el autoexamen de conciencia diario que Séneca aprendió de Sextio Nigro y que practicaba diariamente. Explica que nada tiene que ver con el examen de conciencia cristiano enfocado hacia el arrepentimiento. La práctica de Séneca era una labor que pretendía llevar las cuentas de la virtud, comprobar si se había interiorizado la doctrina, si se actuaba con arreglo a la estrategia para la perfección personal. Foucault descubre en Séneca un Yo más puro y completo que el de Descartes, un Yo con el que se puede dialogar y reflexionar. Hadot (1922-2010) habla de él como un filósofo del «interior», poniendo el acento en el descubrimiento senecano de la interioridad como fuente inagotable de fuerza y libertad[319].

En el campo de la psicoterapia, durante el siglo pasado y el presente, se ha desarrollado lo que se conoce como psicoterapia cognitiva. Sus orígenes están en el estoicismo y el pensamiento de Séneca. Bertrand Russel (1873-1971) ya escribió en 1930 un libro titulado *La conquista de la felicidad*, que recuerda al *De vita beata*, *Sobre la felicidad*, que escribió el filósofo cordobés. Este autor tuvo una gran influencia sobre el psicólogo americano Albert Ellis (1913-2007). En su análisis de la ansiedad, Ellis está muy cerca del pensamiento senecano y así lo reconoce. Defiende que la ansiedad nace de una idea errónea de la realidad. Recuerda las tesis de Séneca y una de las sentencias más conocidas de Marco Aurelio:

> Si te afliges por alguna causa externa, no es ella lo que te importuna, sino el juicio que tú haces de ella. Y borrar este juicio, de ti depende[320].

Esta idea es la que retoma Russel cuando explica que ciertas creencias erróneas confunden a las personas como exigencias irracionales y pueden ser sustituidas por pensamientos más racionales. Todo esto se relaciona con la salud mental y la felicidad, tal como defiende el pensamiento estoico y senecano. Zambrano supo apreciar la fuerza del pensamiento de Séneca, como hemos visto, también el filósofo Ortega y Gasset (1883-1955) defiende la misma idea que los anteriores en su libro *Ideas y creencias*.

En pleno siglo XX tres de los mejores dramaturgos españoles mostrarán la influencia que reciben de Séneca. Unamuno se inspiró en él para escribir una versión de *Fedra* (1910) pero además tradujo del latín su *Medea*. En fechas más recientes, el escritor Jose María Pemán escribió *Tyestes* (1955), a la que se describía como «*Tyestes. La tragedia de la venganza… inspirada en la tragedia de Séneca de ese título*». El mismo Pemán colaboró después en una serie de televisión titulada *El Séneca*, emitida en TVE entre los años 1964 y 1970. En ella el filósofo cordobés aparece como protagonista en estas obras, al igual que diecinueve siglos antes lo hacía en la tragedia Octavia. Eran piezas teatrales de estilo costumbrista que en aquellos tiempos gozaron de un gran éxito de audiencia.

Por último, el autor cordobés Antonio Gala compuso y representó con éxito su drama *Séneca o el beneficio de la duda* (1987), donde Lucio Anneo Séneca vuelve a ser protagonista de una obra de teatro. En esta obra Gala pretende mostrar al hombre, al político y al pensador intentando abrirse paso en un mundo corrompido por una tiranía decadente: la época de Nerón.

Pero la pervivencia de Séneca no se circunscribe solo al mundo de la literatura. Actualmente, sigue ejerciendo una influencia decisiva en los ámbitos de la psicología, la psicoterapia y la filosofía aplicada. Baste citar un libro publicado recientemente (2014) por C. Newman, cuyo título habla por sí solo *El prozac de*

Séneca para aquellos que no quieren sufrir más. Quizá el título se lo haya sugerido el filósofo americano Lou Marinoff, que publicó en 2010 un superventas conocido como *Más Platón y menos prozac*. Ambos defienden la tesis de que para tratar a personas con problemas psicológicos puede haber una medicina más efectiva que los fármacos como el Prozac, la interiorización del pensamiento de Séneca.

Siguen escribiéndose cada año libros de autoayuda, basados en citas de Séneca, recomendaciones, comentarios sobre su pensamiento y el estoicismo en general. Hay series de televisión, libros, tertulias donde de forma recurrente se habla de la búsqueda de la felicidad, siempre con alusiones a Séneca, Marco Aurelio o el estoicismo en general.

Hoy, en pleno siglo XXI, Séneca sigue siendo un referente moral insoslayable. Es un pensador que se hace imprescindible cuando nos habla de las pasiones y de la razón, del consumismo y del dinero, de las desigualdades sociales, de la dignidad y libertad en un mundo dominado por el deseo material de riquezas. Séneca es muy actual, porque nos habla del verdadero valor que hay que otorgar a los bienes materiales, porque denuncia la falta de autonomía personal, la infelicidad y el autoritarismo, mientras aboga por la necesidad de humanizar la política. Lucio Anneo Séneca sigue hablando a través de sus libros de la confianza personal, de las religiones y de la secularización, de la razón y el espíritu. Puede aportar aún hoy muchas ideas a una sociedad invadida por el consumismo y la globalización, como la nuestra. Su pensamiento nos invita a buscar la paz interior, la justicia y la felicidad en una sociedad egoísta y fragmentada. Ética, política, inteligencia y honestidad siguen y seguirán seduciéndonos, a pesar de los detractores de Séneca, porque sumergirse en la lectura directa de sus textos supone beber, de un manantial sereno, el agua pura que puede revitalizar a los seres humanos de hoy y del futuro. Lucio Anneo Séneca puede seguir inspirando en nuestra

mente un camino de sabiduría, como lo ha hecho ininterrumpidamente en estos últimos dos mil años de historia.

---

[295] Séneca *Epístolas morales a Lucilio* 8.2.

[296] *Ibidem Ep*. 21.5.

[297] Séneca *De clementia* 1.8.

[298] *Ibidem Clem*. 1.2.

[299] Aurelio, Marco *Meditaciones* 1.14.

[300] *Ibidem Meditaciones* 9.31.

[301] Séneca *Epístolas morales a Lucilio* 113.30.

[302] Aurelio, Marco *Meditaciones* 8.51.

[303] *Ibidem Meditaciones* 9.1.

[304] Séneca *De beneficiis* II.20.

[305] Chamorro: 2011, 96-103.

[306] Socas: 2008, 405.

[307] Momigliano: 1992.

[308] Comentario de Calvino al *De clementia,* trad. de Solana Pujalte: 2008, 137.

[309] Solana Pujalte: 2008, 135 ss.

[310] Highet: 1949.

[311] Highet: 1949, I,221 y 315.

[312] Wilson: 2016, 340.

[313] Blüher: 1983, 335 ss.

[314] Wilson: 2016, 341.

[315] Socas: 2008, 405.

[316] Wilson: 2016, 342.

[317] Séneca *Sobre la ira* II.13.1.

[318] Citado por Socas: 405 y Wilson: 343.

[319] Wilson: 2016, 349.

[320] Aurelio, Marco *Meditaciones* 8.47.

55 a.C. Nacimiento de Séneca el padre en Córdoba.

44 a.C. Asesinato de Julio César.

43 a.C. Asesinato de Cicerón.

42 a.C. El padre de Séneca viaja a Roma para iniciar la educación superior.

31 a.C. Octavio Augusto se convierte en primer emperador tras derrotar a Marco Antonio y Cleopatra.

1 a.C. Nacimiento de Lucio Anneo Séneca en Córdoba.

4 d.C. Augusto, ante la falta de sucesor, adopta a Tiberio y le exige a su vez que adopte a Germánico, padre de Agripina, que será madre de Nerón.

5 d.C. Séneca niño es llevado a Roma por su tía para que inicie allí la educación primaria.

14 d.C. (19 de agosto). Muerte de Augusto. Le sucede Tiberio. Séneca inicia estudios de retórica y filosofía en Roma. Es alumno de Átalo, Soción y Fabiano.

16. d.C. Gayo Galerio, tío de Séneca, es nombrado gobernador de Egipto. Germánico lo visita tres años después y marcha a Siria.

19 d.C. Muerte de Germánico en Antioquía (Siria), aparentemente asesinado.

23 d.C. Sejano ejerce el poder en nombre de Tiberio. Asesinato de Druso, hijo de Tiberio. Elio Saturnino es condenado a muerte por sus versos. Años de represión y terror.

24 d.C. Séneca, aquejado de una enfermedad pulmonar que casi acaba con su vida, viaja a Egipto, a casa de sus tíos, buscando un clima que le ayude a sanar.

25 d.C. Persecución de los opositores a Sejano. Condenas a muerte y represión. Suicidio de Cremucio Cordo, padre de

Marcia, como protesta por la censura y quema de sus libros sobre la historia de las guerras civiles.

29 d.C. Muerte de Livia, viuda de Augusto y madre de Tiberio. Agripina la Mayor, viuda de Germánico, y su hijo Nerón César son desterrados y encerrados en islas. Su otro hijo Druso será encarcelado. Los tres morirán asesinados cuatro años más tarde por orden de Tiberio.

31 d.C. Galerio termina el desempeño de su cargo como gobernador de Egipto. Séneca vuelve a Roma con sus tíos. Se produce un naufragio en que el joven es testigo de la muerte de Galerio y del valor de su tía, que consigue rescatar el cadáver del marido. El 18 de octubre Séneca está en Roma y asiste a la caída e inmediata ejecución del hasta ahora poderosísimo Sejano.

35 d.C. Séneca consigue por fin una magistratura política que le abre las puertas del Senado. Será cuestor. La situación política es difícil. Continúa la represión de Tiberio. Ese año es ejecutado el orador y poeta Sextio Paconiano. El año anterior había sido obligado a suicidarse el orador y dramaturgo Mamerco Emilio Escauro. Dos años antes y bajo una falsa acusación fueron condenados el cordobés Sexto Mario y su hija, la familia más rica de toda Hispania. Tiberio confiscó sus bienes y los incorporó a su propio patrimonio, no al del Estado.

37 d.C. Muere Tiberio. Le sucede Calígula. En un ambiente de mayor libertad, Marcia puede publicar la obra histórica de su padre Cremucio Cordo. Nace Nerón, hijo de Agripina la Menor y sobrino de Calígula.

38 d.C. El 10 de junio muere Julia Drusilla, una de las tres hermanas de Calígula. Séneca desempeña la magistratura de edil o tribuno de la plebe. Primer matrimonio. Séneca es un intelectual reconocido, buen amigo de la familia de Germánico. Mantiene amistad con las hermanas de Calígula (Julia y Agripina) y sus maridos.

39 d.C. En primavera muere el padre de Séneca. En octubre Calígula rompe con la moderación de sus primeros años y se decanta abiertamente por la tiranía. Comienza la represión. Se descubre una conjura de Marco Emilio Lépido (cuñado de Calígula) y Cornelio Léntulo Getúlico. Ambos son ejecutados y las hermanas de Calígula (Agripina la Menor y Julia Livila) desterradas. Séneca está a punto de perder la vida. En noviembre nace en Córdoba su sobrino Marco Anneo Lucano.

40 d.C. Calígula vuelve en mayo a Roma después de su expedición por el Rin. Nace Octavia, hija de Claudio y Mesalina. Nace también el primer y único hijo de Séneca, que morirá a los pocos meses de edad.

41 d.C. El 24 de enero es asesinado Calígula. Su tío Claudio es nombrado emperador. Agripina y Julia Livila vuelven del exilio. El 12 de febrero nace Británico, hijo de Claudio y Mesalina. En octubre Séneca es desterrado a la isla de Córcega, acusado de adulterio con una de las hermanas de Calígula, Julia Livila. Su único hijo ha fallecido veinte días antes. De su primera mujer (muerta o divorciada) no sabremos nada más.

42 d.C. Mesalina hace matar a Julia Livila en el destierro. De los seis hijos de Germánico solo queda viva Agripina.

44 d.C. Claudio conquista el sur de Inglaterra. Celebración en Roma del triunfo sobre los britanos. Séneca sigue en el destierro.

48 d.C. A finales del verano Mesalina ha querido reemplazar al emperador Claudio por su amante Cayo Silio. Son descubiertos y ejecutados por los libertos de Claudio. Muerte de Mesalina. Agripina intentará ocupar su lugar.

49 d.C. En enero tiene lugar el matrimonio entre Claudio y Agripina. En primavera Séneca es rehabilitado con honores. Es llamado del destierro por la emperatriz y nombrado preceptor de su hijo Nerón y pretor, cargos que lo convierten en uno de los personajes más influyentes de la corte.

50 d.C. El emperador Claudio adopta a Nerón en febrero. Agripina recibe el título de Augusta. En estos años el filósofo se casa con Pompeya Paulina. Séneca desempeña la pretura entre el 50 y el 53. Se cree que entre el 50 y 58 desempeñará también una de las magistraturas sacerdotales del Estado romano, lo que supone un gran honor. En el 56 será cónsul, el puesto político más importante en Roma después del emperador.

51 d.C. Nerón toma la toga viril, lo que equivale a nuestra mayoría de edad. Está capacitado para heredar el Imperio como hijo adoptivo de Claudio, por ser mayor que Británico, el hijo biológico. Sexto Afranio Burro, gran amigo de Séneca, es nombrado único prefecto del pretorio, jefe militar de Roma. Galión, el hermano mayor de Séneca, es nombrado procónsul (gobernador) de Acaya (Grecia), una de las provincias más importantes del Imperio.

53 d.C. Matrimonio entre Nerón y Octavia, hija de Claudio. Un paso más de Nerón hacia la sucesión imperial.

54 d.C. El 12 de octubre Claudio es envenenado por Agripina. Nerón es nombrado emperador. Empieza ya una rivalidad entre Nerón y su madre Agripina por detentar el poder.

55. d.C. En febrero es asesinado Británico el día antes de alcanzar la mayoría de edad (la versión oficial será muerte por ataque epiléptico). Agripina es apartada de palacio. Pierde influencia frente a Séneca y Afranio Burro, consejeros del emperador.

56 d.C. Séneca es nombrado cónsul, magistratura más alta del Estado romano. Publica *De clementia*, un tratado sobre política y ética.

58 d.C. Ataques de Suilio contra Séneca. El filósofo se defiende con éxito. Inicio de la relación entre Nerón y Popea.

59 d.C. A finales de marzo Agripina es asesinada por orden de su hijo Nerón.

61 d.C. Revuelta de Boudica en Britania, consecuencia de una política exterior de Nerón opuesta a la que le había sugerido hasta ahora Séneca.

62 d.C. Asesinato de los principales amigos influyentes de Séneca, especialmente Anneo Sereno y Afranio Burro. Séneca pide retirarse de la corte de Nerón. No se le concede. Se aparta, por su cuenta, de la mayoría de los actos públicos que puede. Nombramiento de nuevos prefectos del pretorio hostiles a Séneca: Ofonio Tigelino y Fenio Rufo. Comienzo de un reinado de terror. Ejecución de los exiliados Fausto Cornelio Sila y Rubelio Plauto. En febrero Nerón se divorcia de Octavia y la destierra. Matrimonio de Nerón y Popea. El 9 de junio Octavia es ejecutada. Séneca comienza a escribir *Cuestiones Naturales* y *Epístolas morales a Lucilio*.

63 d.C. Lucilio sufre un grave proceso judicial. Lucano y Nerón rompen su amistad. Séneca escribe *De superstitione* y *De providentia*.

64 d.C. El 18 de julio se produce el gran incendio de Roma. Séneca pide de nuevo retirarse de la corte y cede sus riquezas a Nerón. El emperador coge el dinero pero no le concede el retiro. Séneca se refugia en su interioridad y participa lo mínimo en actos públicos. Escribe *Moralis philosophiae libri*, libros de filosofía moral. Acoge al poeta hispano Marcial en Roma.

65 d.C. Conjuración de Pisón. En abril se frustra un atentado contra la vida de Nerón. Séneca, aunque no participó, es acusado de estar implicado. Nerón lo obliga a quitarse la vida, condena que se ejecuta posiblemente el 19 de abril. El 30 de ese mismo mes es condenado también su sobrino Lucano y forzado igualmente a quitarse la vida. Ese mismo año es asesinado el hermano mayor de Séneca, Anneo Galión.

66 d.C. Condenas a muerte del hermano menor de Séneca, Anneo Mela, y otros opositores políticos a la tiranía de Nerón:

Petronio, Trásea Peto, Bárea Sorano, etc.

68 d.C. El 9 de junio triunfa un golpe de estado que consigue destronar a Nerón y forzarlo al suicidio. Muerte de Nerón e inicio de una cruenta guerra civil.

69 d.C. Año de los cuatro emperadores. Mueren en guerra civil los emperadores Galba, Otón y Vitelio. Triunfa Vespasiano que inicia una nueva dinastía, la de los Flavios.

89 d.C. Domiciano, otro tirano a la altura de Nerón, expulsa a los filósofos de Roma, entre ellos Epicteto. Es un acto político contra filósofos estoicos como lo fue Séneca, opuestos radicalmente a la tiranía.

96 d.C. Asesinato de Domiciano e instauración de una nueva dinastía llamada de los Antoninos compuesta por emperadores de corte estoico y gustos filosóficos que tendrán muy en cuenta las directrices políticas y éticas de Séneca. La mayoría proceden o están relacionados con la Bética, en cuya capital nació Séneca un siglo atrás. Reinarán durante el siglo II d.C., el siglo de oro del Imperio. Gobernarán con justicia y sensatez, como Séneca quiso que hiciera Nerón y no lo consiguió. Nerva, Trajano, Adriano, Antonino Pío y Marco Aurelio serán, desde treinta años después de la muerte de Séneca y durante un siglo, su gran triunfo póstumo.

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

MAPAS

MAPA PÁG. 15 es la unión de aa. Mapa de los viajes de Séneca, de orbis.stanford.edu. y aaa http://www.bible-history.com/archaeology/rome/map-of-roman-empire-68-ad.jpg.

MAPA PÁG. 16. Mapa de Roma en tiempos de Augusto, http://www.heritage-history.com/maps/ancient/class028.jpg.

MAPA PÁG. 17. La antigua *Córduba* romana en tiempos de Séneca, https://i.ytimg.com/vi/wzDHtgOK_d0/maxresdefault.jpg o cc, de https://2.bp.blogspot.com/_fi-YnDiqYkc/S4uzL4kV0kI/AAAAAAAAAno/-T3St5MvZ8k/s1600/cordoba_romana.jpg

MAPA PÁG. 18 (arriba). Alejandría, https://s-media-cache-ak0.pinimg.com/originals/49/cd/5c/49cd5c933fa3dfecb6c98a77cf73f15b.jpg

MAPA PÁG. 18 (abajo). Mapa de las catorce regiones de Roma y el lugar que ocupó la *Domus Aurea* de Nerón, en https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Plan_Rome_-_Baths_of_Nero.png

ILUSTRACIONES

[1] Rostro verdadero de Séneca. Museo Pergamon de Berlín, de I, Calidius, CC BY-SA 3.0, https://commons.wikimedia.org/w/index.php?curid=2456052

[2] Pseudo-Séneca. Museo Británico. https://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/3/36/Pseudo-Seneca_BM_GR1962.8-24.1.jpg

[3] *Los cuatro filósofos*, de Rubens, de https://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/7/78/Peter_-Paul_Rubens_118.jpg

[4] *Muerte de Séneca*, de Rubens, de https://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/9/97/Rubens-_Der_sterbende_Seneca.jpg

[5] Monte Testaccio (Roma), de https://en.wikipedia.org/wiki/Monte_Testaccio#/media/File:Testaccio_1625.png

[6] Actual Cerro Muriano, antiguo *Mons Marianus* (Córdoba), de la página web oficial del ayuntamiento de Ovejo http://www.obejo.es/galeria/cerro-muriano

[7] *La batalla de Zama*, pintada por Cornelis Cort, 1567, de https://es.wikipedia.org/wiki/Batalla_de_Zama#/media/File:Slaget_ved_Zama_-_Cornelis_Cort,_1567.jpg

[8] Moneda del siglo I a.C. con la imagen de Marco Claudio Marcelo, abuelo del fundador de la Córdoba romana, de https://it.wikipedia.org/wiki/Marco_Claudio_Marcello.

[9] *La muerte de Viriato*. Cuadro pintado por José de Madrazo en 1807, actualmente en el Museo del Prado, de https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Madrazo_Viriatus_HighRes.jpg.

[10] Monedas con la leyenda *Córduba* y *Colonia Patricia* acuñadas en la ciudad, desde el 80 a.C., de http://www.celtiberia.net/es/biblioteca/?id=1735.

[11] Pompeyo y César, https://es.wikipedia.org/wiki/Pompeyo#/media/File:Pompey_the_Great.jpg (usuario: Alphanidon) y https://es.wikipedia.org/wiki/Julio_C%C3%A9sar#/media/File:Bust_of_Gaius_Iulius_Caesar_in_Naples.jpg

[12] Julio César en el carro triunfal. Andrea Mantegna, 1490, de https://commons.wikimedia.org/wiki/File:The_Triumphs_of_Caesar,_IX_-_Julius_Caesar_on_his_triumphal_chariot;_Andrea_Mantegna_(1484-92).JPG.

[13] Base de la columna Antonina con la apoteosis de Antonino Pío y su esposa Faustina, de https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Base_de_la_columna_Antonina_01.JPG.

[14] Augusto como emperador, sacerdote y senador, respectivamente de https://content3.cdnprado.net/imagenes/Documentos/imgsem/63/6383/6383ff9e-8188-4cdb-bfb3-17c839513c1d/bfe55ed6-

6d07-4393-b2e5-8769af4ba679.jpg

https://es.wikipedia.org/wiki/Augusteum_y_foro_romano_de_Cartagena#/media/File:Augusto_-cartagena.jpg y https://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/d/d4/Augusto_togado_%28Museo-_del_Prado%29_01.jpg https://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/e/eb/Statue-Augustus.jpg

[15] Los cinco emperadores de la primera dinastía, respectivamente de https://es.wikipedia.org/wiki/Augusto#/media/File:Augustus_Bevilacqua_Glyptothek_Munich_317.jpg; https://commons.wikimedia.org/wiki/File:8095_-_Roma_-_Ara_Pacis_-_Tiberio_-_Foto_Giovanni_Dall%27Orto_-_28-Mar-2008.jpg ; https://commons.wikimedia.org/wiki/Gaius_Iulius_Caesar_Germanicus_Caligula#/media/File:Caligula_02.JPG ; https://es.wikipedia.org/wiki/Claudio#/media/File:Claudius_%28M.A.N._Madrid%29_01.jpg ; https://es.wikipedia.org/wiki/Ner%C3%B3n#/media/File:Nero_1.JPG.

[16] Árbol genealógico de la familia de los Anneos elaborado por el autor.

[17] Inscripción de Marco Helvio Novato, abuelo materno de Séneca. Imagen tomada del *Corpus Inscriptionum Latinarum* (CIL II2/7,76) http://www3.uah.es/imagines_cilii/CILII/cordubensis1.htm.

[18] Tocador de una dama romana, Juan Giménez Martín, de https://es.wikipedia.org/wiki/Juan_Gim%C3%A9nez_Mart%C3%ADn.

[19] Ruta que siguieron Séneca padre e hijo en su viaje de Córdoba a Roma, de orbis.stanford.edu.

[20] Mausoleo de Augusto en Roma, de https://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/b/b4/Rome%2C_Mausoleum_of_Augustus_01.jpg.

[21] Teatro Marcelo en Roma, de https://es.wikipedia.org/wiki/Teatro_de_Marcelo#/media/File:Marcellus_theater_Rome.jpg.

[22] Mapa del recorrido descrito en la *Ilíada* y *Odisea* de Homero. http://2.bp.blogspot.com/-RSM-db3yvu3g/Tf9v-hydaJI/AAAAAAAAC_o/rhS91Lh2I8g/s1600/Imagen+780.jpg.

[23] Antiguo ábaco romano, de http://www.cavsi.com/preguntasrespuestas/images/abaco/abaco-romano.png

[24] Fresco de la Biblioteca de Asinio Polión, de https://fr.wikipedia.org/wiki/Caius_Asinius_Pollio#/media/File:Fresque_de_gazelle_buvant_-_Asinius_Pollion_38_AvJC.JPG.

[25] Muerte de César. Vincenzo Camuccini, 1798, de https://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/e/eb/Vincenzo_Camuccini_-_La_morte_di_Cesare.jpg

[26] Cicerón, de https://es.wikipedia.org/wiki/Cicer%C3%B3n#/media/File:M-T-Cicero.jpg.

[27] Copia de un manuscrito iluminado de las obras de Séneca, siglo XVI, en http://static1.squarespace.com/static/5506e67ce4b0fe6c8e8ebd94/55291c30e4b0395c41a6285d/55299f45e4b0042c02796ceb/1429465558243/?format=1000w.

[28] Alejandro Magno en un mosaico de la Batalla de Issos conservado en el Museo Arqueológico Nacional de Nápoles en http://www2.uned.es/geo-1-historia-antigua-universal/ALEJANDRO%20MAGNO/Alejandro_imagenes.htm.

[29] Isla griega de Sérifos, en las Cícladas, donde fue desterrado Casio Severo, de http://www.los-viajeros.com/Blogs.php?b=12224.

[30] Isis y Horus, de http://www.metmuseum.org/art/collection/search/545969.

[31] Ruta que siguió Séneca en su viaje de Roma a Alejandría, en Egipto, de orbis.stanford.edu.

[32] Ruinas de la isla de Bigeh en el antiguo embalse de la presa de Asuán, de https://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/a/a8/Flickr_-_schmuela_-_IMG_6830.jpg.

[33] Viaje de Séneca al sur del Nilo hasta llegar a la Isla de Philas, de https://laplacamadre.files.wordpress.com/2014/05/mapa-egipto-abidos.png

O bien isla de Philas, pintura de David Roberts 1838, de https://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/d/d8/David_Roberts_Temple_Island_Philae.jpg. Estaría mejor este si pudiera escanearse o aumentar calidad http://2.bp.blogspot.com/-eI1sAJkwF54/TaOd8Irr2LI/AAAAAAAAAAY/VNtqq-F5suFM/s1600/ancient_egypt_ES_1.gif

[34] Jeroglíficos procedentes de la isla de File (Phila), de J.L. Santos Fernández, de http://culturaclasicapinarubia.blogspot.com.es/2015/05/imagenes-representativas-de-la-diosa.html.

[35] Manuscrito del siglo XIII en que Séneca aparece entre Platón y Aristóteles, de MS Hunter, 231. Glasgow University Library, en https://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/6/6c/Plato_Seneca_Aristotle_medieval.jpg.

[36] Busto de Séneca, fotografía del autor, y busto de Marco Aurelio, Gliptoteca de Múnich https://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/3/3f/Marcus_Aurelius_Glyptothek_Munich.jpg.

[37] Livia y Julia, de https://commons.wikimedia.org/wiki/Livia_Drusilla#/media/File:Livia_-_Drusila_-_Paestum_(M.A.N._Madrid)_02.jpg y https://commons.wikimedia.org/w/index.php?search=julia+hija+augusto&title=Special:Search&go=Ir&uselang=es&searchToken=dce58mi9npk6ci6fdybeoj5dk#/media/File:Julia_Caesaris_filia.jpg.

[38] Isla de Pandataria, actual Ventotene, de http://www.radioluna.it/news/wp-content/uploads/2012/04/ventotene-veduta-aerea.jpg.

[39] Busto de Germánico, de https://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/e/ee/MSR_-_Germanicus_Inv._30010.jpg.

[40] Estatua de Ovidio, Ettore Ferrari, de https://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/b/b8/Statue_of_Roman_poet_Ovid_in_Constan%C5%A3a%2C_Romania.jpg.

[41] Bosque de Teotoburgo, Alemania, de https://es.wikipedia.org/wiki/Batalla_del_bosque_de_Teutoburgo#/media/File:Blick-%C3%BCber-den-Teutoburger-Wald1.JPG.

[42] Árbol genealógico de la familia de Germánico elaborado por el autor.

[43] Busto de Druso, hijo de Tiberio, de https://es.wikipedia.org/wiki/Druso_el_Joven#/media/File:Drusus_minor_(Museo_del_Prado)_01.jpg.

[44] Isla de Ponza, en el mar Tirreno, de https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Ponza_porto7.JPG.

[45] Roca Tarpeya, de https://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/2/24/Campitelli_-_rupe_Tarpea_1060740.JPG.

[46] Cómodo, hijo de Marco Aurelio, de https://es.wikipedia.org/wiki/C%C3%B3modo#/media/File:Commodus_Musei_Capitolini_MC1120.jpg.

[47] Moneda con la efigie de Calígula y en el reverso sus hermanas, de https://es.wikipedia.org/wiki/Cal%C3%ADgula#/media/File:Caligula_sestertius_RIC_33_680999.jpg.

[48] Moneda del emperador Claudio con la leyenda *Libertas Augusta*, de https://www.sixbid.com/browse.html?auction=386&category=7548&lot=357602.

[49] Lawrence Alma-Tadema de http://art.thewalters.org.

[50] La emperatriz Mesalina, de https://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/3/34/Messalina_bearing_Britannicus_01.jpg.

[51] Busto de Julia Livila, hija de Germánico acusada de adulterio con Séneca, de https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Possibly_bust_of_Iulia_Livilla_Antikensammlung_Berlin_Sk_1802_(cropped).jpg.

[52] Agripina la menor. Museo Nacional de Varsovia, de https://en.wikipedia.org/wiki/Agrippina_the_Younger#/media/File:Rome_Agrippina_Minor.jpg.

[53] Cicerón, de https://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/7/77/M._Tullius_Cicero_IMG_2414_B1.jpg

[54] Busto de Lucano en su ciudad natal, Córdoba, de https://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/0/0d/Busto_de_Lucano%2C_Cordoba.JPG.

[55] Claudia Octavia, hija de Claudio y Mesalina, en el Museo Nacional Romano del Palazzo Massimo, de https://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/6/67/Ritratto_di_claudia_ottavia%2C_da_-_roma%2C_via_varese.JPG.

[56] Lago Fucino, Galleria delle Carte Geografiche (Musei Vaticani), en https://it.wikipedia.org/wiki/File:Lago_Fucino_Galleria_delle_Carte_Geografiche_(Musei_Vaticani).jpg. O bien https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Lake_Fucino_Map_(Flickr_38955575_20bd3cd7eb_o).jpg

[57] Moneda de Agripina nombrada Augusta por el Senado, de http://www.tesorillo.com/altoimperio/agripina_hija/agripina3.jpg.

[58] Agripina corona a Nerón. Afrodisias, Turquía, en http://open.conted.ox.ac.uk/sites/open.conted.ox.ac.uk/files/styles/full_size/public/resources/Nero%20%26%20Agrippina.JPG?itok=14kYaCDz.

[59] Estatua ecuestre de Marco Aurelio en Roma, de https://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/a/a8/Marcus_Aurelius_equestrian_2d.jpg.

[60] Áureo, moneda de oro en que aparecen Nerón y Agripina, de https://es.wikipedia.org/wiki/Ner%C3%B3n.

[61] Popea, esposa de Nerón, de https://es.wikipedia.org/wiki/Popea_Sabina#/media/File:Female_portrait_Louvre_Ma1269.jpg.

[62] *Nerón contempla el cadáver de su madre*, 1887. Arturo Montero, pintura histórica española, actualmente en el Museo del Prado, de https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Ner%C3%B3n_ante_el_cad%C3%A1ver_de_su_madre,_Agripina_la_Menor_(Museo_del_Prado).jpg.

[63] Gustave Boulanger. Pintura histórica s. XIX. Museo nacional de Versalles, de https://es.wikipedia.org/wiki/Cliente_(Antigua_Roma).

[64] Boudica escultura situada en el centro de Londres realizada por T. Thorneycroft en 1850 en http://www.missedinhistory.com/podcasts/boudica-warrior-queen.htm.

[65] José Santiago Garnelo y Alda, 1890, *La muerte de Lucano*. Museo Garnelo, Montilla, Córdoba.

[66] Cibeles y Atis en la Pátera de Parabiago, Museo Arqueológico de Milán en https://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/6/65/9595_-_Milano_-_Museo_archeologico_-_Patera_di_Parabiago_-_Foto_Giovanni_Dall%27Orto_13_Mar_2012.jpg.

[67] *Domus Aurea*, de http://www.isromantique.it/echoweb/echofiles/immagini/domus_bang1.jpg.

[68] Mapa donde se reflejan los movimientos de Séneca el último año de su vida, de orbis.stanford.edu.

[69] Mosaico del s. III donde aparecen dos mirmillones luchando, Museo Arqueológico Nacional, Madrid, de https://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/c/cb/Mosaico_gladiatorio_%28M.A.N._Inv.3601%29_01.jpg.

[70] Colina de Velia, en la Roma actual, http://www.wikiwand.com/de/Velia_(Rom).

[71] *Los remordimientos de Nerón*, cuadro de Waterhouse, de https://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/a/aa/John_William_Waterhouse_-_The_Remorse_of_the_Emperor_Nero_after_the_-Murder_of_his_Mother.JPG.

[72] Bajo relieve Marco Aurelio a caballo, de https://es.wikipedia.org/wiki/Guerras_marcomanas#/media/File:Bas_relief_from_Arch_of_Marcus_Aurelius_Marcus_Aurelius_showing_his_clemence_to_barbarii.jpg.

[73] Sarcófago de Portonaccio, de https://es.wikipedia.org/wiki/Guerras_marcomanas#/media/File:Sarcofago_dio_portonaccio,_03.JPG.

BIBLIOGRAFÍA

La bibliografía sobre Séneca es muy abundante y no deja de crecer. Cada año se publican nuevos artículos y libros sobre los diferentes aspectos del personaje haciendo hincapié especialmente en su obra literaria y filosófica. Hay otros asuntos que no se tratan con tanta profundidad o asiduidad: las relaciones intelectuales y estilísticas con el padre, el aspecto político e histórico de la vida de Séneca, su relación con los emperadores de la primera dinastía del Imperio o la tremenda influencia que ejerce en la concepción política y social del siglo de Oro de Roma, en los tiempos de aquella dinastía bética del siglo II en que puede y debe estudiarse la tremenda influencia del pensamiento senecano sobre emperadores como Trajano, Adriano o Marco Aurelio.

Para trazar una biografía del hombre y su tiempo, del pensador e intelectual dentro de la historia de Roma, de la política y sociedad de su época, del hombre político que quiere mejorar la sociedad en que vive, he manejado fundamentalmente las cinco mejores monografías que sobre él se han escrito desde la segunda mitad del siglo pasado, las de Griffin, Grimal, Socas, Veyne y Wilson, centrándome más en los aspectos humanos e históricos que en los puramente filosóficos y psicológicos.

He otorgado una atención especial a la lectura directa de los textos clásicos, especialmente los de Séneca y Tácito. Muchos fragmentos de estos autores latinos aparecen citados para avalar y argumentar interpretaciones sobre la vida y el pensamiento del filósofo cordobés, prestando atención, fundamentalmente, a la reflexión sobre los propios textos de Séneca. Sus originales en latín y los de otros autores pueden leerse en las prestigiosas ediciones de Oxford, Loeb, Teubner o Belles Lettres e incluso en la web, en páginas como la de la Universidad de Chicago http://penelope.uchicago.edu/Thayer/E/Roman/home.html, la Biblioteca digital Perseo http://www.perseus.tufts.edu/hopper/ o en páginas de fácil y rápido acceso como http://www.thelatinlibrary.com/.

Para las inscripciones y monedas he usado fundamentalmente el *Corpus Inscriptionum latinarum* en http://cil.bbaw.de/cil_en/dateien/datenbank_eng.php también http://arachne.uni-koeln.de/drupal/?q=en/node/291 y http://www.romancoins.info/ImaginesImperatorum-1.html, estas junto al resto de ilustraciones aparecen citadas en el correspondiente anexo del libro.

Para las traducciones de los textos latinos citados he empleado en su mayoría las propuestas por la Editorial Gredos. Me refiero a las ediciones de Cicerón, Columela, Estrabón. Dion Casio (libros L-LX), Séneca el filósofo, Suetonio, Tácito, Plinio y Marco Aurelio, salvo algunos fragmentos en que he preferido las traducciones de Francisco Socas, que aparecen en su libro citado. Igualmente en los textos del tratado *Sobre la felicidad* he preferido la versión de Julián Marías para Alianza Editorial y para la traducción de los libros últimos de Dion Casio he utilizado la de A. Duarte disponible en la Red: http://www.academia.edu/23705418/DI%C3%93N_CASIO_Historia_Romana_Ep%C3%ADtomes_de_los_Libros_LXI_a_LXX.

He traducido personalmente algunos textos latinos, entre ellos los de Séneca el Viejo y *De beneficiis* de Séneca. Son aquellos en que aparecen citados en las notas con el título en latín. Para la información sobre el padre de Séneca, especialmente en los primeros capítulos, he utilizado la documentación de mi tesis doctoral sobre el personaje, publicada por la Universidad de Córdoba en 2001 (*Aspectos de la obra de Séneca el padre*). Me he servido igualmente de algunos de mis trabajos referidos a la muerte de Lucano, la influencia de las mujeres en la vida de Séneca o sobre historia de la Córdoba romana para pergeñar varios aspectos históricos y de vida privada de la corte en tiempos de Séneca.

Para la recreación de los aspectos históricos he manejado las obras de León Homo, Kovaliev, Indro Montanelli y la más reciente de Mary Beard, *SPQR*, también las historias de la literatura de Carmen Codoñer y Von Albrecht, aunque la base fundamental de la descripción de la época histórica correspondiente a la primera dinastía del Imperio la he extraído básicamente de Tácito y Suetonio.

BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

Aurelio, Marco. Emperador de Roma (1994) *Meditaciones* Madrid: Gredos.

Beard, M. (2016) *SPQR: Una historia de la antigua Roma*. Barcelona: Crítica.

Blüher, K.A. (1983) *Séneca en España: investigaciones sobre la recepción de Séneca en España desde el siglo XIII hasta el siglo XVII*, versión española de Juan Conde, Madrid: Gredos.

Chamorro, S. E. (2011) «Propaganda, identidad, ideología y perspectiva en la escena de batalla del sarcófago de Portonaccio». *ArqueoUCA: Revista Digital Científica Independiente de Arqueología* .

Cicerón, Discursos II. *Verrinas: segunda sesión (discursos III-V)* Madrid: Gredos.

Codoñer, C. (ed.) (1997) *Historia de la literatura latina*. Madrid: Cátedra.

Columela. *La labranza*. Obra completa. Madrid: Gredos.

Dingel, J. (2007) *Senecas Epigramme und andere Gedichte aus der Anthologia Latina*, Heidelberg: Univ. Winter.

Dion Casio. *Historia romana*. Obra completa. Madrid: Gredos.

Dión Casio. *Historia romana*, libros 61 al 70 Trad. A. Duarte Sánchez en http://www.academia.edu/23705418/DI%C3%93N_CASIO_Historia_Romana_Ep%C3%ADtomes_de_los_Libros_LXI_a_LXX.

Estrabón. *Geografía*. Obra completa. Madrid: Gredos.

Fau, G. (1978) *L´emancipation fémenine dans la Roma Antique*, París: Les Belles Lettres.

Fontán, A. (1989) «La monarquía de Séneca» *Gerión. Revista de Historia Antigua*, Anejo II. Madrid.

Fontán, A. (2001) *Letras y poder en Roma*, Pamplona: Univ. Navarra.

Gelio, Aulo (2009) *Noches Áticas*, edición de Santiago López Moreda, Madrid: Akal.

Griffin, Miriam T. (1992) *Seneca, a Philosopher in Politics,* Oxford: Oxford Clarendon Press.

Grimal, Pierre. (2013) *Séneca*, Madrid: Gredos.

Grimal. P. (1980) «Acción y vida interior en Séneca», conferencia dada en la Fundación Pastor de Estudios Clásicos 13 noviembre 1973, *Estudios Latinos*, XXIV.

Grimal, P. (1969) *Sénèque. De brevitate vitae, édition, introduction et commentaire,* Presses universitaires de France.

Guillén, J. (1977) *Vrbs Roma. Vida y costumbres de los romanos*. I. La vida privada. Salamanca: Ediciones Sígueme.

Haase, F. (1852) *Seneca: Works*. Leipzig: Teubner.

Homo, L. (1981) *Nueva Historia de Roma*, Madrid: Iberia.

Juvenal, Decio Junio (1991). *Sátiras*. Madrid: Gredos.

Kovaliov, S.I (2007) *Historia de Roma*, Madrid: Akal.

Momigliano, A. (1992) «La nueva carta de Anna a Séneca» en *De paganos, judíos y cristianos*, México: F.C.E.

Montanelli, I. (1985) *Historia de Roma*, Barcelona: Plaza y Janés.

Plinio Segundo, Cayo. *Historia natural*. Obra completa. Madrid: Gredos.

Rodríguez-Pantoja, M. (ed) (1997) *Séneca, dos mil años después. Actas del congreso internacional conmemorativo del bimilenario de su nacimiento*, Córdoba: Univ. de Córdoba.

Quintiliano, *Instituciones Oratorias* Madrid: Gredos.

San Agustín, *Ciudad de Dios*. Madrid: Editorial Gredos.

Séneca,

Tragedias. Obra completa. Madrid: Editorial Gredos.

Epístolas morales a Lucilio. Obra completa. Madrid: Editorial Gredos.

Diálogos. Apocolocintosis; Consolaciones a Marcia, a su madre Helvia y a Polibio. Madrid: Gredos.

Diálogos; Sobre la providencia. Sobre la firmeza del sabio. Sobre la ira. Sobre la vida feliz. Sobre el ocio. Sobre la tranquilidad del espíritu. Sobre la brevedad de la vida. Madrid: Gredos

Séneca, *Sobre la felicidad*, versión y comentarios de Julián Marías, Madrid: Alianza Editorial.

Séneca, *Cuestiones naturales*, traducción de Carmen Codoñer, Madrid: CSIC.

Séneca, *I fragmenti*, edición de Dionigi Vottero, Bolonia: Pàtron Editore.

Sirago, V.A (1983) *Feminismo a Roma nel primo Impero*, Roma: Rubbettino.

Suetonio Tranquilo, Cayo. *Vida de los doce césares*. Obra completa. Madrid: Gredos.

Suetonio (1978) *Vida de los doce césares,* traducción de Vicente López Soto, Barcelona: Editorial Juventud.

Solana, J. (ed) (2008) *La obra de Séneca y su pervivencia. Cinco estudios*, Córdoba: Univ. de Córdoba.

Socas, F. (2008). *Séneca, cortesano y hombre de letras*, Sevilla: Fund. J.M. Lara.

Syme, R. (2011) *La revolución romana*, Barcelona: Crítica.

Tácito, *Anales*. Obra completa. Madrid: Gredos.

Tácito, *De vita Iulii Agricolae* Henry Furneaux, ed.

Veyne, P. (2008) *Séneca, una introducción*, Barcelona: Marbot ediciones.

Von Albrecht, M. (1997-1999) *Historia de la literatura romana*, traducción de Dulce Estefanía y Andrés Pociña, Barcelona: Herder.

Wilson, E. (2016) *Séneca*, Madrid: Rialp.

Zambrano, M. (1985) *El pensamiento vivo de Séneca*, Madrid: Cátedra.

ÍNDICE

MAPAS 5

PRÓLOGO 9

1. LOS ORÍGENES: CÓRDOBA AÑO 1 A.C. 17

2. INFANCIA EN CÓRDOBA: LA INFLUENCIA DE LA MADRE 62

3. INFANCIA EN ROMA: LA INFLUENCIA DEL PADRE 82

4. SÉNECA ADOLESCENTE: LA EDUCACIÓN SUPERIOR Y EL ESTUDIO DE LA FILOSOFÍA 111

5. LA ENFERMEDAD, EL ESTUDIO Y LOS VIAJES: SU ESTANCIA EN EGIPTO 135

6. EL INICIO DE LA CARRERA POLÍTICA 174

7. LA PRIMERA CONDENA A MUERTE 210

8. LA SEGUNDA CONDENA A MUERTE: EL DESTIERRO A CÓRCEGA 237

9. EL REGRESO DEL DESTIERRO. SÉNECA EN LA CUMBRE DEL PODER 271

10. LA MUERTE DE CLAUDIO Y SU CALABACIFICACIÓN 299

11. EL ASESINATO DE AGRIPINA 330

12. EL ÚLTIMO INTENTO 359

13. EL REFUGIO DE LA INTERIORIDAD 384

14. PERVIVENCIA DE SÉNECA 437

CRONOLOGÍA 459
índice de ILUSTRACIONES 465
MAPAS 466
ILUSTRACIONES 467
BIBLIOGRAFÍA 473
BIBLIOGRAFÍA BÁSICA 475